



Las
BRUJAS
de
SAN PETERSBURGO

★ IMOGEN
EDWARDS-JONES



LAS BRUJAS
DE SAN PETERSBURGO

IMOGEN EDWARDS-JONES

Traducción de Mercè Diago Esteva



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para KATYA GALITZINE
No podría haber hecho esto sin ti

Y NIKOLAI ANTONOV
(In memoriam)

Rasputín es un recipiente como la caja de Pandora, que contiene todos los vicios, crímenes y obscenidades del pueblo ruso. Si el recipiente se rompiera, veríamos su horrendo contenido esparcido por toda Rusia.

PAPUS , ocultista y fundador
de la Orden Martinista, 1905

En cuanto a la persona que se va a los médiums y los espiritistas, para prostituirse en pos de ellos, también pondré mi rostro contra esa persona y la cortaré de entre su pueblo.

Levítico 20:6

Lista de personajes

Gran duquesa Militza Nikoláyevna . Segunda hija del rey Nicolás de Montenegro, que tuvo doce hijos, de los cuales solo nueve llegaron a la edad adulta.

Gran duque Pedro Nikoláyevich . Primo del zar Nicolás II de Rusia, casado con Militza.

Gran duquesa Anastasia (Stana). Tercera hija del rey Nicolás de Montenegro.

Jorge Maximiliánovich . Sexto duque de Leuchtenberg. Primer esposo de Stana.

Gran duque Nicolás Nikoláyevich (Nikolasha). Hermano del gran duque Pedro Nikoláyevich, comandante en jefe del ejército ruso, virrey del Cáucaso y primo del zar Nicolás II. Segundo esposo de Stana.

Zar Nicolás II (también llamado Nicky). Reinó como emperador de Rusia de 1894 a 1917.

Zarina Alejandra Fiódorovna (nombre de soltera: princesa Alejandra de Hesse-Darmstadt, también llamada Alix y Sunny). Emperatriz de Rusia.

Sus hijos:

Olga.

Tatiana.

María.

Anastasia.

Alejo, el zarévich.

Gran duque Jorge Aleksándrovich (Georgie). Hermano pequeño del zar Nicolás II; murió de tuberculosis en una cuneta en Georgia a la edad de veintiocho años.

Emperatriz viuda María Fiódorovna (nombre de soltera: princesa Dagmar de Dinamarca, también llamada Minny). Viuda de Alejandro III; madre del zar Nicolás II.

Gran duquesa Isabel Fiódorovna (Ella). Hermana mayor de la zarina; casada con el gran duque Serguéi Aleksándrovich, tío del zar.

Gran duquesa Vladimir, María Pávlovna (también llamada Miechen). Una de las mujeres más ricas de toda Rusia.

Gran duque Vladimir Aleksándrovich . Esposo de María Pávlovna y tío del zar.

Conde Félix Sumarókov-Elston (también llamado conde Yusúpov). Casado con la princesa Zinaida Yusúpova, la mujer más rica de toda Rusia. Padre de los príncipes Nicolás y Félix Félixovich.

Príncipe Félix Yusúpov . Casado con la princesa Irina Alexándrovna, hija de Xenia (hermana del zar Nicolás II) y Alejandro Mijáilovich (Sandro); uno de los asesinos de Rasputín.

Anna Vúrubova (Taneyeva de soltera). La mejor amiga de la zarina.

Doctor Shamzaran Badmayev (conocido también como doctor Peter Badmayev). Apotecario, filósofo y proveedor de drogas exquisitas; nacido en el Tíbet.

Condesa Sofía Ignátiev . Anfitriona de los salones negros.

Philippe Nizier-Vachot (Maître Philippe) . Gurú y martinista de Lyon, Francia.

Grigori Yefimovich Rasputín (Grisha) . Hombre de Dios, hierofante y místico oriundo de Siberia.

PRÓLOGO

10 de febrero de 1911

Znamenka, Peterhof

Aporrearon la entrada a palacio con los puños. Las pesadas puertas de madera temblaban en las bisagras y unos gritos sanguinarios se elevaron hacia la noche.

—¡Abrid! ¡Policía! ¡Abrid en nombre del zar!

Militza se encontraba en el vestíbulo. Le oía jadeando de miedo desde detrás de la pesada cortina de seda. Miró hacia el otro lado. Sus ojos claros la observaban desde la oscuridad. El hombre más poderoso de Rusia por fin le pedía ayuda. Había llegado empapado de sudor, la ropa calada, los pies desnudos morados de frío. Había llegado recorriendo los bosques a toda velocidad, como un ciervo perseguido por una manada de lobos hambrientos, le había suplicado su protección, se la había implorado, prometiéndole lo que fuera, cualquier cosa... y ella apenas había podido contener su satisfacción.

Volvieron a aporrearla. El cristal de las ventanas de la parte delantera del palacio tintineaba. Parte del personal doméstico, unas sesenta almas, se había congregado ahora en la escalera. Algunos estaban asombrados; otros, con expresión dudosa; otros se daban las manos con fuerza en un gesto de terror. Todos tenían la mirada fija en las puertas. Era una época peligrosa; se respiraba cierto tufo a revolución en el ambiente y podía suceder cualquier cosa. El lacayo con librea color granate se dispuso a abrir la puerta.

—¡Espera! —ordenó Militza, que dio un paso adelante y alzó la mano. Se quitó una peineta de diamantes del cogote, dejó caer su larga melena oscura sobre los hombros y se abrió en parte el vestido de terciopelo rojo—. Ahora —dijo con un asentimiento.

El lacayo corrió el cerrojo de latón y abrió los portones. Una gélida ráfaga se apoderó del vestíbulo. Ante ella encontró un grupo colérico formado por una veintena aproximadamente de agentes de policía. Vestían túnicas azul marino y cascos de piel de cordero; fueron a por ella despidiendo un vaho blanco y con los ojos desorbitados al ver a su presa. El joven agente que estaba al mando se abalanzó sobre ella.

—¡Es más de medianoche! ¡Por el amor de Dios! —exclamó Militza, santiguándose—. ¿Qué hacéis despertando a los moradores de mi hogar a estas horas?

—¿Dónde está? —bramó el agente, inclinándose y echando un vistazo alrededor del vestíbulo.

—¡Cómo te atreves! —Militza se mantuvo firme.

—Lo siento. Alteza Imperial. —El joven retrocedió ligeramente, con las mejillas marcadas por el arrepentimiento, sujetando un trozo de papel—. Buscamos a Rasputín. Grigori Yefímovich Rasputín...

—¡El demonio! —gritó alguien.

El joven agente se dio la vuelta.

—¡Calla! —gruñó. Se volvió poco a poco y, limpiándose la boca en la manga del abrigo, sonrió—. Creemos que vino por aquí.

—Pues siento decepcionarte —repuso Militza, devolviéndole la sonrisa—, pero he estado aquí, sola, toda la tarde, y como puedes ver... —Bajó la mirada hacia la piel blanca, suave, que mostraba con toda la intención—. Estoy a punto de retirarme.

El joven desvió la mirada enseguida. La mujer había conseguido

desconcertarlo, pero había sido un efecto momentáneo.

—Me gustaría tener permiso para registrar el palacio.

—¿Dudas de mi palabra? —Militza lo fulminó con la mirada.

—¡Bruja! —gritó alguien desde el fondo del grupo.

—No está aquí —dijo ella, haciendo caso omiso de la acusación. Se hizo a un lado y lo retó a cumplir con su palabra—. Os doy permiso para registrar el palacio del gran duque Pedro Nikoláyevich, primo del zar, si así lo deseáis, pero no encontraréis a ese cerdo.

La mera mención del nombre de su esposo los hizo detenerse. Al menos algunos títulos seguían infundiendo un atisbo de respeto, temor incluso, a pesar de lo volátil de la situación.

—No será necesario, Alteza Imperial. —Hizo una pausa y la miró de hito en hito. La expresión de Militza se mantenía impasible y su cuerpo totalmente inmóvil. Siempre se le había dado bien mentir. Los pies de los hombres presentes arañaban el suelo, sedientos de lucha, pero el agente no tenía agallas para hacer un registro—. Sabemos con certeza que Rasputín vino por aquí. —Militza seguía mirándolo con una media sonrisa en los labios—. Así pues... —El agente carraspeó—. Haremos guardia en la entrada de vuestra finca. Al fin y al cabo, tenemos el deber de protegeros.

—Protegedme, claro. —Ella asintió y percibió la juventud en el rostro del agente, cuyo bigote rubio a duras penas le cubría el labio superior—. Qué amable por tu parte. Enviaré un refrigerio caliente para tus hombres.

—No es necesario, Alteza Imperial. Mis hombres no pasarán frío.

Las puertas de madera se cerraron de golpe y Militza cerró los ojos poco a poco, aliviada, antes de volverse para indicar al servicio que se retirara. Rasputín esperó a que estuvieran todos fuera antes de descorrer la cortina. Salió de entre las sombras y caminó hacia ella con los brazos extendidos. Él la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos. A Militza se le encogió el estómago.

—Gracias —le susurró él al oído. Su aliento cálido la hizo estremecerse—. Que el Señor te bendiga. —Le besó el dorso de las manos con los labios secos, su barba áspera le cosquilleó la piel y el olor acre de su pelo fétido le inundó las narinas. Él alzó la vista—: Saldré por la entrada del sótano y me dirigiré hacia el mar. No te molestaré más. —Volvió a rozar con sus labios ásperos el dorso de su mano—. Estoy en deuda eterna contigo.

Era ahora o nunca, pensó ella. Había acudido a ella por voluntad propia. Solo funcionaría si era dócil. Y ahí estaba. Era el momento.

—Quédate —repuso un poco demasiado rápido. Él se mostró desconcertado—. Estás frío —añadió. Él vaciló—. Y debes de estar hambriento, muerto de hambre. Tenemos pastelillos, Madeira. Todo lo que te gusta. Deja que te caliente y te dé algo de comer.

—Pero ¿y los soldados?

—Es posible que hayan cambiado muchas cosas, pero nadie dudaría de la palabra de una gran duquesa. —Sonrió con gesto alentador—. Pronto desaparecerán para ir a buscar vodka al pueblo.

Al cabo de media hora, un sirviente llevó una bandeja de pastelillos y de vino de Madeira al salón privado de Militza. Era una estancia íntima donde guardaba sus obras filosóficas y religiosas más preciadas; era poco habitual que recibiera invitados ahí. El fuego estaba bien alimentado y Rasputín yacía en el diván de terciopelo color melocotón con el respaldo de capitoné, su ropa húmeda despedía vapor y la pequeña maleta de cuero con sus posesiones se encontraba junto a él en el suelo.

Militza estaba ante sus pies nudosos, lavándoselos en un barreño de agua caliente y perfumada.

—Relájate —le dijo ella para calmarlo.

—¿Siguen estando ahí fuera? —Se incorporó y miró nervioso hacia la ventana—. Noto su presencia y huelo su sudor; tienen los ánimos encendidos,

la noche es fría y lo será todavía más. El amo no podrá mantener a sus perros de caza a raya durante más tiempo.

—No osarán. Aquí estás a salvo.

—¿A salvo? —resopló él—. Ninguno de nosotros está ya a salvo, ya no.

—¿Qué les ha pasado a tus zapatos? —preguntó ella, escurriendo la toalla y dejando que el agua tibia goteara entre los dedos de su pie. El olor dulzón del sándalo indio impregnaba los vapores que iban llenando el ambiente.

—Los perdí en el bosque. Me quité las botas en el tren y no tuve tiempo de ponérmelas antes de verlos en la estación. ¡Tuve que saltar del tren en marcha para alejarme de esos cabrones! Tienen intención de desterrarme de la ciudad. ¿Yo? De la ciudad. ¡De mi ciudad! —Se echó a reír—. ¡No saben con quién están lidiando!

Permaneció sentado en silencio mientras Militza continuaba lavándolo. La gravedad de su situación le había asombrado. Lo había pillado totalmente desprevenido. No volvería a cometer el mismo error. ¿Quién los había enviado? ¿Quién le había traicionado? ¿Acaso no sabían quiénes eran sus amistades? ¿Lo poderoso que era? Seguro que pagarían por ello.

El calor de la estancia, el crepitar del fuego, el vino, los pastelillos y el agua que goteaba con suavidad fueron urdiendo su hechizo soporífero. Poco a poco, se recostó en el diván y cerró los ojos, tenía la cabeza relajada, la boca ligeramente abierta mientras se humedecía los labios con suavidad. Disfrutaba de la calidez del agua y de la suavidad del tacto de ella, que volvió a coger el frasco de aceite. Lo había elegido con esmero. Sándalo: el hacedor de sueños. Y aquel era su momento. Le costaba creer que hubiera llegado tan pronto después de pedirlo. Sin duda las Parcas habían sido benévolas. Le secó los pies con una toalla y, acto seguido, vertiendo unas cuantas gotas del aceite justo por encima de los dedos del pie, empezó a masajearle el líquido por la piel agrietada. Sus dedos ágiles se movían con destreza por el puente del pie,

su tacto sensual lo hacían gemir de forma inconsciente. De repente, abrió los ojos.

—¿Qué me estás haciendo, mujer? —bramó, apartando los pies—. ¿Qué malvado hechizo tramas ahora?

—No seas ridículo. Recuéstate y deja que cuide de ti.

—¿Por qué? —preguntó precavido, intentando interpretar la expresión del rostro de ella—. ¿Qué planeas... bruja?

—¡Precisamente tú no deberías llamarme de ese modo! —Se echó a reír con la mayor ligereza de la que fue capaz, intentando controlar el creciente rubor de sus mejillas.

Rasputín se inclinó hacia delante. A Militza el corazón le latía con fuerza. Notaba el metal frío del crucifijo de oro que él llevaba mientras se balanceaba en contacto con la carne cálida de sus pechos. Él respiraba con pesadez.

—Basta ya de artimañas —musitó, recorriendo lentamente el cuello de ella con la yema rugosa de su dedo. Militza volvió a estremecerse con una mezcla embriagadora de temor y deseo cada vez mayor.

—Déjame ser la Magdalena de tu Cristo —susurró, mirándolo a los ojos. Vio que tenía las pupilas dilatadas. ¿Era natural? ¿O es que así lo había querido él, tal como sabía que era capaz de hacer?

Se produjo una pausa. Militza no osaba ni moverse ni respirar..., y entonces Rasputín soltó una sonora carcajada. Echó hacia atrás la mandíbula barbuda y su cuerpo grande tembló mientras el crucifijo le danzaba sobre el vientre.

—Como gustes. —Rio entre dientes, se recostó y volvió a colocar los pies en la toalla—. Como gustes, mi pequeña... zorra.

Militza se hizo eco de su risa con el máximo entusiasmo del que fue capaz, y en cierto modo consiguió controlar lo suficiente el temblor de sus manos para proseguir con el masaje. Masajeó con fuerza y profundidad, subiendo desde sus fuertes tobillos y bajando por entre los dedos, gruesos y separados, del

pie. Quedaba claro que no era la primera vez que había corrido descalzo por el bosque. Vertió más aceite; le empezaban a doler las manos, pero se obligó a continuar, tarareando suavemente para sus adentros. «No falta mucho», pensó. Hacía falta una voluntad de hierro para no sucumbir al sueño. Y, claro está, el pecho de Rasputín empezó a levantarse y hundirse poco a poco. Al cabo de un rato empezó a roncar.

¡Por fin! Militza se puso de cuclillas durante unos momentos para permitirse un descanso. Lo podía matar en ese mismo instante, mientras yacía allí, roncando y con la boca entreabierta, exhalando por los huecos ennegrecidos de sus dientes sucios. Podía cortarle el cuello, hundirle un puñal en el corazón podrido y artero: resultaría fácil y rápido y nadie tendría por qué saberlo, y mucho menos la zarina. Incluso podía darlo de comer a los perros del exterior. Pero él era su creación, su criatura, su amante bien dotado y todavía no había acabado con él.

Rápida y silenciosamente, cruzó su tocador para coger la muestra de costura que había dejado esa misma tarde en el brazo del sofá. La levantó y, de abajo, rescató unas tijeras de oro tallado. Volvió a arrodillarse junto a los pies de Rasputín y, con mano lenta y diestra, se puso manos a la obra. Tenías las uñas de los pies duras y eran difíciles de cortar, pero, una por una, las fue cortando y las mantuvo lo más enteras posible y en forma de luna nueva. Cuando recogió los diez extremos los guardó con esmero en una hermosa caja de madera.

28 de agosto de 1889
Peterhof, San Petersburgo

Desde un buen comienzo, Militza sabía que no iba a funcionar. Ella era así. Sabía cosas, veía cosas, notaba cosas... Lo llamaban clarividencia. Veía cuándo había malos presagios..., y los presagios nunca mentían.

Había encendido una vela la noche anterior, algo que ella y su madre siempre habían hecho, un poco de magia apotropaica para ahuyentar el mal. Se colocaba una vela encendida en la ventana para disipar la oscuridad, para atraer a la luz y la buena fortuna. Pero se apagaba una y otra vez. Había brisa, un viento indeseable, lo cual significaba que, por muchas veces que encendiera la llama, parpadeaba y oscilaba hasta apagarse.

Como es natural, no se lo contó a su hermana. Anastasia era dos años menor y ya estaba lo bastante alterada, tanto que se había despertado hecha un mar de lágrimas. ¿Qué tipo de novia se despierta llorando el día de su boda?

—No puedo —sollozó, incorporada gracias a un montón de suaves cojines blancos—. Es que no puedo.

En aquel momento, Militza no había sabido qué hacer. Anastasia lloraba desconsoladamente; su cabello oscuro, que le enmarcaba el rostro, se le adhería formando rizos húmedos a las mejillas mojadas. Sus grandes ojos negros apesadumbrados y llenos de patetismo.

—¡Tienes que ayudarme!

—No está tan mal —se oyó Militza diciéndole a su hermana—. Es un buen partido.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? Es dieciséis años mayor que yo, ha estado casado con anterioridad, y...

—Y es quien papá ha elegido.

—Solo hace cuatro semanas que lo conozco. ¡Cuatro semanas! Tiene los ojos fríos y el corazón incluso más frío. ¡Oh, cielos! ¿Por qué papá no escogió a otro?

—Tiene sus motivos, y de nosotras dos espera que cumplamos con nuestra obligación. —Militza acarició el cabello húmedo de su hermana intentando consolarla. Pero fue en vano.

—¡Quiero casarme por amor! —exclamó. Se desplomó de nuevo en la cama y contempló el techo ornamentado del Gran Palacio.

El borde con motivos florales dorados brillaba bajo el sol de primera hora de la mañana, la araña de cristal resplandecía y se mecía un poco por efecto de la brisa. La opulencia y esplendor de su entorno resultaban totalmente abrumadores.

Militza se echó a reír, le costaba creer lo que su hermana acababa de decir.

—¡No seas tan ingenua, Stana! Las mujeres como nosotras no se casan por amor.

¡Qué típico de Anastasia! Incluso durante la infancia en la corte de su padre en Cetinje, Montenegro, cuando correteaban por los pasillos estrechos de su acogedor palacete con paredes rojizas y contraventanas blancas, Anastasia había sido la romántica; la que creía en los cuentos de hadas que su madre les contaba. Los escuchaba, con ojos abiertos como platos, sentada sobre sus rodillas y jugando con muñecos de madera mientras planeaba su boda. Siempre había sido fantasiosa, siempre había pensado, siempre había sabido que algún día llegaría su príncipe. De entre todas las hermanas —y según los

últimos recuentos eran nueve—, Anastasia era la soñadora, la romántica. Incluso la creencia de los montenegrinos de que las hijas eran una desgracia parecía pasar de largo con ella. Hacía caso omiso de las conversaciones interminables de sus padres sobre el dinero y sobre la escasez de pretendientes, se mantenía inmune al hecho de que su padre estuviera construyendo un convento a la orilla del lago Skadar por si tenía que albergar a su cada vez mayor camarilla de hijas inútiles, y hacía oídos sordos a las intrigas y planes para librarse de tantas mujeres que salían caras.

Así pues, cuando las hermanas fueron invitadas a San Petersburgo, por orden del zar Alejandro III, Stana fue la primera en emocionarse, la primera en entusiasmarse, atolondrada ante la idea de la ropa, las fiestas, el torbellino de la vida social, y, a diferencia de Militza, fue la última en darse cuenta del plan.

—Las mujeres como nosotras se casan por dinero —le recordó Militza a su hermana—. Nos casamos por la posición, la seguridad y el estatus, y como no tenemos ningún...

—¡Pero si somos princesas!

—De un remanso feudal que ni siquiera posee un ejército como Dios manda.

Stana mostró su asombro.

—Las dos sabemos que es verdad —continuó Militza—, y por eso tenemos que aceptar lo que nos den, tomar como esposo a quien nuestro padre escoja, que siempre será alguien que él considere útil, que pueda hacer algo por él y por nuestro país. ¿Y nuestra labor? Nuestra labor consiste en traer hijos al mundo. Varones. ¡Somos un par de yeguas de cría! Por eso nos invitó aquí el zar. Es lo que sabemos.

—Una yegua de cría... —Suspiró.

—¡Tienes casi veintiún años, Stana! Ya no eres joven. Ya no puedes

albergar fantasías infantiles acerca de que un príncipe azul te rescate de tu destino.

—¡O sea, que van a vendernos por treinta monedas de plata!

—¡Un poco más que eso, espero! —Militza se echó a reír. Su hermana, no—. No podemos elegir —reconoció Militza con voz queda.

—Una vida sin posibilidad de elección —Stana miró fijamente a su hermana y negó con la cabeza— no es vida.

—Es nuestra obligación.

—¿Obligación para con quién?

—Para con nuestro padre, nuestro país. —Hizo una pausa—. Sinceramente, no está tan mal. Y lo que hay que hacer es esperar, rezar para que, con el tiempo, llegues a amar a tu esposo.

—¿Tú amas a tu esposo? —preguntó Stana, incorporándose.

Militza sonrió.

—No ha pasado tanto tiempo.

De hecho, hacía apenas cuatro semanas que había dejado de ser la novia. Su matrimonio también había sido concertado por su padre y el zar. Incluso se había sentado al lado de Alejandro III mientras brindaba por la unión entre ella y su marido, su primo el gran duque Pedro Nikoláyevich.

—Brindo a la salud de mi único amigo fiel y sincero de Rusia —había dicho Alejandro antes de llevarse la copa de oro a los labios. No se había mencionado para nada la felicidad, ni la alegría ni el amor del tipo que fuera. Eso no significaba que Pedro no fuera encantador (lo cierto es que lo era), pero el verdadero motivo que había tras la unión no había pasado desapercibido a los periodistas.

—Sería imprudente pasar por alto los sentimientos de ternura que provocó esta celebración —decía uno—. Pero sería insensato no reconocer todas las grandes razones nacionales y políticas que han unido, mediante la amistad y

los vínculos familiares, a la poderosa Casa Real de los Románov de Rusia y la modesta corte de Montenegro.

—«La modesta corte de Montenegro»... —Militza sonrió con arrepentimiento y pesar. Esa frase había enfurecido, puesto rojo de ira, a su padre. Se volvió para mirar por la ventana hacia los jardines bien cuidados de más abajo. Qué hermoso día. El cielo matutino estaba despejado y fresco, perfecto para una boda; las fuentes de Peterhof relucían como copas decadentes de champán burbujeante y una brisa tibia soplaba desde el golfo de Finlandia. Ella y Stana eran jóvenes y hermosas; las dos tenían motivos para estar muy contentas.

Así pues, ¿por qué sentía el mareo desesperado del desasosiego en la garganta y el nudo prieto del miedo en lo más profundo de su ser?

Militza no se atrevía a mirar a Stana a la cara. ¿Qué podía decirle? Se suponía que ella era la fuerte, la más lista de las hijas, capaz de hablar persa, ruso y francés, así como todas las lenguas de su patria. Ella era la sensata, la que tenía la visión clara. Zorka, la mayor, tal vez fuera capaz de predecir terremotos, y su madre sabía el sexo de los bebés antes de nacer, pero era ella, Militza, quien gozaba del poder real, la que realmente tenía poderes de visualización. Era ella quien hablaba con el Espíritu, la que era tenaz, la que tenía una respuesta para todo. En su familia se la conocía como lectora de runas y oráculos, una sibila a la que siempre le costaba morderse la lengua, así que ¿por qué estaba ahora tan callada? ¿Qué podía decir? ¿Que Stana no tenía más remedio que aceptar a ese duque viudo como esposo? ¿Que el matrimonio era sinónimo de soledad? ¿Que a ella misma le costaba encontrar la felicidad? ¿Que la noche de bodas era algo por lo que había que pasar?

Además, conocía a su esposo, Pedro, y él también sabía de dónde había salido ella. Había recorrido Montenegro con ella, había presenciado los brindis y los fuegos artificiales para celebrar su compromiso. Había navegado

costa croata abajo en su hermoso yate blanco para pasar unos días con su familia en Cetinje; había visto su palacio poco fastuoso de pasillos estrechos y contraventanas de madera; había caminado por el montón de maleza que era su jardín que ni siquiera tenía una fuente ni el césped cuidado, y habían regresado a Rusia juntos para contraer matrimonio.

Pero Stana, la pobre Stana, no había tenido tanta suerte. Había conocido a su futuro esposo hacía apenas cuatro semanas, pues su padre lo había elegido de entre el reducido grupo de pretendientes dignos de la boda de Militza. A saber lo que su padre había visto en el viudo con un hijo de siete años huérfano de madre.

Lo único que Militza sabía era que no habría cañonazo de celebración el día de la boda de Stana, ninguna fiesta en el palacio del zar. De hecho, ni el zar y ni su padre siquiera iban a asistir a la boda. Era como si Nicolás tuviera prisa por entregar a Stana, al precio que fuera.

Militza exhaló un suspiro. ¿Qué estaban haciendo ahí? ¿Dos hermanas tan lejos de casa? ¿Cómo era posible que su padre les hubiera hecho eso? No podía evitar pensar lo cruel que era ser mujer, lo cruel que era sentirse indefensa e incapaz de decidir su propia suerte. Sin embargo, no dijo nada, no hizo nada aparte de seguir mirando por la ventana e intentar disipar sus propias aprensiones.

Stana tardó media hora en serenarse lo suficiente para dar sorbos al té. Lo tomaba fuerte y endulzado con un poco de mermelada de cereza que había cogido con una cucharilla de plata. La sirvienta le había llevado una bandeja llena de *blinis* calientes con nata agria y miel, pero a ninguna de las dos le entraba nada en el estómago.

—Tienes razón —reconoció Stana con rotundidad mientras lamía la

mermelada de la cuchara—. No podemos hacer nada. No puedo elegir. Es o Jorge...

—O el convento del lago Skadar.

Intercambiaron una mirada. Debería haber sido un chiste gracioso: era algo acerca de lo que se reían de niñas, que acabarían en el convento que su padre estaba construyendo. Militza había declarado a menudo con tono altanero que ardía en deseos de dedicar su vida al intelecto, sin distracciones. Pero a medida que crecían y cuanto más altos y gruesos parecían los muros del convento, más aterradora parecía esa realidad. ¿Cómo era posible que su padre pensara realmente que aquella era una solución al problema de tener tantas hijas? Cualquier cosa, cualquier sitio, cualquiera —incluso Jorge— sería mejor que el convento del lago Skadar.

Militza se inclinó y cogió la cuchara de la boca de su hermana.

—No hagas eso. Ya no estamos en casa.

—¡Como si no lo supiera! ¡Odio este sitio! ¡El Gran Palacio! —Soltó un bufido—. ¡Es como una jaula! —Stana se levantó de la silla de un salto y caminó hacia los ventanales abiertos—. ¿Por qué tiene que ser él? Se volvió hacia Militza con sus grandes ojos implorantes—. ¿Por qué tiene que ser ahora? Sé que la gente habla. Los oigo murmurar. Noto su mirada. ¿Cuál es el estúpido refrán que usan? «Un presente no invitado es peor que un tártaro.» Pues esas somos nosotras. Un par de tártaras sin invitación. No les gustamos. Nos desprecian. —Hizo una mueca con sus bonitos labios—. Tengo miedo. Estos palacios grandes y fríos me dan miedo. La gente que vive aquí me da miedo y, sobre todo, mi marido me da miedo. No me ama, sé que no. A duras penas es capaz de mirarme a los ojos.

—Te pidió en matrimonio y eso es lo único que cuenta.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No sé qué otra cosa decir.

Las hermanas permanecieron sentadas en silencio y se tomaron su té. Lo único que se oía eran las rascadas de la cuchara de Stana mientras removía la mermelada en la taza.

—Ojalá nuestra madre estuviera aquí —dijo Stana, que de repente soltó la taza y dobló las rodillas justo debajo de su mandíbula—. Tanto mamá como papá asistieron a tu boda.

—Todo irá bien. —Militza le apretó la mano.

—Echo de menos nuestro palacete.

Militza miró por el gran ventanal abierto hacia los espléndidos jardines que se extendían más allá.

—Yo también —se apresuró a añadir, dirigiéndose de nuevo a su hermana—. Todo irá bien. No estás sola. Me tienes a mí para cuidar de ti.

—¿Tú? —Los ojos de Stana volvieron a llenarse de lágrimas—. ¿Qué puedes hacer tú?

—Cuidaré de ti.

—Por favor... No estoy segura de poder dar este paso sin ti. Siempre has sido la fuerte, la lista..., la que todos admiraban. —Sujetó a su hermana por los hombros con fuerza—. ¿Me prometes que harás que todo vaya bien? ¡Prométemelo!

La sujetó con fuerza y el dolor que sentía resultaba evidente. Militza miró hacia lo más profundo de los ojos negros de su hermana. Tal vez fuera porque se sentía culpable de que el destino hubiera sido más generoso con ella, tal vez fuera instinto, la responsabilidad de la hermana mayor de cuidar de los demás, o quizá fuera la visión descarnada del corazón destrozado de su hermana, pero Militza no se movió. No desfalleció.

—Te lo prometo —susurró—. ¡Te lo juro! —Enroscó un mechón de cabello detrás de la oreja de su hermana antes de ahuecar la mano bajo la mandíbula

—. Juntas podemos conseguir lo que haga falta —dijo con voz suave, antes de besar a Stana en la mejilla.

Al cabo de unos años, Militza recordó, ahí y entonces, que con un besito había sellado el destino de ambas. Estaba obligada para siempre a ayudar a su hermana, a acudir en su ayuda. Se lo había prometido. Se lo había jurado. No había nada más que añadir.

—Sonríe —dijo—. Vas a casarte.

La boda era a las tres de la tarde y Stana tenía mucho que hacer. De acuerdo con la tradición, su vestido tenía el estilo de la corte. Estaba confeccionado con seda blanca, bordado con hilo de plata, perlas y unos cuantos diamantes alrededor del cuello, que tardó más de una hora en ponerse. Con tanto calor era difícil enfundarse las medias finas de encaje, y su nueva doncella, Natalia, tardó una eternidad en subírselas por encima de la rodilla. Acto seguido le tocó el turno a la combinación de encaje para dar volumen al vestido, seguido de las enaguas almidonadas. Le pusieron por encima un vestido más ancho, con hilo de plata y seda. La V invertida de la parte delantera permitía que asomara el otro faldón de tejido de plata más fino. Debido al calor y la humedad elevados propios del final del verano, en vez de la típica cola de terciopelo, Stana había optado por una mantilla sencilla y un velo de un delicado encaje de Chantilly hecho a mano. Iba sujeto a una tiara de diamantes y perlas, el regalo de bodas que le había hecho el zar. Por suerte, Monsieur Delacroix estaba a mano para asegurarse de que su peinado era perfecto. Era un tipo corpulento de tez colorada que llevaba un bigote largo y encerado y que anunció su llegada a bombo y platillo, acompañado de un pelotón de lacayos y con olor a lavanda. Hacía tanto tiempo que Monsieur Delacroix era el peluquero de la corte que sabía más secretos que la policía, más

chismorreos que el servicio, pero, sobre todo, era consciente del nerviosismo de las novias y nunca viajaba a ningún sitio sin una botella fría de champán Roederer. Su energía, y por supuesto el alcohol, servían para distender el ambiente.

—¿Os habéis enterado de que la gran duquesa Vladimir está embarazada? —preguntó Monsieur Delacroix mientras peinaba a Stana—. Debe de ser el cuarto o el quinto.

—Qué suerte —repuso Militza mientras sorbía el champán.

—Son muchos hijos —comentó Stana, mirándose al espejo.

—¡Tanto dinero y tantos hijos, pero sigue sin acercarse al trono! —Rio él con su pecho redondeado—. ¿Os acordáis de cuando el zar se vio implicado en ese accidente de tren en Borki, Ucrania, el año pasado? ¿Cuando murieron veintiuna personas? —Subió la temperatura de las tenacillas de rizar—. Se rumorea que ni ella ni su esposo regresaron a Rusia y ni siquiera preguntaron por el estado de salud de su hermano mayor. ¡Se quedaron en Francia de brazos cruzados, profiriendo maldiciones, confiando en que el zar y sus hijos fueran eliminados y heredaran el trono! ¡Ay! —exclamó cuando se quemó el dedo índice con el latón caliente mientras sacaba unas tenacillas del calentador a gas—. No creo que el zar le haya perdonado. Pronto te tocará a ti —bromeó, haciendo una pausa a medio peinarla y asintiendo hacia el vientre liso de Stana.

—¿Yo? ¿Qué?

—Muchos hijos varones, eso es lo que necesitan todas las esposas. —Stana se sonrojó. Como notó la evidente incomodidad de la novia, Delacroix se apresuró a continuar—: La gran duquesa Vladimir ha patrocinado a Cartier para que abra aquí. Acaba de pedir otra tiara rusa de ribete. —Puso en blanco sus pequeños ojos color grosella y se retorció el extremo del bigote—. Por lo que parece, se están volviendo locos intentando adquirir los diamantes,

¡rebuscando por Siberia! No es que la tiara Vladimir tenga parangón, la que recibió cuando se casó. Tiene más perlas que el océano Índico. Creo que quiere más piedras que los Yusúpov, pero nadie puede competir con ellos.

Trabajó con meticulosidad para alisar los cabellos de Stana y formar con ellos los típicos tirabuzones gruesos que hizo que le colgaran sobre cada hombro. Después de cepillar cada rizo, le roció el pelo con una nube de colonia de violeta de Guerlain, París. Por último, cogió la tiara de diamantes con las palmas de la mano y, con sumo cuidado para no ensuciarla de sudor, la colocó en su sitio.

—¡Ahí! —dijo él, manejando con destreza una manecilla—. ¡Perfecto!

Stana se levantó del asiento y se volvió para mirarse en un espejo de cuerpo entero. La tiara, el velo de encaje francés, el vestido plateado, la melena negra suave y con tirabuzones... le costaba reconocerse. Presentaba un aspecto etéreo, una princesa de otra época y lugar. Lanzó una mirada a su hermana, que tenía los ojos empañados de lágrimas.

—Estás preciosa —susurró Militza.

Llamaron a la puerta y Brana, la anciana ama que las hermanas habían insistido en llevar con ellas desde Montenegro, entró arrastrando los pies. Encorvada, vestida con un chal de punto holgado y con el grueso pelo canoso recogido en unas trenzas en la coronilla, presentaba un aspecto inusual en aquel entorno enrarecido. El refinado Monsieur Delacroix retrocedió un paso; incluso Natalia, la doncella, se quedó boquiabierta. Oriunda de la ciudad costera de Ulcinj, una de las capitales de los piratas del Adriático, Brana llevaba con las niñas desde su nacimiento y había cuidado de su madre, Milena, antes que a ellas.

—Como vuestra mamá no está aquí... rosas —dijo, sosteniendo el ramo nupcial bien sujeto. Hablaba en albanés. El peluquero y la doncella no

entendían nada—. Y arrayán —añadió con una amplia sonrisa desdentada—. Lo último en moda desde la boda de la reina Victoria, o eso me han dicho.

—¡Oh, Brana! ¡Gracias! —Stana se inclinó para abrazarla y darle un beso en la mejilla enjuta—. ¡Siempre estás en todo!

Stana regresó al espejo. El ramo era el toque final. Se le paró el corazón. De repente, la boda era real y se sintió mareada.

—Todo irá bien. —Se habló a su propio reflejo con la boca seca por culpa de los nervios.

—Ahora tienes que ser valiente —dijo Brana, sonriendo hacia Stana—. Vuestra madre —continuó, rebuscando en uno de los bolsillos de sus faldones — se prometió a los seis años, se casó a los trece, cuando ni siquiera era mujer. Tardó cuatro años enteros en producir. Y miradla ahora... —Sonrió—. Once hijos. —Le tendió una pequeña botella azul a Militza—. Y otro en camino.

—Abre la boca —pidió Militza, que se acercó a su hermana.

—¿Qué es? —preguntó Stana, haciendo lo que se le pedía.

—Láudano. —Militza apretó la parte superior de la pipeta de cristal—. Unas cuantas gotas amargas y luego ya no notarás nada.

Eran aproximadamente las dos y media cuando salieron de Peterhof en dirección a Villa Sergejevsko en un carruaje abierto tirado por seis alazanes engalanados con rosas blancas. Militza viajaba con su hermana, acompañadas de la numerosa guardia real, cuyos miembros iban vestidos con sus immaculados uniformes escarlata. Cuando llegaron a la iglesia de mármol blanco a las tres en punto de la tarde, fueron recibidas por una multitud de periodistas y por el fotógrafo oficial de la corte, así como por un montón de curiosos emocionados venidos de las fincas de los alrededores.

—Que Dios me ayude —musitó Stana, dirigiendo sus ojos vidriosos hacia la muchedumbre antes de volver a mirar a su hermana—. Que Dios nos ayude.

El carruaje se detuvo y la multitud se quedó quieta. Las aguardaban unos seis grandes duques ataviados con el uniforme militar de gala, cuyos botones dorados y charreteras resplandecían bajo el fuerte sol de la tarde. Con sus dos metros de altura, Nicolás Nikoláyevich, el recién estrenado cuñado de Militza, sin duda destacaba de entre la multitud. Su nariz recta y su intensa mirada azul e inteligente, además de su bigote elegantemente encerado, lo convertían en una visión agradecida en aquel mar de rostros desconocidos. Él sonrió con expresión alentadora a la novia, que se acercaba.

—Papá estaría muy orgulloso —susurró Militza al oído de su hermana.

—Socorro —masculló Stana con apatía a modo de respuesta.

Stana se levantó en el interior del carruaje y sufrió un ligero vahído: las medicinas, el peso del vestido, el calor estival. Militza soltó un grito apagado, igual que algunas personas de entre la multitud. Stana se agarró al lateral del carruaje para no perder el equilibrio, las manos blancas le temblaban mientras buscaba un asidero. Por suerte, Nicolás Nikoláyevich fue lo bastante rápido para coger a Stana antes de que se cayera. Se abalanzó, empujó a un lado a un lacayo y deslizó las manos con firmeza alrededor de la cintura de ella justo cuando le fallaron las piernas. La acercó con fuerza a su pecho, y la cabeza de Stana cayó contra su hombro; se estremeció al intentar controlarse. Respiró hondo y lo único que fue capaz de oler fue la intensa fragancia a limón de su colonia.

—Gracias. —Sus labios se separaron para dibujar una sonrisa seca. Una gota de sudor diminuta se deslizó por la sien de ella.

—Alteza —repuso él, sujetándola con firmeza por los codos—. ¿Necesitáis un vaso de agua?

—No hace falta.

—¿Un poco de aire?

Stana negó con la cabeza.

—No te preocupes —añadió al tiempo que se volvía para dirigirse a Militza, que parecía estar preocupada—. Solo necesita tiempo. Ve adentro. Cuidaré de ella, te lo prometo.

Militza vaciló, era tarde, debía entrar en la iglesia, pero... Ella volvió a mirarlo.

—Te lo prometo —repitió él, acercando un poco más a Stana a su pecho—. Ve.

Militza asintió y se volvió. En cuanto hubo traspasado las puertas abiertas, el olor empalagoso del incienso y los lirios llenó el ambiente. Olía más a funeral que a boda. La flor y nata de la sociedad de San Petersburgo, iluminada por el resplandor de mil velas, con sus mejores galas y mientras luchaban por ocupar las mejores posiciones, sus diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas, oro y sedas plateadas destellaban como una cesta llena de víboras húmedas que se retorcían bajo el sol. Militza quedó cegada por momentos ante tanta opulencia y sujetó el abanico con todas sus fuerzas mientras recorría la iglesia. Notó que las conversaciones se acallaban y que cien pares de ojos se posaban sobre ella. Enfundada en un vestido de seda amarillo, con un collar de diamantes amarillos y la pequeña tiara de diamantes que su marido le había regalado recientemente, escudriñó la iglesia con nerviosismo.

La primera que se le acercó fue la hermana del zar, la gran duquesa María Aleksándrovna, casada con el príncipe Alfredo, duque de Edimburgo, segundo hijo de la reina Victoria. Su tiara de diamantes y rubíes birmanos era impresionante, pero su pequeño rostro redondo estaba impertérrito y denotaba aburrimiento.

Bostezó disimuladamente.

—Aquí estamos todos otra vez. Dos veces en cuatro semanas. —Esbozó una sonrisa forzada mientras daba tres besos al aire cerca de las mejillas de Militza—. Qué calor tan horrible hace hoy. —Agitó su enorme abanico de nácar a modo de demostración—. Y mi hermano no va a venir. Está en Dinamarca. Copenhague. Con la familia de Minny —añadió con un ligero meneo de la corona pequeña que llevaba—. Era un compromiso anterior.

—Qué pena —añadió el príncipe Alfredo, que parecía tan hastiado como su esposa mientras contemplaba la escena—. Sin el zar no es un evento tan lucido.

—¿Y tu padre, el rey de...? —María Aleksándrovna hizo una pausa con toda la intención, mientras jugueteaba con su enorme anillo de rubíes.

—El príncipe heredero de Montenegro. —Militza notaba cómo se le empezaban a ruborizar las mejillas por culpa del enojo. No era la primera vez que alguien fingía no recordar el nombre de su país.

—¿Tu querida madre tampoco está aquí? —preguntó con los labios fruncidos, aunque ya sabía la respuesta.

—Por desgracia, mi madre está recluida.

—¿Cuántos van ya? ¿Diez? —La gran duquesa soltó una risita—. ¡Ni siquiera los antiguos siervos tenían tantos hijos!

—Doce —respondió Militza al tiempo que por fin veía el cuerpo alto y esbelto de su esposo—. ¿Me disculpáis?

Se abrió paso rápidamente entre el frufú de la seda y el destello de los diamantes que la rodeaban.

—¡Por fin te veo! —Se inclinó para besarla—. ¿Todo bien? —le susurró al oído.

—Le he dado una cosilla para los nervios.

Se incorporó y le sonrió. Pedro vestía un uniforme rojo de los húsares que le sentaba de maravilla, con unas grandes charreteras doradas que hacían que

sus anchos hombros destacaran; tenía un brillo especial en los ojos grises y una mueca generosa en los labios bajo el bigote; era un tipo encantador y fogoso que siempre parecía estar a punto de contar la historia más apasionante.

—Buena chica —repuso, dándole una palmadita en el dorso de la mano—. ¡Ojalá me hubieras reservado un poco para mí! —añadió, exhalando un leve suspiro mientras recorría la iglesia con la mirada—. Ha venido bastante gente. Difícil para una chica joven. Buen trabajo. —Asintió y le apretó la mano—. Recuerdo el día de nuestra boda —añadió.

—¡Más te vale! —Militza sonrió—. No fue hace tanto.

—Cuatro semanas y cinco días. —Sonrió—. La tiara te queda bien.

—Elegiste bien —respondió ella.

—Gracias, *milady*. —Hizo una reverencia de broma—. Tengo buen ojo para las cosas hermosas —declaró antes de volverse para hablar con los invitados situados a su derecha.

—¡Por el amor de Dios! —siseó una mujer bien parecida mientras se plantaba ante Militza. Iba enfundada en un vestido de gala con una gran profusión de bordados, ribeteado con perlas. De los lóbulos de la oreja le colgaban dos pesados diamantes, aparte de la tiara de tamaño considerable con diamantes y perlas que lucía en la cabeza. Exudaba el hastío de quien se cree con más derechos que los demás—. ¡No sé por qué estamos aquí!

—Estoy de acuerdo —musitó su esposo, acariciándose el grueso bigote—. ¿Dónde se ha visto una boda en la corte sin el zar?

—¿Lo culpas? Ojalá yo hubiera podido escaparme a Dinamarca. Es vergonzoso. Menuda mosquita muerta se ha buscado. ¡Sin dinero! Y de un lugar perdido por ahí del que nadie ha oído hablar. ¿Qué demonios está haciendo Jorge? ¿No podía conseguir algo mejor? Montenegro, ni más ni menos. ¡Las calles están llenas de cabras!

—¿Te has enterado de que han traído a una vieja con ellas? —añadió su esposo—. ¡Una vieja! Supongo que no pueden pagarse a una dama de compañía como Dios manda.

Militza se clavó las uñas afiladas en la palma de las manos. Cuánto deseaba que su padre no las hubiera obligado, a ella y a Stana, a ir a ese lugar. Incluso el convento del lago Skadar era preferible a eso.

—¡Ah, Félix! ¡Zinaida! ¡Qué alegría veros! —declaró Pedro, volviéndose hacia su esposa y fijándose en la pareja que tenía delante—. Militza, querida —añadió—. ¿Conoces a los Yusúpov? ¡La pareja más glamurosa de toda Rusia!

A Militza se le quedó la voz ahogada en la garganta cuando se hizo el silencio en la iglesia y todos los ojos se volvieron hacia la entrada. Stana y Nicolás Nikoláyevich estaban en el umbral, enmarcados por el brillante sol de la tarde. Menos mal que su hermana tenía un poco más de color en sus mejillas pálidas, pero, de todos modos, Militza notaba que tenía el pecho contraído por los nervios. Todos se los quedaron mirando. Volvió a recorrer la iglesia con la vista para observar al novio.

Jorge Maximiliánovich, sexto duque de Leuchtenberg, iba vestido con su impoluto uniforme militar color escarlata, adornado con hileras de medallas relucientes y un fajín color turquesa brillante, y estaba de espaldas a la puerta. «¿Por qué no se gira? —pensó ella—. ¿Acaso no se giran todos los hombres para ver entrar a su futura esposa en la iglesia?» Militza volvió a mirar a su hermana, que se agarraba con tal fuerza a la mano de Nicolás Nikoláyevich que tenía los nudillos blancos. No es que él pareciera darse cuenta, en realidad estaba muy concentrado en ayudarla a recorrer el pasillo.

Justo cuando Stana alzó la cabeza para caminar hacia el sacerdote, se produjo una conmoción detrás de ella. Todos se volvieron para ser testigos de la llegada tardía de la gran duquesa Vladimir, María Pávlovna, y su corpulento

marido, el gran duque Vladimir Aleksándrovich, que lucía un bigote enorme, hermano menor del zar. Entre bufidos y resoplidos y movimientos del abanico, siguieron a la novia al interior de la iglesia y ocuparon su lugar justo al lado de la entrada. Militza los observó. La gran duquesa, cargada de joyas, un collar, un *collier de chien*, un *devant de corsage*, una tiara, broches y un fajín, era la viva imagen del engreimiento mientras todas sus facetas resplandecían gracias al sol. Aparentemente ajena a la delicadeza del momento, María Pávlovna sonrió y asintió hacia los congregados, con lo que deslució la llegada de la novia. No era famosa por su tacto, eso lo sabía incluso Militza. Llenaba su enorme palacio de jugadores y farsantes y era el epicentro de la alta sociedad de San Petersburgo. Nadie podía comer, bailar o recibir en la ciudad sin su beneplácito. Sin embargo, incluso para la gran duquesa Vladimir, tal entrada era algo más que un poco vulgar.

—Esa mujer siempre tiene que ser el centro de atención—susurró Pedro al oído de su esposa—. Horrible.

Al observar la sonrisa, el asentimiento y las palabras que María Pávlovna pronunciaba moviendo los labios mientras se abanicaba, a Militza le pareció más interesante que los cotilleos de Monsieur Delacroix estuvieran fundados. El rostro más bien angular de María Pávlovna estaba más relleno y el vestido no le quedaba tan ajustado como dictaban los cánones de la alta costura. Quedaba claro que estaba embarazada.

El sacerdote, el padre Antonio, tuvo el valor de hacer caso omiso del intento de interrupción y siguió bendiciendo los anillos. Jorge y Stana intercambiaron sus votos, él a un volumen considerablemente superior que el de ella. Sin embargo, a Stana se la veía serena sosteniendo la vela y apenas flaqueó cuando se inclinó hacia delante para besar el icono. Incluso la reservada María Aleksándrovna acertó a esbozar una pequeña sonrisa en su rostro normalmente amargo.

Cuando la ceremonia tocó a su fin, el hijo de Jorge, el pequeño Alejandro Romonovsky, encabezó la procesión para salir de la iglesia con el icono sujeto con firmeza entre sus tiernas manos. Quedaba claro que se tomaba sus responsabilidades muy en serio, puesto que se estuvo mordiendo el labio inferior hasta salir de la iglesia, en Villa Sergievka, y durante el banquete.

Menudo banquete. Uno de los que pocos asistentes, si acaso, olvidaría jamás.

Más tarde

Villa Sergievka, Peterhof

Militza estaba sentada frente a ella cuando ocurrió. ¿Por qué no se dio cuenta?, se preguntaría muchos años después. Nada más y nada menos que ella. Quizás hubiera podido hacer algo. Haber evitado lo ocurrido. O, por lo menos, mejorar la situación.

La fiesta estaba en su máximo apogeo. El banquete, que había consistido en sopa de tortuga, *pirozki*, ternera, pavo, áspic de pato, y helado, todo servido en pesadas bandejas de plata, se había retirado y tocaba una banda de zingaros. Eran habituales del restaurante más popular del momento, el Cubat de San Petersburgo, y acababan de «secuestrar» a Stana. Los músicos iban de mesa en mesa, extendiendo las gorras, recogiendo dinero para pagar el «rescate», lo que serían sus honorarios para la noche. Los guitarristas estaban arrebatados y la mayoría de los invitados reían, lanzaban rublos a las gorras de los chicos y daban palmadas al ritmo de la música.

Pero la gran duquesa Vladimir no hacía nada de todo eso. De hecho, María Pávlovna apenas se movía. Hacía rato que no hablaba, lo cual era inusual en ella. Militza se dio cuenta de que estaba empalideciendo a pesar de la luz amarillenta de la vela y de que tenía la boca seca. De repente, María Pávlovna se volvió, miró al otro lado de la mesa y profirió un gemido grave y fuerte que sonó como un bramido primitivo, como surgido de las profundidades del alma.

Se levantó con brusquedad, sujetando la mesa con ambas manos, y las pesadas cuerdas con diamantes de su *devant de corsage* se balancearon hacia delante y rompieron dos copas. El vino tinto se vertió por todas partes, una mancha carmesí que traspasó el mantel de lino blanco y goteó hacia el suelo de parqué. Se inclinó hacia delante contra la mesa, utilizándola como apoyo, mientras intentaba respirar. Observó a Militza, jadeando entre los candelabros de plata, con ojos vidriosos y cegada por el dolor. Uno de los criados, situado detrás de la gran duquesa, se tapó la boca alarmado. Pedro, que estaba sentado al lado de ella, se levantó y echó la silla hacia atrás. El cojín de seda que ella había ocupado estaba empapado de sangre oscura. Quienes estaban cerca de ella retrocedieron. Sin embargo, la banda de zíngaros siguió tocando y los invitados que estaban más arriba en la mesa siguieron dando palmas dado que la magnitud completa de la situación tardó un rato en asimilarse.

La primera en reaccionar fue la gran duquesa Isabel Fiódorovna, la cuñada del zar, en vez de Militza. Famosa tanto por su bondad como por su belleza, se acercó corriendo apartando con brusquedad a distintos invitados y criados, y sujetó a María Pávlovna por los hombros.

—Necesitamos un médico —declaró, mirando el suelo. Hizo una mueca—. ¡Urgentemente!

Al final, Militza se abrió camino por entre la multitud de invitados, la mayoría de los cuales estaban paralizados de la conmoción. La cantidad de sangre que había en el suelo resultaba preocupante, y con cada gemido y bramido caía más de debajo de los faldones de María. Isabel Fiódorovna cogió servilletas y empezó a mojarlas con la jarra de plata para el agua que había encima de la mesa a fin de refrescar la frente de María, cuyo rostro estaba ahora totalmente pálido y cubierto por una fina capa de sudor. Militza la tomó de la mano. La tenía fría. María alzó la vista hacia ella, pero no dio muestras de reconocerla.

—Tienes que tumbarte.

Isabel y Militza le cogieron un brazo cada una. Sujetando a María con firmeza por el codo, la ayudaron a recorrer la sala de fiestas. Los invitados apartaban la mirada a su paso. La banda no dejó de tocar hasta que estuvieron cerca de los músicos.

Las mujeres llegaron a la puerta en silencio. María se desplomó, y mientras Militza se esforzaba para levantarla, se volvió y vio los rostros contraídos por el horror de los invitados. Los faldones empapados de María habían ido arrastrándose por el suelo de parqué y habían dejado una estela de sangre ancha y densa.

Justo entonces, Stana volvió corriendo a su propia fiesta, porque su «rescate» se había pagado, gritando:

—¡Ya he vuelto! ¡Soy libre!

Pero ¿dónde estaba el aplauso? ¿Dónde estaban las ovaciones clamorosas? ¡Todos los presentes deberían estar de pie! El «rescate» se había pagado; la banda podía tocar toda la noche.

Pero Stana había entrado en una sala conmocionada, una sala sumida en la tragedia y cubierta de sangre. Despertó de inmediato a la realidad, como si le hubieran dado un tortazo en la cara. Militza vio la expresión aterrada de los ojos de su hermana. El día de su boda quedaría empañado para siempre por la terrible pérdida de María Pávlovna. La llegada de Stana y Militza a la alta sociedad de San Petersburgo estaba marcada con sangre. La sangre fetal de un bebé que no nacería.

—Por el amor de Dios —gritó Pedro, dando un paso adelante—. ¡Que alguien llame a un médico! —Miró en derredor a la muchedumbre inerte y salió corriendo.

Isabel y Militza consiguieron acompañar a María hasta el salón amarillo. En

cuestión de minutos aparecieron criados con toallas y jarras de agua templada, aunque poco podía hacerse.

El bebé muerto salió unos cuarenta minutos después de que María abandonara la fiesta. Por suerte, una mujer robusta del pueblo con antebrazos fornidos acudió en su ayuda. Una de las criadas la había levantado de la cama y la había llevado al palacio mientras esperaban al doctor que Pedro había enviado a buscar. Había ayudado en el parto de unos treinta bebés en el pueblo y su experiencia resultó inestimable. Dio a María un licor fuerte de brandy y hierbas para amortiguar el dolor, lo cual hizo que la muerte del bebé fuera más llevadera. Tenía menos de cuatro meses, casi formado, pero crudo y rojo. La mujer del pueblo lo envolvió enseguida con una toalla y se lo llevó.

El segundo feto supuso una enorme sorpresa, claro está, para todos los presentes en la sala. Todos habían llegado a la conclusión de que lo peor había pasado, así que cuando María empezó a jadear y arqueó la espalda antes de proferir un grito terrorífico estaban totalmente desprevenidos. No tenían ninguna toalla a mano y nadie estaba preparado. El coágulo golpeó ruidosamente con el suelo de parqué, y salpicó los faldones de la mujer del pueblo y parte del mobiliario de cretona de seda. Por suerte, María estaba totalmente enfebrecida, por lo que se libró de darse cuenta de lo que le estaba sucediendo. Gemía y se retorció en el diván, y aunque le habían desabrochado el vestido, seguía totalmente vestida, dado que no habían tenido tiempo ni la sensatez de quitárselo. Estaba recostada en unos cojines, delirante por el dolor, llena de sangre, pero tocada con la magnífica tiara.

Después de parir el segundo hijo, no paró de sangrar. Emplearon sábanas, trapos y toallas —todo lo que encontraron— para detener la hemorragia, pero la situación empezaba a ser grave. Cuando por fin llegó el doctor Serguéi Andréyevich, la gran duquesa Vladimir estaba inconsciente, tenía fiebre y su

estado revestía una gran gravedad. La pérdida de sangre, concluyó el doctor, amenazaba con quitarle la vida. Tenían que esperar a ver qué sucedía.

Para cuando Militza salió del salón amarillo, el banquete había terminado y la mayoría de los invitados habían desaparecido al amparo de la noche. Sin embargo, algunos seguían sentados en grupos reducidos en el magnífico comedor, a la espera de recibir noticias. Cuando entró, Stana se levantó de un salto y Jorge dejó de recorrer la estancia de arriba abajo. Vio que unos cuantos cortesanos se volvían hacia ella.

—¡Estás llena de sangre! —exclamó Stana mientras corría hacia su exhausta hermana. En cierto modo, su peinado, tiara y vestido plateado parecían totalmente incongruentes después de lo que Militza acababa de presenciar—. ¿Está bien? ¿Sobrevivirá? ¿Ha perdido el bebé? —Lanzó las preguntas de manera atropellada. El resto de los presentes guardó silencio, docenas de pares de ojos clavados en el rostro de Militza.

—No sé —repuso, negando lentamente con la cabeza, limpiándose las manos ensangrentadas en la parte delantera de su vestido de seda claro—. Había dos bebés. Gemelos.

Se oyó un grito ahogado que, aun así, resultó audible. Con el rabillo del ojo, Militza vio que un hombre se desplomaba en una de las sillas del banquete, con la cabeza entre las manos. Era el marido de María Pávlovna.

—¿Gemelos? —repitió Stana.

El gran duque Vladimir Aleksándrovich emitió una especie de gimoteo, como un perro que acaba de recibir una patada de su amo. Daba la impresión de estar mordiéndose el dorso de la mano. Nadie se movió. Nadie quería parecer vulgar, nadie quería inmiscuirse en la intimidad de su dolor. Al final, Pedro cogió una delicada licorera de cristal que contenía coñac armenio y una

copa pequeña y se acercó lentamente a Vladimir Aleksándrovich. Apretó el hombro lleno de brocados del hombre, le sirvió una copa, dejó la licorera y empujó la copa lentamente hacia él. Vladimir la cogió y, sin mediar palabra, se bebió el líquido ámbar de un trago. Dejó la copa sobre la mesa. Pedro se la rellenó y Vladimir la volvió a vaciar de un trago. Acto seguido, con un movimiento rápido, Vladimir se levantó de la mesa, inspiró profundamente, se alisó el bigote grueso y largo, carraspeó y entrechocó los talones.

—Caballeros —dijo con voz queda antes de asentir y salir de la sala.

El resto de los invitados lo tomaron como indicación para marcharse. Sin el marido, la idea de quedarse por allí a la espera de más noticias pareció de repente un tanto inapropiada. Las dos hermanas, una con vestido plateado y la otra llena de sangre, se quedaron junto a la puerta mientras los invitados se disponían a salir a la noche cálida y pálida y a los carruajes que los esperaban más allá. Algunos musitaron «Gracias» entre dientes al marcharse. Pero para otros empezaron los reproches. «Ellas tienen la culpa», musitó alguien desde detrás de un abanico. «No tenían que haber venido aquí», declaró otra. «No es un buen presagio para la boda», añadió otra mientras pasaba rápidamente. «¿Te has dado cuenta de que las dos huelen a cabra?»

Las puertas se cerraron detrás de ellos y en la sala se quedaron solo Stana, Pedro, Jorge y Militza.

—¡Haz algo! —imploró Stana. Estaba pálida. Los ojos le brillaban tanto como las velas—. Los bebés se le han muerto, pero no podemos dejarla morir. ¡A ella no! No a la mayor gran duquesa del mundo. Si muere en mi boda, en nuestra boda, ¿qué dirán?

—No lo sé —susurró Militza.

—Seguro que puedes hacer algo al respecto.

—¿Qué puedes hacer? —dijo Jorge con desprecio mientras tomaba una

copa de vino de la mesa y se lo bebía de un trago—. ¡No sois más que un par de campesinas de las montañas!

—¡Soy princesa por derecho propio! —replicó Stana, volviéndose para mirar a su esposo.

—¡No me digas! —se mofó—. ¿Princesa de dónde? ¡Tu padre ni siquiera es rey! ¡El verdadero rey fue asesinado! Tu padre se viste como un campesino, tu palacio es de madera y como mucho tenéis un vestido de seda entre las dos. He visto tu ajuar; sería divertido si no resultara tan patético. ¡Si el zar no hubiera pagado tu dote por valor de cien mil rublos al año, todavía te estarías pudriendo en ese pueblo con una sola calle que llamáis capital!

—Es una capital. —Stana habló con voz queda—. Y es una capital hermosa, con calles anchas y bonitas. En primavera huele a enebro y se oyen las cascadas salpicando por los desfiladeros de las Montañas Negras. El Monte Negro que cayó en forma de rocas del saco de Satanás...

Jorge posó lentamente la copa encima de la mesa y observó a su esposa. Él era bajo, delgado y ágil y llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás desde la frente; la barba y el bigote aseados le cubrían la mitad inferior del rostro. Sin duda era apuesto, pero, por algún motivo, tenía algo que reducía su atractivo. Tenía unos ojos crueles que reflejaban desdén.

—¡El saco de Satanás! ¡Es la mayor ridiculez que he oído en mi vida! ¡Satanás no existe, igual que tampoco existe Dios! —Jorge resopló con desdén mientras tomaba una botella medio vacía de Borgoña—. Tu padre se piensa que asciende en el mundo, asociándose con reyes. ¡Pero vosotras dos no sois nadie! ¡Y nunca llegaréis a nada! ¡Ni siquiera sois títeres! ¡Sois dos de un total de nueve hijas! ¡Nueve! ¡Salíais baratas, queridas! ¡Unos pocos miles de rublos cada una! ¡Yeguas de cría! Sangre fresca, traída aquí para repoblar San Petersburgo. ¡Justo lo que ordenó el zar! ¡Lo sabe todo el mundo! —Meneaba la cabeza mientras sonreía con satisfacción.

—Estás borracho —susurró Stana, cuyas manos empezaban a temblar mientras se hundía poco a poco en el asiento.

—¡Por supuesto que estoy borracho! —repuso, sirviéndose otro vaso de vino—. ¡Es el día de mi boda! ¡Todos los hombres se emborrachan el día de su boda! ¡Es la única manera de ahogar la amargura!

—No sabes lo que dices —intercedió Pedro, acercándose a Jorge—. Estás importunando a todo el mundo.

—¡Déjame en paz!

—Escucha, amigo, creo que deberías marcharte.

—¡Marcharme! —se burló Jorge—. ¡Es mi boda!

—Claro que sí. Pero tu esposa está muy afectada. Déjame llevarte a la cama. —Pedro se acercó para tomar a Jorge del brazo.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Jorge mientras se tambaleaba hacia la puerta—. ¡Soy más que capaz de irme solo a la cama! ¡De hecho, puedo beber más y seguir despotricando!

Stana estaba horrorizada. Se ruborizó y las lágrimas se agolparon en sus ojos negros. No era así como ella y sus pequeñas marionetas de madera habían imaginado el día de su boda; no era para nada como lo había imaginado. Militza corrió hacia ella para tomarla de la mano.

—No te preocupes, no lo dice en serio.

—¡Y dale! —Las provocó Jorge, volviéndose—. Todo el mundo dice que sois un par de brujas. Se rumorea que sois capaces de invocar al mismo diablo en persona, ¡que sois sus hijas! ¡Las hijas del demonio! Con vuestro cabello negro y ojos negros de las Montañas Negras. Pues bueno, ¡sacad el caldero, brujas! ¡Removedlo un poco!

—¡Nos infravaloras por tu cuenta y riesgo! —siseó Militza.

Jorge se limitó a reírse en su cara. Militza le devolvió la mirada mientras la sangre le bullía en las venas.

—¡Ahora sí que tengo miedo! —se burló mientras salía de la estancia—. ¡Mucho miedo!

—¡Por favor! —suplicó Stana, tirando del brazo de su hermana mientras las lágrimas le rodaban sin control por las mejillas—. Olvídalo. Hazlo por mí. No permitas que muera. Me lo prometiste. Sí, hoy...

Militza vaciló.

—Me lo has jurado y me has dado un beso.

—Habrá un precio que pagar —declaró Militza, volviéndose lentamente hacia su hermana.

—Todo tiene un precio. —Stana asintió para mostrar su agradecimiento—. Las dos lo sabemos.

—¿Qué precio? —preguntó Pedro.

—No hagas preguntas —espetó Stana. Se volvió de nuevo hacia su hermana—. Ya los has oído al marchar. Nuestra vida no va a valer nada si ella muere...

—Pues muy bien —repuso Militza—. Llama a Brana y dile que me traiga mis cosas.

Aquella larga y cálida noche de agosto, la corte contuvo la respiración de forma colectiva. Y el hecho de que la gran duquesa Vladimir sobreviviera para ver la pálida luz del amanecer podía considerarse poco menos que un milagro en opinión del doctor Serguéi Andréyevich.

A lo largo de todo el día siguiente, los retazos de cuchicheos fueron de un lado a otro, detallando cómo, al parecer, el médico había preparado al gran duque para la muerte inminente de su esposa. Habían sido vistos dando un paseo por la noche por los jardines de Peterhof, durante el que el gran duque asentía repetidas veces, se tiraba con ansia del bigote y tenía un semblante muy grave. Con la llegada del amanecer, cuando el buen doctor regresó al

salón amarillo y se encontró a la gran duquesa sentada derecha, despierta, no daba crédito a sus ojos. Nunca interrogó a Militza acerca de sus métodos... y ella tampoco le ofreció ninguna explicación.

Los Vladimir se dispusieron a dar sepultura de forma discreta a uno de los bebés justo en el exterior de los jardines de la iglesia familiar de su finca de Peterhof. Fue silencioso y rápido, el lugar no consagrado pero apacible; se plantó un abedul joven y el sacerdote tuvo a bien decir algunas plegarias. Pero nadie llegó jamás a saber qué fue del segundo bebé, el otro coágulo, y quién era exactamente la anciana que arrastraba los pies y que limpió el salón amarillo.

Tal como Stana había predicho, el resultado del aborto doble de la gran duquesa fue una frialdad rígida e intratable que resultó más fría e impenetrable que la misma taiga helada.

Porque en vez de algún detalle concreto que pudiera recordar, la gran duquesa Vladimir se limitó a inventar su propia versión, su narrativa, que en vez de colocar a las hermanas en el centro de su recuperación las culpaba, para empezar, de su terrible situación.

—Son el tipo de mujeres capaces de agriar la leche con la mirada —decía mientras daba un sorbo al champán—. Lo único que recuerdo de forma clara es el olor a cabra —declaraba, riendo escandalosamente—. ¡Cabra!

—¡Cabra! —Reían los demás—. ¡Las princesas Caprinas!

A decir verdad, lo que María Pávlovna recordaba de esa larga y blanca noche le resultaba tan perturbador que prefería no pensar en ello para nada. El recuerdo la perseguía de madrugada y le susurraba desde las sombras calladas. Así pues, al igual que la mayoría de las cosas desagradables o difíciles, ella decidía no inmiscuirse. Le gustaba librarse de todo lo que la disgustara o no le apeteciera con un pequeño movimiento del abanico. Era mucho mejor contar otro cuento y mucho más fácil sembrar otras dudas.

Así pues, la corte de San Petersburgo resultó ser el terreno mejor y más fértil; no transcurrió mucho tiempo hasta que el almizcle dulce, embriagador y con toques cítricos de la cabra se olió en los lugares más inverosímiles.

1 de noviembre de 1894

San Petersburgo

—¡Ha vuelto a ocurrir! —exclamó Stana cuando irrumpió en el salón rojo y cavernoso de Militza en la segunda planta del palacio Nikoláyevsky de la plaza de la Anunciación. Vestida con una falda verde oscuro con una chaqueta entallada a juego, se dirigió indignada hacia el diván de terciopelo carmesí mientras se quitaba los guantes dedo por dedo—. Salía de la modista de Moika y he oído a dos mujeres riéndose, susurrando, siempre susurrando, acerca de un terrible olor a cabra. ¡Otra vez! —Entrecerró los ojos negros mientras se dejaba caer en el diván y, golpeando los guantes en el sobre de mármol de la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho con firmeza.

—¿Quiénes eran? —preguntó Militza, incorporándose. Cerró su ejemplar de *Isis sin velo*, de Helena Blavatsky, y se reajustó el quimono de seda azul marino. A pesar de lo tarde que era, casi las tres, todavía no se había vestido. Mientras otras damas de la alta sociedad ya se habían colgado sus diamantes, envuelto en pieles, llamado a una troika con un postillón vestido con librea hecha a medida para hacer sus visitas diarias, Militza se había pasado la mañana ojeando un paquete de libros esotéricos que había recibido de Watkins, Cecil Court, Londres.

—No las conozco, y Jorge tampoco.

—¿Jorge estaba contigo?

—Me dijo que oía cosas imaginarias, que estaba histérica y atontada. Me dijo que me lo inventaba. Ya sabes cómo es. Si no le gusta algo, finge no haberlo oído. —Exhaló un suspiro y se rodeó el cuerpo con los brazos con más fuerza—. Sinceramente, Militza, han pasado tres años, y pensé que la situación mejoraría después de tener hijos. Es lo que decía nuestra madre, ¿no? —La voz de Stana se quebró ligeramente—. «Tened hijos lo antes posible, así os respetarán más.» ¿Acaso no dijo eso?

—Los hijos dan poder. —Militza asintió—. Lo decía constantemente.

—Constantemente —convino Stana, recogiendo los guantes y lanzándolos otra vez a la mesa con gesto frustrado—. Bueno, pues a mí no me han servido de nada. ¡Me quedé embarazada a los tres meses de la boda y encima de un varón!

—Seguro que Jorge está encantado con Serguéi y la pequeña Elena, ¿no? Dos hijos en dos años, y uno varón, es más de lo que yo he conseguido. —Se rio un poco—. ¡Cualquier marido estaría satisfecho con eso!

—Es lo que habría cabido esperar —declaró Stana, tirándose de los botones forrados de la manga izquierda y luego de la derecha—. Es lo que había pensado. —Exhaló un suspiro y miró por la ventana.

Estaba empezando a nevar. Unos copos grandes y densos caían con rapidez, arremolinándose a causa del viento, como los torbellinos de capullos zarandeados por la brisa por entre los cuales las hermanas habían corrido en los campos de frutales de Cetinje. Salvo que aquí el cielo no era tan brillante, no era de un azul cobalto sino de un gris monótono, amarillento e impenetrable.

—Qué desgraciadas somos viviendo aquí, ¿no crees? —se quejó Stana, mirando de nuevo a su hermana. Tenía los ojos oscuros velados por la melancolía—. Desgraciadas —repitió. Negó lentamente con la cabeza—. Y ahora vuelve el invierno otra vez. —Hizo un gesto hacia la ventana—. Y Jorge

estará frustrado y enfadado, otra vez. Porque, independientemente de los vestidos de gala elegantes que me compre, el *beau monde* seguirá sin aceptarme. ¿Sabes? Lo frustra que no nos inviten. Y, a medida que se acerca la temporada, le duele todavía más.

—Pero... —empezó a decir Militza.

—Por supuesto, nos invitan a los eventos oficiales. A los bailes. Esos bailes incontables e interminables. Pero a las cenas, a los almuerzos, a las *soirées*, no.

—A nosotros tampoco mucho —reconoció Militza, gesticulando en dirección a su quimono de seda oscuro—. El resto de la ciudad quizás esté ansioso por no ver la luz del día durante tres meses de fiestas, pero ¡yo estaré muy descansada! —Rio con sequedad—. Y ahora también tengo a la pequeña Marina...

—¿Qué tal está Marina? —preguntó Stana, esbozando una breve sonrisa.

—Crece rápido, ahora ya tiene más de dos años y medio, ¿no te parece increíble? —Militza sonrió y se acarició el vientre plano.

—Bien. —Stana asintió lentamente, como si pensara en otra cosa—. Pero la diferencia es que Pedro tiene su posición —dijo de repente—, su dinero, su estatus. Tiene fincas que administrar, sus pinturas, sus dibujos, sus libros de arquitectura. Jorge no tiene nada. No tiene ningún título de la realeza, ninguna tierra porque su hogar familiar fue vendido para saldar las deudas...

—Pero lo educaron en la corte.

—Con una madre en el exilio y un matrimonio del que nadie podía hablar.

—El nieto de Nicolás I. Su madre era la hija favorita del zar. —Militza hizo una pausa y se estremeció ligeramente—. Imagínate estar tan cerca del poder que puedes probarlo pero que, de repente, te lo arrebatan. Es como para volverte loco. ¿No crees? Debe de corromper el alma.

—Bien... —Stana se encogió de hombros—. Apenas lo veo, apenas hablo

con él. Para él soy como una ventana..., creo sinceramente que soy transparente para él. —Se echó a reír con sequedad—. Intenta por todos los medios ignorar mi presencia. Lo único que quería era una madre para su hijo. ¡Se había quedado sin institutriz y yo era una alternativa más barata!

—Eso no es cierto.

—Entonces, ¿qué trato hizo nuestro padre? ¿Mientras bebía brandy en esa mesa el día de tu boda?

Militza negó con la cabeza. Un silencio pesado se interpuso entre ellas. Era difícil no sentir que ambas eran títeres en un juego que todavía no comprendían.

Alguien llamó a la puerta.

—Disculpad, Alteza Imperial —anunció un mayordomo, vestido con una librea color granate e inclinando la cabeza—. Abajo está todo preparado para vos.

Stana miró hacia Militza y sonrió. A pesar de todo, una tarde en compañía de su hermana siempre la hacía sentir un poco mejor.

Siguieron los pasos amortiguados del mayordomo por los pasillos de mármol que iban de un salón decorado a otro, pasando junto a ventanas en forma de arcos con vistas a la plaza. Caminaron junto a medias columnas corintias en dirección a una escalinata inmensa en forma de U con sus dieciséis columnas de granito gris y techo abovedado y decorado, con unas balaustradas de hierro forjado negro que representaban águilas bicéfalas. Todo su palacio de Cetinje cabía en aquella escalinata. Continuaron cruzando salón tras salón, cada cual más ornamentado que el anterior. La sala árabe era la más bonita, con las baldosas en forma de estrella del suelo y las paredes talladas pintadas de rojo, azul y dorado.

—Aquí abajo —indicó Militza, levantándose el dobladillo del quimono.

—Lo recuerdo. —Stana asintió.

Ambas habían seguido esa ruta con anterioridad.

—Un segundo... —Militza hizo una pausa mientras se volvía hacia el mayordomo, que estaba encaramado a lo alto de la escalera, con el zapato con hebilla ligeramente hacia atrás; no era un criado que se aventurara jamás más abajo—. ¿Cuándo está previsto que llegue mi esposo?

—El gran duque llegará a casa esta tarde —repuso el mayordomo con un tono no del todo cortés.

—¿A alguna hora en concreto?

—Esta tarde. —Inclinó la cabeza.

—Entonces tenemos que apresurarnos —dijo Militza—. Vamos.

Bajaron aferrándose a la fina barandilla de metal para no perder el equilibrio, sus zapatos de seda con suela de cuero resbalaban un poco en la escalera gastada. A medida que el olor a col y a carne hervida aumentaba, la luz iba menguando. Pasados unos pocos minutos de las tres de la tarde, tras apenas seis horas de luz, bajo la escalera ya estaba casi oscuro. Oh, ¡cuán deprimentes le parecían a Militza esos días largos y oscuros! ¡Cuánto odiaba el débil sol, que apenas alcanzaba a asomar la cabeza por encima de la silueta de la ciudad unos cuantos meses seguidos! Ella era sureña, de la tierra de los albaricoques y las almendras, y aquella penumbra prolongada la volvía apática y melancólica. Como tenían pocas visitas que hacer por la tarde, las hermanas acababan cansándose de tantas partidas de cartas, de tantos masajes en los *banya* antes de que esas tardes largas empezaran a desvanecerse y ellas encontraran otras maneras de divertirse.

—¿Lo tienes? —preguntó Militza, entrando en la cocina crepuscular. Brana se levantó. Su rostro demacrado estaba enmarcado por un pañuelo gris bien sujeto, e introdujo las manos en los bolsillos de su larga falda negra de

algodón para recuperar un huevo blanco perfecto. Se lo tendió—. ¿Lo acabas de robar?

—Justo de debajo de su vientre emplumado —fue la respuesta risueña de Brana.

—¿Lo hago? —añadió Militza, cogiendo el huevo tibio con destreza entre el pulgar y el índice. Sus largas uñas se curvaron alrededor de la cáscara mientras sostenía el huevo contra la luz de la vela.

—Continúa. —Stana se encogió de hombros—. He perdido un poco la práctica y a ti siempre se te dio mucho mejor que a mí.

—¿Preparada? —preguntó Militza, mirando a la doncella de rostro redondo.

Al extremo de una larga mesa de madera, en el centro de la sala cuyas paredes estaban engalanadas con cacerolas y sartenes de cobre, se sentaban el ama de llaves anciana, dos sirvientas más jóvenes y Natalia, la doncella de Stana, que juntaba las manos con nerviosismo y se humedecía los labios carnosos mientras un bulto redondo le sobresalía de debajo de los faldones. Por lo menos estaba de seis meses.

—¡Oh, estoy más que preparada, estoy emocionada, Alteza Imperial! —respondió, aleteando sus pestañas color rubio rojizo—. Sinceramente, me da igual.

—Pero ¿te gustaría un varón? —sugirió Militza, tomando asiento.

—Lo que me importa es que esté sano —dijo Natalia, soltando una risita ansiosa—. ¡He oído decir que tu madre no necesita huevos, que sabe el sexo de un bebé con solo mirarte la barriga!

Militza le clavó una mirada con sus ojos oscuros.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo —la interrumpió Stana—. Pero mi hermana es igual de talentosa. —

Le dio una palmadita en la mano rosácea a su doncella para tranquilizarla—. Ella predijo a mi Serguéi y a Elena a la perfección.

Militza notó que la embargaba la irritación. ¿Por qué era Stana siempre tan indiscreta? La doncella no tenía por qué saber de su familia, de sus asuntos. Desde la boda, las hermanas habían decidido de forma expresa guardarse sus «costumbres» para ellas. Y aunque existía un interés embrionario entre los más iluminados de los marginados de la alta sociedad de San Petersburgo, no hacía tanto tiempo desde que las brujas eran víctimas de cazas, sometimiento e incluso la hoguera. Las mujeres seguían teniendo que hacer pasteles y organizar meriendas «fantasma» si querían hacer algo tan rudimentario y primitivo como la taseografía, leer los posos del té. Así pues, tanto ella como Stana tenían que andarse con cuidado para protegerse. No habían sobrevivido junto con otras generaciones de mujeres sabias sin usar su abundante ingenio. De hecho, ambas se habían convertido de manera tan clara y entregada a la fe ortodoxa rusa en vísperas de su matrimonio que nadie podía poner en entredicho su piedad o probidad.

Militza podía haber reprendido a su hermana en ese mismo momento si no hubiera estado tan ansiosa por continuar. Le preocupaba que Pedro regresara porque ya le había advertido con anterioridad que no se mezclara con el servicio. Aparte de que aventurarse escaleras abajo era inapropiado para una mujer de su posición, resultaba peligroso decir a los criados demasiado de lo que fuera, insistía él. Era la manera de evitar los chismorreos.

—Bueno, vamos a ver, ¿no? —dijo Militza, cascando el huevo rápidamente en el extremo de un plato blanco. Todos la observaron mientras introducía las uñas afiladas por la fisura de la cáscara y las separaba. El huevo se rompió y derramó su contenido sanguinolento en el plato. En silencio, las criadas observaron los jadeos retorcidos del polluelo prematuro mientras se deslizaba por el frío plato en el saco uterino. Incapaz de respirar, sus ojos sin formar

cerrados con firmeza, abrió y cerró con frenesí el pico pálido presa del pánico e intentó tomar aire. Sus patas raquíticas y de huesos blandos resbalaban adelante y atrás en la porcelana lisa hasta que, al final, su breve vida y lucha terminaron y, mientras abría el pico por última vez con una sacudida, moría.

Natalia miró hacia los rostros conmocionados de sus amigas y se tapó la boca con la mano para evitar vomitar. Las náuseas fueron inmediatas. No se había planteado realmente lo que había pedido. Se suponía que iba a ser un poco divertido, algo con lo que matar el aburrimiento de una fría tarde gris, averiguar el sexo de su próximo hijo, pero no había esperado algo tan visceral.

—Pobre polluelo —susurró.

Pero ni Stana ni Militza parecieron advertir la reacción de las criadas. Como estaban acostumbradas a ver tales cosas desde su tierna infancia, estaban más interesadas en averiguar el sexo del ave. Militza cogió el polluelo flácido y, colocándolo boca arriba, presionó el pulgar con fuerza entre sus patas.

—Macho —anunció. Asintió hacia el vientre de Natalia—. Felicidades. — Sonrió antes de soltar el ave muerta en el plato.

—¡Bien hecho! ¡Un varón! —añadió Stana al tiempo que daba un pequeño apretón al hombro fornido de Natalia.

Natalia se echó a llorar enseguida.

—La verdad es que tengo que marcharme —declaró Militza, mirando ansiosa el reloj que quedaba encima de la gran chimenea abierta—. El gran duque está a punto de llegar.

De hecho, estaba sentado en el salón rojo, fumando un cigarrillo mientras

hojeaba un ejemplar de Tolstói de *Lo que debe hacerse*, después de regresar de un almuerzo. Se le iluminó la expresión cuando ella entró en la sala.

—¿Dónde has estado? —preguntó mientras se levantaba de la silla para abrazarla. Su pregunta no era acusatoria sino fruto de la curiosidad.

—Acabo de estar arriba para ver a Marina —dijo Militza con un pequeño movimiento de la mano.

—Pero la niñera ha dicho que ha estado fuera en su cochecito toda la tarde.

—¿Ah, sí? —Militza frunció el ceño—. Se equivoca. Acabamos de estar arriba viendo a Marina. —Militza se volvió y sonrió hacia Stana.

—Y qué delicia de niña regordeta —repuso Stana.

—Niña regordeta y elegante —corrigió Pedro, sacudiendo la ceniza en un pequeño cenicero de plata—. Pronto será solo elegante, oh, y sumamente inteligente; por suerte tiene los atributos de su madre. —Sonrió—. ¿Estás bien, Stana? —preguntó.

Pedro apreciaba sobremanera a su cuñada, pero deseaba que pasara un poco menos de tiempo en esa mansión alquilada que tenían en la calle Sergievskaya, puesto que era muy infrecuente que se encontrara a su esposa a solas.

—Igual que ayer —dijo, sonriendo.

—¿Jorge sigue enfadado por no haber sido invitado al cumpleaños de Minny a final de mes? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —repuso Stana, tomando una peladilla de un cuenco de plata de la mesa dorada que tenía delante—. Conoce al zar desde que era niño y ahora la zarina no lo invita a su fiesta de cumpleaños.

—Se supone que será un acto discreto.

—¿Desde cuándo ha hecho algo discreto la emperatriz María Fiódorovna? Ella y la gran duquesa Vladimir regentan esta ciudad. —Stana devoró la peladilla y miró por la ventana.

—Creo que este año sí es discreto. El zar no está bien; ahora está de viaje hacia el sur para recuperarse —informó Pedro.

—Hace tiempo que no está bien —convino Militza.

—Son los riñones. Desde el accidente en Borki, cuando sujetó el techo del tren para salvar a Minny y a los niños —explicó Pedro—. Creo que se le debió de romper algo por eso.

—De todos modos, Jorge está furioso por no haber sido invitado y, como es natural, me culpa a mí —dijo Stana—. Igual que me culpa a mí de todos sus males. —Exhaló un suspiro—. Estoy convencida de que, para empezar, no sabe por qué se casó conmigo. ¿Vosotros estáis invitados?

—Si lo estamos, yo no iré —declaró Militza—. No estoy segura de que quiera pasar otra velada siendo el blanco de todas las miradas, soportando las risas, los cuchicheos o que me ignoren totalmente. No sé qué decirle a papá. Todas esas cartas y peticiones dándome la lata para que pida ayuda al zar o un poco de dinero, ¡no puede decirse que María Fiódorovna nos permita acercarnos a él!

—¡Cualquier cosa con tal de calzar a su ejército descalzo! —añadió Pedro, apagando su cigarrillo—. ¿Qué? —dijo alzando la vista y encontrándose con la mirada de su esposa—. Todos sabemos que vuestro país es entrañable pero que las carreteras son intransitables, que los campesinos no quieren trabajar...; sinceramente, solo sirve por los puertos de agua tibia. ¿Acaso no es verdad lo que digo?

—A veces la verdad está de más —repuso Militza.

—Bueno, personalmente, creo que tenéis que esforzaros un poco más —dijo, mirando de una hermana a la otra—. Salid del palacio. ¿Cuándo fuisteis a patinar por última vez, por ejemplo?

—Querido, no somos niñas. —Militza sonrió.

—Todas las damas patinan en el Neva por la mañana —dijo—. Es un

ejercicio excelente. ¡Y Minny está en Crimea!

Así pues, al día siguiente, el 1 de noviembre de 1894, Militza cogió los patines viejos que no usaba desde sus días en el Smolny Institute y se reunió con Stana justo delante de su casa, en el Muelle Inglés.

A diferencia de la tarde apagada y agonizante de la noche anterior, hacía un día espléndido. La nieve deslumbraba y los cristales de hielo que estaban suspendidos en el aire relucían más que la última tiara de la gran duquesa Vladimir. El aire estaba frío, tan frío que cortaba como un cuchillo cuando Militza inhaló. Pero, al mismo tiempo, proporcionaba un delicioso placer. Tras pasar días encerrada en su palacio con la única compañía de su hermana y el servicio, llenarse los pulmones de pequeños puñales afilados de frío y notar cómo se le empañaban los ojos ante tanta nitidez resultaba increíblemente liberador.

—Glorioso, ¿no crees? —dijo cuando encontró a su hermana esperándola junto al río. Tocada con un sombrero de visón blanco con un manguito a juego, adornado con pequeñas colas del mismo tipo de visón, Stana lucía muy hermosa bajo el sol sorprendentemente cálido.

—¿Traes los patines? —preguntó Militza, protegiéndose los ojos con las manos enguantadas de negro. Ella también se había esmerado con el atuendo. Llevaba un traje color chocolate negro, adornado con piel de marta, con sombrero y manguito a juego. Estaba emocionada y preparada para lo que pudiera pasar.

—No he encontrado los míos —reconoció Stana—. He mirado todos los pares que teníamos en casa y no había ninguno de mi talla. Alquilaré unos cuando llegemos allí.

—Perfecto. ¿Tomamos una troika hasta el Palacio de Invierno?

—Creo que prefiero caminar.

Así pues, caminaron a lo largo del río subiendo por el Muelle Inglés hacia

el Almirantazgo bajo el cielo azul brillante. Tras días de ventiscas grises, las calles estaban sorprendentemente concurridas. Los vendedores de castañas asadas estaban fuera y sus puestos humeantes despedían volutas de delicias tostadas. Los pintores de postales habían ocupado sus puestos intentando captar la belleza del Neva helado bajo el sol glorioso del invierno. Otros se habían protegido contra el frío y caminaban con la vista clavada en el suelo, centrados en los menesteres de la jornada. De vez en cuando, un niño pasaba en un trineo bien abrigado para protegerse del frío, con brazos y piernas rígidos y con solo las mejillas rosadas brillantes al descubierto.

Dejaron atrás el Jinete de Bronce encabritándose hacia el río y la gigantesca cúpula dorada de la catedral de San Isaac, caminando en dirección al Palacio de Invierno. En un momento dado se detuvieron ante dos leones de bronce enormes situados a ambos lados del Muelle del Palacio.

Más abajo, al pie de los escalones de granito, el Neva estaba congelado y duro como el acero. Habían apartado la nieve recién caída y formado grandes montículos a fin de despejar el camino para patinar en el hielo liso y brillante de debajo. A la izquierda de los escalones había unas sencillas sillas y mesas de madera y unas alfombras por encima del hielo que formaban lo que parecía el más espacioso de los salones al aire libre. En las mesas había copas y un bol de plata gigantesco con ponche mientras los criados con librea color escarlata y guantes y botas de cuero negro repartían pequeños tragos de brandis y vodkas de sabores afrutados en las bandejas de plata relucientes. A la derecha había una banda de metales con acordeón incluido que interpretaba el tipo de música jovial, optimista y *umpapa* de un mercado de pueblo.

Militza se quedó al lado de su hermana, sujetándose las manos bajo el manguito, mientras escudriñaba a la multitud de patinadores que daban vueltas en busca de alguien que resultara familiar. Era difícil distinguir a la gente bajo los sombreros de pieles y con tanta luz, pero le pareció ver a Zinaida

Yusúpova enfundada en una capa de marta de cuerpo entero y, a su lado, la silueta inconfundible de la gran duquesa Vladimir.

—Ya veo que *tout le monde* está aquí —dijo Militza, observando a las dos mujeres del otro lado de la muchedumbre que habían advertido su llegada.

—Oh, es cierto —exhaló Stana, siguiendo su mirada—. Supongo que era mucho pedir poder divertirse un poco, para variar.

—No les hagamos caso. —Militza sonrió y miró por entre el resto de la multitud—. Ahí —dijo, señalando una pequeña cabaña—. Parece que ese hombre alquila patines.

Se acercaron a una caseta de madera erigida encima del hielo. En el interior había un anciano con las mejillas del color de la remolacha apoyado en un mostrador diminuto, desde el que observaba a los patinadores.

—Disculpe —añadió Militza—, queríamos unos patines.

El hombre se volvió poco a poco y las miró a las dos de arriba abajo.

—Yo tengo patines para los caballeros —dijo con desdén—. Las damas se los traen.

—Vaya, pues esta dama ha perdido los suyos. —Militza señaló los pies de Stana.

—Bueno. —Se secó la nariz en el gran mitón negro y miró hacia los pies de Stana por encima del mostrador—. No estoy seguro de qué hacer al respecto.

—¿Tiene algo, señor? —preguntó Stana, colocando el manguito con colas blancas encima del mostrador.

—Pues... —Se volvió y miró debajo del mostrador antes de coger un par de patines y dejarlos encima de un golpetazo—. ¿Estos?

Todos miraron los patines. Eran negros, viejos y gastados, las cuchillas romas necesitaban afilarse. Parecían unas botas de obrero a las que se habían añadido unas varas metálicas. Militza miró por encima de su hombro: tenían público. La gran duquesa Vladimir y su pequeño séquito de damas observaban

la escena con una sonrisa tensa y las hermanas oían sus susurros por encima del ruido de la banda.

—¡Perfecto! —declaró Militza en voz alta—. ¿Cuánto cuestan?

—Tres kopeks —repuso.

Stana estuvo resoplando y tirando para calzarse los patines, e incluso cuando lo consiguió se veía claramente que le quedaban grandes.

—Son enormes —siseó—. No puedo patinar con esto.

—Por supuesto que puedes —dijo Militza con la cabeza bien alta y fingiendo admirar la vista—. Todo el mundo te está mirando.

Así pues, la banda seguía tocando, las bandejas de plata circulaban y Militza y Stana saltaron al hielo. En cuestión de segundos, mientras patinaban la una junto a la otra, Militza con más habilidad que Stana con sus patines alquilados, la pista empezó a despejarse. Primero se marcharon unas cuantas damas indignadas; luego obligaron a unos cuantos niños a marcharse. Para cuando las hermanas hubieron dado cinco o seis vueltas al circuito, más o menos tenían la pista para ellas solas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Stana por encima del sonido cortante de sus patines mientras se deslizaba a izquierda y derecha.

—Parece que todo el mundo se toma un descanso —repuso Militza.

—Por supuesto —dijo Stana—. Nada que ver con nuestra llegada.

—Nada de nada —convino Militza mientras seguían patinando y dando vueltas alrededor de la pista vacía—. Si seguimos, pronto se aburrirán.

—Seguro que sí —convino Stana—. ¡Aunque debo confesar que los pies me están matando!

—¡A mí también! —respondió Militza. Las dos se echaron a reír.

Ninguna de las hermanas había patinado tanto rato ni con tanta

determinación en su vida. Tenían los pies congelados, su aliento aterrizaba formando pequeños cristales de escarcha por encima de las pieles que llevaban, pero siguieron patinando.

—No sé cuánto tiempo voy a ser capaz de seguir —masculló Stana cuando notó que le ardían los tobillos.

—Patinaré hasta que la aurora boreal aparezca danzando sobre el río — declaró Militza, sujetándose las manos con más fuerza en el interior del manguito.

Los niños fueron los primeros en regresar a la pista. Incapaces de retenerlos más, las madres e institutrices reacias los dejaron ir, entraron en tropel y se deslizaron sobre el hielo. Enseguida los siguieron las parejas jóvenes y los grupos de chicas risueñas. El día era demasiado espléndido y demasiado poco habitual para no aprovecharlo. De hecho, solo era la vieja guardia, sentada en sus bancos, agarrotándose en la brisa, quien parecía incapaz de oler la fragancia dulzona de los cítricos y el almizcle.

Justo a partir de las tres de la tarde la pista empezó a vaciarse. La gran duquesa Vladimir fue una de las primeras en desaparecer, junto con sus bandejas de plata y criados enguantados.

—¡No sé si alguna vez había visto unos patines como esos! —declaró al pasar junto a las hermanas. Stana y Militza se limitaron a sonreír a modo de respuesta.

Después de la gran duquesa, los demás patinadores se dispersaron con rapidez y dejaron a las hermanas entre las últimas sobre el hielo. Se sentaron en un banco de madera y se desataron los patines mientras el sol se ocultaba tras una nube.

De repente, hizo un frío intenso y la bajada de las temperaturas vino

acompañada de una brusca ráfaga de viento. Militza alzó la vista. Una bandada de estorninos, formada por entre dos y tres mil pájaros, volaba bajo hacia ellas. Se arremolinaban al pasar de largo y alzarse en el aire hacia las agujas de la fortaleza de Pedro y Pablo de la orilla opuesta, batiendo las alas, volando en picado y sonando como el golpeteo de las olas o unos aplausos discretos. Ascendían formando volutas como el humo, giraban como una peonza, fluían como un gran río. Militza no había visto nunca un murmullo como aquel. Se dispersaban y volvían a juntarse. Parecían desaparecer por completo y luego se reunían como una gigantesca nube oscura y amenazadora por encima de las agujas doradas alrededor de las cuales serpenteaban. Iban y venían pasando de ser la sombra de una gran bestia negra a una nube dispar y difusa para aparecer de repente, cruzando el río a toda prisa como una plaga de langostas. En un momento dado, volaron tan bajo y con tal rapidez por encima del hielo que Militza notó en la cara el viento que producían sus alas. Cerró los ojos e inhaló lentamente. Notaba su energía. Le erizó el vello de los brazos. Notó una subida de adrenalina.

—El zar ha muerto —masculló entre dientes—. Está muerto —dijo, volviéndose para mirar a su hermana, sentada a su lado en el banco.

—¿Quién?

—El zar ha muerto.

—Larga vida al zar —repuso Stana, mirando hacia el otro lado del río helado, donde estaba el denso enjambre negro—. Larga vida al zar.

10 de enero de 1896

San Petersburgo

La situación empezó a cambiar a comienzos de enero de 1896. Se produjo un traspaso de poder significativo. Tal como recordaría Militza más adelante, fue el momento en que ella y Stana, sin prisa pero sin pausa, realizaron su primera jugada como un par de figuras de ajedrez bien entrenadas.

El baile de Nicolás fue el primero y más importante de la temporada. Se celebraba justo antes de la Navidad ortodoxa y era el precursor de casi tres meses de fiestas y bailes sin fin. Los bailes disminuían en número de asistentes y ganaban en importancia a medida que transcurría la temporada. Así pues, el último, el baile de la Palma, justo antes de la Cuaresma, era la velada más exclusiva e íntima. Reservada a solo quinientos invitados, era la *soirée* más esperada de la ciudad. Sin embargo, desde la muerte de Alejandro III no había habido fiestas, ni *soirées*, ni bailes, y muy pocas personas habían podido llegar a conocer a la nueva zarina, Alejandra, recién llegada de la pequeña ciudad de Hesse. Nadie que no perteneciera a un círculo muy selecto la había visto cara a cara.

Pero esa noche hacía su debut en sociedad. El taller de Madame Olga Bulbenkova, en el canal Yekaterinsky, había recibido varios encargos para vestidos de gala caros. Las tiaras tipo kokóshnik de Bolin y Fabergé se sacaron de su envoltorio y desempolvaron, y ahora ejércitos de peluqueros y

manicuros corrían de palacio en palacio intentando mantener el calor entre cita y cita.

Dado que había unos ocho mil invitados al baile de Nicolás, con sus correspondientes carruajes y cocheros, era esencial llegar temprano a la plaza del Palacio. El atasco de carruajes no solo era insoportable, a veces duraba hasta tres horas, sino que los braseros llameantes más cercanos al Palacio de Invierno estaban muy solicitados por los miles de cocheros que tenían que esperar durante horas con aquel frío tan intenso, soportando los vientos del Ártico que soplaban racheados por el Neva.

—Esta noche las calles están atestadas —comentó Militza, envolviéndose mejor los hombros con la estola de armiño blanco, mirando por la ventanilla del carruaje mientras circulaban a lo largo del muelle. A través de la nieve que caía distinguía grupos de figuras misteriosas caminando a paso ligero por las aceras, encorvadas contra el viento.

—¿No tienen casa adónde ir? —preguntó Pedro, encendiendo un cigarrillo y sacudiéndose el polvo de los pantalones negros hechos a medida—. Desde la hambruna no paran de llegar a la ciudad. Es desesperante. He oído decir que los arrabales de alrededor de Sennaya Ploschad están llenos a rebosar.

—¿Quién viene esta noche? —quiso saber Stana. Sus grandes pendientes de diamantes reflejaban la luz.

—Todo el mundo que es alguien —repuso Pedro, exhalando—. Medio Moscú está aquí, visitando a viejos amigos, suplicando a primos lejanos que los presenten e inviten. ¡El pobre viejo conde Vladimir Freedericksz no ha sido tan famoso en toda su vida como delegado de la corte! Ha recibido a infinidad de almas provincianas que suplicaban ser incluidas en la lista. Creo que todo esto le parece terriblemente divertido.

—¿Los Yusúpov están en la ciudad? —preguntó Stana.

—Todo el mundo está en la ciudad, querida. Además, Zinaida y Minny son

muy buenas amigas. Todos dicen que, en realidad, Minny es quien ha hecho la lista. Ella y Freedericksz.

—Me asombra que nos haya incluido —musitó Militza.

—¿Por qué no ha hecho la lista la nueva zarina? —preguntó Stana.

—¿No sabes que no conoce a nadie? —repuso Pedro—. Y no ha hecho ningún esfuerzo para conocer a nadie. Prácticamente nadie la ha visto desde el funeral del zar, y de eso hace ya más de un año. —Hizo una pausa—. No es modo de entrar en la ciudad, ¿verdad? Al lado de un ataúd tirado por ocho caballos con gualdrapas negras. No me extraña que miles de dolientes se santiguaran a su paso. Todos dicen que es un mal presagio.

—Ha llegado hasta nosotros detrás de un ataúd. Trae mala suerte. —Stana se echó a reír—. ¡Fíjate en lo que estás diciendo, Pedro! ¡Hablando de presagios! ¡Hace demasiado tiempo que estás casado con mi hermana!

—Y la boda una semana después del funeral, sin banquete, sin baile, y Minny llorando desconsoladamente todo el rato —continuó Pedro.

—¿Lloraba por la pérdida de su marido o por la pérdida de su hijo? Esa es la cuestión —declaró Militza.

—Vete a saber —repuso Pedro, dando otra calada al cigarrillo—. Y luego han estado aislados en esas seis pequeñas habitaciones del Aníchkov desde entonces, así que no es de extrañar que la emperatriz viuda se haya hecho cargo de la lista. Alejandra no conoce a una sola alma. Y nunca la conocerá si permanece enclaustrada.

—Dios mío, la plaza está casi llena —interrumpió Militza.

Pedro miró por la ventanilla.

—Te lo dije. Medio Moscú está aquí. —Hizo una pausa—. ¡Oh, mira! Qué delicia ver a los Vladimir delante de nosotros. ¡Reconocería ese carruaje pequeño y discreto en cualquier sitio!

Con el cochero vestido con la característica librea escarlata y el escudo de

armas blasonado en oro en los laterales del carruaje, el gran duque y gran duquesa Vladimir no eran de los que se mezclaban con la muchedumbre.

—Supongo que llevará esa tiara, ¿no? —se preguntó Militza, mirando a los tres cocheros acurrucados alrededor de un brasero muertos de frío. Sus rostros enrojecidos apenas resultaban visibles por culpa de los sombreros, chales y la neblina que formaba su aliento. Los observó mientras se pasaban una botella de samogón.

—¡Por supuesto que llevará esa tiara! —repuso Stana, presionando la cara contra el cristal—. ¡Desde aquí veo las enormes perlas colgantes!

—Las ven desde Vladivostok —comentó Pedro, dando otra calada al cigarrillo—. ¿Qué le pasa a esa mujer con las joyas? ¿Por qué tiene que ser tan vulgar?

—Monsieur Delacroix me dijo que había pedido una góndola de las de Venecia para amarrarla en el embarcadero. —Rio Stana.

—¡Cielo santo! —exclamó Pedro, poniendo los ojos en blanco.

—¡Se podría pensar que esa mujer no ha visto un rublo en su vida! —añadió Stana.

—Pues la verdad es que no, no de donde es ella. —Pedro hizo una mueca—. Dime, ¿dónde está Jorge esta noche? ¡No sabe lo que se pierde! No me digas que sigue en Biarritz.

—¿No es ahí donde está siempre? —respondió Stana, ocultando más las manos en el manguito de marta y encorvando los hombros cubiertos de pieles.

—¿Cuándo regresa?

—Soy la última persona en enterarse de sus planes —repuso Stana, mirando decidida por la ventana.

—No sé qué puede retenerlo allí —caviló Pedro—. Es un pueblo tan triste. Sobre todo fuera de temporada.

—¡Buenas tardes! —anunció un lacayo al abrir la puerta del carruaje. Su

nariz cubierta de escarcha asomaba por encima del abrigo gris—. Alteza Imperial... —Hizo una reverencia sujetándose la parte superior del sombrero pesado de astracán. Tendió una mano robusta y enguantada de negro para ayudar a Stana a bajar del carruaje en primer lugar, seguida de Militza y, por último, Pedro.

Ante ellos, los muros rojo oscuro del Palacio de Invierno estaban iluminados desde todas las ventanas, como si de un árbol de Navidad ampuloso se tratara. En el exterior, la nieve densa y el aire frío sofocaron el ruido de los carruajes que llegaban; pero a medida que se aproximaban a la puerta, la emoción resultaba palpable y el vestíbulo de entrada bullía de actividad. ¿Quién estaba? ¿Quién no? ¿Quién había entrado en la corte?

Los invitados entraron en palacio de acuerdo con su rango, y los grandes duques empleaban la entrada de Saltykov. Una vez en el interior, Pedro, Stana y Militza dejaron sus abrigos y pieles a los lacayos de medias blancas y se calzaron los zapatos de seda de gala.

—Bueno. —Stana se preparó mientras tendía sus pieles. Las dos hermanas estaban cara a cara—. ¿Qué tal aspecto tengo?

—Estás preciosa —declaró Militza, admirando la piel clara, nariz bonita y profundos ojos negros de su hermana menor. Aunque ya tenía veintiocho años, Stana seguía atrayendo miradas gracias a su rostro fresco y color poco habitual—. Así que esta noche intentamos conocerla.

—¿Dos o tres palabras? —preguntó Stana, buscando en el bolso porque pensó en añadirse un poco más de color en los labios.

—Más. Quizá no sea fácil entablar amistad con ella, pero todas las reinas necesitan una confidente.

—¡O dos! —añadió Stana con una sonrisa irónica.

Tras una breve pausa ante el gran espejo dorado para recolocarse las joyas, salieron del guardarropa para reunirse de nuevo con Pedro y encaminarse

juntos hacia la majestuosa escalinata de Jordán. Flanqueada por lacayos que llevaban un abrigo color carmesí y bombachos de terciopelo, el pelo empolvado de blanco y rígido gracias a una pasta densa, se abrieron camino hacia el salón de malaquita.

—Me pregunto a quién distinguirá hoy el zar con unas pocas palabras... — musitó Militza a su esposo, al tiempo que tomaba una copa de champán de una bandeja de plata.

—Imagino que será imposible entablar conversación con el querido primo Nicky. Todos los aristócratas del país revolotearán a su alrededor como moscas —repuso Pedro con una vaga indiferencia mientras empezaba a escudriñar a la multitud.

—¿No nos van a presentar? —inquirió Stana, nerviosa.

—¡Chitón! —Militza le lanzó una mirada gélida—. ¡Oh, María Pávlovna! Cuánto me alegro de verte —exclamó Militza al tiempo que asentía de forma encantadora.

—Militza Nikoláyevna. —La gran duquesa Vladimir asintió brevemente a modo de respuesta y las tres mujeres se observaron en silencio.

A pesar de las ricas vestiduras y joyas exquisitas, las fiestas, las noches interminables y los años habían empezado a pasar factura a María Pávlovna. Había perdido cintura y la piel ya no le resplandecía; sin embargo, su sed de poder y posición se mantenía intacta. De hecho, se rumoreaba que se había planteado convertirse de la fe luterana a la rusa ortodoxa para acercarse a su hijo mayor, Kiril, a la corona. A Militza le divertía observar la irritación de la gran duquesa al haberse encontrado con ellas. Era obvio su interés por no retrasarse por culpa de dos mujeres situadas en una posición tan baja en la jerarquía de la corte. María Pávlovna se retorció sin disimulos mientras contemplaba la corte, buscando una salida.

—¿Tienes ganas de conocer a la nueva zarina? —se atrevió a preguntar

Stana.

—¿Conocerla? Conozco a la pequeña Alix desde que era niña en Hesse-Darmstadt —repuso María, mirando por encima del hombro de Stana—. Una joven tan apocada y discreta. Prácticamente no habla ruso.

—Supongo que todo ha ido muy rápido después de la muerte repentina del zar. No creo que imaginara que ocuparía el trono tan pronto —indicó Militza con la vista clavada en la gran duquesa.

—Sí —dijo ella, mirando en derredor.

—Dicen que habla bien inglés —añadió Stana con alegría.

—Es prácticamente inglesa —respondió María, cerrando los ojos con un gesto de hastío que rayaba en el desdén—. Es la nieta preferida de la reina Victoria y pasó muchos veranos con sus primos ingleses.

Se produjo otra pausa.

—Debo decir que tu nueva tiara me parece preciosa —dijo Stana, entusiasmada.

—Las perlas y los diamantes están muy de moda —convino Militza.

—Gracias. —María movía la cabeza con satisfacción—. Me salió muy cara. *Ma chère...!* —declaró en voz bien alta a una invitada que pasaba—. *Comment ça va ?*

—A veces deseo que hubieras dejado morir a esta mujer espantosa —susurró Stana a su hermana mientras daba un sorbo al champán y observaba cómo María desaparecía entre la multitud.

Recorrieron pasillos de techos altos; el ambiente tenía reminiscencias al pino de las ramas típicamente festivas que colgaban por encima, sumado al aroma dulzón de cien velas perfumadas. Las hornacinas se habían adornado con enormes arreglos florales de plantas exóticas enviadas desde Crimea, junto con palmeras, limoneros y naranjos fragantes en maceta. La música que interpretaban los cuartetos de cuerda y las bandas de zingaros ambulantes

competían con el volumen elevado de las conversaciones. Cuanto más se internaban en las columnas de mármol, jaspe y pórfido rojizo, más densa se volvía la muchedumbre y más calor hacía. Los príncipes, princesas, duques, barones, diplomáticos y ministros del gobierno, todos ataviados con sus uniformes militares de colores vivos, con el pecho repleto de medallas, intercambiaban asentimientos y saludos, mezclándose con la neblina azul pálido del humo de los cigarrillos.

En el embotellamiento que se había formado a las puertas del salón de Nicolás, Pedro se encontró con su pariente preferido, el gran duque Nicolás Mijáilovich, llamado cariñosamente tío Bimbo, que sorbía vodka helado y hablaba con el agregado militar francés, y de inmediato entablaron conversación.

—Dejad paso a los Yusúpov —susurró Stana mientras Zinaida y su esposo, el conde Félix Yusúpov, se abrían paso a empujones hechos un manojo de seda y brillos de piedras caras—. Sinceramente, Militza, ¡a veces me doy por vencido! Esta gente...

—¿No lo notas? —declaró Militza, que de repente sujetó a su hermana por la muñeca. Un pulso poderoso le recorría el cuerpo e hinchó las aletas de la nariz—. ¿No notas nada? —Inhaló como si oliera la fragancia más dulce y empalagosa y pestañeó como si estuviera embriagada.

—¿El qué?

—Mira a tu alrededor. —Los ojos negros de Militza iban de izquierda a derecha—. ¿No lo ves? La vieja guardia está de retirada. La jerarquía está cambiando. Ha terminado una era. Nicolás es muy distinto de su padre. Es nuevo. Es joven. Nunca imaginó que llegaría tan pronto al trono. El viento... ¡Escucha! —Militza empujó a su hermana con suavidad contra una columna—. Papá consiguió aprovechar su amistad con el difunto zar para beneficiar a nuestro país, y ahora que el viejo zar ya no está, nos corresponde a nosotras.

—Pero ¿cómo?

—Todavía no lo sé, pero lo intuyo. Mira. —Militza le enseñó el brazo derecho. Tenía todo el vello negro erizado.

Las hermanas cogieron dos copas de champán de una pesada bandeja de plata que les ofrecía un lacayo y pasaron junto a un grupo de cosacos vestidos con chaquetas rojas y bombachos oscuros con una franja roja lateral. Se acercaron a tres de las damas de compañía de la zarina, que llevaban los broches especiales con el retrato de la zarina enmarcado con diamantes, y que se encontraban cerca de una mesa de caviar de beluga frío. Las damas miraron hacia el otro lado y, moviendo los abanicos, inmediatamente empezaron a susurrar.

Stana dio un paso adelante.

—¡No! —siseó Militza. Las mujeres retrocedieron un poco. Una de ellas se colocó detrás de una planta para protegerse. Resultaba divertido quedarse boquiabierto y reírse de las Princesas Caprinas desde lejos, pero decir algo a la cara de Stana, con la expresión resuelta que lucía, era obviamente otra cosa.

—¡Oh, por fin! Estaba esperando toparme con vosotras —empezó a decir una mujer voluminosa y bulliciosa. Su vestido de gala de mujer mayor estaba ligeramente descolorido y amarilleaba alrededor del cuello—. He estado mirando por los salones, buscándoos a las dos. ¡Me muero de ganas de invitaros a mi salón! —Desplegó una amplia sonrisa y agitó un abanico de tamaño considerable de plumas de avestruz y nácar delante de su rostro sonrojado—. ¡Soy Sofia Ignátiev!

Militza y Stana sonrieron. Todo el mundo conocía a la condesa Ignátiev y los salones que celebraba tres veces a la semana, donde los iluminados, los misteriosos y los divorciados se reunían e intercambiaban ideas. Era una verdadera encrucijada para místicos y sanadores; un lugar en el que debatir teorías radicales, intercambiar ideas y dedicarse a volcar mesas y a leer los

posos del café. Sin lugar a dudas, la fama de la condesa Sofía Ignátiev la precedía.

—*Enchanté* —dijo Stana, tendiendo una mano enguantada de blanco a la condesa—. Sabemos perfectamente quién eres.

—¡Oh, por favor, decidme que vendréis! —instó la condesa, tomando entusiasmada la mano de Stana—. Sé que lo pasaréis bien.

—¡Ah, sí? —replicó Militza.

—Oh, sí. —Ella sonrió con expresión alentadora—. Os quiero presentar a mucha gente.

—Seguro que asistiremos —confirmó Stana.

—¡En cuanto podáis!

—Por supuesto. —Stana sonrió.

—¡Seréis una novedad tan emocionante! —exclamó la condesa, dando una palmada silenciosa con sus manos enguantadas—. Os enviaré mi tarjeta. Vivo en el número 26 del Muelle de Kutuzov.

—Deberíamos apresurarnos —dijo Militza, mirando hacia un gran reloj de pared dorado situado en una hornacina cercana—. Son casi las nueve, la hora de la procesión.

Las hermanas se abrieron camino por entre la masa de vestidos bordados y uniformes con brocados hacia el salón de malaquita, donde la expectativa iba en aumento mientras los cortesanos, condes y condesas, príncipes y princesas, maniobraban todos a la vez para conseguir una posición mejor. Apartaron grandes palmeras mientras todos se preparaban para la llegada del zar y su nueva esposa.

—¡Ah! —exclamó Pedro, tomando la mano de su esposa—. Te estaba buscando.

—En cuanto pase el zar, lo seguimos —susurró Militza a Stana.

—¿Estás segura? Creo que deberíamos quedarnos atrás —repuso ella con nerviosismo. Militza no solo le pedía que empujara hacia delante, lo cual no era su posición ni les correspondía hacer, sino que también sugería a Stana que desfilara sola por los salones, anunciando la ausencia de su esposo.

—Tonterías —siseó Militza. Debemos dejar clara nuestra filiación lo antes posible. Tenemos que empezar de la misma manera que queremos continuar.

—Pero... —A Stana le palpitaba el corazón a toda velocidad. No podía caminar sola detrás del zar y la zarina. La gente hablaría. Haría preguntas.

—Mi hermano está aquí para tomarte la mano durante la polonesa si así lo deseas —sugirió Pedro, que le leyó el pensamiento.

—¿El gran duque Nicolás? —Se le iluminó el semblante.

—¡A tu servicio! —repuso Nicolás, entrechocando los talones e inclinando la cabeza ligeramente. Vestía el uniforme rojo de los húsares y se lo veía incluso más atractivo que el día que la había acompañado pasillo abajo. Elegante, con un ligero bronceado y tan alto, exudaba un aspecto saludable en un hombre amante del aire libre—. ¿Esta noche no está Jorge?

—Está en Biarritz. —Sonrió.

—¿Biarritz? —repuso él—. No se me ocurre qué lo retiene allí. Es un pueblo tan deprimente...

—Eso dicen —convino Stana, con voz un tanto entrecortada.

—Nikolasha acaba de regresar de una cacería en las afueras de Moscú. Tiene algunos de los galgos rusos más bonitos que existen. Los cría —explicó Pedro, entusiasmado, alzando la mirada hacia su hermano mayor—. Deberías ir a verlos, Stana.

—Me gustaría. —Stana sonrió y le tendió la mano.

—Será un placer para mí —respondió Nikolasha, besándosela con suavidad.

Mientras observaba a Nicolás presionando sus labios contra el guante blanco de su hermana, Militza pensó que era extraño que un hombre de su posición todavía no estuviera casado.

—¿Tienes ganas de disfrutar de esta velada, querida? —preguntó Pedro, repasando a su esposa con la mirada.

—Estoy un poco nerviosa —susurró Militza.

—Cuidaré de ti —dijo él, sonriendo.

El gran mariscal de la corte imperial, el conde Benckendorff, apareció y dio tres golpes en el suelo de madera con el bastón de ébano de veinticinco centímetros repujado en oro. Se hizo el silencio en la sala.

—¡Sus Majestades Imperiales: el zar y la zarina!

Los dos abisinios de casi dos metros, vestidos con unos exquisitos turbantes dorados, abrieron de un tirón las enormes puertas de caoba con incrustaciones de oro, y el zar y la zarina aparecieron lentamente. Ella estaba reluciente gracias al hilo de plata y a la luz de mil diamantes y perlas, mientras que él vestía el uniforme rojo de los húsares, cubierto de gruesas cuerdas doradas y borlas de distintas órdenes y honores.

Militza se los quedó mirando. La zarina era ciertamente hermosa, con sus exquisitos ojos azules, sus facciones delicadas y el pelo de un dorado rojizo, pero no había contado con que el joven zar fuera tan apuesto. Lo había visto varias veces con anterioridad, y siempre le había parecido un poco frívolo y tal vez un poco escaso de estatura, pero ahora, a pocos metros de él, vestido con el uniforme, en su nuevo papel de zar, como gobernante del mayor y más rico país del mundo, notó el inconfundible atractivo del poder. Contuvo el aliento mientras él escudriñaba el salón con sus ojos azul claro y los posaba en ella durante un instante. Ella sonrió e hizo una reverencia lentamente asegurándose de batir en último lugar sus pestañas oscuras y tupidas.

—Majestad Imperial —susurró.

El zar y la zarina dieron un paso adelante. Una oleada de reverencias e inclinaciones se apoderó de la sala y de los pasillos situados más allá para mostrar deferencia. La orquesta empezó a tocar el lúgubre *Dios salve al zar* y la pareja imperial empezó a recorrer la sala.

Detrás de ellos había un frenesí de movimiento entre los mejor conectados del país mientras todas las parejas se disputaban la posición, el prestigio y la proximidad a la pareja real. Los Vladimir fueron los primeros; los Yusúpov no quedaron muy atrás. En un momento dado se abrió un hueco. Militza lo vio y aprovechó la oportunidad. Sujetó con fuerza a Pedro, reacio, y lo arrastró hacia ella.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —siseó, rojo de vergüenza—. ¡Así no se hacen las cosas!

—¡Confía en mí! —respondió—. ¡Venga, Stana! —Tiró del brazo de su hermana. Y ella y el gran duque Nicolás no tuvieron más remedio que seguirlos.

—Allá van —masculló alguien—. Escila y Caribdis, empujando para colocarse delante.

—No les hagas ni caso —dijo Militza, elevando el mentón mientras se acercaba al compás de la música.

La procesión empezó a recorrer el Palacio de Invierno. Encabezados por el zar y la zarina, distinguió cada estancia con su magnificencia mientras la larga columna danzaba tres veces alrededor del edificio. Militza, que iba a escasos pasos por detrás de la emperatriz, notaba cómo le palpitaba el corazón por culpa de la adrenalina mientras sujetaba la mano de su esposo. Era la primera salida de la zarina y ahí estaba ella, ¡tan cerca! Sin embargo, su momento de triunfo quedó un tanto diluido por la evidente incomodidad de la zarina.

La expectativa, la anticipación, la observación, el escrutinio de miles de ojos resultaban ser demasiado para ella. Una erupción virulenta empezó a extenderse por la nuca y los hombros de Alejandra y las orejas se le pusieron al rojo vivo. Las multitudes que inclinaban la cabeza empezaron a musitar y susurrar de modo desaprobatorio a su paso. Cuanto más murmuraban, más evidente era el sarpullido. Cuando la zarina dobló una esquina, Militza vio que unas manchas de un color rosado brillante cubrían el rostro de la emperatriz. No daba la impresión de ser una Majestad Imperial orgullosa y glamurosa que desfilaba ante su devoto público, sino más bien una joven nerviosa al borde de las lágrimas.

Por último, se detuvieron en el salón de Nicolás. La procesión se dispersó y empezó el baile. El zar fue el primero en elegir pareja: la esposa de mediana edad de un miembro del cuerpo diplomático. Mientras tanto, Alejandra se vio obligada a bailar la cuadrilla con el orondo esposo de la mujer. Pedro tomó a su esposa, le pasó la mano alrededor de la cintura mientras las orquestas de cada extremo del enorme salón empezaban a tocar.

—No sé si tu pequeña jugada ha sido apreciada —murmuró Pedro—. Media sala tiene los ojos puestos en ti.

—¿En serio? —dijo Militza, fingiendo no importarle—. Y la otra media los tiene puestos en mi hermana. —Los dos miraron a Stana, que, vestida de rosa palo, estaba rodeada de una pequeña tropa de oficiales jóvenes que esperaban tomarle la mano.

—No sé si a las otras damas les ha hecho mucha gracia —comentó Pedro.

—Ni tampoco a tu hermano —replicó Militza, que se fijó en la figura alta de Nikolasha cavilando junto a un naranjo.

—No sé de qué hablas —declaró Pedro—. Tu hermana es una mujer casada.

Tras la cuarta cuadrilla, las orquestas empezaron a tocar una mazurca y Pedro se marchó de inmediato. Le faltaba coordinación al bailar y en la última fiesta había rasgado el caro vestido de Worth de su esposa, por lo que había jurado no volver a bailar una mazurca con él. Contenta ante la posibilidad de descansar, Militza se apoyó contra una columna de mármol y buscó al zar entre el torbellino de bailarines. Pero a quien vio fue a su hermana al otro lado del salón, bailando con el hermano pequeño del zar. Militza sonrió; ojalá su padre estuviera ahí para presenciar la escena, Stana en brazos del zarévich, gran duque Jorge, que se veía muy apuesto mientras iba saltando de una rodilla a la otra. Seguramente papá brindaría por Stana con un vaso de la *rakia* de albaricoque dulce que tanto le gustaba, pensó.

—¿Me permites? —dijo una voz desde detrás de ella que la sobresaltó ligeramente. Se volvió y se encontró con el inconfundible bigote bien poblado del conde Félix Yusúpov.

—¿Si te permito qué? —preguntó Militza un tanto confundida.

El conde no respondió, pero se limitó a cogerla de la mano con una fuerza un tanto desmesurada para llevársela a la pista de baile. Militza quería resistirse, pero temía montar una escena, lo cual el conde Yusúpov sabía muy bien, claro está. Él no dijo ni una palabra mientras giraba y la hacía dar vueltas de un lado para otro, maniobrando hasta que estuvieron en el centro de la sala. Cuanta más resistencia oponía Militza, más fuerte la sujetaba.

—Probablemente te pienses que eres muy lista —susurró él mientras la presionaba con firmeza contra su pecho. Olía a vodka y a tabaco—. Acercándote detrás de la fila del zar y la zarina.

—Ni mucho menos —repuso ella con la boca un poco seca.

—Te he visto empujando. —Militza intentó decir algo, pero él la presionó contra sí mismo todavía más—. No sé qué ambiciones tienes, intentando hacerte amiga del nuevo zar, pero permíteme ser el primero que te lo advierte:

no nos gustan los arribistas. —La sujetaba con tal fuerza y le susurraba tan fuerte en el oído que notó el roce de sus labios contra la piel.

—No —susurró para mostrar su acuerdo.

—Algunos de nosotros pertenecemos a familias que llevan aquí cientos de años, nos hemos ganado nuestro puesto, nuestros títulos y el mecenazgo del zar. —Le estaba clavando las yemas de los dedos en la cintura y en los hombros. Notaba cómo le magullaba la piel.

—¿Acaso tu familia no tiene más riquezas que la familia imperial? ¡Si poseéis tierras del tamaño de Francia! —Militza intentó soltar una sonrisa a fin de halagar al hombre.

—¡Esto no tiene nada que ver con el dinero, cabrera tonta! —Ahora tenía la boca cerca de la de ella, sus labios casi se tocaban y notó su aliento acre—. ¡Tiene que ver con el poder! La influencia es poder, y el poder es influencia. Si vuelves a usar una artimaña como esa, comprenderás lo que es el poder de verdad.

Al final la música dejó de sonar y el viejo conde la soltó; entrechocó los talones, inclinó la cabeza y se marchó. Militza apenas podía respirar, notaba presión en el pecho y en la garganta. Tardó unos instantes en serenarse y ser capaz de caminar entre la multitud. La música volvió a empezar y las parejas de la sala de baile abarrotada danzaron de nuevo. Militza tuvo que abrirse camino entre ellas como un borracho que va haciendo eses por la calle.

—Te he visto bailando con el conde Yusúpov —comentó su esposo cuando se le acercó.

—Sí —respondió Militza con manos temblorosas.

—Un hombre curioso. —Pedro dio una última calada al extremo de su cigarrillo—. No sé si me cae bien. Ella es quien tiene el título y todo el

dinero. Él es un advenedizo... y eso nunca es bueno para un hombre. Pobre diablo, creo que por eso es tan desangelado. ¿Te encuentras bien, querida? — De repente, Pedro la miró—. Estás un tanto pálida.

—Creo que solo necesito un poco de aire.

Era lo único que Militza pudo hacer para evitar correr hacia la puerta lateral abierta. Pero, una vez traspasada, dejó escapar un fuerte sollozo mientras se dejaba caer contra una ventana. Le rodaron por las mejillas lágrimas de ira, miedo e indignación. ¡Qué estúpida había sido! Abrumada por la ambición y atolondrada ante la aparición del zar, había cometido un error estúpido. Había sido una imprudente. Y eso no era propio de ella. Stana era quien actuaba de forma impulsiva. No ella. ¿En qué había estado pensando? ¿Acaso Yusúpov había visto la ambición en sus ojos? La próxima vez debía ser más cuidadosa, debía dedicarse a un juego más largo e inteligente. Era demasiado lista, demasiado talentosa para que la pillaran con tanta facilidad.

Notó la frialdad del cristal en contacto con su frente caliente. Militza se secó las lágrimas y de repente vio su reflejo en el cristal. Su piel blanca, su pelo negro y su collar y tiara de rubíes le presentaban su reflejo. No era una mujer merecedora de una derrota. Utilizaría todo lo que su madre le había dado para enorgullecer a su padre. Si el conde Yusúpov quería una victoria fácil, se había equivocado de mujer. Volvió a mirarse, y esta vez sus profundos ojos negros le devolvieron la mirada, ardientes y pesarosos. Las pupilas le temblaban mientras empezaron a dilatarse y se le erizó el vello de los brazos. ¿Qué? Necesitaba desesperadamente una segunda oportunidad. Pero ¿tan pronto?

Oyó el repiqueteo de unos piecitos corriendo por el pasillo. Militza se volvió. Y ahí estaba: una niña con unos tirabuzones dorados y un lazo azul cielo en el pelo.

—¡Dios mío! —exclamó Militza, inclinándose y con una sonrisa en el rostro

—. ¡Deberías estar en la cama! —La niña soltó una risita y se ahuecó el vestido de fiesta blanco—. ¿Cómo te llamas?

—May —dijo la niña, balanceándose de un pie a otro.

—¿Cuántos años tienes, May?

—Cuatro —dijo la niña; riendo y levantando cuatro dedos de su mano regordeta. Acto seguido, se volvió y se dispuso a dar saltos cantando por el pasillo iluminado por la luna.

—¿Dónde está tu mamá, May? —le gritó Militza.

—Mi mamá está muerta —respondió.

—¿Con quién hablas? —preguntó una voz.

Militza alzó la mirada y vio a la joven zarina mientras salía de la penumbra y relucía bajo la luz de la luna. Militza rápidamente se inclinó para hacer una reverencia bien marcada y grácil.

—Majestad Imperial —dijo—. Soy la gran duquesa Militza Nikoláyevna.

—Buenas noches —saludó Alejandra con una ligera sonrisa. A media luz y lejos del calor intenso y del escrutinio del baile, a la emperatriz se la veía tranquila y serena, y sin duda más hermosa—. ¿Con quién estabas hablando?

—O, no era más que una niña pequeña. ¡Una niña pequeña que tendría que estar en la cama!

—¿Cómo se llamaba? —La zarina jugueteaba con su abanico mientras Militza la miraba fijamente a los ojos azules.

—Ha dicho que se llamaba May.

—¿May?

El sonido de un correteo infantil resonó más abajo, en el largo y oscuro pasillo.

—¡May! ¿Eres tú? —La emperatriz se volvió y gritó, su voz resonante reverberó contra las paredes—. ¿Pequeña María? ¿Estás ahí?

—Esté donde esté, debería estar dormida. —Militza se rio con discreción,

mirando hacia el pasillo en dirección al ruido—. Hace horas que debería estar en la cama.

—Está dormida —repuso la emperatriz con contundencia—. Profundamente dormida. Lleva enterrada hace mucho tiempo. —Se volvió para mirar a Militza—. May lleva dieciocho años muerta.

Febrero de 1896
Znamenka, Peterhof

O sea, que le envió un mensaje, tal como Militza siempre había sabido que pasaría, y en esos momentos el zar y la zarina estaban camino de Znamenka. Su carruaje, acompañado de un séquito de policías y de guardaespaldas cosacos, se veía en la carretera desde la dacha inferior cercana. No faltaba mucho para que llegaran al largo camino de entrada flanqueado de árboles, y Militza notó que se le aceleraba el corazón.

No se quitaba de la cabeza la idea de hacer que el joven zar y su esposa visitaran su palacio, recién remodelado según el estilo del barroco ruso por el arquitecto G. A. Bosse. ¿Qué dirían los Yusúpov cuando se enteraran? ¿Cómo reaccionaría María Pávlovna? ¿Hasta qué punto contraería el rostro enfurecido? Pero lo que Militza no pensó, lo que no se detuvo a plantearse, fue la serie de acontecimientos que desencadenaría aquella situación, que el torbellino, una vez formado, sería difícil de cerrar.

Sin embargo, su desnudez estaba cubierta apenas por un batín de terciopelo rojo mientras admiraba la extensión de su melena morena ante el espejo. El talento peluquero de su doncella aumentaba día tras día, pensó mientras se pasaba la mano por el vientre plano. Eso cambiaría en meses venideros. Y esta vez sabía a ciencia cierta que sería el varón que Pedro anhelaba, un niño al que mimar y consentir y, lo más importante, al que pasar su estimado título y

fincas un tanto reducidas. Sonrió. La dulce Marina, que ya tenía cuatro años, dormía en la planta de arriba y ella todavía no había comunicado a Pedro que volvería a ser padre.

Bajó la mirada. El gran arcón que había traído consigo desde Cetinje estaba junto al tocador. Abrió la pesada tapa y pensó en lo burdo y áspero que se notaba, mientras rebuscaba en una pila de sus viejas prendas de vestir. ¡Qué sencillos los estampados y qué malo el corte! Sostuvo en alto un viejo par de enaguas con ribetes de encaje..., qué anticuadas se veían. Con qué facilidad se acostumbra una al lujo, pensó, sonriendo, y recordando la última vez que se las había puesto, la noche que ella y Stana habían hecho las maletas antes de su boda con Pedro. Recordó que se había acurrucado junto a su hermana en la cama, recordó a su madre, Milena, diciéndoles que no tuvieran miedo, que cuidarían de ellas... y, por si acaso, les había dado el puchero de hierro fundido. Era antiguo y había sido propiedad de ella y de su madre antes que ella.

—Utilizadlo con sensatez —había advertido Milena—. Y con cuidado. Ambas tenéis un don que no debe malgastarse. Invocad a vuestros guías; pedídselo al Espíritu, y el Espíritu os protegerá.

Y ahí estaba ahora, en el fondo del baúl. Sencillo, macizo, eficaz. La de historias que podía contar. Haría que Brana lo rellenara, lo prendiera y lo colocara en la habitación para más tarde. Pero primero Militza levantó la pesada tapa y en su interior encontró algunas gotas.

—Belladona —susurró, extracto de la mortífera belladona. Hizo rodar el frasco de color marrón oscuro entre las palmas de la mano.

Se volvió para mirarse al espejo, se abrió los párpados con cuidado y dejó caer una gota del líquido en cada ojo. Inhaló profundamente. El escozor ácido resultaba doloroso, pero el efecto fue casi inmediato: se le dilataron las

pupilas y sus ojos negros se volvieron más luminosos y cristalinos. El resultado era cautivador y de lo más inquietante.

Militza sonrió, e inclinándose hacia delante cerró el clip de dos pendientes largos con topacio en el lóbulo de las orejas y se volvió para mirar, por el hueco que quedaba entre las cortinas, los copos de nieve que caían en el exterior. Abrió la ventana e inhaló el aire frío y salado procedente del mar que estaba más allá antes de cerrar los ojos. Abrió las palmas delante de ella y empezó a canturrear:

*Sabba pā passa akaranan ,
Kusalassa upasampadā ,
Sacitta pariyō dapanan ,
Etan Buddhā nasā sanan .*

Movía los labios siguiendo un ritmo ensayado mientras se balanceaba adelante y atrás, repitiendo el sutra tres veces. «Deja de hacer el mal —dijo en tibetano mientras se deshacía el cinturón del batín—. Aprende a hacer el bien. Limpia tu propio corazón, esta es la religión de los Budas.» Fue profundizando en su interior, adentrándose cada vez más en su ser, hasta llegar a su alma. Invocó a su espíritu para que la ayudara. Una brisa recorrió la sala y la araña de luces tintineó, las cortinas se agitaron y se inflaron. Notaba su presencia. Un pequeño estremecimiento le recorrió el cuerpo; se le hinchó el pecho y abrió la boca exhalando un pequeño suspiro de éxtasis. El cinturón del batín le colgaba con languidez de uno de los lados, por lo que dejaba entrever su silueta desnuda enmarcada en los pliegues del tejido oscuro. Empezó a acariciarse los pechos, a recorrer su piel tersa con las manos, observando cómo los pezones crecían y se endurecían ante el espejo. Se notó la piel de su vientre plano muy cálida y suave al tacto al recorrérsela con los dedos. Volvió a inhalar, con la boca abierta y los labios hinchados. Todo su cuerpo se

estremecía de vida y energía. Le encantaba que él la poseyera. Le producía vértigo, la hacía sentir poderosa, sensual al máximo... Notaba presión en la parte superior de los brazos. Se los notaba tensos, como si alguien la aguantara, la sujetara con fuerza, ardientes, aunque no parecía que hubiera nadie a su lado. Volvió a mirarse al espejo; sus enormes ojos negros le devolvían la mirada. Estaba en éxtasis. El corazón le latía con fuerza; la sangre le bombeaba. Él había llegado y ella estaba preparada.

La cena en el comedor chino fue cortés y tal vez un tanto apresurada. Resultaba obvio que la mayoría de los reunidos intentaban zanjarla lo antes posible para pasar al acto principal. Los pobres chefs, en la cocina subterránea, habían cortado en rodajas sus mejores pepinillos y dispuesto el salmón ahumado más sublime, pero se los devolvieron prácticamente intactos. Los champiñones rellenos picantes y el *borscht* tuvieron un poco más de éxito, al igual que el venado asado y la perdiz también asada seguidos de piñas y guindas de Crimea.

Hasta la conversación era forzada, y la llegada sorpresa de Jorge, procedente de Biarritz, no había ayudado. Stana estaba riendo con demasiado entusiasmo, le tocaba continuamente la rodilla, le susurraba al oído e intentaba hacerlo partícipe de la conversación. La pobre chica se esforzaba, pero a Jorge se lo veía incómodo y se quejó de un terrible dolor de cabeza. No se mostró comunicativo ni siquiera cuando el zar le preguntó qué había estado haciendo en Biarritz tanto tiempo.

Mientras tanto, Militza, a la que costaba mantener la calma, bebía copa tras copa de vino tinto dulce. Normalmente no tenía un apetito tan voraz, pero su guía siempre la volvía más lujuriosa; su piel clara ganaba en luminosidad, sus

labios se veían más rosados, y su tacto, más sensible en general. Pero eran sus ojos de un negro intenso lo que tenía traspuesto al zar.

—Esta noche se te ve especialmente cautivadora, Militza Nikoláyevna — opinó mientras daba sorbos a su vino.

—¿Cautivadora? —Militza sonrió—. Es la buena compañía, Majestad.

Por suerte, en cuanto acabó la cena la fiesta continuó arriba, en la biblioteca revestida con paneles. Pedro pidió a los criados que dejaran los licores y los dulces en una mesita del salón rojo para que los invitados se sirvieran a su antojo.

El ambiente de la biblioteca estaba cargado por culpa del humo denso que salía del puchero de hierro fundido situado en medio de la mesa. El cóctel humeante de beleño negro y hachís llevaba quemando toda la cena y había llenado la sala de vapores embriagadores.

—Me cuesta creer que estemos a punto de hacer esto —susurró Stana al oído de su hermana mientras la seguía a la entrada de la sala—. ¿Estás segura de que saldrá bien?

—Saldrá bien —respondió con sequedad—. Hemos llegado muy lejos.

—Pero ¿cuándo fue la última vez que hiciste esto bien? —preguntó su hermana.

—¿Puedes encenderme las seis velas? —se limitó a responder Militza.

Stana encendió los candelabros mientras Militza cubría el puchero con un trapo. En realidad, ya había suficiente humo en la estancia; a medida que los invitados tomaban asiento, se mezcló con los buenos caldos de la cena y no hizo falta que transcurriera mucho tiempo para que los efectos sedantes y ligeramente afrodisíacos de las drogas surtieran efecto. El zar relajó la postura y se dejó caer literalmente en el asiento. En calidad de invitados de mayor rango, el zar y la zarina se sentaron a ambos lados de Militza, mientras que Pedro se colocaba en frente, con Stana a su derecha y Jorge a su izquierda.

Antes de empezar, Militza dejó un mantel cuadrado encima de la mesa, en cuyo borde estaban escritos una serie de números. En el medio estaban las letras del alfabeto y cuatro recuadros, en los que estaban marcados «sí» o «no», así como las palabras «Hola» y «Adiós». Sacó un vaso gastado de una pequeña mesa situada en un rincón de la biblioteca.

—Esto —dijo, mostrándola a todo el mundo— es la tabla espiritista. Voy a intentar contactar con aquellos que han fallecido sin utilizar el tablero de Ouija. Pero a veces, si la cosa se complica, podemos recurrir al tablero. Todos tenéis que colocar los dedos con suavidad encima del vaso, que yo iré desplazando..., pero el Espíritu será quien lo mueva. Estamos aquí para asegurarnos de que no sale volando de la mesa. —Sonrió y entonces respiró hondo, hinchando las aletas de la nariz mientras inhalaba el humo embriagador y extendía los brazos—. ¿Alguien tiene alguna pregunta antes de empezar?

—¿Ocurrirá algo malo? —preguntó la zarina.

—No. Tengo a mi guía espiritual aquí para ayudar. Debería evitar un exceso de interferencias del bajo astral.

—De acuerdo. —Alejandra asintió, sin acabar de entender lo que Militza decía, pero la mezcla de hachís, vino y el beleño negro la relajaban tanto y de forma tan placentera que no le importó.

—¿Empezamos? —pidió Nicolás.

—Démonos todos la mano y entonces cerramos los ojos y esperamos —indicó Militza. El zar le deslizó la mano en la de ella. El tacto de su piel suave contra la de ella le produjo un nudo en el estómago. Le lanzó una mirada, pero él ya tenía los ojos cerrados.

El ambiente cambió en cuestión de segundos. El aire se enfrió y las seis velas empezaron a parpadear. Era como si un aliento fresco hubiera entrado en la estancia. Alejandra mantuvo los ojos bien cerrados y apretó la mano de Militza con más fuerza. Había esperado tanto tiempo para esto que no se

acababa de creer que estuviera a punto de suceder. Giró la cabeza, con los ojos todavía cerrados, hacia el techo y empezó a rezar en voz baja.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad... Oh, por favor, Dios, querido Dios, permíteme hablar con May...

De repente, en la sala se oyó el suave repiqueteo de unos pasos. Militza estaba sentada muy quieta, sujetando con fuerza las manos del zar y la zarina, respectivamente. Stana no movió ni un músculo. Las pisadas pequeñas circundaban la mesa a un trote ligero, y luego el ritmo cambió y empezaron a brincar. Salto con un pie, y salto con el otro.

—Está aquí —anunció Militza—. Podéis abrir los ojos. —A medida que el grupo iba abriendo los ojos, dos velas se apagaron y dejaron la estancia en una oscuridad más marcada.

Las cuatro velas restantes iluminaban el rostro de Militza. Le brillaban los ojos, los pendientes de topacio le relucían y el pecho le subía y le bajaba cada vez con mayor pesadez. Era como si estuviera en una especie de trance. Asintió como si respondiera a una pregunta y entonces se rio silenciosamente de una broma que solo ella oía.

—Muy bien, May —dijo. Sonrió y volvió a asentir—. Entiendo la broma. Cuatro velas porque sois cuatro. No las apagues todas, de lo contrario no veremos nada. —Militza se rio por lo bajo. Pedro miró hacia su esposa. No era una risa que conociera—. Tu hermana está aquí, May —dijo.

El sonido de los brincos aumentó de forma considerable y todo el grupo notó un viento en la espalda, como si un niño pequeño corriera a su alrededor. La campana de plata que servía para llamar al servicio situada en la repisa de la chimenea sonó tres veces, y unos cuantos libros salieron disparados de las estanterías mientras el olor de flores primaverales inundaba el ambiente. Una

rama de mayo, como el significado del nombre de su hermana. Alejandra miró a su alrededor para ver si veía de dónde salía esa fragancia dulzona.

—May, deja de fanfarronear —instó Militza, meneando la cabeza de un lado a otro. Habló con tono amable pero firme—. Tu hermana mayor quiere hablar contigo. —Se volvió para mirar a la zarina, que había enarcado las cejas con actitud expectante. La emperatriz tenía una expresión vacía. Tras dieciocho años de dolor y tristeza, no sabía qué decir. Se le quedó la boca seca. Miró hacia su esposo en busca de apoyo y los ojos azul claro de él le devolvieron la mirada.

—Um.. —dijo Alejandra, carraspeando. Miró en derredor como si quisiera atisbarla—. ¿May? ¿Eres tú de verdad? —Tres libros más cayeron de las estanterías mientras el repiqueteo de los pies continuaba por la estancia. Jorge se movió en el asiento, se sentía algo más que incómodo; no se lo estaba pasando bien. De hecho, de no ser porque se esperaba la presencia del zar, estaba clarísimo que Jorge no habría estado allí.

—¿May? —continuó la zarina, mirando a su alrededor—. ¿Cómo estás? Te echo muchísimo de menos.

Militza asintió.

—¿Seguro que esto es lo que quieres decirle?

—¿Cómo sabemos que en realidad estás hablando con ella? —preguntó Jorge, frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—Estoy bien —continuó Militza con una suave voz cantarina que se parecía poco a la suya. Se volvió para mirar a Alejandra, haciendo caso omiso de Jorge—. May está bien. Está contenta. Muchas personas cuidan de ella. ¿Qué tal está la señorita Orchard? ¿Sigue cuidando de ti?

—¿Señorita Orchard! —Alejandra alzó las manos para taparse la boca. Suavizó la expresión ligeramente mientras la embargaba una oleada de tristeza—. Querida señorita Orchard..., nuestra niñera inglesa —anunció a la mesa

antes de menear la cabeza con expresión incrédula—. Marie siempre fue su preferida. ¡Qué extraordinario! Está bien, May. Ahora cuida de mi pequeña Olga. Igual que cuidó de ti. —Alejandra habló con voz aguda y tensa, que se le quebró ligeramente de la emoción—. Tengo una niñita, de solo tres meses. Pero, bueno, quizás eso ya lo sepas.

Militza sonrió de repente, una sonrisa juguetona. Alzó los hombros con el tipo de deleite exuberante y exagerado que los adultos usan con los niños pequeños.

—Oh, suena fantástico. ¡Afortunada tú! —Alejandra la miró expectante—. Lo siento. —Militza negó con la cabeza—. Ha dicho que le encantan las manzanas asadas y el arroz con leche.

—¿En serio...? —dijo Alejandra con voz queda. Inclino la cabeza y se sacó un pañuelo de encaje de su bolso de gala. Sus lágrimas eran casi silenciosas y apenas se movía. Al final, alzó la mirada—. Siempre los pedía...

—Son los postres preferidos de casi todos los niños —declaró Jorge, echando la silla un poco hacia atrás y extendiendo los brazos por encima de su cabeza—. ¿A alguien le importa si tomo un poco de brandy? —Cuando se levantó para dirigirse a la puerta de la biblioteca, de repente se apagaron dos velas más y una bandeja de vasitos de cristal cayó con estrépito al suelo. El ruido resultó espeluznante y la mesa entera retrocedió.

—¡May! —gritó Militza, levantando la mano derecha—. ¡Tranquilízate!

—Tranquilízate, Marie —añadió Alejandra.

—¡Querida! ¡Jorge! Sentaos, por favor —siseó Stana—. A los espíritus no les gusta que los ignoren, sobre todo a las niñas de cuatro años.

Jorge regresó muy lentamente a su asiento y, en cuanto se sentó, las dos velas volvieron a encenderse.

—Bien. —Militza asintió—. Está contenta —declaró—. De acuerdo. —Asintió—. Y quiere disculparse por lo de tus juguetes.

—¿Mis juguetes? —preguntó Alejandra.

—Sí —confirmó Militza—. Los que quemaron. ¡Qué peste! —Negó con la cabeza—. Se me llenan las narinas con el olor del hollín y el fuego. —Miró fijamente a la zarina—. ¿Quemaron tus juguetes después de su muerte?

—Todos sin excepción. —Alejandra volvió a negar con la cabeza—. Todos mis juguetes queridos. Cielos. —Suspiró cuando los recuerdos se agolparon en su mente—. Lo quemaron todo para evitar la propagación de la difteria.

—Qué horror —se compadeció Stana.

—Mis juguetes preferidos desaparecieron, igual que mi madre y mi hermana...; recuerdo haber llorado en el cuarto de juegos, pues no encontraba mi osito de peluche, no encontraba nada...

El zar se inclinó hacia la mesa y tomó la mano de su esposa.

—Pero ahora estás bien, querida —la reconfortó, dándole una suave palmada en la mano—. Me tienes a mí y a la pequeña Olga.

—Tu madre te da su bendición —interrumpió Militza de repente, incorporándose—. Sí, claro. —Miró a Alejandra.

—Dice que no lloremos su muerte, que es feliz. Que está con... ¿Frittie?

—Frederick —susurró Alejandra, bajando la mano hacia el pañuelo mientras cogía el extremo de encaje entre los dedos—. Murió con dos años y medio. Una hemorragia.

—¿Una hemorragia? —preguntó Stana.

—Se cayó; tenía anemia —dijo Alejandra—. No dejaba de sangrar.

—Dice que quiere que seas feliz —declaró Militza con solemnidad—. Te insta a que seas feliz. «Sé feliz, amor mío», es lo que dice, una y otra vez... Intenta ser feliz.

—Excelente —dijo Jorge, frotándose las manos y alejando la silla de la mesa—. Son buenos consejos. Ahora...

De repente, Militza se desplomó hacia delante sobre la mesa y tres velas se

apagaron. Un viento sibilante recorrió la estancia y una lámpara que estaba en una mesa cercana a la puerta cayó al suelo; la temperatura de la sala bajó de repente y Stana alargó la mano y cogió la de Pedro.

—Esto no me gusta —musitó.

—¿Qué le pasa a Militza? —preguntó Pedro, levantándose.

—¡Sentaos! —instó Stana, tenía los ojos oscuros redondos como platos a causa del miedo y le volvió a coger de la mano—. ¡Que todo el mundo siga sentado! ¡Sentaos y no rompáis el círculo!

Militza se alzó de la mesa a duras penas, levantando poco a poco la cabeza. Bajo la luz de la vela, su rostro se veía completamente distinto; la piel descolgada, los músculos flácidos, las comisuras de los labios caídas, los hombros hundidos y los párpados cerrados con pesadez. Guardaba un parecido sorprendente con un viejo. Pedro soltó un grito ahogado. Estaba horrorizado. Nunca había visto nada por el estilo. Incluso Jorge se echó hacia atrás boquiabierto. El zar soltó la mano de Militza.

—Se está transfigurando —dijo Stana, observando a su hermana.

—Qué extraordinario —musitó Pedro.

—Qué desagradable —indicó Jorge.

—Tu... padre... está... aquí —anunció Militza con voz lenta y grave que no parecía proceder de su cuerpo de ninguna manera.

—¿El padre de quién? —susurró Pedro.

—¡Tu padre! —exclamó, alzando un dedo y señalando a Nicolás.

—¡El zar! —exclamó Nicolás, consternado.

—Tú eres el zar —dijo Jorge.

Nicolás se volvió y miró a Militza, no solo estaba aterradora, con la piel gris y flácida y los ojos entrecerrados, sino que le resultaba vagamente familiar. El rostro ya de por sí pálido de Nicolás empalideció todavía más al quedarse sin sangre. Los grandes ojos azul claro le brillaron bajo la luz de las

velas cuando recordó la última vez que había visto a su padre: la densa niebla que rodeaba el palacio Maly en Livadia, el sonido espeluznante de la tos con sangre, las bombonas de oxígeno, las hemorragias nasales, los vómitos, el emperador aguardando la muerte mientras el santón Juan de Kronstadt lo sujetaba entre sus brazos, susurrándole palabras de consuelo religioso mientras los últimos rayos de sol desaparecían del cielo. El ruido de los murmullos del santón, su capa negra con capucha, su larga barba negra... Nicolás nunca lo olvidaría. Su madre, María Fiódorovna, sollozando, más el olor dulzón de la muerte y los cánticos religiosos constantes, todavía lo perseguían de madrugada.

—¿Le... le hago alguna pre... pregunta? —dijo tartamudeando. Siempre había estado ligeramente temeroso de su padre y sabía que el emperador nunca había tenido buena opinión de él.

—No —repuso Militza, inhalando y exhalando con fuerza, con las palmas planas encima de la mesa mientras luchaba contra las poderosas oleadas del espíritu. Era obvio que la experiencia le resultaba extenuante—. Quiere decirte una cosa. —Volvió a alzar la vista hacia Nicolás. Ella tenía los ojos negros vacíos, como si fuera ciega—. ¡Y quiere que lo escuches!

—De acuerdo. —Miró hacia el otro lado de la mesa, donde estaba su esposa, quien esbozó una ligera sonrisa de apoyo.

—No temas —empezó a decir Militza—. Estoy bien. La enfermedad ha pasado y estoy bien. —Nicolás asintió, agradecido—. La coronación irá bien. Vendrán a miles. Miles de personas querrán venir y rendir homenaje. Cuídate del consejo de otros. Mis hermanos.

—Por supuesto. —Nicolás estaba desconcertado.

Militza negó con la cabeza. Los ojos le rodaban hacia atrás en el cráneo cuando volvió a sujetar la mesa. Clavó las uñas con fuerza en el paño.

—Cuídate del consejo de otros —repitió, meciéndose en la silla y

moviendo la cabeza de un lado a otro—. Y el campo de Jodynka.

—¿Qué campo? —preguntó Alejandra.

—¡Esto es ridículo! —declaró Jorge, levantándose de la mesa.

—¡Siéntate! —dijo Pedro, tirando de la manga de la chaqueta del frac de su cuñado y obligándolo a sentarse.

—No sé si entiendo bien qué quieres decir, ¿padre? —se aventuró a plantear Nicolás con vacilación, como si hablara con un viejo ulceroso, desviando la mirada con nerviosismo de su esposa a Militza y de vuelta a su esposa.

—Mis hermanos —susurró Militza con voz grave. Encorvó todo el cuerpo y lo retorció sobre sí mismo con exasperación. Clavó las uñas en el paño y tiró de él.

Nicolás observó a su esposa para ver si le ofrecía algún tipo de orientación. Ella asintió para alentarlo.

—Um, gracias... Padre... Haré caso de tu consejo. Te haré caso y actuaré en consecuencia.

Entonces, de repente, el ambiente tenso y pesado se disipó. Militza dejó suspendida la cabeza sobre la mesa durante unos minutos para recuperar el aliento, y poco a poco fue alzando el mentón. La ligereza había vuelto a su ser. Soltó el mantel y relajó los hombros de forma visible. Infló las mejillas y exhaló los últimos vestigios de lo que parecía ser el viejo zar. Una luminosidad juvenil y reluciente volvió a asomar a su piel y recuperó el aspecto de una joven y encantadora esposa de veintitantos años. Se le rellenaron las mejillas y se dibujó una sonrisa en sus bonitos labios mientras sus ojos oscuros relucían bajo la luz de las velas.

—¿A quién le apetece un poco de vino? —propuso Pedro con manos temblorosas—. De repente, me ha entrado mucha sed.

Cuando todo el mundo regresó al salón rojo, el ambiente quedó más contenido.

Ni el zar ni la zarina habían esperado una velada tal, y esta última estaba sobrecogida. La combinación de vino, beleño negro y hachís no hacía más que exacerbar su reacción, lo cual hizo que acabara desplomándose en el sofá más cercano, sollozando y parlotando con rapidez.

—Recuerdo oír a mi madre gritar cuando llegó demasiado tarde para salvar a May —dijo, mirando tanto a Militza como a Stana—. Fue horrible. Pero también recuerdo las mentiras y los secretos tras la muerte de May, cómo fingió que seguía viva y cómo la escondió en el mausoleo familiar.

—La difteria es una enfermedad terrible —comentó Stana.

—Asoló nuestro hogar y escogió a sus víctimas sin tener en cuenta la edad. Ni siquiera el médico que envió la reina Victoria fue capaz de salvar a mi hermana. Ni a mi madre. —Las lágrimas resbalaban con profusión por las mejillas de Alejandra mientras sonreía con arrepentimiento y pesar—. Tenía treinta y cinco años y fue enterrada junto a sus dos hijos pequeños. —Suspiró y alzó la vista hacia Militza—. No sé cómo darte las gracias. De verdad. No sabes cuán agradecida estoy. ¿No estás de acuerdo, Nicky?

—Por supuesto. —El zar asintió con expresión atormentada mientras sujetaba la copa con fuerza; no sabía cómo asimilar todo lo sucedido.

—Bueno, a mí me ha parecido todo estupendo —declaró Pedro con alegría mientras abría una gran pitillera de plata y la tendía a los demás—. Una sesión fascinante, ¿no os parece?

—Si tú lo dices... —musitó Jorge, cogiendo un cigarrillo y encendiéndolo. Miró de una hermana a la otra—. Una cosa rara.

—¿Quién iba a pensar que mi esposa tenía tanto talento? —reconoció Pedro.

—Una actuación excepcional, sin duda —indicó Jorge, observando a

Militza mientras exhalaba—. ¿Dónde has aprendido esos trucos?

—¡Sin duda! —Rio Pedro, acercándose a su esposa—. Sin duda... Sí —dijo, poniéndose de espaldas a la sala con el rostro contraído por los nervios—. ¿Estás bien? —susurró, sujetando a Militza por el brazo—. Ha sido espectacular. Nunca había visto una cosa así.

—Estoy perfectamente. —Sonrió—. No podía haber ido mejor.

—Oh, bien, porque sabes que odiaría...

—No te preocupes. —Ella volvió a sonreír y le dio una palmadita en el brazo—. Te preocupas demasiado.

Transcurrió otra media hora más o menos antes de que el zar se sintiera lo bastante recuperado como para marcharse.

—Una velada extraordinaria —aseguró, abrazando a Militza y acariciando su mejilla con su suave bigote—. Gracias, sin duda repetiremos —le murmuró al oído, antes de caminar con un exceso de lentitud hacia el carruaje que los aguardaba.

—Gracias —convino Alejandra, sujetando la mano de Militza entre la de ella con los ojos llenos de lágrimas—. No sabes cuánto significa para mí saber que mi hermana está a salvo y bien cuidada. —Sonrió sin soltar la mano de Militza—. ¡Comer manzanas asadas! ¡Qué feliz me has hecho esta noche! Por primera vez en esta ciudad triste y solitaria.

Agosto de 1899
Tsárskoye Seló, San Petersburgo

Tras aquella velada trascendental, la zarina siguió visitando Znamenka con una regularidad cada vez mayor: en cada ocasión revelaba más sobre ella misma, cada vez se despojaba de una capa más. Sin embargo, hasta la mañana del 10 de agosto de 1899, Militza no recibió la llamada de teléfono decisiva que hizo desmoronar toda resistencia.

Militza oía los lloros de la zarina mientras cruzaba el puente corriendo. La agonía y la emoción cruda resultaban demasiado obvias mientras sus sollozos flotaban por encima del lago. Desde que Militza había dado a luz a una hija muerta hacía un año y medio, no había oído un lloro tan doloroso. Y cuánto recordaba aquella agonía. Era visceral, interrumpía los latidos del corazón y la rasgaba por dentro como una espada bruñida. Querida Sofía. Pobre, dulce Sofía, nacida para morir a fin de que su hermana gemela, Nadezhda, sobreviviera. Nacida para no respirar jamás...

Militza se alzó los faldones y corrió más rápido.

—¡Espérame! —suplicó Stana mientras intentaba desesperadamente seguirle el ritmo. Jorge volvía a estar en el extranjero y, por tanto, estaba muy atareada con sus dos hijos, Elena de siete años y Serguéi de nueve, ninguno de los cuales tenía ganas de correr en un día tan caluroso y húmedo. Llevaban

ropa incómoda, el sol caía a plomo, y estaban desesperados por subirse a las barcas de remos que estaban volcadas en la orilla cubierta de hierba.

Militza no volvió la vista atrás. Haciendo caso omiso de su hermana y levantándose todavía más el vestido de gasa blanco, se sujetó con fuerza la pámela y el collar de perlas que llevaba al cuello para correr más rápido. Ahora veía a Alix por entre las hojas, a la sombra de un gran roble, reclinada en una tumbona de mimbre rodeada de cojines. Sus dos hijas jugaban en una manta delante de ella y la niñera remilgada y enfurruñada, Miss Margaretta Eagar, y la enfermera mayor pero enérgica, la señora Mary Anne Orchard, también estaban presentes, entreteniendo a la gran duquesa Olga y a la gran duquesa Tatiana para que no molestaran a su afligida madre.

—¡Oh, Milly! —gimió Alix al ver acercarse a Militza. Se levantó a medias de la tumbona mientras su hijita de seis semanas, María, seguía mamando de su pecho descubierto en parte—. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! Gracias por venir.

—He venido en cuanto me he enterado —dijo Militza, intentando recuperar el aliento mientras se secaba el brillo del sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿No es horrible? —se quejó Alix. Empezó a temblar, sus ojos inyectados en sangre hechos un mar de lágrimas. Apretó a su recién nacida contra su pecho e intentó, en vano, sofocar un sollozo. El sonido resultó tan desgarrador que las otras dos niñas dejaron de jugar con sus muñecas y se las quedaron mirando—. Cuando pienso en ello —susurró, luchando contra sus propias emociones para tomar aire—. Él tumbado en la carretera, con un reguero de sangre que le caía de la boca, y la motocicleta a su lado. Nunca tenía que haber salido a dar una vuelta. Se le dijo que no saliera solo. No lo puedo soportar. —Se esforzó para inhalar entre sollozos—. Nadie debería morir de esa manera, Milly. Nadie debería morir a solas.

Militza se sentó en el extremo de la tumbona y tomó la mano caliente de Alix, que seguía sujetando su pañuelo.

—No murió solo —le dijo para tranquilizarla—. Una campesina lo tuvo en sus brazos hasta que murió.

—Es como si estuviera solo —repuso la zarina, desestimando la aclaración—. Solo tenía veintiocho años. —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—No hay mucha gente que sobreviva diez años con tuberculosis, no le fue mal. ¿Cómo está el zar?

—Está muy afectado, muy triste. —Alix negó con la cabeza mientras más lágrimas le surcaban el rostro en silencio—. Conozco la agonía que supone perder a un hermano, pero creo que ni siquiera yo puedo ayudarlo. Georgie no solo era el hermano pequeño de Nicky, sino su mejor amigo; era tan brillante...

—Y tan apuesto —interrumpió Militza. Miró hacia el lago, por donde se acercaba su hermana—. Lo recuerdo bailando con Stana en el baile de san Nicolás. Estuvo tan deslumbrante y divertido. Nunca olvidaré cómo se le iluminaban los ojos cuando sonreía.

—Nicky lleva en sus aposentos, sentado a su escritorio, con la puerta cerrada desde ayer. No para de sacar chistes de su caja y de leerlos. —Militza se sintió confusa—. Nicky solía escribir los mejores chistes de Georgie y los guardaba en una caja. No ha parado de leerlos desde que recibió la noticia, riendo y llorando a la vez.

—Quizá podría ayudarlo —sugirió Militza.

—Oh, ¡cuánto lo siento! —declaró Stana, acercándose con rapidez a Alix y dándole un beso en el dorso de las manos—. Estoy conmocionada. —Suspiró de forma audible—. Me siento como si me hubiera alcanzado un rayo. ¿Cómo está el zar?

—No lo había visto así desde... la tragedia —respondió Alix, sorbiéndose

los mocos contra el pañuelo.

—¿El campo de Jodynka? —soltó Stana antes de taparse la boca con la mano.

Arrepentida, miró rápidamente a las dos niñeras primero y luego al alto guardaespaldas cosaco situado a la sombra del árbol. Todos se movieron con gesto incómodo. La tragedia del campo de Jodynka, en la que casi mil quinientos campesinos murieron pisoteados ante la avalancha repentina para llegar a la cerveza, pan de jengibre y las tazas esmaltadas gratuitas, todo ello regalos del zar para celebrar su coronación junto con Alix, no era algo que se mencionara entre gente educada y mucho menos delante de la zarina.

—Eso fue ligeramente distinto —apuntó Militza, mirando en derredor.

—Pisoteados por correr hacia un vaso de cerveza gratis. Sería patético si no hubiera sido tan horrible. —Alix alzó la vista, con un gesto de ligero desafío—. Y sé que nos advertiste, o por lo menos el fantasma del padre de Nicky. Y sé que Nicky nunca debería haber ido al baile del embajador francés aquella noche. También nos advertiste de eso. Lo sé. Pero sus tíos insistieron en que se demostrara que aquello no había menoscabado la monarquía. Fue un lío terrible. Pero lo hecho, hecho está. Todo es muy estúpido.

—Nadie te culpa. —Stana sonrió ante la debilidad de su mentira.

Las tres mujeres guardaron silencio; el ambiente tenso quedó rasgado por los lloros de María mientras rebuscaba el pecho para sacar más leche.

—¡Ya lo ves! —exclamó Alix, bajando la mirada hacia la bebé de rostro enrojecido que tenía las piernecitas rígidas de indignación mientras inhalaba profundamente antes de soltar un fuerte lamento—. Ni siquiera hago esto bien. Orchie, querida... —dijo, volviéndose hacia la manta.

—Alteza Imperial —respondió la oronda señora Orchard.

—¿Podrías llevarla, por favor, a una de las nodrizas? ¡Toda esta tristeza me ha dejado sin leche!

La señora Orchard cogió a la bebé que lloraba del pecho de Alix y desapareció en dirección al palacio de Alejandro.

—¡Mamá, qué calor hace! —exclamó Elena, bostezando, dejándose caer en la manta.

El parecido de Elena con su padre molestaba a Stana.

—Toma un poco de limonada helada —sugirió, señalando una pequeña mesa de pícnic y unas sillas situadas a la derecha de la manta.

—¿No hay nada más? —se quejó la niña—. No me gusta la limonada.

—¿Señorita Eagar? —dijo Alix con un tono un tanto exasperado—. ¿Puede llevar a los niños a las barcas del lago?

—¡Oh, sí, por favor! —chilló Serguéi, saltando arriba y abajo y tirando de los faldones de la mujer—. Por favor, señorita Eagar.

—Tranquilízate, Serguéi —ordenó, blandiendo un dedo largo y fino—. Seguidme, despacio, hacia el lago. —Esbozó una sonrisa tensa antes de asentir hacia la zarina.

—Llévate a Iván —añadió Alix, señalando al guardaespaldas—. Él puede remar por ti.

Mientras los niños, Iván y la señorita Eagar se encaminaban al lago, Alix se volvió para mirar a Militza y a Stana con ojos bien abiertos y expresión temerosa. Se la veía aterrada.

—¡Aprovecho que estamos solas! —Miró de una hermana a la otra; sus ojos azul claro pasaban de un lado a otro mientras respiraba de forma entrecortada. Parecía encontrarse en un estado casi febril—. ¡Tenéis que ayudarme! Las dos tenéis que ayudarme.

Militza volvió a cogerla de las manos.

—Lo que quieras.

—Ahora que el pobre Georgie está muerto, ¡tengo que tener un hijo varón!
—Alix sollozaba. Los mechones de pelo dorado le caían por la cara, lo cual la

hacía parecer una niña pequeña. Le tiritaban las manos, el labio inferior le temblaba—. El tema de la sucesión ha vuelto a aflorar, ahora que el... zarévich... ha muerto.

—Está Miguel —interrumpió Stana.

—Miguel no puede ser zar, es demasiado irresponsable. Es de todos sabido. Necesito un hijo varón. Es como si oyera a los Vladimir dando zarpazos en el suelo, anhelando la batalla, y hay rumores en la Duma... Todo el mundo pregunta ¿cuándo? ¿Cuándo voy a tener un hijo? ¿Cuándo voy a dar un heredero a la corona? ¿Cuándo? ¿Cuándo? Todo depende de mí. —Alix tenía los ojos hundidos—. Tengo que tener un hijo. —No hacía más que darles vueltas a las manos en su regazo.

—Pero si acabas de tener un bebé —dijo Stana, mirando hacia el palacio.

—Si hubierais visto la cara de Nicky cuando el profesor Ott le dijo que María era una niña. ¡Otra niña! Nicky acertó a sonreír cuando Tatiana nació, pero esta vez lo he visto intentarlo..., pero no pudo. Fingió, pero la sonrisa nunca llegó a sus ojos. Ni siquiera tocó a la bebé. Se fue de paseo. Caminó durante una hora. Más. Hasta que regresó no tomó a María en brazos. —Se volvió y miró a las dos hermanas—. ¿Es mucho pedir estar tumbada en cama y oír una salva de trescientos cañonazos resonando en toda la ciudad para anunciar al mundo el nacimiento de mi hijo? He oído tres veces cómo la salva cesaba después de ciento un cañonazos, y tres veces he visto la consternación en el rostro del servicio, he visto tres veces cómo mi esposo tenía que superar tal decepción... Solo quiero que sea feliz...

—Seguro que no está decepcionado —insistió Stana—. Tenéis tres hijas sanas y preciosas.

—¿Para qué sirven las hijas? Sobre todo ahora —repuso Alix, observando al grupo de niños que jugaban en el lago, especialmente al lozano y bullicioso Serguéi, con el reflejo del sol en su pelo rubio mientras reía y balanceaba la

barca de remos adelante y atrás en el agua—. Para vosotras es fácil decirlo. Las dos tenéis hijos —dijo, girándose hacia las hermanas. El anhelo se reflejaba en su rostro—. Tú tienes a Serguéi, Stana, y tú tienes a tu hermoso Román, Milly. Por favor, tenéis que ayudarme. Haré lo que sea, cualquier cosa. No puedo descansar, Rusia no puede descansar hasta que tengamos un varón.

Stana dio una palmadita suave en el dorso de la mano de Alix, pero la zarina la apartó con irritación y la miró enfurecida.

—¡No lo entiendes! ¡No tienes ni idea de la presión que supone que una nación de millones de habitantes contenga el aliento! ¡Me está sofocando! Y cada parto es peor: los dolores de cabeza, los mareos, las náuseas interminables. ¿Sabéis que la madre de Nicky incluso sugirió que comiera jamón frío tumbada en la cama por la mañana para evitar las náuseas? ¡Jamón frío con la grasa gruesa y blanca! ¿Os lo imagináis? Apenas soy capaz de comerme una loncha cuando estoy bien, pues mucho menos cuando estoy embarazada de cinco meses y con la boca seca como un desierto. Y sé lo que murmuran. Murmuran que soy fría y distante, que no me gustan sus fiestas, sus bailes, sus juegos de cartas sinvergüenzas. Dicen que soy una mojigata, que regaño a las mujeres si enseñan demasiada carne en la corte, que quiero impedir que mi marido salga. Pero no es verdad. Lo que pasa es que me encuentro fatal. La habitación me da vueltas, la cabeza me da vueltas, ¡y estoy mareada continuamente! Y la espalda... —Miró primero a una hermana y luego a la otra y entonces se echó a llorar—. ¡Los susurros son lo que más odio! —sollozó, llevándose el pañuelo a la cara—. ¡Ojalá acabara todo!

Alzó la vista y por entre la neblina de sus lágrimas vio que Militza y Stana la comprendían a la perfección.

Lo que no sabía era que iban un poco más allá de entenderla; ellas también habían oído esos susurros; habían sentido la misma soledad. Y también sabían

lo que era tener una madre desesperada por tener un hijo varón. Habían visto las pociones, las lociones; habían olido el humo, visto las llamas y oído los encantamientos. Su palacio de Cetinje había estado lleno de todas esas cosas: los bichos raros, los locos, los conjuros interminables. Y sabían exactamente qué hacer.

—No te preocupes —dijo Militza, asintiendo con contundencia y frunciendo los labios con determinación—. Tendrás un hijo.

—Te lo prometo —añadió Stana.

—¿Me lo juráis? —susurró Alix antes de recostarse, exhausta, en la tumbona.

17 de diciembre de 1899

San Petersburgo

La noche del lunes era el mejor momento para ser invitado a ocupar la elegante tapicería de terciopelo de color frambuesa de la condesa Ignátiev y disfrutar de los vinos dulces, los pasteles y del último y más glamuroso gurú llegado a la ciudad. Mientras cogía su baraja de tarot de Marsella del cajón de su tocador y la envolvía con esmero con su fular de seda color melocotón, Militza se estremeció de emoción. Los salones negros que se celebraban tres veces por semana siempre resultaban emocionantes, pero aquel lunes iba a ser diferente. Esa noche, la condesa Ignátiev le había prometido a alguien especial, alguien sumamente especial.

En cuanto entró en el gran salón iluminado con luz tenue y abarrotado de príncipes, diplomáticos y divorciados como de costumbre, Militza fue recibida por una condesa Ignátiev más excitada de lo normal.

—¡Ya has llegado! —exclamó en voz alta, juntando las manos y sujetándose a continuación su pecho prominente—. ¡Por fin! ¡Llegas tarde! —A Sofía Ignátiev le encantaba el dramatismo—. Querida, hay mucha gente esperándote para que les leas. ¡Casi hay cola! Aquí, aquí —repitió, empujando a Militza por la fiesta hasta una esquina donde había colocado una mesa de cartas de mármol con toques dorados cubierta con un fular zíngaro con flecos, y dos

sillones pesados—. ¿Está bien así? —Sonrió, extendiendo el brazo—. He intentado que fuera lo más místico posible.

—¡Es perfecto! —convino Militza, puesto que apreciaba mucho a la condesa.

Sentada a su mesa, Militza sacó con cuidado el fular color melocotón y desenvolvió la baraja.

—¿Puedo? —preguntó una voz conocida mientras una mano bronceada colocaba una pequeña pipa de arcilla para hachís sobre la mesa.

—¡Doctor Badmayev! —Militza saltó de la silla de inmediato para abrazarlo.

Buryat de nacimiento, Shamzaran Badmayev (también conocido por el nombre de Piotr) se había criado en las estepas siberianas y había sido instruido por monjes tibetanos. Era un experto en medicina oriental y farmacia tibetana, con reconocimiento a escala internacional. Junto con su hermano Zaltin, era el propietario de la «farmacia» más próspera de San Petersburgo, capaz de curar las afecciones más tenaces y perniciosas. No había infusión, hierba o tintura que no conociera. Su laboratorio situado en la trastienda de una calle cercana al Fontanka era una verdadera cueva de las delicias de Aladino. En una ocasión, Militza había tenido el enorme privilegio de hacerle una visita, e incluso bajo su mirada experta muchos de los frascos, bolsas y polvos le resultaban totalmente desconocidos.

—¿Qué tal estás? —Sonrió y la besó tres veces mientras sus ojos diminutos bullían con una energía extraordinaria. En San Petersburgo muchas personas pensaban que el doctor Badmayev era un guía espiritual, Militza entre ellas.

—Bien —repuso mientras ambos tomaban asiento.

—Tienes buen aspecto. —Él asintió antes de darse una palmada en el bolsillo—. Tengo lo que me pediste.

—¿Ah, sí? —A Militza le brillaban los ojos de la emoción—. Mi amiga

estará encantada.

Él se sacó un pequeño sobre de los holgados pantalones y se lo tendió.

—Hay flor de Asoka para la tristeza y el pesar, esencia de loto negro para el renacimiento y mandrágora...

—¿Mandrágora?

—Tengo a una ermitaña que la recoge para mí desde hace años. Vive en el bosque del exterior de Irkutsk, en el cruce de caminos donde solían colgar a los hombres por robar caballos. Hay una abundancia de semen de hombres ahorcados en ese terreno y la mandrágora crece con abundancia.

—¿Cómo la cosecha sin oírla gritar? —preguntó Militza, tendiéndole la baraja de cartas para que las mezclara.

—Es sorda de nacimiento.

Militza asintió y sonrió con gesto apreciativo.

—¿Tienes una pregunta para las cartas?

—Solo la pregunta que está en boca de todos. —Militza lo miró con expresión inquisidora mientras barajaba las cartas con mano experta—. ¿La sucesión?

A Militza le dio un vuelco el corazón, miró rápidamente a su alrededor para comprobar que nadie más los había oído. Por supuesto, la sucesión era el asunto que estaba en boca de todos: tres embarazos y la zarina todavía no había dado más que hijas. La gente había empezado a decir que estaba maldecida. Sus pocos conocimientos de la lengua rusa no ayudaban ni tampoco su incapacidad para comprender la importancia de la corte, pero oírlo en voz alta no solo era motivo de asombro, sino que también podía resultar peligroso.

—Chitón —instó ella, retirando las cartas y sujetándoselas contra el pecho.

—No me digas que no sientes curiosidad... ¿Acaso no te has planteado la misma pregunta varias veces en la comodidad de tu camarín color melocotón?

—Sonrió y asintió para que continuara—: Continúa...

Ella lo observó cortando la baraja con la mano izquierda antes de disponer las cartas en formación. Le dio la vuelta a la primera carta.

—Ah, la Suma Sacerdotisa..., por supuesto —dijo ella, moviendo la carta con destreza entre los dedos—. Sabiduría, sensatez, premonición e intuición.

—También he añadido un poco de beleño negro, así que dile a tu amiga que si tiene alucinaciones o la sensación de volar no es que sea una bruja, pero debe reducir la dosis de inmediato. —Rio para sus adentros.

Militza giró la carta siguiente.

—La Estrella... Esperanza. Esfuerzo. Fe. Inspiración...

—De lo contrario debería tomar una cucharadita de agua templada todos los días —continuó el doctor—. Y su esposo debería montarla siempre por la derecha. Si la monta por la izquierda, tendrá otra hija. ¿Queda claro?

Militza asintió, y giró lentamente otra carta.

—¿Una cucharadita, entonces?

—Todos los días.

Los dos contemplaron la carta.

—La Rueda de la Fortuna... Destino. Suerte.

—Las cartas son muy precisas hoy —concluyó Badmayev.

—Siempre lo son. Por muchas veces que les hagas la misma pregunta, siempre sale lo mismo. —Ella cogió otra y le dio la vuelta.

—El As de Copas —dijo él, mirándola fijamente—. ¡Mira! Toma... ¡fertilidad y gozo!

—Sí —asintió ella—. Fertilidad y gozo. —Introdujo el pequeño sobre con cuidado en su bolso de noche de hilo de plata y volvió a mirar la carta—. Pero boca abajo.

—Boca abajo —repitió. Los dos observaron la carta decepcionados—. Entonces, ¿la antítesis es verdad?

—Sí. —Levantó la carta y le dio la vuelta entre sus dedos finos. Se recostó

en el asiento y suspiró.

—Pero ¿durante cuánto tiempo? —preguntó Badmayev—. ¿Durante cuánto tiempo exactamente será cierta la antítesis?

—El tiempo no es algo que el Espíritu entienda —dijo Militza—. Ya lo sabes.

—Pero la espera...

—La espera es insoportable —susurró ella—. Es agónica. Y le consume el alma.

—¿Os importa si aprovecho mi turno? —intervino una voz conocida y desagradable.

—¡Conde Yusúpov! —exclamó el doctor Badmayev, levantándose de un salto y recogiendo rápidamente las cartas—. ¡Por supuesto! Ya estábamos acabando...

Antes de que Militza tuviera tiempo de protestar, el doctor Badmayev ya le había dejado el sitio al conde.

—Querida —dijo él, inclinándose hacia delante y sujetando la muñeca de Militza con fuerza con su mano sudorosa—. Qué delicia volver a verte.

—Conde Yusúpov —respondió ella, observando sus dedos rechonchos que le hacían daño—. No pensaba que este fuera tu tipo de salón. Un poco por debajo de tu categoría, ¿no?

—La necesidad apremia, querida. Y, de todos modos, he oído decir que alzar le gustan este tipo de cosas. Al parecer, ¡es el último grito!

Militza bajó la mirada.

—Si continúas sujetándome con tanta fuerza, no podré barajar las cartas. — Los ojos negros le relucían con furia.

—No me interesan tus frivolidades —repuso, inclinándose hacia ella y humedeciéndose los labios.

—La gente está empezando a mirarnos —siseó ella. Él la soltó, pero se

inclinó más hacia ella.

—Un pajarito me ha dicho que tú y tu hermana habéis llegado al corazón del palacio —empezó a decir, enarcando una de sus grandes cejas.

—¿Qué palacio? —Militza sonrió mientras barajaba las cartas—. Hay muchos en esta ciudad.

—¡No te hagas la remilgada conmigo, chica caprina! —espetó; una pequeña salpicadura de saliva fue a parar a la mejilla de Militza. Ella cerró poco a poco los ojos y se la secó con el dedo.

—Barájalas —dijo ella, tendiéndole las cartas.

Él miró las cartas con suspicacia, pero inhaló y empezó a mezclarlas.

—No caes bien. No caes bien, y tu siniestra hermana pequeña tampoco cae bien; sobre todo, a la gente lo que más le desagradan son vuestros juegos infantiles.

—¿Nuestros juegos infantiles? —repitió Militza, recuperando las cartas enfurecida y dejando sobre la mesa tres de ellas con gesto violento.

—Juegos —repitió él—. ¡Menuda porquería! —Hizo un gesto de desdén en dirección a la mesa de juegos—. Quieren que desistas.

—¿O qué pasará? —preguntó Militza, girando las tres cartas.

—O...

—¡Muerte! —exclamó, mirando la mesa—. ¡El Diez de Espadas! —Hizo una pausa y tomó la imagen de un joven encorvado con diez puñales clavados en la espalda. «El Rey de Espadas.» Militza bajó la mirada hacia las cartas. Apartó su silla ligeramente. Nunca antes había visto tal cosa.

—¿Qué? —preguntó Félix, observando las cartas—. ¿Qué? ¡Dímelo! —Estaba ensombreciendo el semblante y el corazón le latía cada vez más rápido. ¿Qué ocultaba la bruja?

—No son más que juegos de niñas —susurró ella.

—Juegos de niñas —repitió el conde—. No tengo nada que temer.

Ella suspiró y bajó la vista hacia la mesa, evitando su mirada. Sin poderlo controlar, una lágrima le rodó rápidamente por la mejilla y enseguida se la secó con el dedo índice. No era propio de ella ponerse tan sentimental, pero había visto algo... algo que la entristecía sobremanera.

—Tu hijo —dijo rápidamente, sin alzar la vista.

—Tengo dos hijos —repuso él, levantándose poco a poco de la silla.

—¿Dos? —preguntó ella, desconcertada. Miró las cartas y luego hacia el conde—. Bueno, pues cuida de ellos —soltó un farol y enseguida quitó las cartas de en medio—. De los dos...

—¡Y aquí está la gran duquesa Militza Nikoláyevna! —interrumpió la condesa Ignátiev—. Lo siento, conde. —Sonrió a Yusúpov.

—Ya me iba —repuso él, levantándose apresuradamente.

—Aquí está la persona que me muero de ganas de presentarte —continuó la condesa, rebosante de entusiasmo.

Militza se volvió y se le cortó la respiración. Ante ella se encontraba un sacerdote joven y con una barba muy poblada, vestido de pies a cabeza con una capa negra con capucha. Bajo la capa, la túnica negra y larga hasta el suelo llevaba estampada una gran cruz ortodoxa dorada. Su silueta negra y encapuchada era una imagen impactante entre tanto terciopelo color frambuesa y dorado del salón. Parecía la Parca en persona. Militza se levantó.

—¡Es el padre Egorov! —anunció Sofía—. Ha venido desde el monasterio de Óptina Pústýñ para acompañarnos.

—Óptina Pústýñ —repitió Militza; sus prácticas sumamente devotas y austeras eran bien conocidas.

—El lugar al que fue Dostoievski antes de escribir *Los hermanos Karamazov*. —Sofía sonrió con gesto alentador.

—Lo sé —contestó Militza, mirando fijamente al monje, esperando que hablara e intentando discernir qué intenciones tenía.

—Mi amigo el príncipe Obolensky tiene una finca cerca del monasterio, cerca de Kozelsk. Un lugar terrible —continuó Sofia, dando un sorbo a la copa de champán—. No hay nada que hacer aparte de cazar en ese bosque miserable. Pero oyó una historia asombrosa acerca de un loco santo llamado Mitya Koliaba que hace profecías. Hace poco predijo que una condesa local tendría un bebé. Y el padre Egorov es la única persona que entiende a Mitya y sus predicciones. —Sonrió—. Mitya es mudo y epiléptico.

—¿Qué dio a luz la mujer estéril? —preguntó Militza, preguntándose por qué las Moiras habían traído a aquel hombre ante su presencia.

—Un hijo.

—¿Y entiendes al epiléptico?

—Recé ante el icono de san Nicolás, y la voz del santo vino a mí y me reveló el secreto de los sonidos de Mitya —masculló el padre Egorov bajo su poblada barba.

—¿Entiendes cada palabra? —preguntó ella. El monje volvió a hacer una inclinación de cabeza—. ¿Y sus profecías son de fiar?

—Pongo a Dios por testigo —respondió él.

Enero de 1900
Znamenka, Peterhof

Al cabo de unas semanas, Militza, Stana y Alix estaban sentadas en silencio, tomando el té en el salón rojo de Znamenka con la vista clavada en la puerta. Estaban tan ansiosas ante la llegada inminente de Mitya y el padre Egorov que ninguna de ellas podía concentrarse en los bordados.

Habían transcurrido seis meses desde el nacimiento de la pequeña María y la corte estaba impaciente. La temporada estaba en su máximo apogeo: todos los privilegiados y bien relacionados habían dejado sus fincas en el campo o los palacios de Moscú y habían aparecido en San Petersburgo para el torbellino de banquetes, bailes y, sobre todo, cotilleos anuales que se prolongaban durante tres meses. Dos de las damas de compañía de Alix habían anunciado hacía poco sus propios partos, y la presión que sufría la zarina iba en aumento.

—¿Has visto a los Yusúpov recientemente? —preguntó Militza para romper la monotonía del crepitar del fuego.

—No. —Alix negó con la cabeza—. Las únicas personas a las que veo sois vosotras. ¡Todos los demás me han abandonado! —Rio irónicamente—. Me agotan con sus preguntas y sus miradas. No sé cómo hay gente que soporta pasar más de unas pocas horas en esos dichosos bailes.

—Estoy de acuerdo —convino Militza.

—Pero me temo que tengo que asistir de todos modos. Nicky suele quedarse mucho más rato que yo. Dice que lo mantienen en contacto, que puede hablar de política, ese tipo de cosas. ¿Cómo si no, dice él, va a saber lo que pasa dentro y fuera de la corte?

—Bueno, eso es importante —comentó Militza.

—No veo por qué. Nicky gobierna por derecho divino y su pueblo lo adora. Se les ve en la cara cuando pasa a caballo. Una sonrisa por su parte, una mirada en su dirección y se les llena el alma, su vida cobra sentido. Es mejor que una cesta de pan. —Exhaló un suspiro—. Además, actualmente los Yusúpov pasan buena parte de su tiempo en Arkhangelskoye; Zinaida está mucho más interesada en mi hermana y la emperatriz viuda. Ella, Isabel y María se pasan horas dando paseos en carruaje y hablando de la nueva fe ortodoxa de Isabel. —Sonrió—. Tengo suficientes preocupaciones propias como para escuchar las largas historias de la conversión damascena desde la iglesia luterana.

—¿Qué tal le va al zar con sus hierbas? —preguntó Stana.

—Nicky fuma hachís todas las noches —confirmó Alix—. Y no solo duerme mucho mejor que antes, sino que los retortijones que tenía casi han desaparecido por completo.

—Qué buena noticia —dijo Stana, dando otro sorbo al té.

—Por lo menos las curas del doctor Badmayev funcionan con alguien —suspiró Alix—. Yo las he estado tomando cada noche y nada...

—Date un poco más de tiempo —sugirió Stana.

—¡Lo único que no tengo es tiempo! —espetó Alix, clavando la aguja en el dechado—. ¿No los oyes? ¿Graznando como estorninos? ¿Diciendo que el zar tenía que haberse casado con una buena chica rusa? ¿Que soy yerma? ¿Una enviada de los alemanes para derrocar a los Románov?

—Debes tener fe —repuso Militza—. Y ocurrirá.

—Debe ocurrir. —Suspiró—. De lo contrario estoy perdida.

De repente, se oyó un chillido terrible procedente del pasillo exterior. Las tres mujeres dejaron las tazas de té y se irguieron en sus respectivas sillas.

—¿Son ellos? —preguntó Stana, girando la cabeza.

Los chillidos fueron sustituidos por un gruñido grave y luego un profundo quejido. Se oyeron sonidos de pelea y luego golpes y estrépito desde el otro lado de las puertas dobles. Mitya parecía sumamente reacio a entrar en la sala. Las puertas por fin se abrieron y el griterío se intensificó mientras el monje encapuchado arrastraba al pobre *iurodivye*, o santo loco, tirando de una cadena que llevaba alrededor del cuello. El hombre era medio ciego, tenía unos muñones sin manos en lugar de brazos, el pelo putrefacto, unos harapos hediondos, y los pies desnudos y llagados no hacían más que empeorar su aspecto deplorable. Con un tirón fuerte de la cadena, llegó por fin al centro de la sala y se amilanó ante las tres mujeres. Parecía estar totalmente cohibido y confundido por el brillo de las luces y la opulencia del entorno. Empezó a balancear la cabeza de un lado a otro, gritando y dando saltos.

—¡Chitón! —ordenó Egorov, tirando de la cadena—. ¡Cállate!

Militza tenía cierta idea de qué esperar, por lo que ver a Mitya le supuso un trastorno relativo, pero Stana se quedó consternada. Lo único que fue capaz de hacer para evitar gritar horrorizada fue retroceder rápidamente y colocarse detrás de una silla. Alix, por otro lado, estaba cautivadísima. Se levantó de su asiento y caminó con paso lento hacia el monje y el hombre que tenía a cargo, extendiendo los brazos como si intentara calmar a un potro asustadizo.

—Hola —saludó con tranquilidad—. Soy Alejandra Fiódorovna y te prometo que no voy a hacerte daño.

Mitya tiró de su cadena mientras intentaba alejarse. Alix dio dos pasos más hacia él.

—Yo no me acercaría más —advirtió Egorov, alzando la mano en el aire—.

A Mitya no le gusta que la gente se le acerque demasiado.

—Prometo que no te haré ningún daño —insistió Alix, haciendo caso omiso del monje y avanzando otro paso.

Mitya se paró de golpe y se volvió hacia la emperatriz. Se le acercó lentamente, alzó los dos muñones en el aire y, colocando la nariz cerca de la de ella, le gritó con fuerza en la cara. El sonido fue desgarrador; la visión de su boca abierta, sus seis dientes podridos y fétidos y las salpicaduras de saliva que brotaron de ella hicieron que Stana se tapara la boca con el pañuelo de encaje. Sin embargo, la zarina estaba impertérrita. Se volvió y miró al monje.

—¿Qué está diciendo?

—Solo le entiendo cuando tiene un ataque —explicó el monje—. Cuando tiene un ataque es cuando se vuelve clarividente.

—¿Y con qué frecuencia los tiene?

—Cuando Dios quiere.

Hasta dos semanas después de que Mitya y Egorov se mudaran al palacio de Alejandro en Tsárskoye Seló, Militza no presencié por fin uno de los ataques del santo loco. Cuando ocurrió, ella, Stana y Alix estaban sentadas en el camarín color malva. Militza estaba tocando la *Serenade* de Schubert al piano mientras Stana le contaba a Alix a quién y qué había visto durante el almuerzo el día anterior en el Club Náutico Imperial de Morskaya. Entonces llegó corriendo uno de los criados. Mitya tenía un ataque. Se había desplomado en la nieve, en el exterior y tenían que acudir con presteza; de lo contrario perderían la oportunidad. Las tres damas cogieron los abrigo y sombreros que tenían más a mano y salieron corriendo, calzadas con las zapatillas de seda, a la nieve.

Era primera hora de la tarde y estaba casi oscuro. El aire estaba helado y, con cada inhalación, sentían como si les cortaran los pulmones con un cuchillo. Por suerte, el monje y el loco no se habían alejado demasiado del palacio.

Cuando llegaron las mujeres, Mitya estaba dando vueltas tumbado en el suelo nevado. Al parecer, Egorov había soltado la cadena y, enfundado en la capa con capucha negra, estaba de rodillas, con los ojos cerrados, las manos juntas y rezando con fervor.

—¡Mitya! —exclamó Militza, alzando los brazos en el aire mientras contemplaba a la criatura que se movía descontroladamente y que gruñía y escupía una gran cantidad de espuma por la boca—. ¿La emperatriz tendrá un varón?

Contuvieron el aliento. El loco chillaba y se retorció y pataleaba contra la nieve. Emitía unos aullidos y gemidos agudos, que el monje empezó a interpretar.

—Todavía es pronto —dijo el monje, con ojos brillantes bajo la capucha—. Todavía falta mucho para el nacimiento y Mitya no puede decir si será niño o niña. Pero reza sin cesar y, a su debido tiempo, dará la información exacta.

Alix miró a Militza, confundida e incluso presa del pánico. ¿Había estado en ascuas durante más de dos semanas para eso? ¿Había creído, había depositado toda su confianza en el monje y en el loco que tenía a cargo; había hecho exactamente lo que Stana y Militza le habían dicho que hiciera!

—¡Mitya! ¡Mitya! —bramó Militza—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo falta para que puedas dar la información exacta?

El loco arqueó la espalda, echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido enorme.

—Mitya no sabe —repitió el monje—. Todavía falta mucho para el

nacimiento. Pero reza sin cesar y, a su debido tiempo, dará la información exacta.

—Pero cuando se quede embarazada ¿será un niño? —Militza miró enfurecida al loco y luego al monje para recibir algún atisbo de esperanza, algún tipo de inspiración.

—Mitya no sabe...

—¡Tiene que saberlo! —gritó Stana, avanzando—. ¡Hemos estado esperando! La emperatriz ha estado esperando. Durante dos semanas enteras se ha sentado a esperar. ¡Venga ya, Mitya, dinos algo! —Empezaba a sonar histérica—. ¡Danos una señal! Algo... ¡lo que sea!

De repente, Mitya se sentó en la nieve y miró con expresión vacía a la emperatriz. Con los muñones que tenía por brazos estirados, profirió un último rugido antes de vomitar bilis con virulencia a los pies de ella. Acto seguido, se desplomó de espaldas en la nieve, rodó hacia un lado y se hizo un ovillo como si fuera un niño mientras gimoteaba en voz baja.

—Mitya dice que deberías lavarte —dijo el monje mirando el charco de vómito que había quedado en el suelo.

Alix miró de Militza al monje y ninguno de los dos se movió. Vaciló.

—Lávate y sé libre —repitió el monje sin apartar la mirada del líquido bilioso que tenía delante—. ¡Lávate! —bramó.

Alix se arrodilló y empezó a recoger el vómito amarillo caído en la nieve con sus manos desnudas. Lo engulló, metiéndose con desesperación puñados de la mezcla asquerosa y helada en la boca, mientras unas lágrimas silenciosas de profunda humillación le surcaban las mejillas. Stana se tapó la boca horrorizada. Militza cerró los ojos lentamente y empezó a rezar. El monje se santiguó y el *iurodivye* emitió un último grito patético antes de quedarse dormido.

Mitya y el padre Egorov permanecieron tres meses más en el palacio. Aunque a Alix nunca volvió a pedírsele que se «lavara», ya no soportaba los gritos y los quejidos. Se le crispaban los nervios ante la angustiada expectativa y el correteo constante al lado de él cuando se anunciaban los momentos de clarividencia. Al final, acabó llorando como una histérica siempre que a Mitya le entraba uno de sus ataques. Porque no solo no se quedó embarazada, sino que ni el loco ni el monje cambiaron su predicción acerca del futuro de la zarina, lo cual resultaba más decepcionante. Siempre era demasiado «pronto» y Mitya siempre «rezaba sin cesar» para que cambiara la situación. Al final, fue el zar en persona quien pidió a Egorov y al loco que se marcharan.

Pero Militza y Stana no querían darse por vencidas. No podían. Ahora que gozaban de la confianza de la zarina, ahora que conocían todas sus preocupaciones y deseos, no pensaban desaprovechar esa posición. Formaban parte de su círculo más íntimo, y no había nadie más. A través de ella podían influir en el zar, y su padre estaba encantado porque las antiguas alianzas entre Rusia y Montenegro volvían a ponerse en práctica. Además, como uno de los aliados más próximos de Rusia, podía esperar las ventajas de su condición distinguida: ayuda financiera y más peso diplomático en la escena mundial.

Además, las hermanas habían prometido a la zarina que la ayudarían.

Así pues, solicitaron la ayuda de la tenaz Brana y de los miembros de confianza del salón negro de la condesa Ignátiev, y juntos recorrieron las calles de la ciudad y las iglesias de la periferia en busca de hacedores de milagros, místicos y el último *iurodivye*. Encontraron a una joven, Matryona, de la cercana Peterhof, que llegó descalza, vestida con harapos y cargada con un icono. Estuvo en la corte durante un mes, gritando profecías, como el oráculo de Delfos, que Militza debía traducir. Aunque no era propensa a sufrir

ataques y sí hablaba, el ruido y su ropa pestilente hicieron que, al final, Alix le pidiera que se marchara.

En los *traktirs* hundidos, o comedores comunitarios, cerca de los barrios bajos atestados de desesperación que rodeaban Sennaya Plóshad, Brana encontró a una anciana que juró que si recogían la sangre menstrual de las sábanas de la zarina podía predecirse el sexo de su siguiente hijo. Las sábanas se recogieron y escurrieron debidamente, y el agua menstrual se utilizó para fertilizar una pequeña maceta con tierra. Si crecía una flor azul, la zarina tendría un hijo. Por desgracia, tras un mes de espera, solo asomó un diminuto capullo rosa por la tierra bien cuidada.

Militza también se carteaba de forma regular con su madre, que le envió una colección de cánticos y tinturas antiguos. Era seguidora del zoroastrismo y también envió una pequeña estatua de bronce de Anahita, la diosa de la fertilidad, con la que la zarina recibió instrucciones de bañarse, así como una colección de marionetas que debían colocarse bajo la cama de la zarina. La primera, con una cara de vieja hecha de madera y un pañuelo de algodón bien sujeto alrededor de las mejillas, se parecía a la vieja bruja de la cocina que solía permanecer junto al fuego de Cetinje y que se suponía que debía evitar que los asados se quemaran y que la leche hirviera, pero esta iba acompañada de un pequeño muñeco de trapo relleno de milenrama, la planta del amor. A la zarina se le indicó que acunara el muñeco para dormirlo por la noche y que le cantara una dulce nana. Lo cual hizo diligentemente. Cada noche.

Mientras tanto, las tres mujeres rezaban para que se produjera el milagro, y cuanto más se aferraba Alix a las hermanas, más aumentaba la presión. De repente, como surgida de la nada, la condesa Ignátiev llamó.

18 de mayo de 1900

Tsárskoye Seló

Era un día de principios de mayo y una alfombra violácea de rosas de azafrán se extendía por los bosques que rodeaban Tsárskoye Seló. Militza y Stana habían sido invitadas a un pequeño almuerzo con ocasión del trigésimo segundo cumpleaños del zar.

Cuando llegaron Militza y Pedro, casi todos los invitados se encontraban en el salón de palisandro. Félix y Zinaida Yusúpov, recién llegados de Moscú, conversaban con la baronesa Sophie Buxhoeveden, vieja amiga del zar y nueva dama de compañía de la zarina. El gran duque Serguéi Mijáilovich y su hermano mayor, el tío Bimbo, charlaban cómodamente en una esquina con la condesa Marie Kleinmichel. A su derecha, la gran duquesa Vladimir lucía un nuevo vestido de alta costura en seda amarilla y una gargantilla de perlas y diamantes. Militza y su marido se le acercaron. La gran duquesa, de pie junto a su corpulento esposo, admiraba la vista del parque mientras bebía a sorbos una copa de champán.

—Militza, querida, ¿cómo estás? —saludó la gran duquesa. La repasó de arriba abajo antes de besarla en ambas mejillas sin rozarlas.

—Muy bien, María Pávlovna —respondió Militza, ligeramente sorprendida ante tanta cordialidad—. Eh... llevas un vestido muy bonito —añadió tras recuperar la compostura.

—Lo compré en esa tienda tan pequeña de Moika que regenta Madame Auguste Brissac. Te la recomiendo. —María arqueó las cejas ante el comentario y sonrió—. Siempre me hace un precio especial porque dice que luzco muy bien sus vestidos, pero creo que es algo que dice a todas las damas. ¡Oh! —exclamó al ver a Stana detrás de su hermana—. ¿Jorge no ha vuelto todavía?

—Por desgracia, no —respondió Stana con una sonrisa forzada.

—No me digas que sigue en Biarritz. No se me ocurre qué asuntos pueden retenerlo allá.

El orondo gran duque Vladimir soltó una risita en el vaso de vodka e intercambió una mirada nada inocente con su esposa.

—Según tengo entendido, al príncipe le gusta remojar su sucio cuerpo en el mar —susurró en voz alta.

Stana se sonrojó. Estaba claro que cada vez sería más difícil mantener en secreto los «asuntos» de Jorge en Francia.

—Esta nueva decoración es preciosa, ¿no os parece? —interrumpió Militza, mirando en derredor con exagerada fascinación.

—¿No habías venido desde que Roman Meltzer se hizo cargo de las reformas? —inquirió María con una sonrisa maliciosa mientras barría con la mirada las infinitas acuarelas de palacios de Hesse—. Ha quedado muy acogedor, ¿verdad?

—He estado aquí varias veces desde entonces —replicó Militza sin poder reprimirse.

Un mayordomo anunció que el almuerzo ya estaba listo y Militza y Stana se dirigieron al salón rinconero, donde degustarían el famoso lechón con salsa de rábano de Monsieur Cubat, mientras Pedro acababa de contar un chiste al tío Bimbo.

—Ya han llegado las perlas negras —murmuró Zinaida Yusúpova cuando

las jóvenes pasaron por su lado.

—Querrás decir que ya acechan las amenazas negras —corrigió la gran duquesa Vladimir.

El conde Yusúpov siguió bebiendo en silencio. No hablaba con Militza desde la visita del lunes al salón. De hecho, la evitaba. Su cabello oscuro, sus enormes ojos negros almendrados y la extrema palidez de su piel le daban miedo. Pensó en la insistencia de ella en que cuidara de su hijo. Por absurdas que fueran sus palabras, su voz lo perseguía todavía en sueños.

—Están afilando los cuchillos de nuevo —susurró Stana.

—La envidia es la más débil de todas las emociones —dijo Militza, tomando a su hermana del brazo—. No te preocupes.

—Sí me preocupo.

—Nuestra posición está afianzada.

—¿Cómo puedes decir eso? —Stana arrastró a su hermana hacia la pequeña biblioteca situada frente al salón rinconero—. Nuestra posición no está afianzada. Aparte del hecho de que mi matrimonio es el hazmerreír de la ciudad, todos esperan que fallemos. Y estamos a punto de fallar. Hemos recorrido el campo y la ciudad en vano. La zarina dista mucho de estar encinta y de esperar un varón. Todos están pendientes de su vientre. ¿Dónde está el heredero? ¿Dónde está ese hijo varón? ¿Dónde está el zarévich? Si las cosas siguen así, estaremos en una situación peligrosamente frágil y podrán prescindir de nosotras en un santiamén. —Se detuvo un instante y miró a su hermana con insistencia—. Podríamos usar el premio, el que extrajimos de María Pávlovna. No sería difícil. Tú podrías hacerlo.

—Te asustas con demasiada facilidad, hermanita. Siempre andas exagerando y no piensas con claridad.

—Pienso con muchísima claridad.

—¡Menudas tonterías dices! —Militza parecía ofendida—. No vamos a

acercarnos al premio.

—¿Por qué no?

—¿Porque no estamos desesperadas!

—Sí que lo estamos.

—A partir de hoy, ya no lo estaremos —susurró Militza.

—¿Qué insinúas?

—Ten fe.

—Tengo mucha fe —replicó Stana, molesta—. Rezo todas las noches. En ausencia de mi marido errante, lo único que me queda es la fe y un futuro sin amor.

—Acaba de llegar a la ciudad alguien muy importante.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo estaba esperando —respondió con una sonrisa satisfecha—. Además, será muy del gusto de la zarina.

—Eso espero, porque se nos acaba el tiempo —replicó Stana—. ¡Necesitamos un varón y lo necesitamos ya!

—¿Va todo bien? —preguntó el zar, que contemplaba con curiosidad a las hermanas apostado en el umbral de la puerta. Ambas tenían los brazos en jarras y el ambiente de la biblioteca era más gélido que el de la estepa en pleno invierno.

—Sí —respondieron a la vez demasiado rápido.

—¿Pasamos al salón? —propuso el zar.

—Claro —asintieron.

—¿Militza? ¿Puedo hablar contigo?

—Por supuesto, Majestad Imperial.

—Necesito verte. A solas. —Militza se sonrojó y Stana abandonó la estancia—. Se trata de un asunto urgente. Necesito hablar con mi padre. Acerca de Japón, de Manchuria, y de la política exterior. ¿Puedes esta noche?

—Desde luego, Su Majestad Imperial.

—Llámame Nicky, por favor. Hoy es mi cumpleaños —rogó el zar con una sonrisa. Le tomó la mano.

—Es un día magnífico para un cumpleaños —comentó Militza mientras señalaba con un gesto de la mano el parque iluminado por el pálido sol de primavera.

—Hoy es el día de Job, el sufrido Job —dijo el zar con una risita—. Solo el hombre más desdichado del mundo nacería el día de Job. Siempre he creído que estoy destinado a ser infeliz y que me aguardan terribles infortunios en la vida.

—Está en nuestras manos cambiar nuestro destino. No estamos predestinados a nada.

A pesar de sus palabras, cuando Militza lo miró a los ojos y percibió su semblante preocupado, no pudo evitar pensar que la vida del monarca había estado ciertamente plagada de desgracias, desde las lágrimas de su madre en la boda hasta el ataúd que precedió la llegada de su esposa a la ciudad, sin olvidar la tragedia del día de la coronación, donde casi mil cuatrocientos súbditos perdieron la vida en la avalancha humana del campo de Jodynka. La decisión del zar de continuar con los festejos como si nada le importaran los prados bañados en sangre fue muy equivocada. Quizá fuera cierto que sus infortunios estuvieran predeterminados, escritos en las estrellas antes de su nacimiento.

O quizá todo radicara en el hecho de que el zar era un hombre débil y mal asesorado que no se sentía con el poder suficiente para hacer algo al respecto.

—Ojalá pudiera creerte —respondió.

Cuando hicieron su entrada en el salón, casi todos los invitados ya estaban

sentados. Los Yusúpov ocupaban un extremo de la mesa y los Vladimir, el otro. En el centro se encontraban los dos sillones de altos respaldos dorados pertenecientes al zar y la zarina, y a ambos lados quedaban tres sitios libres. Cuando Militza llegó del brazo del zar, los asistentes guardaron silencio y siguieron atentos los movimientos del monarca mientras acompañaba a Militza a sentarse a su lado. En cuanto tomó asiento, María Pávlovna no pudo resistirse a dar unos puntapiés a su marido bajo la mesa.

El almuerzo no se alargó. El zar no acostumbraba a beber más de dos copas de vino en las comidas y no hizo ninguna excepción por su cumpleaños. La zarina, por su parte, era prácticamente abstemia. La conversación se centró sobre todo en los regalos que recibió el monarca: una jaula con pájaros cantores de los Yusúpov y una exquisita cajita de Fabergé de Alix. También se habló largo y tendido sobre el Baile de los Campesinos que habían organizado los Vladimir, que habían decorado el salón de baile como una casa rural, con vacas que deambulaban libremente entre los invitados y con sirvientes que llevaban las bandejas de bebidas ataviados con túnicas y pantalones anchos. Todos convinieron que el baile se encontraba entre las cinco mejores fiestas de todas las organizadas por los Vladimir, que eran numerosas. La zarina expresó su pesar por no haber podido acudir a tan maravillosa y loada ocasión.

El almuerzo arrancó con unos entrantes de caviar, estofado de ganso y arenques en vinagre, continuó con el famoso lechón al rábano y finalizó con fruta y queso. Los camareros, calzados con zapatos de suela blanda, sirvieron cada plato de manera eficiente y discreta. En cuanto se retiró la comida, el zar encendió un cigarrillo y con ello dio permiso al resto de los comensales a hacer lo propio.

El café y la tarta de cumpleaños, que se regó con oporto y cúmél de Allasch, se sirvieron de pie en el salón de arce. A pesar de no haberse

redecorado todavía, la estancia estaba repleta de ornamentos y fotografías con marcos de Fabergé.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis por aquí? ¿Está contento Félix con su nuevo cargo en Moscú? Aprovechando que habéis vuelto, puedo pasar a visitaros algún día de estos —sugirió Pedro a Zinaida Yusúpova, que bebía una taza de café fuerte.

Una sonrisa se dibujó en sus delicados rasgos.

—Claro, me encantaría —mintió—. Espero que te acompañe tu encantadora esposa.

—Últimamente está muy ocupada y apenas la veo. ¡Se pasa la vida aquí! —bromeó Pedro.

—Ya me lo imagino. —Rio Zinaida—. Son un grupito muy unido.

—Disculpadme —se excusó Militza al pasar por su lado para hablar con la emperatriz, que conversaba al otro lado de la sala con Sophie Buxhoeveden. Con ademán seguro, se colocó junto a la monarca—. Tengo buenas noticias —dijo con voz queda, audible solo para la zarina, cuyo rostro se iluminó al instante.

—Espérame en el camarín violeta en cinco minutos —susurró Alix antes de dirigirse de nuevo a la baronesa—. ¿Verdad que están bonitas las flores en esta época del año? —comentó, señalando el jardín.

Militza tuvo que aguardar más de quince minutos a que Alix lograra escabullirse de la fiesta. La esperó recostada en el diván situado en un rincón de la estancia. Todo el mobiliario procedía de la tienda londinense Maple & Co. y eran de un tono violeta pálido, el color preferido de la emperatriz. Desde los muebles y los cuencos chinos hasta el papel parisino de la pared a

rayas, todo era de la misma tonalidad. La única excepción era el piano vertical Becker, lacado en crema.

—Perdona —se disculpó Alix nada más entrar—. Félix Yusúpov me tenía acorralada con un relato tedioso sobre un desfile militar que presencié en Moscú. Y no ha dejado de atusarse el enorme bigote ni un segundo mientras hablaba.

—¡He encontrado a una persona! —interrumpió Militza, incorporándose de un salto del diván—. Se trata de un hombre muy poderoso, inteligente y brillante. Vive entre dos mundos y tiene mucho poder, poder verdadero...

—¿Cree en Dios?

—¡Es un enviado de Dios! Es la respuesta a nuestras plegarias, a todas nuestras plegarias... ¡A las plegarias de toda Rusia!

—¿Cuándo? —preguntó Alix.

—Ahora. Está aquí.

—¿En Petersburgo? —Militza asintió con la cabeza y Alix le besó ambas mejillas con entusiasmo—. ¡Gracias! —exclamó. Le besó las manos y la frente—. ¡Gracias, gracias! Sabía que encontrarías al hombre adecuado. Sabía que no me fallarías. —La zarina atrajo a Militza hacia sí y la abrazó con fuerza.

—No te preocupes, querida —respondió Militza, acariciando con su suave mejilla la de Alix—. La ayuda está en camino.

16 de junio de 1900
Znamenka, Peterhof

Militza recordaría que pasó toda la mañana instruyendo a Philippe, aunque el deseo de la zarina de tener un hijo varón ya no era ningún secreto. Hasta la prensa extranjera, incluido el *New York Times*, se había hecho eco del rumor. También era el principal tema de conversación en los salones de San Petersburgo, donde además se chismorreaba sobre los constantes dolores de espalda de la monarca, su estilo de vida recluso y su incapacidad para disimular su aburrimiento o desapego en los actos de la corte, de los que normalmente se retiraba temprano.

Por eso Militza y Stana, sentadas lado a lado en el sofá de capitoné del salón rojo, no tuvieron ningún reparo en explicar a Philippe los secretos más íntimos de la vida de Alejandra.

Militza deseaba de todo corazón que fueran ciertos los elogios tan extraordinarios que había oído de ese hombre.

Tenía la sensación de que había sido enviado por el mismísimo Espíritu Santo. Recordó aquella noche en la que, en medio de los mantras y el incienso, se le apareció su rostro al mirar entre dos espejos. Vislumbró su sonrisa feliz y sus manos sanadoras y le aseguró que todo iría bien. Era justo lo que había estado esperando. Originario de Lyon, Philippe era un místico célebre en los salones de moda de París. ¿Acaso existía mejor recomendación que esa?

Y por fin estaba ahí. Tal y como había imaginado, era un hombre bien vestido con las manos limpias y las uñas cuidadas. No gritaba, ni vomitaba ni rezumaba a los barrios bajos de San Petersburgo. Si bien era más bajo y rechoncho de lo que esperaba, no desentonaría en la corte. Como cabía esperar, su francés era excelente y sus modales encajarían con los gustos refinados de la zarina. En otras palabras, Philippe no era ruso, y eso la tranquilizaba.

Militza no solo se sentía aliviada cuando se retiraron al salón tras tomar un almuerzo ligero, sino rebosante de optimismo. ¿Y su hermana? Stana había caído rendida a sus pies. Sus ojos negros brillaban y no podía dejar de sonreír.

En cuanto el lacayo anunció su llegada, la zarina irrumpió en el salón a toda prisa envuelta por el sonido de la voluminosa falda de gasa blanca.

—¡Ya está aquí! —saludó a Maître Philippe, que, sorprendido ante su pronta presencia, no supo si incorporarse de un salto o hacer una reverencia, o ambas cosas.

—Majestad Imperial —respondió, poniéndose en pie e inclinándose en una profunda reverencia.

—Majestad Imperial, este es Monsieur Philippe Nizier-Vachot —dijo Militza—. Un hombre realmente santo.

—*Impératrice* ... —repitió con su acento del sur de Francia antes de hacer otra reverencia.

—¿Qué tal el viaje? ¿Cuánto tiempo lleva aquí? Y dígame... ¿Cómo está París? —preguntó Alix con expresión melancólica—. ¿Y Cannes? Se conocieron en Cannes, ¿no?

—No exactamente, pero durante mi estancia allí el conde Muravyov-Amursky no dejó de hablarme de Maître Philippe —respondió Militza—. Durante un almuerzo en La Croisette me explicó tantas historias sobre sus

numerosos dones y su habilidad para curar afecciones de toda índole, que consideré imprescindible su presencia en San Petersburgo. Lo ha invitado la condesa Ignátiev.

Alix tomó asiento en el diván. Con la falda extendida a su alrededor, la espalda recta y los ojos claros chispeantes al sol de la tarde, hacía meses que Militza no la veía tan entusiasmada. Era obvio que ella también notaba el poder de Philippe. No cabía la menor duda de que ese hombre era la respuesta a sus plegarias y a las del país.

—Estimada señora —dijo Philippe, atusándose el largo y abundante bigote—. Contadme vuestros problemas, pues estoy aquí para ayudaros.

La tetera se había enfriado hacía rato cuando la zarina terminó de hablar. Llegados a ese punto, Philippe conocía mejor sus pensamientos y temores que el propio zar. Cuando Alix se marchó, Militza no daba crédito a lo maravillosamente bien que había ido la primera reunión. ¿Quizá su hermana y ella habían sido una pizca indiscretas al explicar a Philippe tantos secretos de la zarina? ¿Le habían revelado demasiada información? Fuera como fuere, había ido todo mucho mejor de lo previsto. ¿Qué más daba que hubieran explicado demasiadas confidencias? A partir de ese momento, todo iría bien.

El verano fue glorioso. Todos se trasladaron a Crimea a disfrutar de las largas noches estivales. Nicky y Alix se instalaron en Livadia, el palacio de verano, con sus tres pequeñas grandes duquesas y con la señora Orchard, la matrona jefe, y Margaretta Eagar, la niñera irlandesa. Por su parte, Militza y Pedro estrenaron su nueva residencia, Dulber, que se hallaba cercana a palacio. Los acompañaban Marina, Román y Nadezhda, así como Stana y

Jorge con sus hijos, Serguéi y Elena. La mansión se inspiraba en los viajes de Pedro a Siria y reflejaba su pasión por la arquitectura egipcia del siglo XV. *Dulber* significaba «espléndido» en persa y se habían requerido dos años para finalizar el gigantesco y fabuloso proyecto. Con sus cúpulas plateadas, más de un centenar de habitaciones, deliciosa bodega y bellos jardines exóticos repletos de palmeras y fuentes, la casa parecía sacada de uno de los lugares de ensueño descritos en los cuentos de Sherezade. Evidentemente, Philippe también los acompañó.

Las familias —inseparables— disfrutaron de jornadas tranquilas y felices alejadas de las miradas entrometidas de la corte. Pasaban las horas jugando a cartas o disputando reñidos partidos de tenis en los que Nicky destacaba sobre el resto. Por las tardes, los caballeros nadaban en las aguas azuladas de la costa mientras las damas salían en carruaje o paseaban por los fragantes jardines de rosales. Los almuerzos en Livadia eran largos y contaban con la presencia del personal de palacio, al que se añadían los importantes dignatarios que habían realizado el viaje de cinco días desde San Petersburgo para llevar al zar documentos que requerían su firma. A las cuatro en punto de la tarde tomaban el té, también en Livadia, al más puro estilo inglés. Después, pasaban las veladas en una u otra residencia comentando los acontecimientos del día o los cotilleos de las casas vecinas hasta que, al caer la noche, tras la cena, se congregaban en el salón alrededor de la mesa de cartas y Philippe o Militza dirigían sesiones de espiritismo que se alargaban hasta bien entrada la noche, mientras el humo del beleño negro y el hachís se filtraba por las ventanas hasta los porches inferiores.

Por regla general, Nicky deseaba conversar con su padre y debatir con él complejos asuntos de Estado. Casi siempre planteaba la misma pregunta: «¿Qué habría hecho mi padre?» A su esposa la aburrían estas cuestiones, pero Pedro y Jorge sentían curiosidad, aunque no podían evitar cuestionar la

veracidad del discurso. Pedro hacía tremendos esfuerzos para morderse la lengua.

Hubo una noche memorable en que se reunieron en el antiguo dormitorio del emperador en el palacio Maly, donde permanecía intacto el sillón donde murió Alejandro III, todavía vuelto hacia la ventana con vistas al mar Negro. Sentado en el viejo sillón de su padre, el zar rompió a llorar de forma tan incontrolada que todos, salvo Alix, se retiraron por vergüenza ajena.

No obstante, la mayoría de las veces Alix trataba de controlar la sesión y desviaba la conversación de la aburrida política extranjera, de los disturbios en Manchuria y de las intrigas del gobierno a los asuntos familiares. Para ello convocaba a su querida madre ausente o a su hermana pequeña, May. Normalmente, estas sesiones transcurrían sin incidente alguno, salvo por la ocasional rotura de copas que temblaban y caían al suelo de parqué en los momentos más intensos, y una vez en que una lámpara veneciana resultó dañada a causa de los movimientos violentos de una mesa.

Sin embargo, a finales de agosto, el grupo recibió en Livadia una visita muy incómoda.

Era una noche especialmente oscura. El verano tocaba a su fin y la luna había desaparecido tras una nube espesa. Todos habían bebido cúmel y algunos habían fumado pequeñas cantidades de hachís con unas pequeñas pipas de cerámica. Estaban relajados y algo alegres. Militza notaba los efluvios de las hierbas aromáticas y la intensidad de las gotas de belladona en su pulso acelerado y visión nublada. A pesar de la fresca brisa otoñal, tenía las manos sudorosas mientras sujetaba al zar. Llevaba un tiempo dejando que su espíritu canalizara las almas y los visitantes que deseaban comunicarse con tan ilustre grupo.

—¡Esperad! —dijo Militza con los ojos entornados. Con los codos apoyados sobre la mesa, agarraba las manos de Nicky y Philippe. El vestido

de seda verde pálido brillaba a la luz de las velas—. Hay alguien más aquí... —Abrió los ojos y miró en derredor—. ¡Allí! —dijo tras descubrir algo en la esquina. El resto siguió su mirada.

—¿Dónde? —inquirió Pedro, que trataba de ver en la oscuridad.

—Detrás de Stana —susurró Jorge, petrificado, con la boca entreabierta; las pupilas dilatadas por el alcohol y el hachís le brillaban en la penumbra. Estaba viendo algo muy distinto de la parafernalia a la que estaba acostumbrado.

Alix soltó un grito de sorpresa al vislumbrar a una niña vestida con un camisón blanco que surgía de las sombras. Debía de tener unos seis años. Descalza, llevaba el pelo suelto sobre los hombros y se tapaba los ojos con las manos.

—¿May? —preguntó Alix, confundida. La niña era lo bastante pequeña como para ser su hermana, pero hasta ese momento May jamás se había manifestado en sus conversaciones. Además, la niña era delgada y morena, mientras que May era rubia y tenía unos deliciosos mofletes regordetes.

—Feliz... cumpleaños... —empezó a cantar Philippe con voz queda. Parecía que la niña se tapara los ojos a la espera de recibir una sorpresa de cumpleaños. ¿Un pastel con velas?—. Feliz... cumpleaños... —prosiguió Philippe cantando y dirigiendo la música con los dedos.

—... querida... —añadió el zar de forma tentativa.

Todos tenían la mirada puesta en la niña cuando de repente levantó los brazos. Alix chilló, Stana emitió un grito ahogado y Militza se cubrió la boca, horrorizada. La pequeña niña de tez blanca permanecía inmóvil, con cara inexpresiva y la boca impasible, pero en lugar de ojos tenía dos profundos agujeros negros. Era como si le hubieran arrancado los ojos. Todos la contemplaron aterrorizados, sin atreverse a respirar. Entonces habló. No con la

voz cantarina de una niña, sino con un gruñido diabólico que parecía provenir de las más hondas profundidades del infierno.

—¡Aquel que da la espalda a Dios se enfrenta al demonio! —bramó, mirando a todos y cada uno de los presentes con las cuencas vacías de los ojos.

Acto seguido, dio media vuelta y regresó a las sombras. Alix comenzó a llorar asustada y Stana miró a su hermana, que a su vez se volvió hacia Philippe en busca de una explicación.

—Bueno... —comenzó a decir mientras se frotaba las manos suaves y parpadeaba tras las gafas redondas de montura metálica—. El consejo de un ángel caído, un... ángel muy caído... no... no debería tomarse muy en serio. Como ninguno de nosotros, nadie, ha dado la espalda al Señor... Ninguno de nosotros —repitió—, creo que deberíamos ignorar lo ocurrido —dijo tras hacer una pausa y aclararse la garganta.

Alix asintió con la cabeza.

—Sí, ignorémoslo —susurró.

—Los caminos del Señor son inescrutables —continuó Philippe, cada vez más seguro de su veredicto.

—Por supuesto —confirmó Pedro.

—Todos tenemos fe —añadió Stana.

—Sí —corroboró Nicolás—. Todos nosotros.

La única persona que guardó silencio fue Militza, que, al levantar la copa de clarete, tuvo dificultades para controlar el temblor de la mano. Se volvió hacia Pedro, que la miraba fijamente con expresión inquisidora. Militza le devolvió la mirada y, de forma lenta y casi imperceptible, negó con la cabeza.

Nadie volvió a mencionar el incidente, pero Philippe decidió regalar al zar

una campanilla dorada que, por arte de magia, sonaría en el supuesto de que se le acercara una persona malvada. El sonido solo era audible para Maître Philippe, pero el zar insistía en llevarla siempre consigo. En vista de la situación política y del malestar creciente en las zonas rurales, era mejor prevenir que curar.

Militza también recordaba de esa época el sombrero mágico de Maître Philippe. Cuando lo llevaba, tanto él como sus acompañantes se volvían invisibles. Personalmente, no había constatado su eficacia, puesto que la única vez que se lo vio puesto distinguió con claridad a su hermana en el interior de un carruaje con Monsieur, y su sombrero.

—Esta tarde te vi pasear en carruaje con Maître Philippe —comentó Militza por la noche a su hermana mientras tomaban un té en el porche.

Stana la miró sorprendida.

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Maître Philippe llevaba el sombrero mágico; así que no éramos visibles.

—Militza arqueó las cejas—. Me lo dijo él mismo.

—Qué extraño —dijo Militza.

—Imposible —confirmó Stana.

—Debí de equivocarme.

Sin embargo, la preocupación creciente de Militza por Philippe y sus prácticas carecía de toda importancia, puesto que una tarde de octubre, mientras jugaba a la béciga con la zarina en el gabinete violeta de Tsárskoye Seló al tiempo que escuchaban a la pequeña Olga aprendiendo a tocar el piano, Alix le reveló que, por fin, volvía a estar encinta.

A lo largo de los meses siguientes, el nerviosismo en la corte fue incrementando hasta que la zarina desapareció de la vista de todos, prescindió del corsé, vistió sus habituales vestidos anchos y oscuros de terciopelo y

declinó todas las invitaciones a cenas, incluso rechazó la invitación al mercadillo prenavideño que organizaba la gran duquesa Vladimir. El zar, por su parte, estaba eufórico. La noticia se difundió veloz por todo el imperio y llegaron felicitaciones de algunos de los estados más lejanos. La madre de Militza envió un breve telegrama en el que celebraba la feliz noticia. Las hermanas estaban muy satisfechas, pues la confianza depositada en Philippe había surtido efecto. Sin embargo, nadie había más feliz que la condesa Ignátiev, cuyo salón negro se había tornado tan glamuroso y popular que todos los que visitaban al doctor Badmayev en su botica reclamaban una invitación. Dado que el zar y su esposa se habían abierto a las artes negras con resultados aparentemente mágicos, ¿qué mejor que seguir su ejemplo para congraciarse con la cada vez más solitaria pareja imperial?

En el Baile de la Palma del año siguiente, la buena noticia ya era visible para el círculo más íntimo de la zarina, y la posición de Militza y Stana en la corte era incuestionable. Cuando hicieron su entrada en el baile, que congregaba a medio millar de las personas más poderosas y mejor conectadas del imperio, la multitud se abrió para dejar paso a las hermanas, que, agarradas del brazo de sus respectivos maridos, aparecieron deslumbrantes con sus vestidos de alta costura.

La gran duquesa Vladimir fue una de las primeras en acercarse. Vestida con un traje de encaje y plumas de avestruz, derrochó encanto y simpatía mientras tomaba un cigarrillo Sobraine de una caja de cristal, retiraba la vitola decorada con un águila bicéfala y esperaba que un lacayo se lo encendiera.

—Qué velada tan maravillosa, ¿verdad? —Sonrió y exhaló unas volutas de humo azul grisáceo al tiempo que trataba en vano de aliviar con el abanico el calor sofocante del salón de baile—. ¿No os acompaña hoy vuestro amigo de Lyon?

—Me temo que no; tiene cosas más importantes que hacer que asistir a

fiestas —respondió Stana mientras supervisaba el salón de malaquita con la barbilla ligeramente levantada.

—¡Qué tonterías digo! Un hombre de su talento debe estar ocupado sanando a los enfermos... —Carraspeó—. Por cierto, ¿tenéis previsto estar en Moscú durante la Semana Santa?

—No estoy segura —replicó Militza a la vez que respondía con una inclinación de cabeza al saludo de la baronesa Buxhoeveden.

—Dependerá de la emperatriz —añadió Stana mientras imitaba a su hermana.

—Claro —dijo María Pávlovna.

—Al estar tan avanzado el embarazo, quizá no desee viajar —continuó Stana.

—Es normal. Ya sé lo pesados que le resultan los embarazos —comentó María Pávlovna.

—¿Lo sabes? —inquirió Militza, clavándole la mirada.

—Bueno, hay quien sabe más que otros, pero de todos es conocido su malestar —vaciló la gran duquesa—. Es algo que se sabe en general, pero seguro que comparte sus secretos con su círculo más íntimo.

La gran duquesa comenzó a sonrojarse, para gran placer de Militza.

—Así es —confirmó con una leve sonrisa de satisfacción—. Muchos secretos.

—¿Me permites? —interrumpió Nicolás Nikoláyevich, que saludó a Stana con una inclinación de cabeza y un choque de talones y le tendió la mano—. Sé que bailas muy bien la polonesa.

Stana buscó a Jorge, pero parecía absorto en la conversación con una joven con la que bebía champán. «¿Por qué no?», se dijo. Agarró con ímpetu la mano de Nicolás Nikoláyevich, un gesto con el que atrajo la atención de todos los asistentes. ¿Cómo era posible que una mujer casada como ella bailara de ese

modo tan íntimo con su cuñado? Mientras danzaban por el salón cogiéndose de las manos y doblando las rodillas, las chicas más jóvenes que acudían a su primer baile vestidas de blanco cedieron la pista a la fascinante pareja que destilaba glamur sin poder apartar la mirada de sus movimientos. La única persona que volvió la vista con un gesto de clara irritación fue María Fiódorovna. Hacía tiempo que la emperatriz viuda había desistido de mostrar ni la más mínima cordialidad hacia las hermanas. Desde que tuvo conocimiento de las sesiones de espiritismo en Znamenka, había cesado de aceptar sus tarjetas de visita e invitaciones para tomar el té en la plaza de la Anunciación.

—Felicidades —susurró con aliento a tabaco el conde Yusúpov al oído de Militza. El odio en su voz era recalcitrante, pero ella siguió bebiendo champán sin inmutarse ni volverse hacia él—. Según he oído, tienes acceso a la alcoba. Te ocupas del orinal de la mañana, ¿no es así? Opino que es muy apropiado.

—Opina lo que quieras —replicó Militza con sequedad sin apartar la mirada de la pista.

—Y tu amigo... o, mejor dicho, «Nuestro Amigo», ese es su apodo, ¿no? Pasa toda la noche en la alcoba, ¿verdad? Me imagino que ese sombrero invisible tan especial que tiene le resultará muy útil en los momentos más críticos. —Rio.

—Fuera como fuere, lo cierto es que la zarina está embarazada —espetó, por fin volviéndose para mirarlo a la cara.

—No es el embarazo el problema, sino la falta de heredero.

—Esta vez sé que será un varón.

—¿Lo sabes? —Sonrió—. ¿O rezas para que lo sea? O, para ser más precisos, ¿cantas y bailas con el diablo, quemas incienso, cruzas los deditos y esperas tener suerte? Porque si no es un varón, si tú y tu amigo fracasáis, ¿qué pasará? ¿Qué pasará con tu pequeño círculo negro de gurús místicos y

milagrosos? ¿Qué pasará si es otra niña? ¿Un zar con cuatro hijas? ¿Existe acaso mayor inutilidad? Se lo puedes preguntar a tu padre; seguro que él lo sabe muy bien.

—Es de necios subestimar el poder de las mujeres —contestó Militza. Tomó otro sorbo de champán y se volvió de nuevo hacia la pista.

No estaba dispuesta a que ese hombre tan rancio y pomposo le arruinara su noche triunfal.

—Quizá. Pero también es de necios depositar toda la confianza en un peluquero de Lyon.

—Es médico.

—Lo han arrestado cinco veces en Francia por ejercer sin licencia.

—Cura la sífilis.

—¿Con qué?

—Fluidos psíquicos y fuerzas astrales.

El conde Yusúpov rio.

—Quizás esas triquiñuelas funcionen en los salones de tus amigas histéricas, pero en el mundo real la sífilis mata, y mata muy lentamente. Tu amigo no es médico; ni por asomo.

—No he visto que tus amigos médicos marquen la diferencia. De hecho, no los veo hacer nada en absoluto.

¿Qué tenía ese hombre que siempre lograba hacer mella en ella? ¿Por qué pensaban los Yusúpov que eran más influyentes que nadie y superiores a todos? Al fin y al cabo, era ella quien tenía acceso al zar, un acceso total y absoluto. Nadie podía llegar a él sin su aprobación. Stana y ella constituían la vía de acceso al monarca. Se habían asegurado de ello, y su padre no podía estar más contento: tenía dinero para sus soldados descalzos en Montenegro y para sus carreteras, y Militza había financiado de su propio bolsillo un nuevo

sistema de aguas en la capital, Cetinje. El nombre de los Yusúpov no aparecería cuando se escribiera ese capítulo de la historia.

Militza se alejó de él y se ocultó detrás de una columna de pórfido para sacar del bolso de seda un pequeño frasco verde que contenía un aguardiente mezclado con cocaína que le había recetado el doctor Badmayev para combatir la letargia y los nervios. Tomó un sorbo rápido y se sintió rejuvenecida de inmediato. No tardarían en servir el consomé —pensó— y los Yusúpov pronto serían vencidos. Todo saldría bien. Lo único que necesitaba era un varón.

19 de junio de 1901

San Petersburgo

Militza jamás olvidaría la mañana en que se despertó con el sonido de las ciento una salvas. Durante las dos últimas semanas de reclusión de Alix, ella y Stana apenas se habían apartado de su lado. Habían pasado esos días cada vez más cálidos y húmedos del verano en un estado de alerta tranquila, bebiendo té y cosiendo mientras esperaban que la zarina rompiera aguas. Las promesas de Maître Philippe disiparon el nerviosismo que solía rodear los últimos días de los embarazos de la zarina. Esta vez daría luz a un varón y así se resolverían sus problemas y los de Rusia.

Por ello, cuando Militza se percató del silencio que siguió a los ciento un cañonazos sobre el río Neva, la cabeza le comenzó a dar vueltas y el corazón se le aceleró tanto que a duras penas logró hacerse con el bacín para vomitar. A pesar del espléndido sol que lucía en el exterior, le comenzaron a castañear los dientes. No entendía qué podía haber ocurrido. Philippe había estado tan seguro. Había confiado en él plenamente, al igual que el zar y Alix. ¿Qué pasaría ahora con ella y Stana? ¿Qué sucedería con su amistad con la zarina? ¿Y con toda su influencia y su poder?

Tenía que pensar. Tenía que ocurrírsele algo rápido antes de que todo lo que había logrado, todo su trabajo, se desvanecieran sin más, como la arena entre las manos. Se puso el salto de cama y empezó a caminar de un lado a otro de

la habitación. De pronto, se vio a sí misma reflejada en el espejo de tres paneles de la mesa del tocador. La tez pálida y la larga melena negra que caía despeinada sobre la camisola de encaje blanco le daban un aspecto fantasmagórico. Las lágrimas brotaron de sus ojos negros. ¿Qué podía hacer? No existía hechizo alguno que permitiera cambiar el sexo de un bebé recién nacido. Ningún embrujo que pudiera modificar el pasado. ¿Dónde estaba su magia ahora? ¿Qué podía haber fallado?

Llamaron a la puerta y Brana entró con una taza de té humeante.

—¡Oh, Brana! —se lamentó y corrió a abrazarse a la vieja ama. Notó sus hombros decrepitos e inhaló el olor ácido del ajo y el sudor rancio—. ¡No me lo puedo creer! ¿Dónde está Pedro?

—Se fue esta mañana temprano al club.

—¡La zarina ha tenido otra hija!

—¿Anoche?

—¡Cuatro niñas! ¿Qué vamos a hacer?

Poco consejo podía ofrecerle la vieja ama, pero acarició la cabeza de Militza como había hecho miles de veces en el pasado susurrándole al oído palabras tranquilizadoras. Poco a poco, Militza se sentó de nuevo en la cama. Mientras las lágrimas de frustración y humillación resbalaban por sus mejillas, Brana le sirvió una manzanilla con láudano y una cucharilla de mermelada de fresa silvestre.

—Tómate esto. Te ayudará.

—Dudo de que esta vez tus brebajes especiales sirvan de mucho —dijo Militza mientras la anciana tapaba de nuevo el frasco de cristal azul que tan bien conocía—. No sé cómo vamos a superar esto.

—Lo superarás. Siempre tienes un plan —aseguró el ama.

El láudano no tardó en hacerle efecto y una dulce somnolencia se apoderó de ella. Militza se recostó en la cama y se aflojó el salto de cama. Relajada y semidesnuda sobre el lecho, notó una suave brisa estival que le acariciaba la piel. Lentamente, fue adentrándose en su subconsciente hasta que distinguió las voces, los susurros, los desaires, las caras, las lágrimas, los gritos, la añoranza, la desesperación, la mirada burlona del conde Yusúpov, el desprecio de la gran duquesa Vladimir, las palabras «cabrera» y «rey de las cabras». Todo ello envuelto en unos terribles gritos de dolor de parto. De pronto, Militza notó unas sacudidas que la despertaron. Stana la sujetaba por los hombros. Su hermana estaba totalmente vestida y el sol entraba a raudales por la ventana abierta.

—¡Despierta! ¡Despierta!

—¿Qué hora es? —murmuró Militza, cubriéndose con el salto de cama blanco.

—¡Son más de las dos de la tarde! —gritó Stana, histérica—. Hoy es el peor día de nuestras vidas y tú decides tomarte uno de los brebajes de Brana. ¿Cómo se te ocurre? ¡Tenemos que pensar! ¡Debemos actuar! ¡Necesitamos un plan!

—Lo siento, lo siento... —Militza se incorporó lo más rápido posible. Era obvio que el té de Brana era más fuerte de lo que pensaba—. Necesito un momento. Enseguida estaré bien.

—¿Bien? No sé si jamás volveremos a estar bien. Es de lo único que habla la gente en el Muelle Inglés. En el parque oía los susurros de la gente. Casi puedo oír las risitas de los Vladimir desde aquí. Estamos perdidas. Nuestro país está perdido. Papá jamás nos perdonará. Montenegro dependía de nosotras para obtener armas y comida. El zar había prometido a nuestro padre cuarenta mil rifles. ¿Crees que ahora se los dará?

—El zar le dará los rifles, tienes mi palabra —prometió Militza con

tranquilidad mientras se abrochaba el salto de cama.

—¿Tu palabra? ¿Qué valor tiene tu palabra ahora que Alix ha tenido otra hija? Deberíamos haber hecho la prueba del huevo. Al menos así lo habríamos sabido.

—¿Qué tonterías dices! Eso son trucos de viejas. No puedes hacer algo así con una zarina.

—¿Has hablado con Philippe? Él sabrá qué hacer —dijo Stana mientras caminaba de un lado a otro de la habitación—. Philippe siempre sabe qué hacer.

Al cabo de media hora, Philippe entró en el salón rojo del palacio Nikolai con expresión sorprendentemente tranquila. Las dos hermanas estaban sentadas en el diván de capitoné. Con la espalda erguida y las manos sobre el regazo, aguardaban sus explicaciones. Sin embargo, en lugar de excusarse o retorcerse nervioso las manos, el diminuto gurú de Lyon se acercó a la chimenea, apoyó la mano sobre la repisa de mármol y movió la cabeza con lentitud.

—No tenía fe.

—¿Sí tenía fe! —corrigió Stana—. Todos la teníamos.

—No tenía fe... suficiente —replicó Philippe, encogiéndose de hombros—. ¿Quizá tenía dudas? Quizá no me escuchó bien. ¿Quizá no se lo creyó de corazón? Maître Philippe no falla nunca. Maître Philippe siempre acierta.

Ambas hermanas lo contemplaron en silencio. ¿No tenía nada más que decir? ¿Nada que ofrecerles? Stana había esperado que al menos les brindara alguna idea. Alguna esperanza a la que agarrarse ante las nubes de celos y animadversión que se cernían en el horizonte.

—¿Sí! —Militza se incorporó de repente y empezó a recorrer la estancia de un lado a otro ante la mirada atónita de su hermana—. Maître Philippe no falla

nunca —repitió—. Siempre acierta. Nunca falla. Nosotras no fallamos nunca —dijo como si tratara de convencerse a sí misma—. Simplemente, la zarina no ha tenido fe suficiente. Es muy fácil. Tiene que ser así de fácil. Debe intentarlo con todas sus fuerzas, debe someterse por completo a la voluntad de Philippe; a la voluntad de Dios.

—Me alegra que lo entiendas. —Sonrió Philippe, acariciándose el poblado bigote—. No he hecho nada mal. Soy un hombre de palabra. Curo a todos mis pacientes de enfermedades terribles. Y los que no se curan es porque no tienen suficiente fe. ¿Recordáis cómo el otro día apacigué la tormenta mientras navegábamos en el *Standart* ?

—Sí —corroboró Stana—. Fue una suerte que estuvieras allí. Quién sabe lo que hubiera podido pasar.

—Sí —afirmó Militza. Recordó los nubarrones y la lluvia intensa, así como el modo en que Philippe alzó las manos al cielo y rugió sus hechizos al viento. La tormenta tardó un tiempo en amainar, pero amainó y todos los que se habían resguardado asustados bajo cubierta se lo agradecieron—. Es cierto, calmaste la tormenta. No hay duda alguna.

—A Dios pongo por testigo que así fue —añadió Stana.

—Como iba diciendo, soy un hombre de palabra. —Sonrió con seguridad Maître Philippe tras hacer prevalecer su argumento.

Cuatro días después, Militza y Stana salieron de Znamenka bajo el sol de medianoche pertrechadas con dos pequeños cestos de mimbre y dos cuchillos afilados. Era la noche del solsticio de verano, la mejor noche del año para recolectar hierbas. Su afición de la infancia había adquirido una importancia creciente con el paso de los años, pero esa noche era realmente muy especial, puesto que habían sido invitadas a conocer a la recién nacida, Anastasia, al

día siguiente en Tsárskoye Seló. Se trataba de un gran honor, sobre todo si se tenía en cuenta que la niña apenas contaba con unos días de edad. La invitación hacía pensar a Militza que no todo estaba perdido. Parecía que los zares estaban dispuestos a darles una segunda oportunidad. No obstante, presentarse ante ellos sin un plan convincente era insensato, incluso temerario. Sería como dejarse caer por un barranco escarpado y permitir que otros ocuparan su lugar en lo alto de la montaña.

—Como te decía, debemos reiterar la sugerencia de Philippe —dijo Militza mientras se levantaba los bajos de la falda, humedecidos por el rocío, para caminar por el bosque.

No le asustaba caminar sola por el bosque con su hermana. De hecho, le gustaba la sensación de soledad y el rumor del viento que agitaba las hojas plateadas de los abedules. Era como si los árboles le hablaran y le susurraran sus secretos; como si le indicaran dónde encontrar los tesoros que buscaba. A Militza le encantaba la luz a esa hora de la noche tan al norte. El pálido sol jamás se apagaba y el cielo lucía un azul limpio y claro, como si renaciera cada día.

—Lo que pasa es que Alix no tenía suficiente fe —prosiguió sin dejar de recolectar hierbas por el camino—. Ella pensaba que tenía fe, pero no.

—Maître Philippe no falla nunca —añadió Stana, convencida—. Simplemente debemos conseguir que reconozca su error. Es culpa suya. Tendría que haber confiado más en Philippe. Y en nosotras también.

—No solo debemos convencerla a ella. ¡Mira! —exclamó Militza al descubrir un pequeño manto de flores azules al pie de un árbol—. Aciano, el zar de las flores para el zar de Rusia. —Sonrió—. Justo lo que estábamos buscando.

Stana corrió hacia el árbol como una niña pequeña y tomó una pequeña flor azul en la mano.

—Son perfectas. Además, están húmedas por el rocío matutino. Es imposible encontrar nada mejor.

—Señor, bendíceme. —Militza sacó un pequeño crucifijo de madera del bolsillo y lo ondeó sobre las flores—. Madre Tierra, bendíceme para tomar esta planta. —Militza se santiguó—. Tú me la ofreces y yo la tomo. De la tierra, una planta. De Dios, una medicina. Amén.

—Amén —repitió su hermana.

Militza tomó el pequeño cuchillo afilado y se arrodilló ante las flores. En ese mismo instante, unas hojas de abedul se arremolinaron en el suelo.

Militza sonrió.

—Los espíritus del bosque ya están aquí —dijo. Miró a su hermana—. ¿Estás lista? Vuélvete o las plantas perderán su poder.

Stana dio media vuelta y comenzó a rezar.

—El santo Adán aró la tierra, Jesucristo aportó la semilla, el Señor la sembró y la Madre de Dios la regó para ayudar al pueblo ortodoxo. —Stana se santiguó y escupió tres veces en el suelo—. Amén.

—Amén —repitió Militza antes de hacerse un corte en la mano con el cuchillo. Se estremeció de dolor y gritó. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero exhaló aire por la boca entreabierta y comenzó a notar una sensación de euforia que surgía del propio dolor. Se chupó la herida para extraer la sangre. Emanaron dos gotas rojas que se deslizaron por la muñeca y mancharon el puño blanco del vestido. Se arrodilló ante la flor y se apretó la mano con fuerza hasta que tres grandes gotas salpicaron los pétalos azules.

—No hay nada más poderoso que el aciano bañado en rocío matutino y la sangre de una bruja —declaró Stana mientras cortaba el tallo cerca de la raíz.

—Y si lo mezclas con agua bendita, hasta la más yerma de las mujeres concebirá un varón.

Esa misma mañana entraron en la habitación de la zarina. Estaba a oscuras y no corría el aire. Las cortinas estaban totalmente corridas y hacía calor. La estancia estaba repleta de fotografías, iconos y un sinfín de imágenes pintadas. El espacio que había entre las dos camas de bronce, decoradas ambas con lazos rosas y estampados florales al más puro estilo inglés, también estaba rebosante de cajitas, plantas, figuras de bronce y múltiples recuerdos de los viajes de Alix. No quedaba ni un recoveco libre. La habitación hacía daño a la vista y resultaba claustrofóbica.

En la penumbra distinguieron a Alix recostada sobre unos cojines con la bebé, que lloriqueaba a su lado. Llevaba el cabello suelto y una pátina de humedad le cubría el rostro. Su aspecto era débil y parecía perdida. El disgusto y la decepción de haber dado a luz a una cuarta hija la habían sumido en un tremendo insomnio. Llevaba tres días sin dormir, perseguida por los demonios mellizos de la culpa y el miedo. Al acercarse, las hermanas observaron que tenía los ojos rojos de tanto frotárselos, la boca seca y que apenas podía hablar.

—Por fin estáis aquí. —Su voz era tan débil que las hermanas apenas alcanzaban a oírla. La zarina cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Decidme que no todo está perdido —dijo, girando la cabeza hacia la ventana cerrada y tratando de contener el llanto—. Decidme que no estoy perdida.

—No está todo perdido —afirmó Militza, que se sentó en la cama junto a ella y le tomó la mano—. No estás perdida.

—Ya estamos aquí —dijo Stana, acomodándose al pie de la cama—. Y traemos algo para ti.

Abatida, Alix contemplo a Militza mientras disponía en un círculo sobre la cama doce muñequitas de madera de serbal hechas con pinzas de la ropa. Sus cabezas lisas y sin rostro estaban cubiertas de pañuelos de diferentes colores

cortados a mano. La última vez que Militza utilizó a las hijas de Herodes fue para curar una terrible fiebre que sufrió el hijo de Natalia, la doncella de Stana. El niño pasó dos noches sin dormir, pálido y sudoroso, pero finalmente la magia de las muñecas funcionó y la fiebre desapareció. Militza tenía la esperanza de que también curaran a Alix y la ayudaran a sobreponerse de la enorme decepción por el nacimiento de Anastasia.

—Qué muñecas tan bonitas —susurró. Acarició con mano temblorosa la cara suave y sin rostro de la más cercana—. Duérmete mi niña... —empezó a cantar con voz queda—. Duérmete ya... duérmete mi sol... —siguió cantando mientras acunaba la muñeca—. Duérmete... —Alix canturreaba ausente con la mirada puesta en Militza, pero esta no estaba segura de que la zarina realmente la viera—. Duérmete, pedazo de mi corazón...

De pronto, Alix miró la muñeca de madera que sostenía en sus brazos y la lanzó al otro lado de la habitación. La muñeca chocó con un pequeño espejo situado en uno de los múltiples estantes atestados de objetos. El espejo cayó al suelo y se hizo añicos. El tenso silencio posterior fue roto por los gorjeos de la bebé, que yacía en la cama bien envuelta.

—Philippe dice que tendrás un hijo —declaró Militza, tomando las manos de Alix; pero, en lugar de responder, la zarina clavó la mirada en la oscuridad con rostro inexpresivo—. Philippe ha prometido que tendrás un hijo, y Philippe no falla nunca.

—¿De verdad? —preguntó al cabo de un rato con un tono muy poco esperanzado y muy poco convencido.

—¡Sí! Solo debes tener fe.

—Sí —repitió Stana—. Debes tener fe.

—Debes tener fe en Philippe. Es un enviado de Dios. Ten fe en Dios y en la voluntad de Dios. Debes tener fe desde lo más hondo de tu corazón —explicó

Militza al tiempo que tomaba y estrechaba las finas manos blancas de la zarina entre las suyas.

—Solo debo tener fe... —suspiró Alix y cerró los ojos, rendida.

—Solo debes tener fe, querida, abre tu corazón y sucederá —susurró Militza mientras le acariciaba una mano.

—Fe —repitió Stana con suavidad.

Ambas siguieron susurrándole, acariciándole la mano y el cabello hasta que se convirtió en una especie de mantra. Volvieron a disponer las muñecas de madera sobre la cama y dieron vueltas alrededor de esta en la penumbra, como sombras en la noche, sus pasos ligeros, sus movimientos lentos. Era como una danza. Encendieron el pesado quemador de incienso de la capilla contigua y el abrumador olor dulzón del aceite de rosas flotó hasta el dormitorio. Cuanto más se movían las hermanas, más claustrofóbico se volvía el ambiente. Los cánticos, el perfume y los susurros alrededor de la cama tenían un poder hipnótico y, poco a poco, Alix fue relajándose bajo su efecto. Cuando llegó el momento de administrarle las gotas, no ofreció resistencia alguna. Abrió la boca como una criatura obediente cuando le introdujeron el cuentagotas entre los labios.

—Aciano —susurró Militza al oído de Alix—. El zar de las flores para la zarina.

Alix esbozó una leve sonrisa. Militza se inclinó sobre ella y le rozó la mejilla con los labios; a continuación, siguió acercándose suave y lentamente hasta besárselos. La zarina dio un respingo y abrió los ojos sobresaltada. Impasible, Militza continuó:

—Toma dos gotas al día, querida, cada día —susurró y la besó de nuevo—. Cuando se reinicie el flujo menstrual, toma cuatro gotas al día hasta que vuelvas a concebir. Volverás a concebir otra vez... te lo prometo.

—Otra vez —repitió Alix con las mejillas arreboladas. Sonrió y, con ojos

brillantes, miró a su amiga. Clavó la vista en sus intensos ojos negros y, antes de girar la cabeza, le acarició la mejilla. Suspiró profundamente y se le cerraron los párpados. Al cabo de unos minutos, comenzó a respirar de forma acompasada. Por fin se había quedado dormida.

Al otro lado de la puerta, los tacones de las botas impolutas del zar resonaban en el suelo de madera mientras recorría intranquilo el pasillo de un lado a otro. Presentaba un aspecto demacrado y una profunda tristeza emanaba de sus ojos. Parecía haber envejecido diez años de la noche a la mañana.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió ansioso, agarrando a Militza del hombro en cuanto las hermanas salieron del dormitorio envueltas en una nube de incienso—. ¿El doctor Ott desea recetarle aspirina?

—Siempre receta aspirina, es su solución para todo —replicó Militza—. Ahora duerme; necesita descansar. El ama de cría debería llevarse a la bebé.

—A Alix no le parecerá bien.

—Alix necesita dormir desesperadamente. Podrá alimentar a la niña después.

Nicolás se volvió al oír un ruido y descubrió a sus dos hijas mayores en el pasillo: Olga, de cinco años, y Tatiana, de cuatro. Ambas lucían el mismo vestido de volantes y llevaban el cabello recogido en una coleta con un gran lazo azul.

—¡Papá! —exclamó Olga, y le abrazó las piernas.

—¡Papá! —repitió Tatiana antes de hacer lo mismo.

—¿Cómo está mamá? ¿Le duele mucho la espalda? —preguntó Olga, su bonito rostro entornado hacia su padre—. No me gusta cuando le duele mucho porque entonces no podemos verla.

—Hoy no le duele la espalda —respondió Nicolás que, arrodillado ante su

hija Olga, le acariciaba el cabello—. Está cansada por el nuevo bebé.

—¿Cuándo estará despierta? ¿Cuándo se pondrá bien?

—Quiero ver a mamá —exigió Tatiana, que trató de apartar a su padre a un lado para entrar en el dormitorio.

—No, no, no —dijo el zar, y tomó cariñoso a ambas de la mano—. Mamá necesita dormir y descansar mucho. ¿Por qué no me acompañáis afuera? Hace un día muy bonito. Vamos a pasear. Los paseos siempre sientan bien.

Agosto de 1901
Znamenka, Peterhof

Militza siempre recordaría el verano de 1901 como una época dichosa. Pedro y ella eran felices. Él la quería y se lo hacía saber a menudo, no tanto con palabras sino con gestos constantes. Era cariñoso y protector con ella y adoraba a los niños, a los que siempre trataba de interesar en su pasión: la arquitectura. Marina, Román y la pequeña Nadezhda no eran muy buenos estudiantes, pero estaban sanos y crecían bien. Hasta Stana parecía contenta. Jorge se encontraba en Biarritz —por supuesto—, pero tanto ella como los niños se habían habituado a su ausencia y ya nadie preguntaba por él.

¿Quizá se trataba de la calma antes de la tormenta? Aunque, honestamente, nadie era consciente de que se estuviera cocinando una tormenta ni la envergadura que llegaría a alcanzar. Si bien era cierto que la llama del malestar se estaba propagando con fuerza en las zonas rurales y que la ciudad estaba cada vez más saturada de facciones diversas, en Peterhof, la tranquila Peterhof, con sus densos bosques y fresca brisa del golfo, se respiraba un ambiente muy apacible. No hacía demasiado calor, las tardes soleadas eran muy hermosas, y las noches, frescas y lánguidas. Además, la zarina visitaba a las hermanas casi a diario.

Por las mañanas llamaba por teléfono desde la dacha, y por las tardes aparecía en su carruaje a la hora del té. A la zarina y a sus hijas les gustaba

mucho el té al estilo inglés, con leche y azúcar, no con mermelada, como se servía en Rusia. A veces, traía consigo a todas las niñas, incluida la pequeña Anastasia, para que jugaran con Marina, Román y Nadezhda, así como con los hijos de Stana, Serguéi y Elena (por fortuna, el hijo de Jorge, Alex, se hallaba ausente, pues servía en el ejército con los húsares). En ocasiones, solo las hijas mayores, Olga y Tatiana, acompañaban a su madre; otras veces, Alix venía sola. Si por algún motivo no podía realizar la visita a causa de las molestias en la espalda o, más recientemente, en el corazón, o porque alguna de las criaturas estaba enferma, siempre volvía a llamar por la tarde. Las conversaciones telefónicas eran prolongadas y en ellas trataban todo tipo de minucias e intimidades. La zarina necesitaba su dosis diaria de conversación con las hermanas como si de una dosis de láudano se tratara.

La emperatriz viuda contemplaba esta relación con evidente consternación. La actitud gélida que siempre había tenido hacia las «arañas negras» —su apodo para las hermanas— se había tornado claramente hostil. Minny no soportaba la mera presencia de Stana o Militza y a menudo se negaba a acudir a cualquier acto donde ellas estuvieran presentes. A Militza le fascinaba la actitud retraída de la viuda y le extrañaba que no se hubiera mostrado más beligerante. La emperatriz viuda, junto con la gran duquesa Vladimir, controlaba los bolsillos de San Petersburgo, pero había perdido todo control sobre su hijo. El círculo de los zares era tan reducido y las hermanas ejercían una influencia tan poderosa que nadie se atrevía a enfrentarse a ellas. Gracias en parte al suministro constante de hachís y elixir de cocaína —al que Militza se había aficionado en gran medida—, que les proporcionaba el doctor Badmayev, las hermanas ejercían un gran poder sobre la pareja. A raíz de ello, los rumores eran cada vez más calumniosos y difamatorios.

—¿Quieres saber lo que se chismorreaba ayer en el Club Náutico? Seguro que te divierte —dijo Pedro mientras encendía un cigarrillo una mañana durante el desayuno al remover el café—. Según dicen, tienes una aventura con Alix. ¿O era Stana? Ahora no me acuerdo. —Rio mientras jugueteaba con los extremos del bigote—. ¡Ah! Y Philippe se acuesta con vosotras dos. ¿O con las tres? Ya no lo recuerdo. Bebí demasiado vino. En cualquier caso, me pareció muy gracioso.

—Fascinante —comentó Militza que, ataviada con un sencillo vestido azul claro, mezclaba en un vaso dos yemas de huevo con el tenedor—. Jamás se puede subestimar el poder creativo de los celos.

Acercó los labios al borde del vaso y tragó de una vez el cóctel medicinal. A Militza no le gustaba especialmente esta receta matutina, pero desde que la gran duquesa Vladimir explicó sus extraordinarias propiedades para la salud, todas las damas de la corte, incluida Alix, tomaban huevo crudo para desayunar.

Militza trató de ocultar su nerviosismo mientras se presionaba suavemente las comisuras de los labios con la servilleta. La mera mención de su estrecha relación con Alix le aceleraba el corazón. No había vuelto a besarla desde aquella calurosa tarde en su dormitorio, pero a menudo pensaba en ello cuando yacía de noche en la cama. Las imágenes se agolpaban en su mente: el olor de su piel, la tersura de sus pechos, el sabor de su boca. Militza lo sabía todo sobre Alix: conocía sus ciclos menstruales y, debido a su deseo extremo de tener un hijo, también sabía cuándo y cuántas veces era penetrada por el zar, y si este la montaba por la derecha, por la izquierda o por detrás. Y ese conocimiento a menudo la alteraba y provocaba en ella una extraña emoción que era difícil de explicar.

Sabía que se trataba de una emoción peligrosa porque le nublaba el juicio.

Ese era un error que ya había cometido una vez y que no permitiría que

volviera a suceder.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la carta que trajo un lacayo en una bandeja de plata. Cogió la misiva y la miró por ambos lados. Reconocería esa letra y ese sello en cualquier parte.

—¿Quién te escribe? —preguntó Pedro con vago interés levantando la vista por encima del periódico. Todavía no se había vestido para la jornada y llevaba un batín azul marino y las zapatillas de terciopelo granate con su monograma grabado.

—Mi padre.

—¿Qué quiere ahora? ¿Más armas? Me gustaría saber lo que hizo con los últimos cuarenta mil fusiles. Todavía no sé cómo conseguiste hacerte con ellos.

—Fue un regalo de agradecimiento del emperador en ocasión del nacimiento de su cuarta hija —respondió Militza, sonriente, mientras abría la carta.

—Nadie se siente agradecido por tener cuatro hijas —declaró Pedro antes de tomar un sorbo de café.

—La reina Victoria tuvo cinco —replicó Militza—. Que en paz descanse. Pedro tosió.

—¿Qué quiere tu padre?

—Dinero... provisiones... más dinero. —Militza leyó por encima la carta de varias páginas—. Quiere construir más carreteras —añadió antes de dejar la carta sobre la mesa y encogerse de hombros—. Intenta arrastrar a Montenegro hacia el siglo XX.

—Es una tarea muy loable —dijo Pedro, retorciéndose los extremos del bigote—, pero difícil de llevar a cabo si estás económicamente atado de manos.

—Por eso ha colocado a sus hijas en puestos de poder. —Sonrió Militza

mientras partía un pequeño trozo de pan negro—. ¡El otro día alguien se refirió a él como el suegro de Europa!

A Pedro no le pareció tan gracioso el comentario.

—¿Por qué no acude a tu hermana? ¿Por qué tienen que pagarlo todo los rusos?

—Bueno, Zorka está muerta, así que no creo que le sirva de mucho —espetó Militza, desafiante, a punto de llevarse el pan a la boca.

—Ahórrate el sarcasmo. Soy muy consciente de la muerte de tu hermana...

—Y de su hijo.

—Y de su hijo —repitió Pedro.

—Se llamaba Andréi. ¡Y ella tenía veinticinco años! —Rio nerviosa Militza—. Pero así es la vida de las mujeres. O nos quemáis en la hoguera o nos ahogáis por miedo a nuestros poderes sanadores y terrenales. O tratáis de matarnos con hijos. Y si no nos morimos al parirlos, nos morimos tratando de tenerlos.

Pedro hizo caso omiso de su mujer. Había oído ese discurso varias veces, sobre todo en las noches en que las hermanas echaban el tarot o leían las manos. Entonces siempre hablaban de las épocas en que las mujeres eran apreciadas por sus poderes y su intuición y no se las quemaba en la hoguera por brujas.

—De hecho, estaba pensando en Elena, sobre todo ahora que es reina de Italia —comentó al cabo de un rato.

—¡Hace poco más de doce meses que es reina!

—Aun así —continuó Pedro mientras aplastaba la punta del cigarrillo entre el índice y el pulgar antes de apagarlo en el cenicero de malaquita—, no es buena idea que vayas pidiendo demasiado, ni demasiado a menudo. Es algo que a la gente no le gusta, que le resulta molesto. Sobre todo cuando tu posición es tan precaria.

—*Nuestra* posición —corrigió Militza mientras le clavaba la mirada oscura a su marido—. La nuestra, querido, porque tú y yo estamos vinculados. Nuestra posición va ligada. Nuestro privilegio está ligado, al igual que nuestro acceso a los monarcas. Ascendemos juntos.

Alargó el brazo hacia un pequeño frasco escaflata situado al lado de su vaso vacío. Lo cogió, quitó la tapa y apretó con cuidado la pipeta con el extremo de caucho para extraer un poco de líquido del frasco antes de dejar caer un río de gotas en la superficie de su lengua, que había sacado y enroscado. Tragó la tintura con un siseo de gusto y con los ojos entornados.

—¿Ascendemos? Pero ¿cuánto tiempo? —Pedro dejó el periódico—. Tu amigo...

—«Nuestro Amigo», así lo llama Alix ahora. Y la verdad es que me gusta.

—Nuestro Amigo no goza de demasiada popularidad, ¿sabes? Hay murmullos, habladurías.

—Siempre hay habladurías. No se trata más que de eso... de habladurías.

A Militza empezaba a acelerársele el pulso.

Era difícil discernir si se debía a una irritación cada vez mayor con su marido o a los potentes efectos del elixir de cocaína del doctor Badmayev.

—No hay necesidad de tener tan mal humor —continuó Pedro—. Solo te transmito lo que he oído.

—¿Qué? ¿Retazos que escuchaste en el *banya* mientras mordisqueabas pepinillos y bebías vodka? ¡No estoy convencida de que esas fuentes puedan compararse con el zar en persona, con mi fuente, que está en la cúspide del poder!

—Bueno, pues entonces probablemente estés al corriente de los otros rumores, ¿no?

—Probablemente. —Militza negó con la cabeza. Inhaló, expandiendo el pecho y preparándose para disfrutar de lo que su esposo tuviera por decir.

—Que María Fiódorovna ha enviado a un equipo de espías a Francia para recabar información sobre Nuestro Amigo. A la madre del zar no le gusta lo que hace Badmayev con su hijo, no le gusta la posición que ha conseguido en la corte, no le gustan las reuniones secretas, el carácter furtivo de todo ello, y no se fía de él.

—¿La emperatriz viuda ha enviado espías?

—Agentes secretos. Le darán sus informes.

—¿Cuándo?

—Pronto. Y el problema es que ambos sabemos que regresarán con...

Militza estaba consternada. Aquello sí que era una noticia. Estiró el brazo para volver a tomar el frasco rojizo. Más elixir. Necesitaba pensar y rápido.

—Creo que deberías dejar de tomar la dichosa poción del señor Badmayev. —Pedro asintió hacia el frasco—. He oído decir que en estos momentos extiende recetas a la mitad de los asistentes al salón de la condesa Ignátiev. Es ridículo. Ese hombre no parece ser capaz de curar nada aparte de trastornos nerviosos persistentes, afecciones mentales y molestias de la fisiología femenina.

—Díselo al zar y a todos esos pacientes que ha propuesto para cargos ministeriales. Y, de todos modos, es médico —repuso ella, enarcando sus cejas negras y bien delineadas—. Doctor Badmayev, si no te importa, en vez de «señor». Sabe lo que hace.

—Bueno, ¡todo el mundo confía en un médico! ¿No?

Militza asintió mirando por la ventana hacia la gran fuente del jardín y al mar calmado que se extendía más allá.

—Sí, confían —dijo lentamente—. Me parece que tengo una idea.

Y como sucedía con todas las ideas, a Militza le pareció mucho mejor que a

las personas se les «ocurriera» por ellas mismas. Así pues, al cabo de unos días Alix anunció, mientras daban un pequeño paseo por la fragante rosaleda situada a la izquierda de la larga terraza de Znamenka, que había tenido una idea espléndida. El hecho de que Stana se la hubiera inculcado cuando la había visitado para el almuerzo el día anterior ni siquiera se mencionó.

—Creo —declaró Alix, mientras le daba vueltas a la sombrilla—, creo que Nicky debería hacer doctor honorífico a Nuestro Amigo.

—¡Oh! —Militza se paró de repente y se llevó las manos al corazón visiblemente emocionada—. ¡Qué inteligente por tu parte! ¡Qué buena idea!

—Se me acaba de ocurrir —continuó Alix, encogiéndose de hombros ligeramente y esbozando una sonrisa—. Ha ayudado tantísimo y ha sido tan leal que se merece algo. ¿No crees? Parece mentira que no haya recibido ningún reconocimiento.

—Desde luego.

—Se lo sugerí a Nicky durante el desayuno esta mañana y no estaba del todo seguro, pero le he explicado que ayudaría con el doctor Ott y los demás... Estaría bien que tuviera un cargo. Un cargo oficial. Noto que a veces lo miran con desdén. Les veo las caras cuando él habla. Sé que tiene un horrible acento sureño, pero ¡yo también hablo ruso con un acento muy marcado! ¡Y nadie me menosprecia por ello!

—No —convino Militza, intentando no sonreír—. Creo que a la mayoría de la gente tu acento les parece... encantador.

—Sí. —Alix asintió—. Encantador.

¿Cómo era posible que no oyera las risitas burlonas y nerviosas cuando abría la boca para hablar en ruso?, se preguntó Militza. ¿Se había vuelto inmune a la antipatía de la corte? ¿Se había habituado de tal modo al recibimiento gélido que le dispensaban que ya no lo notaba? ¿Acaso es posible tener los sentimientos tan heridos que una ya deja de sentirlos?

Mientras continuaban con el paseo, cogidas del brazo, por la suave ladera cubierta de césped y por la densa hilera de cedros, en dirección al mar, Militza recordó una historia que Alix le había contado en una ocasión sobre sus primeros días en Rusia y sobre el hecho de que siempre se había sentido «bastante sola y desesperada». Le había descrito un paseo una tarde en el que ella y una de las damas de la corte más desagradables, la condesa Vorontsov, habían realizado a lo largo de Nevsky Prospekt, cuando se habían cruzado con un vagabundo que pedía limosna. Se había acercado al carruaje con las manos extendidas y ella, Alix, se había sentido tan conmovida por su situación y sus ojos bondadosos que le había dado unas monedas de su monedero. El vagabundo le había sonreído con agradecimiento. «Fue la primera sonrisa — había contado a Militza— que recibí en Rusia.» Y llevaba en el país más de un año.

«Ahora no la molestan ni los vagabundos —pensó Militza cuando se detuvieron en la cima de una colina para recuperar el aliento, contemplando el mar—. Así pues, quizá sea preferible que no se dé cuenta.»

—¿Y si preguntamos a los franceses? —sugirió Alix. Militza la miró con expresión desconcertada—. ¿Para que otorguen un doctorado a Nuestro Amigo?

—No creo que sea buena idea —se apresuró a decir Militza.

—¿Oh? —Alix se sorprendió un poco. No era una mujer acostumbrada a que le llevaran la contraria.

—Los franceses... —A Militza le zumbaba la cabeza. ¿Cómo podía decirle que, de hecho, Nuestro Amigo había sido arrestado en Francia varias veces por ejercer sin licencia? No es que hubiera alguna duda de que Monsieur Philippe tenía poderes especiales. Por supuesto que los tenía. Militza llegó a la conclusión de que era una gran lástima que las autoridades francesas fueran las últimas en reconocerlas—. Creo que un doctorado ruso, un diploma

médico ruso, serían mucho más adecuados para ofrecer servicios en Rusia, a la corte rusa o al zar ruso en persona —declaró—. Más que lo que Nuestro Amigo logró en París. Aunque está claro que logró mucho en París, y en Francia, en toda Francia, claro está —se apresuró a añadir.

—Sí —suspiró Alix. De repente, su voz sonó un tanto débil—. Tú lo sabes mejor que yo.

—Preguntémosle esta noche —sugirió Militza.

Apartó la vista del mar y miró colina arriba en dirección a Znamenka. Su enorme fachada neoclásica se extendía, con todo su esplendor, ante ella. Con sus tres plantas y una torre con una cúpula, más infinidad de dormitorios, salas de baile, salones, comedores, aposentos para el servicio, sus propios invernaderos, establos para cien caballos, bodega y huertos era una imagen impresionante e imponente. El tenue sol de la tarde hacía que las columnas amarillas y blancas esmeriladas adoptaran un tono anaranjado, y si entrecerraba los ojos ligeramente, veía varios puntos blancos: los niños jugando en la terraza. Militza sonrió para sus adentros y suspiró con cierta satisfacción.

Se volvió. Alix estaba pálida a merced del viento. Por encima de su hombro el sol se hundía tras unas densas nubes que se formaban en el horizonte. Se estremeció; el conjunto de gasa blanco se ondulaba contra su cuerpo.

—Tengo frío —reconoció, cerrando la inconstante sombrilla y rodeándose con los brazos—. Y estoy cansada. —Alzó la vista hacia Militza. Sus ojos azul claro parecían estar conteniendo las lágrimas.

—¿Estás bien? —Militza se movió con rapidez y colocó las manos en los hombros de Alix.

—Sí, sí —repuso con aire despreocupado, evitando mirar a Militza a los ojos mientras el viento hacía que se le adhirieran mechones de pelo alrededor del rostro—. Di... dime —tartamudeó, buscando las palabras mientras le

temblaban los labios y la nariz empezaba a moquearle. Por mucho que quisiera, no podía contener las lágrimas—. Dime... —Inhalaba y exhalaba, temblando y tartamudeando, intentando reprimir el arroyo borbotante de emociones que brotaba de ella con desesperación—. Dime que irá bien. Dímelo. —Al final, empezó a sollozar y luego a llorar pero, en vez de aferrarse a Militza, se quedó en lo alto de la colina, rígida, con los puños apretados mientras el pelo rubio claro revoloteaba a su alrededor, mordiéndose el labio superior al tiempo que las lágrimas le surcaban el rostro.

—Sí que irá bien —dijo Militza, acercándose a ella y dándole un fuerte abrazo—. Todo irá bien. —Le dio un delicado beso a Alix en la mejilla y luego en la suave y sensual boca.

—¡Santo cielo! —exclamó Alix, apartándose rápidamente y buscando un pañuelo en el bolsillo—. Mírame. —Se miró la camisa húmeda, empapada de leche—. Me llora hasta el pecho.

Diciembre de 1901

San Petersburgo

Militza estaba sentada en la parte posterior del carruaje cubierto, envuelta en zorro plateado, observando a su hermana. Desde una postura baja en el asiento, mientras la estola le cubría medio rostro, observó por los huecos que le dejaban las pieles. No sabía a ciencia cierta si Stana la veía mirándola; tal vez le diera igual. De todos modos, su comportamiento rayaba en el coqueteo. De hecho, concluyó Militza, era coqueteo absoluto. Stana estaba sentada al lado del hermano mayor de Pedro, Nikolasha, muy cerca, con un gran collar de diamantes resplandeciente en el cuello, riendo con cada una de sus palabras, tocando el dorso de su mano enguantada, dejando que la piel de marta le colgara alrededor de los hombros, dejando al descubierto la palidez de su cuello ante sus ojos.

—Te prometo que te gustará —dijo ella, acariciando la manga del gabán de Nikolasha—. El salón negro es uno de los lugares más interesantes de la vida nocturna de San Petersburgo.

—¿Mejor que los zingaros de las islas? —Estaba claro que Nikolasha había bebido, de lo contrario era poco probable que hubiera sido tan sincero sobre sus preferencias en cuanto a entretenimiento para después de cenar.

Stana se irguió en el asiento, abrió la bonita boca con mojigatería fingida.

—¡No pensaba que eras del tipo de hombres que frecuenta a los zingaros!

—Bueno... —Nikolasha se sonrojó ligeramente y fue incapaz de decir si bromeaba o no—. ¿No lo hacen to... todos los hombres? —tartamudeó—. ¿Después de un exceso de Madeira en el Cubat o el Donon? Dicen que no hay nada más hermoso, con más garra y melancolía, que oír a Varya Panina cantar. Hay muchos hombres en San Petersburgo cuyas grandes deudas y visitas frecuentes a los prestamistas se deben a las noches de juerga en Villa Rhode. O eso dicen. —Vaciló—. Algunos gastarían sus últimos miles solo en pasar la noche, hipnotizados por el vino y el cante, hasta el amanecer en Novaya Derevnaya.

—Personalmente, no me gustan especialmente los zíngaros —repuso Stana, mordiéndose el labio inferior mientras se inclinaba más hacia él y le daba vueltas al botón del abrigo con sus dedos enguantados de blanco.

—¿En serio? Yo pensaba que sus ropas coloridas, los rojos, los violetas, los púrpuras, te resultarían atractivas. ¿Acaso su exotismo moreno no te recuerda a tu país?

—No, solo a su banquete de bodas —musitó Militza por entre la cola del zorro plateado. ¿Qué estaba haciendo su hermana, coqueteando de forma tan descarada con Nikolasha?—. Mirad —dijo, mientras miraba por la ventana cubierta de hielo—. Ya hemos llegado.

Los tres llegaron al 26 del Muelle de Kutuzov pasada la medianoche y se encontraron el salón de la condesa Ignátiev en pleno apogeo. Como se habían cansado de una cena más bien aburrida en casa de la gran duquesa Vladimir, donde los jóvenes actores y cantantes que debían llegar del teatro Mariinsky no hicieron acto de presencia, habían acordado continuar la velada en casa de los Ignátiev; había sido idea de Stana, puesto que odiaba dejar marchar al apuesto Nikolasha. Había pasado la mayor parte del verano en compañía de

sus hijos, obviamente había visto a su hermana y a la zarina pero, teniendo en cuenta que Jorge estaba en Biarritz, había carecido de compañía masculina. Tampoco es que disfrutara de la compañía de su esposo: era demasiado corto de entendederas, y sus conversaciones, demasiado aburridas para su gusto. Sin embargo, Nikolasha era brillante y agudo y bastante atento.

—¡Queridas! —declaró la condesa cuando el mayordomo las acompañó a la salita color frambuesa—. Gran duque —añadió, alzando la mirada hacia el alto e impecable Nicolás Nikoláyevich—, sois muy bienvenidos. —Sonrió. Vestida con un traje de noche de terciopelo negro de House of Worth, con bordados de hojas verdes y un gran volante alrededor de los hombros, la condesa estaba muy glamurosa. Ya no llevaba el vestido de gala amarillento; estaba claro que la popularidad le sentaba bien—. ¡Qué velada! Qué velada. *Tout le monde* está aquí. ¡Qué bien que vosotros también hayáis venido! ¡Vuestro amigo Philippe está en el salón de al lado!

Mientras Militza se abría camino por entre la multitud de invitados y por el humo denso y con olor dulzón, vio al doctor Badmayev en la esquina.

—Querida —dijo él, dejando la pipa de arcilla y levantándose de la silla. Tenía una expresión sonriente en la mirada cuando se acercó a besarla—. No sabía que ibas a venir hoy.

—No, ni nosotros tampoco —reconoció Militza—. Estábamos en una cena muy aburrida en casa de los Vladimir, hablando del mercadillo navideño y de los problemas en Manchuria, esperando a que unos actores animaran la escena, pero cuando hemos visto que no venían, nos hemos excusado.

—¿Manchuria? Qué interesante.

—Es lo que cabría pensar.

—¿Han dicho algo?

—¡No sé si había mucha gente en la sala que supiera dónde está!

Él se inclinó hacia delante para murmurarle al oído.

—Su Alteza Imperial y yo hemos estado hablando de este tema recientemente. Él piensa que debería viajar allí en persona. Dice que quizá yo podría ayudar y abrir algunas vías diplomáticas, dándoles un poco de calderilla, llenando unos cuantos bolsillos.

—No se me ocurre nadie mejor que tú para aplacar las aguas turbulentas — repuso Militza.

—¡O tú! —El doctor Badmayev sonrió.

—Ahora me estás adulando.

—No creo. —Volvió a sonreír—. He oído decir que el zar entrega a tu padre miles de rifles más, más montañas de grano y más rublos de los que jamás ha gastado en cualquiera de sus palacios.

—Estás extraordinariamente bien informado.

—¿No va a venir a San Petersburgo el mes que viene?

—¿Puedo insistir de nuevo en la fiabilidad de tus fuentes?

—Es asombroso lo que se llega a captar en una simple botica. —Rio él.

—O, desde luego, durante tus consultas personales.

—También me han dicho que tu Amigo, el de la sala contigua, va a ser nombrado doctor.

—Qué gran idea. ¡Se le ocurrió a la zarina! —Entonces le tocó sonreír a Militza.

—No sabía que la alemana tuviera ideas propias.

—Oh —respondió Militza—. ¿Entiendo que no te parece bien?

—¿Qué no me parece bien? ¿Él o el doctorado?

—Ambos.

—Me temo que ninguna de las dos cosas.

—¡Pero si es un hombre de Dios! —Militza respondió de forma refleja.

—¿De veras?

—Trabaja entre dos mundos.

—La cuestión es ¿cuáles dos?

—Puede curar la sífilis. —Militza notó cómo se le aceleraba el pulso.

El doctor Badmayev había sido su amigo y aliado desde la llegada de ella y su hermana a la ciudad. Él se inclinó muy cerca de ella y le susurró con cuidado al oído:

—Permíteme que te dé un consejo. ¿Rifles? ¿Grano? ¿Dinero? ¿Tu padre llega el mes que viene? Todas las miradas están puestas en vosotras. Se os acaba el tiempo. Tenéis los días contados. Necesitas el niño, Militza, y lo necesitas ya mismo.

—¡Oh, aquí estáis! —declaró Stana, tomando a su hermana del brazo—. Te estamos esperando todos en la sala de al lado. Philippe dice que no empezará sin ti.

—¿Sin mí?

Militza estaba desconcertada. Las palabras del doctor Badmayev la habían alterado. Nunca había hablado con ella de ese modo y se trataba de un hombre que sabía mucho, quizá todo. Tenía el acceso más directo al poder, más que incluso los Yusúpov o los Vladimir. Y, además, a diferencia de estos últimos, era digno de confianza. Al fin y al cabo, era médico.

Stana guio a su hermana hacia la sala adyacente que estaba a oscuras, donde una multitud expectante se había arremolinado alrededor de una mesa de comedor grande y lustrosa. La condesa Ignátiev estaba sentada de cara a la puerta, frotándose las manos de la emoción. A su lado estaba una mujer de pechos generosos con un vestido de gala escotado que resultaba de lo más desafiante y de cuyo esposo se rumoreaba que se había escapado con una bailarina que era muy amiga de Mathilde Kschessinskaya, cortesana y bailarina. A su derecha se encontraba un diplomático francés cuya legendaria

afición por el vino hacía que acabara deslizándose por las paredes en las fiestas. Militza se fijó que esa noche parecía más sobrio de lo habitual; delante de él había un general de bigote prominente cuya inclinación bien conocida de pagar a cambio de «conversación» le había hecho acabar en la clínica nocturna de Philippe en más de una ocasión. A su lado se encontraba un periodista británico a quien Militza siempre había intentado evitar debido a su dichosa costumbre de acorralar a las personas en un rincón y hablarles como al público cautivo que era.

Y así estaba compuesta la mesa, rostros de viejos conocidos, pero, analizado más de cerca, el círculo estaba salpicado sin lugar a dudas por integrantes nuevos. Parecía un poco más libertino, un poco más decadente, un poco más moderno. Militza se llevó una sorpresa. Tal vez las confidentes y el médico del círculo íntimo de la princesa no deberían estar allí. Era obvio que el pequeño salón negro de la condesa ya no era el secreto mejor guardado de la ciudad. De hecho, había llegado al extremo de decir que no tenía nada de secreto.

—*Ma chère* —observó Philippe, dando una palmada al asiento que tenía al lado—. Qué gran placer verte.

Militza esbozó una sonrisa tensa. Se alisó el vestido de seda verde oscuro y tomó asiento al tiempo que inhalaba una gran voluta de incienso empalagoso y denso.

—Estaba justo a punto de empezar —dijo, rodeando la tabla espiritista con las largas uñas afiladas situada en medio de un tablero de fieltro de Ouija—. Esto... —empezó a decir, explicando a la multitud con su marcado acento francés— es la tabla espiritista... —Se oyeron murmullos de reconocimiento. Quedaba claro que estaban acostumbrados a los caprichos del ocultismo—. Hay que mantener los dedos ligeramente en contacto con la tabla, pero no hay que hacer ningún intento de moverla —continuó, abriendo los dedos en

abanico para su público. Sus manos brillantes relucían bajo la luz de la vela —. Y mi buena amiga la gran duquesa Militza Nikoláyevna me ayudará.

—Cierto —repuso Militza, un tanto desconcertada. No estaba preparada para una sesión, no se había puesto en contacto con su guía espiritual, ni había abierto sus chakras ni se había tomado las gotas de belladona. Había bebido unas cuantas copas de clarete durante la cena y estaba bastante cansada, lo cual no era el preparativo ideal. De todos modos, pensó, recorriendo con la mirada la sala abarrotada y cada vez más cargada y calurosa, no era el tipo de ambiente propicio para ponerse en contacto con un alma difunta por muy abajo que estuvieran en el plano astral inferior. Sin duda se trataba de una ocasión en la que lo más probable era que aparecieran borrachos o víctimas de asesinato, e incluso así, pensó, probablemente ni se molestaran. Podían considerarse afortunados si algún alma lograba aflorar.

Philippe sacó un pequeño bol de cerámica y empezó a encender un surtido de hierbas, lo cual se sumó al humo embriagador y denso. Militza parpadeó mientras se le humedecían los ojos y se volvió para mirar a su hermana. Pero Stana estaba mirando a Nicolás, situado detrás de ella, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla. Le sonrió y se retorció los extremos del bigote.

Philippe empezó a canturrear, primero en francés y luego pasó a una versión del sánscrito mal pronunciada.

—Por favor —dijo él al final, indicando a Militza que se hiciera cargo de la tabla espiritista—. Sé que se te da bien canalizar. —Ella lo miró y no se movió. No tenía ganas de asumir esa responsabilidad—. Aquí hay mucha gente —siseó él—. Enséñales cómo se hace.

A regañadientes, colocó los dedos en el cristal boca abajo y cerró los ojos. Casi de inmediato notó un movimiento, una fuerza que le tiraba entre los dedos y que le empujaba la mano. Militza intentó resistirse. Personalmente, no le

gustaba emplear la tabla espiritista. Cuando entraba en contacto con el mundo de los espíritus, este era su último recurso y no estaba excesivamente familiarizada con la técnica. Pero quienquiera que fuera estaba decidido a hacerse oír. Un estremecimiento terrible se apoderó de su cuerpo y notó una bilis que hizo que le entraran ganas de vomitar. Notó cómo se le apagaba el color de las mejillas mientras se balanceaba en el asiento.

—¡Hay alguien aquí! —declaró Philippe, extendiendo los brazos con exageración por encima de la mesa—. ¡Mirad! El espíritu levanta viento. ¡Mirad cómo se mueven las velas! —Agitó la mano delante del candelabro de plata de encima de la mesa—. ¡Es alguien importante! —añadió—. Lo intuyo. ¡Sumamente importante! Noto el peso de su mirada... o, tal vez..., de su legado.

—¡Qué emocionante! —La condesa Ignátiev no consiguió reprimir un grito de placer.

—Esperemos que no se trate del dichoso Pushkin —dijo con voz cansina el periodista británico—. Recuerdo que apareció el otro día y que estaba muy pagado de sí mismo.

—¡Chitón! —dijo la mujer entrada en carnes del vestido escotado.

Militza notó que la tabla se movía con rapidez por el fieltro, danzando de letra en letra a una velocidad hábil y precisa.

—P... —dijo Philippe mientras observaba cómo las manos de Militza se movían por el tablero—. A... —continuó—. B... L... O. Pablo —pronunció—. ¿Espíritu? ¿Te llamas Pablo? —Militza notó que la tabla se movía rápidamente hacia el «Sí». Pero, al hacerlo, soltó un grito ahogado.

—Oh —exhaló al tiempo que se retorció encima de la mesa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Stana, que la cogió del brazo enseguida.

—Me siento... Siento... —Militza se había quedado sin respiración y jadeaba, intentando tomar aire—. Me siento como si me acabaran de dar una puñalada en el estómago. ¡El dolor! ¡La agonía! —Empezó a balancearse con

apatía en la silla, aunque seguía sujetando con fuerza la tabla con los dedos—. Fui asesinado —musitó—. No me he confesado...

—¿Pablo? —continuó Philippe, inclinándose hacia delante, mirando la tabla, entusiasmado, claramente encantado de que un espíritu tan comunicativo hubiera aparecido con tanta gente presente—. ¿Fuiste asesinado? —Militza casi perforó el recuadro con el «Sí» con el vaso—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —La tabla golpeó el recuadro tres veces; Militza echó los brazos hacia delante tres veces. Tenía los ojos cerrados y la cabeza de lado mientras la lengua empezó a colgarle de la boca. Sin embargo, tenía la espalda y los brazos rígidos, alerta, atentos, esperando a responder a la siguiente pregunta. Era como si su cuerpo estuviera totalmente poseído por algo, o alguien, y que ella ya no fuera capaz de controlarlo.

—¿Está bien? —preguntó Nikolasha a Stana. Su preocupación resultaba conmovedora.

—Creo que sí —respondió Stana—. Lo ha hecho muchas veces con anterioridad.

—El cuello —resolló Militza—. No puedo respirar...

—¿Espíritu? ¿Pablo? —continuó Philippe, observando a Militza e intentando interpretar la expresión de su rostro mientras parecía esforzarse por respirar—. ¿Te ahogaron? ¿Te estrangularon?

El cuerpo de Militza se quedó flácido, pero de nuevo los brazos salieron disparados por encima del tablero y martillaron una y otra vez el recuadro del «Sí».

—¡Oh! —declaró la condesa, inclinándose hacia atrás para alejarse de la mesa—. ¡Qué horrible!

Nikolasha, que estaba de pie detrás de Stana, se sujetó al respaldo de la silla de ella. Le empezó a sudar el rostro impasible, con su nariz recta, cejas delineadas y bigote elegantemente hacia arriba. La espalda, que normalmente

llevaba recta, se encorvó. Stana notó su incomodidad, por lo que se volvió y le tocó la mano derecha: la tenía fría.

—Pregunta a Pablo si lo pisotearon —susurró discretamente al oído de Stana. Ella lo miró con el ceño fruncido—. Pregúntale —dijo él, meneando la cabeza—. Por favor.

—¿Espíritu? —La mesa entera se volvió para mirar a Stana—. ¿Fuiste pisoteado?

—Sí. Sí. Sí. —Militza martilleó el vaso una y otra vez como en una especie de arrebato.

—Oh, Dios mío, ¡sálvanos! —exclamó Nikolasha, tambaleándose mientras se apartaba de la mesa, tapándose la boca y respirando con dificultad—. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¿Qué? —Stana se levantó de la silla de un salto y se colocó a su lado de inmediato.

—Pensaba que esto era una frivolidad. ¿Entretenido? —Hablaba con un susurro que apenas se oía desde una esquina oscura de la sala, había sujetado a Stana por los hombros y escupía al hablar, luchando contra alguna emoción que tenía arraigada en lo más profundo—. ¡En vez de eso me traéis aquí e invocáis el odioso espectro del alma atroz de Pablo I! El fantasma mismo que ha perseguido Gátchina desde que murió estrangulado y pisoteado en el castillo de Mijaílovski por sus propios soldados. A Nicky, a mí y a Pedro siempre nos ha aterrado.

—Lo siento —se disculpó Stana.

—Ninguno de nosotros podría volver a dormir en ese horrendo palacio. —Se estremeció ante el recuerdo—. ¡Qué irónico! Nos enviaron ahí para que estuviéramos a salvo después del asesinato de mi tío y resultó que pasamos las noches en vela por culpa de los gritos y gemidos del alma de Pablo. Y ahora

—dijo, acercó a Stana a su cuerpo, de forma que casi la tocó con la nariz—, ahora lo habéis traído aquí. ¿Para pasar el rato?

—Madura de una vez. ¡Ponte a gobernar!

Nikolasha se quedó paralizado y miró por encima del hombro de Stana en dirección a la voz. Militza estaba junto a la mesa, de cara a él. Su silueta quedaba recortada por las velas de detrás, y le señalaba con el dedo índice de la mano derecha.

—Madura de una vez. ¡Ponte a gobernar! —Hablaban con tono odioso, duro, y totalmente despiadado. No sonaba para nada como ella.

—Dios mío —susurró Nikolasha, santiguándose mientras la miraba recortada contra la oscuridad—. ¿Cómo lo sabe?

—¿Saber qué? —preguntó Stana.

—¿Lo que dijeron los asesinos después de arrancar al joven Alejandro de su cama, después de matar a su padre? «Madura de una vez. Ponte a gobernar.» —Negó con la cabeza—. No me extraña que a mis familiares les persiga la muerte, no me extraña que se oculten en sus palacios, temerosos de ser víctimas de un asesinato. No me extraña que se amilanen cuando los han perseguido y disparado como perros una y otra vez, durante siglos.

—¡Serguéi! —exclamó Militza.

Nikolasha dejó la esquina de la sala y se acercó a ella. Militza estaba situada cerca de su silla, con las manos en los costados, los ojos vidriosos y repetía la misma palabra una y otra vez: «Serguéi».

—¿Serguéi? ¿Qué? ¿Serguéi? ¿Quién? —Nikolasha la interrogó con mayor intensidad—. Ninguno de los asesinos se llamaba Serguéi.

—¿Espíritu? —Entonces Philippe se levantó, su voz sonó un tanto presa del pánico—. Espíritu. Pablo. ¿Quién es Serguéi?

—¡Serguéi! —Militza aporreó la mesa con el puño. Todos se quedaron

boquiabiertos cuando los vasos quedaron hechos añicos y una copa de vino tinto salpicó por toda la mesa.

—¡Oh, cielos! —La condesa Ignátiev saltó del asiento—. ¡Que alguien llame a un criado!

De repente, se oyeron unos gritos y un fuerte martilleo de culatas de rifle en las puertas revestidas de madera. Un hombre irrumpió en la sala, acompañado del golpeteo de los sables.

—¿Gran duquesa Militza Nikoláyevna? —bramó. Tenía las mejillas sonrojadas por encima de la mata de pelo gris que era su bigote—. ¿Gran Duquesa Anastasia Nikoláyevna? —Entrecerró los ojos—. ¿Philippe Nizier-Vachot?

Estaban todos quietos, algunos con bebidas en la mano, como si se hubieran quedado parados a media conversación. Un pequeño grupo de soldados entró en la sala y la inspeccionó. Se fijaron en el tablero de Ouija, la tabla espiritista, el olor a incienso y el aroma embriagador del hachís y las hierbas. Resultaba obvio que no se trataba de una reunión cualquiera. Lo más probable era que ahí se estuvieran practicando artes negras.

—Nizier-Vachot —bramó de nuevo el oficial de rostro sonrojado.

—*Oui* ? —fue la respuesta vacilante.

—¡Fuera! —ordenó el soldado, señalando hacia la sala contigua.

Se produjo una pausa mientras Philippe, que empalideció por momentos, salía de la sala lentamente.

—¿Gran duquesa Anastasia Nikoláyevna?

Saltaba con la mirada de un rostro a otro. Stana no dijo nada. Recogió en silencio su pequeño ridículo de noche y caminó con paso lento y majestuoso hacia la puerta.

—Pero es que es una fiesta privada... —empezó a decir la condesa Ignátiev, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Siéntate! —gritó—. No es un asunto de vuestra incumbencia.

—Pero es mi casa —insistió ella.

—¡Entonces, haced lo que os digo! —respondió, señalando una silla.

—No sé si esto es correcto —anunció Nikolasha, dando un paso adelante.

—Gran duque —repuso el oficial, inclinando la cabeza—. Tengo las órdenes por si deseáis verlas.

—Sí, me gustaría —declaró, avanzando otro paso—. ¿Qué asunto hace que requiráis a Monsieur Philippe y a su Alteza Imperial?

—Nikolasha, no es necesario. No montemos un número y no estropees la velada a todo el mundo. Seguro que no es nada. Seguro que todo irá bien; deja que mi marido se entere de qué ocurre. Vamos —declaró Militza, levantándose de la silla. Daba la impresión de que el Espíritu la había dejado con la misma presteza con la que había aparecido, por lo que se la veía despierta y centrada—. Y aceptemos lo que el destino tenga a bien depararnos.

En la calle tendría que haber hecho demasiado frío como para nevar, pero por algún motivo caían copos. Bajo una farola y bramando su blanco aliento, una pequeña unidad de soldados estaban a la espera bajo cubierta, con los hombros y los sombreros de piel de oso cubiertos de escarcha. Llevaban bastante tiempo en el exterior.

—Aquí. —El comandante de rostro enrojecido señaló hacia un carruaje de tamaño considerable.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Solo yo? —preguntó Philippe, presa del pánico, mirando a izquierda y a derecha, resbalando y tambaleándose en la nieve. Su rostro redondo estaba enrojeciendo mientras se tiraba una y otra vez de los extremos del bigote—. Soy ciudadano francés, ¿sabe?; tengo que ponerme en contacto

con la embajada. No he hecho nada malo. Conozco a mucha gente, gente muy importante. ¡Conozco al zar!

—Todos vosotros —el oficial golpeó el lateral de la puerta con la culata del rifle—, al interior.

—¿Todos nosotros? —El alivio de Philippe era palpable. No tenía ni idea de adónde iba, pero por lo menos no iba solo—. ¡Adelante, señoras! —dijo, riendo de forma un tanto alocada mientras abría la puerta del carruaje y les tendía la mano.

Stana, envuelta en sus pieles de marta, fue la primera en entrar. Tomó asiento en la banqueta poco acolchada. Militza la siguió, con el zorro plateado en la mano.

—No te preocupes —dijo ella cuando se sentó al lado de su hermana—. Mira —dijo, asintiendo hacia la banqueta de enfrente—. Tenemos mantas de viaje. A los prisioneros no les dan mantas de viaje.

—Quizá sí —respondió Philippe. Tomó asiento y enseguida se tapó las piernas con la gruesa manta—. Nunca se sabe qué va a pasar. Sobre todo en este país dejado de la mano de Dios. Ojalá nunca hubiera puesto el pie en él. Es gélido y oscuro, igual que la gente. Esto no va a acabar bien.

—Esto no es ni agradable ni sirve de ayuda —espetó Stana—. Lo dices porque ya te han arrestado con anterioridad.

—No fue por nada grave —aclaró Philippe.

—A mí me parece grave hacerse pasar por médico. —Stana sujetó la manta.

—No si curas a las personas —replicó él.

—Va en contra de la ley.

—Igual que la brujería.

—No si curas a las personas —replicó Stana, tiritando de frío. Descorrió la corta cortina negra y atisbó por el cristal cubierto de escarcha de la ventanilla del carruaje. Las calles de San Petersburgo estaban casi desérticas, las pocas

personas que afrontaban el frío a una hora tan intempestiva iban bien envueltas, caminaban con paso silencioso e iban con los hombros encorvados—. Me pregunto adónde nos llevan —planteó de repente, inhalando y mordiéndose el labio superior mientras intentaba controlar el pánico cada vez mayor. Miró a su hermana—. ¿Adónde crees que vamos? ¿Por qué no dejaste que Nikolasha les parara los pies?

—No me pareció que pudiera hacer gran cosa —contestó con optimismo.

—Pero ¿adónde nos llevan?

Militza se encogió de hombros.

—Enseguida lo sabremos.

Viajaron de noche en silencio. El único ruido era el de las ruedas del carronato cortando la nieve, y cuanto más se prolongaba el viaje, más tirante era el nudo que a Stana se le formó en el estómago. Philippe consiguió echar una cabezadita, de vez en cuando profería sonoros ronquidos mientras su nariz prominente se inclinaba hacia atrás en dirección al techo del carruaje. Militza, por otro lado, no se movía. Estaba sentada impertérrita, mirando hacia delante como en una especie de trance.

Al final, casi al amanecer, llegaron. El carruaje se detuvo en el exterior de un gran edificio y fueron entregados de nuevo, con el corazón acelerado, a la noche. Las dos hermanas, de pie en la nieve, vestidas todavía con la ropa de noche, con los collares de diamantes al cuello, se dieron la mano para consolarse. Parpadearon al ver el entorno.

—¡Tsárskoye Seló! —exclamó Militza, mirando a su hermana.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Stana, cada vez más confusa.

—Seguidme —bramó el comandante.

Rodeados de guardias, los tres fueron escoltados hasta la parte posterior del

palacio, más allá de los centinelas, y subieron por la escalera trasera que conducía a los aposentos privados y a la cámara del zar. Cuando uno de los guardias alzó la mano para llamar a la puerta, Alix irrumpió en el lugar. Iba vestida con el camisón y la melena le caía suelta sobre los hombros. Tenía los ojos muy abiertos con expresión de pánico.

—¡Aquí estáis! ¡Aquí estáis! —Abrazó primero a Militza y luego a Stana, las llenó de besos, como si fuera un niño perdido al que encuentran en el bosque—. ¡Philippe! —Lo abrazó también a él. Los tres prisioneros estaban allí, con una postura que denotaba que no entendían qué estaba ocurriendo—. Os han buscado por todo San Petersburgo. O eso me han dicho. Desde la casa de los Vladimir al Club Náutico y por último en casa de los Ignátiev, ¡ha sido difícil encontraros! Pero estaba desesperada, ¿sabéis?, desesperada, por lo que Nicky ordenó que os buscaran.

—¿Nicky? —Stana frunció el ceño.

—¿Ordenó que nos buscaran? —preguntó Philippe.

—¡Sí! ¡He tenido un sueño horroroso! —declaró Alix.

—¿Un sueño? —Stana estaba desconcertada.

—¿Detenidos? ¿Delante de toda esa gente? ¿Por un sueño? —preguntó Philippe, mirando primero a Stana y luego a Militza. No sabía si sentirse aliviado o furioso.

—No os han detenido —puntualizó Alix, riendo. Miró de uno al otro, con expresión febril, la piel le brillaba por el sudor y tenía los labios pálidos—. ¡Nicky solo pidió que os trajeran aquí! Qué tontería. Oh, qué situación tan tonta. —Volvió a reír—. Pero es que necesitaba contaros mi sueño, fue tan horrible, y necesito vuestra ayuda. Así que... —Juntó las manos.

—¿Qué has soñado? —preguntó Militza, entrecerrando sus ojos oscuros.

—¡Oh, ha sido horrible! —Alix negó con la cabeza.

Volvió a entrar en su camarín y les indicó que la siguieran. Se subió a la

cama y, acercándose las rodillas al mentón, se dispuso a explicar que se sentía como si la hubiera visitado un espíritu maligno.

—Estaba de pie —dijo— en el extremo de la cama. Era alto, mucho más alto que un hombre, pero con forma de hombre. Llevaba una capa con capucha negra como la Santa Muerte y portaba un bebé. Pero el bebé era diminuto y rojo y estaba ensangrentado, y berreaba, no dejaba de berrear. El hombre no hacía nada para parar los berridos y el bebé no dejaba de gotear sangre que iba a parar al suelo, ahí —señaló— al pie de la cama. Entonces, dejó al bebé en la cama, que seguía ensangrentado y berreando. Me incliné hacia delante para consolarlo, acariciarlo, para que dejara de berrear, y se convirtió en una serpiente y se marchó deslizándose por el suelo, dejando un rastro de sangre detrás de él. Para entonces yo gritaba tanto en sueños que desperté a Nicky y a algunos de los criados, estaba temblando y empapada de sudor. No podía dejar de temblar y me entraron náuseas, pero no había nada que vomitar, por lo que tuve arcadas y más arcadas hasta que me quedé sin fuerzas, pero seguía gritando y temblando, por lo que Nicky sugirió que os mandaran a buscar.

En ese preciso instante, Nicky apareció en el umbral de la puerta.

—No hay nada de que preocuparse, ¿verdad? No ha sido más que un sueño, ¿no?

—Pero todos los sueños tienen un significado —repuso Philippe, sentándose en el extremo de la cama de Alix, asumiendo el mando de la situación—. Al igual que toda enfermedad es el recuerdo que el alma tiene de una vida pasada. El alma es mucho más antigua que el cuerpo y, como tal, regresamos a este mundo para saldar nuestras deudas, porque hay que pagar por todo. Para curar a los enfermos hay que pedir a Dios que perdone tus fallos, y al mismo tiempo el alma queda reforzada y el cuerpo se sana.

—Sabía que lo entenderías. Sabía que lo sabrías —repuso Alix,

observando a Philippe, con un esbozo de sonrisa en los labios—. Siempre lo entiendes.

—El pensamiento está en el corazón, en el cerebro yace el reflejo de ese pensamiento. El pensamiento es distinto del raciocinio; un pensamiento es una penetración directa a la luz. —Sonrió y le dio una palmadita en el dorso de la mano.

—La luz... —Alix asintió para mostrar su acuerdo.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Nicky.

—Significa... —empezó a decir Philippe.

—Significa que estás embarazada —interrumpió Militza—. El bebé es pequeño y todavía no está lleno de sangre, por lo que debe ser nutrido, debe ser socorrido, alimentado con sangre.

—¡Lo sabía! —Nicky desplegó una amplia sonrisa—. ¡Lo sabía!

—Un bebé... —Alix sonrió y se frotó el vientre plano—. Me siento embarazada.

—Y esta vez —dijo Philippe—, confiarás en mí y en Dios y será un varón. El hijo que toda Rusia espera.

—¡Sí! Un hijo. El hijo que Rusia espera —confirmó Militza.

—Y esta vez —dijo Alix, sonriendo de oreja a oreja—, no habrá ningún doctor Ott. Ningún médico. Aparte de mi propio doctor Philippe y sus hermosas enfermeras montenegrinas.

Agosto de 1902

Dacha inferior, Peterhof

Durante los nueve meses siguientes, Militza, Stana y el doctor Philippe apenas se separaron de ella. Tras una breve estancia en Tsárskoye Seló, la familia imperial, incluido el recién nombrado doctor Philippe, provisto de las charreteras militares correspondientes que indicaban su reciente ascenso, se trasladó a la dacha inferior, Peterhof.

La villa de tamaño moderado, situada justo en el golfo de Finlandia, era el más informal de todos los palacios. Las estancias que Roman Meltzer había renovado recientemente eran diminutas y estaban atestadas, tal como le gustaban a Alix, por mucho que fueran un verdadero homenaje al estilo Art Nouveau que tan en boga estaba. Como las recién contratadas enfermeras montenegrinas y el médico francés vivían cerca, en Znamenka, se pasaba los días leyendo, paseando, chapoteando, dormitando tranquilamente o intentando dar de comer a los colibríes silvestres que revoloteaban alrededor del jardín de invierno tropical acristalado. Mientras los hijos de Stana y Militza iban y venían de su palacio a la dacha inferior, llenando sus días de clases y ejercicios, las pequeñas grandes duquesas hacían lo mismo. A Olga se la oía a veces tocando el piano color crema por indicación de su tutor musical en la sala de recepción del zar, mientras Tatiana daba clases con su niñera, Margareta Eagar, y las «pequeñas» se quedaban jugando en los enormes

jardines con Orchie o a veces iban acompañadas, parasol en mano, al otro lado de las rocas hasta la playa cercana.

No era un palacio en el que Alix y Nicky recibieran visitas. El comedor, con sus paredes azules y cortinas color crema con bordados de amapolas azules, era demasiado pequeño para comidas oficiales, y la sala de recepción, a pesar del piano y los jarrones altos llenos de flores blancas, no era lo bastante formal para quienes no fueran invitados íntimos. Así pues, vivían ahí sin interrupciones, obligaciones sociales ni ceremonias, de forma muy similar a la de los pequeños burgueses, en una dacha cómoda, pero ni mucho menos ostentosa.

Alix no era nunca tan feliz como cuando estaba en la dacha inferior. Había dado a luz a María y a Anastasia en el dormitorio de la planta superior, rodeada de fotografías de la familia. Dada la importancia de su reclusión, la posibilidad de estar embarazada del heredero, el futuro de toda Rusia, tenía poco más que hacer aparte de esperar, coser, leer, hablar, tumbarse en el porche, relajarse en la tumbona de mimbre, tomarse un café por la mañana y escuchar las olas y a los niños jugando abajo.

Eran días felices y, de manera lenta pero segura, a medida que la cintura de Alix se ensanchaba, también lo hacía su satisfacción. Ella y Militza no habían estado nunca tan unidas. Ella lo achacaba a las hormonas, pero cuanto más aceite le frotaba Militza en las pantorrillas y muslos cansados, más disfrutaba Alix con la manera como las manos de la montenegrina se movían en el interior de sus piernas. Qué deliciosas eran las tardes secretas que pasaban acariciándose con ternura y suavidad y copulando de forma furtiva. Los dedos resueltos de Militza eran tan mágicos como su lengua rápida y cariñosa, y la rosácea, la incomodidad, sus nervios en sociedad, su incapacidad para comprender las idas y venidas de la corte, quedaban relegadas a un segundo plano. Tenía a sus mejores amigas y a su esposo a su lado, y a Alix le

importaba poco más. Nicky pocas veces salía del palacio; rechazaba las invitaciones, evitaba las fiestas y las visitas eran pocas y espaciadas.

Durante el día se relajaban, almorzaban a la una y tomaban el té a las cuatro, tras lo cual siempre cenaban con el doctor Philippe y Stana o Militza o ambas y charlaban hasta bien entrada la noche sobre espiritismo, quiromancia y tarot, mientras el doctor Philippe les contaba historias sobre su buen amigo Papus, también conocido como Gérard Encausse, fundador de la Orden Martinista, en la que él, Philippe, estaba especialmente interesado.

—Es tan emocionante y esclarecedor —dijo durante la cena, dando un buen sorbo al vino—. La luz que todos llevamos dentro ahuyenta las sombras nocturnas, y el sol interior se alza desde la oscuridad. —Hizo una pausa para contemplar el mar iluminado por la luna que se extendía más allá de la ventana del comedor—. Eres hombre —indicó entusiasmado volviéndose hacia los ojos azul claro de Nicky—. No olvides nunca que eres la manifestación de la dignidad humana. Respeta esta noble herencia, porque esta es tu primera y más importante misión en la tierra.

—Me he pasado toda la vida respetando mi herencia noble —repuso Nicky—. ¿Tienes idea de lo sofocante que puede llegar a resultar? ¿Ser obligado a gobernar, arrancado del seno de tu familia?

—Deberías estar pensando en tu dignidad humana —declaró Philippe, con un gesto entusiasta con la mano.

—Pero ¿y si la herencia se interpone en el camino de la dignidad? —Nicky encendió un cigarrillo y miró a Philippe.

—Todos los viajes son personales, eso es lo que creen los martinistas. Y Jesús es el Reparador. A través de Jesús puede conseguirse todo.

—Entonces, ¿el martinismo forma parte del cristianismo? —inquirió Alix, con tono más aliviado.

—Sin duda —le aseguró Philippe—. Somos cristianos esotéricos.

Nicky asintió y fumó.

—Me parece muy interesante, tienes que presentarme a tu Papus si viene a San Petersburgo.

—Al igual que el Amanecer Dorado, ¿se basa en la teúrgia? ¿Utilizar rituales? ¿Ver la magia en la naturaleza? —preguntó Militza.

—De verdad, Militza —intervino Alix, riendo—, ¡a veces no entiendo dónde aprendes esas cosas!

—Ambos son igual de tolerantes con las mujeres —concluyó Philippe.

—He leído las obras de Hermes Trismegisto —dijo Militza.

—Y aprendido a leer las estrellas como camino hacia la unidad, *henosis* —añadió Stana.

—¡Como bien sabéis, yo también soy su seguidor! La medicina hermética, la astrología, la alquimia, la magia. ¿Tenéis intención de abrir una logia en San Petersburgo? —preguntó Philippe.

—A su debido tiempo. Tal como dijo Hermes Trismegisto: «El castigo del deseo es la agonía de la insatisfacción» —dijo Militza riendo mientras miraba a Alix, que retorcía ligeramente los labios para formar una sonrisa.

—Sin duda —convino Nicky, tomando una pequeña pipa de arcilla y llenándola con un poco de hachís del doctor Badmayev—. Y todos hemos tenido una buena dosis de ello.

Hacia mediados de agosto —el día 16—, mientras Philippe estaba tomando el aire en la playa, Nicky llamó a su despacho tanto a Militza como a Stana. A pesar del buen tiempo y del estado de gestación avanzado de su esposa, estaba pálido. Sentado a su amplio escritorio, rodeado de paneles de nogal, tamborileaba con los dedos una carpeta color crema mientras contemplaba el mar. Quedaba claro que estaba absorto en sus pensamientos.

—Sentaos —dijo sin molestarse en mirarlas y señalando dos sillas de cuero marroquí. Militza miró hacia su hermana. Aquello no pintaba bien. ¿Acaso sabía algo de las tardes que pasaba junto a su esposa?—. Bueno —dijo, volviéndose lentamente—, parece ser que mi madre, o más bien la Ojrana, ha estado en París.

—¿Qué hace en París la policía secreta? —preguntó Stana con la espalda bien recta y las manos nerviosas juntas en el regazo. Militza le tocó el brazo y le indicó que guardara silencio.

—Y parece ser que ellos —o, mejor dicho, ella— han recopilado un pequeño informe.

—¿Un informe? —preguntó Militza.

—Parece ser —continuó— que Nuestro Amigo es más bien un fraude.

—¡No! —repuso Militza, negando con la cabeza y con el corazón palpitante.

—¡De ninguna manera! —añadió Stana—. Curó a Román el verano pasado.

—Sí —corroboró Militza—. Mi hijo tenía la tos ferina y cuando él vino se le fue.

—Puede curar la sífilis —afirmó Stana.

—Lo sé —convino él con voz cansina—. No estoy seguro de qué es lo que me parece más decepcionante: el carácter artero de mi madre o el hecho de que la Ojrana siguiera sus instrucciones pasando por encima de mí.

—Es terrible —dijo Militza.

—No tan malo como lo que aparece en el informe. Que ha mentado, engañado, que es un charlatán, que se hace pasar por médico y ejerce sin licencia.

—¡Pero si venía con un montón de recomendaciones! Me lo presentó un buen amigo —insistió Militza.

—Lo sé, lo sé. —Nicky asintió—. Y amainó la tormenta cuando estábamos

en el *Standart* .

—¡Sí! —convino Stana—. Recuerdo lo afortunados que nos sentimos por tenerlo a bordo.

Nicky sonrió.

—Muy afortunados.

—Y ha sido tan buen amigo nuestro, es «Nuestro Buen Amigo» —dijo Militza—. Además, estás a punto de tener un hijo varón.

—Sí —asintió y exhaló lentamente mientras cavilaba—. Me veo obligado a creer, pero no estoy preocupado por mí, sino por Alix.

—¿Por qué? —preguntó Stana—. Pronto dará un heredero y todos sus problemas acabarán.

—Sus problemas son inmensos —declaró Nicky como si hablara consigo mismo—. En la corte se rumorea que voy a divorciarme de ella. Igual que Napoleón de Josefina cuando fue incapaz de darle un heredero en catorce años de intentos. Y nosotros solo llevamos ocho años.

—Ocho largos años —convino Stana, con un entusiasmo un tanto excesivo.

—Entonces, ese informe —dijo Nicky, armándose de valor de forma repentina— lo desestimaré. Lo desestimaré de lleno y, para que mi madre se dé cuenta de que no me creo ni una palabra de lo que contiene, cesaré al agente, o agentes, que lo prepararon. Así no habrá dudas acerca de cómo me siento.

—Sí —convino Militza con un asentimiento firme de la cabeza.

—Y a Alix no le contaremos nada —añadió Stana.

—Mi mujer no se enterará de nada.

—¿De qué no me voy a enterar? —preguntó Alix en cuanto entró en el despacho, vestida con un vaporoso salto de cama blanco del que sobresalía su vientre de embarazada—. Venía a ver si queríais limonada recién hecha, pero ahora estoy intrigada. ¿Qué secretos?

—Ningún secreto, amor mío —repuso Nicky, levantándose de la silla.

—Cuánto odio que mientas —contestó Alix—. Siempre lo noto, ya lo sabes.
—Se acercó hacia el escritorio—. ¿Qué secretitos? —bromeó sonriendo.

—Nada —respondió Nicky.

—Oh, venga ya.

—Sinceramente. Nada. Déjalo estar.

—No seas tan malo —dijo con tono infantil mientras se balanceaba hacia el escritorio.

—¡LÁRGATE ! —gritó Nicky, apartándola del escritorio, pero, al hacerlo, se le quedó la manga enganchada en los documentos de la Ojrana y las hojas de papel y las fotos salieron disparadas al suelo.

El zar fue el primero en arrodillarse, buscando por la alfombra y recogiendo los documentos lo más rápido posible.

—Oh, mira, ¿es Philippe? —preguntó Alix, más que un poco curiosa—. ¿Es un informe policial? ¿Lo han detenido?

Fue demasiado tarde. A pesar de su envergadura y estado, Alix se hundió poco a poco en el suelo. Rodeada de papeles, los fue cogiendo uno por uno y los examinó, por brevemente que fuera, antes de dejarlos caer con la mano flácida.

—Oh, querido —dijo al final, alzando sus enormes ojos azules del suelo—, dime que no es verdad.

—No es verdad —repitió Nicky con la más resplandeciente de las sonrisas—. ¿Cómo va a serlo? ¡Mírate! Estás embarazada. ¡Embarazada de nuestro hijo!

—Sí —sollozó—, así es.

—Voy a deshacerme del expediente, voy a deshacerme del hombre que lo escribió —declaró, inclinándose hacia ella y tendiéndole la mano.

—Sí —asintió ella, sorbiéndose la nariz—. Deshagámonos de ellos. —Le

tomó de la mano—. Deshagámonos de todos ellos, incluida la persona que encargó la investigación.

—Sí —convino Nicky—. Deshagámonos de todos ellos.

Hasta que él no la levantó del suelo, no vieron lo que había ocurrido.

—¡Sangre! —exclamó Stana.

—Un charco —susurró Militza.

—Que alguien vaya a buscar al doctor Philippe —dijo Alix mientras se desmayaba en los brazos de su esposo.

Tardaron varios minutos en subir a Alix al piso de arriba y dejarla en su dormitorio azul y blanco. Militza recostó su rostro desfallecido blanco como la nieve en almohadones mientras Stana iba a buscar al doctor Philippe, al tiempo que ordenaba a los criados que trajeran agua, toallas y a Brana. Reinaba el caos y los gritos y el sonido del correteo de pies llenaba el ambiente de pánico, pues la situación los había pillado a todos desprevenidos.

El primero en llegar fue el doctor Philippe. Acalorado y recién llegado de la playa, tenía la cara de un fuerte tono rosado. Sudaba y le faltaba el aliento.

—¿Qué tal está la paciente? —preguntó, resoplando al llegar a lo alto de la escalera, pasándose los pulgares por la cinturilla prieta y húmeda de los pantalones—. ¿Ha llegado la hora?

—Hay sangre —respondió Militza, susurrando preocupada—. Bastante.

—¡Oh! La sangre es como el vómito —respondió con osadía—. Siempre parece más de lo que es realmente.

—Todo irá bien, ¿verdad? —quiso saber Nicky.

—Ya ha estado en esta situación varias veces —declaró Philippe—. Seguro que todo irá bien. Dios cuida de ella.

—Lo sé, pero siempre es un momento peligroso. Es lo que tiene ser mujer.

—Nicky exhaló un suspiro arrugando la frente, ansioso—. Y yo la quiero muchísimo.

El doctor Philippe dio un palmadita en el dorso de la mano de Nicky y entonces entró en la estancia, que estaba muy iluminada. El sol de la tarde entraba a raudales por entre las cortinas descorridas y las gaviotas graznaban en el exterior.

—Ahí, ahí —dijo Philippe mientras tomaba asiento en el borde de la cama. Tomó la mano fría y húmeda de Alix—. ¿Qué tal te sientes?

Alix abrió los ojos; tenía la boca seca y quedaba claro que sentía dolor.

—Bien —dijo con voz queda—, ahora que estás aquí todo irá bien.

—¿Sientes que ha llegado el momento? —preguntó Philippe, con las manos en el borde de las sábanas, preparándose para retirarlas.

—Todavía no —respondió Alix, haciendo una pequeña mueca.

De repente, se oyó una gran conmoción en el vestíbulo de la planta baja y el sonido de unos pasos que subían con premura.

—¿Doctor Ott? ¿Doctor Girsh? —dijo Militza, interponiéndose entre los dos caballeros de mediana edad conmocionados y la entrada del dormitorio—. ¿Qué demonios hacéis aquí?

—Nos han llamado —respondió el doctor Ott educadamente—. Como médico de la corte se supone que debo asistir en todos los partos imperiales.

—Llevamos los últimos diez días aguardando en Peterhof, a la espera de ser llamados —añadió el doctor Girsh, el más delgado de los dos, pero con mucho más pelo.

—¿Y quién os ha hecho llamar? —preguntó Militza.

—Yo —dijo una voz al pie de la escalera.

Cuando se volvieron todos vieron a la niñera Margaretta Eagar de pie con gesto un tanto tenso. Iba vestida con un sencillo vestido gris y un delantal blanco con volantes, su cabello rubio rojizo recogido en la coronilla y con una

determinación feroz en sus ojos azules pequeños y penetrantes. Militza la miró desde el rellano. Nunca le había caído bien esa exmatrona autoritaria de un orfanato de Belfast, cuyo acento de Limerick era tan marcado que incluso a una buena angloparlante como Militza le costaba entender.

—¿Tú?

—Sí, Alteza Imperial. —Quizá Margaretta había hecho una reverencia, pero Militza percibió su ira incluso desde la distancia que las separaba. Militza no dijo nada—. Como enfermera titulada que soy —empezó a decir Margaretta—, me pareció que su Alteza Imperial necesitaría a su médico. —La cabeza le temblaba de un lado a otro mientras intentaba controlar sus emociones.

—No estoy convencida de que lavar vendajes y vaciar bacines en Irlanda te certifique para mucho, querida, pero teniendo en cuenta que estás aquí — Militza se volvió hacia los dos caballeros del rellano—, informaré a la emperatriz.

Cuando volvió al dormitorio, Philippe había corrido las cortinas y el ambiente estaba un poco más tranquilo.

—He estado cantando y empleando un poco de hipnosis y parece un poco más calmada —dijo Philippe cuando Militza se acercó a la cama.

—¿Alix? —preguntó—. El doctor Ott y el doctor Girsh están fuera. — Habló lentamente—. Dicen que quieren examinarte.

—¡No! —replicó Alix, moviéndose en la cama—. Diles que no. Diles que se marchen. No quiero que me examinen. Esos dos payasos solo saben traer niñas al mundo.

La hemorragia paró y el parto propiamente dicho no empezó hasta al cabo

de cuatro días. Al comienzo, Alix se tomó los dolores y los gemidos con calma. A última hora de la tarde, se sujetó al poste de la cama con ambas manos, gimiendo y agachándose cuando surcaba las olas de cada contracción, mientras Philippe, Militza y Stana estaban junto a ella, secándole la frente de vez en cuando y murmurándole palabras de aliento. Al llegar la medianoche se fue debilitando y se puso a descansar en la cama mientras Brana le ofrecía sorbitos de Madeira al que había añadido láudano para ayudarla a pasar el trance. Para entonces las sábanas estaban empapadas de sangre y sus gritos resonaban por todo el palacio. Militza tenía las manos entre las piernas de Alix, con las yemas de los dedos en el interior de su cuerpo mientras intentaba desesperadamente sacar la cabeza del bebé. Mientras ella empujaba y presionaban con firmeza, Alix gemía con un lamento de intenso dolor. Quedaba claro que no faltaba mucho tiempo.

—Necesitamos cloroformo y los fórceps, este bebé parece que va a salir con el cuello por delante —dictaminó Militza.

—Toma —dijo Philippe. Rebuscó armando un poco de estruendo en una caja y le tendió un frasco de cristal y un pañuelo—. Pero no tenemos fórceps.

La lucha fue titánica y la pérdida de sangre, exagerada, mientras Militza luchaba, con los antebrazos en el interior, por sacar al bebé desesperadamente. Alix luchaba contra el dolor y el cloroformo e iba perdiendo y recuperando la conciencia. Al final, a eso de las cuatro de la madrugada, justo cuando el sol asomaba por el horizonte, nació un bebé más bien pequeño y delgado.

Stana observó a la criatura enrojecida que se retorció en la cama.

—Es una niña.

La conmoción fue tal que nadie se molestó en envolver a la criatura; todos se quedaron allí mirando, incapaces de dar crédito a sus ojos. Una niña. Otra

niña. ¿Cómo era posible? La zarina había creído a Philippe de forma incondicional. Todos le habían creído. Y ahora había una niña. La quinta hija.

—¿Y si la matamos? —sugirió Brana, mirando a la bebé con un desprecio absoluto—. ¿Un poco de cloroformo?

—No —dijo Militza.

—Deshaceos de la bebé —propuso Stana—. Tiene que desaparecer. No puede tener la quinta hija. —Negó con la cabeza—. Pero ¿cómo?

Todas se volvieron hacia Philippe, que estaba tan traumatizado por lo que había visto y lo ocurrido que era incapaz de responder. Se quedó quieto, inmóvil e impertérrito, observando a la criatura en la cama, unida todavía a su madre por el palpitante cordón umbilical. Toda su vida se le apareció en forma de destello porque supo, en ese preciso momento y lugar, que su trabajo en Rusia había terminado. Ni siquiera él, el gato de las siete vidas, el señor capaz de aplacar tormentas e hipnotizar a cualquiera, ni siquiera él era capaz de recuperarse de esto. ¿Cinco hijas? Su vida estaba destrozada.

—Podría llevármela conmigo cuando me marche —se limitó a decir—. Encontrarle un buen hogar, una familia cariñosa. No hace falta que nadie se entere.

Se hizo el silencio mientras los cuatro digerían el plan.

—Sí —convino Militza—. ¡Llévatela! Llévatela y nadie se enterará.

—Pero ¿qué decimos? Tendremos que dar alguna explicación —planteó Stana.

—¿Un aborto? ¿Bebé nacido muerto? —Brana se encogió de hombros—. Ocurre con frecuencia.

—Sí. —Philippe asintió y fue asimilando la idea—. La naturaleza es tan derrochadora, tan cruel, pobre zarina, la nación entera se sumará a su dolor, todas las madres de Rusia llorarán con ella; su Madre Rusia sufre igual que ellas, tomarán las calles para mostrar su solidaridad, llenarán las iglesias y

lloverán por ella... Pero una quinta hija... —Negó con la cabeza—. Nadie se alegra de una quinta hija. Nadie da un cañonazo ni tañe la campana de una iglesia por otra niña. —Se estremeció—. Es una idea insoportable.

—De acuerdo —dijo Militza.

—Pero ¿qué les decimos a Ott y a Girsh? —preguntó Stana—. Querrán ver algo...

Se miraron los unos a los otros, confiando en que alguien dijera algo, hiciera algo que mejorara la situación. La bebé de la cama empezó a llorar y Alix gimió ligeramente a modo de respuesta; los efectos del cloroformo empezaban a disiparse. Fuera cual fuese la decisión que tomaran, tendrían que actuar con celeridad.

—Cierto —dijo Militza, secándose con vigor las manos ensangrentadas en una toalla. Señaló a Brana—: Corta el cordón. —Asintió hacia su hermana—: Tú quédate aquí y cuida de Alix. Yo iré a informar al zar y tú y Brana mejor que hagáis callar a la bebé y penséis en algo.

Militza salió de la estancia y, mientras se alisaba el delantal manchado de rojo, bajó la escalera lentamente en dirección al despacho del zar. De camino pasó junto a varios miembros del servicio que estaban por el vestíbulo, a la espera de noticias. Cuando alzaron la mirada expectantes, Militza bajó la vista como si los preparara para la mala noticia. Llamó a la puerta del despacho y Nicky la abrió. Por la expresión de su rostro, Militza se dio cuenta de que sabía que algo había ido mal. Si el bebé hubiera sido un varón sano, los gritos de alegría habrían resonado por todo el palacio con tanta fuerza y pasión que se habrían oído en la playa y en el golfo de Finlandia. Sin embargo, reinaba el silencio.

—Es una niña —anunció Militza con voz queda.

—¿Cómo? —preguntó, desplomándose en el asiento—. ¿Cómo es posible?
—Se sorbió la nariz mientras las lágrimas de decepción desesperante se

acumulaban en sus ojos exhaustos—. Esta vez sí que ha creído en Philippe; le hemos rezado a Dios, nunca hemos dejado de rezarle a Dios; hemos suplicado e implorado y nos hemos arrodillado para pedir su ayuda y perdón, le hemos pedido un hijo. ¿Y ahora esto?

—Lo sé. —Militza intentó aplacarlo, se sentó a su lado y le tomó las manos—. Lo sé. Lo sé. —El zar apoyó la cabeza en el hombro de ella mientras sollozaba—. Escucha —dijo Militza mientras lo reconfortaba con un suave abrazo—. Creo que sabes lo que voy a decir, aunque no quieras oírlo. —Hizo una pausa y se mantuvo serena—. Rusia no aceptará a otra niña. Alix no puede tener otra hija. La corte no lo aceptará, San Petersburgo tampoco; en las provincias, en el campo, nunca se lo perdonarían. Ya piensan que se trata de una espía alemana enviada para destruir la dinastía de los Románov. Ya sabes que tengo razón. Me duele que tengas que oírmelo decir.

Nicky dejó de llorar y levantó la cabeza. Se la quedó mirando. Estaba tan cerca que ella notaba su aliento cálido en los labios.

—Philippe se la llevará. Se la llevará a Francia. Necesitará dinero, claro está, pero se lo darás tú. Pero debe marcharse y llevársela consigo. Y tiene que marcharse lo antes posible.

—Pero ¿qué dirá Alix?

—Alix todavía no está consciente. Pero se lo diremos cuando vuelva en sí. Y estará agradecida. Se alegrará de que la hayamos ayudado. Se alegrará de que la hayamos salvado de la multitud. Pero tiene que ser un secreto. Todo debe quedar en secreto. ¿Quién sabe qué ocurriría si se descubriera alguna vez que hubo otra niña? Tendrías que divorciarte de ella y ella sería proscrita y acosada para que se marchara del país. Si es que llegara tan lejos...

Nicky se la quedó mirando. Era demasiado que digerir. Se lo veía turbado, asustado, como poco estaba indeciso, pero Militza le pedía que tomara una decisión ahí y entonces. Y a él le dolía sobremanera pensar en ella.

—Lo que consideres mejor —masculló al final.

Philippe bautizó a la niña con el nombre de Suzanna. Fue idea suya ponerle un nombre que sonaba tan francés para que nadie sospechara de dónde era en realidad. Militza nunca olvidaría el día que se marchó rumbo a París.

El día era frío y húmedo y una niebla densa y desagradable se cernía pesadamente sobre la dacha. Helaba hasta los huesos y hacía estremecer como si alguien pasara por encima de su propia tumba.

Solo los despidieron el zar, la zarina y las dos hermanas. Nadie más aparte de Brana sabía que la bebé existía. La limpieza fue completa y organizada. Los doctores Ott y Girsh fueron los primeros en convencerse. Por casualidad, Bran, que tenía vista de lince a pesar de su avanzada edad, se fijó en un óvulo del tamaño de una nuez entre la sangre y las sábanas mientras limpiaba después del parto. Lo recuperó enseguida y lo mostró diligentemente a los médicos para explicar el «aborto». Por suerte, cuando lo examinaron bajo el microscopio, resultó ser un óvulo muerto fertilizado de unas cuatro semanas, por lo que confirmaron con tristeza la terrible noticia acerca de la zarina: un horrible aborto que se había manifestado en forma de embarazo psicológico. En realidad, no había ningún bebé. La emperatriz viuda fue informada y después la corte. Como es natural, los rumores no se hicieron esperar. Se dijo que Alix había dado a luz a un animal con cuernos, una criatura tan espantosa, tan horrible, el engendro del diablo en persona, que se vieron obligados a ejecutarlo al nacer. Otros vieron la muerte prematura del bebé y la falta del tan esperado hijo como un castigo divino por la terrible tragedia del campo de Jodynka. A pesar de la predicción de Philippe, pocos se mostraron comprensivos. Sin embargo, todo aquello era preferible a la realidad. Si la

verdad saliera alguna vez a la luz —el nacimiento de una quinta hija— los destruiría a todos.

Se decidió que Philippe y Suzanna viajarían a través de Finlandia y luego en tren hasta París, donde Philippe sería recibido por un colega de confianza: Leendert Johannes Hemmes. Leendert y Philippe eran amigos desde hacía tiempo y profesaban la misma religión martinista. Hablaron de su lealtad hasta bien entrada la noche, mientras Militza y Philippe urdían su plan. Leendert también poseía poderes mentales, que empleaba para diagnosticar enfermedades en la orina de los enfermos. Era de confianza. Tenían que confiar en él. La criatura no podía quedarse en Rusia.

—Todo irá bien —aseguró Philippe a Alix mientras ella permanecía en la fría niebla, con los ojos grises vidriosos y expresión vacía—. No es un viaje largo. Ya escribiremos.

—No —contestó Alix—. Ningún contacto. Ninguna noticia. Es la única manera. La policía secreta está por todas partes. Y no puedo garantizar que las noticias no me harían perder el juicio. La herida necesita cicatrizar. Suzanna está muerta. Está con May, comiendo manzanas asadas...

Philippe asintió. Sostenía en sus brazos a la pequeña, silenciosa y enfermiza Suzanna, que ya parecía saber la suerte que iba a correr.

—¿Te gustaría...? —Le tendió a la bebé.

—Asegúrate de que no pasa frío —susurró Alix.

Extendió una mano fina y temblorosa para tocar a su hija por última vez. Sus dedos trémulos se cernieron por encima de la bebé, y pareció estar a punto de bendecir a su hija, de encomendarla a Dios, pero la retiró lentamente, porque quedó claro que se lo pensó dos veces.

El zar había regalado a Philippe un automóvil Serpollet nuevo y elegante como recompensa por todo su trabajo. Estaba estacionado y recién encerado en el camino de entrada esperando a ser llevado a la estación y cargado después en el tren rumbo a Helsinki. Philippe también recibió unos cinco millones de rublos, en billetes correlativos, para comprar el silencio y la discreción de Hemmes. (El hecho de que Philippe se construyera posteriormente una bonita casa en Rotterdam, a pesar de no disponer de fuentes de ingresos conocidas, no llegó a saberse.) Alix había reunido una pequeña selección de joyas, por las que su hija se daría a conocer algún día, cuando fuera seguro: un pequeño cofre de Fabergé; un icono de viaje en una cadena de plata, también de Fabergé; y un grueso collar de perlas. En caso necesario, podría venderlo todo. La pobre Alix no era capaz de ponerse a escribir, por lo que Militza fue quien escribió a Suzanna una larga carta en la que le explicaba por qué habían convencido a su desconsolada madre a entregar a su preciosa hija.

Justo cuando se marchaba, Philippe se volvió hacia Militza, se introdujo la mano en el bolsillo y extrajo un pequeño icono, que le colocó en la mano.

—Toma esto —le dijo, apretándoselo contra la palma—. Es un icono muy especial y poderoso: san Juan Bautista, el ángel del desierto. Te mantendrá a salvo, porque protege a todos aquellos que lo poseen. No te sobrevendrá ningún daño mientras esté en tu posesión. Me lo dio Papis y ahora te lo entrego a ti. Ya no lo necesito, mi labor ha terminado y no tengo futuro. —Le dio un suave beso en la mejilla—. Recuerda que fue san Juan quien anunció la llegada del Mesías. Tú también lo harás. Lo atraerás hacia Rusia, como una sirena, y aparecerá cuando más lo necesites. Gracias. Gracias por creer en mí. Tienes un don, Militza. Empléalo con sabiduría.

Acto seguido, se dirigió a la zarina.

—Majestad Imperial... —Inclinó la cabeza bajo la mirada fija de Alix. Su

rostro tenso impasible; sus dedos finos toqueteaban nerviosos el largo collar de perlas que llevaba al cuello—. Tendrás tu hijo. Predigo que, si canonizáis a Serafín de Sarov y nadáis a medianoche en agua sagradas, concebirás y cumplirás tus sueños. Serafín predijo vuestro reinado. Dijo que algún día Rusia estaría gobernada por Nicolás y Alejandra y que él sería canonizado durante ese reinado. Hazlo y concebirás a tu hijo.

Alejandra se limitó a mirarlo fijamente y asintió poco a poco.

—Como ordenes, eso haré —respondió.

—No llores por mí y no llores por tu bebé —dijo Philippe, sujetándola por los hombros delgados—. Te prometo que algún día tendrás otro amigo que, como yo, te hablará de Dios. Toma —dijo, introduciéndose la mano en el bolsillo y extrayendo un pequeño ramillete de flores secas—. Estas violetas fueron tocadas por Cristo. Las tocó con sus propias manos. Han sido veneradas y empleadas para los rezos durante siglos. Te las entrego para que te mantengas a salvo.

—Gracias —contestó ella.

—Yo ya no las necesito. Porque dentro de unos años, en 1905, moriré.

—¡No digas eso! —Alix le colocó los dedos temblorosos en los labios.

—Es cierto. Porque siempre digo la verdad.

—Chitón.

—Pero mi espíritu sobrevivirá.

—Claro que sí —susurró ella, y una lágrima solitaria le rodó por la mejilla—. Bendigo el día que te conocí.

El rostro de Alix adoptó un intenso tono rosado. Temblaba de forma evidente cuando regresó lentamente a palacio.

Aquella noche, Militza acostó a Alix. Recibió una de las pócimas más

potentes de Brana, compuesta por una infusión de amapola y leche caliente, que tomó a sorbos en la cama, con la vista clavada en la pared, incapaz de articular palabra. Al final se tumbó, y mientras Militza le acariciaba el pelo, se durmió entre sollozos. Militza, que estaba también cansada después de todas las conspiraciones y planes de los últimos días, se quedó dormida al cabo de unos minutos en el diván adjunto, aunque Alix la despertó más tarde.

Debían de ser las dos o las tres de la mañana, recordaría más tarde, y el brillo de la luna entraba por la ventana abierta. Alix estaba de pie, con un fino camisón blanco, bañada por la luz plateada, meciendo lentamente entre sus brazos lo que parecía una muñeca y cantando con dulzura en voz baja. Militza se sentó a observar, traspuesta. La zarina no lloraba; no se la veía angustiada, de hecho, parecía rabiosamente feliz mientras cantaba una nana y mecía a la muñeca de madera entre los brazos. Era como si todas sus preocupaciones y la agonía de los últimos días no fueran nada. Tenía una voz dulce e infantil, y se movía con fluidez. Parecía un hilo que brillaba a la luz de la luna.

—¿Alix? —se atrevió a decir Militza mientras cruzaba la estancia en dirección a ella.

—¡Oh! —respondió, volviéndose de repente—. ¡Eres tú! —Sonrió; ahuecó la mano fría bajo el mentón de Militza y le pasó el pulgar suavemente por los labios. Hablaba con voz susurrante y tenía los ojos vidriosos. La expresión de su rostro era de felicidad absoluta—. ¡Mira! —exclamó, alzando la muñeca—. ¡Mira, amor mío!

Militza la atisbó gracias a la luz de la luna.

—Una muñeca mágica de Smolensk.

Reconoció el rostro de madera afilado y la ropa tosca de inmediato. Recordó pedirle a Brana que la buscara, cuando la envió al convento de Smolensk. La vieja ama había tardado días en encontrar al grupo adecuado de monjas, porque con el tiempo se habían vuelto cada vez más reservadas. Al

final, lo que la condujo a ellas fue la cola de las infértiles, que lloraban en el exterior de una pequeña puerta situada en una callejuela estrecha. Estaban todas esperando, esperando desesperadamente, una pequeña muñeca de madera que acunar por la noche con la esperanza de que las ayudaría a concebir.

—Mira, Nicky, es como el niño Jesús —respondió Alix, acariciando la coronilla de la dura cabeza.

—Un niño —susurró Militza, caminando hacia ella.

—Sí, amor mío, un niño. —Alix sonrió—. Por fin tenemos un hijo.

—Bien hecho —dijo Militza, tomando a Alix por los hombros y guiándola de vuelta a la cama. El té cargado de opio le estaba jugando malas pasadas en su mente traumatizada.

—¿Estás contenta? —preguntó Alix, acobardada—. ¿Te he complacido por fin?

—Sí, sí, lo has hecho bien.

—Lo único que quiero es complacerte, amor mío —siguió diciendo, de pie junto a la cama, balanceando la muñeca con una sola mano. Se volvió hacia Militza, dio un paso hacia ella y le presionó los labios contra la mejilla—. Mi único deseo ha sido hacerte feliz. Un hijo para ti, para Rusia.

—Lo sé —susurró Militza antes de apartarla lentamente, hacia la cama.

—¿Te quedas conmigo? —Alix sonaba aterrada. Era difícil saber si estaba consciente o inconsciente, en este mundo o en otro. De repente sujetó a Militza por los hombros y la miró de hito en hito, aterrada—. No creo que sea capaz de pasar el resto de la noche sola.

11 de febrero de 1903

San Petersburgo

Aquella fue la primera de las muchas noches que Militza pasó durmiendo en el diván del dormitorio de la zarina. Transcurrieron unas cuantas semanas hasta que la zarina dejó de despertarse y de acunar a la muñeca a altas horas de la noche y unas cuantas más hasta que dejó de llorar. Las pócimas a base de opio de Brana estaban cada vez más cargadas para ayudarla a mitigar el dolor. Cuando llegó el momento en que a la zarina le costaba levantarse de la cama por la mañana, se decidió reducir la dosis de semillas de amapola en la bebida nocturna. El zar en persona sugirió que probase un poco de la excelente cocaína del doctor Badmayev como reconstituyente; él mismo la tomaba para ayudarlo con un dolor de muelas persistente y con el letargo de sus días.

Por suerte, durante ese periodo el resto de la corte tenía poco tiempo para preocuparse por otro embarazo fallido de la zarina. Ya no esperaban más que decepciones de esa *fräu* de cara agria y tenían otros asuntos en mente: los preparativos del Baile Medieval inminente. Las invitaciones se habían enviado casi un año antes del acontecimiento, y la complejidad de los trajes de cada uno bastaban para mantener ocupadas hasta a las mentes más activas. No se trataba de un baile de disfraces cualquiera; era el baile que ponía fin a todos los bailes. Alix había tenido la idea de evocar las glorias pasadas de la corte moscovita bajo el mando de los primeros Románov, y se tomaban los

trajes muy en serio. El vestido de Alix, cuya confección se había prolongado más de siete meses, era una copia de los ropajes que en una ocasión había llevado la primera esposa del zar Alekséi, María, en la década de 1660. Bordado con diamantes, lentejuelas y perlas con hilo de oro y plata, se rumoreaba que había costado más de un millón de rublos.

Pero no eran los disfraces lo que Militza recordaría de esa noche, cuando trescientos noventa de los invitados más ilustres de la ciudad bailaron en el Palacio de Invierno como en un «sueño viviente», aunque fueron extraordinarios. Los diseñadores y las casas de vestuario para el teatro habían trabajado duro durante meses y habían buscado ideas e inspiración por doquier. Se habían estudiado y copiado hasta el último detalle túnicas de emires, trajes de príncipes moscovitas e incluso el atuendo de los halconeros de la corte. Pedro y Militza habían gastado una pequeña fortuna en su vestimenta. Pedro vestía una chaqueta de terciopelo negro con un águila bicéfala bordada delante con hilo de oro de la mejor calidad; sus amplios hombros estaban ribeteados con un cordoncillo dorado y llevaba unos pantalones negros holgados y unas botas negras, además de ir tocado con un gorro de boyardo revestido de pieles. Militza iba de terciopelo negro a juego. Su largo y ancho sarafán estaba ribeteadado con cuentas de azabache y lentejuelas doradas, y el tocado dorado kokóshnik le temblaba de tantas perlas que llevaba. Como era de esperar, la gran duquesa Vladimir lució toda su extravagancia con un sarafán de terciopelo dorado bordado con joyas, complementado con el tocado kokóshnik de casi treinta centímetros de alto, con incrustaciones de esmeraldas, rubíes y diamantes. Dominó el evento, al igual que el diamante Estrella Polar de cuarenta y un quilates que ocupaba el centro del kokóshnik de la princesa Zinaida Yusúpova, que solo superaba en esplendor el zafiro de cuatrocientos quilates que llevaba la mismísima Alix.

—Ese pedrusco es mayor que una caja de cerillas —había comentado Pedro

mientras sorbía de una copa de champán cuando observaba a los trompetas estatales anunciando la entrada del zar y la zarina.

Sin embargo, a pesar de los modelitos elegantes, la exquisita labor de artesanía y la ostentación de joyas del evento, Militza recordaría esa velada por algo totalmente distinto.

Stana.

Se fijó en ellos justo cuando Anna Pávlova empezó a bailar unos momentos seleccionados de *El lago de los cisnes* de Chaikovski. De pie al fondo, escondidos, o eso esperaban ellos, por una columna de pórfido, allí estaban Stana y Nikolasha. Él iba vestido de boyardo, y ella, de boyarda. Él le rodeaba la cintura con el brazo y se inclinaba hacia delante, con el pequeño gorro de piel de cordero negro echado hacia atrás. Ella tenía el rostro cerca del de él mientras se reía. Él se inclinó un poco más y entonces, cuando todos los ojos estaban puestos en el cisne moribundo de Pávlova, él la besó. Stana no opuso resistencia. De hecho, cerró los ojos y dio la impresión de devolverle el beso. No fue un abrazo fugaz. Era apasionado y en público. También era fácilmente correspondido y quedaba claro que no se trataba de la primera vez que se besaban. Militza miró desesperada alrededor para ver si alguien más se había percatado. ¿Pedro? ¿El zar? ¿La zarina? ¿La gran duquesa Vladimir? Por suerte estaban observando el ballet. Pero entonces se volvió para mirar hacia otro lado, y se encontró con la mirada de un hombre vestido como un boyardo del siglo XVII con un abrigo de terciopelo blanco con ribetes de visón y un par de botas de cuero marroquí color crema. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, se había recortado el bigote y portaba un puñal en la cintura.

—Ya veo que la nigromante ha encontrado sangre fresca —dijo, mirando hacia Stana y Nikolasha mientras ella caía hacia atrás contra la columna,

poniendo la boca en alto a la espera de otro beso—. ¿No sabe que el incesto es ilegal en este país?

—¡No están emparentados! —espetó Militza.

—Oh, claro que sí —repuso él, cerrando los ojos con satisfacción—. Estás casada con su hermano, y a los hermanos no se les permite casarse con hermanas en Rusia, es pecado. —Sonrió—. Aparte del adulterio evidente que, por supuesto, es un asunto completamente distinto.

—No sé si es asunto tuyo. —Militza se volvió para situarse frente a él—. Y, francamente, no estás en situación de hacer gran cosa al respecto, ¿verdad?

Oía el tembleque de las perlas que le colgaban en el kokóshnik con tanta fuerza como el repiqueteo de un hechicero mientras fingía estar divirtiéndose. El desagrado que sentía por ese hombre no había disminuido ni un ápice.

—La verdad es que tu seguridad es digna de encomio, cabrera —se burló—. ¿No te das cuenta de que tus días están contados? Tu carnicero ha sido devuelto a Lyon y sigues sin tener heredero. ¿Cuánto tardará ella en cansarse de vosotras? ¿Cuánto tardará en devolveros a las Montañas Negras, que es vuestro sitio?

—Vas a pasarte mucho tiempo conteniendo el aliento.

—¿Sigues en la alcoba? —se mofó—. ¿A cargo del orinal imperial?

—¿Militza? —dijo una voz desde atrás.

—Alteza Imperial —respondió él, sonrojado cuando hizo una rápida reverencia.

—Conde Yusúpov. —La zarina asintió—. ¿Qué tal están tus hijos? —preguntó educadamente mientras entrelazaba los brazos con los de Militza—. ¡Deben de estar ya mayores!

—Nicolás tiene veinte, y Félix, dieciséis, ha estado en Italia y ahora se ha ido a París; tiene intención de estudiar en la Universidad de Oxford.

—Inglaterra es un país encantador —dijo ella—. Ojalá fuéramos allí más a

menudo. Me encantaban los veranos que pasábamos en la isla de Wight. Osborne House. —Sonrió.

—Ella me ha hablado de las vacaciones que pasabas con tu abuela —indicó, entusiasmado.

—Militza —añadió Alix rápidamente, cogiéndola de la mano—. Tengo que hablar contigo.

—Claro. —Sonrió lentamente, con la cabeza inclinada a un lado mientras daba la espalda al conde Yusúpov.

Alix se abrió camino entre el humo de los cigarrillos, los trajes rígidos con incrustaciones de joyas y los bailes cada vez más embriagados. El gran duque Constantino Constantínovich bailaba entusiasmado una cuadrilla, intentando mantener sujeta una copa de champán, mientras declaraba a voz en grito lo «asombrosamente hermosos» que estaban todos los invitados.

—¿Qué está haciendo tu hermana?

Alix se volvió en redondo en cuanto llegaron a un pasillo tranquilo. Su rostro sonrojado denotaba una expresión furiosa. Con un movimiento rápido, se llevó las manos a los lóbulos de las orejas e hizo una mueca; los pendientes pesaban tanto que le dolían las orejas cuando se movía.

—No sé a qué te refieres —contestó Militza.

—¿Cuánto hace que dura esto? —Militza guardó silencio—. Es de todos sabido que su esposo tiene una amante en Biarritz.

—¿Ah, sí?

—¡No me lo puedo creer! —La zarina estaba exasperada—. Stana debe saber que no se permite que una mujer se comporte de esta manera. La gente hablará, seguro que ya hablan. Debes poner fin a esta relación. Ponle fin de inmediato. No puede comportarse de este modo. Es indecoroso cómo se

comporta con Nikolasha. ¡Nikolasha, nada más y nada menos! El hombre es tan respetado, tan admirado por todos, sobre todo en el ejército. ¡Él está soltero, pero ella no!

—Seguro que no es más que coqueteo —la tranquilizó Militza. Era imposible seguir negándolo—. ¡Arriba esos ánimos, champán!

—¡Eso no es excusa! —Alix juntó las manos delante de ella y frunció los labios antes de susurrar con voz enojada—: Las mujeres no sienten deseo; no se les permite sentir deseo, y ni siquiera deberían sentirlo. —Hizo una pausa y frotó las manos entre sí—. Se limitan a tener un deber con respecto a su esposo. Y eso es todo: un deber. —Se quedó mirando el suelo antes de alzar la mirada—. Es un escándalo que la corte no necesita. Que yo no necesito. Que Nicky no necesita. Estoy segura de que en esta corte se toleró cierta falta de rectitud moral anteriormente, antes de que Nicky fuera coronado zar, pero a mí me parece impropio.

Militza asintió. No había nada más que añadir. El tema estaba zanjado. Las dos hermanas serían rechazadas.

Cuando regresaron al baile era tarde; el reloj de pared en forma de pavo real se acercaba a las tres de la madrugada; y quedaba claro que la rectitud moral iba desapareciendo al mismo ritmo que el champán. La gran duquesa Vladimir pedía otra copa de Madeira mientras intentaba sujetar su enorme tocado. El gran duque Constantino estaba abriendo unos estuches esmaltados para ver si encontraba cigarrillos Sobranie, y Nicky, que sin duda había bebido más vino de lo habitual, se quejaba de que su sombrero con ribetes de marta cibelina le daba calor.

Militza se abrió paso por entre la multitud justo cuando la orquesta empezó a tocar otra mazurca, iba escudriñando los rostros morados y rosados del

salón del pabellón para ver si encontraba a su hermana. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo? Su comportamiento iba a poner en peligro todo aquello por lo que ella, Militza, y, sobre todo, su padre, habían estado trabajando. ¿Cómo se le ocurría hacer tal cosa?

Militza buscó por dentro y por fuera, entre las columnas blancas. Las gigantescas lámparas de araña resplandecientes del techo hacían poco por iluminar la estancia y el vaivén y los giros y las figuras que bailaban y se movían sin cesar empezaron a desorientar a Militza, que estaba más confusa con cada segundo que pasaba. Entre la multitud que giraba y giraba vio el rostro de Alix, sus pantorrillas, sus muslos..., podía saborearla. Necesitaba aire desesperadamente. El calor que le producía el traje tan recargado empezaba a consumirla. A eso se le añadía el pánico ciego de que todo estuviera a punto de desmoronarse a su alrededor, por lo que le entró un sudor frío. Intentó respirar hondo, jadeando, pero el sudor y la boca seca le resultaban excesivos. Tenía que salir del salón. Ir a cualquier otro sitio. Inmediatamente. Necesitaba aire o iba a desmayarse. Al final logró acercarse a una pequeña cristalera curva. Las manetas de la puerta estaban bloqueadas; era febrero e imaginó que no supondrían que alguien querría salir al Jardín Colgante. Empujó las puertas y salió tambaleándose.

Era una noche fría y las nubes iban ganándoles terreno a las estrellas. Aun así, el Jardín Colgante estaba razonablemente templado. Lo habían construido encima de los establos imperiales, rodeado de galerías por todas partes, lejos del calor y el ruido, pero protegido de las inclemencias de las noches invernales de San Petersburgo.

Qué alivio. Militza respiró hondo y se obligó a calmarse. Hizo ondear sus faldones e intentó aflojarse el cuello de su caftán negro y dorado con profusión de bordados. Se apoyó contra una pared para sostenerse mientras inhalaba y exhalaba, sintiendo su fría solidez en la espalda. Mientras cerraba los ojos,

oyó un grito amortiguado y de repente se percató de que no estaba sola en el tejado.

Se colocó rápidamente en una zona de penumbra, se quedó bien pegada a la pared detrás de un jazmín trepador y atisbó por entre las hojas. Ahí, a unas cuatro ventanas arqueadas de distancia, veía a una pareja bajo una estatua, inclinados el uno hacia el otro en la oscuridad. La mujer tenía los faldones subidos hasta la espalda, y su ropa interior estaba amontonada alrededor de sus tobillos, sus nalgas pálidas resultaban visibles bajo la tenue luz de la luna. Él se había levantado la túnica y había dejado caer los pantalones al suelo. Quedaba claro que estaban copulando. Ella había soltado aquel gritito cuando él la había penetrado por primera vez, pero ahora gemía. Cuanto más y más adentro la embestía, más fuerte gritaba ella. Él tomó impulso mientras sujetaba los tobillos de la estatua para mantener el equilibrio. Ella estaba de puntillas, alzando el trasero, encorvando la espalda de placer, con el mentón echado hacia delante y la boca bien abierta mientras agradecía que él no parara. Él se movía cada vez con más potencia y velocidad y los muslos de ella temblaban con cada penetración a consecuencia de la fuerza que se propagaba por sus piernas. Acto seguido, él fue más lento y se movió con mayor determinación. Ella extendió las manos desde debajo de su cuerpo para sujetarse también a la estatua. Uno más. Dos más. Tres más. Un cuarto. La mujer soltó un gritito agudo, lloraba de alegría mientras se estremecía y entonces se desplomó, agotada, contra la estatua. Él se plegó sobre la espalda de ella.

Militza se quedó totalmente inmóvil. Luego, al final, cerró los ojos poco a poco. Reconocería ese gritito en cualquier sitio.

Agosto de 1903
Sarov, región de Tambov

—Es tonto de remate. No tiene curiosidad ninguna, ni conversación ni idea de nada que no sea el día a día. Apenas lee, solo habla francés y ruso...; en conclusión, querida hermana, es un soso de cuidado.

Militza recordaba haber sonreído bajo el calor blanco del sol de Tambov. La descripción que su hermana hacía de su esposo había sido tan acertada que incluso en el fragor de su acalorada conversación tras el Baile Medieval, hacía seis meses, la había hecho reír. Era totalmente cierto. El hombre no estaba a la altura intelectual de Stana: era un patán, e incluso peor: era aburrido. No encajaban de ninguna de las maneras. Las velas de la víspera de su boda no se habían equivocado, tal como siempre pasa con las velas y la magia. No era un buen partido. Todo el mundo lo sabía. Pero ahora estaban casados. Y poco podían hacer al respecto.

Militza había esperado casi una semana antes de hablar de la escenita que había presenciado en el Jardín Colgante. Tal vez fuera por vergüenza o, tal vez, porque confiaba en que la situación se resolviera por sí sola; fuera como fuese, Militza evitó a su hermana y se pasó buena parte de esa semana reorganizando su biblioteca. Había recibido varios libros excepcionales de Watkins de Londres y se había enclaustrado toda la semana, regocijándose de la lectura.

Así pues, decidió enfrentarse por fin a su hermana siete días después en San Petersburgo. Era una tarde gris y oscura de febrero cuando se presentó en su palacio y, después de mucho buscar, encontró a su hermana en uno de los estudios más pequeños de la tercera planta. Las cortinas estaban corridas; las luces, apagadas, y el ambiente, dominado por la intensidad del incienso. Stana y Brana estaban de rodillas, cantando y encendiendo una serie de velas votivas negras. Ante ellas tenían un icono de aspecto macabro que representaba a un esqueleto bailongo vestido de santo y con un halo dorado.

—¿Qué estáis haciendo?

Militza se quedó asombrada al ver a su hermana realizando algo tan vulgar. Las dos mujeres estaban inmóviles, petrificadas como estatuas. Al final fue Brana quien habló primero.

—Rezándole a la Santa Muerte —repuso, encogiéndose de hombros.

—¿Encendiendo velas negras? ¿Negras? ¿De quién queréis vengaros?

Militza miró primero a una y luego a la otra. Eso era lo que ella y Stana solían hacer de niñas. Era magia católica, un ritual católico. No algo que hubieran traído consigo a Rusia.

—¿Brana? —preguntó.

—Yo solo hago lo que me dicen —murmuró la vieja ama.

—¿Qué quieres que haga? —Stana se volvió en redondo. Se la veía distinta. Su tez, que solía ser luminosa, estaba grisácea y tenía los ojos mortecinos por la depresión—. Lo odio —se limitó a decir—. Quiero a mis hijos. Por supuesto que los quiero. Son lo único que hacen que valga la pena vivir. Pero me siento humillada, Militza. Cada vez que Jorge va a Biarritz, con su actriz, muere otra parte de mi alma. —Exhaló un suspiro—. Estoy atrapada y no sé qué hacer. Obedecí a nuestro padre. Me casé con el hombre que él eligió... ¿y ahora qué? ¿Tengo que pasar el resto de mis días siendo solícita? ¿Al servicio

de ese dichoso país nuestro? A veces pienso que el convento habría sido mejor.

—No sabes cuánto lo siento —dijo Militza, negando con la cabeza.

—No lo sientas. Lo peor es la compasión. «Pobre Stana y su horrendo marido.» —Soltó una risa seca—. Y ahora he encontrado a una persona que me hace feliz. ¿Acaso está mal querer ser feliz? Nikolasha me hace feliz. Es galante y fuerte y apreciado en la corte, a diferencia de Jorge. Y me ama.

Miró a Militza. Su hermana siempre tenía un plan. ¿Qué podía hacerse?

Stana mantendría las distancias, exigió Militza. Como era de esperar, Stana protestó. Sería insoportable, imposible. Pero Militza se mostró inflexible. Stana pasaría el verano en Crimea, lo más lejos posible de su amante. Mientras él se mantenía ocupado con sus galgos rusos y sus fincas en Tula, al sur de Moscú, Stana intentaría controlarse y, con suerte, al final esos sentimientos ridículos y lujuriosos desaparecerían. Por lo menos, esa era la idea.

El viaje de tres días en el tren imperial fue opresivo. La familia Románov al completo, con excepción de las pequeñas grandes duquesas, viajaban en dirección sur desde San Petersburgo a Sarov, acompañada de su séquito, y se había embutido en los vagones sin ventilación para asistir a la canonización de Serafín en Tambov. El ambiente del tren no era el de una excursión gozosa para celebrar a un santo, sino más bien un funeral, que recordaba el fervor piadoso entre murmullos que Alix y su hermana Ella profesaban. El metropolitano Antonio, jefe en Moscú de la fe ortodoxa, acompañaba a la familia real. Pasó buena parte del trayecto caminando a lo largo del tren, dejando un rastro de incienso y plegarias tras su sotana negra. Los demás se quedaban más o menos reclusos en sus compartimentos, bebiendo taza tras

taza de té aguado, jugando una partida tras otra de bezigue. Militza y Stana compartían un compartimento. Como era de esperar, Jorge había rehusado ir de viaje arguyendo que tenía negocios que atender en Francia, y Militza decidió que compartir un compartimento era, con diferencia, la forma más fácil de tener controlada a su hermana. Su esposo y su hermano hicieron lo mismo, y aunque Pedro todavía no estaba al corriente de la relación incipiente entre Nikolasha y su cuñada, el reparto de camas le había parecido bien, pues le permitía pasar tiempo con su hermano mayor.

Alix había sido la principal instigadora de la canonización. Aunque Philippe había fracasado en su intento de darle un heredero, ella se aferraba a su promesa de que tendría un hijo si canonizaba a Serafín. Se mantuvo en sus trece a pesar de la cantidad de veces que los miembros de la jerarquía eclesiástica sugerían con tacto que Serafín no era un candidato adecuado para la santidad. Existían ciertas reglas que determinaban el proceso y, sinceramente, Serafín no las cumplía. Para empezar, a pesar de que llevaba muerto más de setenta años, se le atribuían pocos milagros directos. En segundo lugar, y todavía más importante, no encontraron un cadáver perfectamente conservado cuando abrieron su ataúd, tal como se esperaba de un futuro santo. Lo que quedaba de Serafín no era más que un montón de huesos y los restos de su léstovka de cuero. Pero Alix se mantuvo firme, como de costumbre. En cuanto Alix decidía algo, era casi imposible disuadirla. Con respecto al emperador, solo quería hacerla feliz. Así pues, en contra del consejo de todos los implicados, el servicio tiraría adelante. El hecho de saber que Serafín había predicho que Nicolás y Alejandra gobernarían Rusia y que sería canonizado durante su reinado no hizo más que reafirmar la determinación de Alix. Su otra predicción, que «terribles insurrecciones futuras que sobrepasan toda imaginación y... los ríos de sangre que correrán durante su reinado», se pasó por alto discretamente.

Pero mientras se apeaban del tren aquella tarde abrasadora, nada podía haberlos preparado para el espectáculo que contemplaron. La estación, los andenes, y la carretera que conducía hacia la catedral coronada con una cúpula blanca y el monasterio amurallado donde el séquito imperial iba a recoger el cadáver desintegrado de Serafin para volver a enterrarlo como santo, estaban abarrotados de gente. Estaban por todas partes, en cuatro o cinco filas a lo largo de la carretera, asomados a las ventanas, subidos a los árboles, todos los balcones y muros repletos hasta los topes. La gente charlaba animadamente, pero cuando la familia real y su séquito se acercó, todos se quedaron callados para observarlos. Por entre el calor y el polvo, lo único que resultaba visible era hilera tras hilera de rostros.

Militza estaba entusiasmada, pero Stana se sentía abrumada. Tres días encerrada en los confines claustrofóbicos del tren imperial, tan cerca de su amante, incapaz de mantener contacto físico o de conversar tranquilamente. El hecho de haber hablado con educación de reliquias religiosas, antiguos creyentes y de la suerte fascinante del campesinado ruso, al que veían fugazmente por la ventanilla del vagón, le había pasado factura. Desesperada por estar a la sombra y darse un respiro del olor constante y empalagoso a incienso y de los rezos en voz baja, tuvo la impresión de que iba a desmayarse.

—Milly —susurró desde debajo de su pamea blanca—. ¡Ayúdame!

Militza la sujetó rápidamente con fuerza.

—Toma —dijo mientras rebuscaba entre los pliegues de su falda blanca de gasa—. Toma un poco de mi elixir, te ayudará.

Deslizó la pipeta de cristal rojo entre los labios resecos de su hermana.

—Cocaína. Todo el mundo debería tomar un poco todos los días —susurró Nicky, que estaba cerca de ella, sujetándola por el codo—. Hará que todo se vea mucho más lustroso.

Sin embargo, a Alix no le hacía falta ese tipo de ayuda. Las multitudes, las calles atestadas y la magnífica estampa que formaban unos doscientos sacerdotes congregados en el exterior de la iglesia, con sus largas barbas y holgadas sotanas negras cuya cintura estaba ceñida con cuerdas doradas, sirvió para corroborar que había estado en lo cierto en todo momento. Independientemente de lo que habían dicho los altos estamentos de la iglesia. Independientemente de lo que dijeran los aristócratas evasivos de San Petersburgo mientras farfullaban y escupían en sus salones dorados. Ella, Alix, hablaba en nombre de Rusia. Ella era la madrecita rusa. Y ahí estaba con el pueblo. Y el pueblo la adoraba.

Olvidada había quedado la ciática que la había amargado en el tren; olvidada estaba la rosácea y su abrumadora timidez ante un público inquisidor. Se subió los faldones blancos, puso una mano en el sombrero cubierto de flores de seda blancas y empezó a caminar. A pesar del calor del día y de las nubes de polvo que levantaban decenas de miles de peregrinos, fue a pie de la estación a la iglesia. Los cosacos flanqueaban la ruta, pero intercalados entre ellos estaban los enfermos y afligidos. Había hombres encorvados sobre bastones, mujeres que sujetaban a sus hijos, un hombre manco y ciego, otro tumbado en una carretilla, un obrero sin piernas que se impulsaba con dos planchas de metal en las manos. Pero a Alix no le distrajerón los peregrinos. De hecho, sintió como si caminara con ellos, porque junto con los miles de enfermos, mutilados o deformes, ella también acudía a Sarov con la esperanza de sanarse.

El cadáver exhumado de Serafin no llegó hasta la última hora de la tarde a la iglesia en un nuevo ataúd de madera de ciprés ofrecido por el zar. La procesión tras el ataúd por las calles, a hombros de Nicky y otros miembros

de la familia real, escoltados por unos setecientos sacerdotes ataviados con sus ropajes ceremoniales dorados, sosteniendo en alto crucifijos dorados que resplandecían en el sol, habían conmovido de tal manera a Alix que se le saltaban las lágrimas. Pero en el interior de la iglesia sus lloros fueron inconsolables. Los cánticos, el calor, el hecho de estar todo el rato de pie y la tremenda expectativa de que todos sus padecimientos iban a superarse hicieron que no dejara de llorar por ella, por su hija perdida y, sobre todo, por el hijo que no tenía. Militza estaba a su lado. Era consciente de que los ojos de los Vladimir estaban puestos sobre ellas. La odisea de verse obligados a viajar a las desoladas estepas de Tampov más el tedio de la jornada no los había congraciado con Alix. Aquello había sido idea de ella y no les hacía ninguna gracia tener que estar presentes. La gran duquesa Vladimir no paraba de agitar el abanico y los guantes durante el servicio, suspirando sin parar y comprobando la hora. Las hermanas del zar, la gran duquesa Olga y Xenia, también estaban visiblemente aburridas. Solo Ella, de pie junto a su esposo, Serguéi, reflejaba realmente el éxtasis religioso que también sentía su hermana menor.

Las campanas de la iglesia tocaron a las seis en punto y anunciaron el comienzo de la vigilia que duraría toda la noche y la procesión de peregrinos al interior para ver las reliquias del nuevo santo. El efecto de ver a unas trescientas mil almas, portando todas una vela y cantando con suavidad, resultaba hipnotizante.

—Lo único que se oye es música —susurró Alix, cogiendo a Militza con mano temblorosa y húmeda—. Es como si las voces provinieran del mismo cielo.

Cuando oscureció, la familia real y su séquito cenaron en el ayuntamiento con el alcalde de la localidad. Militza se quedó sentada en silencio, cogiendo con el tenedor el estofado de cordero frío con escaso interés mientras el

alcalde hablaba de sus planes de edificar alrededor de la catedral y del tiempo que se había tardado en construir el santuario erigido en honor a san Serafín. Probablemente intentara conseguir algo de dinero, pero Militza lo escuchaba a medias.

—Y, por supuesto, tenemos que construir algo cerca del río —continuó el alcalde, intentando cruzar los brazos sobre su vientre.

—¿Es imprescindible? —inquirió Nicky.

—Los enfermos y los lisiados no paran de resbalar y caer al Sarov —respondió—. Y es muy difícil sacarlos. Nuestro santo solía bañarse ahí —continuó el alcalde—, por lo que las aguas tienen propiedades medicinales. Cada día se bañan en él cientos de peregrinos.

—¡El río! —A Alix le brillaron los ojos al recordar las palabras de Philippe—. Debemos ir.

—Tengo mis dudas, Majestad Imperial, si me disculpáis... —osó decir el alcalde—. Es peligroso...

—¡Debemos ir! —insistió Alix.

—Por supuesto, claro está, debéis ir, Majestad Imperial —convino efusivamente mientras recorría la estancia con sus ojos oscuros—. Dicen que las aguas alcanzan su máximo poder a medianoche.

Un grupo reducido se desplazó desde el ayuntamiento hasta el río. Tanto Nikolasha como Pedro decidieron quedarse bebiendo coñac con el alcalde, mientras Alix, Nicky, Militza, Stana y tres guardaespaldas vestidos con el uniforme militar de gala salieron a la calidez de la noche bajo la luna llena y recorrieron el kilómetro y medio aproximadamente que los separaba de la orilla del río. Cuando llegaron a las afueras de la localidad, se dieron cuenta de la ingente cantidad real de peregrinos reunidos para la canonización. Había

cientos de pequeñas hogueras a lo largo de la carretera y el ambiente estaba cargado por el humo y el olor del *shashlik* chisporroteante. Era como un campamento militar formado por enfermos y débiles. Por dondequiera que caminaran, oían el sonido melifluido de los cantos y el suave tañido de pequeñas campanas.

—Es como si el Espíritu Santo se moviera entre nosotros —susurró Alix, mirando a derecha e izquierda, asimilando la situación.

Nicky, con su uniforme blanco, estaba igual de fascinado. Los dos se desplazaban de forma lenta y silenciosa, ella con un vestido de un blanco immaculado, como fantasmas entre su pueblo. Caminaban en la oscuridad sin ser reconocidos, y quienes sospechaban que podían ser el «padrecito» y la «madrecita» de Rusia descartaban la idea pensando que se trataba de una visión, de otro elemento extraordinario en un día de por sí mágico.

Al llegar al río hicieron una pausa mientras los guardas despejaban el camino. A quienes se agolpaban junto a la orilla del río, vestidos con ropa sencilla de algodón, las mujeres con pañuelos bien prietos alrededor de la cabeza, se les indicó que sacaran del agua a los enfermos, débiles y lisiados para dejar paso a la comitiva real. Al lado del río había una pequeña estructura de madera que se utilizaba para bañarse. En el interior había tres hombres desnudos cuyos cuerpos mojados y esqueléticos brillaron bajo la luz de la luna cuando salieron del cobertizo a buscar su ropa húmeda entre los arbustos.

Alix estaba demasiado ensimismada para advertir la procesión de carne desnuda y nudosa que pasaba por delante de ella. Había estado pensando en ese momento durante lo que parecía una eternidad y ya casi había llegado. Lo único que tenía que hacer era bañarse en el río y ocurriría, tal como Philippe le había prometido. Militza y Stana la ayudaron con la ropa mientras intentaban no mirar los demás cuerpos desnudos que las rodeaban. Ninguna de

ellas había presenciado tanta pobreza desde su llegada a Rusia hacía unos cuantos años, y Militza tuvo un terrible presentimiento en su mente ya de por sí atribulada.

Ella, Stana y Alix por fin se desnudaron en el cobertizo y entonces las tres se encaminaron hacia el río. Alix entró la primera, sus blancas nalgas desnudas resplandecían como el alabastro en contraste con el bajío negro del río. ¡Nicky no daba crédito a sus ojos! Su esposa era sumamente remilgada; incluso el inodoro de Tsárskoye Seló tenía una tapa especial, para no ofenderla, y ahora ahí estaba, caminando totalmente desnuda en el río. Sintió tal inyección de euforia que soltó una sonora carcajada.

—¡Ni se te ocurra reírte de mí! —exclamó Alix mientras avanzaba por entre el barro, sujetándose los pechos con cuidado mientras se introducía en el agua. Nicky no acababa de entender lo que le había pasado, pero estaba encantado. Él también se desnudó en la cabaña y, justo cuando Militza y Stana se sumergieron en el agua, se dirigió rápidamente a la orilla y entró en el agua de un salto.

El agua fría fue como una bendición después del calor sofocante de la jornada, el gozo de su suavidad refrescante en contacto con la piel desnuda resultaba relajante y liberador. Era una sensación maravillosa, de libertad. Tras la religiosidad opresiva y claustrofóbica del día, nadar desnudo en el río frío suponía una increíble liberación. A Militza enseguida le recordó a su niñez cuando ella y Stana solían correr y nadar desnudas por los arroyos situados al pie de las Montañas Negras.

—¡Es maravilloso! —exclamó Alix, nadando y chapoteando en el agua.

—¡Glorioso! —convino Nicky, dando unas cuantas brazadas vigorosas antes de relajarse en la superficie.

Justo entonces las nubes se disiparon y brilló la luna llena, con su luz plateada que rielaba en la superficie del agua, lo cual otorgó un brillo

destellante al río que los rodeaba. Encima, las estrellas preñaron el cielo como si se hubieran vertido de un bote de pintura blanca reluciente.

—Se nota la magia del momento —dijo Militza mientras miraba hacia la silueta del rostro oscuro de su hermana.

—Sí. —Stana asintió y ambas se volvieron para observar a Alix, que yacía de espaldas y sonriente sobre el río, dejando que su cuerpo flotara en la superficie del agua, contemplando el cielo. Empezó a rezarle a san Serafín, su santo, con voz queda, el santo de su pueblo, para que le concediera lo que más deseaba en el mundo.

12 de agosto de 1904

San Petersburgo

Militza nunca olvidaría el estruendo de las salvas. Contuvo el aliento. ¡Bang! Ahí estaban.

Ciento dos.

Resonaron por toda la ciudad.

Y la ciudad quedó paralizada.

Militza corrió a abrir la ventana. ¡Bang! Otra. No podía creérselo. ¡Bang! Otra vez. Bajó la mirada hacia la plaza y vio que todo el tráfico se había detenido. Los tranvías no se movían. Los peatones estaban parados, clavados en el sitio, en la acera, en la carretera, congelados en ese instante. Todos escuchaban. ¿Era cierto? ¿Oían bien? ¿Los cañones de la fortaleza de Pedro y Pablo acababan de anunciar el nacimiento de un heredero de la monarquía reinante por primera vez desde el siglo XVII ? ¡Bang! Otra vez. Era como si el cañón se llevara por delante todas las desgracias, todas las tristezas y depresiones de la guerra: la pérdida de vidas en Manchuria, las noticias interminables sobre el hundimiento de buques rusos por parte de los japoneses. Grandes explosiones de esperanza y felicidad estallaban por doquier en la atribulada ciudad.

El teléfono de Militza sonó de forma apremiante. ¡Stana! No podía esperar a

que respondiera el mayordomo, así que corrió escalera abajo con el salto de cama y lo cogió en el vestíbulo.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Philippe! —respondió Stana—. ¡Estamos salvadas! ¡La zarina está salvada!

—Rusia está salvada —dijo Militza, entusiasmada.

—¡Igual que Montenegro!

La subida de adrenalina fue tan intensa que Militza empezó a temblar. ¡Todo había valido la pena! Habían conseguido aquello en lo que todos los demás habían fracasado. Habían conseguido proporcionar un heredero a la baldía zarina. ¡Un hijo! ¡Por fin!

—No me lo puedo creer —dijo, riendo por el teléfono—. ¡Lo hemos conseguido!

—Sí —fue la respuesta de Stana—. Ahora nadie nos tocará.

En el exterior las campanas de las iglesias empezaron a tañer. Se oyó un aluvión de aplausos y de gritos de alegría desde la calle. Los criados empezaron a llegar al vestíbulo y sus rostros habitualmente huraños e inexpresivos resplandecían de la emoción.

—¡Es un niño! —gritó un lacayo.

—¡Un niño! —confirmó una doncella.

¡Bang! Las salvas seguían sonando. Una y otra vez. Trescientas una en total. Los cañonazos se prolongaron durante más de una hora y, para cuando hubieron terminado y Militza volvió a mirar a la calle, las banderas se izaban en los postes, el águila bicéfala ondeaba desde todas las posiciones elevadas y el himno nacional sonaba en el parque del otro lado de la calle. Aquello iba a ser una fiesta, una gran fiesta en la que todo el mundo iba a participar. Se había acabado el trabajar para el resto del día y cuando las fábricas abrieron sus puertas, horas antes de la hora prevista, los obreros y maquinistas salieron

en tropel a la calle. En vez de cerrar, la mayoría de los restaurantes sacaron sus mesas a la calle y, en los establecimientos más distinguidos, los directores abrieron botellas de champán y lo sirvieron gratis a sus clientes habituales.

Stana entró corriendo en el salón de su hermana alrededor de las cuatro. Tenía el rostro sonrojado de la emoción y los ojos oscuros brillantes cuando se lanzó a los brazos de su hermana.

—¡Un niño! ¡Un niño! ¡Un niño! —Besó a su hermana, la abrazó con fuerza y se echó a reír—. ¡Estoy mareada! —exclamó—. ¡Mareada de la emoción! Es realmente increíble. Pensaba que no iba a pasar nunca. ¿Crees que fue Serafín? ¿Philippe? ¿Las muñecas? ¿Las marionetas? Y ¿sabes la otra noticia? —preguntó, sonriendo todavía más.

—¿Qué otra noticia?

—Nikolasha me lo dijo. —Stana parecía estar a punto de reventar—. ¡Los Vladimir están furiosos! Muy furiosos porque Kiril, Boris y Andréi están ahora un paso más lejos del trono.

—Según parece —dijo sonriendo—, Vladimir se quedó totalmente callado a la hora del almuerzo cuando recibió el telegrama. Se marchó y no volvió hasta al cabo de una hora; entonces, a su regreso, siguió sentado en silencio mientras el cosaco que tenía detrás de él le iba pasando un cigarrillo tras otro. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Nadie sabía qué hacer o decir. Y cuando el anfitrión no habla, ¿qué se supone que tienes que hacer? ¡A Nikolasha se lo contó el agregado militar americano que estaba allí! ¡Hasta que no se marchaba para regresar a San Petersburgo, el coronel Mott no descubrió qué contenía el telegrama y qué les había molestado tanto!

—¡Oh, los pobres Vladimir, tanta conspiración, tanto dinero, tantos contactos inutilizados por un bebé que ni siquiera tiene veinticuatro horas de vida!

—¿No es maravilloso?

—¿Estás preparada? —preguntó Pedro cuando entró con paso decidido en la sala. Llevaba la chaqueta blanca de la marina militar con botones dorados y grandes charreteras, listo para salir.

—¿Para qué? —Militza estaba confusa.

—Hemos recibido una llamada para invitarnos a visitar al bebé.

—¿Tan pronto? —preguntó Stana, cuyos ojos pasaban rápidamente de su hermana a su cuñado—. ¿Vamos a ser los primeros?

—Bueno, aparte de Ella y Serguéi, que estaban ahí para el almuerzo del día, supongo que sí.

—¿En serio?

—Sí —confirmó Pedro—. Según parece, en cuanto Alix se sentó a almorzar a las doce y media, notó dolores; fue arriba inmediatamente y el bebé nació en menos de media hora.

—Justo a tiempo para fastidiar el almuerzo de otros. —Stana sonrió. Pedro la miró—. No te preocupes —dijo ella, encogiéndose de hombros—, te lo contaré en otro momento.

—Así que tengo el coche preparado —continuó Pedro—. Deberíamos marcharnos. —Miró a las dos hermanas—. Enseguida.

Conducir por las calles de San Petersburgo y salir a la campiña que se extendía más allá fue uno de los viajes más memorables de la vida de Militza. El ambiente era cálido; el cielo, de un azul cobalto claro, y el sonido de los cánticos y el tañido de las campanas, más los compases del himno nacional, fueron su agradable compañía casi todo el camino hasta el golfo de Finlandia. Incluso en los pueblos más diminutos, donde las gallinas superaban en número a las casas de madera que se asomaban a ambos lados del camino de tierra,

estaban de celebración. Las banderas monárquicas eran tan omnipresentes como la sonrisa en el rostro de la gente.

Pero nadie estaba más sonriente que Nicky. Cuando los recibió en lo alto de la escalera de la dacha inferior, fue como si las preocupaciones de los últimos años, todas las tensiones que habían quedado marcadas en su rostro ceniciento, hubieran desaparecido. Se lo veía tan feliz, tan aliviado y despreocupado que casi parecía danzar como una pluma en el viento que los separaba.

—¡Qué día tan inolvidable! —declaró desde el umbral, mientras le relucían los ojos claros—. ¡Qué bendición la nuestra! ¡Qué bendición el día que conocimos a Maître Philippe! Venid a verlo. Venid a ver al próximo Alejo II.

—¿Alejo? —preguntó Militza mientras entraban en el vestíbulo.

—¡Recibirá este nombre en honor al padre de Pedro el Grande! ¡Alejo el Grande, así le llamarán! ¡Mi hijo! ¡Mi heredero!

—¡Qué emocionante! —dijo Stana.

—¡Es un bebé muy grande! —continuó Nicky—. ¡Cinco kilos!

—¿Y la zarina? —preguntó Militza.

—¡Encantada! —repuso—. Y ya mama bien. Se pegó al pecho casi de inmediato. ¡Menudo apetito! ¡Es tan perfecto que estoy ansioso por que lo veáis! ¡Tiene los ojos azules!

—Todos los bebés nacen con los ojos azules —dijo Militza, tendiendo su sombrero y los guantes.

—¡No tan azules como los de él! —espetó Nicky mientras iba a la escalera dando saltitos—. ¡Son azules como el mar Caspio! Profundos como el lago Baikal. ¡Daos prisa! ¡Alix se muere de ganas de veros! ¡Qué día tan fantástico! ¿Sabéis qué? Es una señal; nuestra suerte va a cambiar. Su nacimiento pondrá fin rápidamente a la guerra de Manchuria con una victoria. De hecho —se detuvo en lo alto—, ¡voy a hacer padrinos de Alejo a todos los soldados, al

ejército al completo que está luchando en el frente! —Se quedó de pie, sonriendo, con los brazos extendidos—. ¿Qué os parece?

—¡Creo que es una idea fantástica! —respondió Pedro mientras subía la escalera detrás del zar—. Eso les subirá la moral.

—Y les enviaré iconos a todos. Iconos de san Serafín, ¡el mayor santo de Rusia!

—Amén —añadió Stana.

En lo alto de la escalera, las cuatro grandes duquesas, vestidas con trajes a juego, reían y se daban empujones emocionadas.

—Salid de en medio, chiquillas —dijo Nicky, haciendo que se apartaran con un frufú de gasa blanca—. ¡Han venido a ver a Alejo!

El grupo llegó a lo más alto e hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Yo creo... —dijo Pedro— que ¿las damas primero? —Hizo un gesto hacia la puerta cerrada del dormitorio—. Y quizá tú y yo deberíamos tomar un poco de brandy.

—Una copa de champán —corrigió Nicky—. Creo que tenemos motivos de sobra para ello.

Mientras los dos hombres se retiraban escalera abajo, al estudio de Nicky, Militza y Stana llamaron a la puerta.

En el interior de la estancia las cortinas estaban corridas y Alix yacía tras un biombo blanco con flores de aciano. Estaba recostada en la cama sobre una montaña de almohadas blandas, rodeada de infinidad de iconos dorados y vestida con un sencillo vestido blanco con volantes. Desplegó una amplia sonrisa cuando entraron, con una expresión de gozo y euforia en el rostro.

—¡Stana! ¡Militza! —Hablaban con voz queda, negando con la cabeza en señal de descrédito—. ¡Ha llegado el bebé! Por fin. ¿No es increíble? Mi hijo.

No sabéis cuán agradecida estoy con vosotras. ¿Cómo voy a darle las gracias a Philippe? Sé que fue por aquella noche, cuando me bañé en aquellas aguas. Lo noté. Noté que todo cambiaba. Tuve esperanza. Recé. Creí. Y ahora, por fin, Dios me ha dado un hijo. Un hijo para que gobierne Rusia. Qué feliz soy.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos y no se molestó en contenerlas ni disimularlas de ninguna manera. Extendió las manos. Tanto Stana como Militza se inclinaron hacia delante y se las besaron.

—Hermanas mías —dijo—. Mis queridas hermanas. Por favor, transmitidle a Philippe mi agradecimiento. Informadle de lo que ha conseguido.

—¡Lo que has conseguido tú! —exclamó Stana, entusiasmada, apretando la mano de Alix.

—Lo que hemos conseguido entre todas —corrigió Militza.

—Sí, todas nosotras —reconoció Alix—, juntas.

—Juntas —repitió Stana.

—Pero escribid a Philippe —dijo Alix—, porque yo ya no sé cómo encontrarlo.

—Yo lo haré —la tranquilizó Militza—. Ahora reside en París, no goza de buena salud.

—Pero esta noticia le alegrará sobremanera —añadió Stana.

—Decidle que tenía razón, que al fin y al cabo tenía razón —indicó Alix, sonriendo.

—¿Dónde está? —preguntó Militza—. ¿Dónde está Alejo? ¿Podemos verlo?

Alix retiró las mantas ligeramente y ahí yacía Alejo, bien envuelto y profundamente dormido. El heredero zarévich, el naslédnik, el futuro que habían estado esperando. Ahí estaba. Militza casi esperaba que los cielos cantaran, que las voces de los ángeles arrancaran a cantar nada más verlo. Las hermanas se inclinaron hacia delante, conteniendo el aliento como si, si

respiraban encima de él, pudiera desvanecerse. Cuán esperado era aquel bebé, un hijo fruto de los rezos. Las esperanzas y temores de millones de almas reposaban en sus hombros a pesar de no tener siquiera un día de vida. Alix se llevó un dedo a los labios mientras retiraba las mantas un poco más.

—¿No os parece una criatura perfecta?

—Es hermoso —contestó Militza, porque así era. Era regordete y rosado y tenía unos mechones de pelo rubio que ya se le empezaban a rizar—. ¿Qué tal te encuentras?

—¿Yo? —Alix sonrió—. Creo que ahora sé lo que es morir y ascender al cielo. Estoy flotando. —Se echó a reír—. Y no se debe a nada que me haya dado el doctor Ott. De hecho, el parto fue muy fácil. —Se encogió de hombros—. No sufrí ninguno de los problemas que tuve con las niñas, ni uno solo. Ha llegado justo después de que almorzara. Se ha adelantado un poco —dijo. Se encogió de hombros—. Aunque ya sabemos que no lo suficiente. Pero me siento dichosa. Me siento dichosa. Y soy muy feliz.

—¿Puedo tocarle la cara? —preguntó Militza. También se rio un poco porque era un verdadero milagro—. ¡Solo quiero asegurarme de que está aquí y de que no se trata de algún tipo de brujería o hechizo!

Militza extendió la mano. Le temblaba un poco cuando encorvó el dedo índice y tocó la mejilla fresca y suave del bebé. Le pareció que era como una seda lisa y cálida. Dejó escapar un suspiro involuntario.

—Lo sé —convino Alix—. ¡Mírale los labios! ¡Las orejas! ¡Y el bonito cuello que tiene! —Empezó a desvestirlo y le quitó el paño acolchado que lo envolvía.

—¡Oh, no! De verdad —dijo Militza—. No hay necesidad. No lo molestes. Está dormido.

—Oh, no, quiero que lo veáis, que veáis lo perfecto que es —insistió Alix. Le temblaban las manos mientras intentaba quitarle las gasas—. Es tan

hermoso que tenéis que verlo. Estáis obligadas. —Le tiró de la ropa y el bebé empezó a gemir—. Calla, angelito mío. Calla, mi niño bonito. —Alix acalló al bebé mientras continuaba quitándole la gasa. Iba dándole más y más vueltas—. ¡Cielo santo! ¡Qué ha hecho Gunst! —exclamó riendo un poco—. ¡Cuánta tela! —Cuanto más desenvolvía al bebé, más nervioso se ponía—. ¡Calla, calla!

—De verdad, no es necesario —insistió Militza, a quien había empezado a acelerársele el corazón.

—No sigas —convino Stana. Las dos hermanas intercambiaron una mirada ansiosa.

—¡Insisto! —replicó Alix con ojos brillantes—. ¡Tenéis que ver lo hermoso que es!

Y cuando por fin se acabó la gasa, el pequeño recién nacido gritó de dolor. Su grito fue tan desgarrador, tan visceral y agónico que tanto Militza como Stana retrocedieron horrorizadas. Y allí, entre el bebé que gimoteaba, gritaba y pataleaba y las gasas y el pañal, había coágulos y más coágulos de sangre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Stana, que se alejó de la cama de un salto.

El bebé puso las piernas rígidas cuando inhaló para volver a gritar.

Abrió la boca desdentada y lloró otra vez de dolor. Le temblaba todo el cuerpo y arrugó el rostro diminuto y se puso de un rosa brillante ante tal sufrimiento.

—Está sangrando —dijo Stana.

—Ha sido Gunst —dijo Alix, intentando recoger toda la gasa—. Lo ha vendado demasiado prieto. Demasiado prieto. ¡Menuda idiota! Menuda idiota. Calla, pequeñín. Calla. —Pero Alix no acertaba a emplear los dedos; temblaba demasiado como para recoger la tela ensangrentada que había quedado desperdigada por toda la cama.

—Calla —dijo Militza, tomando la mano de Alix—. Tranquilízate. Si a ti te entra el pánico, al bebé también. Deja que te ayude.

—¿Qué está pasando? —Una enfermera corpulenta que olía a jabón entró corriendo en el dormitorio, con la cabeza cubierta con un pañuelo bien prieto —. ¿Por qué llora? ¿Por qué está desnudo? —Miró de una hermana a la otra con expresión acusatoria en sus pequeños ojos—. ¿Quién lo ha desvestido? Tiene que estar envuelto. Es la única manera de cortar el flujo. ¿Quién ha hecho esto?

Cogió con cuidado al vociferante bebé desnudo y lo acurrucó en su amplio pecho y, sin mediar palabra, se lo llevó de la habitación y dejó a Alix sentada con impotencia en la cama. Militza observó los vendajes ensangrentados que habían quedado encima de esta. Algunas de las manchas eran recientes y tenían un vivo color carmesí; otras estaban secas y de un marrón oscuro. A pesar del ambiente bochornoso de la estancia, de repente le entró frío. No era la primera vez que presenciaba una situación similar. Se volvió para mirar a Alix. Tenía los ojos abiertos como platos y una expresión aterrada, pero mantenía la mandíbula rígida y desafiante de un modo extraño.

—Gunst debe de haberlo envuelto demasiado prieto —declaró Militza, recogiendo la gasa.

Alix se la quedó mirando sin pestañear.

—Estoy convencida de que no volverá a cometer el mismo error.

31 de octubre de 1905

Znamenka, Peterhof

—¡Eso es! —declaró Militza a su hermana en cuanto entró en el salón rojo de Znamenka.

Stana alzó la vista de la costura. Estaba bordando pañuelos para soldados heridos que habían regresado del frente. No es que disfrutara haciéndolo, de hecho, la aburría soberanamente, pero después de los terribles traumas del año anterior había que colaborar.

Y menudos traumas. Estaba el error del Domingo Sangriento, cuando filas de cosacos y húsares habían abierto fuego contra una manifestación pacífica de obreros, liderada por el padre Gapón, que se dirigía al Palacio de Invierno con la esperanza de conocer al zar.

Al pobre Nicky le partía el corazón. No solo porque nadie le habló del mitin de los obreros y de la reacción desmesurada de su tropa. Las historias de muerte y sangre en las calles de San Petersburgo resultaron aterradoras, las historias de orificios de bala que llenaban los iconos de los obreros y sus retratos del zar eran incluso peores por sus lamentos: «El zar nos ha abandonado», «El zar no nos ayudará», y, lo peor de todo: «Ya no tenemos zar.» Aquello traumatizaba y perseguía a Nicky mientras se tomaba su té y leía los informes en su despacho de Tsárskoye Seló.

El padre Gapón le escribió una carta.

La sangre inocente de los obreros, sus esposas e hijos yace para siempre entre vos y el pueblo ruso... ¡Que toda la sangre que debe ser derramada caiga sobre vos, Verdugo!

Y la primera sangre no tardó en derramarse.

Al cabo de tres semanas, el tío del zar, el gran duque Serguéi, fue asesinado en Moscú. Acababa de despedirse de su esposa, la hermana de Alix, la gran duquesa Isabel Fiódorovna, en el Kremlin, y mientras pasaba por la puerta en el coche de caballos, le arrojaron una bomba directamente al regazo que le provocó la muerte al instante. Ella oyó la explosión desde el apartamento y salió corriendo. Después de consolar al cochero moribundo, se dispuso a reptar por la nieve para ver si encontraba el máximo número posible de fragmentos de su marido para, como mínimo, poder enterrarlo entero. Recogió pequeños fragmentos de su cráneo, del brazo, del torso, pero no encontraron los dedos, con los anillos todavía puestos, hasta al cabo de una semana en un tejado cercano.

Alix estaba consternada por su hermana y Ella nunca llegó a recuperarse. No se le permitió asistir al funeral porque se consideraba demasiado peligroso, e inmediatamente después del asesinato anunció que deseaba tomar las sagradas órdenes y vendió todas sus joyas.

Todo resultó muy traumático. Pero tal como Militza comentó a Stana, el mismo Espíritu había predicho el asesinato en el salón de la condesa Ignátiev.

—¿Por qué, si no, repitió el nombre de Serguéi una y otra vez? —dijo ella.

A lo largo de aquel verano se vieron obligados a convertir una parte o la totalidad de sus palacios en Crimea en hospitales de convalecencia improvisados para los soldados que volvían del frente. Militza se dio cuenta enseguida de que debían avanzar con los tiempos o quedarían desplazadas. La guerra ruso-japonesa estaba perdida; la flota naval, destruida; se hacían

huelgas en las escuelas y en las fábricas y se mataba a policías y cosacos mientras los disturbios se extendían por todo el país. Se produjo un motín de marineros en la cercana Odessa, en el acorazado *Potemkin* . Según parece, habían lanzado a los oficiales por la borda, junto con la carne podrida que les habían servido, y luego habían apuntado los cañones hacia la ciudad. No dejaron de saquear otras ciudades que bordeaban el mar Negro hasta que el barco se le acabó el combustible.

Había algo más que un olor a revolución en el ambiente. Era un tufo. Al igual que el humo antes que el fuego, se veía venir.

La tensión era tan elevada en Znamenka que se había desbordado en una discusión acalorada entre Nikolasha y Nicky. La cena se había alargado bastante y habían bebido vino más que suficiente, pero eso no implicaba que los sentimientos no fueran sinceros. Militza estaba barajando sus cartas marselesas, preparándose para un tarot después de la cena, tal como habían hecho hacía unas semanas cuando Nicky había cenado con ellos. Había acudido solo, puesto que Alix seguía en cama, esta vez por culpa de una dolencia del corazón.

Estaban hablando acerca de los planes esbozados por Serguéi Witte, un viejo asesor del padre de Nicky, para mitigar la marea de descontento. Witte había sugerido que había que elegir simple y llanamente entre una dictadura militar y una constitución, y Nicky se debatía entre ambas con Nikolasha, que hacía poco había sido puesto al cargo del distrito militar de San Petersburgo. La conversación fue subiendo de tono. Y mientras Pedro se reservaba sus opiniones y se aseguraba de que tuvieran las copas llenas, Militza les suministraba cigarrillos mientras discutían hasta bien entrada la noche sobre el aumento de las hostilidades, el terror generalizado, hasta tal punto que cuando habían tomado su propio tren para volver de Crimea, les habían aconsejado que viajaran sin luces por si los asaltaban.

Entonces, de repente, recordó Militza, Nikolasha se levantó del diván de un salto en el salón rojo, donde se habían reunido después de cenar, sacó la pistola de la funda y declaró con gran dramatismo:

—Si el emperador no acepta el programa de Witte, si quiere obligarme a convertirme en un dictador, me quito la vida en su presencia con este revólver. Debemos apoyar a Witte a toda costa. ¡Es necesario por el bien de Rusia!

—¿Qué ocurre? —preguntó Stana, agradeciendo poder dejar de bordar.

—El niño vuelve a sangrar, por el ombligo, es una hemorragia. El doctor ha sido llamado a palacio cuarenta y dos veces en dos meses.

—¿Cuarenta y dos? —Stana empalideció ligeramente.

—Alix lloraba por el teléfono esta mañana diciéndome que el niño gatea, intenta aprender a caminar y que se ha dado un golpe. Pero ¿qué se puede hacer? Va a ir a peor.

—Mucho peor —convino Stana.

—La sangre no puede achacarse a Gunst y sus vendajes eternamente. Tenemos que encontrar una solución porque, si ese niño muere, ¿qué será de nosotras?

—¿Nosotras? —Stana frunció el ceño.

—Nuestro poder se desvanecerá de la noche a la mañana. —Militza cruzó el salón, cogió un cigarrillo de una pitillera de plata y lo encendió. Una larga voluta de humo gris se formó entre sus labios—. Tal vez necesitemos encontrar a alguien nuevo, tal como predijo Philippe.

—¿Nuevo?

—¿Alguien que le devuelva la fe?

—¿Qué me dices de Juan de Kronstadt? Cura a través de los rezos.

—Está liado ayudando a los pobres y a los necesitados. No vendría por un

chichón o una caída por la escalera. No. Necesitamos a otra persona. Brana ha estado alerta. Ha buscado por San Petersburgo, ha rastreado los monasterios del exterior. Ojalá...

—¿Ojalá Philippe estuviera vivo? —dijo Stana—. Ojalá... —Adoptó una expresión nostálgica—. Han pasado dos meses desde su muerte y le echo muchísimo de menos. ¿Recuerdas que predijo su propia muerte? ¿Te acuerdas? Dijo 1905. Y ocurrió tal como dijo. Todo ocurrió tal como dijo. Cuánto le echo de menos. Echo de menos sus consejos, sus palabras sabias. Las cartas nunca eran suficientes. Me cuesta creer que no consiguiéramos volver a verlo antes de su muerte. Siempre lo lamentaré. Era un amigo tan querido por todos nosotros...

—Dijo que aparecería algo nuevo —recordó Militza—. Pero esta vez necesitamos alguna creación nuestra, alguien a quien podamos controlar. Alguien que sea totalmente nuestro, que nos rinda cuentas solo a nosotras, que no tenga ningún pasado que nos persiga. Tenemos que pensar en nuestro padre, en nuestro país..., y no vamos a permitir que todo aquello por lo que hemos luchado se escurra por entre los dedos como granos de arena.

—¿Y cómo propones hacer tal cosa? —preguntó Stana, mirando a su hermana algo más que un poco molesta. Cogió la costura y comenzó a dar puntadas. No quería saber nada de lo que su hermana tenía en mente. Cada vez le aburría más el ansia de poder de Militza. Habían ocupado un lugar central en la vida de la corte durante los últimos cinco años y, francamente, ahora que había caído en los brazos de Nikolasha ya no le interesaba tanto.

No es que su relación estuviera permitida más allá de los muros de Znamenka, que es donde vivía él ahora y donde Stana lo visitaba de forma continua. Incapaz de abortar el creciente amor que crecía entre ambos, Militza había decidido que era más seguro y fácil permitir que se vieran en los confines del salón rojo. Sin embargo, le sorprendía ver cómo un atisbo de

felicidad había reducido las ambiciones de su hermana. Cuando Stana estaba con Nikolasha, poco más le importaba, y lo que menos, la política del imperio. El ejército montenegrino había luchado junto a los rusos en la guerra ruso-japonesa, ¿acaso eso no bastaba para cimentar las relaciones entre ambos países? Había que reconocer que el resultado no había sido ni rápido ni victorioso y no había hecho más que exacerbar los problemas internos de Rusia en vez de solucionarlos. Pero Rusia y Montenegro habían luchado hombro con hombro: eran aliados y ningún gurú nuevo iba a mejorar esa relación.

—Le he dicho que ya hemos encontrado a alguien —declaró Militza—. Así que ahora tenemos que...

—No me metas en esto. El niño necesita un médico, no un gurú.

—Los médicos no tienen ni idea. Tratan su hemofilia con cantidades ingentes de aspirina. Creen que es la nueva medicina curalotodo. Pero nadie sabe qué efectos tiene en realidad. ¿Qué es la aspirina? ¿Es buena para la anemia? ¿La anemia cuando la sangre no coagula?

—¿Cómo sabes que se trata de hemofilia?

Militza se quedó mirando a su hermana entrecerrando sus ojos negros.

—Hasta los faraones tenían la sensatez suficiente para prohibir que las mujeres tuvieran más hijos si su primogénito nacía con una pequeña herida que nunca cicatrizaba. ¿De qué otro modo se explica lo que le ocurre a Alejo? Alix es la nieta de Victoria. Tiene la «enfermedad real», eso está claro. Su hermano Frittie murió de ello, Alix nos contó que se había caído y que no pudieron detener la hemorragia. Las dos hemos visto cómo se propagaba por las monarquías europeas, llevándose a príncipes a su antojo. —Meneó la cabeza—. No puedo evitar pensar que la emperatriz María Fiódorovna cometió un gravísimo y terrible error con Alix. De todas las novias que había

por escoger. ¡Fue una irresponsabilidad mayúscula, por parte de ella y de la corte rusa cuando buscaron una esposa para Nicky!

—¿Sabes que Alejo no superará los cinco años? —dijo Stana.

—Debería.

—¿Y cómo sugieres hacer que suceda?

—Haremos aparecer a alguien. —Stana dejó la costura y miró a su hermana—. Y hoy es la noche más propicia.

—¿Esta noche? —Stana estaba nerviosa.

—La noche de Todos los Santos. —Militza dio una larga calada al cigarrillo—. La mejor noche del año para invocar a alguien.

—O a algo... —Stana hizo una pausa—. ¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

Militza asintió despacio mientras exhalaba sin parar.

—Perfectamente. Nos resultará positivo.

Stana negó con la cabeza.

—Militza, no puedes relacionarte con los muertos y pretender que luego te dejen en paz.

—¿Eso quién lo dice?

—¿Te crees que eres la única persona capaz de bailar con el diablo y esperar que te haga caso cuando le digas que pare?

—He mirado al demonio a los ojos. —Militza enarcó las cejas mientras sonaba satisfecha de sí misma—. Todas esas sesiones, todas esas veces en que he usado el tablero de Ouija, ¿adónde crees que fui?

—Ahora me estás asustando.

—No seas tan débil. Toda la vida has sabido el poder que tenemos, se remonta a siglos atrás. Ahora ha llegado el momento de utilizarlo.

—¡Pero vas a abrir la caja de Pandora!

—Y luego... —dijo Militza, apagando la colilla en un cenicero de plata— la

cerraré.

Aquella noche, las tres se reunieron en la biblioteca.

Stana se había pasado el día suplicando a su hermana que no realizara la manifestación, pero sus súplicas cayeron en saco roto. Militza había prometido a la zarina que tendría a alguien «nuevo», y que ella, Militza, se lo suministraría. Su lógica era que, si lo manifestaba, si le pedía al Espíritu que lo ofreciera, entonces él sería para siempre su esclavo. Quería a alguien realmente poderoso, que tuviera control sobre la vida y la muerte y, como era ella quien lo ofrecería, ella sería quien lo controlaría. Él sería su pequeño monstruo. Y ella le haría obedecer.

Así pues, aquella noche de Todos los Santos de 1905, mientras Pedro y Nikolasha iban a San Petersburgo a ver la obra de Chéjov *Tres hermanas*, las dos hermanas y Brana sacaron el cuenco antiguo del baúl que Militza había traído consigo de Cetinje y lo llenaron de hierbas, beleño negro y hachís. Mientras el cuenco empezaba a crepitar y echar humo, Brana sacó un gran maletín y lo colocó en el centro de la estancia.

Militza se colocó en el rincón más alejado de la biblioteca y abrió unos ojos como platos. Observando el pequeño espejo de mano que había traído consigo, administró las gotas de belladona; cada pellizco de la pipeta le hizo hacer una mueca por culpa del escozor. Luego empezó a canturrear, balanceándose de un lado a otro con los ojos cerrados, inhalando el humo, repitiendo el mantra, llamando a su guía espiritual. Abrió las narinas y su respiración ganó en profundidad, el pecho le palpitaba cuando notó su presencia en la sala. Las velas titilaron y las cortinas se hincharon y su cántico se tornó más frenético; repitió las palabras una y otra vez, mordiéndose el labio superior, intentando controlarse. Le temblaban los hombros y encorvó la

espalda mientras exhalaba un pequeño suspiro de éxtasis, al tiempo que sujetaba la mesa con sus manos finas y pálidas cuando él por fin entró en ella. Al final exhaló y abrió los ojos. Con la boca abierta y los labios hinchados, siguió sujetándose a la mesa para mantener el equilibrio.

—Está aquí —anunció con voz queda, sonriendo y acariciándose la suave mejilla con la mano tibia—. Y está emocionado. —Hizo una pausa—. Brana —dijo, como si intentara poner en orden sus pensamientos. Exhaló con profundidad—. Cielos —dijo, poniendo los ojos en blanco mientras se rodeaba los labios con el dedo—. No estoy convencida de haberlo sentido con tanta fuerza en otra ocasión... ¿Brana? —Volvió a exhalar y a pestañear—. ¿Es casi medianoche?

—Casi —dijo la vieja ama.

—Entonces, no tenemos tiempo que perder.

Brana introdujo la mano en la bolsa y sacó un cuenco de cristal, un trozo de cera rosa, un tarro de polvo; acto seguido, extrajo una pequeña cruz de madera de un amuleto de redecilla que llevaba colgado al cuello. Militza colocó el icono que Philippe le había dado de san Juan Bautista encima de la mesa.

—¡No puedes usar eso! —exclamó Stana, horrorizada.

—¿Por qué no?

—Va en contra de Dios, es contra natura.

—¡Al demonio con eso! —respondió Militza.

—Pero es sagrado.

—Razón de más para usarlo. —Militza sonrió—. Rápido, llena el cuenco de agua; Brana, calienta la cera.

La mujer actuó con rapidez y el cuenco se llenó enseguida; la cera blanda y maleable en manos de Militza. La manipuló con dedos hábiles y poco a poco empezó a emerger una figura masculina a partir de la cera. Era una efigie sencilla; no tenía tiempo de hacerle piernas.

—Puede ir con sotana —dijo Militza mientras le formaba los pies—. ¡Oh!
—Sonrió—. No debemos olvidar esto. —Tiró de la cera entre las piernas de la figura—. ¡Los hombres deben tener un miembro!

—Pero ¿tan grande? —planteó Stana.

Militza soltó una risita.

—¡No seas tan mojigata! —Y se lo hizo un poco más largo, por pura diversión. El hachís debía de ser más fuerte de lo habitual—. ¡Toma! —exclamó mientras lo dejaba caer en el cuenco. El pequeño muñeco de cera cabeceaba en el agua al compás de la luz de la vela. Parecía ser parte bebé, parte monje y parte sátiro sagrado—. Ahora —continuó— el polvo de la tumba de un hombre pobre. —Brana le tendió el tarro pequeño—. ¿Recogido esta mañana al amanecer?

Brana asintió.

—De una tumba del pueblo, un viejo ladrón de caballos, creo.

Militza tomó una pizca de polvo y lo espolvoreó por encima del cuenco. Entonces empezó a cantar.

—*Koldun, koldun* , ven a mí, *koldun, koldun* , ven a mí. *Koldun, koldun* , ven a mí y juntos podremos liberar a la zarina.

La figurita siguió flotando y cabeceando en el agua.

—Acto seguido, la cruz. El icono. Y el espejo, ¡el invento del mismo diablo! —Rio.

Con un movimiento rápido y fuerte, colocó el icono boca abajo encima de la mesa. Stana cerró los ojos. No soportaba mirar. Acto seguido, Militza dejó caer la cruz de madera en el suelo y empezó a molerla con los pies. Mientras lo hacía, colocó el espejo cerca del cuenco para que reflejara la luz de la vela y se intensificara, como un brillante rayo de luna, sobre la figura saltarina.

—*Koldun, koldun* , ven a mí —empezó a invocar otra vez mientras

pisoteaba la cruz y la pulverizaba con los pies—. *Koldun, koldun* , ven a mí y juntos haremos que el zarévich mejor esté.

La figurita rosa seguía cabeceando en el agua.

—¡Y ahora el premio! —Militza se volvió y sonrió hacia Brana.

Brana asintió y se agachó para abrir otra vez el maletín, del que sacó una Biblia grande con tapas de cuero. La abrió y apartó las páginas para que apareciera lo que parecía un trozo de papel ennegrecido y arrugado con una forma curiosa. Stana inhaló horrorizada.

—¡El premio! —A Militza le brillaban los ojos—. ¿Qué mejor manera de invocar a un mago, a un brujo, a un *koldun* ? ¿Qué mejor manera que utilizar el alma no marchita, intachable de un bebé muerto? Es imposible alcanzar mayor perfección. Para crear vida hay que tomarla, y aquí tenemos una vida tomada.

—¿Estás segura? —preguntó Stana con manos temblorosas y la boca torcida en una mueca.

—¡Nunca he estado más segura de algo! —exclamó su hermana mientras sumergía los restos del feto abortado de la gran duquesa Vladimir en el agua.

—*Koldun, koldun* , ven a mí... —Removió el agua en el interior del cuenco. El agua fue volviéndose roja, de un rojo intenso, a medida que el feto se desintegraba y acababa por disolverse—. *Koldun, koldun* , ven a mí y juntos demostraremos lo poderosos que podemos ser.

Las cortinas de la ventana empezaron a ondear y la mesa a vibrar. Al final, toda la estancia temblaba, como si la afectara un terremoto. El ruido era intenso. Las tres mujeres se sujetaban a la mesa para no caer. Militza se echó a reír, soltó una sonora carcajada con la boca bien abierta y la laringe vibrante. Emitió un sonido diabólico. Stana gritó, pero Brana se limitó a mantenerse firme. Y entonces, con la misma rapidez con la que había llegado, desapareció. Lo único que quedó fue un cuenco vacío de agua ensangrentada.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Stana, contemplando el cuenco vacío y con

corazón palpitante.

—No te preocupes. —Militza sonrió—. Regresará.

2 de noviembre de 1905

Znamenka, Peterhof

Militza y Stana estaban sentadas en el salón rojo, observando el reloj de la repisa de la chimenea. Eran cerca de las tres de la tarde y el obispo Teofán se retrasaba. Se le había pedido que llegara a las dos en punto para oír sus confesiones. Era el día de los Fieles Difuntos, el día de recordar a los muertos, y se habían pasado la mañana en la capilla adjunta a la casa rezando por su hermana Zorka, muerta durante el parto hacía quince años y, por supuesto, por la hija de Militza, Sofía, la hermana gemela de Nadezhda, llegada inocentemente a este mundo para no respirar jamás.

Llegar tarde era muy impropio del obispo Teofán. Era como un pajarillo de hombre, de apariencia amable y una voz suave y susurrante; era el confesor elegido por el zar y la zarina y, por consiguiente, del resto de la corte.

—¿Se le habrá olvidado? —preguntó Militza—. Aunque normalmente es cumplidor.

—Tal vez el obispo Hermógenes le haya pedido que haga algo —dijo Stana, levantándose del asiento—. De todos modos, no voy a quedarme mucho rato. Tengo cosas mejores que hacer que confesar mis pecados y tomar pan y vino; además, una de las perras de Nikolasha está muy enferma y tengo que cuidarla.

—Hermógenes no me cae bien —reconoció Militza—. Es una bestia de hombre que ocupa demasiado espacio y tiene unas ideas demasiado

tradicionales, se ha emperrado en exigir la excomunión de Tolstói, nada más y nada menos.

—Sí —convino Stana, exhalando un largo suspiro, seguido de un bostezo incluso más largo—. Terrible...

Llamaron con tanta fuerza a la puerta que se sobresaltaron y entonces entró el servil y bullicioso obispo Teofán, que hizo la genuflexión. Con la cabeza gacha, la sotana negra ondeante y moviendo las finas manos con afectación, soltó una retahíla de disculpas y excusas. Pero ninguna de las hermanas lo escuchaba, puesto que detrás del obispo iba alguien más. Un hombre alto, ancho de espaldas, con el rostro estrecho y una gran nariz irregular, los labios carnosos y sensuales, una barba larga y una melena oscura y lisa con la raya en el medio. Militza se enteraría posteriormente de que ese peinado servía para ocultar un pequeño chichón, una protuberancia que parecía un cuerno.

—Altezas Imperiales, permítanme presentarles a mi querido amigo, aunque acabemos de conocernos. —Sonrió antes de tender una pequeña mano blanca—. Grigori Yefimovich Rasputín. Un hombre santo nacido en Siberia.

—De Tobolsk, provincia de Tiúmén —puntualizó Rasputín.

Tenía la voz gruesa y grave y mientras se dirigía a ellas, cruzando el salón con grandes zancadas sin sentirse intimidado por la decoración, el papel pintado, el mobiliario dorado y las alfombras opulentas, tendió una mano grande y ajada y unió tres dedos, a la manera de un Viejo Creyente, para persignarse. Militza y Stana estaban fascinadas.

—Mamá —dijo cuando besó a Militza tres veces en cada mejilla y le estrechó la mano izquierda—. Por fin nos conocemos.

Militza estaba anonadada por aquella actitud tan confiada, por el hecho de estrecharle la mano izquierda al modo de los paganos, por besarle la mejilla, pero lo que más la fascinó fueron sus ojos, que no podía dejar de mirar. De un

azul pálido como el amanecer siberiano: si los ojos eran el espejo del alma, ¡menuda alma debía de tener aquel hombre!

Stana estaba igual de fascinada. Se sonrojó en cuanto él clavó la vista en ella.

—Mamá —repitió. También le besó las mejillas tres veces—. Por fin nos conocemos.

Stana soltó una risita tonta a su pesar, abrumada sin duda. Rasputín se inclinó y le besó el dorso de la mano izquierda y se la apretó al bajar la cabeza.

—Grigori Yefimovich —dijo ella—. Toma asiento.

Mientras les daba la espalda para buscar un lugar donde sentarse entre los numerosos sillones y divanes, Militza, sonriendo, lanzó una mirada a su hermana y ella le devolvió la sonrisa. Aquel era el hombre.

Mientras tomaban el té, el animado obispo explicó cómo había conocido al *muzhik* de Siberia en la Academia de Teología y cómo aquel peregrino religioso había hablado a los estudiantes y se los había ganado con sus conocimientos e increíble humildad.

—Es como si el alma del pueblo ruso hablara a través de él —declaró entusiasmado, removiendo con rapidez la mermelada que se había vertido en el té—. Acto seguido, le presenté al obispo Hermógenes y al monje Iliodor, ¡quienes quedaron igual de impresionados! Ha viajado por nuestra gran patria y visto muchas cosas, ¿verdad que sí, Grisha?

Rasputín asintió y miró fijamente a las dos hermanas.

—Cuéntanos de dónde eres, Grigori Yefimovich —instó Militza.

—Grisha —replicó él.

Les habló de las estepas rusas y de su pueblo, Pokróvskoye, a orillas del río

Tura en Tobolsk, el río donde su hermana se había ahogado y su hermano había muerto de neumonía tras caer en sus profundidades. Habló de cuando dejó su pueblo y se convirtió en peregrino, lo cual lo había llevado a recorrer el país de un extremo al otro, a dormir bajo las estrellas yendo de monasterio en monasterio, viviendo de la caridad de los demás. Y ahora sus andanzas lo habían llevado hasta allí, a San Petersburgo, donde buscaba financiación para ayudar a construir una iglesia en su pueblo, allá en las estepas siberianas.

El lenguaje que utilizaba, sencillo y evocador, con el fuerte acento siberiano de un verdadero campesino, sedujo a Militza y a Stana por su simplicidad y veracidad y las mantuvo en vilo. Acostumbradas a las conversaciones condescendientes, mordaces y demasiado intelectuales de los círculos enrarecidos que frecuentaban, su ingenuidad y su capacidad para evocar imágenes vívidas de los lugares que había visitado y lo que había visto les resultó tan deliciosamente refrescante que rayaba en lo hipnótico.

Militza no se dio cuenta de que el té se había enfriado hasta que Grisha hubo terminado de hablar.

—¡Por fin os encuentro! —exclamó Nikolasha, irrumpiendo en la estancia—. Caballeros —saludó cuando se percató de la presencia de los invitados sorpresa—. ¡Es *Luna* ! —dijo a Stana—. Le cuesta mucho respirar. El veterinario dice que le quedan pocos meses de vida, pero me temo que ya está a punto de morir.

—¡Oh, no! —Stana se levantó de un salto—. ¿Me disculpáis, por favor?

—¿Puedo ayudar? —preguntó Rasputín, dejando la taza.

—¿Tú? —Nikolasha no disimuló su desdén—. ¿Y tú quién eres?

—Grigori Yefimovich Rasputín —declaró el obispo Teofán, como si su fama le precediera.

Nikolasha frunció el ceño. ¿Qué podía hacer aquel campesino vestido con

una túnica negra con una barba rebelde y el pelo alisado a ambos lados de la cara para ayudar a su *borzoi* enferma?

—Ven —dijo Militza, levantándose—. Iremos todos.

Salieron de la casa en dirección al edificio donde se encontraban los magníficos establos y las cocheras. Era de ladrillo visto, con columnas blancas y unas torres impresionantes en cada extremo. Encima de las puertas dobles se encontraba el gran escudo de los Nicoláyevich. Una vez en el interior, pasadas las hileras de unos cien caballos, el grupo se acercó a un establo en el que yacía una hermosa *borzoi* de color crema y blanco sobre un lecho de paja. *Luna* estaba de costado, la larga lengua le colgaba mientras jadeaba, se le marcaban las costillas bajo el pelaje húmedo y los flancos subían y bajaban en rápida sucesión.

—¡Querida! —exclamó Nikolasha, agachándose para acariciar a la perra—. Mirad cuánto dolor y sufrimiento está pasando. —Cuando alzó la vista se apreció su rostro desencajado y dio la impresión de estar al borde de las lágrimas.

—Apartaos —dijo Rasputín, asintiendo por encima del hombro hacia el gran duque.

Nikolasha miró a Stana y a Militza. Quedaba claro que no le gustaba el tono del hombre, pero como ninguna de las hermanas reaccionó, hizo lo que le indicó. Mientras tanto, el siberiano barbudo se arrodilló en la paja y colocó la mano en la cabeza de la perra; acto seguido y con los ojos cerrados, empezó a rezar. Ninguna de las hermanas identificó el rezo, puesto que, aunque movía los labios, las palabras resultaban inaudibles.

Al cabo de unos quince minutos la perra dejó de jadear, relajó la cabeza tensa sobre el suelo. ¿Qué había hecho? La perra yacía quieta en el lecho de paja. El gran duque se movió como si quisiera avanzar, pero Rasputín alzó la mano y se lo impidió.

—¡Atrás! —ordenó, y el gran duque, tras unos instantes de vacilación, obedeció.

El grupo observó en silencio quince minutos más, tras los cuales la perra levantó la cabeza, lamió la mano ajada de Rasputín y, ante el asombro de los presentes, se levantó y salió trotando del establo.

—Vivirá unos cuantos años más —dictaminó el monje mientras se levantaba y se sacudía la paja de la túnica.

—¡Qué alegría! ¡Qué milagro! —declaró Nikolasha desplegando una amplia sonrisa—. No sé cómo agradeceréte; muchas muchas gracias.

Al cabo de dos días, Militza invitó a Rasputín al salón de la condesa Ignátiev. Cuando ella, Stana y Nikolasha lo recogieron del apartamento del obispo Teofán, les sorprendió no verlo con la sotana negra típica de un sacerdote, sino con una camisa de seda holgada color crema y unos bombachos rojos, además de las botas hasta las rodillas típicas de los campesinos. Pero no era un campesino, más bien se trataba de un disfraz, de algo que podía haber llevado en una de las fiestas glamurosas de la gran duquesa Vladimir.

—Buenas tardes —dijo al entrar en el coche. Despedía un fuerte olor a violetas—. Alteza Imperial —saludó a Nikolasha con un ligero asentimiento.

—Qué colonia tan deliciosa —dijo Stana.

—He estado en los baños —respondió él. Hizo una pausa—. ¿Vuestros esposos os acompañan?

—¿El mío? —Stana se echó a reír a su pesar.

—Moscú —añadió Militza—. Tenía asuntos que atender. Y el de Stana...

—... siempre está en Biarritz.

La condesa Ignátiev estaba tan encantada de que Militza y Stana volvieran a

honrarla con su visita y de que trajeran consigo a su nuevo protegido, que hizo abrir inmediatamente una botella de champán.

—Bienvenido —dijo efusivamente mientras tendía una copa a Rasputín—. Estamos muy emocionados de recibirlos aquí. Vuestra reputación os precede.

—¿Mi reputación, Madame? —preguntó Rasputín mientras apuraba la copa de un trago—. No era consciente de que la tenía. —Miró la copa y, con cara de asco, la devolvió a la bandeja—. ¿Tienes vino de Madeira?

—¿Madeira? Por supuesto. —La condesa asintió hacia el criado con librea, que inmediatamente fue a por una botella—. ¿Qué tal está la emperatriz? —preguntó, entrelazando el brazo con el de Militza mientras las acompañaba hacia el interior de la sala—. ¿Y el niño? Están tan aposentados en Tsárskoye Seló, sobre todo después de los altercados, que ya nadie los ve. ¿Cómo es el niño? Fui a Londres en verano y las fotos de la familia real están por todas partes: en las carreras, de paseo en carruaje, cortando cintas aquí y allá, inaugurando eventos. Están siempre en los periódicos. Pero ¿aquí? Aquí no se les ve el pelo. ¿Es un niño guapo? ¡Tú y Stana sois las únicas que los veis!

—Oh, es muy guapo —dijo Stana—. Rizos rubios, grandes ojos azules, y es un niño tan robusto y rellenito. Es un gran motivo de alegría para sus padres.

—Qué maravilla. —La condesa sonrió—. ¿Y crees que la emperatriz hará la temporada? ¡No puede estar para siempre jamás encerrada en el palacio de Alejandro! La última vez que la vi fue en el Baile Medieval.

—¿Qué noche la de aquel día! —Stana sonrió y miró hacia Nikolasha, que se servía un cigarrillo en el otro lado de la sala.

—Menuda noche, sí —confirmó Militza.

—Ahora bien, Grigori Yefimovich...

—Grisha —interrumpió.

—Grisha —repitió ella con una sonrisa—. Hay tanta gente que me gustaría presentarte. ¿Conoces al doctor Badmayev?

—No me gustan los médicos.

—No es de ese tipo de médicos, es más bien un apotecario. Y tiene muy buenos contactos. Permíteme que te lo presente. ¡Peter! —llamó mientras se acercaba a la mesa a la que estaba sentado el doctor Badmayev, fumando su pequeña pipa de arcilla—. Te presento a —hizo una pausa mientras agitaba el abanico— Grigori Yefimovich Rasputín, el hombre del que te hablaba. ¡El hombre que curó a la perra del gran duque Nicolás Nikoláyevich! Según parece, ¡le puso las manos encima al animal y volvió a caminar, como Lázaro! —explicó la condesa.

—¿No como Jesús? —bromeó el doctor Badmayev.

—No —respondió Rasputín—. Levanté a la perra, no al Espíritu Santo de la perra.

—¡Seguro que eso también podrías hacerlo, muchacho! —Soltó una risa y dio una palmada a Rasputín en la espalda mientras le estrechaba la mano—. ¡Una perra, fíjate! ¡Una perra!

Rasputín clavó sus ojos azul claro entrecerrados con expresión molesta. Retiró la mano y estuvo a punto de decir algo, porque en su lugar de origen esas burlas no se dejarían pasar sin algún tipo de pelea, pero la condesa se limitó a reírse.

—Una perra —confirmó ella—. Pero un milagro de todos modos. Venga, Grisha. —Le dio un empujoncito en la parte baja de la espalda para que se moviera. Buscaba un público más agradecido para su siberiano. Militza también se disponía a seguirlos.

—No sé si a tu amigo le gustan mis bromas —comentó Badmayev, un poco divertido.

—No sé si le caes bien —espetó Militza—. Deberías esforzarte un poco más, Peter. Todo el mundo necesita amigos, por muy poderosos que crean ser.

Él la miró, un poco molesto, y cambió de tema.

—¿Cómo está la zarina? —preguntó—. Actualmente solo veo al zar y solo cuando quiere más elixir, y cada día parece necesitar una dosis mayor. Siempre que voy a palacio, la emperatriz está en sus aposentos.

—No está bien —dijo Militza bajando la voz—. Le duele la espalda, el corazón, o ambos.

—Deberían salir más de palacio, ver a gente, dejarse ver por el pueblo. Sé que supone un riesgo para su seguridad, pero...

—Su tío acaba de ser víctima de una bomba en plena calle —siseó ella.

—Lo sé, pero aun así... Está paranoico...

—Creo que cuando has visto a tu abuelo saltar por los aires delante de ti a los doce años, y has visto cómo transportaban su cuerpo sin piernas, con los intestinos desparramados hasta el Palacio de Invierno para que el resto de la familia lo llorara, tienes motivos para estar asustado. —Militza miró fijamente al doctor Badmayev.

—Si crees que ese es el único motivo... —dijo él.

—Pensaba que tú, precisamente, lo comprenderías.

—Es que me preocupa...

—El zarévich está bien —lo interrumpió ella.

El doctor Badmayev estaba desconcertado.

—Es que las cantidades de hachís y cocaína que he estado suministrando hacen a veces que las personas estén... hum, ansiosas.

Para cuando Militza encontró a Rasputín al otro lado de la fiesta, estaba aposentado en una mesa rodeado de una camarilla de mujeres entusiasmadas, sobre todo una actriz famosa que por lo menos se había bebido una botella de champán entera. Había colocado su bella pantorrilla encima de la de él y parecía estar pendiente de cada una de sus palabras.

—¿Sabías —informó a Militza mientras el vestido se le deslizaba lentamente por el hombro derecho— que estuvo en Sarov cuando canonizaron al santo?

—¿Oh?

—¡Y predijo que la emperatriz tendría un hijo después de eso, y fue lo que pasó!

—¡Increíble!

—¿Verdad que sí? —Lo agarró de la pierna y Rasputín sonrió.

—¡Ven! —dijo Militza a su protegido, tirándole de la mano para alejarlo de la actriz—. ¿Por qué no vamos a que nos lean el futuro? Hay una mujer en el rincón que predice el destino con una bola de cristal.

Rasputín dejó a la actriz que tanto lo toqueteaba un tanto a regañadientes, pero cruzó la estancia en dirección a la mesa de la adivina. Llevaba un pañuelo con flecos en la cabeza, tenía los ojos oscuros y una tez incluso más oscura y dijo ser una zíngara de Novaya Derevnaya. Lo miró fijamente mientras él se sentaba.

—¿Te conozco? —preguntó ella—. ¿Alguna vez vas a ver a las zíngaras a las islas? ¿A oírnos cantar?

—Soy nuevo en la ciudad.

Ella enarcó las cejas unos instantes esperando que añadiera algo más antes de inclinarse bajo la mesa y sacar una bola negra lisa y brillante.

—Obsidiana —dijo—. Es la bola más difícil pero más precisa de leer. Me he pasado toda la vida aprendiendo.

—Nunca había visto una tan negra —indicó Militza, inclinándose hacia la bola.

—¿Lees el futuro? —preguntó la zíngara.

—Un poco.

—La bola es muy rara.

—¡Empieza ya, mujer! —espetó Rasputín con un bostezo mientras miraba hacia la actriz borracha que estaba en el otro extremo de la sala.

—Sí —respondió la zíngara, cerrando los ojos y respirando lentamente como si entrara en una meditación profunda. De repente, los abrió—. Has viajado hasta muy lejos —dijo, mirando la bola—. Veo pies descalzos que caminan por la nieve, el hielo y el barro; veo tierras lejanas y veo iglesias, estatuas. Ahora veo coronas y cruces y lágrimas. Veo un bebé. Veo riqueza y poder y oro. —Se recostó en el asiento y lo miró—. ¿Quieres riqueza, poder y oro?

Rasputín negó con la cabeza.

—Soy un hombre de Dios, Madame, ¿para qué iba a querer yo riqueza, poder y oro?

—Algún día —susurró ella— serás el hombre más poderoso de Rusia.

Rasputín soltó una sonora carcajada.

—¡Todas las zíngaras sois iguales! ¡Poder y oro! ¡Menuda tontería! No quiero nada de eso —dijo él, levantándose del asiento—. Lo que necesito es más vino.

Para cuando Militza y Rasputín se marcharon del salón ya eran las tres de la mañana. Stana y Nikolasha se les habían adelantado y los habían dejado para que tomaran solos el coche. Probablemente, Rasputín había ingerido más de tres botellas de vino de Madeira y Militza tampoco había evitado el alcohol esa noche. Él se sentó a su lado en el asiento trasero, tan cerca que ella olía su embriagadora fragancia de violeta y notaba la dureza de su muslo cuando colocó su pierna al lado de la de ella, apretujándose contra su ser. Militza notó un estremecimiento por todo el cuerpo.

—¿Te ha parecido emocionante? —preguntó ella, ladeando la cabeza con

expresión coqueta.

Era plenamente consciente de estar flirteando, pero no podía evitarlo. Él era su creación, pensó, podía hacer con él lo que se le antojara, y si le apetecía coquetear con él, pues adelante. Era el vino, su cercanía y el hecho de que hubiera repartido sus favores tan alegremente por la estancia sin pensar en ella y sus sentimientos. Ella lo había llevado a la fiesta, debería haberle prestado más atención.

—¿Emocionante? —Soltó un bufido—. Me parece que no sabes lo que es algo emocionante, mamá.

—¡He tenido una gran vida! —Rio ella—. ¡He vivido muchas más situaciones emocionantes que tú!

Militza se pasó los dedos por la melena oscura mientras se volvía para mirarlo. Había bebido demasiado vino, pero ese hombre estaba en deuda con ella. Era una mujer atractiva, un bellezón, o por lo menos eso es lo que le habían dicho infinidad de veces. Él había estado coqueteando con otras mujeres toda la noche y ahora le tocaba a ella.

—Permíteme que te cuente algo emocionante, madre. —Se inclinó más hacia ella. Notaba el aliento de él en sus labios. Y le encantaba—. Emocionante, emocionante de verdad... es una reunión de los jlystý.

—Eso es ilegal —susurró ella mientras lo miraba de hito en hito.

—Encontrar a Dios no tiene nada de ilegal.

—¿A través del pecado?

—Empieza con un baile —dijo, tomándola de la mano y empezando a dibujar círculos en su palma con el índice—. Cuando el sol rojo se ha puesto, se reúnen en una pequeña cabaña. —Hablaban con voz queda y los círculos que dibujaba eran más suaves todavía—. Cuando empiezan los cánticos, llevan ropa normal. Empiezan con salmos y canciones tradicionales sobre el anhelo de la llegada del reino de Dios, de que Dios se convierta en Hombre y por la

manifestación del Espíritu Santo. Poco a poco, sin prisa, pero sin pausa, la música se vuelve cada vez más exultante y comienzan a quitarse la ropa, se ponen camisas hechas de muselina blanca para conmemorar la resurrección de Cristo. Es algo que simboliza que han cambiado su vida terrenal por la espiritual y que bailan. Poco a poco al comienzo, balanceándose juntos, moviéndose al unísono, bajo la luz de doce velas. —Iba moviendo el dedo en la palma de Militza de un lado a otro mientras ella contenía el aliento—. Entonces, el grupo se divide en parejas, y bailan de un lado a otro de la sala mientras la temperatura va en aumento y empiezan a cantar: «El Espíritu Santo está entre nosotros, el Espíritu Santo está entre nosotros» una y otra vez hasta que tienen la lengua pastosa, rígida y paralizada. Entonces el predicador habla de Dios y del Hombre y del Espíritu Santo, mientras el resto de nosotros nos estremecemos y temblamos como niños pequeños. La danza se reinicia. Esta vez nos quitamos la parte de arriba; las mujeres se quedan con los pechos al aire y con el pelo suelto alrededor del rostro como si fueran serpientes. Se sacan los látigos hechos con finas cintas de cuero que escuecen como el ácido en contacto con la piel. Nos autoflagelamos; nos azotamos y flagelamos hasta que tenemos la espalda llena de cortes y arañazos, hasta que nos desplomamos en el suelo, ensangrentados y sudorosos, exhaustos por el baile y los cánticos, pero extasiados, más elevados que las nubes del cielo. Y entonces, por fin, copulamos. Independientemente de la edad o la relación, copulas con quien tienes al lado o detrás de ti, da igual. Y cuando por fin tanto el hombre como la mujer alcanzan un clímax estremecedor de fluidos y de carne, ya no existe el ego terrenal, ya no hay más tú o yo, nada más aparte del espíritu indivisible. El Espíritu Santo. Éxtasis. —Sonrió y entonces concluyó con desdén—. Eso, mamá, sí que es emocionante.

Ella se inclinó hacia él en el asiento trasero del coche, notó su miembro prominente, el miembro que ella misma había creado, endurecido contra su

muslo; notó una excitación repentina y le colocó enseguida la mano encima de la entrepierna y entonces le rodeó el ancho miembro con la mano y apretó. Él abrió la boca de placer y gimió. Militza estaba totalmente excitada y separó las piernas bajo los faldones de seda, a la espera del tacto rudo y vigorizante de la mano de él. ¡Cuántas ganas tenía de montar a ese hombre! ¡Cómo anhelaba notar el empuje de su gran verga en su interior, anhelaba bailar desnuda y sudorosa, copular con él una y otra vez!

Él se inclinó hacia ella.

—No eres tú sino tu hermana quien me hace arder por dentro —susurró, lanzándole gotas de saliva al interior de la oreja—. Es el tipo de puta caliente con la que soñamos en las frías noches siberianas. Ya se folla a otro que no es su marido; ¿qué más da una polla más?

11 de noviembre de 1905
Palacio de Sergievka, Peterhof

El té se sirvió tal como le gustaba a Alix. Té inglés con leche, emparedados y delicados pastelillos para tranquilizarla, para que le recordara a su niñez. Militza la había telefoneado hacía un par de días antes de mencionar que ella y Stana habían encontrado a alguien nuevo, alguien muy emocionante, tal como Philippe había predicho, alguien tan poderoso cuya capacidad para sanar excedía a la de Juan de Kronstadt. Acto seguido, el dicharachero Teofán había sido despachado a Tsárskoye Seló para explicar su reunión con el *muzhik* y contar cómo lo había conocido en la Academia de Teología, cómo había hablado a los estudiantes y los había dejado embelesados con sus conocimientos y carisma. Le habían dicho que mencionara la teoría de Tolstói según la cual los campesinos estaban más próximos a Dios, aunque obviamente el nombre de Tolstói no fue pronunciado debido a su reciente excomunión de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Las hermanas habían elegido el palacio de Stana en vez de Znamenka para evitar toda asociación con las *séances* y el Ouija y el espiritismo. Rasputín era un hombre de Dios, sencilla y llanamente. Y deseaban que se mantuviera así.

La pareja real llegó apenas pasadas las cuatro de la tarde. Militza y Stana esperaban nerviosas en el vestíbulo. Cuando Nicky y Alix subieron la escalera de palacio, se sorprendieron al ver cuánto habían envejecido en los últimos

meses, intimidados por los disturbios y los rumores de revolución. La firma de la nueva constitución debería haberle quitado un peso de encima a Nicky, pero la realidad fue todo lo contrario. Ningún hombre, conjeturó Militza, desea renunciar al poder, pero su rostro ceniciento y gesto exhausto la sorprendieron de todos modos. Sin embargo, Alix era quien había sufrido algo más que envejecimiento: transmitía un aire de melancolía hastiada del que era incapaz de desprenderse. Consiguió esbozar una breve sonrisa cuando vio a los hijos de Stana, Serguéi y Elena, y les formuló las preguntas típicas sobre la vida y sobre los libros que estaban leyendo, haciendo hincapié en lo mucho que habían crecido. Pero su calidez, su vitalidad, su curiosidad, su capacidad para conectar con los demás habían desaparecido por completo. Estaba ausente; ansiosa, ensimismada en problemas que estaban en otro lugar.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Militza, tomando a Alix con ambas manos y acompañándola al salón amarillo—. ¿Cómo están las niñas?

—Bien —repuso ella—. He contratado a un tutor para ellas, John Epps. Necesitan un poco de ayuda con el inglés, aunque tengo que reconocer que, de hecho, es escocés, así que espero que no se les pegue el acento. Ya han aprendido el irlandés de la señorita Eagar, es un milagro que sean capaces de entenderla.

—Y... —Militza casi no tenía ganas de preguntar.

Ninguna de las dos mujeres había sacado a colación el tema de la «enfermedad de Hesse» o la «maldición de los Coburgo» desde que Militza había recogido las gasas ensangrentadas de la cama de Alix el día del nacimiento de Alejo. Militza había hablado del tema con Nicky por teléfono unas cuantas veces, instándolo a decírselo a los médicos de Tsárskoye Seló, para que al menos supieran a qué se enfrentaban. Pero todos sus ruegos habían caído en saco roto. La enfermedad de Alejo tenía que mantenerse en secreto. En momentos difíciles como aquellos, la monarquía tenía que mostrarse fuerte

y había que negar cualquier debilidad. Ninguna de las hermanas del zar sabía siquiera lo enfermo que estaba su sobrinito.

—¿Alejo? —preguntó Alix, esforzándose por mantener un tono frívolo—. Está muy bien, muy pero que muy bien. ¡Tiene un nuevo caballo de balancín en el que se mueve adelante y atrás con demasiada fuerza! Pero es un niño tan sano... no deja de comer, y sus hermanas lo adoran. ¿Verdad que sí, Nicky? — Él se volvió y la miró con expresión vacía—. ¿Verdad que las hermanas de Alejo están prendadas de él?

—Sí, querida, claro que sí.

Un lacayo sirvió el té mientras se aposentaban y esperaban la llegada de Rasputín. Nicolás y Alejandra estaban sentados juntos en el diván de seda amarillo, mientras Stana y Militza se encontraban al borde de sendos sillones de menor tamaño. Colocaron otro sillón entre ellos.

—El obispo Teofán ha sido de lo más efusivo describiendo a Rasputín —reconoció Nicky—. Sigue insistiendo en que es la voz del alma y el pueblo ruso.

—Creo que os parecerá inspirador —dijo Stana.

—Sí —convino Militza—. No os dejéis arredrar por su forma de saludar. No está habituado a las costumbres de ciudad y tiene unos modales desenvueltos. Es un espíritu libre. Un alma honesta.

«El hombre no tiene ni idea de protocolo», pensó. No había hablado con él ni lo había visto desde la noche de la fiesta. A la mañana siguiente se había sentido profundamente humillada. Las imágenes de sus coqueteos y su rechazo la habían perseguido durante días. Las había revivido con viveza, a cuál más espantosa. Pero había decidido que era mucho mejor no mencionar nunca el viaje en coche. Los dos habían bebido en exceso, sin duda él estaba muy borracho. Mucho mejor fingir, concluyó, que nunca había ocurrido. Militza estaba totalmente decidida. Estaba decidida a situarse en un plano moral

superior, resuelta a concentrarse en el asunto que los ocupaba. Tenía un favorito al que beneficiar y eso es lo que haría.

—Es de Siberia —apuntó Stana.

—Pero en realidad en un hombre santo. Ha viajado mucho, ha vivido entre hombres santos y ha aprendido mucho a lo largo de su vida —añadió Militza—. Las palabras de Philippe se han hecho realidad, tal como sabía que pasaría. Él predijo a alguien nuevo.

—Philippe nos enseñó muchas cosas —dijo Alix, tomando un pequeño sorbo de té.

Permanecieron sentados en silencio, mirando los emparedados, escuchando el reloj de la repisa de la chimenea.

—¿Dónde está Pedro? —preguntó Nicky al cabo de un rato.

—Está almorzando en el Club Náutico —respondió Militza.

—¿Solo?

—No, Nikolasha está con él —dijo Stana—. ¡A estos dos hermanos nunca se les acaban los temas de conversación!

Alix tosió un poco y se movió en el asiento.

—Nicky ha salido a remar en el lago esta mañana —dijo—. ¿Habéis visto qué tiempo hace? Sol en noviembre... es inaudito.

—Yo he estado a punto de salir sin el chal —convino Stana—. Pero al final lo he cogido.

—No —dijo Alix—. Pero de todos modos... sol...

Justo entonces se abrieron las puertas dobles y Rasputín irrumpió en el salón. Vestido con una larga sotana negra, con un crucifijo de latón grande colgado del cuello, presentaba un aspecto un tanto descuidado. De inmediato se acercó a besar a Militza tres veces y la abrazó con fuerza al hacerlo. Quedaba claro que no sentía ningún reparo acerca de aquella otra noche. O tal

vez fuera que no la recordaba... Inmediatamente se volvió hacia Stana y le colocó la mano ahuecada bajo la mandíbula.

—¡Mamá! —exclamó antes de besarla con el mismo ímpetu.

Alix se levantó con la taza entre las manos.

—¡Madrecita! —dijo, volviéndose hacia ella—. ¡Por fin nos conocemos! —Se le acercó, se arrodilló delante de ella y la sujetó por las pantorrillas—. Me arrodillo ante ti y ante toda Rusia. —Alix estaba petrificada. No tenía ni idea de qué hacer.

—Levántate, por favor —dijo con voz queda—. No hay necesidad.

Rasputín se acercó al zar.

—¡Padrecito! —declaró, lanzándose al suelo una vez más—. Me arrodillo ante ti y ante toda Rusia.

—Siéntate, por favor, Grigori Yefimovich —pidió Nicky, colocando la mano encima de la cabeza de Rasputín—. Siéntate, señor. Hemos oído hablar mucho de ti.

Pero Rasputín no se sentó. Se puso a caminar de un lado a otro, explicando lo emocionado que estaba de que Dios hubiera considerado apropiado enviarlo allí, de cuán largo y arduo había sido su viaje y de cómo ahora estaba lleno del Espíritu Santo por el mero hecho de encontrarse ante ellos. Continuó diciendo cuánto quería el pueblo a su «madrecita» y «padrecito», hasta qué punto eran el alma y el espíritu de la verdadera Rusia y de lo opuestos que eran a eso los nuevos funcionarios del gobierno que pertenecían a la Duma.

—Ellos son los verdaderos charlatanes, ellos son las sanguijuelas del alma de la verdadera Rusia. ¡Vosotros fuisteis elegidos por Dios, gobernáis por la voluntad divina! —declaró, caminado a un lado y a otro delante de la chimenea—. Hay un dicho chukchi —añadió—: «Un hermano no es solo aquel cuyo rostro y forma se nos parece. Un hermano es quien conoce nuestra alegría y nuestro dolor y los comprende.»

Acabó clavando sus ojos azul claro en Alix. Ella bajó la mirada lentamente, incómoda bajo su escrutinio.

Era un *tour de force* : el andar continuo y las proclamas, la vitalidad desbordante del hombre que irrumpía en su mundo callado e introspectivo. Nicolás y Alejandra no podían quitarle los ojos de encima. Para cuando por fin se sentó a tomar una taza de té con una cuchara llena de mermelada, Alix ya se había convertido. Se irguió en el asiento con la espalda bien recta y ojos relucientes. Militza no la había visto tan viva y alerta desde que ella y Stana le presentaron a Philippe, hacía muchos años.

—Háblales de tus impresiones de San Petersburgo —pidió Stana, entusiasmada.

—El padrecito y la madrecita no quieren oír hablar de eso —respondió él, lamiendo la cucharilla—. ¿Por qué no les hablo de su patria, del territorio que se extiende hasta donde alcanza la vista? —Sonrió y señaló la ventana con la cucharilla—. Donde los horizontes son amplios y el cielo se une a la tierra; el lugar más frío del mundo que está habitado, donde un montículo de nieve puede convertirse en una chica que se oculta de la luna y un chico puede convertirse en ballena; su lanza, en una aleta. Donde los árboles tienen alma y los bosques susurran con el sonido de los espíritus.

—He estado en Siberia —dijo Alix. Nicky la miró un tanto sorprendido—. Sarov.

—Es cerca de ahí, madrecita. No exactamente el lugar, pero cerca.

—La canonización.

—¡Estuve allí!

—¿Ah, sí?

—Caminé descalzo con los peregrinos. Toqué el ataúd del santo antes de

que lo colocaran en el gigantesco sarcófago de mármol y granito, ¡y mientras os bañabais en el río a medianoche anuncié a la congregación en la iglesia que el tan esperado heredero al trono nacería en el plazo de un año!

—¡Y así fue!

—Así fue. —Rasputín hizo una pausa—. ¿Está bien?

—Bastante bien, gracias —dijo Alix—. De hecho —añadió—, deberías visitarnos en Seló. —Nicky lanzó una mirada a su esposa, pero ella hizo caso omiso de ella—. Me encantaría que lo conocieras. Es un niño muy cariñoso y guapo, con unos mofletes regordetes y enormes ojos azules. Todo el mundo lo adora.

Siguieron sentados charlando durante veinte minutos más antes de que Alix anunciara que tenían que marcharse. Quería saber qué tal les había ido a las niñas con el nuevo tutor y no le gustaba dejar a su hijo demasiado tiempo.

—Siempre estoy preocupada por él —reconoció mientras permitía que Rasputín le diera un beso de despedida—. Es tan preciado para todos nosotros..., ya sabes.

—Y en él hemos depositado todas nuestras esperanzas —convino Rasputín.

En cuanto se marcharon, Rasputín pidió una botella de vino de Madeira, que se dispuso a beber copa tras copa.

—Creo que les he caído bien —dijo, apurando una copa—. Ella es asustadiza, está nerviosa y parece llevar todo el peso de las preocupaciones del mundo sobre sus hombros. Tiene que relajarse un poco más, divertirse un poco en esta vida. Tiene una tristeza que todavía no sé a qué achacar. —Se sorbió los mocos y se limpió la nariz con el dorso de la mano antes de echarse a reír—. ¡Y Su Majestad Imperial es tan pequeño! ¡Nada que ver con tu

semental, mamá! —Sonrió a Stana—. ¡Eso sí que es un buen pedazo de hombre! Seguro que es un compañero infatigable.

—¿Te refieres al gran duque Nicolás Nicoláyevich? ¿Comandante del distrito de San Petersburgo? —preguntó ella—. ¿Mi queridísimo amigo?

—Un muy buen amigo, mamá. Pero cuando tu esposo vive en el extranjero, ¿qué vas a hacer sino tener muy buenos amigos?

—Si me disculpáis —dijo Stana, un tanto fastidiada—. Tengo que ir a ver cómo están los niños.

Rasputín se echó a reír mientras observaba su marcha y entonces se sirvió más Madeira.

—Dime... —Hizo una pausa para beber de la copa—. He oído decir que tienes un icono de san Juan Bautista. Que te lo dio el Maître Philippe.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Militza.

—Al obispo Teofán le gusta hablar.

—Pues no debería.

—No lo pudo evitar. Es famoso —indicó—. Protege a quienquiera que lo posee.

—¿De qué?

—Del demonio. De la muerte. Del asesinato. —Sonrió—. Me gustaría echarle un vistazo.

—No está aquí.

—En otro momento —dijo, dando otro largo sorbo al Madeira—. Tenemos un montón de tiempo, tú y yo, mucho tiempo. ¿Verdad, mamá? —Hizo una pausa—. Tengo un icono que deseo entregar al zar y la zarina, de san Simeón de Verjoturie el virtuoso. No es como el tuyo, pero también es uno de los iconos más potentes que conozco. —Miró el suelo y eructó entre dientes. Se quedó ensimismado en su propio mundo durante unos instantes—. No puedo

evitar sentir que lo necesitan. Tienen por delante un camino pedregoso y difícil. Lo intuyo.

Adoptó una expresión huraña por momentos, como si lo que acababa de presenciar lo perturbaba.

—Pero esta noche —anunció, levantándose del asiento—, ¡esta noche ceno con las zíngaras!

—¿Ah, sí? —Militza estaba un poco sorprendida.

—La encantadora actriz del otro día, la de hombros lechosos, me propuso que cenáramos en el Cubat.

—No sé si es lo más sensato para un hombre de tu posición —dijo Militza.

—¿Qué posición?

—Eres sacerdote.

—Soy un hombre de Dios, no un sacerdote.

—Da igual.

—¿Estás celosa, mamá?

—¡Por supuesto que no! —espetó Militza, y notó cómo se ruborizaba ligeramente—. No seas ridículo.

—Como quieras —expuso él, dando otro buen sorbo al vino.

—Pero tienes que prometerme una cosa.

Él la miró entrecerrando los ojos.

—No me gusta hacer promesas.

—No debes, repito: no debes visitar al zar y a la zarina solo. Tienes que ir con Stana o conmigo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Es por tu propio bien. Tenemos que estar ahí para ayudar, ¿entiendes? No quiero que cometas un error. No quiero que te pases de la raya, que cometas algún error.

—¿Me estás diciendo que un campesino no se merece comer en la corte de un rey?

—No, no. Por supuesto que sí. Pero hay muchos enemigos por ahí. Créetelo

de alguien que conoce los peligros y trampas de la corte. Tienes que ser listo y tienes que actuar con inteligencia.

—Ya veremos —dijo él, volviéndose para marcharse.

—¡No lo veremos! —Militza alzó la voz—. Harás lo que yo diga.

—¿Haré lo que tú digas? ¿O qué?

—¡O te destruiré!

—¿Destruirme? Apenas me conoces.

—¡Yo te creé y puedo destruirte con la misma facilidad! —declaró con dramatismo, pero enseguida se sintió un poco boba.

Él la miró con expresión inquisidora.

—Tú no me creaste, mamá, y tampoco puedes destruirme —susurró mientras la miraba con fijeza y sin parpadear—. Soy un *strannik*, un vagabundo de las estepas de Siberia. No estoy a la disposición de nadie. —Se encaminó a la puerta, pero se detuvo y se volvió—: ¿No has oído nunca la historia del pescador que hace un hombre a partir de arcilla? —Ella negó con la cabeza—. Pues te la voy a contar. —Sonrió y volvió sobre sus pasos—. Resulta que el pescador crea un hombre a partir de arcilla y lo deja en el exterior para que se seque, y cuando el hombre de barro por fin está seco, se sienta en el exterior de la casa y da unos toquecitos en el cristal de la ventana. Al comienzo no le hacen caso, confiando en que se acabará marchando. Pero no deja de dar golpecitos. Toc, toc, toc. Una y otra vez. Hasta que al final la mujer del pescador lo deja entrar.

—¿Y entonces?

—Entonces engulle a ambos enteritos: brazos, piernas, incluso las redes de pescar, todas de una vez. —Juntó las manos—. El fin.

—De hecho —intervino Stana, que apareció justo detrás de él—, no sé si la historia acaba así.

—¿Ah, no? —preguntó Rasputín.

—¿El hombre de barro no se vuelve demasiado avaro? ¿Acaso el hombre de barro no se come a medio pueblo, a las lecheras con sus balancines y sus cubos, a las ancianas con sus cestas de frutos del bosque hasta que intenta comerse al hermoso alce? Pero ¿el hermoso alce no ataca contra la boca abierta, avara y expectante del hombre de barro y lo hace explotar en cien pedazos de barro y desaparece para siempre?

Se hizo el silencio.

—Bien, mamá —acabó respondiendo él, asintiendo con la cabeza—. Te felicito por tu conocimiento de los cuentos tradicionales siberianos.

12 de marzo de 1906

Tsárskoye Seló

La tragedia no tardó en producirse.

Mientras jugaba con su guardaespaldas marinero, Derevenko y el hijo de este, el zarévich Alejo se cayó en el jardín. Todo el mundo lo estaba observando, todo el mundo prestaba atención, pero, aun así, el niño había tropezado y se había dado un buen golpe en la rodilla. Se había levantado rápidamente, pero entonces se había caído hacia atrás, a los brazos de Derevenko.

Alix había pasado tres días con sus correspondientes noches a su lado, cuidándolo. No había ni dormido, ni comido, ni se había lavado. No quería, no podía dejar a su hijo. Tenía moratones, señal de hemorragia interna, y el niño estaba descompuesto de dolor, sujetándose la rodilla, su pequeño rostro blanco asomaba por encima de las mantas como un muerto en el depósito de cadáveres. Los médicos iban y venían, y el doctor Badmayev llegó con unos paquetes marrones de hierbas y pociones, elixires y una cataplasma a base de hierbas para aliviar el dolor. Nada surtía efecto.

Era como si Dios hubiera abandonado tanto a la zarina como a su hijo.

El día seguía a la noche sin respiro. El niño no paraba de gemir y de llorar, cada vez se quedaba más exhausto por el dolor, cada vez se acercaba más a la muerte. Pero su madre seguía sin moverse. Nadie osaba entrar en la habitación

del enfermo por temor a lo que pudieran ver. En un momento dado, el zar en persona se acercó a la cama de su hijo y este le dijo:

—Papá, me duele.

Nicky salió del dormitorio y al poco se le oyó llorando pasillo abajo.

Nicky fue quien telefoneó a Militza.

—Tienes que venir —le había dicho con voz queda por el teléfono—. Alix no puede estar sola más tiempo. Porque si es la voluntad de Dios que Alejo muera esta noche, necesitará a sus amigas.

Pedro fue quien sugirió que Militza llevara a Rasputín.

—Si la situación es tan grave como dices, entonces al menos él la distraerá —concluyó Pedro mientras Militza salía corriendo por la puerta.

—Pero ¿podemos confiar en él?

—¿Podría ayudar?

Militza, Stana y el *muzhik* llegaron en la medianoche de la tercera noche. Dejaron a Rasputín en el exterior, en el carruaje, por temor a que su presencia asustara a Alix, y entraron en palacio por la puerta trasera porque no querían pasar por la gran cantidad de guardas que dedicarían demasiado tiempo a dejar constancia de su entrada en los registros oficiales. Todos los pasos que la pareja real daba quedaban registrados, aparte de que había espías y confidentes por todas partes. Tras ascender por la escalera trasera, entraron en los aposentos privados y llamaron tres veces a la puerta de Alix. No hubo respuesta, por lo que Militza volvió a llamar y entró en la estancia, mientras Stana se quedaba en el pasillo. Encontró a Alejandra boca abajo en la cama.

Agotada, se había dado por vencida hacía tiempo y miraba, sin ver, el techo, esperando el amanecer y la muerte inevitable de su hijo.

Militza se inclinó y, colocando su rostro cerca del de Alix en la almohada, empezó a susurrarle al oído. Le dijo que había llegado su ayuda, que habían traído a Rasputín con ellas. Recordó a Alix que había curado a una perra y que recientemente había salvado a un niño en el pueblo, dijo que había muchos ejemplos de sus poderes, que desde Siberia no paraban de llegar numerosas historias.

—Es un verdadero hacedor de milagros —susurró—. Déjale ver a Alejo, sé que puede ayudar. Esta fuera, esperando en el carruaje y tiene un mensaje para ti: «Dile a la emperatriz que no llore. Yo curaré a su hijo pequeño. En cuanto sea un soldado, volverá a tener las mejillas sonrosadas.»

Alix escuchaba sin moverse; ante la mención de las mejillas sonrosadas de Alejo, sonrió.

—Mejillas sonrosadas —susurró, y una lágrima solitaria le rodó por la mejilla.

—Recuerda, querida, recuerda lo que dijo Philippe —siguió Militza con un susurro—. Que alguien aparecería, alguien más poderoso que él, alguien que será amigo. Hará que tu hijo se cure. Salvará a Rusia. Es un enviado de Dios.

Nicky acabó entrando en la habitación con una lámpara. Su esposa se volvió para mirarlo con ojos vidriosos.

—Querida —dijo lentamente—, deja que entre el *muzhik*, haz entrar a Rasputín. Es un enviado de Dios. De Philippe. Ahora solo él puede ayudarnos.

Nicky vaciló. Solo su círculo más íntimo sabía de la enfermedad de su hijo. ¿Podía confiar en aquel hombre? ¿El hombre que apenas conocían? Lo habían visto una sola vez y ahora iban a confiarle su secreto más profundo. Pero la vida de su hijo se escurría entre las manos, más rápido que la nieve al derretirse. No podía elegir.

Rasputín subió acompañado la escalera trasera y recorrió los pasillos a oscuras para no alertar a los guardias. Por fin llegó a la puerta del dormitorio del niño. Vestido con una túnica negra y despeinado, abrazó enseguida a Stana y a Militza, y luego, volviéndose hacia el zar y la zarina, les dio los tres besos en la mejilla. La enfermera que cuidaba de Alejo dejó de humedecer la frente del niño y abrió la boca, consternada. Nunca había visto tamaña confianza. ¿Quién era ese hombre que entraba en la habitación del zarévich en plena noche?

Rasputín se arrodilló de inmediato delante de la pared de iconos situada encima de la cama del niño y empezó a rezar. Acto seguido, se acercó a la cama, hizo la señal de la cruz encima de la frente del niño y dijo:

—No temas, Alyosha, todo vuelve a la normalidad.

El niño abrió los ojos y observó la extraña figura que se cernía sobre su cama. Rasputín se dispuso a acariciar al niño y le pasó las manos lenta y suavemente por encima de los brazos, por el cuerpo y las piernas. Eran rozamientos, ligeros como una pluma, como si estuviera quitando las migas de una mesa. En el extremo de los dedos del pie de Alejo, dio la impresión de sacudir y deshacerse de aquello que había recogido con sus dedos y lanzarlo al aire. Mientras tanto, iba murmurando, mientras tanto, mascullaba y, mientras tanto, el resto de los presentes en la sala observaba en silencio.

—Toma —dijo—. He ahuyentado tus terribles dolores. Nada volverá a dolerte. Nada. ¡Mañana estarás bien y ya verás a cuántas cosas podremos jugar!

En vez de asustarse por la gran silueta de negro, Alejo se quedó intrigado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Un peregrino santo —repuso Alix—. Un hombre sagrado que hará que te recuperes. Dios en persona lo ha enviado a tu mamá y tu papá.

Rasputín se sentó en la cama.

—Soy de Siberia —dijo—. Una tierra tan larga y ancha que nadie ha visto dónde acaba. Es una tierra por la que vagan los osos, donde los tigres son blancos, y en los meses de invierno el cielo danza por la noche.

—¿Dónde está esa extraña tierra? —Daba la impresión de que a Alejo ya le había bajado la fiebre. Estaba tan fascinado por aquel personaje tan extraordinario situado en el extremo de su cama que se incorporó. Acto seguido, sonrió. En aquel momento, Alix dejó escapar un curioso gimoteo y salió de la habitación.

—¿Te cuento un cuento? —preguntó Rasputín

—Sí, por favor.

—Empieza así... El Sol tiene muchos hijos...

—Como mamá —dijo Alejo.

—Igual que tu madre. —Sonrió—. El hijo mayor del Sol es Peivalke, luego están los Cuatro Vientos; luego, los gemelos de las Nubes de Tormenta, el Rayo, el Trueno y la Tempestad. Pero, sobre todo, el Sol ama a sus tres hijas: Sol Dorado, Sombra Neblinosa y la más pequeña, Rayo de Sol Brillante. Las hijas del Sol viven con valentía y en libertad, van a la caza de los renos salvajes por la tundra, bailan en los claros del bosque, salen disparadas como peces plateados en el lago Seityavr y reposan en sus amplias orillas. Un día...

Militza y Stana salieron del dormitorio y cerraron con sigilo la puerta detrás de ellas. Recorrieron el pasillo en silencio, ninguna de las dos sabía exactamente qué había presenciado; lo único que sabían era que un niño al borde de la muerte había recobrado la vida ante sus propios ojos de forma milagrosa. ¿Acaso Rasputín lo había hipnotizado? ¿Era un curandero espiritual? ¿Un mago? ¿Un embaucador? ¿Había ahuyentado el dolor del

zarévich como un chamán? ¿Quién era ese hombre? Militza se volvió hacia su hermana.

—¡Gracias! —dijo una voz baja desde la oscuridad. Era Alix, que se había sentado de cualquier manera en un sillón en un rincón del rellano, con la agotada cabeza entre las manos—. ¡Está salvado! —se limitó a decir, alzando la vista con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Sí! —exclamó Stana, agachándose al lado de Alix y tomándole las manos temblorosas—. ¡Lo sé! ¡Hemos presenciado un milagro! Aquí, en este palacio, en lo más profundo de la noche, ha ocurrido algo. Algo que nunca olvidaremos.

—¿Será que Dios no me ha abandonado después de todo? —preguntó Alix.

—Pues no —confirmó Militza—. Tus ruegos han recibido respuesta.

Alix se echó a reír.

—¿Qué están haciendo ahora? ¿Qué hace ahora mi hijo? Mi hijo, del que pensé que nunca volvería a ver la luz del día, ¿qué está haciendo?

—Rasputín le está contando historias de Siberia —contestó Stana—. Sobre lobos y osos y ríos burbujeantes y las vastas estepas.

—Eso le gustará —dijo Alix con voz débil, como si hablara en sueños—. Le gustan mucho los cuentos. Pero ahora tiene que descansar —añadió, pasando la mirada de una hermana a la otra—. ¿Qué hora es?

—Son más de las tres de la mañana —informó Stana.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Alix, levantándose del sillón de un salto—. Alejo ya debería estar dormido hace rato. Las niñas se despertarán pronto y querrán jugar con él. Tengo que evitarlo. Necesita descansar. Debe descansar. El chico ha pasado un mal trago, pobrecillo. Debe descansar.

Las tres volvieron al dormitorio del niño y se lo encontraron incorporado en la cama, fascinado por las historias de Rasputín.

—Y entonces el oso... —decía Rasputín, encorvando los hombros y

adoptando una expresión fiera.

—¡Y entonces el oso se fue a la cama! —interrumpió Alix.

—¡Oh, por favor, mamá! —suplicó Alejo, acercándose las sábanas.

—Otro día, cielo —indicó ella—. Tienes que descansar.

—¡No!

—Obedece a tu madre, jovencito —dijo Rasputín, levantándose de la cama.

—¿Cómo puedo agradecerte lo que has hecho? —exclamó Alix, abrazando a Rasputín y besándolo en la mejilla—. ¿Cómo podré agradecértelo? —Le tomó las manos y se las besó.

Rasputín hizo la señal de la cruz encima de la cabeza de ella.

—Si crees en el poder de mis rezos, tu hijo vivirá.

Ella volvió a besarle las manos.

—¡Vuelve mañana! Por favor, papáito, vuelve mañana —pidió Alejo desde la cama—. No me iré a dormir hasta que vengas.

—¿Vendrás mañana? —preguntó Alix.

Militza vio, notó, cómo la miraba desde el rincón oscuro.

—Por supuesto que vendrá mañana —repuso ella alegremente—. Vendremos juntos. Los tres juntos.

23 de septiembre de 1906

San Petersburgo

A lo largo de los meses siguientes, Militza y Stana no perdieron de vista a Rasputín. Los tres eran prácticamente inseparables y a medida que su reputación como sanador aumentaba, se aseguraron de que absolutamente todo el mundo supiera que ellas eran sus defensoras. El hecho de que el obispo Teofán lo hubiera descubierto, o que se lo hubiera visto por el seminario y dado que hablar entre los fieles de la iglesia, quedó relegado en la versión de la historia que daban Militza y Stana. Rasputín era su *muzhik*, el curador espiritual al que habían invocado desde los suspiros moribundos de la noche, y dado que ya eran famosas por su enfoque esotérico de la cristiandad, todo el mundo las creyó.

Al cabo de poco tiempo, Militza empezó a decir que había conocido a Rasputín en Kiev años atrás. Contó la historia de que había ido a Ucrania a visitar a su suegra, la gran duquesa Alejandra Petrovna, que vivía como monja después de que su esposo, el gran duque Nicolás Nicoláyevich padre, hubiera tenido cinco hijos ilegítimos con la bailarina Catalina Chislova. Los hijos bastardos y sus motivos para hacerse monja no se mencionaban en la historia, claro está; ni el motivo verdadero por el que se había desplazado hasta allí: visitar la tumba de su querida hija Sofía, nacida y muerta el mismo día. Como es de suponer, se recreaba en su encuentro con Rasputín, en el campo, donde

estaba cortando leña. Cada vez que la contaba, adornaba la historia y describía cómo, a pesar de su brusquedad, se había dado cuenta de que era un hacedor de milagros. Su rudeza formaba parte de su integridad, decía. Cuanto más ofensivo y ordinario, más genuinos eran sus sentimientos y emociones. Rasputín representaba la verdadera alma rusa; no era una persona afectada ni condescendiente ni pretenciosa. En un mundo en el que nadie hablaba con sinceridad, se podía confiar en que él decía la verdad, por difícil o dolorosa que resultara.

Él las acompañaba a todas partes y cenaba a menudo en Znamenka. También iba a tomar el té a Sergievka y se lo veía en compañía de Militza y Stana con Pedro y, últimamente, con Nikolasha en algunos de los salones más de moda de la ciudad. Incluso pasó varias semanas con ellos en Crimea durante el verano y no regresó a San Petersburgo hasta comienzos de septiembre, después de visitar a su familia en Siberia.

Su regreso a San Petersburgo vio aumentar su popularidad más todavía porque su fama se propagaba. Las historias sobre su grandeza viajaron junto a él desde las estepas. Cómo curaba a los enfermos, sanaba a los cojos y apaciguaba la mente de los locos. La condesa Ignátiev insistió en que asistiera a su salón negro los lunes que estuviera en la ciudad. El ascenso de Rasputín en la alta sociedad de San Petersburgo fue tan estratosférico que resultó inevitable que acabara yendo a cenar al Club Náutico Imperial del Morskaya.

En San Petersburgo había muchos clubes: el Club Inglés, el Nuevo Club, el Club de las Artes, pero el Club Náutico, tal como se le conocía de manera informal, con solo ciento cincuenta miembros, se consideraba el más aristocrático de la capital, frecuentado por grandes duques, por los más altos dignatarios de la corte y por los diplomáticos mejor relacionados. La lista de espera para formar parte de este casi siempre estaba cerrada. Se decía que quienes pasaban de largo miraban con envidia aquel baluarte del

establishment y se preguntaban qué intrigas, qué complots, qué carrera se forjaba o destruía, quién estaba de suerte o caído en desgracia dentro de sus sagrados muros. También se decía que incluso los tipos más mansos y discretos cambiaban después de ser aceptados en el club. Hinchidos de engreimiento, no salía una sola frase de sus labios sin mencionar el Club Náutico. «El Club Náutico piensa esto... El Club Náutico piensa aquello...»

Cuando en circunstancias normales un joven tardaba toda una vida en ser aceptado en el club, Rasputín había conseguido entrar en él en menos de un año.

Cuando Militza, Stana y Pedro llegaron al Club Náutico hacía una noche clara y fría; las heladas habían llegado temprano ese año y todo el mundo notaba el frío. Envueltas en sus pieles, con hermosas plumas en el pelo, tanto Militza como Stana iban cubiertas con una colección impresionante de diamantes, rubíes y perlas. Ambas llevaban vestidos nuevos, el de Militza era de gasa gris marengo con un sencillo cuello barca, las mangas rectas hasta el codo y ribeteado con cristales y encaje de Chantilly. Stana vestía un vestido de gasa verde claro escotado, mangas anchas que se ahuecaban en el codo y un grueso fajín de encaje. A diferencia de los clubes de caballeros de Londres, donde no se permitía la entrada a las damas, el Club Náutico era un lugar en el que ser visto, donde los vestidos se escrutaban y donde se marcaban tendencias. Las mujeres no aparecían sin más en el Club Náutico, sino que se vestían para la ocasión.

A pesar de los altos tejados barrocos con molduras color turquesa y blanco y unas lámparas de araña maravillosas, el comedor conseguía resultar acogedor. De las paredes colgaban cuadros con gruesos marcos dorados, había pequeñas pilas de libros encuadernados en cuero puestos en hilera en las hornacinas y mesas redondas cubiertas con manteles, rodeadas de sillas tapizadas y cómodas. Se parecía más a un salón privado que a un restaurante.

El grupo llegó justo pasadas las diez y, aunque era temprano, el club ya estaba lleno. Pedro y Nikolasha fueron enseguida a tomar una copa de champán a la mesa donde las hermanas habían dejado sus pieles. En cuanto entraron en el salón, aguardaron unos segundos tras un biombo de seda, inspeccionando las mesas, a la espera de que las condujeran a su sitio.

—La expresión plena de su personalidad queda reflejada en su mirada —dijo una voz con un marcado acento francés desde detrás del biombo que protegía una mesa de la entrada—. Son de un azul pálido, con un brillo, profundidad y atractivo excepcionales. —Militza miró hacia su hermana para ver si estaba escuchando. Por supuesto que sí—. Su mirada es penetrante y amable, inocente y astuta, lejana e intensa. —El hombre hizo una pausa, tal vez para beber de una copa de vino o asegurarse de que contaba con la atención plena de quienes lo acompañaban—. Cuando se enfrasca en una conversación, da la impresión de que sus pupilas irradian magnetismo. Desprende un fuerte olor animal, como el olor de una cabra.

—¡Una cabra! —exclamó una voz femenina—. ¡Cuán apropiado, teniendo en cuenta su...!

—¡Muy buenas noches! —saludó Militza, asomando la cabeza por el otro lado del biombo—. ¡Zinaida! ¡Reconocería esa voz en cualquier sitio!

La asombrada princesa Yusúpova parpadeó repetidas veces, avergonzada, mientras los pendientes largos de perlas negras se le balanceaban de la sorpresa. Incluso tuvo la gracia de sonrojarse.

—¡Querida! —dijo, jugando nerviosa con su gran collar de perlas negro—. ¡Qué sorpresa! Qué agradable sorpresa. —Recuperó la compostura—. ¿Qué tal estás?

—Bastante bien. —Militza sonrió y asintió, mirando rápidamente alrededor de la mesa para ver con quién cenaba Zinaida.

A su derecha se encontraba Sandro, el gran duque Alejandro, con su pelo

ralo y barba poblada, y enfrente, su bella esposa de ojos azules, Xenia, hermana del zar. Parecía petrificada, su mano fina sostenía una copa de vino en el aire, los labios ligeramente separados mientras observaba a Militza. A su lado estaba el conde Yusúpov, el vientre prieto por culpa del chaleco, el bigote poblado cruzándole la cara. A su izquierda estaba el hombre que había estado hablando, calvo, de cabeza redonda, con un bigote blanco y corto y un monóculo. Militza no lo había visto jamás.

—¡Anastasia Nikoláyevna! —declaró Zinaida al verla también aparecer desde detrás del biombo—. ¡Tú también!

—Buenas noches a todos —dijo Stana, sonriendo.

—Anastasia Nikoláyevna. —Xenia asintió, capaz por fin de dejar la copa de vino—. Nos encontramos constantemente con tu esposo en Biarritz.

—Dicen que es el lugar de moda en estos tiempos —añadió Zinaida.

—El sitio de moda —convino Xenia—. El Hôtel du Palais, el Hôtel des Ambassadeurs y el Continental están abarrotados. Los Oldenburgo, los Orlov..., todo el mundo está ahí. Mamá vino este verano en su tren y lo pasó en grande. Fiestas, los casinos... Sinceramente, embajador —se inclinó hacia delante y tocó la rodilla del hombre calvo—, es una de las ciudades más maravillosas de vuestro país.

El calvo asintió.

—Es muy hermosa, y el clima, benigno.

—Y, por supuesto, todo el mundo habla francés, ¡por lo que no hay ningún tipo de barrera lingüística! ¡Estamos muy contentos en nuestra Villa Espoir!

—¿Conocéis al embajador francés? ¿Su excelencia Maurice Paléologue? —preguntó Zinaida.

—Todavía no —respondió Militza.

—Excelencia, os presento a la gran duquesa Militza Nikoláyevna.

—Y ella es mi hermana Anastasia.

—He oído hablar mucho de vosotras —dijo, asintiendo—. Sobre todo a través de Rasputín, el hermano Grisha, a quien ya conocéis.

—¿Conocer? —dijo Xenia—. ¡Militza y Stana son las mejores amigas de Rasputín! Va a todas partes con ellas. Todos nosotros lo conocemos gracias a ellas. ¡Ellas se lo presentaron a mi hermano! ¡De hecho, me sorprende que el *muzhik* no esté aquí esta noche! —añadió antes de tomar un buen sorbo de vino.

—Llega un poco tarde. —Stana sonrió.

—¿Va a cenar en el Club Náutico?

El rostro del conde Yusúpov no podía ser más elocuente. Estaba conmocionado y horrorizado; no se le daba bien disimular sus sentimientos.

Militza sonrió y tendió la mano en cuanto Rasputín apareció desde detrás del biombo. Vestido con unos pantalones de seda roja y una camisa también de seda de estilo tradicional parecía más arreglado que de costumbre; quedaba claro que la *grandeur* del club le había afectado incluso a él.

—Damas —dijo con una sonrisa lobuna. Fue yendo alrededor de la mesa y besó a cada una de las mujeres, en la mejilla o rozándoles los labios con su suave boca a propósito. Ellas se pusieron rígidas y se sonrojaron a su vez, furiosas ante tal invasión, pero demasiado educadas como para decir algo—. Confío en que estéis pasando una agradable velada.

—Sí, gracias —dijo Zinaida lentamente, con la espalda recta, los labios fruncidos y la mejilla todavía húmeda por el beso.

—¿Qué tal estás, hermano Grisha? —El embajador francés se levantó de su asiento de un salto e intentó abrazar a Rasputín desde el otro extremo de la mesa. Rasputín se mantuvo impasible—. Maurice Paléologue —añadió enseguida, frunciendo los labios ligeramente bajo el corto bigote.

—*Monsieur l'ambassadeur de France* —añadió Xenia.

—Ah, Maurice —dijo Rasputín, enarcando las cejas—. No te había visto.

Estaba distraído con las damas y mi ojo te ha pasado por alto entre tanto tesoro.

Maurice rio aliviado. Se había pasado los últimos quince minutos entreteniéndolo a sus acompañantes con sus historias sobre lo buen amigo de Rasputín que era, y ser ninguneado ante un grupo tan ilustre habría resultado demasiado mortificante incluso para un viejo diplomático tan servil.

—Bueno, debo decir que estás irreconocible —dijo exultante—. ¡Qué elegante! ¡Qué bonita la camisa de seda azul!

—¿Qué tal está tu amigo con sífilis? —preguntó Rasputín, clavando sus ojos gélidos en el embajador.

—¡Oh! —Maurice no sabía si negar que conocía a tal amigo o si sus acompañantes deducirían erróneamente que era él—. Es... está bien, mu... mucho mejor —tartamudeó—. Desde que lo visitaste.

—Me pagó con vinos franceses. Me parecieron un poco flojos.

—¿Vamos? —preguntó Militza, tomando a Rasputín del brazo—. Pedro y Nikolasha nos esperan.

—¿Nikolasha? —preguntó Xenia, desviando la mirada de su esposo a Zinaida y luego alzándola hacia Anastasia—. No me he fijado en que estuviera aquí. Pensaba que estaba en su finca, cuidando de sus perros.

—No —repuso Zinaida con una breve sonrisa tensa—. Da la impresión de que cada vez pasa más tiempo en San Petersburgo. Parece no querer alejarse de la ciudad.

—Y tenemos la suerte de que esta noche puede acompañarnos —declaró Militza.

—¿No lo hace cada noche? —preguntó el conde Yusúpov.

Era cierto. Resultaba cada vez más difícil mantener en secreto la relación entre Stana y Nikolasha. Sin embargo, con la zarina tan ocupada en Tsárskoye Seló, la discreción parecía no tener sentido. Además, tal como Stana argüía en

su defensa, el foco de interés de Jorge en Biarritz lo conocían hasta los lavaplatos de los restaurantes de Nevsky Prospekt. Así pues, mientras Militza y su hermana recorrían la sala junto a Rasputín en dirección a la mesa que ocupaban Pedro y Nikolasha, ella notaba el calor de sus miradas e intuía que todas las lenguas estaban prestas a cuchichear. Mientras se sentaba y echaba una mirada a la mesa que había dejado atrás, llegó a la conclusión de que debían de hacer acopio de una gran fuerza de voluntad para no empezar a parlotear.

—¡Sí que habéis tardado! —exclamó Pedro, levantándose en cuanto su mujer llegó a la mesa. La besó con suavidad en la mejilla—. ¡Ya vamos por la segunda copa de champán!

—Querido —repuso Militza, acariciando el hombro de su marido—, nos hemos distraído con los Yusúpov y Xenia, Sandro y el embajador francés.

—Sí —añadió Stana—. Están cenando juntos ahí.

Nikolasha se volvió y asintió hacia el otro lado de la sala desplegando una amplia sonrisa.

—No es que sea muy fan de Maurice. Siempre da la impresión de ser un hombrecillo muy ocupado.

—Es un cotilla —declaró Rasputín, tomando asiento—. No es de confianza. Pero claro, es que es francés. —Alzó la copa y se la llenó de champán hasta los bordes. Se la bebió de un trago e hizo una mueca—. Como esto. —Tosió—. No lo soporto.

El ágape fue delicioso. *Quenelles* de lucio con salsa de cangrejo de río seguidas de esturión con melocotón y una deliciosa *tarte tatin*. Había encurtidos y caviar y chupitos de vodka, así como copa tras copa de vino de Borgoña. Para cuando las rodajas de piña, nueces con miel y las copitas de

brandy se iban degustando, la conversación ya había llegado a las indiscreciones y las imprudencias.

—Madrecita y padrecito deben salir de su palacio —opinó Rasputín, repantigándose en el asiento y quitándose una nuez grande de entre los dientes—. Actualmente la gente no los ve para nada. A los niños les hace falta ver a sus padres y ellos no salen del palacio desde hace meses.

—No puede decirse que sea culpa de ellos —comentó Pedro mientras daba un buen sorbo al brandy—. Serguéi asesinado en el exterior del Kremlin y Ella tan conmocionada que ha hecho los votos sagrados. Nicky se siente amenazado.

—Además, no olvidéis que de niño vio cómo asesinaban a su tío —añadió Militza—. Para él, el aliento frío de la muerte nunca está lejos.

—La muerte nos acecha a todos —susurró Rasputín, tomando la mano de Militza por debajo de la mesa y acariciándole suavemente la tersa piel blanca del interior de la muñeca—. Nos espera entre bastidores, afilando la guadaña.

Militza recordó con viveza su tacto, su piel áspera en contacto con la suavidad de la de ella, el estremecimiento de excitación que le recorrió el cuerpo, justo hasta la boca del estómago. Sabía que podía retirar la mano si quería, pero se veía incapaz. Le resultaba demasiado deliciosa, demasiado sensual; combinada con el vino y el brandy, le producía una sensación hipnótica. Aquel hombre tenía algo que la hacía sentir despreocupada, imprudente. Se movió intranquila en el asiento.

—Tiene razón —convino Nikolasha—. Nuestro primo debería ser más dinámico. Firmó el manifiesto y ahora debería salir ante su pueblo y ganarse su apoyo. La indecisión será su muerte.

—¡La atrofia del poder! —declaró Pedro, encogiéndose de hombros—. ¿Qué hay que hacer? —Se recostó en el asiento y suspiró—. Debo decir que la comida de este sitio ha mejorado mucho.

—Han traído a un hombrecillo de Francia —dijo Stana.

—Y mientras cenas tu caviar y tu esturión, la gente de la calle se muere de hambre —respondió Rasputín, subiendo el índice por el brazo de Militza.

—¡Ya veo dónde cenas esta noche! —exclamó Pedro—. ¡Menuda contradicción estás hecho!

—¡Contradicciones! ¿Qué pasa con ellas? Para ti son contradicciones, pero yo soy Grigori Rasputín y eso es lo que importa. ¡Mírame! —Alzó los brazos en el aire!—. Mira en qué me he convertido.

Era cierto; arreglado y vestido de seda, se lo veía totalmente distinto al loco de las estepas que habían conocido hacía menos de un año, aunque sus modales y actitud poco habían cambiado.

—¡Hermano Grisha! —exclamó una voz entusiasta.

Rasputín se volvió. Militza volvió a colocarse las manos en el regazo.

—El francés —dijo él.

—*Monsieur l'ambassadeur* —corrigió la joven bastante atractiva que estaba detrás.

—¿Madame? —Rasputín asintió.

—Os presento a una buena amiga —dijo Maurice—. Madame Ekaterina Ostrogorsky.

Rasputín inclinó la cabeza sin apartar la vista de la chica.

—¿Estás casada? —preguntó.

—Sí. —Se echó a reír; sus bonitas mejillas brillaban bajo la luz de la vela.

—¿Tienes hijos? —continuó.

—Solo uno —repuso.

—¿Por qué tan pocos?

—Hace poco que estoy casada.

—¿Cuánto tiempo?

Ella volvió a reír tontamente.

—Tres años.

—Tiempo más que suficiente para criar —dijo él, alzando la copa y tragándose el brandy—. ¿Crees en Dios?

—Sí, sí que cree en Dios —fue la respuesta—. Doctor Serge Ostrogorsky.
—El hombre se presentó.

Era un tipo pequeño de aspecto formal e insignificante, pensó Militza, repasándolo rápidamente con la mirada. Su esposa, por otro lado, era un melocotón maduro, rosado y perfecto, presto para ser tomado.

—¿Doctor? —Rasputín hinchó las aletas de la nariz—. No tengo tiempo para doctores.

—Soy el médico honorario de la corte —replicó Ostrogorsky.

—¿La corte? —Rasputín soltó un bufido—. Dime, Madame...

—¿Sí? —preguntó. Los ojos claros le brillaban mientras se humedecía los labios nerviosos—. Estaba ansiosa por conoceros. —Habló rápidamente—. He oído hablar tanto de vos. Sois un gran hombre —añadió—. Un grandísimo hombre. Es un honor para mí estar en vuestra compañía.

—Eres buena, tu alma es buena. Veo que tienes un alma buena.

—¡Un alma! Nunca he oído mayor tontería —se burló el médico—. Nunca he encontrado un alma en ninguna de las autopsias que he practicado.

—Dime, ¿cuántas emociones, recuerdos o imaginaciones has encontrado después de rajar y cortar, querido doctor? —preguntó Rasputín. El hombre abrió la boca para responder, pero Rasputín se volvió y miró a la mujer joven—. Si quieres visitarme en mi apartamento, estaré encantado de ayudarte.

—Gracias. —Ostrogorsky inclinó la cabeza, agarró a su mujer y los dos desaparecieron.

—Qué pareja tan curiosa —opinó Stana, cogiendo un poco de fruta confitada de la cesta de plata que tenía delante—. Me pregunto cómo han conseguido entrar aquí.

Maurice seguía estando allí, un tanto incómodo, a solas.

—He oído decir que has estado de visita en palacio —se aventuró a decir.

—¿Tú también? —preguntó Rasputín a su vez.

—He oído decir que vas a menudo —continuó el embajador.

—No te creas todo lo que dicen, querido amigo —dijo Rasputín, sirviéndose más brandy.

—He oído decir que les das consejo espiritual. —El francés sonrió—. Lo cual debe de ser muy bien recibido en estos tiempos oscuros. Es difícil imaginar cómo se siente uno al ser el único rayo de esperanza entre tanta tormenta.

—He estado allí para rezar y ayudar, para orientar, para socorrer sus almas —reconoció al final Rasputín, halagado por la sugerencia del embajador—. Unas cuantas veces —añadió para que quedara claro.

—Lo sabía. —El embajador asintió rápidamente con sus pequeños ojos centelleantes.

—Pero nunca solo —intervino Militza.

—Oh, no. —Rasputín sonrió para mostrar su acuerdo—. Nunca solo.

7 de octubre de 1906

San Petersburgo

No era habitual que Militza recibiera una invitación para ir al palacio Vladimir del Muelle del Palacio. Había asistido a fiestas en él, por supuesto, pero una invitación era distinto. Era algo íntimo, privado y sugería una relación de amistad. Militza no evitaba preguntarse qué motivos tenía María Pávlovna.

—Tal vez sea una forma de acercamiento —sugirió Pedro durante el desayuno mientras se servía un café vestido con su bata de seda azul marino.

—Nunca lo habría pensado, ya sabes lo mucho que siempre ha mostrado su desagrado por mí.

Militza miró a su esposo; a sus cuarenta y dos años seguía esbelto y bien parecido con sus hombros anchos, la cara despejada y unos ojos grises alertas y traviosos.

—Tal vez, después de tantos años, María tenga ganas de enterrar el hacha —continuó él con la vista en el periódico—. Nikolasha dice que está desesperada por volver a gozar del favor de los poderosos. Ahora que la sucesión está garantizada, no puede permitirse darse tantos humos, dice. Y hoy en día, vosotras, seamos sinceros, sois infinitamente más importantes que ella.

Pero Militza no era tan ingenua. Las mujeres como María nunca cambiaban realmente y, por muy poderosas que fueran ella y su hermana, para María

siempre serían las hijas de un cabrero que olían a cabra, lo cual le gustaba recordarles continuamente. Sin embargo, en la actualidad lanzaba unos dardos un poco más sutiles. Preguntitas como si ya había carreteras en Montenegro o si el deseo de su padre de abrir unas cuantas escuelas se había materializado. ¿Cómo iba la moneda? ¿Habían estado recientemente en su pequeño país?

Así pues, Militza se situó ante el gigantesco palacio de granito no sin cierto temor, contemplando los absurdos picaportes en forma de grifo, esperando a que alguien abriera la puerta. Lanzó una mirada al otro lado del Neva, hacia la fortaleza de Pedro y Pablo que relucía bajo el sol de última hora de la tarde. Los Vladimir, con su palacio de 360 habitaciones, su amplia fachada de cara al río y góndola veneciana, ocupaban un espacio privilegiado de la ciudad. Por fin un lacayo ataviado con la característica librea verde y dorada abrió la puerta y Militza alcanzó a sonreír mientras recorría el vestíbulo en dirección a la escalinata bañada en oro y mármol de estilo neoclásico francés. Su plan consistía en no dar ninguna pista y entrar y salir de la merienda habiendo proporcionado la mínima información posible.

—¡Qué alegría verte! —exclamó María cuando entró en el salón privado de la segunda planta del ala oeste.

A diferencia del distinguido salón frambuesa, donde era la única gran duquesa que recibía a divorciadas, su salita de estar privada estaba decorada al estilo Luis XVI. Las paredes estaban cubiertas de seda azul y blanca, con una alfombra azul a juego, y desde la sala se disfrutaba de unas vistas maravillosas del río.

—Qué amable por tu parte que me hayas invitado —respondió Militza, acercándose a la ventana—. Qué delicia.

—¿Verdad que sí? Nunca me canso de mirar esas barcas ni la fortaleza —dijo María, sonriendo—. Debe de ser una de las vistas más sublimes de San Petersburgo. —Exhaló como si la abrumara la apreciación de las vistas de su

casa, antes de hacer una pausa y añadir—: ¿Conoces a Anna Aleksándrovna Tanéyeva?

Militza no se había fijado en la joven mujer oronda sentada en el sofá. Tenía las mejillas carnosas, los ojos simples y unos dedos regordetes con los que sujetaba el bolso con fuerza.

—Es una de las nuevas damas de compañía de la zarina —añadió María.

—De hecho, llevo unos cuantos meses en palacio —repuso Anna, con una débil sonrisa.

—Sí, creo que te he visto. —Militza la repasó con la mirada. La mujer parecía bastante bondadosa, pero Militza no era de las que se fiaba de las apariencias—. Aunque no creo que nos hayan presentado.

—No —reconoció Anna.

—El padre de Anna es compositor de cierto renombre —dijo María—. Y su familia es amiga de los Yusúpov.

—El joven Félix, Nicolás y yo somos amigos desde la infancia. Aunque no los he visto mucho últimamente. Suelen estar en el extranjero.

—He oído decir que Félix quizá vaya a la Universidad de Oxford —dijo María.

—Yo no sé nada de eso —reconoció Anna—. Aunque sí recuerdo haberme disfrazado mucho con él. Era un niño muy guapo.

María rio ligeramente.

—¿Zinaida estaba tan desesperada por tener una niña que solía vestirlo con ropa de chica! —Volvió a reír—. ¿Té?

—Gracias —repuso Militza.

María hizo sonar una campanilla y las tres se sentaron a esperar.

—Bueno, ¿cómo estás? —interrogó al final María a Militza—. ¿Y cómo están los niños?

—Marina ya tiene quince años y está en el Smolny Institute, y Nadezhda,

que tiene ocho, empezará el año que viene. Román es un terremoto, pero es que tiene diez años.

—¿No ha estado enfermo recientemente? ¿Un ataque, he oído decir? —inquirió María, con la cabeza ladeada con preocupación manifiesta.

—Está bien —repuso Militza con toda tranquilidad.

—¿Sin duda lo curó tu amigo? Rasputín —se preguntó María—. Qué nombre tan extraño para un hombre de Dios.

—Grigori Yefimovich resultó muy útil.

—¿El pequeño Alejo lo adora! —añadió Anna con expresión radiante—. Basta con que le ponga los ojos encima y empieza a sonreír y a dar palmadas y a decir: «Novy, Novy, Novy.» Es el nuevo y Alejo está siempre deseoso de que vaya a verle.

—Cuando Stana y yo estamos allí, vemos que el pequeño zarévich sencillamente lo adora —convino Militza, mirando a la mujer e intentando averiguar sus intenciones.

—Pero es increíble, ¿verdad? —continuó Anna, entusiasmada—. Justo el otro día, Rasputín hablaba con la zarina y de repente él mismo se interrumpió y dijo: «Está en la habitación azul», y los dos corrieron a la sala azul del billar, y se encontraron a Alejo de pie en la mesa. Rasputín lo bajó de la mesa segundos antes de que una lámpara de araña enorme cayera del techo y fuera a parar exactamente al mismo sitio que había ocupado Alejo. Fue extraordinario. —Se le pusieron unos ojos más redondos todavía—. ¡De no ser por él, el niño estaría muerto! Literalmente, Rasputín le salvó la vida. La zarina estaba tan agradecida... todos lo estamos, muy agradecidos. Toda Rusia está agradecida.

—Muy agradecidos —convino María.

—¡Menuda historia! —exclamó Militza.

—¿Verdad que sí?

Aparecieron un par de mayordomos con sendas bandejas pesadas cargadas de porcelana china, una tetera caliente, rodajas de limón, terrones de azúcar y unas fuentes de dos pisos repletas de delicados pasteles. María les agradeció su llegada con un asentimiento y los despidió con un gesto de la mano.

—*Té à l'anglaise* —dijo, cogiendo la tetera de asa dorada—. ¿Lo sirvo?

Las tres mujeres permanecieron sentadas en silencio mientras la gran duquesa servía el té humeante y, con el tintineo típico de la porcelana fina, le tendió una taza a cada una.

—Me pregunto por qué mi hermana no me lo contó... —Militza miró a Anna—. ¿La historia?

—No estaba presente —repuso Anna, mirando el plato de pasteles que tenía delante.

—¿Rasputín estaba solo? —preguntó Militza con la máxima tranquilidad de la que fue capaz.

—Oh, sí —contestó Anna, cogiendo el pastel de mayor tamaño—. Viene solo a menudo, sobre todo a la hora de acostarse. Viene a ver a las niñas, les da las buenas noches en su cuarto y luego charla con la zarina y el zar, y pasa a visitar al zarévich.

María apenas era capaz de contener su gozo mientras miraba a Militza. ¿Había sido aquel el objetivo de su té? Militza ardía en deseos de hacer más preguntas. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cómo se atreve! ¿De qué hablaba con la pareja real? ¡Sin ella!

—Quiere mucho a los niños —coincidió Militza.

—Sí —afirmó Anna, meneando la cabeza—. O eso he oído. Lo cierto es que nunca lo he visto.

—¿Ah, no? —preguntó María.

—Ninguno de nosotros lo ha visto.

—Pero acabas de decir... —planteó Militza.

—¡Eso no impide que hablemos de él! —Anna volvió a reír tontamente.

—Cuéntame —instó María, inclinándose hacia delante con actitud conspiradora y cambiando de tema—: Estoy segura de que sabes algo, Militza, ¿Nikolasha se parece a su padre? Es inevitable no planteárselo. ¿Tiene las mismas necesidades? ¿Tiene las mismas propensiones? Su padre era famoso por su afición a las mujeres —dijo, asintiendo hacia Anna, que iba comiéndose el pastel poco a poco—. ¡De hecho, era famoso por querer a todas las mujeres salvo a la suya! —Anna movía la boca lentamente mientras pasaba la mirada de una mujer a la otra y sus pequeños ojos le brillaban de tanto interés—. La pobre mujer se volvió loca. ¡Se marchó a Kiev y se encerró en un convento! —María dio un sorbo al té reconstituyente antes de que continuara—. Así pues —se dirigió a Militza—, ¿él es igual?

—¿Quién es igual?

—¿Nikolasha?

—No sé seguro si entiendo lo que dices.

—Ha heredado la altura de su padre, eso está claro. ¿Pero es mujeriego?

—Nikolasha no está casado.

—Ya lo sé. Pero estamos entre amigas, buenas amigas... —Militza, que echaba humo por el tema de conversación anterior, no entendía adónde quería ir a parar la gran duquesa—. ¿Es serio o es del tipo de hombres que va a las «zíngaras»?

—¿Las zíngaras? —Militza estaba confundida—. No creo que le guste bailar.

—Es muy amigo de tu hermana, ¿verdad? —preguntó Anna con la actitud directa de las personas ingenuas—. Siempre se les menciona juntos cuando la gente habla de ellos en la corte. Cuando llegué, no te lo vas a creer, pensé que estaban casados. —Se echó a reír.

María dio un sorbo al té.

—De hecho, Anastasia está casada con Jorge Maximiliánovich, duque de Leuchtenberg.

—Oh, no creo haberlo visto en la corte.

—Pasa la mayor parte del tiempo en Biarritz.

—¿O sea que solo son amigos? ¡Me cuesta creer que haya sido tan tonta! Pero hacen muy buena pareja, ¿verdad? Él encabezando el ejército y ella, y tú, claro, tan cercanas a la zarina. —Anna rio tontamente—. ¡Qué tonta soy! Pero es que cuando una no sabe quién es quién e intenta averiguarlo y qué es qué...

—Es fácil equivocarse —intervino María—. Pero también pienso que es maravilloso que dos hermanos y dos hermanas se lleven tan bien. —Hizo una pausa—. ¿Tú no, Militza?

Militza alzó la vista.

—Sí, es una amistad muy profunda. —Sonrió y dijo una frase que había dicho muchas veces.

—Es justo lo que le dije a Xenia el otro día. Se estaba quejando de unas «tonterías asquerosas» que oyó decir. Dijo que no lo había creído hasta que lo había visto con sus propios ojos en el Club Náutico. Estábamos de compras con su hija, Irina, en Morskaya, mirando a ver si veíamos algo interesante en Fabergé y le informé de que, aparte del hecho de que es ilegal que hermanos y hermanas mantengan relaciones amorosas, no eran más que amigos y que Stana está casada y bien casada con Jorge. Pero ella insistió en que había visto y oído otra cosa que apuntaba a lo contrario.

—Bueno, todas sabemos que la situación de Xenia es intachable —dijo Militza, recuperándose.

—Sí, bueno, es la hermana del zar. —María sonrió—. Y al parecer oyó a su madre quejándose de que Nikolasha padecía de una «enfermedad fea e incurable».

—Claro —repuso Militza, que comprendió de inmediato el motivo de la

invitación a tomar el té: la confirmación o negación de un cotilleo estúpido—. Puedo asegurar a la emperatriz viuda y a Xenia que Nikolasha está bien y no sufre ningún tipo de fiebre.

Lo cierto es que no tenía tiempo para esas cosas, aunque, si Militza se hubiera parado a pensar un momento, la libertad con la que se trataba el tema sin duda resultaba preocupante. Si la madre y la hermana del zar hablaban de Stana y de Nikolasha, entonces la situación era peor que el secreto peor guardado de la corte. Ahora se hablaba del tema como si fuera un hecho claro acerca del que no hacía falta ser ya discreto. Pero hizo oídos sordos acerca de cómo había empezado el chismorreó, oídos sordos a la gente que temía lo poderosas que habían acabado siendo, oídos sordos a la gente a la que no le gustaba la confianza que tenían con el zar. Lo único a lo que prestó atención fue a la traición de Rasputín.

—Es como si el zar y la zarina formaran parte de la misma familia Nikoláyevich —dijo Anna, entusiasmada, hablando del tema con mayor vehemencia—. Un grupito exclusivo de seis personas.

—Yo no diría tanto. —María esbozó una sonrisa tensa—. El zar está muy unido a todos los miembros de su familia. Por ejemplo, a nosotros, somos excelentes amigos.

Todas permanecieron sentadas dando sorbos al té.

—Lo siento mucho —anunció Militza cuando de repente se levantó de la silla y apuró la taza—. Me temo que tengo que marcharme.

—¿Marcharte? —María se quedó sorprendida.

—¿Tan pronto? —preguntó Anna.

—Sí, lo siento mucho, disculpadme, he olvidado un asunto urgente. Muy urgente, la verdad.

Y así fue como Militza salió corriendo de la casa mientras la cabeza le daba vueltas y el corazón le palpitaba. ¡La había desobedecido por completo! Había

confiado en él y ahora se volvía contra ella. ¿Qué estaba tramando? Tantos años de trabajo, de artimañas de ella y Stana, ¿habían sido en vano? Miró a uno y otro lado de la calle intentando encontrar su coche. ¿Dónde estaba su chófer? Le había pedido que fuera a recogerla a las seis. Eran las cinco y media. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde estaba?

Estaba anocheciendo; el tenue sol había desaparecido y soplaba un viento amargo desde el río. Se estremeció. Estaba sola en la calle y necesitaba encontrar a Rasputín de inmediato. ¡Menudo Judas! Tenía que poner a su protegido en su sitio. ¿En qué estaba pensando? ¿Debía ir andando? El apartamento de él no estaba lejos, en el número 12 de la calle Kirochnaya, a unos diez minutos como mucho. No podía esperar a su chófer. Miró a derecha e izquierda del muelle para ver si encontraba un *droshky* de alquiler, pero no veía ninguno, por lo que se levantó el cuello de armiño del abrigo, agachó la cabeza y empezó a caminar, mientras los pensamientos bullían en su cabeza. ¿Cómo podía ser tan desleal? Después de todo lo que había hecho por él, aparte de todo el dinero que le había dado. Gracias a ella había salido de esa chabola apestosa que tenía en la casa de madera de dos plantas de su pueblo siberiano. Ella había pagado la casa; se la había amueblado y había pagado un piano. ¡Un Offenbach! Ni siquiera sabía tocar el dichoso instrumento. Era para sus hijas, dijo, para enseñarles a ser unas señoritas. ¡Oh, qué falta de humildad! ¡Qué rápido había salido del polvo! Ahora tenía macetas con flores delante de su casa, un tejado de hojalata y un gramófono, todo pagado por ella. Estaba furiosa.

Caminó dando grandes zancadas, golpeando la acera por culpa del enfado. ¿Cómo se había atrevido? Ella le había hecho hacer una promesa, así que ¿qué era aquello? ¿Por qué la mantenía al margen? ¿Qué tramaba? ¿Excluyéndola a ella y a Stana del círculo más íntimo? La injusticia de la situación le hizo caminar más rápido.

Pero cuando se alejó del muelle al girar a la derecha, se dio cuenta de que los zapatos de seda que llevaba no servían para nada en las calles mojadas de San Petersburgo. La habían llevado hasta la puerta, la tenían que recoger en la puerta y se había vestido de acuerdo con esas circunstancias. Ahora tenía los pies mojados, igual que las medias. Había oscurecido, las farolas de la calle todavía no estaban encendidas y cada vez tenía más frío. Alzó la vista y fue consciente de no saber dónde estaba.

Sabía que el apartamento de él se encontraba en una calle lateral, al otro lado de Fontanka. Pero ¿cuál? ¿Y dónde? Las calles oscuras empezaron a llenarse un poco más. Los obreros de una fábrica cercana habían acabado el trabajo y regresaban caminando a sus casas, cargados con la insufrible monotonía de su jornada laboral. La miraban desde debajo de sus gorras, miraban su abrigo de pieles, el destello de sus joyas; no era del tipo de mujeres que caminaban solas.

Cuanto más se aproximaba a las puertas de la fábrica, más concurrida estaba la acera. Un flujo de obreros con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y los codos hacia fuera pasaban de largo dejándola atrás. Uno de ellos le dio un fuerte golpe expresamente en las costillas al pasar. Le dolió, pero Militza reprimió el grito, se introdujo la mano enguantada en la boca y se mordió el dedo, consciente de repente de lo vulnerable que era. Recibió otro codazo en las costillas, esta vez más fuerte, como un atizador al rojo vivo. Y luego otro más. Un grupo de hombres la rodearon, la empujaron y le dieron codazos con sus dedos delgados y huesos afilados. El corazón le palpitaba, tenía la boca seca mientras miraba en derredor presa del pánico. Era una situación peligrosa. Estaba asustada. Notaba su hostilidad, sentía su ira; olía el vodka de su aliento y la furia de sus almas. Entonces vio un callejón, que discurría a lo largo de la fábrica y, sin pensárselo dos veces, echó a correr. Corrió sin preocuparse del calzado, de la ropa, del collar de perlas que

llevaba. Los hombres no la siguieron; ya habían tenido su momento de diversión. Militza no volvió la vista atrás.

Cuando estuvo a medio callejón se paró, con la respiración entrecortada en el vestido de tarde encorsetado que llevaba. Le ardían los pulmones mientras resoplaba, le moqueaba la nariz y el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. Se apoyó en una pared, vio que la calle era ancha, que las aceras estaban concurridas y miró a su alrededor con desesperación. De repente, se percató de que estaba justo delante del número 12 de la calle Kirochnaya. Nunca sabría cómo había llegado, cómo lo había encontrado. Llamó al timbre y respondió el portero. ¿Grigori Yefimovich estaba en casa?

—¡Mamá! —exclamó, levantándose del asiento de un salto cuando ella entró en la sala con el corazón desbocado, ruborizada y con los pies totalmente empapados. Se le acercó dando grandes zancadas y la abrazó; le dio tres besos en la mejilla con toda naturalidad—. Siéntate —ordenó él, señalándole una silla baja y cochambrosa que tenía delante—. Da la impresión de que acabas de ver a un fantasma.

Militza se quedó en el centro de la estancia y miró en derredor. Se había imaginado que lo encontraría solo, pero estaba sentado a una mesa rodeado de, por lo menos, cinco mujeres. Militza estaba demasiado consternada para acertar a contarlas. ¿Quiénes eran? ¿Qué estaban haciendo ahí? La idea de llegar toda indignada, altiva y poderosa, exudando una ira justificada ante su traición, había quedado totalmente relegada. Le temblaban las manos, tenía los pies congelados y la única indignidad que podía describir era el trato recibido por parte de algunos obreros de la calle.

—Deberías tomar un té, Alteza Imperial Militza Nikoláyevna, por favor, toma asiento. —Rasputín volvió a señalar la roñosa silla marrón. Las otras mujeres se pusieron nerviosas ante la mera mención de su nombre, lo cual, por supuesto, era el motivo por el que él lo había utilizado. Como era fanfarrón

por naturaleza, no había podido resistir la tentación de anunciar su noble presencia a la concurrencia y esbozó una ligera sonrisa al ver el efecto que había surtido. Las mujeres se movieron en sus asientos, se sentaron un poco más erguidas para admirar la tez pálida de Militza, sus labios color rubí, y sus ojos grandes, oscuros y almendrados. Era obvio que el vestido color verde oscuro que llevaba era caro, igual que la capa con ribetes de armiño.

—¿Qué puedo hacer por ti, hija mía? —preguntó Rasputín, extendiendo los brazos con magnanimidad, actuando de cara a la galería.

—¿Hacer? —Militza le lanzó una mirada mientras tomaba asiento—. Me puedes hacer un té.

—¡Dunia! ¡Té! —gritó Rasputín, haciendo un gesto con la mano derecha—. Y alguno de nuestros mejores pasteles.

Dunia apareció arrastrando los pies desde la cocina pequeña, calurosa y sin ventilación situada a la derecha del salón. Quedaba claro que era de origen campesino, con una cintura ancha, muñecas gruesas, mejillas rojizas y un pecho prominente que debía de haber alimentado por lo menos a ocho niños, no todos propios.

—No sé a qué pasteles se refiere, señor —dijo ella, mirándolo con sus sencillos ojos grises.

—¡Pasteles! —repitió, dándole una palmada tan fuerte y tan rápido en el trasero que ella se tambaleó. Él dejó la mano apoyada en sus grandes nalgas mientras seguía hablando—. Si no tenemos pasteles en casa, tendremos que ir a buscarlos. La gran duquesa ha venido a visitarnos, es nuestra invitada y debemos agasajarla.

Militza recorrió la sala con la mirada. En vez de asombrarse ante el comportamiento obsceno de Rasputín, la totalidad de su público femenino estaba un tanto envidioso. Una joven bastante guapa vestida de seda azul pálida se mordía el labio superior mientras contemplaba la escena. Militza la

reconoció. ¿No era la chica del Club Náutico? ¿La esposa del médico, la del alma buena? No estaba segura. Pero su presencia la desconcertaba. ¿Qué estaba haciendo ahí? Fuera cual fuese el motivo de la presencia de todas aquellas mujeres, era obvio que no estaban ahí para desentrañar los entresijos del Antiguo Testamento.

—¡Vete! —exclamó, volviendo a dar una fuerte palmada en el trasero a Dunia—. ¡Ve a buscar pasteles!

A pesar de tener cincuenta y tantos años, Dunia soltó un grito de colegiala al alejarse de la mesa y recogió su chal antes de cerrar la puerta del apartamento.

—Mientras esperamos los pasteles, mi gran duquesa —continuó Rasputín mientras se inclinaba sobre la mesa para coger una lata blanca pintada con unas sencillas flores rojas, amarillas y verdes—, tenemos huevos. ¿Quién quiere uno?

—Oh, sí, por favor —dijo la chica guapa del vestido azul—. Estoy desesperada.

—¿Desesperada? —preguntó Rasputín, mirándola a los ojos.

—Hace semanas que no como huevos —respondió, devolviéndole la mirada—. Meses, quizá.

Rasputín cogió cinco huevos de la lata y se dispuso a pelar uno en la mesa. Perforó la cáscara con las uñas ennegrecidas y la rompió de cualquier manera. En cuanto terminó, dejó el huevo en la palma de su mano y miró a su alrededor. Todas las damas le tendían la mano.

—Un huevo, por favor, hermano Grigori —dijo una.

—Sí, por favor, un huevo —añadió otra.

—¿Quién va primera? —Él sonrió, contemplando el círculo de manos.

La chica guapa vestida de azul sonrió.

—Creo que yo, hermano.

—Me parece que sí, querida.

Rasputín asintió y le dejó el huevo en la mano. Se lo comió directamente de la palma. No usó los dedos ni lo mordió con delicadeza, tal como mandaban los cánones, sino que lo engulló en pedazos grandes, igual que un caballo se comería una manzana de la mano de su amo. El efecto global era tan asqueroso que Militza tuvo que apartar la mirada.

—¿Té? —preguntó a Militza, limpiándose la mano en el mantel. Cogió una tetera pequeña llena de té frío y fuerte, lo vertió en un vaso y empujó un tarro manchado de mermelada de cereza hacia ella—. El agua caliente está en el samovar —continuó, asintiendo hacia la chimenea. Cogió otro huevo—. ¿Quién es la siguiente? —preguntó, golpeando la cáscara blanca contra la mesa—. ¿Gran duquesa?

—No, gracias —repuso ella, cogiendo el vaso y caminando hacia el samovar—. Acabo de visitar a su Alteza Imperial la gran duquesa Vladimir y tenía un montón de pasteles.

Todas las mujeres se la quedaron mirando, claramente ofendidas. ¿Cómo era posible que rechazara un huevo pelado y servido de la mano del hermano Grigori?

Militza vertió agua caliente en el té. Lo único que quería era marcharse, coger un taxi para regresar a su casa; no conocía a ninguna de esas mujeres y lo que veía la desconcertaba.

—¿Cómo está la gran duquesa Vladimir? ¿La vieja Miechen?

Ella se volvió y él le dedicó una mirada lasciva. La estaba provocando a propósito por el hecho de utilizar su sobrenombre familiar en público.

—Bien —respondió Militza, sonriendo y negándose a morder el anzuelo. Las demás mujeres estaban sentadas increíblemente quietas, escuchando atentamente—. Hemos tomado un té delicioso.

—¿Ha mencionado que me había visto? —preguntó él.

—¿Que te había visto?

—Sí, en el teatro.

—¿Fuiste al teatro?

—Ella me invitó a su palco.

—¿Qué obra era?

—¿La obra? —Rasputín se echó a reír—. ¿Quién va al teatro a ver una obra? ¿No estáis de acuerdo, damas? ¿A quién le importa la obra? —Una cuantas de ellas rieron tontamente para demostrar que estaban de acuerdo.

Militza dejó el té intacto y se encaminó a la puerta.

—Me temo que llego tarde a otra cita —dijo—. Discúlpeme... señoritas.
—Sonrió.

—Pero si acabas de llegar —profirió él, levantándose de la silla rápidamente y siguiéndola por el pequeño pasillo que conducía al vestíbulo.

A Militza le temblaban las manos mientras toqueteaba a tientas la hilera de perchas para ver si encontraba su abrigo.

—No hace falta que te marches —dijo.

—Tengo que marcharme —respondió ella, mientras se ponía el abrigo con dificultad. Lo cierto es que no deseaba permanecer en ese lugar ni un minuto más.

—Permíteme —dijo, ayudándola en el estrecho espacio, sosteniéndole el abrigo para que deslizara los brazos por las mangas—. Has venido a verme.
—Con ambas manos, Rasputín le levantó la capucha forrada de piel para que le rodeara la cabeza. La tocó con suma delicadeza—. ¿Qué querías? ¿Necesitabas ayuda? Ya sabes que solo tienes que pedírmelo y siempre te ayudaré.

Estaban tan cerca que Militza notaba su aliento cálido en el rostro. Sus ojos azul claro la miraban fijamente y ella observó cómo se le dilataban las pupilas en la oscuridad. Él se inclinó hacia ella y le rozó la boca con los labios. Con

un movimiento rápido, la empujó contra los abrigos colgados y le introdujo la lengua áspera en la boca. La tenía gruesa y sucia y sabía a pepinillos en vinagre y a pan de centeno. Con la mano derecha le toqueteó los pechos y con la izquierda presionó el cuerpo de ella contra el de él. Militza se sintió violenta y lo empujó —había gente en la otra sala; no quería dar un espectáculo— y lo apartó de golpe.

Se abrió el cerrojo de la puerta y Dunia apareció en el umbral con una bolsa; se quedó parpadeando en la oscuridad, sin saber muy bien qué estaba viendo.

—Traigo los pasteles, hermano —dijo.

—¡Pasteles! —declaró Rasputín, haciéndose a un lado—. Por desgracia, la gran duquesa se marcha.

—¡Oh! —dijo Dunia, pasando la mirada de uno a otro.

—No te preocupes, mujercita. No podrá resistirse durante mucho tiempo.

20 de octubre de 1906

San Petersburgo

Por supuesto, él tenía razón, aunque la siguiente vez que se vieron fue él quien no pudo resistirse y ella quien había planeado su seducción total e inexorable.

—¡Jorge por fin ha aceptado! —exclamó Stana cuando irrumpió por las puertas dobles que conducían al salón privado de su hermana. Se la encontró tumbada en el diván, tomando un té y hojeando *Narraciones ocultistas y cuentos macabros* de Helena Blavatsky.

—¿Qué ha aceptado por fin esa nadería de hombre? —preguntó Militza, dejando el libro e incorporándose lentamente mientras se recolocaba el salto de cama. A pesar de que era más del mediodía, todavía no se había vestido—. ¿La muerte? —Bostezó.

—¡El divorcio!

Stana se sentó con aire triunfante en el diván, sus ojos negros relucientes, sus pequeñas manos blancas le temblaban de la emoción cuando se volvió y miró a su hermana.

—¡Después de todos estos años, después de tanto tiempo! —Stana meneaba la cabeza del asombro—. ¿No te parece increíble? —Se le empañaron los ojos de lágrimas—. ¿No es increíble?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo?

—¡No lo sé! ¡Tal vez quiera casarse con la puta! ¡A lo mejor solo quiere librarse de mí! ¡A lo mejor quiere arrojarse al azul mar Mediterráneo y ahogarse! —Se echó a reír—. Me da igual. A lo mejor por fin ha puesto a funcionar ese mediocre cerebro que tiene y se ha dado cuenta de que la vida es corta y de que no quiere ser infeliz.

—Quizá su puta esté embarazada y no quiera un hijo bastardo.

—Vete a saber. Me da igual, no me importa; no quiero volver a ver a ese hombre. —Stana hablaba con rapidez—. Estoy contenta, muy contenta, tan contenta de que por fin haya entrado en razón. Se lo he pedido infinidad de veces, infinidad de veces se lo he rogado. —Alzó la vista hacia su hermana—. Suplicado.

Lo cierto es que a Stana se la veía un poco consternada. Aquello casi era demasiado para ella. Los años de dolor, los años de sentirse desgraciada y los años de vergüenza ante su situación estaban a punto de tocar a su fin.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó, lanzándose a los brazos de su hermana y abrazándola—. ¡Gracias a Dios! ¡Por fin!

—Gracias a Dios —convino Militza—. Se acabó.

Stana suspiró con fuerza y cerró los ojos. Después de tanto tiempo, ¿estaba pasando realmente?

—Tendrás que obtener el permiso del zar y la zarina —añadió Militza.

—Ella me lo concederá.

—Lo sé —confirmó Militza, recogiendo el pelo de su hermana detrás de la oreja y dándole un beso en la mejilla—. Por supuesto que sí. Cuando dicen que los hermanos y hermanas no pueden casarse entre sí se refiere solo a eso y no a cuñados y cuñadas.

Stana sonrió.

—Qué alivio... —susurró mientras se secaba una lágrima de la mejilla—. Ahora me doy cuenta de lo infeliz que he llegado a ser.

—¿Qué me dices de Elena y Serguéi?

—Los niños no tendrán problema. Serguéi tiene dieciséis años, ya es todo un hombrecito, y Elena es solo dos años menor. Además —añadió, negando con la cabeza—, quieren mucho a Nikolasha. —Miró a su hermana—. Lo sé —reconoció Stana, asintiendo con la cabeza y juntando las manos delante de ella—. Lo sé, quiero a ese hombre con todo mi corazón.

Pasaron un par de días antes de que la zarina accediera a verlas. Volvía a estar enferma. Había estado visitando a soldados heridos, con las niñas, en un hospital cercano y se había hecho daño en la espalda levantando una bandeja de instrumental médico. Le dolía tanto que, cuando por fin se vieron, a Alix la trasladaron a la sala de arce en silla de ruedas.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó Militza, levantándose de un salto del sofá de bambú pulido de forma curva—. ¿Cómo estás?

—No hay por qué preocuparse —dijo Alix con una sonrisa débil mientras la desplazaban en la silla de ruedas alrededor de las muchas alfombras de piel de oso que cubrían el suelo—. Solo necesito descanso; descanso y relajación es lo que me recomendó el médico, lo que pasa es que, por desgracia, últimamente no tengo suficiente de ello. Me han dado una aspirina, así que pronto me recuperaré.

—Bueno, siempre y cuando no sientas dolor —añadió Stana.

—Siempre siento dolor. —Alix suspiró—. Siempre hay dolor. Algunos días me duele más que otros. Pero no nos recreemos en esto.

Las tres mujeres intercambiaron una mirada. El motivo de su petición de audiencia urgente quedaba suspendido como un signo interrogatorio en el aire.

—Cada vez que vengo pienso que Meltzer ha hecho un gran trabajo en este salón —dijo Stana alegremente mientras lo recorría admirando los nuevos

objetos decorativos—. Mirad —declaró, mirando por una vitrina en la que se veía una gran colección de huevos de Fabergé—. ¡Qué monada! ¿Qué hace el huevo rosa?

—Pulsas un botón y dentro hay una coronita muy mona. —Alix sonrió—. Querido Nicky...

—¡Qué delicia! —exclamó Stana.

—Creo que la entreplanta es una delicia por sí misma —dijo Militza, entusiasmada.

—Los niños opinan lo mismo —añadió Alix, sonriendo—. No hacen más que sugerir que sería un lugar fantástico para representar una obra de teatro.

Militza no pudo evitar fijarse en lo frágil que parecía Alix. Tenía el rostro tenso y sus ojos azul claro parecían faltos de vida. Tenía la piel y el cabello grises y exudaba una especie de lasitud afligida. Qué irónico, pensó, que Alix, que debería ser la mujer más feliz del mundo, con sus cuatro hijas preciosas, un marido que la amaba y el tan deseado hijo, viviera en un estado permanente de ansiedad, y era prácticamente una reclusa. Raras veces salía de palacio y la libertad de sus hijas se recortaba cada día más.

—¿Has visto todas las fotografías? —Alix señaló la ventana con apatía, pues allí había una gran muestra de fotos con marco de plata, sobre todo de las cuatro hermanas vestidas con vestidos blancos conjuntados y sus correspondientes pamelas, jugueteando por la finca—. Nicky está obsesionado con ese Brownie... Además, ¿habéis visto? Alguien ya ha dibujado en la ventana nueva. Han intentado rayar algo con un diamante. Qué rabia... Estoy convencida de que ha sido uno de los niños, o Nicky, pero está hecho con tan mala letra que no sé quién ha sido...

Para Militza y Stana era difícil escoger el momento. Después de tantos años, nunca habían pedido un favor directamente para ellas. No habían dejado

de realizar peticiones para Montenegro y para su padre, pero el tema de su felicidad personal había quedado silenciado.

Habían decidido que sería más fácil pedir permiso a la zarina que al zar. Nicky no se caracterizaba por su comprensión de los asuntos del corazón, bastaba con recordar el terrible asunto de Miguel, hermano menor de Nicky, para darse cuenta de que les prestaría escasa atención. Nicky le había denegado el permiso para casarse con la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo-Gotha, prima que la familia llamaba Baby Bee. Y ahora Miguel estaba, al parecer de forma expresa, sacando de quicio a su hermano mayor con su nueva amante: Natalia Sheremétiévskaya, la bailarina casada y ex amante del mismo Nicky. Así pues, la mejor manera de conseguir la aprobación sería a través de Alix; Nicky, como era de todos sabido, siempre hacía lo que Alix le pedía.

—Pero ¿los niños están bien? —preguntó Militza, intentando pensar en una forma fácil de sacar a colación el divorcio de su hermana.

Alix se animó un poco más. Habló de las niñas, de sus visitas al hospital y sobre todo de lo bien que las «mayores» iban asumiendo su papel y sus responsabilidades. Ya pensaba en que hicieran de enfermeras. Las «pequeñas» todavía tenían mucho por aprender, pero la hacían sentir terriblemente orgullosa, igual que Alejo, cuyo grandísimo talento resultaba evidente cuando manejaba su nuevo tren.

—Qué buena noticia —dijo Stana con cierto titubeo—. Yo también tengo una buena noticia... —Alix la miró expectante—. Pues... Jorge ha decidido concederme el divorcio. —Sonrió con vacilación.

—¿No es fantástico? —exclamó Militza, entusiasmada, enseguida.

Ella no habría sacado el tema en ese momento, pero tenía que apoyar a su hermana. Alix miró primero a una hermana y luego a la otra; su expresión consternada era de lo más elocuente.

—Estoy tan contenta —continuó Stana, puesto que no le quedaba más remedio—. Todos estos años. Todos estos años de soledad... y por fin...

Miró hacia la zarina en busca de un atisbo de empatía, pero no lo encontró. Alix estaba petrificada; había endurecido su fina boca y sujetaba la rueda de la silla con las manos pálidas. Si hubiera tenido fuerzas para hacer rodar la silla fuera de la estancia, se habría marchado sin lugar a dudas.

—Y lo único que necesito es tu...

—No.

La respuesta de la zarina apenas resultó audible. Las dos hermanas se tensaron hacia delante.

—No —repitió un poco más fuerte—. De ninguna manera.

—Pero... —se quejó Stana.

—Hace años que tiene una amante en Biarritz —dijo Militza, intentando no hablar con voz chillona—. El matrimonio hace tiempo que acabó. Es un adúltero.

—Lo sé. Todos lo sabemos. Pero eso no es excusa, no es motivo de divorcio. El matrimonio es para toda la vida. Es una promesa que se realiza ante Dios. Y las promesas que se hacen ante Dios deben cumplirse.

—Pero tú tienes el poder de conceder un divorcio —dijo Stana—. Eres mi amiga. Mi querida y buena amiga.

—Soy tu soberana. Ahora mismo el país está sumido en el caos, ni te imaginas, no tengo ni idea de lo que va a pasar a continuación —continuó Alix, mirando el suelo, incapaz de mirar a Stana a los ojos—. Hay terror por todas partes. ¡Pobre primer ministro Stolypin! ¿Una bomba? La lanzaron contra su dacha aquí mismo en San Petersburgo. No sé cómo consiguió sobrevivir. Pero esa bomba no solo hirió a sus hijos, sino que mató a otras treinta personas. Treinta. —Negó con la cabeza—. Por eso tengo a mis niñas encerradas a cal y canto.

—¿Cómo está Natalia? —preguntó Militza, intentando empatizar—. ¿Qué tal avanza?

—¿Su hija? Hace cuatro días llevé a Grisha a verla al hospital y fue muy útil. Se quedó al pie de la cama y sostuvo el icono de san Simón de Verjoturie y rezó.

—¿Llevaste a Grisha al hospital? ¿Contigo? —Militza lanzó una mirada a su hermana.

—Sí —continuó Alix—. Y después de rezar, dijo a los médicos: «No os preocupéis, todo irá bien.» Y así es. —Sonrió suavemente—. Piensan que Natalia volverá a caminar, bastante pronto. Así pues —añadió de repente alzando la mirada—, lo que la corte necesita es estabilidad y un divorcio no proporciona estabilidad, ¿verdad que no? No necesitamos escándalos; no necesitamos dar la impresión de que, mientras reina la confusión en toda Rusia, en lo único que pensamos es en divertirnos. Grisha me lo explicó el otro día justo cuando hablábamos de este tema. «Madrecita —me dijo—, al pueblo ruso los tejemanejes de la corte le parecen demasiado depravados, demasiado decadentes.» Y no hay nada que haga hablar de decadencia y depravación más que un divorcio, ¿verdad?

Miró a las hermanas. Les hablaba con tono condescendiente, su rostro exudaba superioridad. Era como si estuviera regañando a sus hijos.

Stana no pudo contenerse. ¿Había oído bien las palabras de la zarina? Se levantó, puso los brazos en jarras y miró enfurecida a Alix.

—¿Después de todo lo que hemos hecho por ti? —exclamó.

Habló con voz sorprendentemente firme. Militza esperaba que se pusiera a gritar y a escupir, como la pequeña cobra explosiva que recordaba de su niñez.

—¡No seas tonta! —Alix se sonrojó ligeramente mientras toqueteaba el

largo collar de perlas que le colgaba del cuello—. Todo eso forma parte del pasado.

—No sé si todo eso puede enterrarse en el pasado —replicó Stana—. Las historias siempre reaparecen.

Empezó a recorrer la sala. Los tacones de los zapatos repiqueteaban con brusquedad contra el suelo de madera. Se paró en el extremo de una alfombra de piel de oso y se volvió.

—¿Suzanna, por ejemplo? ¿Cuánto tiempo puede permanecer enterrada en el pasado?

Militza contuvo la respiración. ¿Acaso se le había parado el corazón? ¿A qué estaba jugando Stana? No habían hablado de eso. Aquel no era su plan. Se suponía que tenían que convencer a la mujer, hacerla entrar en razón y engatusarla para que le diera el permiso. Era un plan sencillo para lo que debería haber sido un favor sencillo; a ninguna de las dos se le había pasado por la cabeza que Alix dijera que no. Pero aquel era un juego demasiado peligroso. La zarina no era del tipo de mujer que respondía bien al chantaje.

—Creo que ya has hablado suficiente —sentenció Alix en voz muy baja y llevándose las manos al corazón—. Me duele la espalda, me falta el aliento y los médicos me han dicho que tengo el corazón dilatado. No estoy bien. —Se apoyó en el brazo de la silla de ruedas y cogió una campanita—. Creo que es mejor que os marchéis.

—Después de lo que hicimos por ti —insistió Stana, negando con la cabeza y caminando lentamente hacia la puerta—. En tus momentos de necesidad contaste con nuestro apoyo. En tus peores momentos contaste con nuestro apoyo. Cuando no tenías a nadie...

La zarina se limitó a observarlas, tenía los ojos apagados por la frialdad y la negación.

—Adiós —dijo con una voz que rezumaba rabia. Tocó la campanita dorada.

Stana se puso histérica en el coche durante el trayecto de vuelta a casa. Militza nunca la había visto tan consternada, tan enfadada, tan fuera de control con respecto a sus emociones. Le caían las lágrimas por las mejillas, le repiqueteaban los dientes, respiraba de forma irregular y estaba presa del pánico, le temblaban las manos, la nariz le moqueaba, le temblaba todo el cuerpo por el trauma que suponía la respuesta de la zarina. El pequeño rayo de luz que había atisbado por momentos al final del largo y desdichado túnel se había extinguido. Su vida estaba destrozada; su reputación, mancillada; para siempre jamás se la conocería como una mujer agraviada convertida en adúltera y ella y su esposo quedarían atrapados en ese horrible matrimonio para siempre.

A Militza le entraron ganas de gritarle a su hermana, quería darle una bofetada y reconvenirla por ser tan egoísta e insensata. Era típico de ella olvidarse de todas precauciones y dar al traste con un plan urdido con esmero. ¿Cómo era tan ingenua como para pensar que su príncipe aparecería para hacerla feliz?

Pero Militza no gritó. Estaba demasiado preocupada. Porque para cuando llegaron a Sergievka, Stana estaba muy indispuesta. Estaba pálida y sudorosa, y cuando pararon delante de la casa y salieron los lacayos a recibirlas, era casi incapaz de caminar. Se tambaleó por el camino de grava y cayó contra una de las columnas dóricas situadas junto a la entrada principal. Se irguió con la mano derecha, pero vomitó con virulencia en el umbral de su casa.

—No hay nadie —la reconfortó Militza mientras se esforzaba para mantener derecha a su hermana—. No te preocupes.

—¡Claro que no hay nadie! —gimió Stana; con los ojos bien abiertos por el terror, el rostro empapado de sudor y el aliento apestando a vómito—. ¡Él nunca está aquí! ¡Siempre estoy sola! ¡Muy sola! ¡SOLA PARA SIEMPRE ! —gritó tan fuerte mientras se sujetaba a la columna que le temblaba todo el cuerpo y

se le puso la cara roja. Era como si las décadas de agonía brotaran de ella. Tiritaba y jadeaba, sollozaba y respiraba con dificultad. Bajo el dobladillo de sus faldones se fue formando un charco cada vez mayor. Se había orinado encima de las botas de cuero claras.

Horrorizada, se abalanzó sobre la puerta y fue a parar directamente a los brazos de Pierre Gilliard, el tutor francés de sus hijos, que iba impecablemente vestido con un abrigo negro y el bigote encerado que formaba dos extremos puntiagudos justo por encima de su boca. Espantado ante su repentina cercanía, intentó rápidamente desembarazarse de ella.

—Madame —dijo, haciendo una reverencia y retrocediendo un paso.

—¿Adónde vas? —inquirió Stana, volviendo su rostro enrojecido e hinchado hacia él.

—Son las cuatro de la tarde. Me voy a dar clase a las grandes duquesas —repuso con un asentimiento y entrechocando los talones—: Olga, Tatiana...

—Sé perfectamente cómo se llaman —espetó Stana.

—Fuisteis vos quien me lo sugirió, *Duchesse* . Compartir las clases de francés con las hijas del zar —añadió, esquivándola y marchándose lo antes posible.

Militza consiguió subir a su hermana por la escalera y llevarla a su dormitorio, donde le quitó el vestido manchado de vómito, la ropa interior empapada de orina y llamó a Brana para que le trajera algo que la relajase y le hiciera olvidar las últimas horas de espanto.

—Toma un poco de láudano —dijo Militza, ofreciendo a su hermana un vaso templado de té con brandy y administrándole unas gotas de la pipeta de cristal azul—. El láudano siempre es una buena solución para cualquier problema.

Stana sujetó a su hermana por la mano.

—¡Rasputín! —siseó mientras el té salpicaba en la cama—. ¡Ve a buscar a Rasputín! Es la única persona que puede hacer cambiar de opinión a la zarina.

—No creo. —Militza habló con tono conciliador mientras añadía unas cuantas gotas más a la bebida medio derramada—. Creo que se opone frontalmente al divorcio.

—Te equivocas —respondió Stana—. Ella hará lo que él diga. Cree que es sabio, cree que hace milagros. Tendrás que convencerlo de que ayude. —Miró fijamente a su hermana. La melena le caía en mechones tipo Medusa sobre los hombros y sus ojos oscuros estaban agotados; se la veía destrozada—. Tienes que ayudarme. Tienes que convencerlo.

—No creo que me haga caso.

—¡Pero si es tu creación!

—Tal vez. Pero no estoy convencida de que consiga que me haga caso.

—¡Por supuesto que puedes! Tienes que conseguirlo —imploró Stana con el rostro pálido—. ¡Hazlo por mí! —Bebió parte del té.

—¿Cómo?

—Sedúcelo. —Se la quedó mirando con sus ojos negros.

—¡No seas ridícula! ¡Además, te prefiere a ti!

Stana se mostró desconcertada.

—Pero tú eres su ama. Tú lo creaste. Él está a tu cargo. Es tuyo.

—¿Qué diría Pedro?

—No hace falta que se entere. Seduce a Rasputín y luego le pides que haga cambiar de opinión a Alix. —Stana no pensaba arredrarse—. Sedúcelo y hará lo que tú digas. Un hombre siempre es fácil de manipular después del sexo. Son como perros después de una cacería, sumamente obedientes cuando están cansados.

—No puedo.

—¡Tienes que hacerlo! En una ocasión me prometiste que cuidarías de mí. Sellaste la promesa con un beso, hace muchos años. No puedes incumplir la promesa. No puedes y punto.

—Sí que puedo.

—Has hecho cosas peores. Para empezar, la culpa la tienes tú por manifestarlo. —Tiró de la mano de su hermana—. Si no es por mí, entonces hazlo por la suerte de las dos y por el futuro de Montenegro. ¡Porque si yo caigo en desgracia, tú también!

Y así fue como al cabo de unas semanas Militza regresó al hediondo apartamento de Rasputín en la calle Kirochnaya. Se apeó del coche e inmediatamente se tapó con la capucha con ribetes de piel, puesto que había espías y confidentes por doquier, que vendían a la policía secretos ajenos. Todas las precauciones eran pocas, incluso en aquella calle tan normal y corriente.

—¡Santo cielo, madre! —exclamó él en cuanto ella se quitó la capa—. Qué guapa estás.

Militza se había esforzado, era cierto. Era la primera vez que se había propuesto seducir a alguien, pero había llegado a la conclusión de que la ropa, ir disfrazada, ayudaría. Así pues, a pesar de que era por la tarde, llevaba un vestido de noche color rubí oscuro que dejaba al descubierto sus tersos hombros blancos y el escote. Se había recogido el pelo con unas cuantas horquillas con incrustaciones de diamantes y llevaba un *collier de chien* de Bolin de diamantes y perlas. Además, había engullido media botella del elixir con cocaína del doctor Badmayev, que siempre la hacía sentir un poco mejor.

—Voy camino de la ópera —explicó, lo cual era cierto. Aunque ella se había esmerado con su aseo, Rasputín había hecho lo mismo a juzgar por el

intenso olor a violetas que despedía el apartamento. Llevaba el pelo, normalmente enmarañado, limpio y peinado, y la camisa de campesino abierta en el cuello y los bombachos parecían estar recién lavados.

—Oh —dijo él con un deje de decepción—. Pensaba que podríamos beber un poco de Madeira. —Dirigió la vista a dos vasos relucientes que había colocado encima de la mesa.

—Estaré encantada de tomar un vaso de vino —respondió Militza al sentarse frente a él, con un frufú de seda. Estaba más que encantada de tomar un vaso de vino; estaba consumida por los nervios y desesperada por tomar algo que la tranquilizara—. ¿Hoy no hay amigas? —preguntó con aire despreocupado, mirando a su alrededor.

Incluso dio la impresión de que había puesto un pequeño jarrón con rosas oscuras encima de la mesa. Su fragancia intentaba —en vano— competir con las notas embriagadoras de la colonia de él.

—Hoy no está aquí ninguna de mis mujercitas —dijo, mirándola mientras servía el vino—. Las hice marchar en cuanto me enteré de que venías. —Le tendió el vaso y Militza tuvo que reconocer que se sintió un tanto halagada—. Ninguna de ellas tiene comparación contigo.

Alzó el vaso hacia ella y dio un buen sorbo al vino dulce y fuerte. La franqueza de aquel hombre, combinada con unos ojos irresistibles y sus manos toscas de campesino, hacían que resultara muy atractivo para una mujer de la aristocracia. No se dejaba limitar por las convenciones y exudaba una fisicidad, una sensualidad y una sexualidad que la mayoría de los hombres jóvenes distinguidos de San Petersburgo habían perdido hacía décadas camino del salón.

—Sé por qué estás aquí —continuó él.

—¿Ah, sí? —Militza se quedó un tanto sorprendida. ¿Acaso el vestido y las joyas resultaban demasiado obvios?

—Estás enfadada conmigo —dijo—. Veo la ira en tu alma.

—¿Me ves el alma? —Militza dio un sorbo al vino.

—Veo todas las almas —reconoció él, sirviéndose más Madeira—. Brillan como halos alrededor de la cabeza. Cuanto más feliz es una persona, más reluciente es. A nivel espiritual, despierta el alma. Hoy noto tu ira y tu alma está más apagada, no brilla; te rodea como una nube triste y gris. Estás casi igual que la última vez que viniste aquí, estabas inquieta y enfadada.

—Pues tienes razón —reconoció ella, dando otro buen sorbo al vino.

—Siempre tengo la razón —repuso él.

—Solo los imbéciles piensan que siempre tienen razón.

—No soy ningún imbécil, *milady*. Sé de un vistazo si alguien está enfermo y, si me concentro un poco más, descubro qué afección tiene y cómo curarla.

—Puro hipnotismo y brujería, no eres mejor que cualquiera de las docenas de chamanes que se encuentran en el Altái. —Sonrió—. No eres el único que sabe dilatar las pupilas a voluntad.

—Sí, pero algunos de nosotros, mamá, usamos gotas. Y ahora estás enfadada porque estoy curando al niño sin ti. ¿Quién te preocupa más? ¿Tú? ¿El niño? ¿O el futuro de Rusia? No me digas que no te preocupa el futuro de Rusia.

—No estoy enfadada porque ayudes al zarévich. Tengo hijos y odiaría ver que sufren —replicó ella. Estaba claro que el hombre no era ningún imbécil, pero ella tampoco—. Lo que estás haciendo es muy útil para la zarina y, por supuesto, para el zar.

—Estarían destrozados sin mí —dijo él, apurando el vaso y dejándolo en la mesa de un golpetazo—. ¡Destrozados! Deberías ver su mirada lastimosa y agradecida cada vez que me miran. Tienen el alma hecha pedazos y yo se las estoy recomponiendo, puntada a puntada. ¿Cómo es posible que eso te haga enfadar?

—No estoy enfadada.

—Mientes. Tienes el alma oscura de una mentirosa.

—Quiero que ayudes al zar y a la zarina, por eso te llevé allí, por eso te los presenté. Me alegro mucho de que ayudes al pobre niño —dijo ella, dando otro sorbito al vino y alzando la vista hacia él—. Pero estoy preocupada por ti, hermano Grigori.

—¿Por mí?

—Sí, Grisha, por ti. Me preocupan los chismorreos, las lenguas afiladas que rodean a la corte, lo que dirá la camarilla de arpías sobre tus visitas nocturnas.

—Pues deberías saber lo que dicen de ti, querida —repuso él, mirándola fijamente mientras desplazaba la mano por la mesa para acariciarle la suave piel entre el pulgar y el índice.

Su tacto resultaba tan inquietante que Militza no fue capaz de responder. Le entró el pánico. Se suponía que tenía que seducirlo. Necesitaba serenarse. Pensó en su hermana y en los privilegios que los dos perderían. Cerró los ojos. Tenía que concentrarse.

—¿Quieres saber lo que dicen de ti? —preguntó él con voz queda y con unas caricias que eran todo suavidad.

—¿Qué dicen, Grisha? —preguntó, clavándole la mirada—. ¿Qué cosas terribles y feas dicen de mí?

—¿Que eres una bruja!

—¿Una bruja? —Rio suavemente y se acercó un poco más—. ¿Eso es todo?

—Una bruja que lanza conjuros y puede ver a los muertos.

—¿A los muertos?

—Y que hueles a cabra.

Militza dio un respingo. ¿No se libraría nunca de ese insulto? Ahora estaba sentada justo al lado de él en la banqueta de terciopelo, más decidida que

nunca a cumplir con su cometido. ¿Olor a cabra? Ella les enseñaría. Que vean lo poderosa que podía llegar a ser. Con su hermana casada con el gran duque Nicolás Nikoláyevich y ella con el gran duque Pedro Nikoláyevich, ellas dos resultarían una fuerza imparable. Lo único que necesitaba, lo único que necesitaban, era que la zarina le concediera el divorcio.

—¿Eso es todo lo que se les ocurre? —dijo ella, dando un buen sorbo al Madeira. Enarcó las cejas y luego se recorrió con el índice sus labios suaves.

Rasputín la observaba con la boca entreabierta mientras respiraba cada vez de forma más pesada.

—Desde luego que eres una bruja —dijo él—. Una bruja cautivadora. Que ahora mismo está lanzando un conjuro.

Militza se inclinó y lo besó. Notó las patillas rígidas en la cara; probó su aliento asqueroso cuando le introdujo la lengua sucia y áspera en la boca. Tenía que continuar. De todos modos, cuando Militza posó la mano en su muslo musculoso y notó la energía vigorosa que se encendía en él, se estremeció.

—Ven aquí, mamá —dijo él, levantándose de la banqueta y llevándola hacia la sucia silla marrón que le había ofrecido durante su visita anterior. No obstante, fue él quien se sentó. Acto seguido, abrió las piernas, introdujo las manos en la bragueta de los bombachos y sacó su miembro. Era enorme. Erecto ya por la sangre y la excitación, se le curvaba hacia el estómago—. Ven a montarme.

Militza le miraba la verga mientras se desabotonaba la parte delantera del vestido. Le temblaban las manos mientras se preguntaba si de veras había creado aquello con cera. ¿El tamaño y la desviación final eran algo que ella había construido? ¿O no era más que una coincidencia? ¿Acaso el mundo de los espíritus la provocaban por su arrogancia al pensar que podía crear a

alguien, algo, o se trataba de una fantasía compleja que ella y su hermana habían soñado?

Vaciló con el corazón palpitante. Entonces dejó caer al suelo el vestido carmesí y se quedó con el corsé, las medias, las bragas de algodón y una combinación con ribetes de encaje. ¿Podría?

—No me hagas rabiar —dijo él, acariciándose el miembro—. Me has seducido, fresca, así que esfuézzate. Soy como la cera en tus manos, moldéame a tu antojo.

Militza pensó en las lágrimas y en los interminables años de vida desgraciada que tenían por delante si eran expulsadas del rebaño. Serían para siempre las cabreras. Se fue acercando a él poco a poco.

—¡Ven aquí! —bramó él, sujetándola por la muñeca con una mano y empleando la otra para bajarle las bragas. Tiró de las medias y rasgó todo aquello que se interponía en su camino mientras acercaba hacia sí las nalgas desnudas de ella.

Le separó los muslos blancos y tersos con las manos ajadas y le plantó la boca entre las piernas. Militza estuvo a punto de perder el equilibrio mientras se sujetaba a los brazos de la silla y empujaba con vacilación las piernas abiertas hacia él. Empezó a lamerla con su lengua larga y correosa; la introdujo entre los pliegues rosados de su carne y ella empezó a temblar de excitación mientras se aguantaba de puntillas y se abría cada vez más, empujando las piernas hacia dentro. Cuanto más la lamía y chupaba, más arqueaba ella la espalda y más separaba las piernas, abriéndose como una rosa ante él. Él se recostó en el asiento para admirarla.

—Qué preciosidad de coño —dijo sonriendo mientras jugaba con los labios curvos y abiertos de la vagina entre sus dedos.

De repente le introdujo dos dedos. Los metía y los sacaba, los metía y los sacaba una y otra vez. Era vigoroso y lo hacía a conciencia, y cuanto más

húmeda estaba ella, más fuerte empujaba. Su piel rugosa y las durezas que tenía en los laterales de los dedos le proporcionaban un placer incluso mayor. Militza estaba totalmente a horcajadas en la silla, el pecho por fuera de la parte superior del corsé, el coño empapado mientras gemía y se estremecía y se retorció bajo los efectos de la mano de Rasputín.

—Ven, madrecita —dijo él.

La sujetó por las nalgas desnudas y poco a poco la fue bajando encima de su miembro enorme y erecto. Militza gritó de placer cuando la penetró. Nunca había notado una sensación como aquella. Tenía la verga tan gruesa, larga y grande que tuvo la sensación de estar siendo destripada, pero tampoco había experimentado jamás tamaño placer. Mientras la embestía, ella vio cómo le respondía embistiendo también; cuanto más fuerte la penetraba, más fuerza imprimía ella a su montura. El sonido de carne contra carne, las nalgas que se contraían, el pecho que le brincaba..., nunca había fornicado con un frenesí tan glorioso.

Quería más; lo quería más adentro, bien dentro de ella, quería sentirlo hasta en la boca del estómago. Más fuerte, más rápido. Más hondo, más hondo... Al final, por fin, por último, se corrieron juntos. Rasputín bramó como un buey al eyacular y dejó caer la cabeza lentamente hacia atrás, contra el respaldo. Ella, por el contrario, se estremeció en silencio encima de él y se desplomó con los brazos alrededor de su cuello, con el pecho contra su rostro y con su verga todavía en el interior.

—¡Qué pillina! —le susurró él al oído.

12 de diciembre de 1906

San Petersburgo

A Militza no le bastó con llegar tarde al Mariinsky aquella noche oliendo a sexo. No solo tuvo que ir de puntillas en la penumbra del palco para ocupar el asiento contiguo al de su marido después de perderse la obertura de la ópera de Chaikovski *Eugene Onegin*, ambientada en la finca de los Larin, sino que también tuvo que permanecer sentada a lo largo del entreacto, puesto que había perdido las dos medias de seda.

—Querida —dijo Pedro, cuando apareció en la entrada del palco, con una copa de champán en mano—, ¿vienes a tomar blinis y caviar?

—Mejor que no —respondió Militza.

—¿Estás segura? —Pedro se quedó un tanto sorprendido. Al fin y al cabo, un motivo importante por el que ir al teatro era ponerse al día de los cotilleos durante el entreacto. Algunas personas no tenían reparos en perderse la segunda mitad si la conversación era lo bastante reveladora.

—No me siento muy bien —arguyó, moviéndose un poco en el asiento y con cuidado de cubrirse los tobillos desnudos con los faldones—. Me parece que tengo un poco de fiebre.

—¿Fiebre? ¿Quieres que nos marchemos? —Su preocupación le resultó conmovedora.

—Desde luego que no —insistió ella—. Llevas tiempo esperando esta

ocasión. Me quedó aquí sentada tan ricamente.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Durante la segunda parte, lo único que fue capaz de hacer fue mirar el escenario con expresión vacía, dejándose inundar por la música. Los pensamientos se agolpaban en su mente febril, se preguntaba qué había hecho, qué terrible pecado había cometido. Tenía el estómago revuelto, pero no obstante se estremecía de excitación, era como si se hubiera acostado con el diablo en persona. Cuánto deseaba que acabara la ópera. Quería gritar, correr como una posesa, quitarse la ropa, retorcerse desnuda, fornicar con él una y otra vez. El anhelo, la tirantez, el cosquilleo del deseo erótico le resultaban insoportables. ¿Qué le había hecho? ¿Qué fuego lujurioso había encendido en su interior? Pero lo único que podía hacer era quedarse quieta en el sitio y notar la cálida humedad de él filtrándose entre sus muslos.

En cuanto llegó a casa, Militza, que seguía diciendo tener un poco de fiebre, subió corriendo a la planta de arriba.

Despidió a su doncella y, sola en su habitación y con manos temblorosas, el cuerpo se le estremeció mientras se quitaba la ropa desesperadamente. Notaba el olor de él por todo el cuerpo: su sudor, su saliva, y el fuerte e intenso olor de su semen la asqueaba y deleitaba a partes iguales. Se notaba la piel distinta. Era tersa y le ardía de deseo. Respiraba de forma entrecortada, notaba el estómago tenso y sentía un palpitar anhelante entre las piernas. Se quitó las bragas, se abrió la combinación y se miró, desnuda, al espejo. ¿Había cambiado? ¿Qué le había hecho aquel hombre? ¿Dónde estaban los cortes? ¿Los morados? Su piel blanca y melena negra parecían destellar bajo la luz, y el único rastro de él eran dos círculos grandes, oscuros y húmedos entre las

piernas. Sonrió y se recorrió los muslos con los dedos, frotándolos contra la superficie húmeda de su piel. Acto seguido, se introdujo tres dedos juntos en la boca. Dejó escapar un gemido involuntario. El sabor de él, la suave textura pegajosa de él... Se sentó en el taburete delante del espejo y se abrió de piernas.

Se oyó un golpecito en la puerta que sobresaltó a Militza.

—¿Cariño? —Era Pedro—. ¿Cariño...?

—Un momento —dijo ella, cogiendo rápidamente y poniéndose el largo camisón blanco de encaje y alzando el cepillo de plata—. Un momento, me estoy cepillando el pelo.

—¿Puedo entrar?

—Eeh... por supuesto, cariño.

Contuvo el aliento y él abrió la puerta. ¿Se percataría? ¿Notaría el cambio? ¿Olería el olor dulzón a sexo que parecía impregnar toda la habitación?

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Mando llamar a Brana o a un médico?

—Estoy bien —dijo ella, sentándose ante el tocador mientras se cepillaba la larga melena negra.

—Es que es muy impropio de ti no tomar algo de alcohol o una copa de champán en el teatro. —Se acercó al tocador y se colocó tras ella, mirando su reflejo en el espejo.

—Cariño, de verdad, estoy bien. Ahora me siento mucho mejor.

—Te veo rara. —Sonrió ante su reflejo.

—¿En serio? —Sintió una sacudida que le recorrió todo el cuerpo.

—Pues... —Hizo una pausa y bajó la mirada hacia la parte superior de su blanco hombro oculto bajo el encaje del camisón—. Me parece... —Se inclinó y se lo besó lentamente—. Estás... —Volvió a besarla—. Podría... —Otra vez—. Ser... —La miró en el espejo, pasándole los labios por los hombros—. Más hermosa de lo normal...

Militza le sonrió con dulzura mientras intentaba contener el pánico que la embargaba. Si cedía a las demandas conyugales de Pedro, algo que francamente acostumbraba a hacer, seguro que él se daría cuenta. Seguro que se percataría de que ya la habían montado.

Él se inclinó hacia delante y ahuecó su pecho derecho desde atrás mientras la besaba en el cuello. Lo había hecho muchas veces antes, y Militza no solía notar nada más que gusto cuando su marido la tocaba. Pero esta vez el miedo y el pánico le resultaban abrumadores.

—Pedro, Pedro, Pedro —dijo, apartándole las manos y volviéndose en el asiento—. Cariño...

—¿Sí? —dijo él, bajando las manos hasta los botones de su bragueta.

—No me siento lo bastante bien.

Él hizo una pausa.

—¿No acabas de decir que te encuentras mucho mejor?

—Me viene por oleadas. El dolor de cabeza, las náuseas...

—¿La fiebre?

—Y la fiebre. —Militza sonrió con rigidez.

—Oh. —Dejó caer los brazos lánguidamente a los lados—. Pues muy bien —respondió un tanto ofendido—. Ya nos veremos por la mañana —se volvió hacia la puerta—, cuando esperemos que te encuentres mejor.

—Seguro que sí —respondió Militza—. De verdad que lo siento, cariño.

—Por supuesto —dijo Pedro de pie junto a la puerta—. No sé en qué estaba pensando. No estás bien. Qué egoísta por mi parte. Es que tienes un aspecto... irresistible —añadió, cerrando la puerta.

Militza colocó la cabeza poco a poco entre sus manos temblorosas y suspiró aliviada.

Rasputín se lo había puesto difícil, le explicó Militza más tarde a su hermana. No solo se la había follado con fuerza, como un cosaco que conduce sementales por las estepas, sino que le había exigido el icono de san Juan Bautista como pago por el favor. Aparentemente, no había tenido suficiente con su carne. También quería el icono de Philippe; de lo contrario no había trato, le había explicado después de dejarle los pezones en carne viva de tanto chupárselos. No se dignaría a abordar a la zarina sin él. Militza no había podido escoger.

Así pues, el icono había sido entregado en el número 12 de la calle Kirochnaya el día siguiente, y Rasputín fue a hablar con Alix tal como habían acordado.

—El matrimonio del hermano y de la hermana será la salvación de Rusia — le dijo. Era un hombre inteligente. No decía qué hermano y qué hermana porque era demasiado astuto para ello. Se limitó a hacer una sencilla profecía porque sabía que cualquier forma de salvación para Rusia durante ese periodo convulso era obviamente muy bien recibida, por lo que Alix no podía pasarla por alto. Desestimar la predicción del hermano Grisha le resultaba impensable. Su fe en Dios y su fe ciega en él significaba que era imposible poner objeciones. Le habría causado infinidad de preocupaciones innecesarias y dolor. No obstante, acceder a la petición de Stana suponía ir en contra de todo lo que ella, Alix, valoraba en grado sumo: la lealtad, la honestidad, la fidelidad y la santidad del matrimonio ante Dios. Sin embargo, estaba preparada para renunciar a todo aquello por Rasputín...

Así fue como el 15 de noviembre finalmente se concedió el divorcio entre la princesa Anastasia de Montenegro y Jorge Maximiliánovich, sexto duque de Leuchtenberg.

La emperatriz viuda estaba furiosa. Ahora no había nada que impidiera que Stana se casara con Nikolasha, y siguió hablando a quien quisiera escucharla de la «enfermedad fea e incurable» de este. Sugirió que quizás había sido víctima de alguna especie de «conjuro». Le habían hechizado. El peligro negro, las hermanas sibilinas. El hombre era un insensato. Un insensato enfermo. Un insensato enfermo y vergonzoso. Y ella estaba consternada. Pero lo que la fastidiaba más no era solo que Nicolás hubiera prohibido a su hermano Miguel casarse con su prima Baby Bee, sino que ahora estaba a punto de permitir que las cabreras estuvieran casadas con dos de los hombres más importantes de Rusia. Aquello resultaba excesivo para ella. ¿Cómo era posible que Nicky hubiera dejado que sucediera? ¿Cuán pusilánime era su hijo? ¿Con qué facilidad lo manipulaban? ¿Cuánto le influía su desdichada esposa? Estaba fuera de sí.

Y no era la única que se sentía de ese modo.

—¡Esto es obra del mismo Satanás! —exclamó la gran duquesa Vladimir ante la baronesa Sophie Buxhoeveden mientras preparaban el puesto de encaje para el mercadillo navideño. La baronesa no dijo nada. No era una mujer propensa a compartir sus opiniones. La libertad de expresión era peligrosa, sobre todo en esos tiempos—. Satanás —continuó la gran duquesa mientras pasaba rápidamente el encaje y lo colocaba en pilas—. De hecho, esa casa entera es un eje del mal.

El mercadillo navideño acababa de abrir apenas pasados unos minutos de las dos de la tarde. La flor y nata de la alta sociedad de San Petersburgo estaba a punto de llenar la sala de actos noble de la plaza Mijaílovski, aunque dado que las puertas permanecían abiertas hasta medianoche, muchos nobles se tomaban su tiempo para aparecer.

—¿Acaso Satanás no es mejor que buena parte de la raza humana que intentamos salvar de él? —dijo una voz.

Ambas alzaron la vista del encaje.

—Hermano Grisha. —María Pávlovna sonrió—. ¡Qué agradable sorpresa! No imaginaba que una nadería como esta os interesaría.

—Al contrario, Madame, las naderías y cualquier obra a favor de los pobres son siempre bienvenidas. —Sonrió y asintió con la cabeza. Cuánto había cambiado desde que fuera un sencillo campesino recién llegado.

—¿Conocéis a la baronesa Sophie Buxhoeveden?

Sophie sonrió.

—Buen día tengáis.

—Es Grigori Yefimovich Rasputín.

—Grisha —dijo. La cogió de la mano, que ella le había tendido más bien a regañadientes, y se la besó. Sophie tuvo que armarse de todo su valor para no apartarla. Aquel hombre le pareció totalmente repugnante—. Qué manos tan pequeñas y hermosas —dijo, sin soltársela—. Qué menudas —añadió, dándoles la vuelta—. Qué delicadas... qué tersas.

—Gracias —respondió ella, apartándolas rápidamente.

—¿Sabes qué dicen de las mujeres que tienen la manos pequeñas y tersas? —preguntó, mirándola a los ojos.

—No. —Sophia estaba intrigada, a su pesar.

—Que no han trabajado en su vida.

Rasputín sonrió. María Pávlovna se rio.

—¡Santo cielo, Grisha! —exclamó—. ¡Eres terrible! ¿Quién demonios piensa que es bueno trabajar duro? ¡Es mucho mejor no haber trabajado nunca con dureza que estropearse las bonitas manos con la tierra! Lo sabe todo el mundo. Mira las mías. —Extendió sus pequeños dedos rosados hacia delante—. Como las de una niña.

Él bajó la mirada.

—Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico

entre en el reino de los cielos. —Hizo una pausa—. Los campesinos son quienes están más cerca de Dios, *milady* .

—¿En serio, Grisha? ¿Quién demonios quiere estar cerca de Dios?

María volvió a reírse, aunque su regocijo no se reflejaba en su mirada. ¿Cómo se atrevía? Aquel hombre era intolerable. No entendía cómo lo soportaban Alix y Nicky. Soltando sus frasecitas aburridas. ¡Era como conversar con un vidente en la feria! Por suerte se fue a otro puesto donde un grupo de jóvenes damiselas encantadoras pugnaron por su atención mientras disponían unas galletas caseras en unas bonitas bandejitas.

Las dos mujeres lo observaron mientras coqueteaba y charlaba y al final se sirvió de una bandeja de galletas sin entregar ni un solo cópec a cambio.

María recorrió la sala con la mirada para ver si alguien más se había fijado, pero no. Todos los presentes en el amplio atrio estaban muy atareados. A lo largo de la hilera de puestos en forma de herradura, las grandes duquesas, princesas y sus damas de compañía ordenaban y volvían a ordenar sus colecciones de cajas y naranjas decoradas, los mitones de punto y los dechados bordados, así como un gran surtido de otras bagatelas y *objets d'art* . Aunque en la mayoría de los puestos se vendían productos caseros, había otros puestos, como el de Fabergé, dispuesto a aprovecharse de la distinguida clientela.

Al ritmo de las melodías melancólicas de la banda de los guardas, cuya música llenó el salón toda la tarde, la flor y nata de la sociedad de San Petersburgo se mezclaba, intercambiaba cotilleos e intrigas con la supuesta intención de ayudar a los pobres.

—Ese hombre es demasiado —anunció María Pávlovna, mirándose la pequeña mano.

—Sí —musitó Sophie—. Y mira con quién está hablando ahora.

Las dos se quedaron mirando hacia el otro lado de la sala cuando Militza,

Stana, Pedro y, por supuesto, Nikolasha entraron en ella.

—El peligro negro —dijo María, arqueando las cejas—. Me preguntaba si aparecerían. Dadas las circunstancias.

—Insoportables —masculló Sophie.

—Ahora lo son. —María los observó a todos juntos en el otro extremo de la sala de tal manera que presentaban un frente unido e indómito—. Ahora que el divorcio se ha concedido y se casará con Nicolás Nikoláyevich...

—¿Estás segura?

—Es lo que dice todo el mundo. Al parecer, han planeado una ceremonia.

—¡Pero si son hermano y hermana! —exclamó Sophie.

—¡No a los ojos del zar!

—Sino a los ojos de Dios.

—Depende de qué Dios. —María negó con la cabeza—. Y, de todos modos, esas princesas negras no tratan con Dios; son las doncellas de Satanás y ahora son la familia más poderosa de Rusia.

Las dos mujeres siguieron observando a Rasputín mientras se acercaba al grupo.

—Y con él —suspiró María—, son intocables.

—¿Qué tal estáis, hijas mías? —preguntó Rasputín mientras besaba a las hermanas con una confianza manifiesta y les pasaba el pulgar por la mejilla a cada una de ellas.

—Muy bien —respondió Stana con una sonrisa radiante, pues desde el anuncio de su divorcio estaba rebotante de belleza.

—Estás sonrojada como una flor nueva —dijo él. Se inclinó hacia delante y le susurró al oído—: No hace falta que me des las gracias.

Stana sonrió y le dio una palmadita en el brazo, antes de mirar con

discreción por la sala. Sabía que todas las miradas estaban puestas en ellos dos, por lo que siguió sonriendo, a pesar de que le desagradaba ser esclava de ese hombre. ¿Cuántas veces más iba a apuntarse el mérito de su felicidad? ¿Cuántas veces más se tomaría libertades? ¡Cuánto deseaba que ella y su hermana no hubieran despertado a las Parcas la víspera de Todos los Santos! ¡Cuánto deseaba haber contradicho a su hermana, haberle suplicado que cambiara de opinión! Pero Militza era imposible de contradecir cuando se empeñaba en hacer algo. E incluso ahora, cuando más feliz y realizada se sentía, Stana no podía evitar sentirse angustiada.

—Muy amable por tu parte, Grisha —continuó, inclinando la cabeza ligeramente—. ¿Qué te parece el mercadillo?

—Me divierte —dijo—. ¿Y tú, querida? —Se volvió y besó a Militza en la comisura de los labios. Pedro se enfureció. Se había percatado de la propensión de Rasputín a besar a todas las damas en la boca, pero, aun así, besar a una mujer delante de su marido era de muy mala educación—. ¿Estás aquí por las galletas o por Fabergé?

Militza entrecerró sus ojos oscuros mientras el corazón le latía desbocado en el pecho. Sus burlas eran insoportables. Casi tan desagradables como el olor de su cabello y el fuerte olor a ajo y pepinillos de su aliento, pero aun así lo único que le pasaba por la cabeza estando tan cerca de él era el grosor de su verga y la fuerza con que la había montado a horcajadas en la sucia silla... Notó que se le aceleraba el pulso y que la respiración se le volvía más superficial mientras intentaba controlarse. Poco a poco, hincó los dientes en el labio inferior.

Él se había referido a aquel episodio como a una «sanación» y le había sugerido que fuera a su apartamento para repetir el proceso. Formaba parte de las enseñanzas de Dios, le había asegurado con voz queda, susurrándole al oído mientras charlaban en el salón de la condesa Ignátiev. Dios estaba ahí

para ayudar a los pecadores. «Sal a pecar y así no te crearás tan santa», le había dicho, acercándola a él. «El Señor humilla al elevado y eleva al humillado», había añadido mientras frotaba su verga endurecida contra sus muslos y ella notaba el apremio de su excitación incluso a través de la seda de sus faldones.

Hasta el momento se había resistido a visitarlo en su apartamento, aunque en la intimidad no había pensado en otra cosa y no anhelaba más que ser «sanada» otra vez.

—Estoy aquí para ayudar a los pobres —repuso ella con voz queda.

—¿A los pobres? —preguntó él mientras se le acercaba un poco más—. ¿Y qué sabes tú de ellos, mamá?

—¡Hermano Grisha! —se oyó desde el otro lado de la sala—. ¡Ven a probar mis galletas!

Militza miró hacia el lugar de procedencia de la llamada y ahí, detrás de un puesto, estaba la guapa rubia que había estado en el Club Náutico.

—¡Ah! —La saludó con la mano antes de volverse de nuevo hacia Militza—. Madame Ekaterina Ostrogorsky, la mujercita del médico. —Sonrió complacido antes de inclinarse hacia ella y susurrarle—: La única mujer que he conocido que moja las bragas más que tú. —Rio en silencio mientras su aliento cálido le silbaba en la oreja, antes de cruzar el salón con los tres primeros dedos levantados, preparado para hacer la señal de la cruz ante quienquiera que él considerara que lo necesitaba.

—Querida —dijo Pedro, exhalando aburrimiento por todos sus poros mientras inspeccionaba el lugar—. ¿Vamos a echar un vistazo a Fabergé? Me temo que no soporto fingir interés en otra labor de costura. —Militza alzó la vista, confusa—. ¿Fabergé? —repitió él.

—Oh, sí, sí —tartamudeó, intentando serenarse mientras la cabeza le bullía y el corazón le palpitaba con fuerza—. Fabergé, ¿por qué no? —Tomó a su marido del brazo.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó él mirándola de soslayo.

—Estoy bien —respondió ella—. Lo que pasa es que hace mucho calor.

—Aquí siempre es horrible —convino él—. Hay demasiada gente. Francamente, nunca le he visto la gracia. Siempre me ha parecido un alarde de vanidad por parte de los Vladimir y, que yo sepa, no les falta que les den ánimos en ese sentido.

Se pusieron a caminar entre la multitud, dejando atrás un puesto de chales y otro lleno de naranjas decoradas envueltas con lazos color púrpura.

—Veo que la emperatriz viuda ha descartado sumarse a nosotros —murmuró Pedro, alisándose el bigote—. Con la prima Xenia.

Militza notó que se desplazaba en la dirección contraria. En circunstancias normales le habría reprendido. ¿Por qué tenían que dar su brazo a torcer? Al fin y al cabo, eran la pareja más poderosa del momento. Pero en esta ocasión se sentía demasiado débil para decir algo. No tenía fuerzas para pelear. Así pues, fue tambaleándose al lado de él, bien sujeta de su brazo mientras se abrían camino hacia el otro extremo de la sala.

Pedro no pareció fijarse en la extraña falta de equilibrio de su esposa. ¿Había oído a Rasputín?, se preguntó. No, él admiraba a Rasputín, lo consideraba un hombre de Dios a pesar de sus flirteos con las zíngaras; seguro que no sospechaba nada. Se estremeció. Mejor no pensar en cómo reaccionaría si se enteraba. Militza intentó serenarse. Era consciente de que se le daba bien mentir; sin embargo, aquello iba a suponer una dura prueba incluso para ella.

Pedro se puso a charlar con el caballero de aspecto estirado que llevaba el puesto de Fabergé mientras barajaba la asombrosa colección de baratijas

enjoyadas, entre las que se incluían marcos de fotos de plata, pitilleras y cadenas para el cuello: bagatelas portátiles para hacer bonitos regalos navideños.

Mientras tanto, a pesar de sus esfuerzos, Militza no era capaz de quitarle los ojos de encima a Rasputín mientras iba de puesto en puesto, tomando todos los caprichos que le venían en gana. Lo intercalaba con un abrazo o una bendición con las mujeres parlantes que se cruzaban en su camino, que eran muchas. Sonrojadas, con la cabeza ladeada y las manos juntas delante de ellas, reían y sonreían tontamente y se tocaban la nuca, dándose palmadas en el cabello recogido mientras coqueteaban con él.

A Militza le pareció difícil contener sus emociones. No sabía a ciencia cierta si no eran más que celos o fastidio. Pero la confianza que exudaba y el aura de poderío físico que emanaba de él eran dignos de ver. Tenía una presencia magnética, y era obvio que la mayoría de las mujeres del lugar compartían esa opinión.

—¿Cómo está tu amigo? —preguntó la emperatriz viuda, situándose justo al lado de Militza y siguiendo su mirada.

—¡Oh! —Militza se sobresaltó—. ¡Majestad Imperial, no os había visto!

—No. —Le dedicó una media sonrisa—. Parecías perdida en tu mundo. ¡Y menudo mundo! —continuó—. Hay que felicitarte. —Asintió con los labios apretados—. ¿Quién iba a pensar que dos mujeres de un lugar atrasado y horrendo, con tan poca educación, llegarían tan lejos? Es como si estuvierais hechas de glicinia. Sube lo más alto y rápido posible. Como los hierbajos. Y lo asfixia todo a su paso. Una planta curiosa —añadió—. Nunca le he encontrado la gracia. Hay que dirigir su crecimiento y cortarla, hay que enseñarle a comportarse. Florece, con gran hermosura, una sola vez y luego deja tras de sí un buen desaguisado. Dime —hizo una pausa—, ¿has

encontrado alguna iglesia en toda Rusia en la que un hermano pueda casarse realmente con su hermana?

—Hacéis que suene como un pecado —dijo Militza con el corazón palpitante. Incluso después de tantos años, la emperatriz viuda seguía consiguiendo que se sintiera como una recién llegada a la ciudad con las uñas manchadas de barro negro. Todas esas inseguridades, toda la miseria resurgían. Notó que se sonrojaba como una virgen en su primer baile.

—Lo es, querida. Incesto. —Se estremeció—. Un pecado atroz.

—Bueno, de hecho, hemos encontrado una iglesia. En Livadia —repuso Militza, a su pesar—. En abril. Una época muy bonita del año.

La emperatriz viuda se mostró horrorizada pero solo unos instantes antes de encogerse de hombros.

—Por desgracia, creo que estaré en Biarritz o en Spala. O en algún lugar lejano, muy lejano.

—No creo que vaya a ser una gran boda —añadió Militza.

—No —dijo María Fiódorovna, enarcando una ceja—. Imagino que os costará encontrar testigos.

—Majestad Imperial. —Pedro se volvió desde la mesa de Fabergé y besó la mano de la emperatriz viuda—. ¿Habéis estado comprando bagatelas navideñas para ayudar a los pobres?

—Solo unas cuantas galletas —contestó la emperatriz viuda—. Xenia y yo nos vamos a Cartier.

—Excelente —indicó él, volviéndose de nuevo hacia la mesa.

—¿Cartier? —preguntó Militza.

—Es una invitación privada —respondió la emperatriz viuda, repasándola con la mirada—. ¿No has recibido ninguna?

Había algo en la mirada triunfante de la anciana, en la dureza de sus ojos claros, que resultaba deprimentemente familiar. Militza no podía evitar

imaginar lo que hacía falta para librarse de la mujer. Alguna infusión aguada que se dejara reposar después de que cayera la noche. Algún polvo de la tumba de un difunto, llevado como amuleto. Qué sencillo sería. Tan rápido. Tan definitivo...

—Creo que no necesito más chucherías —dijo finalmente Militza—. A veces una mujer tiene suficientes brillos. Hay otras maneras de ocupar la mente.

—Muy sabia —respondió María Fiódorovna—. Me imagino que la tuya está muy ocupada en estos momentos. La idea de tu querido Amigo yendo a palacio de noche, llenándole la cabeza al niño con historias de Siberia, llevando un icono que dice que es todopoderoso y luego retirándose para tomar el último té del día con «ella». La alemana. —Hizo una pausa, Alix le desagradaba hasta tal punto que era incapaz de pronunciar su nombre—. Eso me ocuparía la mente. De hecho, eso y su bien conocida afición a salir de parranda con actrices.

—¡Pero si es un hombre de Dios!

—¿Ah, sí? —susurró la emperatriz viuda antes de añadir a voz en grito—. Oh, mira, ahí está mi hija. ¡Cartier nos reclama! —Se marchó con un frufú de seda.

—¿Se ha ido? —preguntó Pedro, reuniéndose con su esposa.

—Espero que tu hermano sepa lo que está haciendo —declaró Militza.

—Y tu hermana —convino Pedro—. Creo que nunca he visto a la emperatriz viuda tan contrariada.

—¿Contrariada? —Militza miró a su esposo—. Está furiosa.

—No. El día que Nicky se casó con Alix sí que estaba furiosa. —Pedro asintió observando cómo la emperatriz viuda recorría el salón—. Lo disimuló como dolor llorando desconsoladamente por la muerte del zar. Pero, en

retrospectiva, estoy convencido de que era porque su querido Nicky, su hijo preferido, se casaba con una provinciana carente de toda sofisticación.

—Podría haber hecho un esfuerzo para que le gustara su nuera —sugirió Militza.

Pedro se volvió para mirarla y se echó a reír.

—No conoces realmente a la vieja y querida Minny, ¿verdad?

—¿O tal vez la odia sencillamente porque ella la escogió?

—Puede ser —convino Pedro—. ¿A qué te refieres?

—Nicky se casó con Alix por orden de ella... ¡así que la vieja y querida Minny introdujo la «maldición de los Coburgo» en su propia familia!

—¿Qué os tiene tan entretenidos?

Rasputín se situó a su lado. Junto a él estaba la esposa del médico, con su pequeña mano colgada del brazo.

—Nada —respondió Pedro, desestimando la pregunta mientras le daba vueltas en la cabeza a la insinuación de Militza.

—Me gustan los chistes —insistió Rasputín—. Me gusta que me entretengan.

—No ha habido ningún chiste —indicó Pedro.

—Qué pena.

Rasputín sonrió mientras acariciaba lentamente el dorso de la mano de la esposa del médico. Ella sonreía y los tirabuzones de la nuca se le meneaban mientras volvía poco a poco su mirada vidriosa a uno y otro lado.

—A Grisha le encanta que lo entretengan —dijo con dulzura.

Pedro asintió.

—¡Me han dicho que los zingaros creen que todas sus Navidades llegan a la vez cuando tú apareces, dada la cantidad de champán que pides!

—¡Champán! —Rasputín se quedó asombrado—. ¡Pensaba que me conocías

bien, hermano! ¡No hay nada que me desagrade tanto como esas flojas burbujas francesas!

—¡Y yo que pensaba que te habías despojado de tu piel de campesino! — repuso Pedro—. Porque llevas unas buenas sedas.

Los dos hombres bajaron la mirada hacia los pantalones de seda color carmesí de Rasputín, sujetos con holgura en la cintura.

—¡Otro regalo de una admiradora! —Rasputín se echó a reír y sacudió ligeramente la pierna derecha para enseñárselos—. ¡La camisa la ha bordado la emperatriz en persona! —Abrió los brazos por completo para que la admiraran—. Pero los pantalones fueron un pequeño regalo después de una sanación.

—¿Una sanación? —A Militza se le secó la boca.

—¿La emperatriz te bordó una camisa? —preguntó Pedro.

—Sí —afirmó él.

—Grisha sana a tantas mujeres... —intervino la esposa del médico—. Histeria, tristeza, desdichas, todas acuden a él en busca de ayuda. Algunas están tan desesperadas que se ponen de rodillas a rezar; a veces hay cola. Y él las sana a todas.

Los ojos oscuros de Militza pasaban rápidamente de Rasputín a Ekaterina Ostrogorsky. ¿Era consciente la mujer de lo que estaba diciendo?

—Aquellas a quienes no puede sanar poniéndoles las manos encima, pasan a la habitación trasera para una sanación más profunda —continuó ella—. Y salen con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. ¡Es asombroso! —Se volvió lentamente para mirarlo mientras le acariciaba la mano con suavidad—. Es realmente un hombre de Dios.

—Sí —convino Militza, entrecerrando los ojos—. Un hombre de Dios, desde luego.

10 de abril de 1907

San Petersburgo

Los rumores acerca de los espectaculares poderes «sanadores» de Rasputín se extendieron por toda la ciudad, atormentando a Militza a cada paso. Había prendido un fuego en su interior que no podía controlar. ¡Cada encuentro que tenía con él, cada fiesta en la que hablaban, cada vez que rezaban juntos en la gélida capilla de Znamenka, no hacía más que pensar en los lametones de su larga lengua, en el grosor áspero de sus potentes dedos y en la placentera enormidad de su verga! No podía soportarlo. A la mínima risita de la esposa de un general, ante las sonrisas cálidas de una debutante sumisa o el grito agudo de una condesa, el corazón le palpitaba de celos y la sangre le corría por las venas de rabia. Y la peor era Anna Aleksándrovna Tanéyeva.

Esa rechoncha insignificante, a la que había conocido el año anterior sentada en el sofá del salón de la gran duquesa Vladimir, había conseguido congraciarse con la zarina hasta tal punto que la misma Alix había pedido a Militza que presentara a Anna a Rasputín.

No fue el trayecto en carruaje más sencillo del mundo. Las secuelas de esa tarde en el salón de madera de arce le habían durado meses. A pesar de la intervención de Rasputín y de la connivencia del zar, la relación que mantenían Militza y Alix era tan fría y oscura como una cripta. Mientras los caballos tomaban la consabida ruta alrededor del parque en el palacio de Catalina, Alix

evitó sacar el tema de los planes de boda de Stana a propósito. Nunca había sido del tipo de mujer que se echaba atrás en una discusión o que cambiara de opinión conscientemente, por lo que prefirió guardar silencio acerca de tales asuntos espinosos. Y Militza siguió su ejemplo a conciencia. Los hijos y el tiempo eran temas que llenaban la tarde de forma agradable, por lo que cuando Alix al final pidió a Militza que hiciera las presentaciones entre Anna y Rasputín, accedió con presteza. Al parecer, lo que había impresionado a Alix era la capacidad de Anna como enfermera. Una de las damas de compañía de mayor edad había caído enferma y Anna había resultado absolutamente indispensable junto a su cama. Según la propia Alix, no había mejor manera de ganarse su corazón que con generosidad devota y ferviente. Además, la mujercita estaba muy ansiosa por su inminente matrimonio con Alexander Vasílievich Vírubov y no sabía hablar de otra cosa. ¿Debía casarse con el oficial de marina, condecorado en la guerra ruso-japonesa? ¿O no? Militza observaría su rostro redondo y falto de atractivo buscando respuestas por el tocador malva. A ella y a Stana les parecía una irritación deprimente y les molestaba bastante que Alix la hubiera acogido tan fácilmente en su seno.

Sin embargo, a poco más de dos semanas de la boda de Stana, tenían que agarrarse a un clavo ardiendo con ambas manos.

Por consiguiente, Militza compartió a «Nuestro Amigo» con la mujercita boba y la invitó a tomar el té en su mansión del Muelle Inglés. Rasputín llegó una hora tarde. Una hora durante la que Militza había hablado de Dios y de la fe inquebrantable de Anna desde que escapara de las fauces de la muerte y había recibido la bendición de Juan de Kronstadt, nada más y nada menos, que la había curado de un tifus mortal rociándola con agua bendita. Al parecer, ella le había visto en un sueño y había suplicado a su padre que llamara al padre Juan, y él había ido y la había curado al día siguiente con una bendición y salpicándola con agua.

—No hay duda de que el Señor es bondadoso —dijo Militza, asintiendo con su cabeza hastiada.

—Muy bondadoso —convino Anna, añadiéndose otra cucharada de mermelada al té.

Permanecieron sentadas en silencio con la excepción del rozamiento de la cucharilla de Anna en el fondo de la taza de té.

—Su Majestad Imperial dice que Rasputín es un hombre de Dios —osó decir, finalmente.

—Lo es —suspiró Militza, a su pesar—. Ahora bien —dijo, volviéndose hacia Anna—, no te sorprendas si le beso tres o más veces cuando llegue. Es habitual en él saludar de un modo tan familiar a las personas conocidas. Es su manera. Es un hombre del pueblo, un verdadero hombre, un hombre de verdad cuyo ser está lo más cerca posible del alma rusa.

—Por supuesto —repuso Anna, abriendo como platos sus pequeños ojos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Militza, irritada.

—¿Solo tienes las mejillas un poco rojas?

—Es el fuego; no tengo ni idea de por qué los criados insisten en encender el fuego en abril cuando hace un tiempo de los más benigno.

Antes de dar más explicaciones, la puerta del salón se abrió de repente y apareció Rasputín vestido con un caftán corto negro, acompañado de una nube de colonia de violeta.

—¡Mamá! —exclamó, alzando los tres dedos en señal de bendición—. ¿Cómo estás? —Se volvió brevemente para mirar a Anna antes de plantarle un beso a Militza en plena boca—. Bendita seas —dijo, sosteniéndole la cara entre las manos antes de besarla con rotundidad de nuevo en los labios.

Anna se limitó a contemplar la escena. Nunca había visto nada igual. Por

suerte, Militza la había advertido; de lo contrario habría salido corriendo de la sala indignada y conmovida.

—¿Cómo estás, mi niña? —preguntó, besando a Militza por tercera vez.

—Bien —contestó Militza, antes de secarse ligeramente los labios con un pañuelo. El hombre estaba alardeando, ella era consciente de ello. Tenía público nuevo, lo cual le gustaba sobremanera. Debatiéndose entre darle una bofetada y pedirle que la poseyera en el diván lila de capitoné, inhaló y exhaló rápidamente en un intento por controlar sus emociones. Sabía que tenía que dejar de sentirse de ese modo. Ya había sido «sanada» en una ocasión y no pensaba volver a ofrecerse, por mucho que lo deseara. Con desesperación.

—¿Puedo presentarte a Anna Aleksándrovna Tanéyeva?

—Puedes. —Se volvió para mirar a la dama de compañía.

—Te presento a Grigori Yefimovich Rasputín.

—Grisha —puntualizó él.

—¡He oído hablar mucho de ti!

Anna sonrió y Rasputín hizo lo que siempre hacía cuando no sabía qué decir: mirar fijamente. Su penetrante mirada azul ya había desconcertado a muchos en la corte y Anna no se libró de ello. Ella se limitó a devolverle la sonrisa y no dijo nada más.

—Pídele que rece por ti —sugirió Militza.

—Oh, sí —dijo Anna.

—¿Rezo por ti?

—Sí —declaró ella, algo más que un poco aturullada.

—¿Por qué rezo?

—Reza, reza... hum... ¡para que pase el resto de mi vida al servicio de Sus Majestades!

—Que así sea —declaró él antes de girar sobre sus talones y marcharse.

—¿Ya está? —preguntó Anna, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Sí —repuso Militza con cierto aire divertido. La pobre mujer solo había captado su atención apenas unos minutos—. Grisha no necesita conjuros ni incienso. Si dice que ya está hecho, entonces hecho está.

—¡Pero yo quería preguntarle acerca de mi boda! Sobre si casarme o no con Alexander Vasílievich.

—En otro momento —dijo Militza, sonriendo y dejando la taza de té en una mesita auxiliar que tenía delante. Una señal para que la mujer se marchara. Lo cual hizo, finalmente, al cabo de cuarenta y cinco largos minutos.

Al cabo de poco más de dos semanas, el 29 de abril, el sol brillaba y las flores brotaron para la boda de Stana y Nikolasha. Fue una ceremonia pequeña e íntima, la antítesis del ruinoso día en que había caminado hacia el altar para casarse con Jorge envuelta en una nube de calor y odio mientras la flor y nata de San Petersburgo la contemplaba con sus labios tensos y joyas pesadas. No hubo necesidad de gotas ni de reconstituyentes; de hecho, lo único que ella y Militza tomaron antes de la ceremonia fue una copa de champán helado.

Stana se sentía ligera y llena de vida; los ojos oscuros le brillaban y sus labios dibujaban una eterna sonrisa.

—Oh, Militza —declaró, recolocándose la tiara de diamantes de Bolin sobre el pelo recogido con elegancia en un moño alto—, ¡gracias! —Sonrió y se inclinó para besar a su hermana—. Gracias por todo lo que has hecho. Sé que ha sido difícil y que te has sacrificado mucho por mí, pero ni te imaginas la gran deuda que tengo contigo. Cuando una persona ha sido tan infeliz como yo, se alegra de tener un hogar con un buen marido y estar tranquila.

—¿Tranquila? —Rio Militza—. No sé si alguna vez tendrás una vida tranquila.

—Pues es lo único que deseo.

Militza miró a su hermana.

—Pero solo tienes treinta y nueve años, te queda mucho por vivir.

—Nikolasha tiene cincuenta años.

—Y sigue jugando a la política y a los soldados —dijo Militza.

—No quiere tener nada que ver con la política y dice que quiere retirarse del ejército y dedicarse a la caza del lobo con sus *borzois*.

—¡Por supuesto! —Rio Militza—. ¿Y qué le pasó el verano pasado?

—¿A qué te refieres?

—A que yo convencí a Nicky para que sustituyera al primer ministro Goremykin por Stolypin. ¿Quién crees que estaba detrás de todo aquello?

—¿Pedro?

—¡Nikolasha! Nikolasha y su amigo el general Rauch. Me suplicaron que se lo pidiera a Nicky y a Alix. Estaban desesperados porque Stolypin fuera primer ministro. Así que se lo pedí. Y ocurrió. Es difícil implicarse más en política.

—Bueno, pues ya no le interesa —dijo ella dando un sorbito al champán—. Tranquilidad. Eso es lo que queremos. Una vida apacible y tranquila.

—¿Esto es lo que quiere un hombre que cortó a su *borzoi* por el medio a la hora de cenar solo para demostrar lo afilado que era su cuchillo?

—Eso fue hace años y nadie se acuerda de ello —musitó Stana—. De todos modos, ahora es feliz.

Aquello sí que era cierto. Nikolasha estaba irreconocible en comparación con el gigante díscolo que había sido. Famoso por su mal genio y su actitud impulsiva, se había convertido en un hombre mucho más jovial y amable desde que estaba con Stana. Militza había bromeado en una ocasión que lo que le había cambiado era el hecho de mantener relaciones sexuales con regularidad, lo cual había molestado a su hermana. Stana lo achacó a la unión de dos almas mucho más cerebrales. Incluso le concedió el mérito a Philippe, de forma

póstuma, de haber conseguido que ella por fin se realizara como persona. Nikolasha, por su parte, refiriéndose a la felicidad había dicho a Militza: «Durante mucho tiempo la busqué, y cuando había perdido la esperanza de encontrarla la recibí de forma inesperada.»

La boda fue sencilla. A pesar del ofrecimiento de Pedro, Stana decidió recorrer el pasillo sola porque ninguno de sus hermanos, ni por supuesto su padre, pudieron asistir a la ceremonia. Había sido un gran detalle por parte de su cuñado que se ofreciera, pero ella prefirió mantenerse en sus trece. Mientras tanto, Nikolasha iba flanqueado por una guardia de honor encabezada por el coronel Dundadze, comandante de la guarnición de Yalta. Había representantes de Montenegro e Italia, así como varios miembros del ejército, pero la ausencia más notable era la de la familia real. Todos se mantuvieron al margen; sus excusas, recordó Militza, eran muchas y variadas. Una enfermedad. Un viaje urgente. Negocios en el extranjero. Nicky y Alix enviaron al encantador príncipe Vasili Dolgorúkov en su lugar, pero los demás no fueron tan diplomáticos. ¡Xenia estaba tan horrorizada que dijo a todo el mundo que estuviera dispuesta a escucharla que no se creía que hubieran encontrado una iglesia que los casara! Su esposo, Sandro, se negó incluso a enviar un telegrama de felicitación, y se dijo que la emperatriz viuda se había quedado tan consternada por la noticia de que la boda había tenido lugar que había tenido que retirarse a sus aposentos y tomarse unas gotas para tranquilizarse.

Stana y Nikolasha sonreían de oreja a oreja al salir de la iglesia, ajenos supuestamente a la indignación que habían generado. Después de la ceremonia, el almuerzo que siguió fue una comida frugal y discreta pero alegre de todos modos. Las bandejas de esturión ahumado precedieron al cordero lechal, áspic

de faisán, espárragos frescos, ruibarbo de cultivo forzado y frutas dulces al vino, y helado, más un montón de brindis. Tocó una banda de zíngaros, pero no secuestraron a la novia como era la costumbre, sino que Nikolasha insistió en pagarles de antemano: la idea de que alguien reviviera o recordara aquella horrenda noche —los faldones ensangrentados de la gran duquesa Vladimir y el rastro escarlata que había dejado por la sala de baile— era más de lo que cualquiera podía soportar. Así pues, los invitados se retiraron de la cálida velada primaveral sureña con recuerdos de una tarde agradable que no fue ni ostentosa ni impropio.

Más tarde esa misma semana, Stana y Nikolasha fueron de viaje de novios a recorrer sus muchas fincas en el campo, donde el novio cazó lobos y zorros con sus perros de caza mientras su nueva esposa leía y paseaba por los vastos terrenos, regocijándose de su propia compañía en tanto en cuanto su dolor, soledad y humillación pasaban a ser una cosa del pasado.

Mientras tanto, Militza regresó sola a San Petersburgo.

Sumida todavía en las últimas ráfagas del invierno, la ciudad se notaba fría. Tal vez fuera solo el tiempo inclemente, tras los días más largos y cálidos pasados en Crimea, o tal vez fuera el recibimiento que tuvo, que bastaba para helar la sangre. De todos modos, Militza sentía cierta frialdad cada vez que entraba en una habitación. Antes de la boda de su hermana, todos los ojos se habían posado en ellas dos, incluso durante las cenas discretas en el Club Náutico. Pero ahora, sola de repente, mientras su hermana disfrutaba de los inicios del matrimonio, Militza se sintió aislada.

Y Pedro no le servía de ayuda. El hecho de que él hubiera ayudado a convencer a su padre y, por consiguiente, a Montenegro, de apoyar a Nicky en la guerra fallida contra Japón bastaba para que quisiera mantener un perfil

bajo. Había creído, al igual que el anterior ministro de Interior Vyacheslav von Pleve, que «una guerra corta victoriosa salvaría a Rusia de todos sus problemas internos». La guerra no había sido corta, ni victoriosa en modo alguno, sino catastrófica, con un número de bajas espantoso, y había exacerbado en extremo los problemas internos de Rusia, con huelgas, insurrecciones y un nivel de insubordinación cada vez mayor por todo el país, hasta tal punto que nadie que ocupara un cargo gubernamental estaba a salvo; la muerte en forma de revolucionarios incendiarios acechaba en cada esquina, preparados para atacar en cualquier momento. Incluso Pleve, que había sobrevivido a los últimos dos intentos de asesinato, había acabado muriendo a consecuencia de una bomba en julio de 1904.

Así pues, de repente y con rapidez, Pedro se había interesado en la gestión de sus fincas. Su conversión fue casi digna de Tolstói; desarrolló una fascinación abrumadora por la gestión de las tierras y el bienestar de sus trabajadores. Se alegraba de pasar de vez en cuando una velada con el zar en Tsárskoye Seló, así como de hacer de anfitrión en cenas íntimas para veinte o treinta personas en Znamenka en el campo. Pero ahí es donde quería quedarse, en Znamenka; por consiguiente, era mucho menos propenso a ir a la ciudad para asistir a las fiestas de la gran duquesa Vladimir o a cualquiera de los bailes de la corte. Dejó que Militza fuera por su cuenta.

Hacia finales de mayo aceptó una invitación para una *soirée chinoise* en casa de los Vladimir en el Muelle del Palacio. Dada la reciente derrota a manos de los japoneses, a algunos les habría parecido que el tema oriental era de mal gusto, pero tales matices nunca habían importado a la gran duquesa, y con Alix recluida en el campo, tan propensa a afecciones y dolores y tan terriblemente frágil, existía un vacío en el corazón de la alta sociedad de San Petersburgo que María Pávlovna consideraba que era su obligación llenar. «Hay que cumplir con las obligaciones», solía decir. Y su obligación era

compensar las ventanas oscurecidas del Palacio de Invierno, donde no se servía ni una copa de champán ni se tocaba una nota musical.

Cuando Militza entró en el salón frambuesa situado en la segunda planta del palacio, María la recibió con su habitual entusiasmo. La gran duquesa resplandecía encantada, convertida en una sinfonía de hilo de oro y diamantes.

—¿Cómo estás? —preguntó, besando el aire tres veces a ambos lados de las mejillas pálidas de Militza—. ¿Y qué tal fue la pequeña boda? ¡Cuéntanoslo todo!

—Una boda íntima —puntualizó Militza.

—Muy íntima. He oído decir que la ciática de la pobre Alix le impidió asistir. —El rostro de María estaba contraído de placer—. ¿Fue alguien más?

—¿Hoy vuelve a encontrarse mal? —preguntó Militza, fingiendo mirar por la sala en busca de la emperatriz.

—Pobre Alix. —María asintió mirando por encima del hombro de Militza—. Qué sufrimiento.

—Pobre Alix. —Hicieron una pausa para ponerse de acuerdo—. Qué vestido tan espectacular —añadió Militza—. Oro.

—¿No es maravilloso? Un viaje reciente a Viena me inspiró. Tomamos el tren y conocí a un artista muy interesante, Gustav Klimt. Estoy pensando en encargarle unas cuantas obras. No es tan caro.

—¿Va a venir el zar?

—¿Por qué no iba a venir? —Miró por la sala—. *Ma chère* ! —llamó a una amiga, la saludó y se marchó—. ¿Te he contado mi viaje a Viena?

Militza sonrió con rigidez y dio un sorbo al champán. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan desplazada. ¿Era posible que la boda de su hermana tuviera consecuencias tan drásticas? ¿Se estaba imaginando esa sensación? Eran cuatro de las personas más poderosas, mejor relacionadas de toda Rusia; todo el mundo sabía que gozaban de la confianza del zar y la zarina y que

controlaban a Rasputín. No había nadie con más poder que ellos. Nikolasha era el presidente del Consejo de la Defensa Nacional, responsable de rearmar a las tropas y la marina; los soldados lo tenían en gran estima. Llegó a la conclusión de que todos eran apreciados mientras se encaminaba hacia la sala de baile y el sonido de la orquesta. Entonces, ¿por qué no lo notaba?

Hizo una pausa junto a la impresionante mesa de comedor que ocupaba todo el largo de la sala de banquetes. Crujía bajo el peso de las virutas de salmón ahumado, los cuencos de plata repletos de caviar, una montaña de frutas exóticas: piñas, cerezas, naranjas, albaricoques y uva, que, desde más cerca, resultaron ser todas de mazapán.

—Vaya, ahí está una de las cornejas negras —dijo la voz conocida del conde Yusúpov.

Militza se volvió. ¡Cómo se atrevía a llamarla de ese modo! Le habían dicho que algunas personas la llamaban a ella y a su hermana cornejas, o arañas, o cornejas negras o arañas negras, pero nunca a la cara. Él la estaba fastidiando a propósito y por eso necesitaba tranquilizarse. ¿Por qué demonios se sentía tan vulnerable?

—Buenas tardes. —Esbozó una breve sonrisa—. Iba camino de la sala de baile. Dicen que hay una actuación.

—Anna Pávlova y el resto del cuerpo de ballet hicieron una cosilla china organizada por Diaghilev —contestó, introduciéndose un pequeño albaricoque de mazapán en la boca—. Te lo has perdido. —Masticó—. ¿Qué tal fueron las infames nupcias? ¿El Señor atacó con un rayo? ¿Lloraron los cielos ante tal unión? —Se rio para sus adentros antes de secarse el largo del grueso bigote con el dorso de la mano. De hecho, era tal su regocijo que se le humedecieron los pequeños ojos.

—La boda se celebró sin incidentes —respondió Militza—. Agradezco el interés.

—¿Y sin testigos?

—Vinieron muchos.

—Nadie importante. Pobre Nikolasha, un hombre de su posición y ni un solo primo real; está claro que ha sido víctima de un conjuro.

—Te aseguro que el hombre está en su sano juicio —repuso Militza.

—No es que tus truquillos sirvan de mucho —declaró—. «¡Cuida de tu hijo!», me dijiste una vez en ese tonto salón tuyo. «¡Cuida de él!» Bah, como si supieras de qué estabas hablando. ¡Menuda bobería! Mis dos hijos están perfectamente. Félix está aquí esta noche.

—¿No está cantando en el Aquarium Café? —El conde se la quedó mirando mientras sus mejillas coloradas le palpitaban de ira. Abrió poco a poco la boca como si fuera a hablar, pero no articuló palabra—. En esta ciudad se sabe todo —continuó Militza—. Y las historias se propagan con la misma rapidez que los piojos en un asilo para pobres. Sobre todo, las que tratan sobre chicos traviosos a los que gusta vestirse de chicas guapas y cantar canciones de cabaret como forma de vida, a pesar de pertenecer a la familia más rica de toda Rusia. —Sonrió—. Me temo que va a hacer falta algo más que esas duchas diarias con agua helada para curar tal extravagancia. Ahora, si me disculpas...

Militza recorrió la gran sala de banquetes con paneles de roble y sus lámparas de araña de cobre rojo bruñido y paredes decoradas con imágenes de cuentos tradicionales rusos, pintadas como si fueran tapices. Era una sala curiosa que parecía oscura y maciza en contraste con la sala de baile grande, abierta, de colores dorados y gris claro, con un techo elaborado con cariátides de pechos turgentes y querubines rollizos.

En el interior de la sala de baile la música sonaba fuerte y el ambiente

estaba cargado por el olor de los cigarrillos y el champán. Muchos de los invitados habían aparecido con espléndidos trajes de inspiración oriental, muchos prestados por el teatro Mariinsky, pero otros confeccionados a toda prisa en los *ateliers* situados en y alrededor de Nevsky Prospekt. Algunos, como seguramente el de la gran duquesa Vladimir, habían salido del estudio de Madame Auguste Brissac en Moika. El efecto general era de decadencia cómoda mientras el brillo de la seda y el frufú del tafetán acompañaban a la música gloriosa. Un lacayo con librea verde llegó con una bandeja de plata llena de copas de champán. Inclino la cabeza cuando Militza tom6 una. Mientras daba sorbos a la copa fría, observ6 al zar vagando por la sala. Tenía buen aspecto, asentía con la cabeza, sonreía a los invitados; incluso en un momento dado dio la impresión de que iba a bailar. Alejo debía de estar mejor, pens6 Militza. La salud y la felicidad del zar estaban ahora tan estrechamente ligadas al bienestar de su hijo y Alix que su estado de ánimo era como una especie de veleta médica.

Ella sonrió cuando él se le aproximó. Notó los ojos de los presentes mirándola de soslayo. ¿Acaso el zar seguía molesto por la boda? ¿Le guardaría rencor? ¿La castigaría por la felicidad de su hermana?

—¡Así que ya está! —exclamó él cuando se le acercó para abrazarla—. ¡Stana y Nikolasha por fin están unidos!

—Así es. —Militza sonrió, intentando no parecer demasiado aliviada.

—Mi madre está furiosa —le susurró al oído—, y mi hermana, horrorizada. Pero están disgustadas porque me negué a que Miguel y Baby Bee se casaran.

—Eran primos hermanos.

—Sí, y Nikolasha y Stana son hermanos.

—No en realidad.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Tienes que venir y contárnoslo. Te echamos de menos. Por lo menos hace dos meses. Y te perdiste la boda de Anna.

—¿Anna?

—Tanéyeva, ahora Vírubova. Nuestro Amigo le advirtió unos días antes que sería una unión infeliz, pero ella siguió adelante de todos modos. —Se encogió de hombros con las grandes charreteras doradas. Militza se lo quedó mirando. ¿Cómo era posible que el zar estuviera hablando de la boda de la rechoncha y aburrida Anna? ¡Como si le interesara a alguien!—. Ahora tiene una casita, justo al lado de Tsárskoye Seló.

—¿Quién? ¿Anna?

—Alix prefiere recibir allí a la gente en estos momentos —explicó—. Muchos menos guardas. —Nicky le dio una palmadita en la parte superior del brazo y se volvió para marcharse—. Oh, por cierto, a tu padre no le preocupa quedarse al margen del tratado de paz con Japón, ¿verdad? No puede decirse que los montenegrinos lucharan mucho ni comprometieran muchas tropas. ¡En vuestro país realmente no tenéis mucho ejército ni armada! —Rio un poco—. El apoyo de tu padre fue más bien simbólico, creo.

—Por supuesto —respondió Militza.

—Estupendo —dijo Nicky.

Al cabo de tres días, el coche de Militza se detuvo en el exterior de una pequeña villa amarilla y blanca a apenas seis metros de las puertas del palacio de Alejandro. Era un edificio bajo de dos plantas, más bien un cenador, para nada el tipo de construcción en la que Militza se habría fijado. No había jardín, pero los árboles circundantes estaban cubiertos de brotes y en flor, lo cual otorgaba cierta gracia al acceso. A medio sendero se detuvo: oía el sonido de la música del piano brotando de la ventana abierta y a dos personas cantando. Una tenía la voz aguda de una soprano; la otra era grave e

inconfundible, la de la zarina. Militza había oído cantar a Alix con anterioridad, unas cuantas veces, pero nunca fuera del tocador malva.

Un lacayo la acompañó al pequeño y atestado salón. El papel pintado con relieve de las paredes estaba lleno de cuadros y casi todas las mesas, aparadores o cómodas estaban llenas de pequeñas baratijas, algunos objetos de porcelana o cerámica: tazas, jarras, perros, gatos y pequeños querubines. Había pilas altas de periódicos y revistas en distintas mesas, y bandejas de frutos secos y dulces por doquier. Alix y Anna estaban de espaldas a la puerta, sentadas al piano, apretujadas en una banqueta, con una nalga cada una apoyada en ella. Reían y reñían con benevolencia acerca de qué dueto hacer a continuación. Militza carraspeó y ambas se volvieron.

—¡Alteza Imperial! —exclamó Anna, levantándose de la banqueta de un salto—. ¡Me temo que no te he oído entrar!

—Militza —dijo Alix, sonriendo—. ¡Me parece que has descubierto nuestro terrible secreto! —Se rio un poco.

—¿Secreto?

—¡Lo mal que tocamos el piano y lo peor que cantamos!

—Al contrario, me ha parecido muy alegre —indicó Militza.

—Igual que a mí.

Militza se volvió. Ahí estaba él, sentado en la penumbra, observándolas.

—¡Grisha! —El volumen de su voz denotó la inesperada sorpresa.

Él asintió.

—¿Qué tal fue la boda?

—Bien... —empezó a decir Militza.

—No le dejes que hable de ello —interrumpió Alix, alzando su pequeña mano blanca—. No quiero volver a oír hablar del tema.

Militza estaba a punto de decir que Rasputín había bendecido la unión y que ella misma había convencido al zar para que diera su permiso, pero el gesto

de la mano en el aire tenía algo de inflexible que le hizo darse cuenta de que era preferible dejar cosas por decir.

Se produjo un corto silencio. Militza se quedó sentada mientras Rasputín pasaba la mirada de una a la otra. Aquel tipo de situaciones incómodas la divertían.

—Ayer conocí a una joven muy guapa. —Observó cómo las tres mujeres se volvían para mirarlo. Así había captado su atención—. Muy guapa —repitió—. Y jovencísima —se regodeó mientras sus ojos claros recorrían la sala y captaban todas las expresiones faciales—. Munia Golovina.

—¿La sobrina de la princesa Paley? —preguntó Alix.

—Tal vez. —Rasputín no lo sabía a ciencia cierta.

—Es muy amiga de la familia Yusúpov —añadió Anna, asintiendo con conocimiento de causa—. Algún día quizá se case con Nicolás Félixovich. Prácticamente están prometidos. —Rasputín la miró, con las cejas enarcadas por el interés—. Aunque quizás él tenga los ojos puestos en otra, una que ya está tomada.

—¿Casada? —preguntó Militza.

—No sabría decir —respondió Anna, cuyo rostro redondo brillaba de inocencia—. No soy de las que les gusta chismorrear.

—Muy bien —dijo Alix de repente—. No soporto las habladurías. Son obra del diablo.

—Fue muy ferviente en sus preguntas —continuó Rasputín.

—No tan ferviente como yo, ¿no? —preguntó Anna.

—No hay nadie más ferviente que tú —contestó Rasputín—. Nadie cree tanto como tú, mi niña.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Las dos grandes duquesas mayores, con sus melenas rubias sueltas sobre los hombros y coronadas con grandes pamelas,

irrumplieron en la sala—. Di que sí, por favor —empezaron a pedir, juntando las manos como si rezaran—. Oh, por favor, di que sí.

—¿Qué estáis tramando ahora? —preguntó Rasputín.

—¡Oh, Grisha! —exclamaron, para nada sorprendidas de verlo ahí sentado—. Ayúdanos a convencer a mamá.

—¡Tatiana, Olga! ¡Tranquilizaos! —instó Alix—. ¿Qué está pasando?

—Di que sí y ya está —empezó Olga—. Casi tengo doce años.

—Y yo casi diez —añadió Tatiana.

—¿Qué queréis?

—El señor Epps tiene que ir a la ciudad y nos ha preguntado si nos gustaría ir con él —dijo Olga, con sumo tacto.

—¿A hacer qué? —preguntó Alix, claramente desconcertada.

—¿A comprar botones y lazos? —sugirió Tatiana.

—No. —Alix negó con la cabeza—. ¿A la ciudad? ¡No seáis ridículas!

—Pero ya estuvimos una vez —dijo Olga.

—¿Cuándo?

—Yalta.

—Eso fue distinto —respondió Alix.

Militza recordaba perfectamente aquel día. Todos ellos, de capricho, habían decidido caminar unos pocos kilómetros hasta Yalta para ir de compras. Las niñas estaban emocionadísimas; habían ido dando brincos todo el camino, acompañando a Alix, que iba en su gran silla de ruedas. Era uno de aquellos brevísimos momentos de libertad durante los que nadie sabía quiénes eran. A la emperatriz la regañaron por dejar el paraguas mojado apoyado en algún objeto de exposición en una de las tiendas, a las niñas les había sorprendido pagar por sus botones y lazos con rublos, ¡y habían recibido monedas de cambio! No tenían ni idea de qué significaba el dinero en realidad. Por desgracia, su anonimato no duró mucho porque en cuanto salieron de la tienda,

quedaron rodeados por simpatizantes, ávidos por contemplar a la zarina y a las grandes duquesas. Tuvieron que llamar para que un vehículo fuera a recogerlas.

—¿Por favor? —ahora suplicaban juntas.

—No. —Alix negó con la cabeza—. Y si seguís insistiendo haréis que me duela el corazón, y no queréis que me quede tumbada por culpa del dolor, ¿verdad?

—No, mamá —respondió Olga.

—Odio los dos dolores —dijo Tatiana,

—Significa que no podemos verte —añadió Olga.

—Exacto —corroboró Alix—. Ahora dejadnos.

—Deberían ir —indicó Rasputín.

—Sí —convino Alix—. Marchaos.

—A la ciudad —puntualizó él. Alix lo miró asombrada sin decir nada—. ¿Qué daño puede hacerles? ¿Un viajecito para comprar unas cuantas frivolidades? No le veo ningún problema.

—Pero... —empezó a decir Alix.

—Dios no está en contra del disfrute de los niños —se limitó a decir él—. De hecho, se deleita con él. Deberían ir. Estar al aire libre.

Las dos grandes duquesas se quedaron asombradas y observaron a su madre, a la espera de su respuesta.

—Bueno... pues vale —aceptó con vacilación—. Muy bien. Si tú lo dices, Grisha.

—Sí —asintió lentamente.

—¡Gracias! ¡Gracias! —Las niñas no podían dar crédito a su suerte—. ¡Gracias, hermano Grigori!

—Solo un rato —ordenó Alix.

—Por supuesto, mamá —prometieron.

—A las cinco de vuelta.

—¡Cinco!

Salieron corriendo de la villa con la misma rapidez con la que habían llegado.

—¡Qué bien! Un viaje —se dijo Alix riendo para sí.

—¿Té? —ofreció Anna, cogiendo una gran tetera de plata que habían llevado a la sala de estar.

—¿Hago de madre? —se ofreció Rasputín, levantándose de la silla.

Esa noche, mientras la sirvienta Katya ayudaba a Militza a acicalarse, cepillándole la larga melena negra y recogiénola con horquillas con diamantes, Militza observó su reflejo, repasando en su mente una y otra vez la escena que había presenciado en la casita amarilla. Alix había permitido que Rasputín la desautorizara. Y la forma que tenía Rasputín de sentarse en la silla tenía algo, había algo en la manera como había mirado a Militza, la manera como había desafiado a Alix que le resultaba desconcertante. Parecía poderoso —peor—, cómodo con quienes ostentaban el poder. Su mente se desvió hacia el icono que le había arrebatado. ¿Acaso aquello era el motivo? Ahora que tenía al san Juan Bautista de Philippe, el ángel del desierto, ¿acaso era realmente tan intocable como Philippe había predicho? Pero lo que más le preocupaba era que parecía no necesitarla más, a ella, a Militza. Sabía que había visitado Tsárskoye Seló sin ella, a pesar de sus protestas. Pero ¿con qué frecuencia? Y Brana le había dicho que incluso había aparecido en palacio una o dos veces sin haber sido invitado. Aparecía cuando se le antojaba. Si realmente le recordaba quién mandaba, le recordaba exactamente quién era él y de dónde había salido, ¿podría recuperar el control? Él era de ella. Totalmente de ella. Ella lo había creado. Tal vez debiera recordárselo.

Exhaló un suspiro. Mientras Katya acababa de caldear la estancia y de colocarle los últimos tirabuzones alrededor del rostro, Militza llamó a Brana a la habitación. Su pequeña colección de frascos de Badmayev iba creciendo sobre el tocador, pero lo que realmente necesitaba era un poco de elixir de cocaína. Un par de gotas deberían bastar antes de salir. Si no hubiera sido una *soirée* en casa de la condesa Ignátiev, sin duda se habría excusado. Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta y la vieja ama apareció con un pequeño frasco rojo en una bandeja. Se bebió todo el contenido y se sintió mucho mejor: tenía las ideas más claras; la mente más centrada. Dio gracias a Brana y luego sacó la baraja del tarot de Marsella del cajón superior del tocador.

¿Debía? ¿Por qué no? Solo tres cartas antes de salir. Normalmente no se tiraba las cartas ella sola. En su adolescencia, se las tiraba cada día y vivía exactamente de acuerdo con ellas. Pero su madre se lo había desaconsejado y había roto el hábito. Pero ahora, después de tomar el elixir de Badmayev, notaba que le fallaba el autocontrol.

—¿Estás segura? —preguntó Brana, bandeja en mano, mientras veía a Militza barajando las cartas.

—Sí —espetó Militza. A veces la mujer le resultaba cargante. Cerró los ojos y se acercó la baraja al pecho. Inhaló profundamente antes de escoger tres cartas de la baraja—. *Le Diable* —dijo, mirando al diablo a la cara—. Caos, anarquía... *Le Pendu*, el Ahorcado, suspendido de una pierna, incapaz de hacer nada... impotente... —El corazón le latía a toda velocidad; se sentía un poco mareada. Seguro que la cocaína era un poco fuerte. Se quedó quieta antes de girar la última carta. Había preguntado por el futuro. Aquello no era lo que había previsto.

—¿Cuál es la última? —preguntó Brana.

—*Le Judgement* —respondió Militza, bajando la mirada mientras los ojos negros de la carta le devolvían la mirada—. Así los muertos se alzarán y

seremos todos juzgados, no por nuestras palabras sino por nuestras acciones y nuestras obras.

—Las cartas nunca se equivocan —dijo Brana—. ¿No será que has hecho la pregunta incorrecta?

Cuando llegó al apartamento de la condesa Ignátiev en el Muelle Francés ya era tarde. Hasta la escalera del exterior estaba llena de gente: algunos hablaban, otros estaban entrelazados, abrazándose como jóvenes amantes; todos estaban en estado de embriaguez. En el interior, el ambiente estaba cargado de las conversaciones y del olor al humo de los cigarrillos y el hachís; la luz tenue era crepuscular y resultaba casi imposible ver el rostro de los invitados o distinguir a una persona de otra.

—Santo cielo —exclamó Sofía Ignátiev cuando Militza por fin la descubrió sentada en una pequeña mesa de juego en la esquina—. ¡Cuánta gente! Te juro que medio clero está aquí. —Infló los carrillos al exhalar y agitó un bonito abanico de plumas de pavo real y marfil—. Pero qué contenta estoy de que estés aquí. He estado teniendo unos sueños, proclamaciones, en realidad. —Inhaló con fuerza de una pequeña pipa—. El padre Serafín no para de aparecérseme y hablamos del hecho que hay un profeta entre nosotros cuyo objetivo es revelar la voluntad de la Providencia al zar y llevarlo por el camino de la gloria. —Exhaló una pequeña voluta de humo azul—. Y esa persona —susurró, inclinándose hacia delante—. Y esa persona es... Rasputín. Seguro que es él. Estoy convencidísima.

—Cierto —dijo Militza.

—En realidad mis sueños son proféticos. Se lo he dicho a todo el mundo. —Agitó la mano a su alrededor para indicar que se lo había contado a toda la

sala—. A todo el mundo. —Sonrió—. Está aquí, ¿sabes?, Rasputín. En la otra estancia. Hablando con unos periodistas.

—¿Periodistas? —Militza miró hacia la puerta.

—Sí —afirmó, asintiendo con vehemencia—. ¡Deberías verlos! Comen en la palma de su mano.

Desde luego, en cuanto entró en la estancia contigua vio a Rasputín rodeado de un atento grupo de acólitos. Estaba la actriz con el *décolletage* pronunciado; estaba el general pusilánime y el periodista británico con halitosis que siempre insistía en acorralar a las personas en un rincón y hacerles preguntas impertinentes. Esa noche estaba justo al lado de Rasputín, preguntándole todo tipo de cosas que ni por asomo parecían educadas, pero a Grigori le encantaba la atención que recibía y se atiborraba de vino tinto. Lanzó una mirada a Militza en cuanto entró en la sala, y una sonrisa flotó brevemente en sus labios antes de que la actriz se arrimara más a él y captara su atención.

«Qué distinto es cuando no está en compañía de la zarina —pensó Militza, observándolo mientras se inclinaba y besaba el pecho prominente de la actriz—. Me pregunto qué pensaría Alix si supiera exactamente cómo se comporta su querido Amigo sin ella. Tal vez alguien debería decírselo.»

Dio media vuelta, regresó a la sala ligeramente más tranquila y se encontró con el doctor Badmayev.

—¡Esperaba que estuvieras aquí! —exclamó, moviéndose para darle un beso en la mejilla.

—¿Te sientas a tomar un vaso de vino conmigo? —preguntó, señalando dos sillas.

—Por supuesto. —Sonrió—. ¿Llevas un poco de elixir?

—¿La cocaína? —Militza asintió—. Toma —dijo él, sacando un frasco rojo

del bolsillo de los pantalones holgados—. El zar toma unas tres de estas a la semana —añadió, tendiéndole el frasco.

—Es una buena manera de empezar el día —aseguró Militza—. Se vierte en el té dulce para quitarle el sabor. Gracias —añadió, y se vertió al instante un poco en el vino—. Qué abarrotado está este sitio últimamente. —Miró a su alrededor antes de dar un sorbo.

—¡Me acuerdo de cuando erais solo Stana y tú, y yo y la condesa más unas cuantas divorciadas! —Rio Badmayev por lo bajo.

—¿Qué ha pasado?

—Es el aburrimiento, supongo. En estos salones dorados la vida se convierte en hastío más rápido. Cuando puedes comprar con dinero todo lo que la vida tiene que ofrecerte, incluso las posibilidades más fantásticas dejan de satisfacer. —Hizo una pausa para contemplar la sala abarrotada que tenía ante él—. Todo el mundo está cansado, todo el mundo está hastiado, y en esos momentos la gente se acerca a lo que queda más allá de la comprensión humana. Hablar con el Espíritu. Sesiones de espiritismo. Tarot. Incluso tu martinismo. —Militza enarcó las cejas—. La gente me lo cuenta todo. —Sonrió—. Incluso Rasputín.

—¿Qué pasa con él?

—La zarina no habla de otra cosa. Cuando me llama para que le recete hierbas para el corazón o la ciática, siempre habla de él. El hombre de Dios que no es cura, el hacedor de milagros de Siberia.

—¿Eso dice?

—Pero tanto tú como yo sabemos que no existen los milagros, sino solo la ciencia.

—Y la fe.

—Pero ¿adónde te lleva la fe cuando tu hijo padece hemorragias mortales? —preguntó.

—¡Chitón! —Le lanzó una mirada—. Pues a lo mejor es lo único que le queda.

—¿Y qué me dices de «mis» medicinas y «mi» experiencia y todo lo que he hecho? —respondió abruptamente, dejando otro frasco de elixir de cocaína encima de la mesa—. Para ti —soltó mientras se levantaba como si fuera a marcharse—. ¡No te lo tomes de golpe!

—¡Vaya, vaya, si es mi viejo amigo del Tíbet! —Rasputín colocó una manaza en el hombro de Badmayev—. ¡No te fíes de él! —dijo a Militza—. ¡Te traicionaría en menos que canta un gallo y vendería tu alma a cambio de un cópec! —Soltó una sonora carcajada, meciéndose adelante y atrás mientras daba una fuerte palmada al médico en la espalda—. ¿Qué? —declaró—. ¿Has perdido el sentido del humor? ¡Venga ya, amigo!

—Vete al infierno —siseó Badmayev.

—¿Yo? —dijo Rasputín, dando un paso atrás y abriendo los brazos mientras reía todavía con más fuerza—. ¡Ya estoy en él! Ven —añadió con una risita, rodeando a Militza con el brazo—. ¿Qué diantre le pasa? —Bostezó—. ¡Debe de ser demoledor perder la posición en la corte! ¡Llévame a casa!

Mientras el chófer conducía por las gélidas calles de San Petersburgo, Militza escuchó las divagaciones de Rasputín acerca de sus tratos con la zarina y las tardes que pasaban en la casita amarilla de Anna. Estaba borracho como una cuba y con ella no sentía la necesidad de contenerse.

—La gorda de Anna. —Se rio—. No para de repetir todo lo que digo; es como si no tuviera cerebro ni voluntad propios. Es un recipiente vacío. Como una campana grande. ¡Si no fuera tan fea, como un pudin de sebo mal cocido, la haría agacharse debajo de una mesa y le enseñaría el camino del Señor! Y con respecto a la otra, la madrecita, que va por los jardines en esa silla de

ruedas chirriante, está muy asustada y aislada de su propio pueblo. Creo que hace meses que no sale de sus aposentos. Dice que es por culpa de la mala salud, pero yo no estoy tan seguro. —Soltó un bufido—. Pero me hace caso, solo a mí. Haría cualquier cosa que le dijera, cualquier cosa con tal de mantener con vida a su hijo. Sería enternecedor si no fuera tan patético. —Se inclinó hacia Militza, la miró a los ojos mientras las pupilas se le iban dilatando—. Mira esto —dijo, moviendo la mano delante de su cara—. ¡Entre estos dos dedos tengo el control del Imperio ruso! ¡Su futuro está en mis manos! —Se echó a reír mientras le introducía los dedos entre los muslos.

20 de noviembre de 1907

San Petersburgo

Militza esperó a que pasara el verano para traicionarle.

No era una mujer impulsiva, así que repasó una y otra vez lo que había visto y oído durante los últimos meses y, justo antes de que el zar se fuera de maniobras con la marina, ella, junto con Pedro, invitaron a Rasputín a cenar en Znamenka. Llegaron a la conclusión de que estaba lo bastante lejos de la ciudad como para que no pudiera llegar y marcharse a otra cita. También invitaron a Nicky y a Alix, y se quedaron un tanto sorprendidos cuando ambos aceptaron.

Lo que ocurrió fue una velada extraordinaria, donde el verdadero alcance de la influencia de Rasputín resultó tremendamente obvio. Se enteraron de que visitaba el palacio dos o tres veces por semana, que aparecía sin previo aviso, que llegaba a la hora que le placía y que Alix le llamaba a menudo por teléfono. No pasaba todos los días (no todavía, de todos modos), pero hablaba con él tres o cuatro veces a la semana, acerca de muchos temas, pero sobre todo para recibir consejos sobre el pequeño.

—Siempre es tan tranquilizador... —dijo ella, jugueteando con la comida.

—Hace feliz a Alix —añadió Nicky, dando una palmada a su mujer en el dorso de la mano.

Rasputín se limitó a quedarse allí sentado, sonriendo, asimilando la

situación, bebiendo más vino, comiendo más dulces y adoptando un aspecto cada vez más benévolo.

—Siempre y cuando esté cerca, el niño estará bien —declaró, cuchillo y tenedor en mano.

—Tan tranquilizador —asintió Alix.

—Muy tranquilizador —convino Nicky.

—No sé qué haríamos sin él. —Alix sonrió.

Por suerte, Alix y Nicky se marcharon temprano porque Alix tenía un ligero resfriado. En cuanto la puerta se cerró, Pedro y Militza se dirigieron a Rasputín. Lo acusaron de haberlos traicionado, de no hacer caso de sus deseos, de sus deseos expresos, de que no visitara Tsárskoye Seló sin ellos. Le dijeron que era desleal, infiel, traicionero, falso. Estaba intentando socavarlos. Que intentaba mantenerlos al margen, ganar protagonismo a su costa. De forma un tanto vergonzosa, acabaron gritándole. Ambos alzaron la voz enfurecidos.

—¡Eres un charlatán! ¡Y un traidor! —gritó Militza.

—¡Confiamos en ti! —añadió Pedro.

—¡Te creamos! —continuó Militza.

—¡No sois capaces ni de hacer un *borscht* ! —se burló Rasputín antes de echarse a reír—. ¡No sabéis hacer nada! Tú, mamá, no eres ni por asomo tan poderosa como te crees. Puedo destruirte... así. —Chasqueó los dedos—. Tengo el icono de Philippe, Juan Bautista... —Desplegó una sonrisa lobuna y luego rio más fuerte.

—¿De qué está hablando? —preguntó Pedro, desconcertado y bajo los efectos del vino.

Su marido no podía esperar. Ella podía explicarle lo del icono y la mirada lobuna. La carcajada era lo que había desasosegado a Militza. Odiaba cómo sonaba. Le recordaba a la noche en que Jorge, el Jorge de Stana, se le había

reído en la cara, bañándola en saliva y humillación. Cuánto odiaba el sonido de las carcajadas. Y Rasputín no paraba. Se reía mientras bajaba la escalera de Znamenka y se reía cuando entró en el coche que lo trasladaría a la estación. Militza se imaginó que no pararía de reír durante todo el trayecto a San Petersburgo.

Si había dudado de su plan o vacilado por momentos, fue Brana quien reforzó su determinación. Las historias que la vieja ama había descubierto después de hurgar en la mierda de San Petersburgo rayaban lo increíble.

—Sexo —dijo mientras iba arrastrando los pies por el sendero que conducía al jardín de hierbas vallado, con los hombros encorvados cubiertos con una capa oscura a pesar del sol.

—¡Oh! —Militza fingió sorprenderse.

—En la *banya* ... —Aquello era nuevo. ¿La *banya* ?—. Por las tardes. Dos, tres... o hasta cuatro a la vez. Mujeres adultas. Jovencitas. A veces es difícil ver entre el vapor y los cuerpos que se retuercen. Pero él está ahí, tan tranquilo, rodeado de un harén. Es como una orgía, a veces se dan azotes con varas de abedul. Se oyen los gritos...

—¿De dolor?

—No. De placer —respondió Brana—. Gritan pidiendo más, según parece. Beben vodka, a raudales. A veces, cerveza. Y no todas las mujeres son jóvenes. Algunas están casadas. Esposas cuyos maridos esperan que, si consiguen satisfacer a la bestia, quizás él diga una palabra, escriba una carta, les consiga un trabajo o un ascenso.

—O sea, ¿que las mujeres son prostitutas? —Tenía la cabeza hecha un batiburrillo de confusión.

—No, Madame. Aristócratas. Dicen que se ha acostado con media corte.

—No será tanto. —Le temblaba la mano mientras sujetaba la sombrilla.

—Dicen que tiene la verga del tamaño de la de un caballo —continuó

Brana, con una gran sonrisa desdentada—. Con una verruga en el extremo, lo cual según parece hace que resulte más placentero.

—¿En serio? —Militza tragó saliva.

—Una sanación, así lo llama él.

—Eso es todo, gracias, Brana —espetó. ¿Cuántos detalles más podía soportar?

Al final fue fácil denunciar a Rasputín como miembro de los jlystý. Si pensaba ofrecerse tan alegremente por la ciudad, con sus favores y sanaciones, y no reconocerla como su ama, si su retoño no se comportaba, entonces se encargaría personalmente de que lo echaran de la ciudad.

No costó convencer a la policía de que Rasputín era una especie de sátiro sagrado en permanente priapismo. Su comportamiento en la ciudad bastaba. Además, empezaban a circular rumores procedentes de Siberia, donde se dijo que hasta ocho mujeres vivían en su casa de Pokróvskoye. ¡La casa que ella, Militza, había pagado! También había donado cinco mil rublos para construir una iglesia nueva en su pueblo. ¿Adónde había ido a parar el dinero? ¿Chantaje? ¿Prostitución? ¿Corrupción? Se hablaba de reuniones clandestinas, de danzas y flagelaciones secretas. Muchas flagelaciones. También hubo varias chicas que hicieron público que habían sido toqueteadas y acariciadas, por lo que el Consistorio Eclesiástico de Tobolsk fue alertado y se puso en marcha una investigación.

Lo único que Militza pudo hacer fue aportar su peso, rango, relaciones y credibilidad considerables tras esas alegaciones, sentada ahí vestida de negro, con un velo grueso sobre el rostro mientras los convencía de que el terrible sectario debía ser desterrado de vuelta a Siberia con su enorme cola entre las piernas.

¿Se sintió culpable mientras susurraba, jugueteando con el pañuelo y compartía sus acusaciones? Ni lo más mínimo. Él había traicionado su confianza y se había mostrado totalmente artero. Incluso Stana se inclinaba a pensar que Rasputín se había pasado de la raya. Pero no estaba dispuesta a poner su nombre en nada. El hombre había sido tan decisivo en su felicidad actual que no podía volverse contra él. Además, ella seguía siendo una firme seguidora de Philippe (que había predicho a Grisha) y de su colega, el eminente Papus, que había ido a visitarlos durante el verano y había compartido con ella su conocimiento y sus creencias martinistas, por lo que le costaba hablar mal de Rasputín. De hecho, a decir verdad, estaba un poco asustada. Lo había visto leyendo mentes, inspeccionando almas. ¿Y si leía la de ella? ¿Y si veía su alma? ¿Y si sabía que lo había traicionado? Entonces, ¿qué? Era consciente de lo poderoso que llegaba a ser. Ella había estado ahí, al comienzo; había visto qué potente había sido la magia que lo había creado. Así pues, se alegró cuando desapareció, se alegró de que le advirtieran de la investigación, se alegró de que hubiera decidido regresar a Siberia, de ser discreto a la espera de que amainara el temporal.

La vida era un poco más relajada y predecible cuando él no estaba cerca.

Sin embargo, el vacío que dejó Rasputín en Tsárskoye Seló pilló por sorpresa tanto a Stana como a Militza. Habían supuesto que, en su ausencia, las cosas serían como antes, que continuarían allí donde lo habían dejado, que pasarían las tardes juntas charlando, leyéndose libros la una a la otra, tocando el piano, jugando al bezigue, compartiendo sus pensamientos. Pero cada vez que alguna de ellas iba a tomar el té con Alix, con la presencia inevitable de la oronda Anna, y a veces con las grandes duquesas y el pequeño Alejo, daba la impresión de que el palacio al completo estaba de luto. Estaban apáticas, desanimadas, deprimidas, carentes de conversación; no tenían noticias que darse. Además, ninguno de ellos se aventuraba más allá del parque en esa

época. La zarina no había ido a San Petersburgo propiamente dicho desde hacía más de un año.

—Mamá está tan apagada últimamente —confesó Olga a Militza una tarde—. Se queda en su habitación comiendo galletas en la cama y apenas sale. Se viste para ver a papá por la noche, pero muy pocas veces nos ve a los demás. A veces viene a tomar el aire con nosotros. Quizás observa a Alejo en su caballo de juguete, pero Anna es su único consuelo.

En ausencia de Rasputín, el guardaespaldas del zarévich, Andréi Derevenko, apenas dejaba que el heredero pusiera los pies en el suelo. Lo llevaba a todas partes, por insistencia de la zarina, aunque ahora ya tenía tres años y era perfectamente capaz de caminar sin peligro. Pero a Alix le aterraba que pudiera pasarle algo. La consecuencia era que el niño estaba cada vez más mimado. Se ponía a llorar si no se salía con la suya y se negaba a obedecer. Sus hermanas («OTMA», el nombre genérico que Alix empleaba para referirse a ellas, utilizando las iniciales) se habían criado compartiendo habitación, durmiendo en catres sin almohadas, tenían que hacerse la cama, ducharse con agua fría todos los días y habían recibido pocos regalos salvo un diamante y una perla el día de su cumpleaños. Sin embargo, la habitación de Alejo era infinitamente más lujosa, repleta de iconos y llena de juguetes, e incluso tenía un gigantesco tren de juguete con el que se pasaba horas, con el guarda cosaco siempre al lado.

Pero Militza perseveró en sus visitas, a pesar del aburrimiento; debía pensar en los intereses de su padre; tenía ideas para expandir su círculo de influencia en los Balcanes, y Nicky debía a él y a Montenegro cierta lealtad. Huelga decir que su padre también quería dinero. Siempre quería dinero. El perper, su nueva moneda, no iba demasiado bien, y había tenido que renunciar

a parte del poder, como la mayoría de los líderes de su tiempo, ante las cada vez mayores demandas del pueblo. Pero tenía la vista puesta en el futuro y en las celebraciones del jubileo el año siguiente, que sin duda necesitarían ayuda financiera.

Stana pasaba también mucho tiempo a su lado. Al regresar de su luna de miel, había visto demasiado bien la reacción a su boda como para saber que las buenas relaciones con Nicky y Alix serían su salvavidas para volver a la alta sociedad. Mientras la agenda de Militza estaba a tope para la temporada de eventos sociales, unos veintidós bailes en prácticamente el mismo número de días, la suya no estaba tan llena, lo cual la preocupaba. Estaba casada con uno de los hombres más poderosos de Rusia; debería figurar en los primeros puestos de todas las listas.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó Stana una fría tarde de febrero mientras ella y Militza viajaban juntas en el carruaje para tomar el té con la zarina. Aunque iban envueltas en pieles y mantas, las dos tiritaban.

—Creo que con el tiempo se arreglará —respondió Militza—. No les gustan los cambios, así de sencillo.

—Lo cierto es que era mucho más fácil invitarme cuando estaba sola. Podían ser condescendientes conmigo, compadecerme. Hacía que todo el mundo se alegrara de su propia vida. «Por lo menos no soy Stana», solían decir. «Por lo menos mi marido no está follando con putas tan tranquilo en Biarritz.» —Exhaló un suspiro.

—Una puta.

—Una puta —convino Stana—. Lo cual es peor.

—Eso es verdad —dijo Militza, mirando por la ventanilla hacia la luz gris y apagada y a la fina y fría capa de nieve que apenas cubría el terreno—. ¡Seguro que lo hacen para mantener el calor!

Stana se echó a reír.

—¿Sabes que apenas pienso en él ahora? Casi veinte años de matrimonio y no se me ocurre ni una sola cosa que eche de menos. Compadezco a la pobre puta, la verdad. Era un amante terrible y, lo que es peor, no tenía conversación. ¡Que esa se quede con su polla blanda y anécdotas deprimentes! ¡Y no le cuentes a nadie lo que he dicho!

—¡Por supuesto que no! —Militza sonrió, y dio una palmada a su hermana en el hombro.

—Pueden irse todos al carajo. ¡No me importa la corte ni la opinión que tiene de mí!

—Hablas como la zarina.

—Para ella es distinto. Cuanto más ausente está, más historias cuentan para llenar el vacío.

—Los rumores son más peligrosos que la verdad. —Militza asintió—. Tú y yo lo sabemos bien.

—Oigo cosas terribles. Que el zarévich sufre convulsiones, que tiene tuberculosis...

—Que cuando nació le faltaba una capa de piel...; lo sé —convino Militza—. Pero, además, cuanto más aislada está, más difícil le resulta hablar de algo. Ya no se sabe la mitad de los nombres de la gente, no sabe ninguna de las historias, no puede preguntarles por sus hijos porque ni siquiera los conoce... y esas muchachas —añadió, negando con la cabeza— no saben nada, no han visto nada. Ella también las ha aislado, y no saben qué hacer con el mundo. Por lo menos antes solían mirar por las ventanillas del tren cuando viajaban a Crimea, ahora, desde el incidente con el loco que intentó dinamitarse a sí mismo en el tren, viajan en secreto y ponen cortinas en el tren y ya ni siquiera ven el exterior. No puedo evitar pensar que eso es nocivo —dijo—. En Inglaterra hacen que la familia real sea visible, se reúne con sus súbditos, pero

¿la nuestra? Se esconde. Nadie sabe qué aspecto tienen. Veo cosas. Visiones terribles, visiones sobre el futuro que son tan aterradoras...

—¿Como qué?

—Mejor que no lo sepas —susurró Militza. Apoyó la frente contra el frío cristal de la ventanilla, su aliento empañó el cristal—. Ni el mismo demonio podría concebir tanta desgracia. —Miró de nuevo a su hermana—. Hasta él quizá tenga que apartar la cara avergonzado.

Mientras recorrían el parque helado en dirección a palacio, vieron a Nicky paseando a sus perros. Once *border collies* de pelo largo que corrían en círculos a su alrededor, meneando la cola y ladrando. Les estaba gritando y su aliento despedía nubes blancas. Gesticulaba con los brazos, diciéndoles que volvieran junto a él o señalando a las ardillas aterradas para que las cazaran. Miró en derredor al oír el coche y saludó alegremente a su paso.

—Pienso a menudo que Nicky habría sido más feliz en la vida si no perteneciera a la familia real —comentó Militza mientras lo observaba paseando por las hierbas crecidas bajo la luz mortecina de la tarde.

—Las responsabilidades del puesto pesan mucho en esos hombros estrechos —convino Stana, mirando también por la ventanilla en dirección al lago helado ornamental y a las barcas volcadas sobre la hierba.

A su llegada a palacio las condujeron al tocador malva, donde encontraron a Jim Hercules haciendo guardia en el exterior de la puerta. Llevaba el uniforme negro y escarlata con borlas doradas y charreteras doradas y un turbante rojo en la cabeza; era el único sirviente afroamericano que trabajaba en palacio. Era tan alto como los porteros abisinios, el otrora boxeador traído del sur de Estados Unidos, y era famoso por traer tarros de la deliciosa confitura de guayaba para los niños siempre que iba de permiso a su país. Su

trabajo, igual que el de sus compañeros, se limitaba a abrir la puerta, pero su presencia en la sala indicaba o bien que el zar y/o la zarina estaban a punto de llegar, o, lo más habitual, dada la tristeza de muchos oficiales parlanchines, que estaban a punto de marcharse. Los niños lo adoraban, igual que el zar y, por supuesto, cualquier otra persona que frecuentara el palacio. Normalmente se mantenía inmóvil como una estatua, pero tenía permitido responder si alguien le dirigía la palabra.

—Buenas tardes, Jim. —Militza sonrió y le habló en inglés—. ¿Su Majestad Imperial está en su tocador?

—Sí, por supuesto, Alteza Imperial. —Hizo una reverencia y Militza sonrió; su forma de hablar le parecía encantadora.

—¿Vas a volver pronto a tu país? —preguntó Stana.

—Por ahora no, Alteza Imperial —contestó, moviéndose para abrir la puerta.

—Cuando vayas, trae confituras, por favor —imploró Stana.

—Pues claro, Alteza Imperial —dijo, abriendo la puerta.

Cuando las hermanas entraron en el tocador se encontraron a Anna sentada en una de las sillas con respaldo recto de color púrpura claro, con una taza de té en la mano y un emparedado de huevo en la otra mientras Alix yacía en un diván, ataviada con un sencillo vestido de cuello alto y con las piernas tapadas con una manta fina color crema y la cabeza apoyada en los cojines de encaje.

—¡Ah! —Consiguió hacer un pequeño gesto en dirección al atento lacayo—. Más té.

—¿Cómo estás? —empezó preguntando Militza, inclinándose para darle un beso en la mejilla—. ¿Es por el corazón? ¿O por la espalda?

—¿Has tenido noticias de él? —preguntó Alix, sujetando las manos de Militza—. ¿Nuestro Amigo? —Se dio la vuelta en el diván—. ¿Cuándo va a regresar Nuestro Amigo? Anna recibió una carta la semana pasada.

—Sí —indicó la dama de compañía, asintiendo y partiendo la esquina del emparedado.

—Habla de construir su iglesia y de rezar con su familia —dijo Alix—. Dice que está ocupado, dice que ha desatendido sus obligaciones. Pero no dice cuándo va a volver.

—Creo que quizá sea mejor que no vuelva por ahora —sugirió Militza.

—¿Mejor para quién? —Alix sonó un tanto inquieta.

—Para él —añadió Stana—. Necesita estar con su familia. No los ha visto desde hace tiempo. Su mujer, Praskovya; sus tres hijos.

—Pero nosotros somos su familia —repuso Alix.

—Seguro que lo siente así —convino Militza, dando una palmadita en la mano de la zarina—, pero creo que los echa de menos.

—¡Pues traigámoslos a todos a San Petersburgo!

—Seguro que a él le encantaría —declaró Stana, sonriendo mientras miraba por la ventana.

Algo le había llamado la atención, y se rio e hizo un gesto a Militza para que se volviera. A través del enorme ventanal, que iba casi del techo al suelo, veía a las niñas jugando en la terraza, deslizándose de lado, resbalando en el hielo fino por encima de las losas heladas, con los brazos extendidos y haciendo muecas por la ventana. Primero Olga, luego María, seguida de Anastasia y Tatiana, a cuál más ridícula y divertida. María quizá fuera la más graciosa, sacaba la lengua y cruzaba los ojos; era con diferencia la más traviesa de las niñas. Tenían una risa contagiosa. Para cuando se deslizaron por segunda vez, con las manos enguantadas alzadas, el rostro contraído, todos los presentes en la sala reían. De repente, el pequeño Alejo se unió a ellas. Con los brazos bien abiertos, se deslizó más allá del cristal, sonriendo como un loco.

—¡No debería hacer eso! —exclamó Alix, aunque rio a su pesar—. ¡Pero

miradlo! ¡Qué tonto es!

—Derevenko está fuera —dijo Anna.

—¡Allá va otra vez! —Alix sonrió y señaló a su hijo—. ¡Qué divertido!

—¡No sabía que era tan comediante! —Rio Stana.

—No —convino Militza.

Volvió a tocarle el turno a Olga, que quizás era un poco demasiado mayor para estar haciendo tonterías en el hielo. De repente, volvió a aparecer Alejo. Patinó, sonriendo de oreja a oreja, alzó los brazos al aire y entonces resbaló, chocó con la terraza y cayó de frente. Alix gritó y saltó del diván. Corrió hacia la ventana.

—¡Alejo! —gritó, aporreando el cristal con los puños—. ¡Alejo! ¡Alejo!

Militza corrió tras ella, Stana la siguió. Por la ventana vieron cómo Derevenko corría hacia el niño y lo levantaba del suelo. Inmediatamente, empezó a salirle sangre del tajo que se había hecho en la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —Alix estaba histérica y golpeaba la ventana cada vez con más fuerza—. ¡Alejo! ¡Alejo! —gritó. El niño se volvió para mirar a su madre, demasiado conmocionado para llorar, demasiado desconcertado para hacer algo mientras la sangre le caía por la cara—. ¡Haced algo! —imploró Alix, volviéndose para mirar a Militza—. ¡Haced algo! ¡Va a morir!

Durante los siguiente diez minutos reinó un caos total mientras los criados corrían, Alix gemía y Jim Hercules corría al exterior para hacer entrar a las niñas. Para cuando Derevenko llevó al niño al tocador malva, Alejo tenía la cara tan hinchada y ensangrentada que apenas podía abrir los ojos.

—Mi niño, mi niño —lloraba Alix, colocando a su hijo en el diván—. ¿Qué te has hecho? —Lo tapó con su manta e inmediatamente intentó atajar la hemorragia con su pañuelo—. Traedme agua caliente —gritó—. ¡Toallas!

Para entonces la sala estaba llena de gente que corría de un lado a otro,

intentando ayudar.

—¡Cuánta sangre! —exclamó Anna—. ¡Nunca he visto tanta sangre! —Su rostro rollizo empalideció al tiempo que se desplomaba en una silla.

Stana lanzó una mirada a Militza. El niño no paraba de sangrar y gritaba de dolor. Tenían que hacer algo.

—¿Está bien, mamá? —preguntó Olga con vacilación, retorciéndose las manos, preocupada.

—Por supuesto que no, y la culpa es de todos vosotros. ¡Ya sabéis que no tiene permitido jugar en el exterior! ¡Hay que llevarlo a cuestras en todo momento!

Olga se retiró, al igual que el resto de las niñas; quedaba claro que no era la primera vez que las culpas recaían sobre ellas.

—¿Alguien ha llamado a Botkin? —interrogó Alix, mirando por la sala con sus ojos claros y atormentados.

—Sí, Majestad Imperial —confirmó un lacayo.

—¿Dónde está Nuestro Amigo? —Empezó a sollozar—. ¡Dónde está! —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas cuando empezó a balancearse de un lado a otro en el extremo del diván, abrazándose.

—Calla, mamá —le susurró Alejo por entre sus labios secos, hinchados y ensangrentados.

—Cállate tú, cállate tú —dijo ella, sorbiéndose la nariz, dándole una suave palmada en el brazo—. Todo irá bien, todo irá bien. —Fue secando con gesto vacilante la sangre que seguía brotándole del corte que tenía en la cara—. Eres fuerte y Dios cuidará de ti.

Militza hizo una seña a Stana para que saliera de la habitación con ella.

—¿Qué vamos a hacer? —siseó Militza en cuanto se situaron donde nadie las oía—. Tiene un aspecto terrible, y no para de sangrar.

—Lo sé. —Stana había abierto unos ojos como platos. Era la primera vez

que habían presenciado «un incidente» tan de cerca.

—Es culpa mía —susurró Militza con un ligero temblor en la mano.

—No, no digas eso.

—Yo lo eché.

—¡No fue así! —Stana sujetó a su hermana por los hombros y la miró a los ojos—. Tú expresaste tus preocupaciones bien fundadas a las autoridades y lo están investigando. No eres tú quien lo echó. Él ha decidido marcharse de la ciudad mientras las autoridades llevan a cabo la investigación. Eso es todo. No hiciste ni dijiste nada. No has echado a nadie de ningún sitio, él se fue por voluntad propia.

—¡Tal como sabía que haría!

—Nadie sabe que fuiste tú quien lo delató ni nadie lo sabrá.

—Pero ¿y si consultan los expedientes?

—No habrá expedientes, Nikolasha se encargará de ello —asintió con firmeza hacia su hermana—. ¿Lo entiendes? No quedará constancia de tu implicación. Y la zarina no sabe nada. No sabe por qué se marchó. No sospecha nada.

El doctor Eugene Botkin pasó corriendo junto a las hermanas agarrando el maletín de cuero.

—¿Está mal? —preguntó, con una expresión de profunda preocupación en su rostro afable.

—Muy mal —repuso Stana.

—Pobre criatura —dijo el doctor, parándose para serenarse un poco antes de que el lacayo abriera la puerta. Se alisó el pelo ralo y respiró hondo, se santiguó y se plantó una sonrisa en la boca—. Hola —dijo, dando un paso adelante—. Veamos, ¿qué tenemos aquí...?

—¿Un conjuro? —sugirió Stana—. Podríamos invocar a la Virgen para que suturara la herida.

—Hace mucho tiempo que no he puesto en práctica ese conjuro —respondió Militza, negando con la cabeza y dejando caer los hombros.

—¿Qué te pasa?

—Me siento responsable. —Las mejillas ya de por sí pálidas de Militza se quedaron sin color.

—Pero no lo eres. No eres responsable de que se haya caído. No eres responsable de que padezca la enfermedad de Hesse. Eres...

—¡Pero soy el motivo por el que Rasputín no está aquí!

—¡Al infierno con él!

—Es el único que puede ayudar.

—¡Eso no te lo creas! Tú eres mucho más poderosa que él. ¡Tú lo creaste!

—No soy más poderosa ahora que el icono de Philippe obra en su poder.

—¡Haz el conjuro! Ve al jardín, al parque, busca un lugar e invoca a tu guía.

—Militza miró a su hermana—. ¡Ve! ¡Ya!

Militza acabó en el parque con los zapatos de seda, tiritando con el vestido de satén, pues no había tenido tiempo de buscar las botas de fieltro ni de enfundarse las pieles, dado que Stana la había empujado por las cristaleras con insistencia. En la fría y seca oscuridad buscó un serbal que pudiera ayudarla en su conjuro, pero el cielo estaba negro y los árboles no tenían hojas y mucho menos bayas rojas que ayudaran a guiarla.

—Vamos —se dijo, frotándose las manos entre sí en aquel ambiente gélido. Le empezaba a temblar todo el cuerpo y la nariz le goteaba por culpa del frío—. Vamos. —Peinó las siluetas en la oscuridad, tambaleándose y tropezando por culpa de los zapatos finos y de suela blanda—. Concéntrate. Puedes encontrarlo, utiliza tu clarividencia. —El viento soplaba por entre los árboles; el polvo de nieve fina se arremolinó y giró, y las ramas empezaron a hablarle.

—¡Militza!

—¡Militza!

—¡Vigila!

—¡Cuidado!

Ella miró a izquierda y a derecha, el aliento se le quedaba obstruido en la garganta y sentía cada vez más miedo. Era como si él estuviera allí. Rasputín. Acechándola. Siguiéndola por entre los árboles, como un lobo jugando con un ciervo. Lo oía respirar, jadear en la nuca. Lo oía dando zarpazos en la tierra. Corrió más rápido, se adentró más y más en el bosque.

—¡Militza! —gritaron los árboles.

—¡Mentirosa! —susurraron los árboles.

—¡Chaquetera! —murmulló la escarcha mientras crujía bajo sus pies.

—¡Zorra! —exclamó la luna.

—¡Putá! —aulló el viento.

Veía los ojos de él. Esos ojos horribles y hechizantes, pálidos como el cristal. Detrás de ella. Delante. El corazón le palpitaba, las manos le temblaban, el cuerpo le tiritaba. Siguió huyendo. ¿Huyendo de qué? ¿De quién? ¿De ella? Ya no lo sabía. Las ramas le rasgaban la ropa; las zarzas le arañaban los tobillos. ¡Pum! ¡Que Dios la ayude! Gritó. ¡Ahí estaba! Notó sus brazos, sus manos ásperas, cómo la sujetaba con fuerza. Ella cerró los ojos.

—¿Militza? —dijo Nicky, dándole una suave palmada en la cara—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

Aquella noche, mientras Alix dormía, gracias a una fuerte dosis de láudano administrada por el traumatizado doctor Botkin, Militza y Stana se pusieron a rezar.

Cuando la encontró corriendo por el bosque, Nicky se había quitado

enseguida el grueso abrigo forrado de piel, la había envuelto con él y había acompañado a la desorientada Militza de vuelta a palacio, donde la había dejado inmediatamente en las manos competentes de su ayuda de cámara, a quien ordenó que le preparara un baño caliente, le diera un vaso de leche caliente con un poco de brandy y le proporcionara una muda de ropa. Mientras tanto se fue corriendo, con el rostro pálido de preocupación, junto a la cama de su hijo. Una vez ahí, la visión de Alejo sangrando, cegado por los moratones, acompañada de su esposa, que aullaba con histerismo, bastó para helarle el alma

—¡Nicky! —chilló, abalanzándose hacia su marido en cuanto cruzó la puerta del tocador—. ¡Ayúdalo! ¡Ve a buscar a Rasputín! —Tras lo cual, Alix se desmayó.

A partir de ahí, aunque estaba decidida a cuidar de su hijo gravemente enfermo, el doctor Botkin le prohibió que saliera de su habitación.

—Necesitas fuerzas —le dijo con firmeza mientras le vertía las gotas en la lengua—. Alejo te necesita, y si no descansas no le servirás de nada.

Así pues, después del baño reconstituyente y de la leche con brandy, Militza se fue con Stana a sentarse junto a Alejo, a cuidarlo al lado de la vieja enfermera Gunst, que había estado junto al niño desde su nacimiento. La cantidad de sangre que brotaba de la herida iba disminuyendo; Botkin había cauterizado los extremos en un intento de detener la hemorragia, pero el niño tenía la cara tan hinchada, los párpados tan rojos e inflamados, que seguía sin poder abrir los ojos. Apenas hablaba mientras yacía ahí y solo emitía un gemido agónico de vez en cuando. Gunst fue arriba y abajo durante la noche, llevándole vendas limpias, agua, compresas, cualquier cosa que las hermanas pidieran. Y, mientras tanto, Militza y Stana cantaban, rezaban, susurraban y encendían hierbas que desprendían un fuerte aroma —salvia para limpiar el ambiente de malos espíritus, romero para esterilizar— y le frotaron beleño

negro en los pies para inducirle el sueño. Mientras dormía, invocaron a la Virgen para que lo curara.

—En el mar, en el océano, yace la Virgen más santa —musitó Militza con los ojos cerrados mientras tocaba el rosario de azabache de Alix.

—La invocamos —susurró Stana—. La invocamos ahora.

—Lleva una aguja dorada en la mano, enhebra un hilo de seda, cose la herida ensangrentada. Herida, no duelas; sangre, no fluyas...

—Herida, no duelas; sangre, no fluyas...

—Herida, no duelas; sangre, no fluyas...

—Herida, no duelas; sangre, no fluyas...

Lo repitieron una y otra vez, entonaron el cántico una y otra vez, las palabras se deslizaban y se fundían entre sí, la habitación empezó a vibrar mientras la meditación reverberaba. Resultaba hipnótico y relajante de un modo curioso. Al poco rato, el zarévich empezó a roncar.

Con la llegada de los primeros rayos del amanecer, la herida dejó de sangrar, pero el niño tiritaba y se estremecía de fiebre.

—Esto es lo que ocurre cada vez —declaró el doctor Botkin mientras estaba de pie en el umbral de la puerta de la habitación de Alejo meneando la cabeza lentamente.

—¿Cada vez? —preguntó Stana, frotándose los ojos cansados. Tanto ella como Militza habían pasado la noche entera junto al lecho de Alejo. El médico asintió—. ¿Pero vivirá? —susurró.

—Lo peor ha pasado, creo —respondió—. Pero la enfermedad puede durar semanas. No me extraña que la madre esté tan exhausta. —Lanzó una mirada pasillo arriba en dirección a la habitación de Alix—. Se pasa la vida temiendo lo peor, y cuando ocurre lo peor, es una agonía. Y la agonía dura semanas.

Nunca para y nunca parará... —Suspiró—. Y la única persona a la que parece escuchar o que puede hacer algo para ayudarla es ese asqueroso campesino siberiano.

Militza salió de la habitación y cerró la puerta discretamente detrás de ella.

—¿El hermano Grigori?

—No es ningún hombre de Dios —dijo el médico con un bufido—. Pero ella ya le ha hecho llamar, allá donde esté. Alguien está esperando un telegrama por si se molesta en responder. ¡Como si ese hombre espantoso fuera a cambiar algo!

—¿Cómo está el niño? —preguntó una voz desde detrás de ellos.

—¡Majestad Imperial! —dijo el doctor Botkin, con una reverencia profunda. Se sonrojó ligeramente y el bigote se le movió por culpa de los nervios. ¿Cuánto habría oído?

—¿Ha mejorado? —prosiguió con la mano en el pomo de la puerta—. Nicky no para de decirme que está bien. Pero, claro, es que Nicky siempre me dice que está bien.

—Está bien, pero tiene fiebre. —Botkin se alisó el pelo.

—¿Fiebre? Cuánto odio la fiebre. —Habló con voz débil. Parecía carecer de toda emoción. Poco a poco alzó los ojos para mirar a Militza. Los tenía apagados y tristes, toda su alegría y vida extintas desde hacía tiempo—. ¿Se sabe algo de Nuestro Amigo?

Mayo de 1908
Pokróvskoye, Tiumén, Siberia

A principios de mayo, Militza partió hacia Siberia. Él había enviado un telegrama diciendo que la hemorragia pararía a las ocho de la tarde, lo cual había sucedido, y que la fiebre desaparecería en tres días, lo cual también sucedió. Ahora el niño estaba mejor, pero ¿cuánto duraría?

Stana había suplicado a su hermana que no fuera. Le repitió una y otra vez que subir al tren era un reconocimiento de culpabilidad. Aparte de lo peligroso de un viaje como ese para una mujer de su posición, había espías y revolucionarios por todas partes; incluso el zar, le recordó, con todos sus soldados y guardias, viajaba en un tren a oscuras. Además, en cuanto Rasputín la viera se daría cuenta de que había sido quien la había denunciado como miembro de los jlysty. Pedro se mostró igual de preocupado. La forma como Rasputín había mirado a su esposa la noche que se habían enfrentado a él le había helado la sangre. A aquel hombre había que dejarlo pudrir en el permafrost de Siberia.

—Cariño, no vayas —la instó durante el desayuno. Se levantó de la mesa vestido con unos bombachos, una camisa blanca holgada y unas botas de montar relucientes.

—¿Adónde? —preguntó Marina, mirando hacia el otro lado de la mesa con

sus grandes ojos oscuros, removiendo la cucharada de mermelada de cerezas en el té negro caliente—. ¿Adónde va mamá?

—Me voy de viaje. —Militza sonrió y dedicó a su esposo una mirada de crispación.

—¿De viaje? —Román se sentaba a la mesa con la espalda bien recta, el pelo oscuro con la raya al medio y aplanado en la cabeza; su gran mandíbula cuadrada y una curiosa patilla.

—¿Adónde? —preguntó la pequeña Nadezhda, quien a sus diez años siempre prefería que las personas se quedaran donde estaban.

—Al este —dijo Militza con una sonrisa.

—A ver a Rasputín —añadió Pedro, caminando arriba y abajo—. ¿Es realmente sensato?

—¿Vas a prohibírmelo? —Militza dejó la taza de té y entrecerró los ojos.

—Tras casi veinte años de matrimonio sé que eso no haría sino animarte —respondió Pedro, apoyado en la mesa—. Sé que harás lo que te plazca. Pero ese hombre es falso y desleal, y no dispones de mi bendición.

Militza se marchó de todos modos. Llegó a la conclusión de que, en cierto modo, si conseguía convencerlo de regresar, se sentiría menos culpable de haberlo denunciado, y valía la pena pensar en lo sumamente agradecida que estaría la zarina.

Así pues, se cubrió bien la cabeza con la capa forrada de piel y no habló con nadie. Durante cuatro días contempló cómo las vastas estepas rusas se desplegaban ante ella, grises y llanas, apenas despojándose de la capa fría del invierno, pero sin el estallido de la primavera. Se pasó el tiempo dormitando, leyendo y comiendo sola en el vagón restaurante. Tenía que viajar de incógnito en la medida de lo posible. Era obligado que nadie se fijara en ella.

Al cabo de cuatro días llegó a la bulliciosa localidad con mercado de Tiumén, cuyos negocios y comercios prosperaban gracias al Transiberiano.

Reservó una habitación en el anodino Sofia Hotel, donde su presencia provocó estupor. ¿Qué hacía una mujer ahí sola, sin ni siquiera una dama de compañía? Pidió que le llevaran una sopa caliente a su fría habitación y permaneció allí hasta la mañana siguiente temprano.

A menudo había pensado en la procedencia de Rasputín. Donde viajaban los Cuatro Vientos, donde el Espíritu buscaba, donde el alma no marchita se había apeado: donde todos pudieran encontrarlo. Siempre hablaba de Pokróvskoye, sobre todo después de una copa de Madeira, cuando se ponía poético y sentimental. Describía la belleza de las estepas, la enormidad del cielo infinito, la libertad de las vastas extensiones de hierba ondulante; era donde se encontraban el hombre y Dios, donde se mezclaban y vivían en perfecta armonía, o eso decían.

Sin embargo, al descender lentamente del coche de caballos después de casi dos horas de meneos y baches en la accidentada carretera para los servicios postales desde Tiúmén, a Militza le costó creer lo desolado que parecía el pueblo. ¿Cómo podía vivir alguien ahí? No se debía a lo pobre que era. Lo había visto antes, en su patria de Montenegro y en Rusia. Había recorrido los barrios bajos de San Petersburgo unas cuantas veces, con un pañuelo pegado a la nariz y a la boca, cuando ella y Brana habían ido en busca de milagros para la zarina, y no era tan tonta como para pensar que todo el mundo vivía en casas elegantes de techos dorados. Aun así, no estaba preparada para el barro interminable, los graznidos y arañazos de los pollos, los gruñidos de los pequeños cerdos hediondos, y la falta de gente. Reinaba el silencio, salvo el sonido del ganado, y estaba desértico: era un pueblo con una sola calle que no conducía a ningún sitio. A no ser que uno fuera convicto, claro está. Porque Pokróvskoye se encontraba en el sendero de los convictos, por el que arrastraban a las almas desventuradas, mientras los grilletes tintineaban, más lejos y más al este hacia su destino. A ambos lados de la estrecha carretera

había una hilera de casas de madera. Eran más o menos del mismo tamaño, casuchas de una sola planta, con tejados y contraventanas de madera, pero en el extremo opuesto del pueblo había una casa de dos plantas considerablemente mayor, con un balcón, macetas vacías, grandes portones de madera y un tejado de hojalata. Militza sonrió para sus adentros. Supo de inmediato adónde había ido a parar todo su dinero.

Se bajó la capucha de la capa, esquivó un gran charco y caminó hacia esa casa. No le hizo falta preguntar dónde vivía Rasputín, lo cual fue una suerte porque no había a quién preguntar. No obstante, notaba ojos, muchos ojos, clavados en su espalda.

Se paró ante los portones de madera para serenarse, invocó a su guía para que la ayudara, mascullando para sus adentros, pidiendo ayuda y protección. Ahí de pie oía música, palmadas y el sonido de risas agudas. Quedaba claro que se estaba celebrando una especie de fiesta. Cuando había planeado aquello, se lo había imaginado rezando cuando llamara a la puerta; imaginaba que habría silencio y nadie alrededor. ¿Debía marcharse? Se volvió para mirar al coche de caballos que la esperaba. Podía subirse a él y regresar a Tiumén... No, eso sería ridículo, se dijo. Empujó el portón, que se abrió con facilidad. El patio estaba descuidado y lleno de barro y trastos. Había pilas de madera, ruedas de carro rotas y sacos vacíos desperdigados por todo el lugar; un arado y un yugo apoyados el uno contra el otro en una esquina del patio y, al lado, una pequeña carreta caída formando un ángulo, medio llena de agua de lluvia fétida y hojas podridas. Mientras se dirigía hacia la puerta de madera, unos pollos patilargos graznaban y escampaban a su paso. Tenía un pie en el escalón del porche cuando la puerta principal se abrió de repente y de allí salió una mujer gritando vestida con un camisón blanco largo; la melena oscura suelta y los ojos que le brillaban de alegría mientras tiraba de algo que tenía entre las manos.

—¡Eres un dios! —gritó mientras daba vueltas y la melena se le balanceaba en todas las direcciones—. ¡Un dios!

En el umbral, justo detrás de ella, se encontraba Rasputín, con los pantalones rojos holgados a la altura de las rodillas; en la mano sostenía un látigo, que restallaba con fuerza en el trasero de la mujer mientras ella gritaba.

—¡Más! —chilló, arqueando la espalda de placer cuando cayó de rodillas—. ¡Más! ¡Eres dios!

Rasputín chasqueó el látigo una vez más en la espalda de la mujer mientras ella se arrastraba de rodillas hacia la entrepierna de él. Militza no daba crédito a lo que estaba presenciando. La mujer, que había estado tirando del miembro de Rasputín mientras la azotaba, se colocó la verga en la boca. Y mientras Rasputín permanecía en el umbral, con los ojos entrecerrados, ella le hacía una felación como una campesina muerta de hambre que llevara meses sin ver carne.

—¿Olga? —dijo Militza, conmocionada al darse cuenta de que reconocía a la mujer de mediana edad—. ¡Esposa de Vladimir Lokhtin! ¿Qué estás haciendo aquí?

Al oír su voz, Rasputín abrió los ojos de repente.

—¡Mamá! —exclamó, apartando la cabeza de Olga mientras se subía los pantalones—. Me pillas un poco ajetreado.

—¡Eres mi DIOS y yo soy tu CORDERO ! —gritaba Olga, aferrándose a su pierna mientras él se abrochaba los pantalones e intentaba alejarse.

—¡Olga! Hija mía —dijo él, bajando la mirada hacia Olga, que seguía agachada en el suelo—. ¡Estás salvada! —Le colocó la mano encima de la cabeza a modo de bendición—. Ahora vuelve dentro con las demás y entra otra vez en el baño.

—¿Baño? —preguntó Militza.

—Akilina, Khionia y Olga se estaban bañando —declaró—. Yo las he

estado ayudando, mamá. —Sonrió.

Mientras hablaba, Olga recogió su camión y se alejó de él a gatas. Militza meneó lentamente la cabeza al recordar la primera vez que había visto a Olga, la hermosa, aunque insulsa esposa de un ingeniero llamado Vladimir Lokhtin, hacía unos años. Rasputín siguió la mirada de Militza.

—La he estado curando de histeria —dijo.

—Parece que has hecho un gran trabajo —respondió Militza.

—¿Te apetece un té? —preguntó él, abriendo la puerta.

Militza no alcanzaba a recordar cómo había guardado la compostura aquella mañana. Pero el recuerdo de la mujer lunática agarrada al miembro de Rasputín y el placer lascivo grabado en su rostro mientras la embestía en la boca abierta era algo que la perseguiría en sueños. Por qué no dio media vuelta y se marchó inmediatamente, no lo sabía. Por qué no estaba horrorizada o totalmente asqueada, no lo sabía explicar. O, más importante, por qué no le puso freno a él y a su comportamiento gritando y llamando a testigos, denunciándolo como miembro de los jlystý, fue algo que se preguntó una y otra vez. ¿Acaso estaba intrigada? ¿Fascinada? ¿Qué diantre podía inducir a una mujer de su clase a dejarse llevar de ese modo?

Militza se pasó el resto de la mañana sentada al lado de un samovar humeante bebiendo té fuerte endulzado con mermelada.

El interior de la casa era considerablemente más majestuoso de lo que sugería el exterior. Miró en derredor y se hizo cargo de todos los lujos por los que ella había pagado. Había sillas cómodas, una alfombra gruesa en el suelo, iconos en las paredes, así como espejos, una lámpara de araña y otros lujos. Había un gran reloj de pared y, por supuesto, el piano Offenbach. Desde luego que no era el hogar típico de un hombre de Dios.

Las tres bañistas se vistieron y ocuparon sus asientos junto al fuego, donde procedieron a comportarse como la viva imagen de la piedad y el decoro. Preguntaron a Militza por el viaje, se interesaron por las inclemencias del tiempo, por la situación en San Petersburgo y, mientras tanto, el grupo era agasajado por la mujer de Rasputín, la diminuta y robusta Praskovya, que iba y venía con pequeños cuencos de fruta confitada o pepinillos en vinagre y tomates. Rasputín apenas reconocía su presencia y ni mucho menos le daba las gracias, mientras metía las manazas en los cuencos, comía de todo con hambre canina y paraba solo un momento para dirigirse a Olga.

—Humíllate —dijo, tendiéndole los dedos grasientos, que ella se dispuso a limpiarle lamiéndoselos lenta y sensualmente.

Militza estaba paralizada. Sentía repugnancia, rechazo, horror. Pero de repente la embargó un terrible ataque de celos. ¿Hasta qué punto le gustaría a ella lamerle los dedos? ¿O notar la fuerza de su verga? ¿Escuchar sus bramidos orgásmicos en el oído? ¿Cuántas ganas tenía de sentarse a horcajadas de nuevo en esa silla hedionda?

—Así pues, hermano Grisha —preguntó, apartando tales pensamientos de su cabeza—, ¿cuándo regresarás a San Petersburgo?

—Cuando mamá se disculpe —respondió.

—¿Yo?

—La última vez que hablamos no fuiste muy amable —expresó—. Me alzaste la voz.

—Por lo cual pido disculpas —dijo Militza mientras observaba a Olga subiendo y bajando la lengua por el lateral del índice de él.

—Y, además, cuando se retiren las acusaciones —añadió. Se encogió de hombros.

—Yo no me preocuparía por eso. —Sonrió brevemente—. De todos modos,

no es más que una investigación; no se han presentado acusaciones y el tribunal eclesiástico de Tobolsk no te ha acusado de nada.

—¡Si quieren pueden denunciarme por eunuco! —Se echó a reír—. ¡No significaría nada para mí! ¡Pero tengo la suerte de utilizar mucho la polla como para querer cortármela en nombre de Dios! —Se echó a reír con tal entusiasmo que la silla tembló—. ¿No crees? —Se la quedó mirando—. ¿Quién iba a querer castrarse por Dios?

—Acusaciones ridículas —convino ella, entusiasmada—. Creo que deberías demostrar el poco miedo que les tienes, lo imbéciles que realmente son y regresar a la ciudad.

—¿Qué necesidad tengo de ir a la ciudad cuando aquí tengo todo lo que quiero? —Retiró la mano de los labios de Olga—. Dios ha considerado apropiado recompensarme bien.

—Eres su humilde servidor —dijo Militza—. Pero me pregunto si las recompensas no son mayores en San Petersburgo.

—¿Por qué iba a necesitar más recompensas? —Pareció un tanto divertido ante tal sugerencia.

—Nadie necesita recompensas —respondió Militza—. Pero pueden hacer la vida un poco más agradable, ¿no? ¿Buen vino? ¿Madeira? ¿La belleza del ballet y de las canciones zíngaras?

—Uno recoge lo que siembra.

—Y tú has sembrado, hermano Grigori —dijo con dulzura. Sonrió.

Durante el transcurso del día, la casa de Grisha empezó a llenarse de gente. En el patio se formó una larga fila ordenada de seguidores. Algunos estaban locos; otros, enfermos; otros solo querían calmar sus temores acerca de algo que pudiera ocurrirles en el futuro: la muerte de una vaca, la pérdida de una

cosecha, un pozo que se secaba. Había niños que gimoteaban y adultos que se sorbían la nariz, además de un agricultor que se había segado el brazo en la última cosecha. A Militza nadie le contó de dónde venían, cómo sabían que él estaba ahí o a qué hora debían llegar. Pero hacían cola, avanzaban arrastrando los pies, vestidos con sus ropas de campesino. La combinación entre el calor de la estancia, el samovar humeante, el fuego y su ropa sin lavar producía un olor intenso, embriagador, una combinación de sudor, vodka y ajo en vinagre. La luz tenue y el murmullo constante de los rezos sumado al incienso y a los vapores corporales embriagantes hicieron que Militza se mareara y estuviera a punto de desmayarse.

Salió a trompicones al porche. En comparación con el ambiente fétido y febril del interior de la casa, la fría tarde siberiana le resultó chocante. Le quemó el fondo de la garganta al inhalar. Agarrándose a la barandilla de madera para no caer, respiró hondo. El oxígeno la hizo sentir mejor, cualquier cosa con tal de escapar del calor y el hedor. Debería regresar a Tiumén. Era un viaje pesado y mucho más peligroso en la oscuridad. A saber quién podía estar ahí en la negrura más profunda. ¿Cuántos convictos huidos en la carretera? Las normas estaban cambiando y el respeto hacia la aristocracia estaba de capa caída. Era una mujer sola y no quería estar ahí fuera después del anochecer. De todos modos, había conseguido su objetivo. Él no tenía ni idea de que ella estaba detrás de las acusaciones. Pero lo que en realidad quería era poder anunciar a la zarina su regreso a San Petersburgo. Por supuesto que había hecho suficiente para tentarlo a que regresara, recordándole los lujos de los que ahí disfrutaba. Al fin y al cabo, no había nada que a Rasputín le gustara más que las tentaciones.

—¿Te marchas tan pronto?

—¿Grisha? —Se quedó un tanto sorprendida cuando él apareció en el otro extremo del porche—. Pensaba que estabas dentro.

—Llevo todo el día preguntándome por qué has venido. —Se la quedó mirando con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué iba mi mamá a venir hasta aquí para verme a mí, Grisha? —Hizo un gesto lentamente con la mano extendida para señalar el patio—. ¿Curiosidad? —Hizo una pausa—. ¿Interés propio? ¿Arrepentimiento? ¿O culpa?

—¿Culpa? —Militza sonrió—. ¿De qué iba a sentirme culpable?

—Me he estado preguntando quién podría haber denunciado a Grisha ante la policía, que conozca lo suficiente a Grisha para hacer tal cosa. —Dio un paso adelante, moviendo la cabeza lentamente de lado a lado como una cobra a punto de atacar—. ¿Lo sabes?

—¿Yo?

—¿Tu hermana? —Se acercó más a ella.

—¿Stana? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? —Militza se rio un poco.

—¿Nikolasha?

—Curaste a su perra, ayudaste en su matrimonio...

—¡La zarina no! —Sonrió—. Ella aprecia a Grisha.

—Sí —convino Militza—. Igual que el zar.

—La zarina aprecia tanto a Grisha que le hace ropa, le borda las camisas. —Volvió a sonreír—. O sea, que solo quedas tú.

—Grisha... —Sonrió y se acercó a él—. Nunca haría tal cosa. —Se quedó delante de él y le acarició la mejilla con la mano—. Somos una unidad, tú y yo. Estamos hechos de los mismos Cuatro Vientos, la tierra y el fuego bajo la misma. —El corazón le latía con fuerza, pero mantuvo el tono ligero y juguetón en la voz.

—Solo puedes haber sido tú —dijo él, sujetándola por la muñeca.

—¡Grisha! —se apresuró a exclamar—. ¡He venido aquí para una sanación!

—¿Sanación? —Se quedó un tanto asombrado.

—¡Sí! —mintió ella—. No he pensado en otra cosa. No he pensado en nada

más durante los días y noches que he pasado en el tren cruzando Siberia.

—¿Una sanación?

—Quiero que me cures como a Olga. ¡Sáname! —gritó—. ¡Sáname!

—Cariño mío, mamá mía, si no pecas, no te arrepientes. Si no te arrepientes, no puedes ser salvada...

Junio de 1908
Znamenka, Peterhof

Militza se fue de Siberia ni arrepentida ni salvada. Su cochero, al oír la gritar las palabras «¡Sáname!» una y otra vez, había, según las órdenes recibidas, ido corriendo al patio para sugerirle que se marcharan de inmediato a Tiúmén. Así pues, mientras Rasputín se llevaba la mano a la hebilla del cinturón, ella fue llevada al coche de caballos lamentando su falta de curación y suplicándole que regresara a la ciudad.

Como era de esperar, la zarina estaba exultante cuando le dio la noticia en el salón de las rosas de la dacha inferior.

—¡Por fin! —declaró.

—He pensado en venir a decírtelo en cuanto lo he sabido.

—Has hecho bien. —Alix hizo una pausa, como si se planteara añadir algo más. Cogió las manos de Militza con las de ella, que tenía frías—. Nunca debes hablar de lo que voy a contarte —susurró—. Nunca.

—Descuida.

—Y te lo digo porque sé que te parecerá tan ultrajante e infundado como a mí —continuó, sujetando todavía la mano de Militza. Asintió—. He oído unos rumores terribles acerca de... —la zarina hizo una pausa y bajó la voz todavía

más— que... Nuestro Amigo... ha sido investigado por comportamiento indecoroso, ¡por pertenecer a una secta! —Su voz apenas resultaba audible—. ¡Un sectario! ¡Un miembro de los jlystý!

—¿Y lo está?

—¿Si está siendo investigado? ¡Sí!

—¿En una secta?

—¡Ni lo sé ni me importa! Le he puesto punto final en cuanto me he enterado. —Se la veía horrorizada—. ¿Te imaginas tal cosa?

—¿Que Rasputín sea un flagelante?

—¿Que alguien quiera investigar a Nuestro Amigo? Cuánto me enfadé. El querido y amable Grisha que nunca le ha hecho daño a una mosca. ¿No saben lo importante que es para mí? ¿Para la familia imperial? ¡Es una traición! No nos tienen en consideración. Es como si intentaran causarme dolor a propósito. ¡A mí! ¡A la zarina!

—Horrible. —Militza negó con la cabeza—. ¿Crees que él lo sabe?

—Imagino que sí. ¡Se pasaron dos días enteros registrando su casa!

—¿Quién puso en marcha la investigación?

—Lo pregunté —reconoció Alix, alzando la voz temblorosa por la ira—. ¿Y sabes qué? —Se dio unos golpecitos en la nariz con el pañuelo de encaje—. ¡El expediente se ha perdido! ¡Típico! —Negó con la cabeza—. ¡Eso de que los mejores amigos del zar sean investigados y que el zar no sepa quién ha lanzado la acusación solo pasa en nuestro país! Este país no es Europa. —Se estremeció—. ¡Está asalvajado!

—Horrible —volvió a convenir Militza, dando las gracias a Nikolasha en sus oraciones—. Pero al menos ahora va a volver.

—Sí —dijo la zarina, sentándose en el sofá—. Qué gran alivio para todos nosotros.

La conversación se desvió hacia lo sucedido durante los últimos meses. En

vez de hablar sobre Stolypin y los problemas interminables de Nicky con la Duma, que quería contar con más y más poder del zar, Alix quiso hablar de los niños y de sus planes estivales. Había un viaje planeado para la familia imperial al golfo de Finlandia en el *Standart*. Habían empezado a hacer obras en el Palacio Blanco de Crimea, que esperaban que estuvieran terminadas con motivo del decimosexto cumpleaños de Olga, en poco más de tres años. Justo cuando expresaba su sorpresa acerca de lo mayor que se hacía su hija, llamaron a la puerta y Anna entró. Militza sonrió intentando disimular lo contrariada que estaba. Solo había estado a solas con la zarina media hora. Media hora. Y ahora las interrumpía esa mujercilla boba, que no dejaba de hablar sobre la ruptura de su matrimonio y de que Rasputín ya lo había predicho desde el primer momento. ¡Y de lo buen amigo que era! Y de lo a menudo que lo veía y de lo muy unidos que estaban. Y...

—¿Te has enterado? —preguntó con la cabeza ladeada y las manos juntas delante de ella—. El príncipe Yusúpov ha muerto.

—¿El conde? —quiso saber Alix.

—El hijo —respondieron Militza y Anna a la vez.

—¿Lo sabías? —añadió Anna, con una mezcla de sorpresa y decepción.

—¿Cuál? —preguntó Militza.

—El mayor, Nikolái. El hijo bueno.

—¿Nicolái? ¡Oh, qué desgracia! ¡Qué horrible perder a un hijo! —dijo Alix, cogiendo el pañuelo y tapándose la boca, horrorizada—. ¡Qué horror, qué horror! Pobre Zinaida. Pobre, pobre Zinaida... ¿Cómo? —susurró.

—En un duelo —respondió Anna.

Militza negó con la cabeza. Se le secó la boca y se quedó sin aire en los pulmones. Sabía que le iba a pasar algo horrible a uno de esos chicos. Aquella noche, hacía tanto tiempo, cuando había visto las cartas: El Diez de Espadas. Muerte. El Rey de Espadas. Nunca lo había olvidado. En esos momentos de

quietud justo antes del amanecer, cuando estaba tumbada en la cama pensando en cosas varias, esas tres cartas siempre se le aparecían. Pero ¿un duelo? Menudo desperdicio. Qué forma tan terrible de desperdiciar la vida de un joven. ¿Un duelo? Cerró los ojos y entonces, de repente, lo vio. El sol de primera hora de la mañana, el terreno salpicado de luces y sombras bajo los hermosos álamos. Sin duda era bucólico, flores, pájaros, el ulular del viento entre los árboles... Los jóvenes estaban exaltados por la adrenalina; su ropa buena, arrugada por la brisa. El olor a vino, los gritos de los amigos diciéndoles que no lo hicieran, instándolos a bajar las armas, que desistieran. Y luego los disparos, el eco en el bosque. ¡Qué temeridad! Sin ninguna preocupación por nadie, ni siquiera por ellos mismos. ¿Por qué no habían parado? ¿Por qué?

—La primera vez los dos erraron el tiro —explicó Anna—. Por lo que repitieron y el conde Arvid Manteuffel disparó a Nikolái directamente al pecho, mientras que el príncipe Yusúpov disparó...

—Al aire —dijo Militza, abriendo los ojos.

—¿O sea que lo sabías? —preguntó Anna.

—No —repuso Militza, negando con la cabeza.

—¿Al aire? —preguntó Alix—. ¿Falló a propósito?

—Eso parece —respondió Anna.

—¿Y por qué se produjo ese duelo? ¿Qué tontería desencadenó tal cosa? —inquirió Alix.

—¿Por qué los hacen siquiera? —planteó Militza.

—Un romance. Entre la esposa de Arvid, la condesa Marina Heiden, y Nikolái —añadió Anna, lanzando una mirada a Militza—. Hacía tiempo que eran amantes y el marido les había pedido que pararan. Muchas veces. Por lo que no quedaba otra opción...

—Pero todo podía haberse evitado —dijo Militza.

—Seguro —convino Alix, asintiendo lentamente con la cabeza—. Qué espantoso.

Al cabo de unas semanas, Militza se encontró el rostro ceniciento del conde Félix Yusúpov. Estaban en casa de los Vladimir para una *soirée* en Yalta y, a pesar de la luz dorada del sol del atardecer y de la muchedumbre alegre y glamurosa, al hombre se lo veía destrozado, contemplando el mar junto a un árbol. Era una fiesta hermosa. Unas cien personas flotaban por las zonas verdes, con las serenatas de la música, entretenidos por los bailarines mientras iban de grupo en grupo, charlando sobre el verano, los pícnicos que pensaban hacer, las diversiones que estaban organizando y quién exactamente había ido a visitar al zar y a la zarina desde su llegada a Crimea hacía diez días.

—¿Has estado? —preguntó Militza, pasándose el largo collar de perlas por las manos mientras hablaba con su anfitriona.

—No soporto a la alemana —dijo María Pávlovna, olvidando sus orígenes para la ocasión—. Ella es el motivo por el que mi hermoso Kiril vive exiliado, y eso nunca se lo perdonaré.

—Por supuesto —indicó Militza, dando un sorbo a la copa.

—¡Mientras que dejaron alegremente que tu hermana se casara con su hermano, impidieron a mi hijo que se casara con su prima! No lo veo justo.

—No, bueno...

—Y todo fue culpa de ella, idea de ella, porque siempre va así, ¿no? Dime, ¿a él le queda alguna opinión todavía? ¿O se deja manipular totalmente por su mujer? —Exhaló un largo suspiro, bajando la mirada hacia las terrazas cubiertas de césped, llenas de cipreses, iluminadas por las bengalas parpadeantes que caían hasta el mar Negro que había debajo—. Depende de

ese mierda de Stolypin, que va recortando nuestro poder y cede ante la Duma una y otra vez. Ese hombre ha perdido el juicio. Y, mientras tanto, la mojigata de su esposa se pone a hablar de la santidad del matrimonio. Solo porque Victoria se divorció del hermano de la zarina para casarse con mi hijo. ¡No considero que sea motivo suficiente para que les retiren todos los títulos y los destierren de Rusia!

—Cuánto lo siento —dijo Militza, que de repente se percató de lo disgustada que debía de estar la mujer.

—Yo también. —María Pávlovna se sorbió un poco la nariz—. Es por ver a tu hermana y a Nikolasha tan contentos, riendo en mi fiesta. —Asintió hacia la pareja mientras caminaban hacia el mar, cogidos de las manos—. No puedo evitar desear que mi hijo también estuviera aquí.

—Podrías pedírselo a Rasputín, supongo. —Militza notó cómo se le ruborizaban las mejillas de la vergüenza. Estaba convencida de que no contaba a la gran duquesa nada que no supiera ya.

—¿A él? —Soltó un bufido—. ¡Ahora se supone que debemos llamarlo Rasputín-Novy! Pensaba que ese tipo de apellidos compuestos estaban reservados a los aristócratas, no a los campesinos de Siberia. —Negó con la cabeza—. No creo que necesite su ayuda. Lo siento... —dijo antes de marcharse.

—Ya has disgustado a otra persona, ¿verdad? —preguntó el conde, apoyándose en el tronco de un árbol—. ¿Tú y tu pequeña camarilla de nigromantes?

—Siento lo de tu hijo —se apresuró a decir, dado que el rostro del hombre estaba casi irreconocible por culpa del dolor.

Su tez normalmente arrebolada estaba pálida y cerúlea; la expresión de los ojos, vacía y legañosa. Su bigote, que había sido tan poblado y exuberante, aparecía más fino y falto de vigor, como si no existiera cantidad suficiente de

cera para endurecerlo con determinación. También parecía estar a punto de perder el equilibrio, como si tuviera que esforzarse para subir la escalera. El dolor drena la sangre más rápido que el sol cuando seca una esponja.

—Bueno, tú eras quien lo sabía —dijo—. Lo viste en las cartas... —Enarcó las cejas mientras su voz se iba apagando.

—Siento no haber podido decirte más...

—¡Más! —Se volvió para sonreírle—. Si piensas que creo que sabías algo acerca de la muerte de mi hijo, Madame, te equivocas. —Apuró el vaso de vodka—. Te arriesgaste, como charlatana que eres. Hiciste una suposición. Y tuviste suerte.

—Yo perdí un hijo...

—Querida señora, todos hemos perdido hijos. Bebés. No hijos mayores. Hay una gran y profunda diferencia. Mi esposa lloró por sus bebés..., pero por su hijo se ha quedado muda. No ríe, no sonríe, no se mueve, su dolor y pesar son tales que su desgracia le ha desgarrado el alma. Así que no me hables de tu pérdida y de cómo me comprendes. Porque no es el caso. Era una sibila. Una bruja. Una pequeña adivina odiosa con algunos ases trucados en la manga. Algunas gentes piensan que tienes un don, con tus profecías y tus gurús y tus *séances*. Pero yo creo que no eres nadie. Te desprecio tanto como desprecio a tu camarilla negra de sátiros e indeseables... y desprecio a ese hombre que presentaste a nuestro zar.

—¡Buenas noches, conde Yusúpov! Siento lo de Nikolái —dijo Stana mientras se acercaba a él, oliendo ligeramente a champán y a las rosas que había cogido en el jardín.

—¡Vete al infierno! —exclamó mientras se marchaba lentamente en dirección a un sendero de piedras ascendente que conducía a la casa.

A Stana le escandalizó el exabrupto del conde Yusúpov. Se le cayó una rosa del pequeño ramillete que había cogido. Militza buscó en el bolsillo de su

vestido de seda color crema el frasquito de la tintura de Badmayev. Las manos le temblaban un poco mientras lo abría; engulló la solución de un trago. Se estremeció después de tragarlo.

—El hombre está disgustado —dijo Militza a su hermana—. Está de duelo. Seguro que no quería ser tan maleducado.

—Lo sé. Lo que pasa es que estoy harta de tanta enemistad, de ser el centro de tanto odio. Intentaba ser amable. Eso es todo. —Exhaló un suspiro—. ¿Has visto a Nikolasha?

—¿Es el otro hijo? —preguntó Militza haciendo caso omiso de su hermana con los ojos entrecerrados como si quisiera enfocarlos en un joven menudo y vestido de forma excéntrica que se acercaba a ella dando grandes zancadas.

Era muy apuesto, iba bien afeitado y llevaba raya en el pelo rubio liso y aplanado; sonrió, y su camisa de seda blanca y cuello abierto se le hinchó como un globo al caminar. Vestía unos pantalones holgados color carmesí con un fajín ceñido alrededor de la cintura con lo que parecía un broche con muchas incrustaciones de diamantes.

—¿Gran duquesa Militza? ¿Gran duquesa Anastasia? —Inclinó la cabeza y entrechocó los talones—. Por fin os conozco.

—Príncipe Yusúpov. —Stana sonrió.

—Félix Félixovich —dijo Militza.

—Creo que tenemos un amigo común. —Esbozó una sonrisa conspiradora mientras miraba en derredor.

—¿Ah, sí? —preguntó Militza.

—No se me permite pronunciar su nombre en nuestra casa, para ser sinceros, los vuestros tampoco. —Se echó a reír—. Pero tengo una amiga, Munia Golovina, que es una ferviente seguidora. Ferviente —repitió—. Y su madre también. Mi amiga Munia incluso recoge sus cabellos para que le den buena suerte. Tiene una cajita asombrosa con sus pequeños mechones que jura

que pueden curar la mayoría de las afecciones. —Hizo una pausa y se inclinó hacia delante, alzando la mano para poder susurrar detrás de ella—. Estoy un poco al corriente de lo que eres capaz de hacer. Yo mismo he ido a ver a una vidente en París, Madame Freya. ¿La conocéis? Probablemente sí. Es muy buena. ¡Me contó muchas cosas! Algunas cuestan de creer, pero son fascinantes. ¡También he visitado el templo de Isis-Urania en St. James Street, Londres, e incluso he estado en Blythe Road!

—¿Blythe Road? —preguntó Stana.

—La batalla de Blythe Road, Madame —explicó, con expresión divertida—. Donde el señor Crowley, vestido con la máscara negra de Osiris, dios de los muertos y del submundo, atacó al señor W. B. Yeats y lanzó conjuros y deseó que el hombre ardiera en el infierno. —El príncipe rio—. ¡Fue una visita fantástica! —Militza se lo quedó mirando. El joven era claramente extravagante, un mimado que sabía poco de qué hablaba—. Tengo premoniciones, ¿sabéis? —continuó, alisándose la parte delantera de la camisa—. Veo cosas. Todo el mundo dice que tengo un don, que soy especial. El otro día —bajó la voz— estaba en Oxford cenando con un amigo de mis padres y descendió una gran nube oscura. Nadie la veía aparte de mí. Pero yo sabía, justo ahí y entonces, que era un mal presagio. Terriblemente malo. ¿Y sabéis qué? —Hizo una pausa mientras que sus ojos brillantes pasaban de una hermana a otra—. El hombre murió. ¡Murió! Justo al día siguiente. Bueno, casi. ¡Y yo sabía que pasaría! Lo sabía. Increíble, ¿no os parece? ¡Lo vi!

—Sí —dijo Militza—. ¿De qué murió?

—¿Quién? ¿El hombre? No sé. Opo, creo. Pero sabía que os fascinaría. —Echó la cabeza hacia atrás y se pasó la mano por el pelo rubio—. De todos modos, Munia no deja de insistir en que conozca a Rasputín. Cree que podríamos tener mucho en común. Aparte de nuestro origen, claro está.

—Nadie tiene tus orígenes —comentó Stana.

—No. —Sonrió—. Totalmente únicos, ¿verdad? Nadie en Rusia puede decir que tenga por antepasado al profeta Mahoma y a los reyes de Egipto.

Dicho esto, el joven regresó a la fiesta.

—Ese chico es un problema —dijo Militza mientras observaba cómo se marchaba.

—Es vanidoso —continuó Stana.

—Es poderoso, rico y vanidoso —puntualizó Militza—. Lo cual resulta mucho más peligroso.

Cuando regresó a San Petersburgo, envalentonado porque se habían retirado las acusaciones contra él, Rasputín disfrutó de un círculo de influencia que iba en aumento.

En poco más de un año, su nombre pasó de pronunciarse en un susurro en los rincones de la corte a aparecer en todo tipo de fiestas y *soirées* y, con el tiempo, en los artículos de los periódicos como *La Gaceta de Moscú*. Había páginas y más páginas dedicadas a su alardeo flagrante del acceso que tenía al zar y la zarina, y el hecho de que entrara y saliera de palacio, subiera y bajara por la escalera trasera y entrara y saliera de las habitaciones de las pequeñas grandes duquesas no sonaba bien.

La realidad del asunto era que buena parte de lo que alardeaba era cierto. Visitaba el palacio a cualquier hora del día o de la noche, sin invitación, siempre que le apetecía y con frecuencia se quedaba junto al lecho de Alix hasta bien entrada la noche. Iba a ver a las grandes duquesas a la hora de acostarse y se pasaba horas a solas con ellas en sus habitaciones. Y no paraba de hablar de ello y de ellas y blandía las cartas que le habían escrito. Bastaban una o dos botellas de Madeira para que se fuera de la lengua, ya de por sí suelta.

Incluso su apartamento, otrora frecuentado solo por un círculo íntimo de fervientes comedoras de huevos, se había convertido en el lugar de reunión de hasta doscientos Rasputinki al día que recogían y vendían todo lo que el hombre tocaba o bendecía. Se cosían las uñas del pie en los vestidos para protegerse del mal, creyendo también que las uñas humanas, sobre todo las de él, resultarían útiles para salir a zarpazos de la tumba. El diván del cuarto trasero había resistido tantas «sanaciones» que, al parecer, los brazos habían cedido.

—Vuestro Amigo está armando mucho revuelo —dijo Badmayev una tarde en cuanto llegó a Znamenka, cargado con su maletín de cuero con suministros.

—Pensaba que también era tu Amigo —replicó Militza mientras contaba el número de viales que él iba colocando en la mesa con el sobre de mármol.

—No. —El tibetano negó con la cabeza—. Bebe demasiado y folla demasiado para mi gusto y no es capaz de controlar su lujuria, es un mentiroso y un sátiro. ¿El motivo de su reciente viaje a Tierra Santa? —dijo con desdén—. Follarse a una bailarina finlandesa, Lisa Tansin.

—Me he enterado.

—Hay fotografías, muchas. Él desnudo con ella y un harén de prostitutas.

—Afortunadamente, de eso me he librado.

—¿Y sabes lo que hace la emperatriz mientras él no está? Lamenta su ausencia y escribe sus pensamientos en el cuaderno que él le dio... ¿Diecinueve? ¿Veinte?

—Veinticinco, ¿no crees?

—¿Estás segura? —preguntó, sacando otros cinco frascos de elixir del maletín.

—Me parecen útiles —respondió ella.

—El opio también —repuso—. Y el Veronal. Los barbitúricos son útiles para inducir el sueño, pero...

—Preferiría no dormir —dijo ella—. Dormir es para los débiles. —Sonrió, cogió un frasquito y se vertió el contenido lentamente en la lengua. Cerró los ojos y notó cómo su amargura le recorría la garganta—. Últimamente ya me he acostumbrado a su sabor.

—¿Lo ves a menudo, entonces? ¿A Rasputín? —preguntó Badmayev, recogiendo sus cosas—. Ahora solo se pone en contacto conmigo cuando el niño está enfermo, cuando tiene dolor de cabeza, cuando se ha caído, ese tipo de cosas, y quiere medicinas. Debo reconocer que se las doy a regañadientes. Si no fueran para Alejo, yo no...

—Lo veo a menudo. —Militza tragó con fuerza e inhaló profundamente, para surcar la ola de adrenalina que la embargó.

—Está bien —dijo él—. Me alegro mucho. Tienes que estar ahí. Porque el otro día oí que quien controla al místico, controla al zar... y, por tanto, Rusia.

—Yo controlo al místico, te lo aseguro. —Sonrió—. Yo se lo presenté al zar.

—Lo sé.

—Yo lo creé —dijo, riendo de repente. Badmayev la miró con expresión extrañada. ¿Qué estaba diciendo?—. Yo lo manifesté —continuó ella—. Yo lo invoqué. No te preocupes, cuidaré de él. El místico es mío.

31 de diciembre de 1910

San Petersburgo

Era pasado el mediodía y Militza estaba tumbada en la cama cuando sonó el teléfono y un lacayo llamó a su puerta.

Estaba un poco cansada de la noche anterior. Había ido a cenar y a un baile y no había llegado a casa hasta las tres de la madrugada. Y era la tercera vez que salía esa semana, sin contar el ballet. También había visitado a quince personas el día anterior, entregándoles su tarjeta de visita y tomando infinidad de tazas de té, manteniendo conversaciones educadas, interesándose por la salud de todos, oyendo las mismas historias una y otra vez. Normalmente era más mesurada, escogía las fiestas y rechazaba invitaciones, pero dado que su hija Marina ya había cumplido los dieciocho años, su obligación como madre era acompañarla a tantas fiestas, meriendas y eventos como horas tenía el día. A la pobre Marina todo aquello le parecía un poco insufrible. Era una joven inteligente de ojos oscuros y tez pálida, igual que su madre, que disfrutaba más de su propia compañía que de la de los demás y que habría preferido pasar la tarde haciendo esbozos o pintando, pasión para la que tenía un talento especial. Pero el recuerdo de los primeros años de Militza en la ciudad seguían persiguiéndola, esos días solitarios en el Smolny Institute y esas fiestas horribles en las que ella y su hermana permanecían sentadas, a la

espera de que alguien escribiera su nombre en sus tarjetas de baile. Marina no iba a pasar por la misma experiencia.

—¡Lo saben! —dijo la voz del receptor.

Militza estaba de pie con la bata en el vestíbulo.

—¿Stana? —Notó cómo el corazón se le aceleraba—. ¿Qué? ¿Quién?

—No puedo hablar por el teléfono —continuó su hermana—. Nunca se sabe quién está escuchando.

Militza se vistió rápidamente. Su doncella Katya se quedó asombrada. Normalmente, cuando salía de visita casi toda la tarde, la gran duquesa se pasaba una hora por lo menos acicalándose, escogiendo lo último en vestidos de día, planchándose el pelo, eligiendo los zapatos perfectos con la cantidad adecuada de tacón, yendo a casa para volver a cambiarse antes de salir a cenar y al baile y quizá después a uno de los restaurantes más de moda bien entrada la noche, pero ese día se recogió el pelo con horquillas y escogió una camisa de cuello alto y una falda azul marino que llegaba casi hasta el suelo.

Stana ya estaba en el salón cuando Militza bajó por la escalera. Permanecieron sentadas en silencio mientras el lacayo servía té y unas porciones de bizcocho.

—Anna Vyrubova me lo ha dicho —dijo Stana en cuanto el lacayo cerró la puerta. Saltó del asiento y, con un frufú de seda granate, fue a sentarse junto a su hermana en el diván y la tomó de la mano—. Estaba en Donon's anoche...

—¿Qué hacía en un restaurante francés? —preguntó Militza, un tanto sorprendida.

—Había ido al teatro y había tomado una copa de champán —continuó Stana—. Yo recién volvía del baile de los Vladimir. En fin, que ahí estaba con una expresión gozosa en esa cara que tiene. Según parece, Alix sabe que fuiste tú...

—¿Yo?

—Quien acusó a Rasputín de ser miembro de los jlystý. —Stana se humedeció los labios con nerviosismo.

—¿Cómo? —Militza estaba horrorizada.

—Olga Lokhtina.

—¿Olga?

—Olga se lo dijo y entonces Anna se lo contó a Rasputín y a la zarina...

—¿A ambos?

—Eso parece. Militza, lo sabe todo el mundo. Lo que pasa es que Rasputín no se lo cree. Dice que tú nunca harías algo para perjudicarlo, pero la zarina...

—¿Cree a Olga?

Stana asintió.

—Pero ¿cómo? Todo el mundo sabe que Olga es una ilusa que padece de los nervios. La he visto con Grisha, con la boca en su entrepierna.

—La gente cree lo que quiere creerse. Cuanto más lo niegas, más firmes son las creencias —dijo Stana—. Olga dice que por eso fuiste hasta Siberia para verlo.

—Pero esa mujer está loca.

—Loca... y es una vieja amiga de Anna. Se conocen desde la infancia.

—¿A quién no conoce Anna? ¿Con quién no ha jugado desde que era pequeña?

Militza dio un sorbo al té. Le temblaba la mano y estaba aterrada; necesitaba un poco de elixir. Para aclararse el pensamiento. Se sacó del bolsillo un frasco rojo y vertió el contenido en el té. Stana la observaba.

—¿Qué hago? ¡No puedo pensar, no puedo pensar!

—No me extraña —dijo Stana, mirando el té reconstituyente.

—El zar toma el doble que yo y, de todos modos, es bueno para la sangre —espetó Militza—. No me estás ayudando.

—No hagas ningún caso —se limitó a aconsejar Stana—. Es la palabra de

Olga contra la tuya y, lo más importante, Grisha te cree.

—Pero ¿hasta cuándo?

—Debes mantenerte libre de toda sospecha.

—¿Cómo?

—Siendo más ferviente que nunca.

A Militza se le cayó el alma a los pies. No era posible que acabara así. Sin duda su relación íntima con la zarina —los favores, los secretos, todo lo que ella sabía— le resultaba sumamente útil. Sin duda habían pasado por muchas cosas juntas antes de la llegada de Rasputín. Y después. Incluso el problema de la boda de Stana había quedado un tanto relegado. Había muchos otros problemas, tantas tormentas fraguándose en el horizonte que su boda por amor ya no era una manzana de la discordia salvo para la gran duquesa Vladimir, que seguía furiosa por el exilio de su hijo. Pero ahora, justo cuando el mar y la arena empezaban a apaciguarse, pasaba esto. ¿Cómo era posible que el monstruo que ella misma había creado fuera su última y única oportunidad?

Sin embargo, esa misma noche se dio cuenta de lo precaria que era su posición. Lo que debería haber sido una Nochevieja entretenida en el fabuloso palacio de mármol del príncipe y la princesa Orlov —uno de los primeros y mejores edificios neoclásicos de la ciudad— resultó ser una absoluta amargura. Ella y Pedro llegaron con dos de sus hijos detrás. Marina, vestida de color amarillo limón, permaneció nerviosa junto a su madre, mientras que Román, que ya tenía catorce años y estudiaba en Kiev, exudaba la confianza titubeante de un joven que justo empieza a descubrir el vino y las chicas guapas. (La pobre Nadezhda, la menor, se había visto obligada a quedarse en casa porque solo tenía doce años.)

La fiesta estaba en su máximo apogeo, los miembros más jóvenes de la velada empezaban a ponerse románticos y todo el mundo anhelaba el final de una década que, francamente, reconocían que había sido muy difícil. Iba a ser

una buena velada. El príncipe Vladimir y la princesa Olga eran famosos por sus fiestas acertadas y deliciosas, donde la comida y el champán Veuve Clicquot eran más que abundantes. Su hospitalidad era tan generosa que, con los años, el viejo príncipe había engordado mucho más que su excesivamente delgada esposa. Estaba tan gordo que cuando se sentaba no se veía las rodillas, tan gordo que no había caballo en el ejército capaz de soportarlo, tan gordo que, en los desfiles, el pobre hombre quedaba reducido a jadear junto al zar para seguir el paso de la comitiva. Ella, en cambio, era tan extremadamente alta y delgada que tenía un aspecto quebradizo. Era una de las damas de compañía más apreciadas, mientras que él era teniente general del ejército; formaban una pareja curiosa y en una ocasión cuando aparecieron juntos en la corte, se comentó: «¡Hete aquí al príncipe y a la princesa Orlov, en carne y hueso!» A partir de entonces recibieron el apodo de Carne y Hueso. Todo el mundo los apreciaba a ellos y a sus fiestas generosas, incluidos el zar y la zarina, a quienes se esperaba aquella noche, en un evento social por primera vez en meses.

—¿Han llegado ya? —preguntó Militza a Pedro mientras estaban juntos con Marina en un rincón de la sala de baile.

—¿Por qué diantre te interesa el paradero de Nicky y Alix? —planteó Pedro, dando una larga calada al cigarrillo. De no ser por la vida social de su hijo e hija no habría estado ahí, por mucho que apreciara a Carne y Hueso y su generosidad; los bailes y las fiestas lo aburrían cada vez más.

—He oído decir que van a venir y estaría bien verlos —mintió Militza.

—¿Bien? —Pedro la miró con expresión burlona—. Se me ocurren compañías mucho más entretenidas. —Pedro miró a su hija—. Y tú, cielo, ¿por qué estás aquí de pie?

—Es que... es que estoy un poco... —tartamudeó Marina.

—Llevas un vestido precioso, eres preciosa; ahora ve a hablar con alguien.

—Pedro asintió hacia un grupo de chicas guapas situadas cerca de la puerta—. Con esas chicas de ahí. —Lanzó una mirada hacia un grupo de oficiales jóvenes y apuestos vestidos con elegantes uniformes rojos—. ¡Pero a esos jóvenes habrá que evitarlos!

Como era de imaginar, la llegada del zar y la zarina se anunció tarde. Aparecieron sin ninguna de sus hijas, ni siquiera Olga, quien, a sus quince años, debería haber podido celebrar el Año Nuevo fuera de casa. Al cabo de unos minutos de la llegada de la zarina, se sintió coaccionada. Se sentía incómoda con el vestido que llevaba y no dejaba de tirarse de las mangas ajustadas con bordados de seda, se aflojaba el escote alto por culpa del calor; los pesados pendientes de zafiros parecían producirle dolor, por eso se los quitó a los cinco minutos de llegar y los guardó con cuidado en su pequeño bolso de mano. Pero la expresión de su rostro era lo que ahuyentaba las conversaciones triviales. No soltaba prenda y las grandes manchas rojizas que tenía en la cara se le iban extendiendo por la nuca. Pobre Nicky, era obvio que quería dejar a su esposa de lado, pero Alix se aferraba con determinación a su brazo mientras recorrían la sala. Al final acabaron de pie en un rincón de la sala de baile, ella como una estatua, mirando con pesadumbre lo que tenía delante, mientras él deseaba alejarse y recorría con su mirada clara toda la estancia, intentando que alguien lo mirara a los ojos.

Al final, el gordo Orlov se acercó a conversar con su viejo amigo, lleno de camaradería jovial y, al cabo de unos minutos, Nicky consiguió soltarse de su esposa y trasladarse al otro lado de la sala de baile para que le presentaran a algunas debutantes sonrojadas que habían salido para su primera temporada.

Militza se acercó a Alix acompañada de la tímida Marina en cuanto la vio sola.

—¡Feliz Año Nuevo! —empezó diciendo—. Bueno, casi... —Alix la miró y no dijo nada. Militza continuó—: ¿Tienes ganas de que lleguen las Navidades

Ortodoxas? —Sonrió, aunque daba la impresión de que la zarina no la veía. Militza notó que se ruborizaba. La mujer la ignoraba totalmente y quienes las rodeaban empezaron a darse cuenta—. ¿No te parece que Marina está preciosa?

—No —fue la respuesta cortante mientras repasaba con la mirada a la chica—. El vestido —comentó, fijándose en las bonitas mangas amarillas y el escote— no es adecuado para una chica tan joven.

—Es...

—Sugiere una moral disoluta. —La zarina colocó la copa de champán sin tocar en la mesa—. Y una chica de clase baja. O la hija de un tendero. No resulta nada apropiado.

Cuando la zarina se marchó y quedó engullida por una multitud de sedas y joyas relucientes, Marina se echó a llorar.

—Cállate —dijo Militza, tirando a su hija del brazo—. No montes una escena. —Pero Marina lloraba desconsoladamente. No era una joven que fuera sobrada de seguridad, no se parecía a las demás debutantes con sus mejillas rosadas y tirabuzones rubios. Estaba pálida y tenía unos pozos negros como ojos; Militza a menudo se preguntaba si había heredado algo más que su aspecto físico.

—¿Por qué ha dicho eso? ¿Por qué? —sollozaba.

Militza echó un vistazo a la sala de baile; empezaban a llamar la atención.

—Vamos afuera. —Tiró de su desconsolada hija por la sala de baile abarrotada, abriéndose paso a codazos por entre la muchedumbre en dirección a la biblioteca situada al lado del gigantesco vestíbulo de entrada—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué le pasa a ella! —dijo entre lloros la chica, tirándose del vestido con indignación—. Es desagradable y malvada. ¡Esa mujer es una bruja?

—No creo que se te permita decir eso de la zarina sin acabar en la fortaleza

de Pedro y Pablo —advirtió una voz.

Madre e hija se volvieron y se encontraron a Anna Vírubova de pie en el umbral, su cuerpo rollizo embutido en un ajustado vestido de gala rosa y con su pecho prominente cubierto con una modesta gasa. Quizá tuviera el labio superior brillante por el sudor por culpa del calor de la sala de baile, pero tenía una expresión triunfante.

—Está disgustada —espetó Militza.

—Pero ese tipo de comentarios son traicioneros —declaró Anna.

—Déjanos en paz —dijo Militza.

—¿O qué? ¿O también intentarás que me marche a algún sitio?

—No sé de qué estás hablando —espetó Militza, abrazando a su hija.

—La zarina está disgustada contigo. —Anna sonrió con los brazos en jarras —. No le gusta que alguien intente quitarle a su Amigo.

—Yo le presenté a Grisha... ¿por qué iba a querer quitárselo?

En cuanto lo dijo, Militza se dio cuenta de que había cometido un error. Entablar una conversación con esa mujer era una equivocación porque era imposible saber qué iba a decir, qué conversaciones repetiría, qué salidas ingeniosas podría decidir compartir. Militza había sido tonta al subestimar a aquella mujer. Tonta por considerarla una inútil con tanta facilidad. Las apariencias engañan y ella, sobre todo ella, debía saberlo. El hecho de que la mujer pareciera boba no significaba que lo fuera. En ese momento cayó en la cuenta de que ella y su hermana estaban inmersas en una lucha a muerte. Una lucha por influencia, posición, poder...; una lucha que no podían permitirse el lujo de perder.

Dejó dicho a su esposo que permaneciera en la fiesta y Militza se marchó del baile con su desconsolada hija. Su llegada a casa sorprendió al lacayo y se lo encontró dormitando en el sillón del vestíbulo; igual de desconcertante le

pareció que la gran duquesa y Marina llegaran solas y que hubieran dejado al gran duque y a su hijo en el baile.

—¡Despierta a Brana! —bramó Militza mientras acompañaba a su hija escalera arriba—. Y dile que busque las velas votivas negras inmediatamente y que se reúna conmigo en mi salón privado.

—¿Las velas, Alteza Imperial? —El lacayo hizo una inclinación de cabeza.

—¡Sí! ¡Negras! ¡Date prisa!

Un conjuro muy básico invocando a la Santa Muerte debería bastar. Fácil, pensó Militza, mientras consolaba a su hija, fácil, fuerte y potente. Estaba totalmente capacitada para ello: era magia en estado bruto, el mismo conjuro por el que en una ocasión había reñido a su hermana. La Santa Muerte y las velas negras votivas quizá no fueran demasiado sofisticadas, pero Anna tal vez descubriera de repente que no gozaba de tan buena salud.

Así pues, mientras Marina yacía en su dormitorio contemplando el techo en silencio, bullendo de humillación, Militza encendió las velas delante de la imagen horripilante de la Santa Muerte, el espíritu danzante de la muerte cuya magia empezó a invocar.

*Ven, Santa Muerte, baila conmigo ,
ayúdame a que Anna V'rubova deje de existir.
Ven, Santa Muerte, ven a mí ,
ayúdame a que Anna desaparezca de aquí .
Ven, muerte danzante, ven a bailar conmigo ,
mata a V'rubova, un, dos, tres ...*

Militza fue dando vueltas por la habitación, murmurando, musitando su *zagovor* mientras las velas negras ardían ante la calavera sonriente. El corazón le latía cada vez más rápido mientras notaba que el corazón de Anna

también iba más rápido. La mujercita rechoncha galopaba arriba y abajo de la sala de baile. Era la primera vez que tantos hombres jóvenes la sacaban a bailar. ¡Tantos jóvenes encantadores! Llegó a la conclusión de que debía de ser su cercanía con la zarina lo que la hacía resultar tan atractiva. A todo el mundo le gusta el poder y ella, Anna, sí, Anna, estaba justo en el centro de él. ¡Qué divertido!

Militza creó una pequeña marioneta gorda de cera negra con sus manos habilidosas y expertas mientras daba vueltas por la habitación. Se encargaría de que Anna, esa cotilla, la vista y el oído de la zarina, la más petulante de las confidentes, dejara de ver y oír. Lo más probable era que Olga Lokhtina hubiera lanzado el rumor acerca de que Militza había denunciado a Rasputín, pero fue Anna, Anna quien lo había difundido, Anna quien había avivado las llamas, Anna quien era el cáncer tóxico del corazón de la corte.

Anna fue trotando arriba y abajo, su vestido rosa le apretaba en la cintura, el calor y el cuello alto del vestido empezaban a asfixiarla. Militza pensó que ojalá tuviera cera de una vela «muerta» porque las velas hechas con grasa de los muertos eran mucho más eficaces para despachar a los vivos, pero cada vez costaban más de encontrar. Menos campesinos se sentían inclinados a exhumar a los muertos para hacer velas de sebo, sobre todo cuando una vieja vela de iglesia resultaba casi igual de útil. Pero no tanto. Por tanto, Militza fue rotando cada vez más rápido, manipulando la cera de la vela votiva y cantando cada vez más fuerte, mientras la rolliza Anna Vyrubova tenía dificultades para respirar al mismo tiempo que le daban vueltas, obligada a subir y bajar, bajo el brazo, cogidos de las manos, dando grititos a la vez. Y cuanto más rápido bailaba, más le apretaba el vestido, más le costaba respirar. Militza clavó los alfileres en la marioneta baja y gorda que había creado. Le clavó uno en el estómago. El otro le atravesó la pierna. El tercero entró lentamente en la boca abierta y silenciosa del muñeco.

Anna Vírubova no parecía poder gritar cuando cayó al suelo presa de un dolor atroz. Le dolía el estómago, tenía un dolor de cabeza demoledor y durante unos cuantos minutos abrió y cerró la boca, incapaz de articular palabra.

—Parecía un bacalao gigante —dijo Román a la mañana siguiente mientras se tomaba el café a la hora del desayuno—. Estaba así... —Abrió y cerró la boca—. Y tenía la cara colorada, con manchas por toda la piel.

—¿Nada más? —preguntó Militza.

—Menuda escena fue —reconoció Pedro con una mueca de diversión en los labios—. Iba rodando por el suelo, sujetándose esa cintura amplia que tiene. Nunca he visto una cosa igual.

—¿Y nada más?

Román negó con la cabeza.

—La zarina se la llevó a casa.

—Probablemente necesitara una excusa para marcharse de la fiesta —dijo Pedro, dando un sorbo al café—. ¡En la vida he visto a alguien bebiendo champán con tanta reticencia!

—Quizá debería visitar a la pobre Anna... —sugirió Militza.

—Yo no me molestaría —dijo Román—. Se la llevaron a Tsárskoye Seló.

—La zarina volvió a negarse a pasar la noche en la ciudad —confirmó Pedro—. La ciudad es demasiado peligrosa para ella. Al menos es lo que ella dice.

Militza nunca consiguió ver si Anna se recuperaba de su «ataque repentino» en el baile. No se sentía culpable ni por asomo. Era consciente de que había actuado con precipitación. Suerte que no había tenido velas «muertas» a mano; de lo contrario, el «ataque» de Anna podría haber sido otra cosa. Pero necesitaba pensar qué hacer para neutralizarla, para anular a la mujer

rechoncha, asegurarse de que, independientemente de lo que dijera en el futuro, nadie volviera a tomarla en serio.

Mientras tanto, tomó el té de la tarde con la gran duquesa Isabel (o Mavra, tal como se la conocía) en el Club Náutico, seguido de una velada en el ballet para reflexionar sobre el tema. Militza apreciaba mucho a Mavra y a su marido, el gran duque Constantino Constantínovich, cuya inclinación por la poesía, el teatro y las visitas a altas horas de la noche a enigmáticos banyas hacía que fuera más entretenido que la mayoría de las almas deprimentes de la corte. Además, las dos mujeres intentaban encender la pequeña llama del romance que estaba prendiendo entre el encantador, talentoso y poético príncipe Oleg (el quinto de los ocho hijos que habían sobrevivido) y la pequeña Nadezhda, de solo doce años.

—¿Sabes que anoche la zarina hizo llamar a Rasputín? —declaró Mavra, jugando con una pequeña porción de pan con mantequilla y caviar rojo.

—¿Delante de todo el mundo? —preguntó Militza.

—No, creo que enviaron un coche a buscarlo. Según parece, rastrearon la ciudad hasta que lo encontraron en una habitación privada de Villa Rhode.

—¿Qué estaba haciendo en Villa Rhode? —Aunque Militza ya sabía la respuesta.

—Tengo entendido que estaba tan borracho que soltó juramentos y chilló ¡que no quería dejar a la calentorra de su querida puta! —Sonrió—. Pero el chófer no tuvo ningún miramiento y lo obligaron a salir; lo arrastraron escalera abajo mientras pataleaba y gritaba. Al final se durmió en el coche y, para cuando llegó a palacio, ya se le había pasado la borrachera.

—¿En serio?

—Es incluso peor. Anoche, el gordo Orlov le dijo a Nicky que Rasputín no le caía bien. ¡Y resulta que Alix lo oyó! Se puso hecha una furia por no decir otra cosa. Al parecer, ahora los Orlov son *personae non gratae*, al menos

para la zarina. ¡Esa mujer no está bien! —Mavra negó con la cabeza—. ¿Es verdad que fue desagradable con Marina? —Enarcó una de sus finas cejas.

—Fue encantadora —se apresuró a decir Militza—. Creo que Marina estaba un poco intimidada por el baile.

—Me imagino. —Mavra sonrió y dio un mordisco al extremo más delicado de su rebanada de pan. Hizo una pausa—. ¿Vas al ballet esta noche?

—Estamos invitados al palco imperial.

Aquella noche sería una de las que Militza intentaría olvidar en vano. Posteriormente ni recordaba qué ballet habían ido a ver ella y Pedro, tal vez porque no llegó a ver la representación.

Ella y Pedro llegaron temprano al teatro Mariinsky, Pedro vestido de frac y ella con su vestido de seda color rubí preferido, con diamantes, zafiros y unos guantes blancos de noche largos. Nada fuera de lo habitual. En el bar color carmesí con las banquetas de terciopelo rojo y el techo dorado, justo detrás del palco imperial, la flor y nata de San Petersburgo sorbía champán y esperaba que sonaran los primeros compases de la orquesta antes de ocupar sus asientos en el auditorio dorado. La conversación era la habitual: ¿Quién estaba? ¿Quién faltaba? ¿Y qué diantre había pasado con los Orlov la noche anterior? También se habló mucho del ataque que había sufrido la pobre Anna. Pero el fermento de la revolución que se estaba fraguando en el campo y en los barrios bajos de la ciudad no eran temas que les importaran.

Aun así, Militza estaba nerviosa mientras sorbía el champán; su sexto sentido la hacía sentirse inquieta, ansiosa, paranoica.

La orquesta arrancó con unos cuantos acordes y la muchedumbre rutilante apuró las últimas burbujas de las copas y se dirigió, en masa, hacia la puerta. Avanzando en tropel, se empujaron los unos a los otros sacando discretamente

los codos, dado que los asientos del palco imperial eran motivo de disputa. Como es natural, el zar y la zarina estaban en sus tronos en el centro del palco, desde donde podían ver y ser vistos, pero el resto de las localidades no estaban asignadas. La zarina podía dar una palmada a una que estuviera cerca de ella para indicar dónde podía sentarse alguien elegido, pero, aparte de eso, no había números. Dado que Anna seguía prostrada en la cama, luchando contra lo que Rasputín había dictaminado que no era más que una ligera fiebre, tenía la vista clavada en la presa, un asiento a la derecha de Alix. La zarina la miró cara a cara. Las trompetas sonaron, el telón de terciopelo azul empezó a abrirse y Militza sonrió y se preparó para avanzar, pero Alix, por su parte, se volvió de repente y dio una palmadita en el hombro a su dama de compañía, Sophie Buxhoeveden. Y eso fue todo. Militza no tenía asiento. Seguro que había sitio para ella en algún lugar, entre las sombras y alejada en los pliegues de terciopelo, pero no lo veía. Pedro, despreocupado de su esposa, había acabado en el otro extremo del palco y estaba charlando con tío Bimbo. ¿Por qué hacía tal cosa? Ella siempre se había sentado cerca de la zarina en el pasado, así que ¿por qué iba a ser diferente aquella noche? A Militza le daba vueltas la cabeza. Se volvió a un lado y a otro y las luces del auditorio se atenuaron. No veía nada.

La orquesta empezó la obertura y Militza se dio cuenta de que debía salir antes de que se encendieran las luces del escenario y resultara evidente que estaba de pie sola, sin asiento. En cuestión de segundos, salió a trompicones del palco.

—¿Madame? —preguntó una voz en cuanto entró en el bar privado, ruborizada y parpadeando—. ¿Estáis bien?

Militza miró en derredor, confundida. Una indignación ardiente le corría por las venas. ¡Después de todo lo que había hecho por esa mujer! ¡Esa idiota desleal y medio descalabrada!

—Primer ministro —dijo Militza, cauterizando sus sentimientos con la máxima rapidez de la que fue capaz. Le ofreció una mano enguantada para que se la besara.

—Alteza Imperial. —Piotr Stolypin le besó la mano—. ¿No miráis el ballet?

—No me apetece —respondió, agitando el abanico.

—¡Oh! —La miró con aire de duda burlona.

—Me apetecía una copa de champán. —Asintió hacia el bar y la gran cubitera de plata, llena de hielo, donde mantenían una botella del champán preferido del zar: Louis Roederer Cristal—. ¿Y vos?

—Una reunión en la Duma. Ha durado horas.

—Bueno, no os entretendré, caballero, que paséis una buena velada —dijo con brusquedad. Quería salir a la calle, respirar un poco del aire gélido de San Petersburgo para serenarse ella, y calmar su cerebro y sus emociones. Independientemente de lo que ocurriera a continuación, la zarina pagaría por ello.

—¿El Amigo está en el palco? —preguntó él, mirándola directamente—. Rasputín. O Rasputín-Novy, tal como se supone que debemos llamarlo ahora.

—¿Él? No. —Negó con la cabeza.

—No soporto a ese hombre —dijo, mesándose la barba poblada. Escudriñó la expresión de ella mientras alzaba los extremos de su bigote rizado y puntiagudo. Militza no soltó prenda—. No lo soporto.

—Pero ¿no ayudó a vuestra hija?

—Lo que no tolero es lo que le está haciendo a Rusia.

—Entonces os agradecerá saber que esta noche no está en el teatro. —Militza sonrió.

—Tengo entendido que vos y él os conocéis bien.

—Conozco a Rasputín —confirmó.

—¿Bien?

—Bastante bien.

—¿Lo suficiente para ir a Siberia, si no me equivoco? —Militza se llevó una sorpresa. ¿Cómo lo sabía?

—Fue una visita breve. —Sonrió de forma encantadora—. Y ahora, si me disculpáis, tengo que marcharme.

—¿Eso fue antes o después de ir a la policía? —quiso saber él.

Militza miró en derredor. ¿Lo había oído alguien? ¿Cómo es que sabía tanto?

—Si me disculpáis, primer ministro, realmente tengo que irme.

Stolypin se sentó lentamente en la banqueta, frotándose la coronilla reluciente y calva.

—Desgraciadamente, la zarina en persona puso fin a tal investigación.

—Me temo que no entiendo de qué habláis, señor.

—¿Acusaciones de ser jlystý?

—Creo que os confundís, caballero.

—Ese hombre es una mala noticia —continuó, con voz queda para que nadie lo oyera—. Es una tragedia para este país. Amo este país y ese hombre es una ruina para todos nosotros. Tiene cartas de las grandes duquesas, cartas íntimas que va propagando por la ciudad. Las lee en voz alta cuando está borracho. —Stolypin hablaba en susurros, pero la importancia de lo que estaba diciendo quedaba clara—. Solo hace falta que caigan en las manos equivocadas. La prensa ya va a por él, los retratos, las viñetas...; el hombre es más famoso que cualquier cortesano. Si encuentran las cartas... —Negó con la cabeza—. Tiene que marcharse. Y tiene que marcharse lejos, muy lejos.

—Pues entonces, primer ministro... —Militza se inclinó hacia él, mientras sus pendientes de zafiros brillaban bajo la luz de las velas—. Prohibidle la entrada a la ciudad —susurró. Él se la quedó mirando a los ojos negros—.

Tenéis el poder de hacerlo, señor. Prohibidle que vuelva a pisar San Petersburgo o, por supuesto, Tsárskoye Seló.

10 de febrero de 1911

Peterhof

Y así fue como llegó corriendo a toda velocidad por el bosque, descalzo y sin aliento, y se puso en manos de ella, suplicándole que lo dejara entrar. No sabía decir quién le había chivado que había guardias esperándolo para detenerlo y entregarle la prohibición de entrar en la ciudad, pero estaba rojo de ira y enfurecido por el hecho de que fueran a por él. ¡Él! ¡Nada más y nada menos! Pero apenas había tenido tiempo para lanzarse desde el tren y correr por la nieve. En un momento dado había conseguido apropiarse de un coche que lo llevó al bosque situado en el exterior de Peterhof, donde había saltado de este y se había dirigido directamente a Znamenka. Era como un perro perdido que había conseguido volver a casa corriendo, a donde había llegado jadeando, muerto de hambre y tiritando mientras las autoridades le pisaban los talones.

Fue idea de Stana conservar las uñas de los pies, igual que habían conservado el bebé muerto de la gran duquesa Vladimir todos esos años. Necesitaban algo, cualquier cosa, con lo que trabajar. Rasputín tenía mucho poder y su influencia lo abarcaba todo y parecía crecer día tras día. Cuanto más hablaban los periódicos de lo espantoso que era, más resueltos se

volvieron sus seguidores y la zarina más se aferró a él. «La gente se cree lo que quiere creerse», solía decir Stana. Pero Alix era algo más que una creyente. Era casi como si fuera su propio niño mimado y ella fuera la única que podía controlarlo. Por supuesto, era lo que pasaba con tantas otras cosas referentes a Grisha, totalmente lo contrario, puesto que era él quien la controlaba a ella. Pero la zarina no se daba cuenta. Para entonces ella raras veces salía de palacio y nunca se dejaba aconsejar por alguien que estuviera fuera de su círculo de confianza: Anna, Rasputín, Nicky y los niños. Muy de vez en cuando, al señor Charles, el tutor inglés, se le permitía tener una opinión o una idea; pero, en su mayor parte, la labor de todos los que pertenecían al círculo de confianza era estar de acuerdo con Alix.

Y nadie estaba de acuerdo con Alix de forma más vehemente que Anna. Anna, que se había recuperado demasiado rápido, estaba de acuerdo con todo lo que Alix decía. Vivía al lado de su casa, quería a la zarina con todo su ingenuo corazón, y se convirtió en la defensora acérrima de Rasputín.

Stana y Militza se habían preguntado a menudo con despreocupación cuán fervorosa era. ¿Acaso disfrutaba de sus «sanaciones» o su carne rolliza y rosada no era del gusto del siberiano? Lo que sí sabían era que ellas dos no eran del gusto de Anna; lo que Anna sentía por las hermanas estaba clarísimo. En un periodo relativamente corto y como reflejo de la afinidad que tenía con la zarina, había conseguido convertirse en la seguidora diaria de Rasputín y la detractora diaria de Militza y Stana. Incluso se negaba a llamarlas por su nombre e insistía en denominarlas «las Negras» o «las Cornejas». En cuestión de semanas, era como si hubiera estallado una guerra, una guerra de rumores y cotilleos, entre los palacios.

Así pues, cuando Rasputín decidió llamar a la puerta de Militza en plena noche y pedir refugio, Militza no solo se sorprendió, sino que se mostró de lo más servicial. Podría haberlo arrojado a los leones, que era lo que tenía ganas

de hacer. Stolypin había hecho exactamente lo que ella le había sugerido. Pero, aun así..., si era capaz de convertir a Rasputín de nuevo en su esclavo, entonces quizá volviera a tener abiertas las puertas de palacio. Después de la noche del ballet, las invitaciones habían decaído sobremanera, y Anna se encargaba de destruir por todos los medios el poco amor que quedaba entre la zarina y Militza y Stana.

Sí, a ella le resultaba más útil vivo. Si no, por lo menos, podía conservarlo y recuperar su querido icono.

Mientras roncaba en el diván al tiempo que los soldados rodeaban el palacio como una manada de lobos, Militza registró su bolsa de cuero. Incluso para un *strannik*, viajaba ligero. En el interior encontró la camisa bordada a mano que la zarina le había dado junto con unas prendas de vestir hediondas, una Biblia de piel bien gastada cuyas páginas empezaban a desprenderse, y una colección de cartas, todas ellas dirigidas a «Señor». Estaban selladas y escritas con la caligrafía llena de garabatos descontrolados de él. Había oído decir que, a cambio de una pequeña fortuna, Rasputín podía recomendar a una persona o a alguien que uno designara para un trabajo o para echar una mano. Al parecer, llevaba las cartas siempre con él para venderlas. Esta en concreto decía:

Estimado señor:

Conceded a quienquiera que tengáis delante y que porte esta carta lo que pida.

Atentamente,

RASPUTÍN- NOVY

Según decían, así era como funcionaban los negocios en la ciudad. Ella siempre había supuesto que se trataba de un rumor, propagado por su cada vez

mayor número de enemigos, pero el gran fajo de dinero que había en el fondo de la bolsa parecía confirmar las historias. Pero Militza tenía suficiente dinero; lo que quería era su icono.

«Protege a todos aquellos que lo poseen. No te sobrevendrá ningún daño mientras esté en tu posesión», le había dicho Philippe cuando se lo había entregado.

Pero entonces el monstruo se lo había robado. Su monstruo. El que ella había creado con cera y bautizado con el alma de un niño muerto al nacer. Y él no se merecía la protección. Le temblaban las manos mientras le registraba la bolsa. Su gran vientre subía y bajaba mientras roncaba como un borracho en la nieve, pero respiraba de forma irregular y cada vez que paraba estornudaba o tosía, Militza aguantaba la respiración. Al final, lo vio en el fondo de la bolsa, pero cuando lo sacó se le cayó y repiqueteó por el suelo.

Rasputín se despertó sobresaltado. Saltó del diván con unos ojos abiertos como platos como si no hubiera estado durmiendo.

—¿Qué estás haciendo? —bramó—. ¿Por qué está mi bolsa deshecha? ¿Qué ha sido ese ruido?

—¡Grisha! ¡Grisha! —le susurró presa del pánico—. ¡Tienes que marcharte!
—Ella lanzó una mirada al icono que relucía medio escondido bajo el diván. Ella se le acercó un poco más, con la esperanza de taparlo con los faldones de la larga bata de terciopelo.

—¿Marcharme? —Se mostró confundido.

—¡Los soldados están aporreando la puerta!

—Pues yo no he oído nada.

—Acaban de hacer añicos unas cuantas ventanas; mis porteros los están conteniendo, pero no podrán hacerlo durante mucho tiempo. ¡Por favor! Mientras puedas, Grisha, amor mío. —Sonrió y le pasó la mano por la frente llena de bultos—. ¡Vete! —Militza alzó la bolsa y tiró de las cintas de cuero

que la cerraban antes de tendérsela—. ¡Vete! —instó—. ¡Date prisa, antes de que sea demasiado tarde!

Lo guio apresuradamente escalera abajo por la parte trasera y vio cómo el lacayo lo ayudaba a ponerse las botas.

—¿Adónde irás? —preguntó ella.

—Lejos —dijo él, lanzando una mirada por encima de su hombro—. Lejos de la ciudad, de vuelta a las estepas y la tierra que conozco. Adiós —dijo, y le dio un beso rápido.

«Debe de tener miedo», pensó Militza mientras notaba el tacto de sus labios húmedos en las comisuras de la boca; en circunstancias normales, le habría introducido la lengua o le habría metido la mano áspera por debajo de la falda y entre las piernas, no siempre por el placer de la experiencia sino, sobre todo, porque se lo podía permitir. Esa noche no lo hizo.

—Me encargaré de la policía —indicó ella.

—Estoy en deuda contigo —dijo mientras abría de par en par la puerta trasera. Una ráfaga de aire gélido entró silbando directamente desde el golfo de Finlandia—. ¡Gracias! —reiteró él, colgándose la pequeña bolsa de cuero al hombro. Desapareció envuelto en un torbellino de escarcha y nieve.

Militza cumplió su palabra y entretuvo a la policía, que permaneció acampada en el exterior del palacio observando los movimientos de todos durante las siguientes tres semanas. Un telegrama remitido por el gobernador de la provincia de Tiumén anunciando la llegada a salvo de Rasputín a su casa de Pokróvskoye puso fin a la vigilancia. Al parecer, el joven oficial del mostacho tipo plumas que estaba al mando había estado tan indignado por la supuesta brujería de Militza y la huida milagrosa de Rasputín que se había presentado en el despacho de Stolypin y le había suplicado que le permitiera

viajar a Siberia personalmente para entregar a Rasputín los documentos que le prohibían la entrada a la ciudad. Pero Stolypin se limitó a echarlo. Estaba harto de la lucha y, de todos modos, ahora que la zarina sabía exactamente lo que el primer ministro pensaba de su sabio y gurú, era consciente de que tenía los días contados.

Aunque lo escasos que llegaron a ser los días resultó una conmoción para todos excepto Rasputín.

El desaire inicial fue obvio. Stolypin no recibió una invitación para viajar en el tren imperial de San Petersburgo a Kiev, sino que tuvo que hacer el viaje de tres días en solitario. Cuando llegó, no fue incluido en el séquito imperial y tuvo que abrirse camino por entre la muchedumbre para la inauguración del gobierno local en el suroeste de Rusia en un pequeño carro de caballos, en solitario. De hecho, la familia real lo trató con tanta frialdad que bastó para hacer enfermar al hombre, hasta tal punto que Rasputín, que, por supuesto, había sido invitado, comentó al ver a Stolypin saludando a la multitud: «La muerte lo acecha. Cabalga detrás de él.»

Desde luego que tenía la muerte cerca. Muy cerca. Stolypin recibió un disparo esa noche, el 14 de septiembre, en la ópera, mientras asistía a la representación de *La leyenda del zar Saltan* de Rimski-Kórsakov. Afortunadamente, recordaba Militza, las grandes duquesas Olga y Tatiana habían ido a buscar un té al *foyer* cuando el pistolero atacó y disparó a Stolypin de lleno en el pecho mientras su guardaespaldas había desaparecido oportunamente para fumarse un cigarrillo. Y mientras la orquesta arrancaba con *Dios salve al zar*, la familia imperial salió del palco mientras Stolypin salía tambaleándose del teatro hacia una camilla que lo esperaba. El hombre tardó cuatro días en morir. El zar lo visitó un par de veces y acabó siendo rechazado por la afligida esposa de Stolypin. Alix, sin embargo, ni siquiera llamó a presentar sus respetos.

—¿Sabes qué dijo Alix? —preguntó Stana, dando un sorbo al vino mientras las hermanas y sus respectivos esposos estaban sentados en la terraza, admirando la puesta de sol sobre el mar Negro.

—¿Qué? —preguntó Militza.

—Quienes han ofendido a Nuestro Amigo ya no pueden contar con la protección divina. —Stana asintió.

—¿O sea, que cree que el asesinato de Stolypin fue un castigo divino? —preguntó Pedro mientras una voluta de humo escapaba de sus labios.

Stana asintió.

—Por prohibir a Rasputín que entrara en la capital.

—Prohibición que nunca se puso en práctica —añadió Nikolasha—. Esa criatura se marchó a Siberia y volvió enseguida, al cabo de un segundo. Pasó el verano con acólitos en el campo, y reapareció en Kiev. Lo que ocurrió fue que el nombre del pobre Stolypin quedó marcado con un punto negro mientras que Rasputín sigue vagando por ahí. —Suspiró—. Esa mujer está perdiendo la cabeza.

—No sé si alguna vez la ha tenido —indicó Pedro.

—¿Sabes qué oí el otro día? —continuó Nikolasha—. Y no soy de los que cotillean...

—¿Pero? —Stana sonrió.

—Según parece, cuando Alix tiene dolor de cabeza...

—Lo cual sucede a menudo —intervino Pedro.

—Eso es verdad —convino Nikolasha—, para curar el dolor, escribe las frasecitas que suelta Grisha porque la ayudan a despejar la cabeza.

—Hace eso cada vez que él se marcha de la ciudad —dijo Militza.

—¿Qué frasecitas? —interrogó Stana.

—Banalidades —profirió Nikolasha. Carraspeó con dramatismo—. Por ejemplo, sobre el matrimonio dice: «Un buen injerto revive a un árbol viejo.»

Pedro se echó a reír.

—No lo dudo.

—Sobre viajar: «Antes de cruzar el río, asegúrate de que el ferry está en su sitio.»

—Muy profundo —comentó Pedro.

—Y parece ser que le dijo al príncipe Yusúpov: «Con lo que cuelga en las paredes de tu casa, podrías alimentar a cinco pueblos.»

—Bueno, al menos esta última es verdad —reconoció Pedro, apagando la colilla—. Aunque cinco parecen pocos.

—¿Qué hacía hablando con Yusúpov? —preguntó Militza—. Pensaba que a la familia le desagradaba Grisha.

—Les desagrada —respondió Nikolasha—. Pero ya conoces a Félix, ¡es capaz de cualquier cosa con tal de fastidiar a su padre!

Cuando Grisha regresó a la ciudad en otoño de 1912, su salón de Rasputinki era tan famoso que incluso el pasillo situado en el exterior de su apartamento en la segunda planta estaba repleto de seguidores, todos ellos llevando tributos y peticiones para que lo ayudaran. Tanta era su fama y notoriedad que no había ni una sola persona entre San Petersburgo y Sajalín que no supiera quién era. Su nombre estaba en boca de todos, y las historias de sus poderes y reputación se intercambiaban entre vasos de cerveza aguada en todos los *traktir* a lo largo de las once zonas horarias. Sobre todo, desde el supuesto «Milagro de Spala», donde Alejo se había puesto tan enfermo que su muerte inminente se había anunciado en los periódicos, y al final, lo había salvado un telegrama que Rasputín envió desde su cada vez más lujosa casa de Siberia.

—Dios ha visto tus lágrimas —dijo a la zarina— y oído tus plegarias. No

estés triste. El niño no morirá. No permitas que los médicos te atormenten en exceso.

A medida que avanzaba el invierno, las colas de quienes estaban desesperados por conocer al hombre más santo de toda Rusia eran tan inmensas que muchos dormían en la gélida calle, esperando su regreso durante las muchas noches en las que salía.

Si su padre no le hubiera pedido ayuda, Militza no se habría acercado jamás al apartamento de Rasputín. Obviamente ya se había dado cuenta de que había perdido el icono de san Juan Bautista, pero de todos modos ella no deseaba someterse a ninguno de sus interrogatorios. Sin embargo, el ambiente era conflictivo. Los Balcanes estaban en crisis, y su padre había declarado la guerra al Imperio otomano y necesitaba la ayuda de Rusia. Ella tenía la obligación de emplear sus contactos y toda la influencia que tenía para conseguir que Nicky acordara enviar sus tropas al sur. Así pues, acompañada de Stana, fueron a ver a Grisha en coche con la esperanza de convencerlo de que las ayudara.

—Pase lo que pase, no hablaremos del icono, ni siquiera lo mencionaremos —dijo Militza—. Y si pregunta, negamos saber nada de él.

—Seguro que piensa que lo perdió en el bosque mientras huía de los lobos de Stolypin.

—Seguro. Y tal vez se sienta un poco tonto por haberlo perdido.

—Seguro. —Stana suspiró.

Se quedaron sentadas en silencio mientras recorrían la ciudad en el coche.

—No hay nada que me exaspere más que tener que ponerme de rodillas ante él —indicó Militza de repente mientras miraba por la ventanilla.

—Es la voluntad de nuestro padre —repuso Stana—. Y todos sabemos lo

que pasa con su voluntad. —Rio irónicamente—. Hacemos lo que nos pide.

—Lo que nos exige.

—Sí, lo que exige, independientemente de lo que suponga para nosotras.

—Para empezar, no tengo ni idea de por qué decidió declarar la guerra al Imperio otomano —reconoció Militza—. Es de idiotas entrar en guerra si no estás seguro de la victoria.

Era una tarde fría y con viento fuerte y racheado, y las grises calles de San Petersburgo estaban llenas de siluetas crepusculares encorvadas para resistir el viento espantoso al caminar, y las aguas normalmente tranquilas del Fontanka estaban siendo fustigadas cual caballos blancos salvajes mientras cruzaban el puente. Se avecinaba tormenta. Una brigada de soldados marchaba por el centro de la carretera, más allá de una reunión de trabajadores de las fábricas en un rincón, donde un joven estaba encaramado a una caja, gesticulando mientras lanzaba consignas a la multitud receptiva.

—¿De qué hablan? —se preguntó Stana cuando los dejaron atrás.

—¿De defender a nuestros hermanos eslavos de los infieles otomanos? —sugirió Militza.

—¿O del precio del pan? —Stana se volvió hacia su hermana—. Nikolasha dice que la situación en el campo es bastante mala.

—La situación en el campo siempre ha sido mala —repuso Militza—. Por eso las ciudades están tan llenas.

Cuando se detuvieron en el exterior del apartamento de Rasputín, les quedó claro el verdadero alcance de su popularidad. Había por lo menos doscientas personas esperando pacientemente, haciendo una cola ordenada en la acera; mientras había otro grupo de hombres al otro lado de la carretera. Vestían abrigos gruesos y gorros de piel cálidos, las manos encajadas en los bolsillos mientras caminaban por ahí, arrastrando los zapatos en el barro sin que, aparentemente, tuvieran algo mejor que hacer.

—¿Son...? —Stana atisbó por la ventanilla.

—La Ojrana.

—No parecen muy discretos para ser la policía secreta.

—Controlan todos sus movimientos.

—¿Por qué?

—Todo el mundo quiere saberlo todo, supongo.

—Mira qué cola —suspiró Stana—. ¿Él sabe que venimos?

—Eso me han dicho —contestó Militza—. Me alegro de que estés conmigo... No sé si podría enfrentarme a esto sola.

Las hermanas subieron por la escalera trasera, tal como les habían indicado, y pasaron por delante de las colas de mujeres medio dormidas que ocupaban la principal. La trasera estaba reservada para las visitas privadas de Rasputín: aristócratas o ciertas damas que lo hubieran encandilado la noche anterior. Era estrecha y empinada y despedía un fuerte olor a vodka derramado y a gatos callejeros. No era el lugar en el que alguien querría pasar un solo instante, pero, sin embargo, cuando las hermanas llegaron a lo alto de la escalera y a la puerta del apartamento, encontraron a tres mujeres esperando en el pequeño rellano.

—Disculpad —anunció Militza, levantándose los faldones con ambas manos para evitar que se arrastraran por el suelo asqueroso.

—Chitón —repuso una de las mujeres—. Está rezando.

Todas se quedaron quietas aguzando el oído contra la puerta cerrada, escuchando concentradas los ruidos procedentes del otro lado. Primero se oyó el chirrido de unos muebles que se cambiaban de sitio y entonces una mujer chilló, una sola vez, antes de reír y de que se hiciera el silencio. Entonces, al cabo de un momento, se oyó el movimiento y gimoteo propios del sexo. Empezó lentamente, como un tren que parte de la estación y luego va ganando ritmo mientras traquetea a lo largo de las vías. Iba cada vez más rápido y

estaba acompañado del sonido de una mano que se golpea contra la pared. Al final, se produjo un fuerte gemido, imposible discernir si de él o de ella. Y entonces paró de manera igual de repentina que como había empezado.

—Ha acabado. —La mujer asintió con un tono y expresión totalmente pragmáticos—. Podéis entrar.

Al entrar en su apartamento, a Militza la sorprendió enseguida lo poco que había cambiado desde su última visita. El pasillo con el colgador y la salita con la mesa circular seguían estando allí. No obstante, lo que sorprendía, dados los sonidos que acababan de oír procedentes del cuarto trasero, era que los asientos situados alrededor de la mesa estuvieran llenos de mujeres, esperando, unas quince en total. Algunas bebían té; otras tricotaban o cosían, o leían textos religiosos, o estaban sentadas sin hacer nada con la espalda recta y los ojos clavados en la puerta cerrada.

—¿Militza Nikoláyevna? ¿Anastasia Nikoláyevna?

Las hermanas miraron en derredor. Ahí, en una esquina, comiendo huevos hervidos a la sal, estaba Anna Vyrubova y, sentada a su lado, otra de las confidentes de la zarina, Lily Dehn. Esta última había entrado recientemente en el círculo de las Rasputinki, aunque ya se había convertido en una de sus seguidoras acérrimas. Recientemente había expresado en público su desagrado por la institutriz de la familia imperial porque también se había quejado en público de las visitas a horas intempestivas y sin vigilancia de Grisha a las grandes duquesas en sus respectivas habitaciones. Y mientras buena parte de Moscú y San Petersburgo estaba en contra de tal transgresión del protocolo, Lily arguyó que la institutriz estaba muerta de celos y que constantemente se lanzaba sobre el mismo Grisha como una colegiala víctima del desamor. La

pobre institutriz fue relevada de su cargo mientras Lily Dehn continuó mancillando su reputación.

—¿Habéis venido a sumaros a nuestro pequeño club? —preguntó, mirando a las hermanas de arriba abajo con gran suspicacia. «¿Qué diantre tenían que ver las “sibilas montenegrinas” con su hombre?»

—¿Vuestro club? —inquirió Stana, mirando en derredor hacia el grupo ecléctico de mujeres allí presentes. Había que reconocer que algunas eran jóvenes, y algunas jóvenes y guapas, pero quedaba claro que otras iban acompañadas de sus madres, aunque la mayoría eran de mediana edad y más bien entradas en carnes, como Anna, y no destacaban ni por su belleza ni por su encanto ni nada digno de mención.

—Sí —dijo una mujer corpulenta que tenía más bigote que el joven oficial que había aporreado la puerta de Militza a altas horas de la noche hacía ya muchos meses.

—Somos el club de las diez en punto. Nos reunimos aquí cada mañana a las diez a esperar reunirnos con Nuestro Padre.

—¿Vuestro padre? —Militza frunció el ceño.

—Nuestro Padre Grisha. Esperamos a hablar con él, oír sus palabras, a ser bendecidas por él. A veces está satisfecho con nosotras y otras veces no.

—¿Y qué ocurre cuando no está satisfecho con vosotras? —preguntó Stana.

—Grisha golpea a quien no le satisface —respondió.

—Y cuanto más fuerte, más nos acercamos a Dios —añadió otra.

—Porque no solo a través del castigo se alcanza la salvación —indicó una tercera.

Stana miró hacia su hermana.

—A veces venimos y pedimos que nos azote —dijo la mujer corpulenta, sonriendo—. Nuestro Padre siempre dice: «Si tenéis intenciones de hacer algo malo, primero venid a decírmelo.» Y si puede nos saca las malas intenciones a

golpes —asintió, cogió un huevo y lo sumergió en un platito con sal que tenía delante antes de introducirse en la boca.

—¿Le digo que estáis aquí? —sugirió Anna mientras con sus ojos redondos no paraba de mirar de una a otra hermana—. Normalmente soy quien hace las presentaciones. Superviso quién entra y sale...

—¡Mamá! —exclamó Rasputín cuando salía de la habitación trasera con la camisa colgándole por fuera de los pantalones. Colocó la mano izquierda a la altura del vientre y la mano derecha alzada como si bendijera a las hermanas—. ¡Me he enterado de que estabais aquí! —Hizo la señal de la cruz—. ¡Benditas seáis por haber venido! ¿Té o vino?

Su llegada supuso una descarga de electricidad para el grupo. Las mujeres se incorporaron, se pellizcaban las camisas blancas, se ajustaron los sombreros con penacho, y se alisaron los faldones de seda... y todas sonrieron. Era como si fueran debutantes en el baile, todas ellas intentando llamar la atención de un pretendiente. El abrazo cariñoso que dio a las dos hermanas provocó los celos de las presentes.

—Venid —dijo, haciendo caso omiso de los rostros expectantes y vueltos hacia arriba—. Pasad por aquí para que podamos hablar.

—¿Entro a ayudar? —preguntó Anna, que se levantó de la silla con gesto autoritario.

—No —respondió Rasputín, haciendo un gesto con la mano sin ni siquiera mirarla.

Militza y Stana lo siguieron a la habitación trasera que, incluso en la tenue luz del atardecer, se veía muy desordenada. Las sábanas del diván estaban arrugadas, había vasos medio llenos de vino y de Madeira encima de la mesa, y el ambiente cargado apestaba a sudor y sexo. Militza lanzó una mirada al diván, esperando ver a alguna mujer bien montada y exhausta recogiendo sus

faldas, pero la habitación estaba vacía. La acólita sanada debía de haber huido por la escalera trasera.

—Veamos —dijo, dando una palmada a la zona del diván que todavía estaba caliente—. Sentaos y decidme por qué habéis tardado tanto en venir a verme.

Su pregunta las sorprendió. No mencionó el icono ni la última vez que Militza lo había visto, cuando había suplicado su ayuda. Ellas le contaron sus excusas, fingieron haber intentado verlo muchas veces; haber llegado hasta ahí con el coche o el carruaje, pero habían visto a tanta gente... o no habían querido molestarlo. Lo habían visto en la corte, pero siempre se le veía muy ocupado.

—Todo el mundo me quiere —confirmó, asintiendo con magnanimidad—. Pero no puedo ayudarlos a todos.

Se sirvió un gran vaso de Madeira. Militza se inclinó hacia delante con la petición de su padre en la punta de la lengua. Rasputín alzó la mano e inmediatamente empezó a relatar sus visitas a palacio, sus conversaciones íntimas y de confianza con el zar y la zarina, así como las numerosas veces que lo habían llamado para ayudar al pequeño. No paraba de hablar, describió cada ataque, cada episodio y lo terriblemente agradecida que siempre estaba la llorosa zarina, cuánto confiaba en él. Y, al final, que su telegrama a Spala había salvado al heredero al trono y, sin duda, a la misma Rusia y su imperio.

—Extraordinario —convino Stana.

—Me pregunto... —empezó a decir Militza—. Tengo una nota de mi padre. —Él volvió a levantar la mano—. Lo dejaré aquí. —Empujó el sobre, con la gruesa lacra roja real, hacia él.

Él le dedicó una breve mirada antes de continuar. Cuanto más bebía, más se le expandía el pecho y más pomposa era su actitud. Acabó resultando obvio que no se dirigía a ella, sino que relataba historias y anécdotas bien ensayadas

que contaba a todo el mundo, a cualquiera. Las dos hermanas habían dejado de existir; eran su público. Y lo único que quedaba era el ego de Rasputín.

22 de febrero de 1914

San Petersburgo

Hasta al cabo de unos meses las hermanas no se percataron de lo artero que había sido Rasputín.

Varios días después de escuchar sus divagaciones jactanciosas de borracho en la habitación caldeada y empapada de sexo, Stana y Nikolasha consiguieron hablar con el zar en privado. Dado que Nikolasha era comandante en jefe del ejército, sus opiniones, ideas y consejos eran importantes para el zar, independientemente de las tribulaciones entre sus respectivas esposas, por lo que fueron invitados a una reunión en su despacho de Tsárskoye Seló, donde suplicaron fervientemente al zar que Rusia se comprometiera a ayudar a Montenegro en la guerra de los Balcanes.

Su argumentación era bastante sencilla: dado que Montenegro había apoyado a Rusia durante la desventurada guerra ruso-japonesa, había llegado el momento de que el zar honrara su alianza y defendiera a su aliado más leal, el padre de Stana. Al fin y al cabo, eran parientes. Salieron de la reunión alentados por la respuesta de Nicky, convencidos de que Rasputín se reuniría con el emperador más tarde ese mismo día para apuntalar el plan. Al fin y al cabo, le habían dejado la carta y lo habían escuchado estoicamente durante más de dos horas mientras se bebía un par de botellas de Madeira y no dejaba de hablar de él.

Salvo que no fue eso lo que ocurrió.

En febrero, mientras los pobres estaban al acecho en las calles cubiertas de nieve buscando comida y la amenaza de guerra se cernía peligrosamente sobre el país, la corte celebró la boda no de la década, sino tal vez de todo el siglo.

La unión entre la princesa Irina Aleksándrovna, la única hija de la hermana del zar, Xenia, y el gran duque Alejandro, y el príncipe Félix Yusúpov, el príncipe más codiciado y rico de toda Rusia, fue todo un acontecimiento. Irina, bella, aristócrata y cultivada, la única sobrina del emperador, estaba considerada el mejor partido del imperio, y el hecho de que se casara con el príncipe más rico de este convertían la ceremonia y la fiesta posterior en un evento social muy especial.

La boda se celebró en la capilla privada del palacio Aníchkov, y la novia llegó en un carruaje de gala tirado por ocho caballos blancos. Evitó la tradición, y en vez de llevar el habitual vestido de gala con un kokóshnik, apareció ataviada con un vestido de satén de seda de última moda, con bordados en hilo de plata y con una tiara de cuarzo cristalino de Cartier que sujetaba el velo de encaje que María Antonieta había llevado el día de su boda. El novio, que no tenía ningún rango en el ejército ni función militar oficial, vestía una levita oscura bordada con oro y unos pantalones blancos de un tejido con acabado satinado. Ella fue conducida por el pasillo por el zar en persona, que le entregó veintiún diamantes en bruto como regalo de boda, además de conceder al príncipe Yusúpov acceso ilimitado al palco imperial en el teatro en vez de su regalo original —un cargo en la corte— que el joven príncipe había rechazado.

Fue sin duda un evento magnífico, una profusión de joyas caras, sedas lujosas y uniformes resplandecientes, con una fila para la recepción con más de dos horas de espera. Y mientras la feliz pareja estaba allí, junto con sus progenitores, aceptando las felicitaciones de los invitados, el resto de la gente

daba sorbos al champán, comía caviar a cucharadas y hablaba del terrible aumento de las hostilidades tanto en el país como en el extranjero, mientras echaban alguna que otra mirada por las ventanas que daban al canal y a las calles grises de más abajo.

—¿Qué te parece el vestido? —preguntó la gran duquesa Vladimir, mientras su tiara de Bolin compuesta de diamantes y perlas se estremecía.

—Me ha parecido precioso —respondió Stana, dando un sorbo al champán.

—A mí me ha parecido bastante soso en comparación con los vestidos de gala habituales; no acabo de entender por qué Xenia se lo ha dejado poner. — Sonrió, antes de sacar su pequeña mano rolliza—. ¿Te gusta el regalito de Navidad que me he hecho? —En su dedo índice brillaba una sortija de cabujón de rubí, del tamaño de un escarabajo emperador—. Cartier. —Desde la muerte de su esposo hacía casi cinco años, María Pávlovna había recibido un millón de rublos al año como pensión, que se había gastado sobre todo en joyas.

—Es hermoso —indicó Militza, puesto que realmente era extraordinario.

—He oído decir que tu Amigo se opone a ir a la guerra —dijo María, retirando la mano y dando un buen sorbo a la copa—. ¡No pongas cara de sorpresa! —continuó—. Pensaba que lo sabías. Resulta que el otro día pidió al zar que no entrara en liza con los otomanos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Nikolasha.

—No hace mucho —dijo María—. He oído decir que, de hecho, se tumbó en el suelo, suplicándole que no apoyara a los vuestros.

—¿Rogando? —inquirió Nikolasha.

—Eso es lo que me han dicho. —Sonrió.

—¿Suplicándole? —repitió, horrorizado—. Ese hombre no tiene límites. ¿No te parece increíble? —Se volvió para mirar a Stana—. ¿Después de todo eso?

—También va a cambiar de apartamento —continuó María.

—¿Adónde? —interrogó Militza.

—A la calle Gorojovaya, número sesenta y cuatro, apartamento en el cuarto piso, por lo que parece. Una calle mugrienta —dijo—. El zar le paga el alquiler, ciento veintiún rublos al mes. Pero está muy cerca de la estación de tren, con línea directa a Tsárskoye Seló.

—Pareces muy bien informada, María —declaró Nikolasha.

—Por supuesto que sí. —Se echó a reír—. El otro día tomé el té con esa comadreja que es Anna Vírubova; ¡esa mujer sabe más que la Ojrana y es lo bastante imbécil como para responder a todo lo que se le pregunta!

—¿Quién sabe más que la Ojrana? —inquirió un hombre bajito y delgado con una cara ancha y el cabello castaño y ralo—. Oswald Rayner, soy amigo del príncipe Yusúpov, de la Universidad de Oxford.

—Buenas tardes —respondió Militza, asintiendo. Aquel tipo tenía algo que le resultaba atractivo. Tenía una expresión inteligente y unos modales encantadores; era fácil darse cuenta de por qué el príncipe había entablado amistad con él—. Estábamos hablando de una conocida mutua.

—Que es muy amiga de Rasputín —añadió María—. ¿Sabe a quién me refiero?

—He aprendido a no mencionar su nombre. —Río el señor Rayner—. Hablar de Rasputín es más peligroso que el mismo Rasputín.

Nikolasha y Stana estaban demasiado furiosos para permanecer más tiempo en la boda. Nikolasha se sentía más humillado que enojado; había confiado en que el siberiano hablara con el zar, había creído que los ayudaría, y el hecho de que un campesino le ganara la partida lo ofendía sobremanera. No era una nimiedad, un juegucito. Era la guerra.

A la mañana siguiente, Stana telefoneó a su hermana.

—No sé qué hacer —dijo—. Papá está furioso. Confiaba en que Nicky lo apoyara y Nikolasha dijo que resultaría fácil pero ahora Rasputín lo ha cambiado todo. Ese hombre está totalmente fuera de control. Dirige la orquesta mientras los demás nos sentamos en la platea. Tenemos que hacer algo.

—Tenemos que pensar, Stana. No nos precipitemos.

—¡Precipitarnos!

—¡Tenemos que pensar en un plan!

—No, querida hermana, te toca a ti.

Militza se puso a cavilar. Se pasó horas en su salón, planteándose qué debía hacer. Habían pasado cinco días y estaba en el baile persa de Marie Kleinmichel en honor a tres jóvenes sobrinas cuando se dio cuenta de que no podía esperar más.

¿Un baile de máscaras? ¿Para trescientos invitados? ¿Para el que León Bakst, el famoso figurinista de los ballets rusos de Serguéi Diaghilev diseñaba la mayoría del vestuario? La condesa había sido asediada por tanta gente que deseaba contemplar el acto, que se había hablado de permitirles presenciarlo desde los anfiteatros que quedaban por encima. Pero, al final, la condesa se puso seria y decidió que quería sentar a todos los invitados para una cena a medianoche y que su cocina solo podía servir a trescientos comensales. El baile empezó con una cuadrilla oriental, seguida de una danza egipcia, otra cosaca, un baile folclórico tradicional y otro húngaro. Los trajes eran espectaculares: caftanes de hilo dorado, capas con ribetes de marta, bombachos de seda azul, chaquetas carmesí, turbantes de lamé plateado; el

champán corría a raudales, el caviar rodeaba la sala y todo el mundo estaba ansioso de la emoción.

Se anunció como el baile que ponía fin a todos los bailes y así fue. Fue el último gran baile de la Rusia imperial antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, la última vez que la corte iba a danzar en todo su esplendor. Pero nadie era consciente de ello aquella velada. De hecho, la opulencia y la licencia, la compra de trajes extravagantes para una sola noche no fue cuestionada por ninguno de los invitados. Estaban acostumbrados a bailar mientras el resto de San Petersburgo se moría de hambre y tiritaba de frío... ¿por qué no iba a continuar así para siempre?

Stana se pasó buena parte de la noche bailando, observada por Nikolasha, que, aunque tenía fama de buen bailarín, prefería ser espectador. Pedro sacó a bailar una cuadrilla a cada una de las hijas de Kleinmichel, con la esperanza de que otros fueran igual de generosos con su propia hija, mientras Militza estaba enfrascada en una conversación con el señor Rayner. El amigo de la Universidad de Oxford del príncipe Yusúpov, si bien llevaba un turbante rojo, había decidido prescindir del resto del disfraz y se había puesto un sencillo frac en vez de los pantalones holgados de seda azul que le habían ofrecido al comienzo de la velada.

—¿Cómo es que a los rusos les gusta tanto disfrazarse? —preguntó a Militza, a quien hizo gracia la pregunta—. ¿Por qué no pueden pasar una velada normal? Con comida normal. Con ropa normal. ¡Es agotador!

—Supongo que hay tantas fiestas que es la única manera de diferenciar una de la otra —respondió.

—Sí —dijo—. Aquí la temporada no se parece en nada a otras que he visto. ¡El hedonismo implacable es otra cosa! Y el motivo por el que alguien querría ir a una fiesta vestido de huno, escapa a mi comprensión. —Se bebió el chupito de vodka y se apartó de la cara una pluma que le molestaba—. Sobre

todo durante este momento... y para vos debe de ser mortificante, sin duda — asintió.

—¿Para mí?

—Porque sois de Montenegro y vuestro padre no ha conseguido la ayuda de los rusos —dijo—. Es casi como si alguien añadiera sal a las heridas.

—Sí. —Militza rio ligeramente, el hombre parecía estar bien *au courant*—. ¿Y qué está haciendo aquí?

—Nada especial —contestó—. Visitando amigos. Estoy pensando en alquilar un pequeño apartamento en Moika.

—¿Así que os quedaréis con nosotros más tiempo?

Él asintió.

—Creo que la situación puede ponerse interesante por aquí.

—¿Interesante? Creo que nos halaga, señor Rayner —declaró Militza, dando un largo sorbo a la bebida y caminando hacia el otro extremo del salón de baile.

—¿Te agrada mi amigo? —preguntó una voz más bien ebria de entre la multitud.

—Príncipe Yusúpov —contestó Militza—. ¡No te había reconocido con tantas plumas y el turbante! ¿No estás de luna de miel?

—Me marcho mañana —indicó, con un movimiento de su mano delgada—. París, donde conocemos a demasiada gente. Así que estoy seguro de que tendremos que marcharnos a otro sitio si queremos encontrar un poco de paz; me gusta mucho Egipto, ¿qué te parece?

—Bien —convino Militza. Era obvio que estaba borracho, la observaba con sus ojos claros mientras uno de ellos se le cerraba independientemente del otro, y además estaba en actitud combativa. Ella hizo ademán de marcharse.

—Bueno, ¿te gusta mi amigo? —volvió a preguntar, sujetándola por el brazo.

—Es encantador —respondió ella, mirando enfurecida cómo la sujetaba. De tal palo, tal astilla. Él la soltó.

—Pues a mí no me gusta tu Amigo —dijo—. ¡Rasputín! —Casi escupió el nombre mientras daba uno o dos pasos tambaleantes hacia atrás.

—Pensaba que erais amigos, o por lo menos tu amiga Munia Golovina y su madre están muy unidas a él.

—¡Menudo charlatán está hecho! El otro día el hombre intentó hipnotizarme. Curarme, dijo. ¡Menudo farsante absoluto!

—Me parece que has bebido en exceso. —Sonrió con amabilidad—. Te debe de haber afectado al juicio.

—Tú eres quien tiene el juicio afectado. Tú eres quien introdujo a ese malvado charlatán en nuestras vidas.

—Eso no es verdad.

—¿Quién lo encontró? Tú. ¿Quién lo presentó a la corte? Tú. ¿Quién lo abanderó? Tú. ¿Quién lo ayudó a infiltrarse en la casa imperial? Tú. ¿Quién lo paseó por San Petersburgo? Tú. Tu casa, tu palacio, Znamenka... —Hizo una pausa, sus labios contraídos en una mueca de odio—. Ese palacio es el eje de todo lo que es malvado en este mundo, y tú eres la personificación de la maldad. Has abierto la caja de Pandora, querida, y... —volvió a hacer una pausa durante la que se la quedó mirando— no tienes ni idea de cómo cerrarla. —Se volvió como si fuera a marcharse y entonces se paró, balanceándose un poco al hablar—. Te compadezco. ¡Te crees tan lista! Pero no lo eres. ¡Tu monstruo está fuera de control, Madame! Está atiborrándose de poder, mujeres y alcohol. ¿Y tú? Tú crees que no pasará nada, pero no es así. Padeces de soberbia, querida dama, soberbia. ¡Y acabará por derrotarte!

Aquella noche, Militza no consiguió conciliar el sueño. La acechaban

imágenes que no paraban de dar vueltas en su cabeza. La cabeza furiosa, borracha y emplumada de Félix Yusúpov la reñía e intimidaba toda la noche, al igual que unas imágenes vívidas de Rasputín, sus bendiciones, sus curaciones, sus dedos sucios limpiados a lametones, su risa, su baile, el olor de su aliento fétido y el tacto áspero de sus manos, así como su voz hechizante en sus oídos: «Pillina... pillina... pillina.»

Cuando amaneció, Militza estaba empapada de sudor, contemplando el cielo dorado; tenía la boca seca, el cerebro exhausto, pero la expresión resuelta porque había tomado una decisión. Debía exorcizar a la bestia: tenía que matarlo.

Más tarde, por la mañana, llamó a Stana y le pidió que se reunieran en un rincón tranquilo del Club Náutico, hablar de ese tema por teléfono habría resultado inaudito, aunque lo que se produjo no fue una conversación.

—No —se limitó a decir Stana, horrorizada y con unos ojos abiertos como platos—. ¿Estás loca? ¿Has tomado demasiado elixir? Da la impresión de que no has dormido. —Se sirvió el té con manos temblorosas, por lo que derramó un poco en el mantel de lino blanco. ¿Cómo era posible que la situación llegara a tal extremo?—. ¿Matar a Rasputín?

—¡Baja la voz! —Militza miró en derredor con ojos furtivos—. Las paredes del club tienen ojos y oídos. La Ojrana lo sabe todo.

—Me da igual quién lo oiga porque yo no voy a plantearme tal cosa.

—¡Pero si está fuera de control!

—¡Ya lo sé!

—Ahora es tan poderoso que el otro día el zar lo envió a mirar al sustituto de Stolypin a los ojos para ver si era un «buen hombre». ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que no lo es. —Hizo una pausa y se inclinó hacia la mesa—. No es el primer ministro.

—Eso no justifica que lo matemos —dijo Stana, removiendo el té.

—¿Ah, no? —Militza notó que el corazón le latía con rapidez en el pecho—. No sé si te has dado cuenta entre las cuadrillas y las citas con tu modisto, pero tú y yo ya no somos bien recibidas en palacio.

—Nadie es bien recibido en palacio; no ven a nadie.

—Pero en vez de que seamos nosotras quienes aconsejamos, orientamos y nos enojamos con ellos, son ellos.

—Bueno, Nikolasha ha oído decir que Anna piensa que presentamos a Rasputín a la zarina para poder posteriormente utilizarlo a fin de llevar a cabo nuestros objetivos. —Stana dio un sorbo al té—. Parece que la herramienta ya no necesita a su amo.

—¿Cuándo fue la última vez que Alix estuvo en Znamenka?

—No me acuerdo.

—¿Cuándo fue la última vez que Nicky habló con Nikolasha, el primo que tanto aprecia?

—No me acuerdo.

Militza exhaló un suspiro.

—Félix Yusúpov llamó a nuestra casa el eje del mal.

—Bueno, su familia siempre ha odiado a Grisha.

—Pero pensaba que Félix no.

—Eso fue antes de que Grisha intentara curarlo... —Stana bajó la voz y habló en un susurro— de su lujuria.

—¿Lujuria?

—Chicos.

—Homosexualidad.

—Sí. —Stana asintió.

—Eso no es ningún secreto; el hombre lleva vistiéndose de mujer desde que empezó a caminar. ¡Y cuenta a todo el mundo que era tan convincente como chica que en una ocasión llamó la atención del rey Eduardo VII!

—Bueno, Grisha le sugirió que fuera a las zíngaras de Novaya Derevnaya. Dijo que seguro que le cambiaban las inclinaciones.

—Las zíngaras son su respuesta a todos los problemas.

Stana asintió.

—¿Desde cuándo matarlo es la respuesta a los tuyos?

La discusión fue un toma y daca. Cuanto más se negaba Stana a hablar de la idea o incluso plantársela, más convencida estaba Militza de que era la mejor opción. Cada vez que se planteaba el futuro con la presencia de él, le entraban las náuseas y la paranoia.

—Estoy angustiada, estoy preocupada —susurró a su hermana mientras el camarero recogía la mesa.

—Creo que tienes que hablar con el doctor Badmayev sobre el elixir que estás tomando —dijo Stana—. Te está afectando a los nervios.

—¿Te asusta Rasputín?

—No —repuso Stana con tono desafiante—. Lo odio. Según Nicky: «Mejor diez Rasputines que una Alix histérica.» Independientemente de lo que haga Rasputín, de lo artero que sea, hace que la vida sea más soportable en Tsárskoye Seló. Mantiene tranquila a Alix y por eso Nicky le da lo que quiere. Sus plegarias coinciden con la recuperación de Alejo y ahora, después de Spala...

—Ese niño objeto de tantos rezos... —dijo Militza, negando con la cabeza.

—No podría restarle valor a eso —dijo Stana—. A pesar de lo que ha hecho con nuestro país y la guerra.

—Lo cierto es que piensas que él fue el artífice de tu boda. Crees que fue gracias a Rasputín que tú y Nikolasha os pudisteis casar. Pues no es el caso.

¡Y la persona que realizó el sacrificio máximo por ti no fue él, sino yo! — Militza se levantó de la mesa—. Así que no necesito tu ayuda, no necesito tu aprobación. ¡Lo haré contigo o sin ti! —Miró a su hermana—. ¡Pues será sin ti!

Así pues, esperó, como sabía que debía hacer, aunque estaba desesperada por no hacerlo. Pero solo tendría una oportunidad, así que aguardó el momento oportuno y se preparó. A solas, su magia no sería lo bastante fuerte contra él, puesto que era una fuerza formidable. Le resultaba difícil saber lo que habían encontrado los Cuatro Vientos al peinar el terreno en busca de un *koldun* . Pero la magia de él era lo bastante fuerte, y su fuerza de voluntad, todavía mayor. ¿Acaso había nacido con una cola corta? Sin duda tenía dos cuernos que le asomaban en lo alto de la cabeza. ¿Acaso había nacido con dientes? ¿O era el fruto de tres generaciones de ilegitimidad? Lo único que ella sabía era que, sin duda, Rasputín había firmado un pacto con el diablo, utilizando la sangre de su meñique izquierdo. Y ella necesitaría de todos sus poderes para hacerle frente. Tendría que recurrir a la magia de todas sus antepasadas para librar a Rusia de esa alma maldita. Desapareció varios días en su salón de Znamenka. Se volcó en sus libros mientras jugaba con las uñas de los pies que le había quitado con tanta minuciosidad y guardado en una hermosa caja hecha a mano que le había entregado Papus en persona, con la incrustación de una gran estrella martinista, el símbolo de la orden. Rasputín había acudido gustoso a su casa, se recordó, hecho que daría mayor poder al conjuro. No había obtenido sus trofeos a la fuerza.

Pero los conjuros del pasado le parecían endebles. ¿De qué servía un viejo conjuro y el polvo de un cementerio en su comida o bebida? «Igual que los muertos ya no están de pie, que el cuerpo de Rasputín no vuelva a estarlo; igual que el cuerpo de los muertos ha desaparecido, que el cuerpo de Rasputín desaparezca también.» Qué inútil parecía todo aquello. Seguro que Brana

encontraba polvo de cementerio y podía espolvorearlo en su comida, pero la idea de que de repente él se desplomara no parecía plausible.

Tenía que pensar, tenía que planificar..., y mientras tanto no paró de recordarse que era ella quien tenía el icono de san Juan Bautista. Era ella quien estaba protegida, no él.

Así pues, esperó al 23 de junio, a la noche de San Juan, y salió al bosque, bien envuelta en la capa, sin dejar de pensar en lo mucho que echaba de menos a su hermana, en los veranos que habían pasado recogiendo hierbas cubiertas del rocío matinal. Hacía años que no salían juntas, la última vez cuando habían intentado ayudar a Alix. La mujer era muy desleal como para no recordarlo, no recordar cómo la habían ayudado, cómo Militza y Philippe habían acudido en su ayuda cuando nació su quinta hija. Qué curioso que ahora la pobre niña no se mencionara, qué curioso lo que la gente recuerda, curioso también lo que decide olvidar...

La noche era hermosa mientras se abría camino por el bosque. El cielo estaba despejado, y el sol, muy bajo en el cielo azul pálido, intentando ponerse en vano. Le encantaban las noches blancas, cuando los días duraban eternamente y a la ciudad no se le permitía dormir. Siempre reinaba una especie de locura en el ambiente que hacía que los conjuros maléficos salieran con mayor libertad de la boca. Buscaba dedaleras en el bosque, llamadas también campanillas de los muertos, por lo que quizás a Rasputín le silbaran los oídos; también cicuta crecida a pleno sol para que fuera más venenosa y, por supuesto, beleño negro. Brana ya había conseguido mandrágora. Dos noches antes la había despachado con una espada y uno de los *borzois* de Nikolasha. Siguiendo instrucciones estrictas, había trazado un círculo, tres veces alrededor de la planta y había atado esta al perro; acto seguido, mientras se tapaba los oídos, había colocado una bandeja de carne en el exterior del

círculo para que el perro tirara de la planta mientras se abalanzaba hacia delante para alcanzar la comida.

Mientras Militza vagaba sola por el bosque, Brana se dedicó a fundir una cruz, modelando el metal fundido en forma de bala. La única manera de matar a un *koldun* tan poderoso como Rasputín era atravesándole el corazón con una bala de metal.

Para cuando Militza regresó a palacio con las dedaleras, la cicuta y el beleño negro, relucientes todos gracias al rocío de San Juan, eran las seis de la mañana; entonces las dos mujeres se pusieron manos a la obra. Militza moldeó un muñeco con la forma de Rasputín, igual que había hecho hacía ya muchos años, con cuidado de reproducir el enorme miembro que ella y Stana habían añadido con tanta imprudencia. Menuda locura había resultado ser. Calentó la cera de un cadáver reciente entre las manos; era una grasa mucho más blanda y blanca que la cera a la que estaba acostumbrada y la forma cómo se derretía y se deslizaba entre sus manos resultaba sumamente desagradable; acabó con ellas llenas de grasa. El olor era acre e hizo que le lloraran los ojos; además tenía que ser rápida, puesto que el muñeco de cera no mantendría la forma durante mucho tiempo. Lo colocó en un platito de metal.

—Rápido —dijo a Brana—. Pásame la mandrágora. —Brana espolvoreó la mandrágora en polvo en una copa de vino, oscuro y tinto, del color de la sangre para su bebida.

—*Kulla! Kulla !* —empezó a decir, apurando la bebida de un trago—. *Kulla !* —repitió mientras los ojos le parpadeaban y se balanceaba cuando entró en un trance meditativo—. *Kulla! Kulla !* —Cogió la pequeña bala hecha con la cruz fundida—. *Kulla! Kulla !...* —Empujó la bala lentamente en el pecho del muñeco de sebo—. *Kulla! Kulla !* Ciega a Rasputín, ojos negros, azules, marrones, blancos, rojos. Inflale el vientre hasta que sea mayor que una mina de carbón, sécale el cuerpo para que sea más fino que la hierba de las

praderas, mávalo más rápido que una víbora. —Introdujo la mano en la caja y extrajo tres de sus uñas de los pies—. *Kulla! Kulla!* —continuó mientras las mezclaba con el sebo—. Mira estos trozos de uña, ¡que nunca pueda salir de la tumba de hombre muerto, que nunca pueda ascender al cielo, que siempre se quede en el infierno! —Alzó la vista—. ¡Brana, la ventana!

Brana se apresuró a abrir la ventana mientras Militza espolvoreaba las dedaleras, la cicuta y el beleño negro sobre el platillo de metal antes de encender la vela que estaba debajo. El muñeco enseguida empezó a crepitar en el platillo. El muñeco se fundió y de repente el líquido y las hierbas empezaron a arder.

—¡Invoco a los vientos! —Militza tenía los ojos cerrados y los brazos extendidos—. Invoco a los Vientos para que se lleven este *zagovor* con toda su maleficencia y se enfrente al Viento, encuentren a Rasputín, allá donde esté. —Abrió los ojos un poco, por la ventana apenas entraba una ligera brisa—. ¡Invoco a los Vientos! ¡Los Cuatro Vientos! ¡Los invoco para que se lleven este *zagovor*, lleváoslo! ¡Lleváoslo y encontrad a Rasputín!

De repente, las cortinas se hincharon y se oyó un fuerte silbido cuando una fuerte ráfaga de viento irrumpió con fuerza por la ventana como un derviche enloquecido. Los libros y los papeles volaron por todas partes; los cristales y la porcelana china se hicieron añicos al chocar con el suelo mientras el viento asaltaba la estancia, aullando, gimiendo, sollozando en los oídos de Militza. Le retorció la ropa, levantaba mesas y sillas, descolgaba cuadros de las paredes; era tan fuerte que no podía abrir los ojos. Y entonces, de repente, se marchó. Las cortinas se quedaron lisas junto a la pared y la habitación quedó en silencio. Militza bajó la mirada. El plato de metal con la bala, las hierbas y el charco de sebo humano derretido había desaparecido. El conjuro había volado.

Poco después, una llamada de teléfono despertó a Militza en plena noche. Justo fuera de su casa, una prostituta sin nariz había apuñalado a Rasputín en el vientre.

Militza sonrió con dulzura y volvió a dormirse.

17 de agosto de 1915

Znamenka, Peterhof

Los gritos, el retorcimiento de manos y el llanto histérico duraron varios días.

—¡Grisha se fue! ¡Grisha se fue! —entonaba la multitud en Tiumén como un coro griego mientras el cuerpo semiconsciente era sacado del barco de vapor. La zarina estaba postrada en la cama presa de la angustia, incapaz de levantarse, y solicitaba sin cesar los elixires que el doctor Badmayev guardaba en el maletín de piel. El atentado contra la vida de Grisha la había conmocionado más que el asesinato del archiduque Francisco Fernando y la posterior declaración de guerra un mes después del Imperio austrohúngaro contra Serbia, aliada de Rusia. Preocupado, el zar no lograba conciliar el sueño. Si fallecía el místico, ¿quién calmaría los nervios de Alix y aliviaría su corazón afligido? El histerismo lo agotaba. El zar jamás había rezado tan fervientemente por la vida de otro hombre.

Mientras tanto, el resto de la corte contenía la respiración. ¿Cuándo llegaría el momento de la celebración?

Durante los primeros días, su vida estuvo pendiente de un hilo. Jionia Guseva, la prostituta sin nariz desfigurada por la sífilis que lo había apuñalado al grito de «¡muerte al anticristo!», le había clavado el cuchillo con tanta fuerza que a Rasputín se le salieron las entrañas. El médico logró remendarle

el estómago, y al parecer también el alma, sobre una mesa de comedor a la luz de las velas. Su dolor era tan intenso que se decía que el icono de Nuestra Señora del Kazán que colgaba de la pared de su casa en Pokróvskoye lloró de compasión.

Pero sobrevivió. Y sobrevivió tan bien que al cuarto día se encontró lo bastante recuperado como para que lo fotografiasen. Sentado en la cama con semblante triste y la mano posada en el pecho, era la viva estampa del fervor religioso, pero mientras lo fotografiaban no tuvo ningún reparo en pedir que liberaran del corsé a las enfermeras que lo atendían. Así le era más fácil meterles mano bajo el vestido.

Militza estaba furiosa: en lugar de liberar a Rusia de las garras de ese monstruo lo había convertido en un santo viviente —con una recién adquirida afición al opio para paliar el dolor—, pero un santo, al fin y al cabo.

Además, su milagrosa recuperación cual Lázaro le otorgaba un halo todavía más extraordinario. El hecho de que lo atacara una prostituta que había sido su amante era un dato que nunca o casi nunca salía a colación.

A su regreso a San Petersburgo, ciudad rebautizada con el nombre más patriótico de Petrogrado, Rasputín volvió a su vida de antaño, pero esta vez con impunidad. Las colas frente al número 64 de la calle Gorokhovaya rodeaban la manzana; los gemidos procedentes del diván del cuarto trasero eran constantes; el club de las diez fue sustituido por una llamada de Tsárskoye Seló cada mañana a las diez a su nuevo número: Petrogrado 64646 (a Militza no le pasó desapercibida la cantidad de seises); y la Ojrana ya no lo acompañaba a pie por las calles de Petrogrado, sino que lo llevaba allá a donde quisiera en su nuevo coche particular.

Como Nicolás estaba en el frente, las visitas de Rasputín a Alix, Anna y los

niños devinieron tan frecuentes como sus visitas al *banya* y el burdel. Por aquel entonces, la antipatía por el místico se había extendido hasta los confines del imperio y se manifestaba de forma abierta tanto por personas hasta ese momento fieles a los zares como por miembros de la familia imperial, incapaces de callar más tiempo sobre el asunto.

La emperatriz viuda llegó a declarar públicamente que, si Rasputín no era apartado de la corte, ella se trasladaría a Kiev; y se trasladó a Kiev. Xenia y Sandro también expresaron su disconformidad, pero fue en vano.

Mientras tanto, Stana se mantuvo en sus trece y se negaba en rotundo a hablar de él. Incluso compró un letrero en un mercadillo en los alrededores de Nevsky que decía AQUÍ NO SE HABLA DE RASPUTÍN . Lo colocó en el salón, sobre la repisa de la chimenea. Ese tipo de letrero era una broma recurrente en los mejores salones de Petrogrado, pero para Stana era distinto: Nikolasha era comandante en jefe del ejército y Rasputín no hacía más que despotricar acerca de la guerra. Los caminos de Stana y el místico seguían rumbos distintos y jamás convergerían.

En la primavera de 1915, casi cuatro millones de rusos habían resultado muertos, heridos o hechos prisioneros en la guerra. La situación en el frente era cada vez más desesperada. Se hablaba de un segundo reclutamiento obligatorio que incluiría a todos los hombres de veintiún a cuarenta y tres años. En las zonas rurales cundió el pánico. ¡Esos hombres no podían luchar! ¿Quién se encargaría de sembrar el campo y de recoger la cosecha? ¿Quién impediría que se murieran de hambre el resto de los rusos? Desde la invasión de Napoleón en 1812, nunca se había producido una segunda leva de soldados.

En Petrogrado, el ambiente era tenso y aterrador. Corrían muchos rumores y la revolución se palpaba en el ambiente. Se organizaban charlas, mítines y

reuniones continuamente. Los campesinos estaban hartos y tanto el gobierno como la familia imperial, claramente gobernada por la Verga, eran el hazmerreír del país. Cualquier conversación comenzaba y finalizaba con el nombre de Rasputín, al igual que todas las canciones.

*Un marinero le dice a un soldado,
hermano, no importa lo que digas,
en Rusia gobierna la Verga .
La Verga nombra ministros ,
traza políticas ,
se reúne con arzobispos
y concede medallas y cargos .
La Verga dirige el ejército ,
marca el rumbo de los barcos
y vende la patria a los judíos .
La Verga sube los precios ,
es fuerte, poderosa y
muy habilidosa .
No se trata de una Verga cualquiera .
Con treinta centímetros y más ,
la disfrutaban mujeres de campo
y damas de ciudad .
La han probado esposas de mercaderes
y esposas de nobles .
Así acumula la verga de un hombre santo
el poder de un mariscal de campo .
La Verga llegó rápido a palacio
y la gozaron todas las doncellas
y la hija mayor del zar ,
pero sobre todo la zarina ...*

—¡Basta! —ordenó Militza, y agarró la hoja—. ¿De dónde has sacado esto?
—Está circulando por todas partes —respondió Badmayev—. Actualmente

no es posible moverse por la ciudad a causa de estas historias. —Señaló con la cabeza las aceras repletas de soldados al otro lado del café—. Ya te lo advertí. Te dije que no me gustaba nada ese hombre. Ahora, además de no gustarme, lo encuentro muy peligroso.

—Lo dices como si fuera culpa mía.

—¿No es así? —cuestionó el médico con los ojos oscuros entrecerrados—. Hay que tener cuidado con lo que uno desea.

—Yo jamás he deseado nada —replicó Militza, indignada.

—¿Ah, no? —preguntó—. Recuerdo cierta conversación que mantuvimos una vez...

—No me acuerdo.

—Hay algo muy extraño en ese hombre. Quizá sea el fruto de un conjuro o quizás esté poseído por un espíritu maligno. No se me ocurre mejor huésped para un alma pérfida que el cuerpo de un pobre campesino de Siberia.

—Si fuera así lo sabría. He conocido a muchas personas poseídas por espíritus.

—¿A muchas? —repitió Badmayev, sorprendido—. Yo he visto a muy pocas. Al principio parecen personas normales, pero poco a poco el espíritu maligno se apodera de su alma bondadosa y la devora como un cáncer hasta que se marchita y apaga para siempre. De todos modos, he encontrado pocos casos en mis viajes. ¿Es posible que sean más habituales en Montenegro?

—Es posible.

Militza era consciente de que estaba actuando de forma infantil, pero había algo en el tono de Badmayev que la preocupaba. Su mirada le producía escalofríos y le recordaba a la del ebrio príncipe Yusúpov.

Si el doctor también le echaba la culpa a ella del auge de Rasputín de la estepa siberiana al salón del trono, pronto habría más personas que la

culparían. Rasputín sería considerado su legado. La mera idea hizo que Militza deseara no haber nacido.

La última baza que le quedaba era Stana.

Si lograba convencer a su hermana de que la ayudara una última vez, tendrían alguna posibilidad de derrotarlo. Sus fuerzas combinadas con el poder del icono de san Juan Bautista podían poner fin a toda esa situación.

En cualquier caso, después de la resurrección de Rasputín en Siberia tras el atentado contra su vida, Militza tenía claro que no podía librar a Rusia de ese hombre ella sola.

Por lo tanto, aprovechó que Pedro estaba en Moscú para invitar a Stana y a Rasputín a cenar en Znamenka. Esa cena era su última esperanza y no sabía si sería efectiva.

Esa noche le temblaban las manos mientras encendía las velas en el comedor.

Hacía más de un año que no veía a Grisha —desde el intento de asesinato— y la inquietaba bastante que él supiera que todo había sido idea de ella. ¿Era posible que hubiera oído el conjuro que lanzó al viento? ¿Conocía sus verdaderos sentimientos? Abundaban los rumores y testimonios sobre su fuerza sobrenatural y su habilidad para leer el alma y la mente de las personas, y nadie cuestionaba la capacidad de Rasputín para resucitar a los muertos. Si alguien pretendiera atraer al diablo hasta su casa para hacerle daño, el diablo lo adivinaría, ¿no?, pensó Militza y echó un vistazo al estante junto a la chimenea, donde vislumbró el destello del pequeño marco del icono de san Juan Bautista que estaba oculto detrás de unos libros. Rezó para que la protegiera.

—Maître Philippe, amigo —murmuró—, ahora te necesito.

La primera en llegar fue Stana, que había pasado la tarde tomando el té y jugando al bezigue con la gran duquesa Vladimir. A pesar de los horrores de la guerra, la duquesa trataba de disfrutar del verano y pasaba el máximo tiempo posible fuera de la ciudad.

—Dice que quiere estar lejos del terrible proletariado. —Rio Stana antes de dar un sorbo al champán—. ¡No creo que sepa lo que significa esa palabra! Pero es la palabra de moda y a ella le gusta estar al día mientras ¡se gasta sin pestañear el sueldo de una vida entera en comprar un pequeño adorno de Cartier! —Stana se interrumpió al observar tres servicios en la mesa en lugar de los dos que esperaba—. ¿Quién más viene a cenar? —preguntó—. ¿Román? ¿Marina? ¿Nadezhda?

—Grisha —soltó Militza como una bomba.

—¡Grisha! —Stana palideció y posó la copa en la mesa—. Me temo que debo marcharme. Prefiero morir que tener que pasar un segundo en compañía de ese hombre.

—¡No te vayas, por favor!

Stana se detuvo por el tono de Militza. Era la primera vez en la vida que atisbaba cierta vulnerabilidad en la voz de su hermana.

—¿Por qué?

—Porque debemos cambiar el curso de los acontecimientos —susurró—, y para ello necesito tu ayuda.

—¿Qué quieres decir?

—Grisha está aquí por nuestra culpa. Nosotras lo invocamos a los Cuatro Vientos, creamos un monstruo y ahora...

—¿Y ahora qué?

—Debemos matarlo.

—No, yo no —se negó Stana, tajante—. Ya te he dicho que no quiero mancharme las manos de su sangre.

—Si no lo hacemos nosotras, ¿quién lo hará? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —preguntó Militza.

—No lo sé. Intento no pensar en él. Nikolasha no quiere que Rasputín entre en casa. El otro día se ofreció a visitar a las tropas en Stavka para subir la moral de los soldados, pero le dijo que, si se acercaba al frente, lo colgaría de un árbol.

—¿Así que no sabes lo horroroso que se ha vuelto?

—He oído... he oído historias...

—Habrás oído que tiene más poder que nunca. Con Nicky ausente, anda desbocado. Alix hace todo lo que le dice Rasputín. Sobre todo, después de que salvara la vida de Anna Vyrubova tras aquel espantoso accidente de tren. A sus ojos, jamás se equivoca. Todo el mundo piensa que los remedios de Badmayev están volviendo loca a la zarina, pero es él. Ambos están al mando de todo y Nicky va demasiado drogado para hacer nada o simplemente se ve incapaz de ello. La guerra y la indecisión lo han paralizado y los otros dos intentan gobernar. Es un desastre. No hay quien le pare los pies. Algunos miembros de la corte le llegaron a ofrecer dinero (doscientos mil rublos), una casa, una paga mensual y guardaespaldas para que regresara a Siberia y no volviera nunca más, pero ¿sabes qué respondió? —Stana negó lentamente con la cabeza—. «¿Creéis que Mamá y papá lo permitirían? No necesito vuestro dinero, cualquier comerciante me dará lo que le pida para que pueda repartirlo entre los pobres y los necesitados.»

—Menudo charlatán —comentó Stana con voz queda—. Tiene la casa llena de oro y objetos preciosos.

—¡Lo sé! —asintió Militza—. Y va de mal en peor. Necesito que lo veas con tus propios ojos. Necesito que entiendas la gravedad de la situación. Por favor, quédate.

Stana aceptó con la cabeza y volvió a sentarse en silencio. Recordó aquel

beso lejano y el apoyo incondicional de su hermana, que siempre había estado a su lado.

Recordó todos los sacrificios, los sórdidos sacrificios, que había hecho por ella y comprendió que era el momento de devolverle el favor. Debía hacerlo por ella.

—¡Ja, ja, ja! —Oyeron una extraña carcajada que venía de afuera. La puerta se abrió y apareció Rasputín. Llevaba el pelo muy descuidado y caminaba bamboleante. Recorrió la estancia con la mirada. Por su aspecto parecía recién salido de una fiesta—. Dos... brujitas... en... una... habitación... —canturreó mientras daba pequeños brincos sujetándose los bajos del amplio caftán—. Dos brujitas en una habitación. —Miró de soslayo a las hermanas y bailó hacia ellas con sonrisa lobuna—. ¡Dos brujitas! ¡Una! —Señaló a Stana—. ¡Dos! —Tocó con la punta del dedo a Militza—. ¡En una habitación! —Río echando la cabeza atrás antes de dejarse caer con un gran suspiro en el diván más cercano a la chimenea apagada—. ¡Hace frío! —protestó.

—Grisha, es agosto. Ni siquiera la zarina enciende el fuego en agosto —contestó Militza.

—Grisha, qué alegría verte —lo saludó Stana con la voz melodiosa que solía reservar para las aburridas fiestas de la alta sociedad o para los hijos de los demás—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? —repitió mientras se esforzaba por no tambalearse y mantenerse erguido en el sofá. Era obvio que sufría mucho dolor—. La muerte me persigue, se me acerca a gatas como una puta. —Señaló la puerta con un gesto vago de la mano—. Lo que nadie sabe es que, cuando yo muera, Rusia morirá conmigo. —Respiró hondo y eructó con fuerza—. ¡El país vivirá atormentado, se resquebrajará, pedazo a pedazo, y la sangre de los grandes duques correrá por las aguas del Neva!

Stana lanzó una mirada a Militza; ¿cuánto habría bebido para alcanzar tal

estado de embriaguez?

Hasta la hora de cenar, Rasputín siguió quejándose de su suerte y hablando del vínculo intrínseco que existía entre su destino y el de Rusia. Sentado a la cabeza de la mesa, monopolizó las botellas de su Madeira preferido. Por regla general no comía carne, pero esa noche su apetito era voraz: después de roer los huesos de la perdiz que le habían servido, fue comiendo una loncha tras otra de la pierna de venado que había en una bandeja a su lado, todo ello sin dejar de hablar de su muerte inminente. Decía que todo el mundo quería acabar con él: desde mujeres que escondían la pistola bajo el vestido hasta hombres que ocultaban la navaja en los pantalones, y no descartaba que algún día un revolucionario lanzara una bomba por la ventana de su casa.

—¡Y también está el veneno! —añadió, levantando el cuchillo—. Pero estoy protegido contra sus efectos.

—¿Y cómo te puedes proteger del veneno? —preguntó Stana con la misma voz cantarina de antes.

—Tomando pequeñas dosis de forma continuada —respondió él, agitando el cuchillo de un lado a otro.

—Mitridatismo —dijo Militza.

—Comiendo semillas de manzana y huesos de melocotón y albaricoque —añadió—. Molidos y mezclados en agua. ¡Soy inmune al cianuro! —Tosió—. Pero existen muchos peligros ahí fuera y ya no tengo el icono.

—¿El icono? —inquirió Militza, de repente nerviosa.

—El icono que tan amablemente me regalaste —respondió él con una ligera sonrisa.

—¿El de san Juan Bautista?

—Lo perdí hace tiempo. —Suspiró, cansado. Se inclinó hacia la mesa—. Hace mucho mucho tiempo...

—¿Lo perdiste? —inquirió Militza. Se le daba muy bien fingir sorpresa.

—No sé dónde ni cuándo. Lo perdí de viaje. Intento visualizarlo en mi mente, oculto entre la larga hierba al borde del camino. Siento mucho su pérdida. Lo necesito tanto... Sin él, seguro que moriré. Porque la muerte me persigue y se acerca a gatas...

—Sí, sí, ya lo hemos entendido. —Sonrió Militza.

Rasputín hizo una pausa y entrecerró los ojos.

—¿Quizá me lo robaron? —se preguntó, nervioso. Miró a su alrededor.

—¡Seguro que no! —exclamó Stana.

—La gente entra sin cesar en mi casa en busca de trofeos. Hasta me roban cabellos y me cortan las uñas de los pies cuando duermo. —Rio con amargura—. Por eso *ella* me ha asignado varios guardaespaldas. Teme por mi seguridad.

No era necesario preguntar quién era *ella*.

—Me necesita, ¿sabéis? —dijo con una mueca burlona—. ¡Me ne-ce-si-ta! Necesita a su Amigo. A «Nuestro Amigo». —Miró a las dos hermanas—. Solo me tiene a mí. —Sonrió.

—¿Qué hay de Anna y Lily? —inquirió Stana.

—¿Anna? ¡Es una vieja inútil! Yo valgo mil veces más que ellas dos juntas —repuso. Clavó el tenedor en la pieza de venado y cortó otra loncha—. ¡Nadie la satisface como yo! —Rio de nuevo.

—No estoy segura de entender lo que dices —comentó Stana.

—¡Tú eres una mujer de mundo, brujita! ¡Pero yo soy un hombre de Dios! Y a esa pobre mujer le queda poco más que su fe.

—Todos debemos tener fe —afirmó Stana.

—Yo llevo una vida tranquila. Lo único que hago es visitar cada día la catedral de Nuestra Señora de Vladimir, la de Kazán y la de san Isaac.

«Y la bodega de Makaev en el 23 de la calle Nevsky —pensó Militza— y Villa Rhode, el Club Náutico, el *banya* en la esquina de Gorokhovaya y el

burdel de Madame Sonya al lado del Fontanka. Es un hombre de Dios con una vida intachable.»

—Pero siento sobre mi cabeza la mano de Dios —continuó.

—Su mano está sobre todos nosotros —replicó Militza.

—No. —Rasputín se volvió y clavó en ella la mirada clara—. Tú vivirás, mi brujita. Escaparás. Respirarás el aire fresco de la libertad. ¡Pero Dios me llamará a su lado!

Durante unos segundos contempló con tristeza el vino que daba vueltas en la copa que iba girando entre los dedos. Era como si solo viera dolor, tormento y miseria en el remolino de líquido rojo.

—¡Pero no debemos ponernos tristes! —declaró de repente.

—Claro que no —dijo Militza.

—¡Celebremos una fiesta! Invitemos a unos zíngaros. —Miró en derredor como si esperara ver la estancia llena de gente—. ¡Necesitamos música! Siempre hay música en una fiesta. ¿Tienes un gramófono?

Llamaron a los lacayos y encontraron un gramófono y unos discos. Las hermanas contemplaron a Rasputín mientras empezaba a bailar. Habían oído hablar de las fiestas que se organizaban en su casa: duraban toda la noche, el teléfono jamás cesaba de sonar, la puerta siempre estaba abierta y nunca dejaba de correr el vino. Según Munia le contó una vez a Militza, hubo una fiesta en la que todos se quedaron a dormir porque estaban demasiado borrachos para regresar a casa. A la mañana siguiente, dos maridos fueron en busca de sus respectivas esposas armados con pistolas, pero la policía secreta los demoró lo suficiente para que las mujeres pudieran vestirse y escaparse por la puerta de atrás. Horrorizada, Munia se juró a sí misma que jamás acudiría a otra de sus fiestas.

Rasputín se movía con lentitud. Estaba claro que le dolía el estómago, pero

cuanto más bebía, menos le molestaba. Con los brazos extendidos, balanceaba las caderas al ritmo de la música.

—¡Oh, esta canción! —exclamó. Cerró los ojos y escuchó la melodía alegre de los violines—. Me recuerda a Siberia. El espacio. El cielo. ¡Y las jóvenes y rollizas campesinas! —Rio y parecía que se hubiera transportado hasta allí—. ¡Bailad conmigo! —ordenó mirando a una y otra hermana—. ¡Bailad!

—No, gracias. —Sonrió Militza mientras daba un sorbo al champán.

—¡Tú! —Señaló a Stana. Ella negó con la cabeza—. Soy el hombre más poderoso de Rusia y te exijo que bailes conmigo.

—No, Grisha, de verdad —insistió Stana.

—¡Te lo ordeno! —gritó.

—Gracias, pero no —repitió Stana.

—¡Baila! —bramó—. Hay gente que hace largas colas en la calle para verme y que me regala dinero, cuadros y alfombras por pasar cinco minutos a mi lado, ¿y tú rechazas bailar conmigo cuando te lo ordeno?

—Baila con él —susurró Militza.

Reticente, Stana se levantó del diván. Hacía calor, la humedad se palpaba en el ambiente y Rasputín olía a sudor rancio. Él la agarró, la atrajo hacia sí y comenzó a mecerla de lado a lado. A Stana se le aceleró el corazón. Desesperada, quería alejarse de él, pero la sujetaba con firmeza y notaba su miembro duro a través de los pliegues de la falda.

—Oh, Stana, Stana, Stana —le susurró Rasputín al oído. La saliva le salpicó el cuello—. Por fin vienes a mí. Durante todos estos años te he observado, te he anhelado... —La apretujó más contra su cuerpo—. Sabía que al final vendrías a mí. Las mujeres no se resisten al poder, a mi poder, al poder de Grisha. El poder las hace saltar como putas en una orgía. Acércate más, putita mía...

—¡Se acabó! —gritó Stana. Lo empujó con tal fuerza que el místico se

tambaleó hacia atrás—. Me voy. Buenas noches, hermana. —Agarró el abanico y la estola y se marchó corriendo. Bajó rápido la escalera, cruzó el portal y salió a la calle. Respiró hondo y contempló el cielo estrellado. ¡Ese hombre era odioso! Era totalmente insoportable.

Tenía el coche al otro lado de la fuente y se dirigió hacia allí. Pasó junto al vehículo de Rasputín y vio al conductor de la Ojrana dormido al volante.

En cuanto llegó a su coche, Stana abrió la portezuela y se acomodó en el asiento de atrás. ¿Dónde estaba el chófer?

—Deberías ser más cariñosa conmigo —dijo una voz junto a ella, oculta en las sombras.

Stana chilló y él le tapó la boca con la mano huesuda y rugosa. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo era posible que hubiera salido del palacio antes que ella? ¡Realmente era el diablo en persona!

—Shhh —susurró y se le tiró encima—. No sé quién te crees que eres, brujita, pero yo controlo ejércitos, controlo gobiernos y controlo a la familia imperial. Como no has sido buena con Grisha, Grisha no será bueno contigo.

—¡Soy una mujer casada! —gritó Stana—. Déjame en paz. Quiero a mi marido.

—¿Tu marido? No tendrías ningún marido si no fuera por mí. Y yo tengo el poder de dar y quitar según me plazca.

—No puedes hacerle nada. Él es más poderoso que tú. Es el jefe del ejército.

—No hay nadie más poderoso que Grisha.

—Eso es una idiotez. No te tengo miedo. ¡Nunca te he tenido miedo!

—Qué estúpida eres. —Sonrió—. ¡Haré que lo destinen al Cáucaso!

Acto seguido, se inclinó sobre sus labios y le metió la lengua con fuerza hasta la garganta. La pasó por todo el interior de su boca, empujando y explorando todos los rincones, cerciorándose de no dejar ni un hueco sin

explorar. A continuación, le lamió toda la cara, la mejilla y los labios. Finalmente, se incorporó poco a poco y abrió la portezuela. Sin mediar palabra, se marchó con un portazo. Con el vestido arrebuñado y la cara húmeda de saliva, Stana se sentía furiosa e indignada. De pronto, entró el chófer en el coche envuelto en una nube de humo de cigarrillo.

—Lo siento, gran duquesa. No os vi salir del palacio —se disculpó—. ¿Adónde vamos?

—A casa —repuso Stana con voz queda.

Nikolasha no tardó ni treinta y seis horas en ser relevado de su cargo de comandante en jefe del ejército ruso. Fue reemplazado por el zar y se le ordenó que abandonara la ciudad con su mujer en dirección al sur, al Cáucaso.

16 de diciembre de 1916

Petrogrado

Todo fue pura casualidad. ¿O no?

¿Cuántas cosas en la vida pasan por casualidad? ¿Cuántos caminos están predeterminados? ¿Hasta qué punto existe el libre albedrío? ¿Está el destino en manos de los hados?

Hacía más de un año que las hermanas no se veían. Desde que Nikolasha fuera relevado del mando del ejército y enviado al sur, Stana residía en su casa de Crimea, en Tchair, mientras que Militza y Pedro vivían a caballo entre Petrogrado y Znamenka. En circunstancias normales, las hermanas no habrían tardado tanto en verse, pero corrían tiempos turbulentos. Había disturbios en las calles, huelgas en todas las provincias y revueltas en las ciudades, así como escasez de alimentos y cortes de luz en todas partes. Salvo en caso necesario, se desaconsejaba viajar a la población en general y a la aristocracia en particular, pues eran innumerables las historias de nobles que habían sido asaltados por bandidos.

A pesar de los peligros del viaje y no obstante la belleza de Crimea, al cabo de un año de ausencia Stana ansiaba ver a su hermana y sus sobrinos, por lo que a mediados de diciembre decidió ir a Petrogrado. Militza no cabía en sí de gozo ante la visita.

—¿Seguro que estará abierto? —preguntó Stana mientras se sentaban muy

juntas en el asiento de atrás.

—Me han dicho que sí —respondió Militza—, aunque hoy en día nunca se sabe.

—¿Y si no está abierto?

—Si no está abierto el Club Náutico, no habrá nada abierto. Todos los restaurantes buenos de la ciudad han cerrado por falta de comida.

—Cuánto ha cambiado todo —comentó Stana mientras circulaban por las calles grises de aspecto amenazante.

—Sí, mucho. Y aventurarse solo de noche por la ciudad es muy peligroso. Nunca sabes lo que te puedes encontrar.

Se detuvieron ante el Club Náutico y divisaron unos tenues rayos de luz esperanzadores a través de las cortinas cerradas y, al caminar por la acera cubierta de nieve y sal, percibieron el aroma de col cocida. Militza llamó a la puerta. Se abrió ligeramente y por la rendija asomaron unos ojos que la repasaron de arriba abajo.

—Gran duquesa Militza Nikoláyevna —se anunció. El lacayo las dejó pasar.

El comedor de la planta superior estaba repleto de gente. A diferencia de la tristeza y la miseria que reinaban en el exterior, el ambiente en la sala era alegre. Aparte de las risas, lo más importante era que la cocina funcionaba y que corría el vino. Los trabajadores del sector textil se habían declarado en huelga por la falta de pan en la ciudad, pero en el Club Náutico se servía esturión, colmenillas en salsa, patatas gratinadas y col braseada, todo ello regado con un burdeos e incluso con una o dos copas de champán.

—No hay manera de pararle los pies —explicó Stana mientras mordisqueaba un pequeño trozo de pescado del tenedor—. Nicky estuvo en Kiev y tanto Nikolasha como Minny le instaron a echar a Rasputín de la corte. —Se inclinó hacia delante y miró a derecha e izquierda. Nunca se sabía quién

podía estar escuchando—. Incluso Ella fue a Tsárskoye Seló para implorarle a Alix, pero no quiso escucharla y la echó de palacio como a un perro. A su propia hermana, ¡una monja! Es tan triste...

Nadie podía imaginar que esa sería la última vez que la zarina vería a su hermana Ella. En menos de dieciocho meses morirían en días consecutivos, ambas brutalmente asesinadas.

—Es todo inútil —continuó Stana—. Si el zar es gobernado por su mujer y ella es gobernada a su vez por el otro...

—¡Vuestras Altezas Imperiales!

Militza alzó la vista.

—¿Señor Rayner? —vaciló. La luz de atrás le impedía ver bien su rostro y, además, el peinado era distinto—. ¿Señor Oswald Rayner?

—De hecho, teniente Rayner —corrigió el hombre con un ligero gesto de asentimiento—. Qué placer verlas de nuevo.

—Igualmente —dijo Militza.

—¿Cómo está vuestro amigo Yusúpov? —inquirió Stana.

—Bastante bien. Esta noche ha organizado una velada en su casa.

—Con todo lo que está pasando y con los peligros que acechan en cada esquina, cuesta creer que la gente todavía tenga ganas de recibir invitados —comentó Militza.

—Tenéis razón, señora. La ciudad ya no es lo que era, ¿verdad?

—No —admitió Militza.

El teniente posó la vista en una y otra hermana. Luego los tres se miraron en silencio.

—En fin, buenas noches. Yo ya me retiro.

Y en eso hubiera podido quedar todo, en un encuentro casual en el Club Náutico, en una breve conversación, en un rápido cruce de caminos. En eso y nada más. Después se habrían desvanecido los tres en la oscuridad de la noche

sin consecuencia alguna, pero Militza habló. No supo por qué. ¿Fueron los hados? ¿Los dioses? ¿El Espíritu? Quizá fuera el destino... La cuestión es que no pudo evitarlo y, según relataría después, algo la impulsó a hablar. Habló sin pensar.

—¿No quiere acompañarnos, teniente? Hace mucho frío ahí fuera y el brandy aquí es delicioso. Le ruego que se tome una copa con nosotras antes de marcharse.

Pero el teniente Rayner no tomó una copa, sino tres y, mientras bebía, les contó los últimos encuentros del príncipe Félix Yusúpov con Rasputín.

—Le ha estado «sanando» —explicó Rayner. Los ojos le brillaban sobre el borde de la copa.

—Pensaba que Félix no soportaba a Rasputín —comentó Militza.

—Así es. Según afirma, sus ojos son como dos haces de luz fosforescente que se fusionan en un gran aro luminoso que se acerca y se aleja de él. Dice que se siente impotente ante su poder hipnótico. —Rayner soltó una carcajada y las hermanas esbozaron una sonrisa. El teniente les caía bien—. Esta noche estarán juntos.

—¿En el palacio? —preguntó Militza.

—En Moika —confirmó Rayner, y tomó otro sorbo de brandy—. Rasputín ha ido a visitar a Irina. Al parecer, está locamente enamorado de ella; como toda Rusia. Es imposible no enamorarse de ella.

—¿Irina Aleksándrovna Yusúpova? —inquirió Stana.

—Sí. Está desesperado por verla; ha quedado realmente prendado. ¡Menudo pillito! —Rio de nuevo.

—Pero eso es del todo imposible —objetó Stana.

—¿Por qué? —preguntó Rayner, dejando de reír.

—Porque Irina está en Crimea. Anoche cené con ella y hoy mismo he llegado a Petrogrado, así que es imposible que esté en la ciudad.

—¡Oh! —exclamó Rayner y se rascó la cabeza.

—Qué extraño —dijo Militza—. ¿Por qué iba a mentir el príncipe Yusúpov?

Para pertenecer al servicio secreto británico y tener el oficio de guardar secretos, Oswald Rayner era bastante parlanchín. Quizá no se había tomado en serio el complot porque era extranjero. La mera idea de que el remilgado y afeminado príncipe que había conocido en Oxford, el hombre con el que había entablado amistad en el Club Bullingdon, con el que había pasado noches locas bebiendo y bailando y al que había visto disfrazarse de mujer y coquetear abiertamente con sus compañeros, que ese príncipe amanerado fuera el candidato ideal para llevar a cabo el asesinato político del siglo debía de parecerle una broma. ¿Y el método? ¿Unos pastelillos rociados de cianuro? Los pasteles envenenados pertenecían a los cuentos infantiles.

—Ahora están todos allí —aseguró tras consultar el reloj. Apuró la copa—. El príncipe y sus amigotes le servirán unas magdalenas con la esperanza de acabar con él.

—No funcionará —declaró Militza, tomando el decantador para servirle otra copa al teniente.

—Lo sé. Ya se lo he dicho —reveló Rayner antes de tomar un gran sorbo de brandy—. Si quieres matar a alguien, hay que dispararle. —Se palpó el bolsillo izquierdo del pecho—. ¡Para eso se necesita una pistola!

—No me refería a eso —aclaró Militza—. Rasputín es inmune al cianuro. Lleva años comiendo semillas de manzana y huesos de albaricoque y melocotón.

—Mitridatismo —dijo Rayner. Se irguió en la silla con el semblante muy serio—. Bueno... —Se encogió de hombros y se rascó otra vez la cabeza.

Militza miró a su hermana. Había llegado el momento y ambas lo sabían.

—¿Lleva la pistola cargada? —preguntó Militza sin tapujos. Rayner asintió

con la cabeza—. Entonces, acompáñeme —ordenó, levantándose de la mesa con lentitud—. No se apresure —recomendó al tiempo que ella dedicaba una amplia y generosa sonrisa al resto de los comensales—. No es necesario causar ningún revuelo.

Militza los guio hasta la cocina. Si esa iba a ser su única oportunidad, debía eliminar todo margen de error. No fue fácil explicar al personal de la cocina que necesitaban una gran cantidad de salvia, mucha. Ahumar el cañón de una pistola con esa hierba no era una petición habitual, pero el ayudante de cocina era italiano y decidió que esa extraña costumbre rusa no era de su incumbencia. Además, el país estaba en guerra y todo era posible. Rayner contempló a las dos hermanas mientras quemaban la salvia para ahumar el cañón y comenzaron a cantar y a murmurar palabras extrañas en un idioma que no comprendía. Lo único que entendía era que estaba a punto de pasar algo trascendente y que, de alguna manera, él estaba implicado.

Abandonaron el local y subieron al coche de Militza, que los aguardaba en la calle.

Eran las dos de la mañana.

—Al palacio Yusúpov —ordenó al chófer.

—¿De verdad? —preguntó Rayner, bastante nervioso.

—Sin duda —respondió Militza con firmeza.

Guardaron silencio mientras circulaban por las calles de Petrogrado. La luna y las estrellas estaban ocultas, y las calles, vacías, salvo por unos pocos borrachos que regresaban tambaleantes a sus casas. Todavía era de noche y no soplaba ni una brizna de aire que perturbara la nieve sobre las aceras.

Era la noche perfecta para un asesinato.

—¿Por qué han hecho eso en la cocina? —inquirió finalmente Rayner

durante el camino a Moika.

—Una pistola con el cañón ahumado nunca falla —repuso Militza con franqueza mientras miraba por la ventanilla—. ¡Detente aquí! —ordenó al chófer—. No hace falta que nos lleves hasta el palacio. Es una buena noche para dar un paseo.

—¿Un paseo, Alteza Imperial? —inquirió el conductor.

—Sí —contestó rotunda—. Es una noche excelente para caminar.

Anduvieron juntos las dos manzanas que los separaban del número 94 de la calle Moika. No era fácil avanzar por la espesa capa de nieve con zapatos de seda y suelas de piel, pero ninguna de las dos hermanas pensó en ello. Estaban tranquilas y muy concentradas en lo que estaban a punto de hacer. Al llegar a la verja del número 92 de la calle Moika, al patio adyacente al palacio Yusúpov, bajaron el ritmo. Miraron a uno y otro lado de la calle y a la otra orilla del canal. No había nadie. Militza hizo un gesto de asentimiento a Rayner. El teniente respondió con una inclinación de cabeza y se palpó el bolsillo del pecho donde llevaba el arma.

De pronto, oyeron un portazo y se volvieron. En medio de la oscuridad vislumbraron a un hombre que huía del palacio. Corría hacia ellos tambaleante; le fallaban las rodillas, se caía y volvía a ponerse en pie mientras aullaba de dolor como un animal malherido. Acto seguido, salieron dos personas de una puerta lateral del palacio y se apresuraron a seguirlo. Hubo un disparo. La bala silbó en el aire y aterrizó en un montículo de nieve. Un segundo disparo le hirió en el brazo y gritó. ¡Pum!, sonó otro disparo. Finalmente, el hombre resbaló y se desplomó.

Rasputín yacía ante ellos. Boca arriba en la nieve, le emanaba sangre del brazo y el pecho. Tenía los ojos abiertos.

—Mamá —susurró al ver el rostro de Militza que lo contemplaba desde arriba—. Has venido.

—¡Dispárele! —ordenó Militza a Rayner en un tono bastante tranquilo.

—¿Yo?

—¡Sí, usted! ¡Ahora!

Rayner sacó del bolsillo una Webley de calibre .455, el arma reglamentaria del ejército británico, y apuntó a la figura tumbada en la nieve. Rasputín estaba atrapado, no podía huir a ninguna parte; estaba acorralado como una rata e iba a morir como un perro. A Rayner le tembló la mano. Rasputín gimoteó.

—¡Dispare! —gritó Militza—. ¡Dispare! En nombre del zar y de Rusia, ¡mátelo!

Rayner apuntó. Contuvo el aliento y cerró los ojos. Comenzó a presionar el gatillo, pero no pudo disparar. Era un asesinato a sangre fría. Una ejecución. Relajó el hombro un segundo y Militza le arrancó el arma de la mano. Rasputín entrecerró los ojos y le clavó la mirada.

—¡Pillina —susurró justo cuando le disparó en la frente.

Unos graznidos horripilantes resonaron por todo el patio. Militza soltó la pistola, que cayó sobre la nieve, y se tapó las orejas. El ruido en la cabeza y el dolor en el corazón eran insufribles. Tras el disparo, los cuervos que anidaban en los árboles a su espalda comenzaron a volar hacia arriba, a caer en picado y a remontar de nuevo el vuelo sin cesar de graznar. Militza se protegió la cabeza y se dejó caer lentamente de rodillas sobre la nieve.

Ya estaba hecho.

—¡Buen tiro! —gritó Yusúpov, corriendo hacia ellos—. ¿Tú? —Se detuvo en seco. No daba crédito a sus ojos—: Militza Nikoláyevna, ¡tú le has disparado! ¡Has disparado a Rasputín! —dijo, bajando la vista hacia ella. Le dedicó una amplia sonrisa—. ¡Buen tiro, muy buen tiro! —Le dio unas palmadas en el hombro y se volvió hacia el cuerpo inerte en la nieve—. ¿Creéis que está muerto? ¿Oswald? —Miró inquisitivo a su amigo—. Tú eres un hombre de mundo, tú sabes de estas cosas.

—Yo diría que está muerto —contestó Rayner con voz queda.

Félix se inclinó lentamente sobre Rasputín y le arrancó la cruz dorada del cuello.

—No era un hombre de Dios, sino el diablo en persona. La encarnación del demonio. Ha sido más difícil de matar que a un perro rabioso. Lo hemos intentado dos veces y dos veces se ha levantado. —Félix se volvió hacia Militza y le entregó la cruz—: Para ti, un pequeño trofeo por tu esfuerzo.

—Ahogadlo —murmuró Militza.

—Pero está muerto —replicó Rayner.

—¡Ahogadlo! —gritó Militza, todavía de rodillas sobre la nieve—. Ahogadlo.

—No hace falta —dijo el príncipe Demetrio Pávlovich, que estaba detrás del príncipe Yusúpov, dio un paso adelante y propinó un puntapié al cuerpo para asegurarse. Su joven rostro se iluminó con una expresión de júbilo—. Está muerto. ¡La bestia ha muerto de verdad! ¡Viva el zar! ¡Viva Rusia!

—Ahogadlo —repitió Militza tan lenta y enfáticamente como le permitió el temblor de labios.

—¿Para asegurarnos? —inquirió Rayner.

—No —respondió Stana, bajando la vista hacia su hermana—. No se puede canonizar a un hombre ahogado. Los que fallecen en el agua no pueden convertirse en santos. Un alma ahogada nunca puede volver. Haced lo que os dice mi hermana, ahogadlo.

—¿Dónde? —inquirió Demetrio, mirando a Yusúpov.

—No lo sé —contestó Félix. De pronto comenzó a temblar y a tener terribles arcadas—. No soporto mirarlo. Es el demonio, Satán en persona. Incluso ahora, ahí tumbado...

Todos contemplaron el cadáver en silencio, incapaces de asimilar lo que habían hecho. Formaban un grupo de asesinos inusual: dos grandes duquesas,

dos príncipes, un diputado de la Duma, un médico y un oficial del ejército acompañados de un agente del servicio secreto británico.

De repente se oyó un golpe sordo. Militza volvió la vista a la izquierda y descubrió que el príncipe Yusúpov se había desmayado en la nieve. Era obvio que se sentía superado por la situación y que dependía de ella encontrar la manera de deshacerse del cadáver.

Pronto amanecería y la gente empezaría a hacer preguntas. Los seguidores de Rasputín llamarían a su puerta y la policía secreta rastrearía los bares que solía frecuentar. No había tiempo para trazar un plan elaborado.

—Arrojadlo al canal —sugirió Rayner—. El hielo conservará el cuerpo varios días y así tendremos tiempo de borrar nuestras huellas.

—Pero ¿dónde? —preguntó Demetrio, recorriendo a todos los presentes con la mirada.

—Desde el puente Petrovsky —sugirió Militza—. No está lejos y allí el agua es profunda.

—Podemos ir en mi coche —ofreció Vladimir Purishkévich.

Primero ataron a Rasputín de pies y manos con una cuerda que encontraron en el coche de Purishkévich. A continuación, recuperaron su abrigo de pieles del salón del sótano donde esa tarde le habían ofrecido unos pastelillos rociados de cianuro y envolvieron el cuerpo en él. Finalmente, en un momento de pánico, también arrancaron una cortina de terciopelo azul de una pared del palacio Yusúpov y lo enrollaron en ella. Introdujeron el cuerpo en el coche de Vladimir Purishkévich y avanzaron despacio hacia el puente Bolshói Petrovsky, con el motor calándose cada dos por tres y el cuerpo rebotando en el maletero. El príncipe Yusúpov no se encontraba lo bastante bien como para ir al puente y se había retirado a su palacio acompañado de su ayuda de

cámara. Militza también insistió en que Rayner llevara a Stana a casa. Su coche llevaba unas dos horas esperando en la esquina y no tardaría en llamar la atención. Cuantos menos fueran a deshacerse del cadáver, mejor.

Todavía era de noche cuando llegaron al puente. La luna escondía el rostro como si no deseara ser testigo del crimen atroz que se había cometido, pero se había levantado una brisa que propagaba el frío y la humedad del Neva.

Militza y el príncipe Demetrio contemplaron a Purishkévich, al teniente Serguéi Mijáilovich Sujotin y al doctor Estanislao mientras luchaban por arrojar el cadáver al Málaya Nevka. A pesar de haber retirado la cortina azul, no era fácil manipular el cuerpo. Tras muchos esfuerzos, tirones y empujones, lograron levantarlo lo suficiente como para salvar la barrera y echarlo desde la barandilla de madera a las gélidas aguas. En cuanto el cuerpo golpeó el hielo, Sujotin vio que faltaba una galocha. Rastreó el puente, la encontró y, presa del pánico, la lanzó al aire, pero en lugar de caer al río aterrizó en la orilla.

El cuerpo no se hundía porque el príncipe Demetrio había olvidado lastrarlo con las cadenas que llevaba en el coche. Por lo tanto, flotaba. En el agua helada, las pieles del abrigo se hincharon y actuaron a modo de vela.

Militza observó a Rasputín flotando en la superficie. Tenía los ojos cerrados y parecía que dormía.

—Dios, perdóname —rogó Militza—. Grisha, perdóname.

Se llevó una mano temblorosa a la boca. De pie en el puente, el alivio, la pérdida y el horror de lo que había hecho eran tan abrumadores que ya no sentía nada. Era demasiado. Estaba paralizada. Militza clavó la vista en las oscuras y profundas aguas del río y, a través de las pequeñas olas, le pareció ver que la cuerda de las muñecas se aflojaba, que los ojos gris claro se abrían para mirarla mientras el cuerpo se hundía por fin bajo el peso del abrigo y

que, poco a poco, Rasputín movía la mano derecha arriba y abajo para santiguarse.

EPÍLOGO

Militza, Pedro, Stana y Nikolasha, junto con sus hijos, sobrevivieron a la revolución de 1917. Escaparon por las playas de Crimea con parte de su fortuna y fueron rescatados por los británicos en el *HMS Marlborough* en abril de 1919 junto con el príncipe Félix Yusúpov, su esposa, la princesa Irina, más sus padres, la princesa Zinaida Yusúpova y su esposo, el conde Félix Yusúpov, así como la gran duquesa Xenia y su madre, la emperatriz viuda María Fiódorovna.

Tras un viaje un tanto largo, durante el que los dejaron en Grecia mientras los demás seguían hasta Malta, Militza y Stana y sus familias acabaron viviendo en el sur de Francia, donde el gran duque Nicolás murió en 1929, seguido del gran duque Pedro en 1931 y de la gran duquesa Anastasia en 1935.

Militza vivió más tiempo y acabó envuelta en la Segunda Guerra Mundial. Dejó Francia por Italia para vivir con su hermana la reina Elena. Pero la situación se volvió inestable y, cuando el rey y la reina pasaron a la clandestinidad, Militza acabó buscando refugio en un convento cercano a la escalinata de la plaza de España en Roma. Al cabo de unos meses consiguió escapar al Vaticano, donde se refugió en el interior de los muros de la Ciudad del Vaticano durante tres años. Al final huyó, junto con su hermana Elena y el resto de la familia real italiana, a Alejandría, Egipto, donde vivió junto con una miríada de otros miembros de monarquías depuestas, como el rey Zog de Albania, como invitados del rey Faruk de Egipto. La gran duquesa Militza murió en Alejandría en septiembre de 1951, a los ochenta y cinco años.

Varios días después de su asesinato, el cadáver de Rasputín fue encontrado

con una herida de bala en la frente. Fue extraído del río de debajo del hielo en el puente Petrovsky. Se dijo que tenía los pulmones llenos de agua, como si, de hecho, se hubiera ahogado, y había liberado las manos de la cuerda que las ataba y que las tenía alzadas como si hubiera estado arañando el hielo, intentando salir.

AGRADECIMIENTOS

Aunque esta es una obra de ficción, la mayor parte de la historia es cierta, y estoy en deuda con mi querido amigo, el periodista y extraordinariamente valiente corresponsal de guerra Nikolái Antonov, quien me habló por primera vez de las Princesas Negras hace ya muchos años, en 1992, mientras estábamos sentados a su mesa de la cocina en Moscú, bebiendo vodka fuerte y comiendo encurtidos todavía más fuertes.

Le brillaban los ojos mientras relataba la historia mágica de las dos princesas jóvenes y guapas llegadas de Montenegro, casadas con miembros de la familia real rusa, y que presentaron a Rasputín a la zarina y derrocaron un imperio. «¡Poder, magia y sexo!», exclamó entre risas. Nos llenamos los vasos y le prometí que escribiría en cuanto volviera a casa.

No fue el caso, la verdad, y acabé escribiendo sobre otros temas, pero Nikolái no se daba por vencido. Me llamaba a menudo desde Moscú y compartía conmigo los retazos de información que iba descubriendo. Eran mujeres difíciles de rastrear. Como no eran ni del bando vencedor ni hombres, solían estar relegadas a una gota en el océano de la historia. Pero recuerdo una llamada de Nik, al cabo de unos diez años y pocos días antes de su muerte: había descubierto un hecho de lo más extraordinario y tenía que contármelo enseguida.

—El motivo por el que las llamaban las Princesas Negras —dijo e hizo una pausa para aumentar el efecto dramático mientras se oía el chisporroteo de las interferencias en la línea— no era porque tenían el pelo negro ni porque les

gustara la magia negra, sino porque tenían los ojos negros. Ojos negros — repitió.

Y desde entonces sus ojos negros me acecharon. La suya era una historia que no quería desaparecer ni rendirse. Me perseguía en el subconsciente, una adicción de más de veinte años, las hermanas de los ojos negros, sus visiones, sus poderes y sus motivaciones. Cuanto más leía, más convencida estaba de su implicación crucial en esa parte tan extraordinaria de la historia rusa. La historia de la sucesión, la tragedia del pequeño Alejo, estaban ahí. Ellas suministraron los gurús, las drogas, los conjuros, los encantamientos; ellas estaban en los dormitorios; ellas estaban presentes en las fiestas y los bailes. Confidentes, amigas, aliadas y defensoras de una zarina que debía de cargar con la culpa como si fuera una carga tóxica todos los días. ¿Madre y asesina de su propio hijo? No hay nada capaz de mitigar ese tipo de sufrimiento.

Ni siquiera Rasputín.

Al final, Nick estuvo en lo cierto. Tardé más de veinte años, pero lo escribí. Y durante ese periodo prolongado, la lista de las personas que me ayudaron es larga...

En primer lugar, querría dar las gracias al London College of Psychic Studies por su enfoque alegre, fascinante e inclusivo con respecto a la vida. En ningún otro lugar, una novata absoluta puede aprender a predecir el futuro, leer la mano, estudiar espiritismo y conocerse a sí misma en una vida pasada. Estoy sumamente agradecida a mis profesores por su amabilidad, conocimientos y paciencia, en especial a Robin Lown, que me ha soportado en su clase de quiromancia durante los últimos cuatro años.

También me gustaría mostrar mi agradecimiento a la increíble Katya Galitzine. Su conocimiento de todo lo referido a Rusia es insuperable; su amistad, infinita, y es la única persona que conozco capaz de entrar en

Znamenka de forma furtiva, y recorrer el sobrecogedor sendero flanqueado por árboles justo al atardecer, como si fuese la cosa más natural del mundo.

La he acribillado a preguntas, saqueado sus estanterías y he pasado horas en la biblioteca en honor al príncipe Jorge Galitzine de San Petersburgo, donde me documenté con profusión para este libro, tomando notas de sus volúmenes de libros increíbles y extraordinarios. Gracias.

Ha habido muchos otros amigos generosos y amables que me han ayudado y mostrado su apoyo a lo largo del camino. La maravillosa Daisy Waugh, que me mantuvo en marcha, ofreciéndome con insistencia vino, pizza, buenos consejos de reafirmación de la vida y tarot para alentarme. La increíble Jessica Adams, escritora, astróloga y muy buena amiga cuyas sabias palabras, conocimiento del mundo de la magia, misterio y espíritu y capacidad para hacer aparecer taxis a las dos de la madrugada resultan inestimables.

Muchas otras personas me oyeron hablar sin cesar de Militza y Stana y lo que hicieron, y lo que podrían haber pensado, vestido, comido y dicho. Por vuestra paciencia, por permitirme contar mis anécdotas repetitivas y pensamiento único, os doy las gracias: Candace Bushnell, Claudia Winkleman, Sarah Vine, Anne Sijmonsbergen, Sean Langan, Ciara Parkes, James Purefoy, Sebastian Scott, Peter Mikic, Susanna Michaelis, Jennifer Nadal, Rebecca Frayn, Joanne Cash, Eleanor Tattersfield, Bella Pollen, Katie Walker, y, muy especialmente, Tina Cutler y la fabulosa Jane Gottschalk. Vuestra lucidez, vino y sabiduría fueron recibidos muy gratamente.

A mi hermana, Leonie, la santa que leyó, releyó y volvió a leer las muchas versiones del manuscrito hasta las tres de la mañana, gracias. Mi padrastro, Colin Campbell, eres un editor de ensueño. Mi increíble madre, Scarlett, ¡eres la bomba! Mi maravilloso y apuesto esposo, Kenton, por escuchar otra anécdota o idea más como si nunca le hubieran hecho esa pregunta con anterioridad.

Mi agente, Eugenie Furniss, merece una mención especial por haber recorrido conmigo todos los pasos que han conducido a esto: casi diez años escribiendo mientras leía y reajustaba y volvía a leer y editaba y aconsejaba, ¡gracias! Eres una muy buena amiga.

A mi fantástica editora, Sara Nelson, que lo consiguió. A todo Harper Collins, sois excepcionales y fabulosos y da gusto trabajar con vosotros, gracias. Y a Michael McCoy de Independent, ¡adelante!

También deseo dar las gracias a Joth Shakerley, que estuvo presente la noche de la mesa de la cocina en Moscú y que siempre ha estado presente. Te quiero. Tu positivismo, apoyo y tu habilidad para pescar peces en el mar mueven montañas. Eres uno de mis mejores amigos.

Y, por último, mis hijos: Allegra y Rafe (que ahora saben acerca de Rasputín como si fueran una enciclopedia): gracias por dejarme sentar, pensar y ser. Gracias por vuestro amor y comprensión. Os quiero mucho a los dos..., ¡y os prometo que ahora ya no estoy en el despacho!

Un retrato oscuro e inquietante sobre la corte de los Romanov y dos mujeres que no se conformaron con el destino que les tenía reservado la Historia



Militza y Stana, hijas del empobrecido rey de Montenegro, se ven forzadas a casarse con dos miembros de la aristocracia rusa para que su padre pueda recuperar parte de su poder.

La vida, a pesar del esplendor de la corte del zar Nicolás, no es fácil. Una de ellas, Militza, parece tener poderes ocultos y siente fascinación por todo lo que tenga que ver con la magia y el espiritismo. Ante una influenciada zarina Alexandra, que haría cualquier cosa para darle al país el heredero que está esperando, despliegan su relación con el más allá, y entre sesiones de espiritismo, pócimas engañosas y coqueteos con la magia negra, logran hacerse con un gran poder en la corte. Sin embargo, cuando den con Rasputín, precisamente en la búsqueda de un hombre con poder espiritual, descubrirán que quizás han ido demasiado lejos.

Imogen Edwards-Jones es una reconocida periodista, novelista y guionista británica. Ha colaborado en *The Sunday Times* , *The Mail on Sunday* , *Arena Magazine* , *The Independent* y *The Times* . Es autora de la serie Babylon, con más de un millón de ejemplares vendidos. Licenciada en Estudios Rusos por la Universidad de Bristol, es una gran conocedora de la antigua Unión Soviética y de su cultura. *Las brujas de San Petersburgo* es el resultado de una profunda investigación sobre la corte de los Romanov.

Título original: *The Witches of St. Petersburg*

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2018, Imogen Edwards-Jones

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Mercè Diago Esteva, por la traducción

Diseño de portada: Basado en diseño de Head of Zeus

Fotografía de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6593-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Las brujas de San Petersburgo

Lista de personajes

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Imogen Edwards-Jones

Créditos